La

Degradación

de la Iglesia

**Estos fueron comprados de entre los hombres
como primiciaspara Dios y para el Cordero**

ISBN Obra independiente: 978-958-49-9074-7.

©Todos los derechos de esta obra son propiedad intelectual del autor-editor registrado en el ISBN respectivo.
El libro puede ser descargado para ser leído en un teléfono celular, en una tableta o un computador.
Se ruega a los lectores no modificar ninguna de las partes del libro.
Cualquier inquietud puede comunicarse al whatsapp 57 3002928232.
www.las-primicias.com.

Indice

Introducción **11**

Capítulo 1 - El Comienzo de la Iglesia

La imagen....15
El Hombre es tripartito....15
La semejanza....16
El día de Pentecostés los discípulos fueron llenos exteriormente....27

Capítulo 2 - El equipamiento que Dios le dio a la Iglesia

1. La Naturaleza Divina....35
Los atributos de Dios....36
Justicia....36
Luz....36
Amor....37
Vida....37
Santidad....38
Gloria....38
Sabiduría....39
Soberanía....40
Bondad....41
Paz....41
Fidelidad....42
Misericordia....43
Celo....43
Las virtudes....44
2. Su obra redentora....47
La encarnación....47
El vivir humano....48
La muerte....49

La resurrección 52
La ascensión 53
Entronización 54
Glorificación 54
Bautismo en el Espíritu Santo 56

Capítulo 3 - Los Hechos del Espíritu con la Iglesia (1)

El inicio glorioso de la iglesia 59

Capítulo 4 - Los Hechos del Espíritu con la Iglesia (2)

El inicio glorioso de la iglesia (continuación) 73

Capítulo 5 - El Comienzo de la Degradación

El engaño de satanás 87
1. Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos 96
2. Abstenerse de sangre 97
3. Abstenerse de ahogado 97
4. Abstenerse de fornicación 97

Capítulo 6 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (1)

I. El viejo hombre. 106
a. Las señales de los judíos 108
b. La sabiduría basada en la cultura griega 114

Capítulo 7 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (2)

El espíritu 121
La conciencia 121
La comunión 125
La intuición 129

Capítulo 8 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (3)

El alma 133

1. La unidad de la fe 134
2. Pleno conocimiento del Hijo de Dios 135
3. El hombre de plena madurez 136
4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo 138
1. La mente 138
2. La voluntad 140
3. La emoción o los sentimientos 142

Capítulo 9 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (4)

Las estrategias de satanás 149
1. Doblar las rodillas ante el Padre 157
2. Reconociendo que solo hay un Padre 157
3. Las riquezas de Su gloria 158

Capítulo 10 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (5)

Capítulo 11 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (6)

4. Fortalecidos en el hombre interior 177
5. Habite Cristo en nuestros corazones 178
6. Seamos arraigados 181
8. Comprender y conocer el amor de Cristo 188
10. Es el Señor quien lo hace 191
11. Nuestro hombre interior fortalecido, glorifica al Señor 192

Capítulo 12 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (7)

II. Falsos maestros 195
1. Introducen encubiertamente herejías destructoras ... 196
2. Negarán al Señor que los rescató 200
3. Muchos seguirán sus disoluciones 202

Capítulo 13 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (8)

II. Falsos maestros (Continuación) 207

4. El camino de la verdad será blasfemado 207
5. Hacen un mercado de los hermanos.....208

Capítulo 14 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (9)

III. Diversas clases de pecados(1) 217
1. Fornicación.....217
2. Adulterio 227

Capítulo 15 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (10)

III. Diversas clases de pecados (2).....237
¿Cómo lograr un matrimonio exitoso? 237
a. Isaac no escogió.....237
b. La actitud de Isaac fue de aceptación a la decisión de su padre. 238
c. No hubo una ceremonia especial 239
Camino seguro para el fracaso matrimonial.....240
3. Homosexualismo.....243

Capítulo 16 - Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (11)

IV. División en torno a liderazgos, ministerios particulares, organizaciones y doctrinas.....251
1. Que hablemos todos una misma cosa 254
2. Que no haya distintas visiones.....254
3. Que estemos perfectamente unidos en una misma mente y en mismo parecer 255

Capítulo 17 - Breve Recapitulación

Capítulo 18 - La Degradación en Éfeso (1)

Consideraciones importantes 270
1. Estar en el espíritu 270
2. Escritas al ángel de cada iglesia 271
3. ¿Quién es el ángel 271

Recordar de dónde se ha caído 282

Capítulo 19 - La Degradación en Éfeso(2)

Arrepentimiento.....285
Hacer las primeras obras.....286
Las consecuencias de no arrepentirse.....288
La remoción del candelero 289
Las obras de los nicolaítas 296
Qué es vencer la caída del primer amor 296
Promesas para el vencedor.....298
Dos consecuencias de caer del primer amor y no vencer la caída. 299

Capítulo 20 - La Degradación en Esmirna (1)

1. Las obras.....312
2. Tu tribulación 312
3. La pobreza 314
4. La blasfemia de los falsos creyentes 317

Capítulo 21 - La Degradación en Esmirna (2)

1. El templo 321
2. Las promesas 326
3. La ley mosaica 328
Jesús elevó la ley y la cumplió 333

Capítulo 22 - La Degradación en Esmirna (3)

Capítulo 23 - La Degradación en Pérgamo (1)

Capítulo 24 - La Degradación en Pérgamo (2)

1. El ángel no niega la fe del Señor.....364
2. El ángel retiene el nombre del Señor 365
3. Antipas, el testigo fiel es muerto.....371
4. El ángel también está donde mora satanás 372

LAS DOCTRINAS DIABÓLICAS

1. La doctrina de Balaam 373

Capítulo 25 - La Degradación En Pérgamo (3)

LAS DOCTRINAS DIABÓLICAS (Continuación) 385
2. La doctrina del nicolaísmo 385
El maná escondido 397
La piedrecita blanca 400

Capítulo 26 - La Degradación en Tiatira (1)

1. El Hijo de Dios. 404
2. Tiene ojos como llama de fuego 409
3. Tiene los pies como de bronce bruñido 410
La mujer Jezabel 413

Capítulo 27 - La Degradación en Tiatira (2)

Jezabel en Apocalipsis.....419
1. Edificación 422
La iglesia de ninguna manera es un edificio. 422
2. Aliento.....424
3. Consolación.....424
Características de Jezabel.....425
1. Se dice profetiza.....425
2. Seduce y enseña a los siervos del Señor a cometer fornicación. 427
3. Enseña y seduce a los hijos de Dios a comer cosas sacrificadas a los ídolos. 430

Capítulo 28 - La Degradación en Tiatira (3)

JEZABEL, LA GRAN RAMERA.....433
1. Sentada sobre una bestia escarlata.....435
2. Está vestida de púrpura y escarlata 437
3. Adornada de oro, de perlas y de piedras preciosas 437
4. Tiene en la mano un cáliz de oro 440
5. Tiene en su frente un nombre que la identifica 441

Capítulo 29 - La Degradación en Tiatira (4)

6. Se ha embriagado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús.....445

Los vencedores en Tiatira 456
Qué es vencer en Tiatira 456
1. Gobierno sobre las naciones.....458
2. La estrella de la mañana 459

Capítulo 30 - La Degradación en Sardis (1)

Capítulo 31 - La Degradación en Sardis (2)

No todo está perdido en Sardis 479
Excelencia.....482
Conocimiento. 483
Dominio propio. 483
Perseverancia. 484
Piedad. 487
Afecto fraternal.....488
Amor. 488
Tendremos una vida llena de frutos. 490

Capítulo 32 - La Degradación en Sardis (3)

No todo está perdido en Sardis (Continuación) 495
Las promesas al vencedor en Sardis.....497
Será vestido de vestiduras blancas. 497
No borrará su nombre del libro de la vida. 504
Confesará su nombre delante del Padre y de los ángeles....507

Capítulo 33 - La Degradación en Laodicea (1)

1. El Amén.....513
2. El Testigo Fiel y Verdadero 514
3. El principio de la creación de Dios 514
La tibieza 515
Cinco características de Laodicea 522
1. Desventurado 522

Capítulo 34 - La Degradación en Laodicea (2)

Cinco características de Laodicea (Continuación).....525
2. Miserable 525
3. Pobre 526

4. Ciego 527
5. Desnudo 528
El Señor provee soluciones.....530

Capítulo 35 - La Degradación en Laodicea (3)

El Señor provee soluciones (continuación).....539
Oro refinado en fuego 540
Vestiduras blancas 542
Colirio para ungir los ojos. 544

Capítulo 36 - La Degradación en Laodicea (4)

El Señor provee soluciones (continuación).....555
La disciplina del Señor 555

Capítulo 37 - El Ejemplo de Filadelfia (1)

1. Santo.....577
2. Verdadero 578
3. Tiene la llave de David.....582

Capítulo 38 - El Ejemplo de Filadelfia (2)

1. Guardan la palabra del Señor 588
2. No niegan el nombre del Señor.....590

Capítulo 39 - El Ejemplo de Filadelfia (3)

La venida del Señor está muy cerca.....597
1. Nos hará columnas en el templo de Su Dios.....602
2. Escribirá en ellos el nombre de Dios 604
3. Escribirá en ellos el nombre de la Nueva Jerusalén.....605
4. Escribirá en los vencedores Su nombre nuevo 607

Introducción

El Dios misericordioso en quien creemos, a quien amamos con todo nuestro ser y a quien estamos siguiendo, se está revelando en nuestro espíritu y está iluminando nuestro corazón, mostrándonos la condición de la iglesia a lo largo de los siglos de su existencia y su situación actual, con el propósito de que no escondamos la luz debajo del "almud", sino que la pongamos sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa.

El Señor creó al hombre con un propósito bien definido: morar en él, para que Dios y el hombre sean uno y juntos lleven adelante la ejecución del plan que Él trazó en la eternidad, antes del tiempo.

Para lograrlo Dios puso al hombre en el Huerto de Edén e hizo nacer en el centro de ese huerto el árbol de la vida, que representa a Dios, con el fin de que el hombre comiera de él y se llenara de Dios. Con el hombre lleno de Dios, Su plan podría desarrollarse sin ningún contratiempo.

No obstante, en el Huerto de Edén, había además otro árbol que representa la persona de satanás, el árbol de la ciencia del bien y del mal, y existía el peligro de que el hombre prefiriera comer de ese árbol, como efectivamente ocurrió.

Ese árbol de la ciencia del bien y del mal es la esencia de satanás, y esa esencia se llama pecado, y al hombre tener preferencia por él y recibirlo, cayó del propósito de Dios y perdió Su presencia y Su comunión.

A pesar de la caída, el propósito de Dios es firme y eterno, y aunque satanás quiso frustrarlo, Dios continuó con Su plan y por medio de la redención realizada por el Hijo, rescató al hombre para Su propósito, eliminó todos los obstáculos que satanás había puesto entre Dios y el hombre, lo unió a Él y juntos conformaron la iglesia que se manifestó el día de Pentecostés.

Para suplir de todas estas riquezas a los santos, que conforman la iglesia, Dios en Su Hijo Jesucristo, un día se despojó de Su gloria, se hizo hombre, vivió como Dios-hombre en esta tierra por más de tres décadas, manifestando a Dios. Cumplido ese tiempo y de acuerdo con el plan que se había propuesto, fue a la cruz para morir y con Su muerte aniquilar toda la obra que satanás había realizado para separar al hombre de Dios.

Tres días después de Su muerte, resucitó y se sopló como el Espíritu Santo en Sus discípulos para mezclar a un número plural de hombres con Dios y hacerlos uno. Al meterse en el hombre, introdujo en él la esencia de Dios: Sus atributos, Sus virtudes y Su obra de redención que comprende Su encarnación, Su vivir humano, Su muerte, Su resurrección, Su ascensión, Su entronización y glorificación, y el bautismo en el Espíritu Santo.

Con todas estas maravillas el Señor equipó a la iglesia para llevar adelante la ejecución de Su plan, y a lo largo de casi todo el libro de Hechos podemos ver el Espíritu operando en y por medio de los discípulos, para constituir y edificar Su iglesia.

La iglesia tuvo su primera manifestación visible en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo tomó a ciento veinte santos, que durante diez días habían vivido en el Aposento Alto, llenando sus espíritus y sus almas con las riquezas del Señor, guardando la unidad del espíritu y siendo unánimes.

Cuando llegó el día de Pentecostés, el Espíritu tomó a los santos que estaban en el Aposento Alto y comenzó a trabajar en y por medio de ellos, a tal grado que ese día ganó tres mil nuevos creyentes y los añadió a la iglesia.

Pocos días después, por medio de Pedro y Juan, el Espíritu sanó a un cojo y esta señal dio pie para que cinco mil personas más se añadieran a la iglesia, una vez que fueron regeneradas recibiendo al Señor.

El Señor permitió que en Jerusalén se levantara persecución contra los hermanos y gracias a la dispersión causada por este hecho, el evangelio fue predicado en Samaria y en Judea. Más adelante la palabra llegó a los gentiles en la casa de Cornelio, por medio de Pedro y otros santos. Pasado algún tiempo, fue llamado Pablo, quien enfatizó su trabajo en el pueblo no judío, es decir entre los gentiles, y la iglesia se levantó en la mayor parte de la tierra habitada y conocida en esa época y ha llegado a nosotros en este tiempo.

Entre las muchas gestas que encontramos a lo largo del libro de Hechos de los Apóstoles, la más notoria es la que tiene que ver con la obra realizada por los hermanos que propagaron la palabra del Señor, y en esa labor es el Espíritu Santo quien determina qué, cómo y cuándo se hacen las distintas actividades, pues esa es la característica preponderante de la genuina iglesia del Señor. Todo lo que está fuera de esta manera de actuar, son obras desarrolladas por el enemigo.

No obstante, esta unión y este trabajo maravilloso efectuado por Dios en unión orgánica con algunos hombres, el enemigo de Dios, satanás, en su empeño de oponerse a Dios y de tratar de estorbar y damnificar Su plan, no tardó en agregar unos ingredientes con el fin de degradar la iglesia, lo que ocurrió principalmente después de que los primeros creyentes partieron de la tierra.

Desde entonces satanás ha usado muchos elementos que han llevado la iglesia hasta un estado que amenaza ruina, como la encontramos en la época actual.

El diablo no ha tenido reparo en usar instrumentos tales como el viejo hombre;

los falsos maestros, de los cuales está repleto el cristianismo contemporáneo; la comisión de pecados, por parte de los creyentes, y también de los falsos creyentes que satanás introduce furtivamente en el seno del cristianismo y que hoy lideran las miles de facciones que lo componen. Igualmente, satanás ha propiciado que los creyentes se dividan en torno a liderazgos, a organizaciones y a doctrinas, de tal manera que las organizaciones que pretenden ser la iglesia parezcan más bien un cadáver, que un organismo viviente, que exprese y represente a Dios en la tierra.

El Señor quiere mostrar a Sus hijos la condición degradada que tiene el cristianismo, que pretende ser la iglesia en el tiempo actual, con el propósito de que quienes son hijos de Dios reaccionen, se vuelvan al Señor arrepentidos y Él pueda obtener las Primicias, que serán los santos, que siendo uno con el Señor, permitiendo que Él trabaje en sus corazones y siendo saturados de Sus riquezas y Su naturaleza, puedan establecer el medio y el ambiente para que el Señor regrese a la tierra, tome posesión de los reinos que hay en ella y establezca el reino de los cielos.

Si se observa el estado del mundo en cuanto a desarrollo tecnológico y científico, los poderes económicos y financieros, la educación, las comunicaciones y los centros de poder, podemos decir que todo está preparado para el surgimiento y entronización del anticristo. Pero por el lado del Señor falta que sean constituidas las Primicias, que de acuerdo con Apocalipsis 14.1-5, son aquellos hermanos que se dedican a seguir y a agradar al Señor, a llenarse de Sus riquezas y a ser constituidos con todo lo que el Señor es, tiene y ha logrado.

Cuando las Primicias sean constituidas y completadas, serán arrebatadas al trono de Dios, el anticristo será entronizado, la época de la Gran Tribulación se iniciará y comenzará definitivamente el proceso de la venida del Señor.

Este es el propósito primario de la publicación de este libro, y tenemos la esperanza en el Señor, de que sus ejemplares caigan en manos de creyentes que buscan con anhelo el deseo del Señor y quieren seguirlo y agradarlo por encima de todas las cosas.

No pretendemos que sea la última revelación, ni la más elevada, porque la revelación seguirá progresando aun en la eternidad. Simplemente presentamos a los lectores esta palabra llena de vida, de revelación y luz, que el Señor en Su misericordia nos ha concedido a lo largo de cuatro décadas, y que deseamos fervientemente compartir con nuestros hermanos, especialmente con aquellos que de corazón puro quieren agradar y deleitar al Señor, para que alumbrados en su espíritu y en su corazón puedan ver lo que el Señor desea y está haciendo en este tiempo que antecede a Su venida.

Para comodidad del lector hemos transcrito los versículos que se han usado en la elaboración del libro y los hemos tomado de muchas versiones al idioma español de la Biblia y de algunos interlineales griegos. Generalmente no se ha escrito al pie de

los versículos la versión correspondiente, fuera de unos pocos casos en que consideramos en el Señor que era necesario hacerlo.

Nuestra idea y nuestro propósito no es hacer una "iglesia" más de las miles que ya existen, porque tenemos claridad de que la iglesia es solamente una y que en ella estamos todos los hijos de Dios, es decir, aquellos que han sido regenerados y han nacido de nuevo.

Tampoco pretendemos constituir un liderazgo para dirigir la iglesia del Señor, porque solamente hay uno que es cabeza de la iglesia: nuestro Señor Jesucristo. Él es el genuino y único pastor, Él es el apóstol y el profeta, Él es nuestro maestro y nuestro todo. Nosotros simplemente somos miembros de Su cuerpo, que por Su amor y misericordia nos ha dado el honor de laborar juntamente con Él, como miembros de Su cuerpo. Esta membresía pertenece a todos los santos, y si vivimos la realidad del cuerpo de Cristo, no puede existir ninguna jerarquización, donde haya miembros más o menos importantes, como es común en el cristianismo de hoy.

Nuestro propósito central es el de presentar a los santos la luz que el Señor nos ha dado, con el fin de que los lectores la hagan su revelación y su luz, y viendo puedan seguir al Señor y solamente a Él como su cabeza, su líder y su diario vivir.

Estamos muy agradecidos con el Señor porque Él nos ha permitido imprimir en este libro mucho disfrute de Sus riquezas, y esperamos que lo lectores puedan disfrutar aún mucho más de lo que nosotros hemos gozado al escribirlo.

¡Que el Señor os supla con todo lo que Él es!

Capítulo 1
El Comienzo de la Iglesia

La conformación, edificación y perfeccionamiento de la iglesia, ha sido y es desde la eternidad el deseo del corazón de Dios, y con ese propósito creó al hombre.

La Biblia dice que Dios creó al hombre a Su imagen conforme a Su semejanza, y en esas dos características del hombre hay un propósito bien definido, que el Señor tuvo al crear a Su criatura más elevada: "*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*" Génesis 1.26.

La imagen

Los hombres tenemos la imagen y la semejanza de Dios. La imagen no es nada distinto a la capacidad de recibir y contener a Dios, capacidad que está en el espíritu humano.

El Hombre es tripartito

Cuando Dios creó al hombre, lo hizo con tres partes bien diferenciadas: espíritu y alma y cuerpo: "*Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu y alma y cuerpo…Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra [cuerpo humano], y sopló en su nariz aliento de vida, [espíritu humano] y fue el hombre un ser viviente [alma humana]*" 1 Tesalonicenses 5.23; Génesis 2.7.

El Señor formó el cuerpo del hombre del polvo de la tierra. Un biólogo nos dirá que en nuestro cuerpo están casi todos los elementos químicos que hay en la tierra, los cuales son indispensables para su funcionamiento;

por eso, cuando nos alimentamos consumimos carbono, calcio, hierro y todos los elementos que nuestro cuerpo necesita para funcionar normalmente.

Después de que formó al hombre del polvo de la tierra, la Biblia dice que Dios sopló en él aliento de vida. Ese aliento de vida es el soplo divino de Dios, que, al entrar en el cuerpo formado de barro, se convirtió en el espíritu humano. Éste no es el Espíritu Santo, sino el espíritu humano, que tiene la capacidad de recibir y contener a Dios—que es Espíritu—, y de mezclarse con Él, para llegar a ser los dos un solo espíritu: "*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él*" 1 Corintios 6.17. Cuando Dios sopló Su aliento dentro del cuerpo del hombre, con ese aliento formó el espíritu humano.

Al mezclarse el espíritu con el cuerpo, de esa unión resultó la otra parte del hombre que es el alma humana—ser viviente.

Tener la imagen de Dios es tener un espíritu humano, dentro del cual podemos recibir y contener a Dios, pues este es el propósito con el cual Dios nos creó. El espíritu humano creado por Dios en el hombre es la imagen de Dios, con la cual Él creó al ser humano.

La semejanza

El término semejanza tiene que ver con expresión y parecido. Por un lado, Dios nos hizo a Su imagen, que es la capacidad de recibirlo y contenerlo. Por otro lado, contener a Dios no es el fin, sino el medio para expresarlo. El deseo original y eterno de Dios cuando creó al hombre es que éste lo contenga y lo exprese.

Así como el espíritu humano tiene que ver con la imagen de Dios en el hombre, el alma humana tiene que ver con la semejanza de Dios. El alma es la parte central y más importante del hombre y mediante ella podemos expresar a Dios. A Dios lo contenemos en nuestro espíritu y en la medida que nuestra alma va siendo saturada de Él, lo expresamos. Este es el propósito de Dios.

En otras palabras, Dios creó al hombre con una intención única: contenerlo y expresarlo

y reuniendo estos dos requisitos, tener la capacidad de señorear—gobernar— sobre todas las criaturas que hay en los cielos, en el mar y en la tierra: "*y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*" Génesis 1.26.

Para señorear, es necesario que primero el hombre se llene de la vida y la naturaleza de Dios.

Es por eso por lo que una vez el hombre fue creado, Dios lo puso en el Huerto de Edén, con el fin de que el hombre viviera en él y además lo labrara y lo guardara.

El Huerto de Edén no debe ser entendido como un lugar físico donde hay árboles físicos, sino como un ámbito, un ambiente, donde Dios y el hombre tienen comunión, se comunican y son íntimos. Debemos entender que los tres primeros capítulos de Génesis fueron escritos con un lenguaje típico, es decir, están llenos de tipos, con los cuales Dios quiere mostrarnos un gran número de realidades.

Por eso es necesario que como creyentes oremos al Padre pidiéndole que nos conceda espíritu de sabiduría y de revelación para que podamos conocerlo y que nos dé visión en el entendimiento, para que podamos entenderlo y saber qué quiere decirnos en Su palabra: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos*" Efesios 1.17-18.

Hasta aquí podemos afirmar que cuando Dios creó al hombre, lo puso en el Huerto de Edén, con el fin de que éste viviera bajo el gobierno de Dios y en una permanente y continua comunión con Él.

Continuando con el relato de Génesis 2, encontramos que en el Huerto de Edén Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer: "*Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para co-*

mer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal" Génesis 2.8, 9. En el centro del huerto había un árbol muy especial, que la Biblia llama el árbol de vida.

El árbol de vida tiene como contenido la vida y sus frutos son vida. Sabemos que la Biblia fue escrita en arameo y hebreo el Antiguo Testamento, y en griego el Nuevo Testamento, y que el Antiguo Testamento fue traducido por los judíos al griego, en la versión conocida como la septuaginta o versión de los setenta. Así podemos afirmar que toda la Biblia está escrita en griego.

El idioma griego es mucho más amplio que los lenguajes modernos, tales como el español, el inglés y otros, y en ese idioma, hay tres palabras distintas para referirse a la vida, mientras que en nuestro idioma español solo existe una palabra: vida.

Las tres palabras griegas son: Bios la primera, que hace referencia a la vida física que se encuentra tanto en plantas como en animales y en el hombre, lógicamente con distintos niveles en cada uno.

La segunda palabra es Psique, que hace referencia al alma que hay en los hombres y en los animales. El alma de los animales no se puede comparar con la del hombre, pues ésta es mucho más elevada. El hombre es el único ser creado, capaz de pensar y razonar. No incluimos aquí a los ángeles.

La tercera palabra es Zoé, que hace referencia al espíritu, el cual es exclusivo del hombre y tiene que ver con la vida eterna, la vida increada. Por eso el hombre fue creado con la capacidad de recibir y contener a Dios. Nosotros fuimos creados de acuerdo con la especie de Dios. No somos animales racionales como afirman los filósofos y los biólogos, sino que somos la criatura más alta que Dios ha creado, y somos de Su especie.

Cuando Génesis habla del árbol de vida, esa vida es Zoé, y hace referencia al Espíritu, a la vida eterna, increada, inmarcesible e incorruptible. Luego ese árbol representa a la persona de Dios. El árbol estaba en el cen-

tro del Huerto de Edén: "*Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto*" Génesis 2.9.

Ahora bien, en Génesis 2.16-17, Dios le dio un mandato al hombre: "*Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*". Dios le ordenó al hombre que comiese de todos los árboles del huerto, pero de esa dieta excluyó un árbol: el árbol de la ciencia —conocimiento— del bien y del mal.

El árbol de la vida es Dios; mientras que el árbol de la ciencia del bien y del mal es satanás y su naturaleza: el pecado

¿A quién representa el árbol de la ciencia del bien y del mal? Si leemos Romanos 5.12 encontramos que la muerte entró en el hombre por causa del pecado: «*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte*», y en Génesis Dios le advirtió al hombre que si comía del árbol de la ciencia del bien y del mal moriría.

Entonces, si la causa de la muerte es el pecado en Romanos y la causa de la muerte es el árbol de la ciencia del bien y del mal en Génesis, inferimos que el árbol de la ciencia del bien y del mal es el pecado. Obsérvese que este pecado está en singular, porque se refiere a una persona.

Ahora leamos 1 Juan 3.8: «*El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio*». Uniendo estos pasajes podemos colegir que el pecado es la persona, la naturaleza de satanás.

Conclusión: en Génesis, el árbol de vida representa a la persona y la naturaleza de Dios y el árbol de la ciencia del bien y del mal representa la naturaleza y la persona de satanás.

Dios le ordenó al hombre que comiera de todos los árboles del huerto, pero que de ninguna manera comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal. En otras palabras, Dios le ordenó al hombre que comiera del árbol de vida, que comiera a Dios, que recibiera al Señor en Su espíritu humano, pero que en ninguna

circunstancia permitiera que satanás—el árbol de la ciencia del bien y del mal— entrara en él.

En síntesis, para que el hombre pueda recibir, contener y expresar a Dios y así mismo gobernar sobre todas las criaturas, es requisito indispensable que reciba a Dios y se llene de Él, para que así pueda expresarlo. El hombre en el Huerto de Edén era un vaso vacío, disponible para recibir la persona, la vida y la naturaleza de Su Creador. Dios anhelaba «casarse», hacerse uno con el hombre, mezclarse con él.

Lamentablemente, Génesis 3 nos dice que el hombre no obedeció a Dios, no comió del árbol de la vida, sino que, por el contrario, bajo el engaño de satanás, representado por la serpiente, el hombre—varón y hembra— comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y se llenó de «el pecado», que es la naturaleza de satanás. Dios había creado al hombre con la intención de que se llenara de Él, pero aquí lo tenemos recibiendo en sus miembros la naturaleza de satanás: el pecado.

El hombre entonces cayó del propósito de Dios, no cumplió la función para la cual fue creado, y como consecuencia, Dios tuvo que echarlo del Huerto de Edén e impedirle que llegara al árbol de vida para comerlo: «*Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida*» Génesis 3.24.

Inicialmente el hombre era un vaso vacío, limpio y puro; después de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, se llenó de una naturaleza horrible, sucia e inmunda. Dios ya no podía entrar en él, y en consecuencia, fue echado del ámbito donde podía relacionarse con el Señor. ¡Qué historia más triste la del ser humano en Génesis 3!

Aparentemente satanás obtuvo una gran victoria y Dios fue derrotado. Pero en verdad no es así. Dios tiene propósitos eternos e inquebrantables, y por más oposición que haya frente a Sus deseos, nada ni nadie pueden estorbarlos ni frustrarlos. Dios sabía que eso ocurriría y ya tenía Su plan para sacar al hombre de la inmundicia en que

cayó y llevarlo a cumplir plenamente Su deseo eterno. Aparentemente satanás se salió con la suya, pero Dios es infinitamente recursivo y Él ya tenía «Su plan B», el cual ha venido ejecutando a través del tiempo.

Un día, ese Dios eterno, amoroso y maravilloso, tomó a una mujer, inoculó en ella Su naturaleza divina y se gestó para nacer en la tierra como un hombre. Ese ser así engendrado, gestado y nacido, se llama Jesús. Él recuperó el deseo eterno que Dios había trazado desde la eternidad: mezclarse con el hombre.

Jesús es Dios mezclado con el hombre y el hombre unido a Dios.

Jesús es Dios completo mezclado con un hombre que tuvo un vivir perfecto. Por eso uno de los nombres del Señor Jesús es Emanuel que quiere decir, Dios con nosotros: «*He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros*» Mateo 1.23.

Después de que el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, se rompió la relación del hombre con Dios y se interrumpió casi toda comunión. Antes de la caída de Adán, Dios se veía con él cara a cara y no había ningún obstáculo para la comunión; pero después de que el hombre cayó, fue echado del Huerto del Edén, separado de la presencia de Dios y cortada la comunión entre los dos.

No obstante, al comienzo del Nuevo Testamento encontramos un hecho por demás glorioso: ha nacido un niño que es una mezcla completa y perfecta de Dios con el hombre; la mezcla de la naturaleza humana con la naturaleza divina. Este ser es el cumplimiento y el rescate del plan eterno de Dios.

Jesús es por un lado Dios, Dios completo; y, por otro es un hombre perfecto, un hombre con toda la naturaleza humana, pero sin la naturaleza diabólica—el pecado— porque no fue engendrado por un hombre, sino que fue engendrado por el Espíritu Santo.

Cuando un hombre engendra un hijo en una mujer, le transmite al nuevo ser su naturaleza de pecado, pero no fue así con Jesús, porque Él no fue engendra-

do por José, el marido de María, sino que fue engendrado por el Espíritu Santo, es decir, fue engendrado por Dios, y en tal caso es imposible que Él haya heredado la naturaleza pecaminosa de satanás; a cambio heredó la naturaleza divina de Dios.

Jesús, que es Dios viviendo Su vida divina en un hombre, vivió en esta tierra por un periodo superior a treinta años, experimentando como Dios, el vivir de los hombres. Mediante Su vida demostró que un hombre puede vivir para agradar a Dios, porque esta fue Su manera de vida: en todos Sus hechos, palabras y pensamientos, agradó siempre a Dios, quien moraba en Él.

Pasado ese tiempo, y conforme al plan trazado por los tres de la Deidad—Padre, Hijo y Espíritu—, desde antes de la fundación del mundo, es decir, en la eternidad pasada, el Señor Jesús fue a la cruz y murió, con el fin de prepararnos lugar para que nosotros tuviésemos acceso a Dios sin ninguno de los estorbos que satanás había introducido por medio de la caída del hombre: «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis*» Juan 14.2, 3.

La muerte de Jesús es la ida anunciada en este pasaje y la resurrección es Su venida. La muerte y la resurrección de Jesús es la preparación del lugar que Él anunció a Sus discípulos.

Cuando Jesús murió en la cruz, puso fin a las personas y a las cosas que nos separaban de Dios y que nos impedían acercarnos a Él: satanás, el pecado, los pecados, el sistema satánico que se llama mundo, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, los ángeles caídos, los demonios, el viejo hombre y otras.

Al ser todo esto abolido por el Señor, nos allanó completamente el camino, para que nosotros podamos tener acceso con confianza a Dios: «*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne... Acerquémonos, pues,*

confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» Hebreos 10.19-20; 4.16.

Gracias a la muerte y la resurrección del Señor, la comunión entre Dios y algunos hombres fue completamente restablecida, y podemos venir a Él con intrepidez y confianza, porque todos los obstáculos que nos separaban del Señor han sido quitados y eliminados.

Gracias a la muerte y resurrección de Jesús, nosotros Sus hijos vivimos en Dios y Él vive en nosotros.

Para completar Su obra de redención, es decir, de comprarnos y acercarnos a Dios, Jesús no quedó en la muerte, no permaneció en la tumba, sino que tres días después de Su muerte, resucitó. Mediante Su resurrección venció el poder más grande que había en la tierra: la muerte.

Una vez resucitado, primero se presentó al Padre, para que los tres de la Deidad disfrutaran del fruto de Su plan y la noche del día en que resucitó se presentó a Sus discípulos para hacer una de las obras más altas en el proceso de la redención. El Señor se sopló como el Espíritu Santo para dentro de Sus discípulos: «*Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio… sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*» Juan 20.19-22.

Decimos que esta es una de las obras más elevadas en el proceso de la redención, porque después del hombre haber caído, de hacerse tan ruin y miserable a los ojos de Dios, de estar totalmente separado de Él, ahora Dios viene a morar en aquellos hombres que estaban en el lugar donde el Señor se les apareció.

Desde ese momento no solo hay un hijo de Dios, Jesús, sino que Dios tiene muchos hijos.

Ahora Dios no vive solamente en Jesús como hombre, sino que ha ganado muchos hombres para vivir en y con ellos. Esos hombres ya no están separados de Dios, sino que ahora son uno con Él. Dios vive en su espíritu

y ellos viven en Dios para agradarlo, para tener íntima comunión con Él y para conocerlo, disfrutar de todas Sus riquezas y cumplir Su plan eterno.

Desde ese momento Jesús ya no es el Único Hijo de Dios, sino que además de Unigénito ha llegado a ser el Primogénito, porque mediante Su muerte y resurrección ha producido un gran número de hermanos, hijos de Dios. Esos hermanos somos nosotros, los creyentes.

Los creyentes somos hijos de Dios porque hemos sido engendrados por Él: «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino [son engendrados] de Dios*» Juan 1.12-13. No hemos sido adoptados, es decir, no somos hijos adoptivos, sino Sus hijos legítimos, porque Él nos ha dado Su naturaleza divina y nos ha hecho partícipes de ella: «*nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina*» 2 Pedro 1.4.

Después de cuarenta días de ese magno acontecimiento, el Señor Jesús ascendió al cielo, para ser entronizado como Dios y para entrar en la gloria de Dios y vivir en ella por la eternidad: «*Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos*» Hechos 1.9.

Antes de Su ascensión, el Señor mandó a Sus discípulos que se quedaran en Jerusalén hasta que fuesen investidos de poder desde lo alto, con el fin de que llevaran adelante la comisión que Él les había encomendado: «*He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto*» Lucas 24.49.

Fue así como en una casa, que llamaron «**el aposento alto**», ciento veinte discípulos permanecieron durante diez días, entre quienes se contaban algunas mujeres, incluida María la madre de Jesús y los hermanos en carne de Éste.

¿Qué hacían los ciento veinte en el aposento alto durante los diez días que permanecieron

allí? Orar, llenarse del Señor en su alma, puesto que la noche de la resurrección habían sido llenos en su espíritu y por eso podían guardar la unidad del espíritu, como efectivamente lo hicieron.

Es el Espíritu Santo y es en el cielo donde se planean todas actividades que se hacen en la genuina iglesia.

Ellos no se dedicaron a planear cómo predicar el evangelio, ni quién los iba a liderar, ni a quien nombraban pastor, como hacen las congregaciones contemporáneas. Tampoco instituyeron a Pedro como papa, ni delinearon las características de una gran organización cristiana. Simplemente se dedicaron a la oración, a llenarse del Espíritu. Se dedicaron a ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu, que es la única unidad que el Señor desea y en la que se agrada: «*Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de sábado. Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Juan y Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con Sus hermanos*» Hechos 1.12-14.

Cuando los hijos de Dios son diligentes en guardar la unidad del Espíritu, espontáneamente se da la unanimidad, que consiste en ser uno en el alma: «*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz... Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer*» Efesios 4.3; 1 Corintios 1.10.

La unidad en el espíritu y la unanimidad—unidad en el alma— se logran solamente cuando vivimos en la única comunión que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor, a la cual nos ha llamado Dios: «*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*» (1 Corintios 1.9). Ni la unidad ni la unanimidad se alcanzan cuando los santos están en la comunión de un líder, de un ministerio particular, de una organización o de una doctrina.

Esta es la razón para que

haya miles de divisiones del cristianismo contemporáneo. Los cristianos no podrán llegar a la unanimidad y a la unidad, a menos que dejen las comuniones particulares de sus líderes y se vuelvan a la única comunión, la del Hijo Jesucristo nuestro Señor.

La unidad y la unanimidad fueron logradas por los ciento veinte discípulos que permanecieron diez días en el aposento alto. Por eso Hechos 2.1 declara: «*Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos».* Antes de que el Señor muriese, los discípulos disputaban quién de ellos iba a ser el primero en la gloria y quiénes iban a ocupar los puestos de privilegio al lado del Señor, al punto que dos de ellos le rogaron que los dejara sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda del Señor*: «Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos. Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda... Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan*» Marcos 10.35-37, 40.

Pero nada de esto ocurrió durante los diez días que permanecieron orando. El único interés que tenían era que el Señor los llenase con todas Sus riquezas para que ellos pudieran hacer Su voluntad, y llegado el día de Pentecostés, gracias a que habían aprendido a ser uno en espíritu y en alma, el Espíritu encontró en ellos un terreno totalmente preparado para hacer Su voluntad.

Es por esa razón que el relato continúa: «*Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen*» Hechos 2.2-4.

Observa, apreciado lector, que allí no hubo ninguna organización ni predeterminación para hacer la obra del Señor, distinta a lo dispuesto por el Espíritu Santo. Observa que es de repente cuando viene el estruendo semejante al viento recio que soplaba.

En otras palabras, ninguno de los santos que allí se encontraban planeó ese evento, sino fue el Espíritu—el Señor Jesús— quien determinó cómo debían ocurrir las cosas. Observa igualmente que el estruendo parecido a un viento recio vino del cielo, no de la tierra; es decir, ese fue un evento totalmente celestial, venido del trono de Dios y en ello no hay ninguna intervención humana, ni de satanás, ni de sus ángeles caídos y mucho menos de los demonios.

¡Qué precioso es el hecho de que Dios pueda encontrar a algunos de Sus hijos, totalmente dispuestos a hacer Su voluntad!

Dice la Biblia que el viento recio que soplaba llenó toda la casa donde estaban sentados. Un hecho para destacar es que los hermanos estaban sentados, es decir, estaban reposados, tranquilos, esperando que el Señor hiciera lo que había planeado y lo que Él deseaba.

Ellos no estaban de pie, ni llenos de ansiedad, ni discutiendo doctrinas, ni predicándose entre ellos acerca de los diezmos, ni de las ofrendas, ni de las semillas de cientos, miles y millones de dólares. Tampoco estaban pugnando ni intrigando por dar a Juan, a Mateo o a Pedro algún liderazgo. Con sencillez de corazón estaban esperando en el Señor. ¡Qué buen ejemplo a seguir!

En esa actitud, el Espíritu pudo llenarlos, porque dice la Biblia que fueron todos llenos del Espíritu Santo. ¿Pero acaso no habían sido llenos la noche de la resurrección? Efectivamente sí habían sido llenos en su interior.

El día de Pentecostés los discípulos fueron llenos exteriormente.

Aclaremos el asunto. Recordemos una vez más que la Biblia fue escrita en griego y que ese idioma es mucho más amplio que nuestro idioma español. Cuando dice la palabra que toda la casa donde estaban sentados fue llena del viento recio que soplaba, el término griego es *eplerosen* que quiere decir ***ser llenos interiormente***. Esta llenura les ocurrió a los discípulos la noche del día de la resurrección: ellos fueron llenos del Espíritu Santo en su interior.

Cuando dice que todos los que estaban sentados fueron llenos del Espíritu Santo, el Señor usa una palabra distinta: ***epleszesan***, que quiere decir ***llenar por fuera, llenar exteriormente***. En otras palabras, era el cumplimiento de la promesa que el Señor les había hecho en Lucas 24.49, cuando les dijo que se quedaran en Jerusalén hasta que Él los vistiera de poder desde lo alto: «*He aquí, Yo envío la promesa de Mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto*».

Es necesario entender el estado del proceso de la redención en cada uno de los momentos en que el Señor llena a los discípulos: el día de la resurrección, Dios había pasado por el proceso de encarnación, vivir humano, muerte y resurrección, y en el Espíritu que Él sopló dentro de ellos, que es Dios mismo, estaban esos elementos de encarnación, vivir humano, muerte y resurrección.

Aunque horas antes de esa noche, de Juan 20, el Señor Jesús había ascendido al Padre para presentarse como el primogénito de entre los muertos y para que el Padre lo disfrutase como las primicias de Su obra de redención, la ascensión en sí aún no se había efectuado, sino que ocurrió cuarenta días después, de manera visible, teniendo como testigos a los discípulos y a los ángeles: «*Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas*» Hechos 1.9-10.

Una vez que el Señor ascendió a los cielos, de manera visible, fue entronizado como Señor de todo el universo y como el Cristo Ungido para llevar a cabo lo que falta del plan de Dios: «*a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo*» Hechos 2.36.

Igualmente, el Señor fue introducido en la gloria que tenía como Dios antes de Su encarnación, pero de la que se había despojado para hacerse hombre, siervo, obediente hasta la muerte de cruz: «*el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino*

que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» Filipenses 2.6-11.

Ahora como hombre penetraba por primera vez en la gloria de Dios. Esta es la respuesta a la oración que el Señor había elevado al Padre antes de morir, en Juan 17.5: «*Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*».

Debemos entender que la gloria es el ámbito donde Dios vive, un ambiente que no puede ser penetrado por nada ni por nadie inmundo, y el Señor nunca deja esa esfera, Él siempre está en gloria. Si quieres tener revelación, conocimiento y visión acerca de la gloria de Dios, te recomendamos leer, orar y meditar los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, en los que nuestro hermano Juan, estando en su espíritu, vio la gloria de Dios, Su trono, sus características, quienes lo acompañan y lo que allí se hace.

Ese ambiente de gloria puede ser penetrado solamente por Dios, el Cordero, los cuatro seres vivientes, los veinticuatro ancianos y los ángeles que se mantuvieron fieles al Señor, cuando la tercera parte de ellos se rebeló junto con satanás. Y para afirmar nuestra fe y nuestra esperanza, allí también hay un hombre, que, sin haber pasado por la muerte, pudo penetrar ese ámbito y disfrutar la indescriptible gloria del Señor.

Esto nos lleva a colegir que, como creyentes que vivimos en la tierra, podemos andar en la gloria de Dios, siempre que andamos en el espíritu. Esto es vivir por fe, dando sustancia a las cosas que no se ven y teniendo la certeza de las cosas que se esperan: «*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, dar sustantividad a las cosas que no se ven*» Hebreos 11.1 —Gr.

Encontramos entonces que el

proceso de la redención de Dios para nosotros comprende varias etapas, tales como la encarnación, el vivir humano, la muerte, la resurrección, la ascensión, la entronización y la glorificación del Señor Jesús, todas ellas mezcladas con la naturaleza humana y la naturaleza divina, y además de todo lo que Dios es y tiene—atributos y virtudes—, fue lo que el Espíritu derramó la noche de la resurrección interiormente y el día de Pentecostés exteriormente, para que los hijos de Dios conformemos la iglesia, Su cuerpo, que no es nada separado ni distinto al Dios eterno que pasó por todo el proceso descrito.

La iglesia entonces no es una organización, ni un lugar donde se reúnen unas personas, ni un edificio donde hay un predicador, púlpito, torres y flores, sino que la iglesia es Dios mismo, es Su extensión, es Su cuerpo, es Su manifestación y expresión. Para comprenderlo mejor medita y busca revelación en estos dos versículos de 1 Corintios 12.12-13: «*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*».

Observa que el Cristo ya no es solo Dios o solo Jesús, sino que es Él y muchos miembros, que somos todos aquellos que hemos sido regenerados, que lo hemos recibido creyendo en Su nombre; aquellos que por creer en Él hemos nacido de nuevo y que tenemos Su persona como la vida eterna viviendo en nosotros: «*a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino [son engendrados] de Dios*» Juan 1.12-13.

El cuerpo de Cristo, la iglesia, es Dios mismo, ensanchado, ampliado en unos hombres y mujeres que Él escogió antes de la fundación del mundo y que en el tiempo, después de haber muerto y resucitado, regeneró. ¡Qué maravilloso! Los creyentes genuinos somos Hijos de Dios, somos Su cuerpo, somos parte de Él y Él es parte de nosotros. Somos uno con Él.

El comienzo de la iglesia es glorioso, alto y sublime. Los hijos de Dios que estaban allí en el aposento alto eran personas que vivían totalmente en el espíritu, que solo buscaban agradar a Dios y hacer Su voluntad y es por eso por lo que el relato de la biblia nos cuenta en Hechos 2.4: «*y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen*».

Observa que quienes hablaron en otras lenguas no hablaron lo que alguno de los hermanos les había enseñado, ni lo que ellos habían preparado previamente, sino que hablaron lo que el Espíritu les daba que hablasen.

Aquí se manifiesta nuevamente el hecho de la encarnación que primero se había realizado en Jesús. Mediante este hecho, Dios vive en un hombre y hace Sus obras en ese hombre, en este caso Jesús. Pero ahora en Hechos ya no es solamente en un hombre sino en más de un centenar, en aquellos que Dios se manifiesta y habla y hace según Su voluntad. Esto es lo que el Espíritu Santo llama el misterio de la piedad: «*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...*» 1 Timoteo 3.16.

Recabamos en el hecho de que lo sucedido en Pentecostés no fue el fruto del planeamiento cuidadoso de los ciento veinte hermanos bajo el liderazgo de alguno de los discípulos, porque ellos se dedicaron exclusivamente a llenar sus corazones de las riquezas del Señor, a esperar orando, siendo diligentes en guardar la unidad del Espíritu y manteniendo la unanimidad.

Estas fueron las condiciones óptimas que el Espíritu preparó para ejecutar lo ocurrido en el día señalado acorde con el relato de Hechos 2. Mientras ellos esperaban sentados, juntos y en unanimidad, el Espíritu Santo los cubrió, los invistió y testificó para los judíos incrédulos, las maravillas de Dios: «*les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios*» Hechos 2.11.

Pero donde el Señor trabaja, satanás no deja de meter sus narices para tratar de dañar el plan de Dios, y fue así como algunos de los judíos que se encontraban

en el lugar, se burlaron y acusaron a los santos de haber consumido mosto y de estar ebrios: «*Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto*» Hechos 2.12.

Ante esta situación Pedro se puso en pie, pero no lo hizo solo, sino que se pusieron de pie otros once discípulos con él, para completar un total de doce. Este número es el número eterno para Dios y por eso en la Nueva Jerusalén se ve en diversas ocasiones. No nos detendremos en esta parte a esclarecer más sobre el número doce, pues en otro libro hablamos algunos detalles al respecto[1].

Lo que sí queremos destacar aquí son varios hechos bien relevantes. ***En primer lugar***, los ciento veinte, representados por los doce que se pusieron de pie, eran totalmente uno en el espíritu y con el Espíritu.

En segundo lugar, debido a su diligencia de guardar la unidad del Espíritu, eran de una sola alma, es decir eran unánimes, pues así lo testifica el versículo 1 del capítulo 2: «*Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos*».

En tercer lugar, allí no habló Pedro, ni hablaron los once, ni los ciento veinte, sino fue el Espíritu Santo quien tomó, primero a muchos de los discípulos, y luego a Pedro con los once, para aclarar a los judíos cuál era la situación que estaba ocurriendo.

Cando prediques el evangelio asegúrate de sembrar la persona de Jesús en el corazón de quienes te escuchan!

El Espíritu centró Su testimonio en la persona y la obra del Señor Jesús, porque esa es la genuina predicación del evangelio. Debemos entender que el evangelio es una persona: el Señor Jesucristo. Así lo testifica el Espíritu Santo en Romanos 1.1, 3: «*Pablo... apartado para el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo*».

Predicar el evangelio no consiste en hablar un poco de palabras que tocan el alma de los oyentes, sino que la genuina predicación del evangelio consiste en infundir en las personas, en el espíritu de ellas, a la persona del Señor Jesucristo, persona de la cual debe estar bien constitui-

1. Puedes leer "***Los Vencedores: las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***" del mismo editor y ya publicado.

do quien lo predica.

Si se tiene solamente un conocimiento mental del Señor, lo máximo que hará un predicador al predicar el "evangelio" es tocar la mente de quienes lo oyen y en ese caso, lo único que se transmite es muerte, porque: «*la letra mata*, *mas el espíritu vivifica*» 2 Corintios 3.6.

Si predicamos el evangelio debemos estar en el espíritu y bien constituidos con la palabra, que es la persona del Señor Jesús, el Espíritu Santo.

Recordemos que nadie puede dar de lo que no tiene. Si eres una persona que vives siempre en tu alma, en tu mente, tu predicación tocará solamente el alma de quien te oye, y la llenarás de muerte; pero si has aprendido a vivir en el espíritu, a ejercitar tu espíritu, aquellas personas que tocas bajo la guía del Espíritu serán infundidas con la vida divina, serán refrescadas y salvas, no solo salvas eternamente, sino que serán salvas en su necesidad cotidiana de Cristo.

¿Y cuál fue el resultado de aquella acción del Espíritu Santo en Pentecostés? «*y se añadieron aquel día como tres mil personas*» Hechos 2.41.

Capítulo 2
El equipamiento que Dios le dio a la Iglesia

El soplo de Jesús para infundirse en el espíritu de los discípulos la noche del día de la resurrección y el derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés, conllevan en sí una serie de eventos que debemos considerar detenidamente, para que tengamos revelación y podamos entender qué es la iglesia, cómo fue constituida y comprendamos que esta es la realidad que el Señor quiere recuperar en estos últimos tiempos, para concluir Su plan.

El hecho de que el Espíritu haya llenado a los hijos de Dios interior y exteriormente requiere que nosotros vayamos a Su trono a rogarle que nos dé sabiduría y revelación para conocer todos estos hechos y relacionarlos con Su voluntad, y que a la vez nos dé visión en nuestro entendimiento para que podamos discernir y ver, qué es lo que Él desea y qué es lo que está haciendo.

Veamos entonces lo que el Señor como Espíritu nos ha dado, para que podamos tener un disfrute continuo de todas Sus riquezas.

1. La Naturaleza Divina

En primer lugar, debemos ver que el Espíritu Santo que fue inoculado y derramado en y sobre los discípulos, es Dios mismo. Él no es un tercio de Dios, ni una parte de Dios, sino que Él es Dios completo: "*Dios es Espíritu… ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?… No has mentido a los hombres, sino a Dios*" (Juan 4.24; Hechos 5.3, 4).

Como el Espíritu Santo es Dios, entonces hemos recibido a Dios mismo, con todo lo que Él es. Sus atributos, Sus virtudes y todas Sus características moran en nuestro espíritu. En otras palabras, todo lo que Dios es está en nuestro espíritu, con el fin de que nosotros disfrutemos de esas riquezas, llenemos con ellas nuestro corazón y de esa manera expresemos a Dios en plenitud.

Lo que Dios es tiene y ha logrado nos fue entregado como nuestro equipo para vivir la realidad de la iglesia.

Los atributos de Dios

Dios en Su esencia tiene una gran cantidad de características, de las cuales destacamos algunas:

Justicia

Dios es justo, es la justicia misma, y como tal está en nuestro espíritu. Desde allí, Él anhela que abramos nuestra alma y nuestro corazón para llenarlos, y una vez llenos de Él, expresemos Su justicia en nuestros actos, en nuestro diario vivir.

La justicia de Dios tiene que ver con Su carácter recto, en Dios no hay nada torcido ni corrupto, sino que Él está lleno de pureza.

Nosotros estábamos llenos de injusticia y nuestra naturaleza era injusta, pero por medio de la obra redentora de Dios en el Señor Jesús, ahora somos justicia de Dios en Él: "*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*" (2 Corintios 5.21)

Luz

Dios es luz, y como tal vive en nuestro espíritu. Este hecho nos permite vivir en Su luz y no andar en tinieblas, sino que, llenándonos de la luz, la manifestemos en toda ocasión y llevamos la luz a otros: "*Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1.5-7).

Un hecho maravilloso de la redención consiste en que antes estábamos en el reino de las tinieblas y el Señor nos ha trasla-

dado de ese reino de oscuridad al reino de la luz, del Hijo de Su amor: "*el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*" (Colosenses 1.13).

En la medida que disfrutamos del Espíritu con todas Sus riquezas, vamos siendo llenos de la luz de Dios y esa luz está en nosotros no para que la mantengamos oculta, sino para hacer que alumbre a todos los que están en la casa de Dios, la iglesia: "*Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*" (Mateo 5.14-16).

Amor

Dios es amor y como tal vive en nuestro espíritu, para que disfrutando de Su amor podamos expresar el amor por Él y por los hermanos, Sus hijos y aún por todas las personas: "*Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él*" (1 Juan 4.16).

Debemos tener claridad de que el amor no es un sentimiento pasajero, que en un momento se manifiesta y a los pocos segundos cambia. Ese es un amor carnal que no puede agradar a Dios.

El amor genuino es una persona, es Dios mismo, y mediante nuestra labor diaria de disfrutar al Espíritu en nuestro espíritu, logramos que esa persona llene nuestra alma y se manifieste en nuestros actos, pensamientos y palabras: "*acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*" (1 Tesalonicenses 1.3).

Solamente podemos amar a Dios y a las personas, si mediante nuestro disfrute diario de todas las riquezas que Dios ha puesto en nuestro espíritu, le permitimos que llene nuestro corazón hasta que rebosemos y manifestemos a Dios como amor.

Vida

Dios es vida, la vida eterna, la vida que no se marchita ni se envejece, la vida que no se co-

rrompe, la vida que tiene el poder de la resurrección y que vence a la muerte. En la medida que nosotros disfrutamos al Espíritu como la vida, derrotamos toda manifestación de muerte que a satanás le gustaría que expresásemos en nuestro diario vivir.

Santidad

Otro atributo de Dios es la santidad, y Él es el único ser santo en el universo. Ser santo significa ser separado, apartado de todas las cosas comunes, inmundas y no inmundas. Como ser santo, Dios es único en el universo y Él nos ha dado el privilegio de que participemos de Su santidad: "*pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad*" (Hebreos 12.10).

En la medida en que disfrutamos Su santidad que está en nuestro espíritu, nuestra alma va siendo llena de Él y vamos siendo más santos, más apartados para Él, hasta que llegamos a ser totalmente santificados.

La santidad se expresa por nuestro medio en la medida en que, por el disfrute del Dios que vive en nuestro espíritu, llenamos de nuestro corazón de Él.

Gloria.

Es el ámbito donde Dios vive y actúa, y ese ámbito no puede ser penetrado por nada ni nadie extraño ni inmundo. Es exclusivo del Señor; sin embargo, de esa gloria participan los seres vivientes, los veinticuatro ancianos, los ángeles y los hijos de Dios—hombres—que viven en el espíritu, como le ocurrió a Juan en Apocalipsis 4 y 5.

La gloria de Dios es como un fuego abrasador, es excelsa y no existe nada más sublime: "*Y la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel*" Génesis 24.17.

La gloria del Señor es tan elevada que en vano tratan los hombres de darle gloria al Señor; por eso Jesús afirma: "*Gloria de los hombres no recibo*" Juan 5.41, y para poder hacerse hombre y venir a redimirnos tuvo que dejar Su gloria. Por eso, en Su oración, antes de entrar en la muerte, rogó al Padre que le restituyera la gloria que tenía desde la eternidad y de la que se había despojado para venir a re-

dimirnos "*Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*" Juan 17.5.

A pesar de que la gloria del Señor es impenetrable, en Su amor y misericordia para con Sus hijos, nos la ha entregado para que la disfrutemos todo el tiempo de la vida que vivimos en la tierra: "*La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo*" Juan 17.22, 24.

La gloria del Señor nos ha sido dada como parte del equipo con el que dotó a la iglesia y hoy, con plena confianza y seguridad podemos disfrutar en cada instante de Su gloria maravillosa.

Sabiduría.

Es otro de los preciosos atributos del Señor, que ha decidido compartir con Sus hijos. Sin embargo, es necesario ser prudentes porque existen dos fuentes de sabiduría; una fuente es el Señor y la otra fuente es satanás. "*Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella*" Génesis 3.6. Cuando Adán y Eva comieron del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, se llenaron de sabiduría, pero esa sabiduría tiene como fuente a satanás, no proviene del Señor "*porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica*" Santiago 3.15.

Debido a que todos los hombres son descendientes de Adán y Eva, heredaron la sabiduría diabólica y todo lo que hace la humanidad, el desarrollo científico y tecnológico se basa en esa sabiduría.

En cambio, la sabiduría que tiene como fuente al amado Señor, se obtiene no comiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino poniendo la mente en el espíritu y rogándole al Señor que nos conceda un espíritu de sabiduría y revelación: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*" Efesios 1.17.

Observa bien que esa sabiduría se puede obtener solamente en el espíritu humano y mediante revelación, y el Señor la otorga a quien la pide.

Esta es la razón por la que el Espíritu Santo nos habla por medio de Pablo con respecto a la sabiduría: "*Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria*" 1 Corintios 2.1,4-7. Una vez más el Señor reitera que esta clase de sabiduría se obtiene mediante revelación: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.*" 1 Corintios 2.10.

La sabiduría que se origina en Dios tiene unas características que nos confirman su fuente: "*Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía*" Santiago 3.17.

Soberanía.

Este es otro atributo que nuestro amado Dios desea compartir con nosotros. Que Dios sea soberano implica que posee toda autoridad, que hace las cosas según Su deseo, Su voluntad y Su manera de ver y hacer las cosas.

Que nuestro Señor sea soberano indica que nada ni nadie está por encima de Él, que nadie tiene más autoridad que Él, porque es la mayor autoridad que existe en el universo y que ningún ser humano o angélico puede influir en Sus decisiones. Esto lo confirma Romanos 11.33-36: "*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén*"

La soberanía del Señor indica que podemos poner todas nuestra confianza en Él, porque todas las cosas que nos ocurren, sin importar el tipo que sean, emanan de Su soberanía; esto quiere decir que, como Sus hijos, nada de lo que nos pasa está fuera de su alcance, o es producto de la suerte o del azar. No, todo lo que nos ocurre a Sus hijos es producto de Su soberanía y todos nuestro sucesos han sido planeados y ejecutados por Él.

No pienses hermano que satanás puede hacerte algo o puede influir en ti. No olvides que el Señor Jesús lo derrotó, lo aplastó y lo destruyó en la cruz, lo mismo que a sus agentes: ángeles caídos, demonios y hombres, sobre todos ellos triunfó en la cruz y nada pueden hacer contra nosotros. Hoy como hijos de Dios vivimos completamente bajo Su soberanía.

Bondad.

La bondad es un atributo más que hace parte de las riquezas que el Señor nos ha dado como herencia para nuestro disfrute diario y permanente.

Ser bondadoso quiere decir que todo lo que emana de la bondad es bueno, ayuda a nuestro crecimiento para cumplir el propósito que el Señor ha establecido en la eternidad para los hijos que Él escogió: "*para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder*" Efesios 2.7; 2 Tesalonicenses 1.7.

Todo lo que llega a nosotros de parte del Señor es bondadoso y nunca nada de lo que Él nos da o hace en nosotros nos hará daño.

Paz.

A pesar de que satanás hizo que el hombre se enemistara con Dios y viviera en permanente guerra con el Señor, Jesús en la cruz acabó con satanás y con su obra corrupta y nos llenó de Su paz, paz con Dios, paz con nuestro prójimo y paz con nosotros mismos.

Si miramos la primeras trece epístolas de las catorce que

escribió Pablo encontramos un saludo común: "*Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*". El lector observará que la paz es consecuencia del disfrute de la gracia, entendiendo esta como el conjunto de todas las riquezas—la persona de Dios: Sus atributos y virtudes—y Su obra de redención.

Esto quiere decir que entre más disfrutamos la gracia que el Señor nos legó, más tendremos paz y viviremos más en paz.

El Señor no exige de ti que seas una persona pacífica; lo que desea es que disfrutes la gracia que Él depositó en tu espíritu y entre mayor sea tu disfrute estarás más lleno de paz para con el Señor, tu cónyuge, tus hijos, tu familia y todos los hombres.

Fidelidad.

Otro atributo que el Señor ha puesto a nuestra disposición para nuestro disfrute es Su fidelidad.

Sin importar cuáles sean nuestras actitudes hacia el Señor, siempre se mantiene fiel: "*Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo*" 2 Timoteo 2.13.

Si observamos los hijos de Dios en el tiempo presente y los cristianos que dicen amar al Señor, en verdad le son totalmente infieles. Es raro encontrar hoy personas que amen al Señor de verdad, hijos de Dios que lo busquen, que lo sigan a Él y no a los líderes de los millones de grupos cristianos degradados. Todo el cristianismo—católico y protestante—vive en una permanente idolatría e infidelidad al Señor

Cuando el Señor profirió la parábola de la necesidad de orar y no desmayar—más conocida como la parábola de la viuda y el juez injusto—para concluirla dijo una frase que debe impresionar seriamente al lector: "*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*" Lucas 18.8.

Si el Señor viniese hoy muy pocos lo estaríamos aguardando, así que, apreciado lector, es hora de tomar el atributo del Señor llamado fidelidad y rogarle que te enseñe a ser fiel y que te dé la oportunidad de arrepentirte de tu infidelidad.

Misericordia.

Otro atributo que el Señor exhibe como nuestro equipamiento para llevar a feliz término Su propósito eterno es Su misericordia.

En Su justicia, el Señor debería condenarnos y mandarnos al lago de fuego, porque nuestro vivir lo tiene más que merecido. Ni siquiera Su amor sería suficiente para salvarnos de la condenación eterna.

Pero el Señor, además de justo y amoroso tiene un atributo adicional con el que alcanza al más vil y miserable hombre: Su misericordia. Si el Señor ejercitara solamente Su justicia, no tendríamos ninguna esperanza y al condenarnos no tendría ningún reproche porque siempre obra en justicia.

Si Él obrara solamente con Su amor, por mucho que lo extendiera, siempre quedaríamos en deuda y Su amor sería insuficiente para cubrir y eliminar la inmundicia que satanás introdujo en Adán en el Huerto de Edén, inmundicia que todos heredamos por ser descendientes de él. Sin embargo, el Señor hace uso de Su atributo llamado misericordia y con ella si nos alcanzó, nos limpió, y lo más sublime, nos sentó con Él en lugares celestiales: "*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*" Efesios 2.4-7.

Disfrutar Su misericordia nos hará misericordiosos y ganaremos más Su misericordia.

Celo.

El Espíritu nos anhela celosamente porque Dios es celoso, es decir, en Él no hay ninguna disposición a compartirnos con nada, ni con nadie.

Es necesario recordar que la iglesia empezó a degradarse cuando los santos en Éfeso dejaron al Señor como su primer amor, es decir le quitaron el primer lugar y se dedicaron a seguir a hombres y permitieron que satanás los engañara.

Debemos tener claridad en cuanto a que el Señor es el primero y el último, es decir no debe haber nada antes de Él y no puede haber nadie después de Él. El Señor debe ser nuestro todo, como Sus hijos debemos aprender a amarlo solamente a Él, a tenerlo como el primero, el segundo, el tercero… y el último.

En la medida que disfrutamos las riquezas del Señor aprenderemos a tener Su celo a vivir en permanente comunión con Él, a buscar revelación de Su persona y Su palabra, a obedecerlo, a permitir que haga Su voluntad en nosotros y podremos decir con Pablo: "*Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo*" 2 Corintios 11.2.

Cualquier actitud, pensamiento, palabra o hecho que no se origine en el Señor, nos hace salir del celo de Dios y perdemos nuestra cualidad de vírgenes puras.

Hablar de Dios y Sus atributos sería un tema difícil de agotar, porque entre más escudriñamos en la Biblia encontramos más características hermosas de nuestro precioso Señor, y tendríamos que hablar de inmutabilidad, imperio, gozo, poder, honra, paz, plenitud, compasión y por lo menos un par de decenas de atributos más. Tendremos tema para escribir un libro bien voluminoso, porque son tantos los atributos que el Señor ha puesto a nuestra disposición como nuestro equipamiento para que, junto con Él, o dicho de manera más apropiada, para que Él junto con nosotros lleve adelante Su propósito eterno hasta concluirlo felizmente, conclusión que se dará en la Nueva Jerusalén.

Hemos hablado sucintamente de estos atributos para que el lector pueda tener mucho qué disfrutar y para que haciendo uso de su espíritu busque con anhelo más revelación que sin duda el Señor dará a quien la pida.

Las virtudes

Además de estos atributos que son Dios mismo, Su esencia y Su naturaleza, el Señor tiene un sin número de virtudes que depositó en el hombre cuando lo creó, y ahora el Espíritu las ha traído a morar en nosotros. En la medida

que lo disfrutamos vamos siendo llenos de ellas y las vamos manifestando, para que Dios sea expresado en carne y el misterio de la piedad se haga realidad en y por medio de nosotros: "*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne*" (1 Timoteo 3.16).

Todas esas virtudes están descritas a lo largo de la Biblia y aquí nos referiremos a unas pocas, como, por ejemplo, la paciencia, que también la Biblia llama longanimidad, y por medio de ella aprendemos a soportar a otros, con sus virtudes y carencias, en la medida que Dios desea que los soportemos.

Igualmente son virtudes la mansedumbre y la humildad. Aunque humanamente tenemos algo de ellas, porque fuimos creados a la imagen y semejanza de Dios, debido a la caída del hombre, esas virtudes tienen mucha dificultad para expresarse en nosotros. Para ser mansos y humildes debemos aprender a disfrutar todo lo que Dios es, todo lo que Él ha traído a nuestro espíritu.

Para alcanzar mansedumbre y humildad hay un camino que el Señor Jesús trazó, y consiste en enyugarnos con Él, para aprender de Él que es manso y humilde de corazón: "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*" (Mateo 11.28-29). La soberbia y la altivez, que son el opuesto de la mansedumbre y la humidad, fueron sembradas por satanás en la caída de Adán y a lo largo de los siglos las ha venido "*perfeccionando*", en el hombre viejo.

Aunque el Señor Jesús, al morir en la cruz, anuló y eliminó la obra de satanás, debemos entender que si no buscamos una aplicación y una experiencia de la obra salvadora del Señor para nosotros, la hacemos inútil.

Es por eso que el Señor pide a quienes están trabajados y cargados que vengan a Él, que tomen Su yugo, que aprendan de Él que es manso y humilde de corazón, y de esa manera tendrán un remanso de paz en sus almas. Un creyente soberbio y altivo es sin duda un hijo de Dios que tiene muy poco disfrute de las riquezas del Señor que mo-

ran en su espíritu. Pero aquí el Señor presenta una solución a ese conflicto. Venir a Él, tomar Su yugo y aprender de Él humildad y mansedumbre.

Otra virtud que hemos heredado del Señor es la paz. La naturaleza del hombre caído es guerrera, conflictiva, peleadora. La guerra está en las pasiones que combaten en los miembros del hombre: "*¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?*" (Santiago 4.1).

Por causa de nuestra condición caída nosotros estábamos enemistados con Dios, éramos Sus enemigos, pero Él nos ha reconciliado consigo mismo y además de hacernos Sus hijos nos ha convertido en Sus amigos. No obstante, diariamente hacemos cosas que lo ofenden y necesitamos con frecuencia ir a Su trono para reconciliarnos con Él. Si lográsemos vivir todo el tiempo en el Espíritu, viviríamos en una perpetua amistad con Él y no habría ninguna ofensa que dañase nuestra comunión. Por eso requerimos disfrutar a cada instante la paz que Él ha puesto en nuestro espíritu.

Sin embargo, el problema de enemistad no es solamente con Dios, sino con los hombres. En todo lugar hay conflictos, envidias, chismes, murmuraciones de unos contra otros, inclusive en el pueblo cristiano. Hay conflictos en la familia, con los vecinos, en el trabajo y en la escuela. Todo esto se da, porque permitimos que satanás active el viejo hombre que se expresa en la carne.

Pero nosotros hemos sido llamados a ser pacificadores, y lo logramos mediante un disfrute continuo y permanente de la paz que Dios ha puesto en nuestro espíritu: "*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo... Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*" (Juan 14.27; Mateo 5.9).

En fin, son tantas las virtudes que el Señor, en Su obra redentora elevó a un plano espiritual, que podemos disfrutarlas todas conforme a nuestra necesidad. Todas ellas están en nuestro espíritu donde vive Dios como

el Espíritu. Por ejemplo, la templanza o dominio propio, la benignidad, el gozo, la fe, el amor, que siendo un atributo de Dios también se expresa como una virtud.

Todo nos ha sido dado por el Señor al infundirse y derramarse como el Espíritu en nosotros, pero no para que tengamos un conocimiento doctrinal de tales atributos y virtudes, sino para que diariamente, en comunión con Él en el espíritu, disfrutemos de tantas y tantas riquezas que son insondables e innumerables.

2. Su obra redentora

El Señor no solo nos legó en el Espíritu lo que Él es, Su vida divina, Su persona, Sus atributos y Sus virtudes, sino que también incluyó todo aquello que Él ganó mediante los pasos que dio para redimirnos.

Esa obra maravillosa realizada por amor a nuestro favor comprende por lo menos ocho pasos, que vamos a discernir de manera sucinta.

La encarnación

Fue el primer paso que el Señor dio en Su obra redentora. Debido a la caída del hombre, éste tenía una sentencia sobre sí, que nadie podía evitar: la muerte. Ningún humano hasta ahora —a excepción de Elías y Enoc— ha logrado escapar de la muerte. Todos deben morir.

Dios entonces, para cumplir esa sentencia, tuvo que venir a morar en la carne, para tener la oportunidad de morir por todos, de hacernos uno con Su muerte y cumplir así la sentencia que había decretado, en caso de que Adán comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal: "*uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió*" (2 Corintios 5.14-15).

Pero la encarnación no solo hace posible que Dios pase por la muerte en Jesús, sino que además es el rescate de lo que satanás, unido a Adán y Eva, dañaron en el Huerto de Edén.

Dijimos en el capítulo anterior que Dios creó al hombre con el fin de entrar en él, vivir en él y expresarse a través de él, pero satanás dañó este propósito al introducir su naturaleza de pecado en el hombre e impedir que éste pudiera mantenerse en comunión con el Señor. Con la caída, el hombre cayó del pro-

pósito de Dios.

Cuando Jesús nació de María en Belén, Dios estaba recuperando lo que satanás había dañado en el Huerto de Edén.

Ese pequeño niño no era solamente un hombre, sino el Dios todo poderoso y maravilloso, el Creador del vasto universo y de la hermosa tierra en que vivimos, vivía en ese pequeño niño. Jesús es Dios mezclado con la humanidad, es Dios viviendo Su vida eterna y divina en un hombre. ¡Aleluya! Él es Dios con los hombres, es Emanuel.

Jesús fue engendrado en María por el Espíritu Santo, lo cual implica que en el vientre de María se dio esa mezcla maravillosa de la divinidad con la humanidad, de Dios con el hombre, y cuando Jesús nació, ese niño era Dios mezclado con el hombre, para vivir Su vida divina en la vida humana.

Cuando Dios creó a Adán, lo hizo como un vaso dispuesto para recibir al Señor, pero corrió el riesgo de que ese vaso decidiera no recibir a Dios sino a satanás, lo que efectivamente ocurrió. Ahora en Jesús, que es el último Adán, Dios ya no tenía ese riesgo, sino que por lo menos el espíritu humano de Jesús estaba lleno de Dios el Espíritu, y durante su vivir humano, Jesús como hombre llenó su alma de la naturaleza divina, hasta que por medio de Su muerte eliminó el viejo hombre que había logrado satanás al mezclarse con el primer Adán, y al resucitar Jesús creó el nuevo hombre, contra el cual nada puede hacer satanás: "*Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, llegó a ser espíritu vivificante*" (1 Corintios 15.45).

El vivir humano

Igualmente, Jesús tuvo un vivir humano en la tierra por un lapso superior a tres décadas, y ese hombre no era nadie distinto a Dios viviendo Su vida divina en un hombre. Como hombre es perfecto, nunca hizo nada siguiendo la emoción, voluntad o pensamientos suyos, sino siempre siguiendo la voluntad, los deseos, los sentimientos y el plan de Dios, quien moraba en Él.

Si entramos al espíritu veremos que todas las cosas que

Jesús hizo durante Su peregrinación en la tierra, era Dios morando en Él quien en verdad hacía, decía y pensaba las cosas. Él mismo lo declaró a los discípulos poco antes de ir a la cruz para morir: "*¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace Sus obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras*" (Juan 14.10-11).

La preposición *en*, aquí es traducida de la preposición griega *eis*, que quiere decir *dentro de*.

Esto quiere decir que Jesús moraba dentro del Padre y el Padre moraba dentro de Él. Durante Su peregrinar en carne por esta tierra, Jesús y el Padre nunca se separaron, ni siquiera en la muerte del Señor Jesús.

El vivir humano de Jesús es un ejemplo contundente, para que los hijos de Dios vivamos en Dios, en el Espíritu y lo agrademos en todo nuestro vivir. El deseo de Dios es que lo satisfagamos en nuestro hablar, en nuestros pensamientos y en nuestros actos. Él ya vivió de esa manera y ese vivir está hoy en el Espíritu Santo y Él está en nuestro espíritu. Todo esto lo recibimos cuando creímos.

Podemos lograr este vivir no por nuestro esfuerzo, sino porque ahora el Padre y el Hijo como el Espíritu, moran en nosotros y nosotros moramos en Él.

La muerte

Al cumplirse el tiempo determinado por Dios, Jesús fue a la cruz para morir y Su muerte además de ser una muerte cruel, para Dios y para los creyentes es gloriosa.

No hay mayor derrota para el hombre que la muerte. Cuando los gobiernos de la tierra tienen enemigos, matarlos es la mayor victoria para ellos y la mayor derrota para sus oponentes. Aparentemente la muerte de Jesús fue una derrota para Dios y una victoria para satanás.

Pero no fue así. En verdad la muerte de Jesús es la mayor victoria para Él y para nosotros, porque mediante Su muerte mató y eliminó todas las cosas corruptas que satanás introdujo

en Adán, en el Huerto de Edén y en el resto de la humanidad a lo largo de los siglos.

Lo primero que logró Jesús con Su muerte fue destruir al diablo, dañarle todo su plan, toda su oposición al plan de Dios y todo el daño que Él ha hecho a la humanidad: "*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo*" (Hebreos 2.14).

El diablo tiene el imperio de la muerte, pero mediante la cruz de Cristo él fue destruido y su poder fue eliminado. Ese hecho está hoy en el Espíritu que mora en nuestro espíritu y ya no tenemos ningún temor ni a la muerte ni a satanás, porque tanto la una como el otro fueron aplastados con la muerte del Señor: "*y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre*" (Hebreos 2.15).

Cuando Satanás se introdujo en Eva y Adán, por medio del árbol de la ciencia del bien y del mal, introdujo en ellos el pecado, que es la naturaleza satánica, diabólica. El pecado no pertenece al hombre, ni el hombre fue creado con pecado ni para pecar. Éste fue un añadido que satanás inoculó en el hombre en el Huerto de Edén, y el Señor mediante Su muerte lo quitó: "*El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*" (Juan 1.29).

Debido a que esa naturaleza diabólica llamada pecado, está dentro del hombre, los seres humanos cometen una serie de conductas que ofenden a Dios y los constituye en Sus enemigos, pero el Señor en la cruz, mediante Su sangre derramada, limpió y limpia los pecados de los creyentes y los reconcilia permanentemente con Dios: "*por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz... pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (Colosenses 1.19-20; 1 Juan 1.7).

Después de la caída de Adán y Eva en el Huerto de Edén, sa-

tanás usó a algunos hombres, el primero de los cuales fue Caín, para edificar un sistema que la Biblia denomina el mundo. Ese sistema tiene como finalidad alejar cada vez más al hombre de Dios y enemistarlo con su creador y redentor.

El Señor en la cruz también eliminó ese sistema, para que nosotros los creyentes vivamos en una permanente comunión y reconciliación con nuestro Señor y por nada estemos enemistados con Él: **"***¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios…y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades***"** (Santiago 4.4; Efesios 2.16).

Mediante Su muerte en la cruz, el Señor Jesús cumplió la sentencia que Dios había proferido contra la raza humana en el Huerto de Edén, cuando le advirtió a Adán que si comía del árbol de la ciencia del bien y del mal moriría: "*mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*" (Génesis 2.17).

Efectivamente, Adán comió de ese árbol y echó sobre sí y sobre la raza humana la sentencia de muerte, sentencia de la que ni siquiera Dios podría retractarse, porque no está dentro de Su naturaleza arrepentirse de algo que en justicia ha determinado.

Debido al pecado, toda la raza humana podría morir y no se adelantaría nada, sencillamente todos se perderían. Pero Dios no iba a permitir que satanás obtuviera una victoria y por esa razón, Dios se hace hombre y muere por todos los hombres, para que nosotros pudiésemos regresar a Él y Su propósito y cumplir Su plan.

La muerte del Señor Jesús es tan completa, que mediante ella fueron eliminados todos los obstáculos que nos impedían acercarnos a Dios para ser uno con Él, para vivir en Su presencia, para agradarlo y para cumplir Su voluntad.

Por esta razón el Señor Jesús hace una declaración a Sus discípulos en Juan 16.7 y 14.2-3: "*Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré… En la casa de mi Padre muchas*

moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". En el pasaje citado, la ida de Jesús fue Su muerte y Su venida es Su resurrección.

Ahora, nosotros los hijos de Dios, no tenemos ningún estorbo para acercarnos confiadamente al trono de Dios para recibir y disfrutar todas Sus riquezas, porque mediante Su muerte Él allanó el camino para que podamos vivir en lugares celestiales: "*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne... Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Hebreos 10.19-20; 4.16; Efesios 2.6).

Como podemos ver la muerte de Jesús no fue una derrota para Dios ni para nosotros, sino una excelente victoria, mediante la cual Dios nos ganó a nosotros y nosotros lo ganamos a Él. Mediante Su muerte, Jesús aplastó a la misma muerte y nos liberó de ella. La muerte ya no tiene efecto sobre nosotros.

La resurrección

Desde el momento en que el hombre Jesús comenzó a morir en Su carne, comenzó a operar en Él el poder de la vida, la vida de resurrección, que es Dios mismo, porque Él es vida.

Cuando el cuerpo de Jesús se levantó de la tumba ocurrió el hecho más maravilloso en la historia del universo: la muerte fue totalmente vencida y aplastada. La muerte con su inmenso poder no fue capaz de retener a Jesús. Fue totalmente derrotada: "*al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella*" (Hechos 2.24).

El Señor no hizo esta obra para Él, sino para nosotros, aquellos que hemos sido predestinados antes de la fundación del mundo para estar en Su gloria.

Si algo esclaviza a la humanidad es el temor a la muerte y aún nosotros antes de venir al Señor

temíamos mucho a la muerte.

Pero cuan glorioso es el hecho de que cuando el Señor Jesús resucitó, Su resurrección fue incluida en el Espíritu Santo, y cuando ese Espíritu fue inoculado en los discípulos la noche de la resurrección y luego derramado sobre ciento veinte, y también sobre tres mil más el día de Pentecostés, el poder de la resurrección vino a morar en ellos, y hoy ese poder está en nosotros y ya no tememos más a la muerte, porque su poder sobre nosotros fue completamente anulado: "*y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud*" (Hebreos 2.15).

Satanás esclaviza a la humanidad mediante el temor a la muerte y la somete a servidumbre; pero nosotros, los creyentes somos totalmente libres de su temor y vivimos en resurrección. Ya nada tenemos que ver con la muerte; mediante la resurrección de Jesús fuimos totalmente liberados de ella.

La ascensión

Una vez Jesús hubo resucitado, se sopló como el Espíritu de vida dentro del espíritu de Sus discípulos y en esa condición, durante cuarenta días, en diversas ocasiones, se les apareció, para enseñarles que, aunque no lo vieran, Él estaba con ellos y así permanecería hasta la consumación del siglo, cuando nuevamente podremos volver a estar en Su presencia plenamente: "*he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del siglo*" (Mateo 28.20).

Mediante la ascensión, el Señor como hombre se puso por encima de las huestes diabólicas, de satanás, del mundo y de todas las cosas que estorban el desarrollo del plan de Dios. Aún los mismos cielos, están contaminados por el diablo y por eso el Señor Jesús subió por encima de los cielos: "*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*" (Efesios 4.10) y es más sublime—elevado— que los cielos: "*Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos*" (Hebreos 7.26).

Debemos ver que esa ascen-

sión no incluye solamente al Señor Jesús, sino que nosotros fuimos incluidos en ella; y hoy, estando en el espíritu, estamos sentados con Él en lugares celestiales: "*y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Efesios 2.6).

Si tenemos realidad de la ascensión del Señor Jesús y no consideramos ese evento como algo que no tiene ninguna relación con nosotros, sino que lo realizamos cada día en nuestro espíritu, veremos que no hay dificultad, ni circunstancia, ni hecho que esté por encima de nosotros. Estamos sentados en lugares celestiales con Cristo Jesús.

Entronización

Jesús hombre, después de Su ascensión, fue entronizado como Dios sobre todo el universo: "*a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo... Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*" (Hechos 2.36; Filipenses 2.9-11).

Esta es la gran victoria de Dios sobre satanás, que la criatura que él engañó y pervirtió, Dios la rescató y la sentó a la diestra de la majestad, para que sea Señor de todo el universo: "*el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*" (Hebreos 1.3).

Y no solo Jesús es objeto de esta gloria, sino que Él está preparando en este tiempo y también en el pasado, a un grupo de Sus hijos, para que sean vencedores y reinen con Él en la manifestación plena del reino de los cielos que es el reino milenario.

Cuando los creyentes vivimos en el Espíritu, tenemos la realidad de estar sentados en lugares celestiales en Cristo Jesús: "*y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Efesios 2.6).

Glorificación

Jesús como Dios, como Hijo

de Dios eternamente, en la eternidad pasada estaba en la gloria de Dios, es decir, Su vivir era en la plenitud de la gloria de Dios, y para ejecutar todo el proceso de la redención, se despojó a Sí mismo, dejó Su gloria, se hizo hombre y en la condición de hombre se hizo esclavo, fue obediente hasta la muerte de cruz, y debido a eso Dios lo exaltó hasta lo más elevado y lo introdujo nuevamente en la gloria: "*Ahora pues, Padre, glorifícame Tú junto contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese… Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*" (Juan 17.5; Filipenses 2.5-11).

Durante Su encarnación, vivir humano y muerte en la cruz, Jesús no dejó de ser Dios, pero al encarnarse, de manera voluntaria, por amor a nosotros, se despojó de Su gloria, y a esa gloria anheló volver siempre.

Por eso la oración que profiere en Juan 17.5: "*Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*". Después de morir, resucitar y ascender, Él volvió a tomar el lugar que le corresponde en la gloria de Dios, pero ahora con un ingrediente adicional: la humanidad. La raza humana ahora está en gloria, en Jesús.

Recabamos que la gloria de Dios es el ámbito, la esfera donde Dios vive, donde Dios actúa y donde Dios gobierna y es un ámbito totalmente puro e incontaminado. A esa esfera satanás, ni los ángeles caídos, ni los demonios, ni los hombres no regenerados, pueden penetrar ni disfrutarla.

Una mirada en el Espíritu a los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis, nos pueden mostrar ese maravilloso panorama de la gloria

de Dios, a la cual el Señor nos da entrada mediante nuestro espíritu, de acuerdo con lo que le ocurrió a nuestro hermano Juan, en esa porción de la Biblia.

Bautismo en el Espíritu Santo

Es el último paso que el Señor realiza en el proceso de redención por nosotros: nos bautizó en el Espíritu Santo.

Debemos buscar revelación en el Señor para ver la realidad del bautismo en el Espíritu.

La noche de la resurrección el Señor vino a donde estaban los discípulos y soplando en ellos los inoculó con el Espíritu Santo, pero aun ese no es el bautismo: "*Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto de pie en medio, les dijo: Paz a vosotros… Y habiendo dicho esto, sopló en ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*" (Juan 20.19, 22).

Cuarenta días después y antes de ascender de manera visible los llevó al Monte de los Olivos y les dijo: "*Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de Mí. Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días*" *(Hechos 1.4, 5).*

El Señor, antes de ascender, les pidió a los discípulos que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen hasta que fueran bautizados en el Espíritu Santo.

Ellos se quedaron en el aposento alto y esperaron diez días, hasta que llegó el día de Pentecostés en que el Señor cumplió la promesa que les había anunciado diez días antes: los bautizó en el Espíritu Santo.

Necesitamos entender que la palabra que traducimos como *bautismo* tiene origen en el vocablo griego *ebatizein* que quiere decir **meter dentro de, sumergir, introducir**, lo que quiere decir que ese día de Pentecostés, fuimos sumergidos en el Espíritu Santo.

La noche de la resurrección el Señor se metió en nosotros como el Espíritu Santo y el día de Pentecostés nos sumergió en el Espíritu Santo. Ahora Dios mora en nosotros y nosotros moramos en Él. Somos uno con

Dios y el Señor es uno con nosotros; Dios y nosotros somos una mutua habitación. Este es el último paso de la redención que el Señor, en amor, realizó a nuestro favor.

Todos estos aspectos que hemos descrito, de manera por demás breve, son los que recibieron los discípulos, primero en el lugar donde se encontraban la noche del día de la resurrección y cincuenta días después el día de Pentecostés, cuando ciento veinte de ellos esperaban en el aposento alto.

Todas esas riquezas fueron depositadas en nuestro espíritu cuando creímos en el Señor Jesús y lo recibimos como el Espíritu en nuestro espíritu.

Este es el equipamiento con el que Dios ha dotado a la iglesia, para que lo obedezca, lo agrade y lo satisfaga, haciendo Su voluntad; y eso hicieron aquellos ciento veinte santos que estaban sentados en el aposento alto, el día de Pentecostés. Lo mismo hicieron Pedro y los once, cuando impelidos por el Espíritu Santo se levantaron, y por medio de ellos habló a los judíos que estaban en aquel lugar, oyendo hablar las maravillas de Dios.

Como resultado del accionar del Espíritu por medio de los hermanos, más de tres mil almas fueron salvas y agregadas a la iglesia.

Hoy todas esas riquezas que son la persona de Dios y Su obra de redención nos han sido dadas como nuestra herencia y están en nuestro espíritu, con el fin de que cada día las disfrutemos ponienso nuestra mente en el Espíritu para que las hermosas riquezas sean reales en nosotros, llenen nuestro corazón y así podamos expresar a nuestro Señor en los pensamientos, palabras y hechos que vivimos diariamente.

¡Estamos bien equipados!

Capítulo 3
Los Hechos del Espíritu con la Iglesia (1)

La iglesia no es un edificio que tiene torres, bancas o sillas, una plataforma donde se sientan los "*principales*" y un púlpito de uso exclusivo de un líder.

La iglesia es el organismo, el Cuerpo del Señor, mediante el cual se expresa Él.

La iglesia no es una organización humana, ni es guiada por un hombre que se denomina pastor, líder, sacerdote, obispo, cardenal, papa o de cualquier otro nombre.

La iglesia no es el producto de un ministerio particular, ni de ciertas doctrinas bíblicas o no bíblicas.

La iglesia es Dios mezclado con algunos hombres que hacen Su voluntad, que viven exclusivamente para agradarlo, para oírlo, para obedecerlo y para hacer Su voluntad.

La iglesia es Dios mismo viviendo y expresándose a través de aquellos hombres que Él escogió y predestinó desde antes de la fundación del mundo y que un día fueron regenerados, es decir, mediante creer en el Señor y recibirlo fueron nacidos de nuevo, recibieron la vida eterna de Dios en ellos, junto con todas las riquezas de lo que Dios es, tiene y ha realizado.

El inicio glorioso de la iglesia

El comienzo de la manifestación de la iglesia es glorioso, hermoso y sublime: El Espíritu Santo hablando, pensando, actuando y manifestándose por medio de los discípulos que habían aprendido a ser uno en el

espíritu y con el Espíritu.

A lo largo del libro de los Hechos, vemos algunos relatos donde el Espíritu se mueve en muchos de los discípulos.

Encontramos en primer lugar a ciento veinte santos que están en el aposento alto, en Jerusalén, esperando la promesa que el Señor les había prometido antes de Su ascensión. Jesús no les dijo cuánto tiempo deberían esperar, solamente les dijo que esperasen: "*Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí*" (Hechos 1.4).

Una vez que ellos despidieron al Señor en Su ascensión, fueron al aposento alto a esperar que el Señor hiciera Su voluntad; pero en su espera no permanecieron ociosos; tampoco se dedicaron a designar líderes, ni a elaborar un plan para evangelizar al mundo, ni a diseñar bosquejos para predicar el evangelio. Ellos se dedicaron a orar, pero su oración era según el Espíritu, es decir, ellos no oraban sus propias oraciones, sino era el Espíritu quien oraba en ellos y por medio de ellos, pues esta es la genuina oración, la oración que a Dios agrada[1]: "*Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos*" (Hechos 1.14).

Por eso cuando llegó el día señalado por Dios, el día de Pentecostés, los ciento veinte habían logrado dos cosas extraordinarias: la unidad del espíritu y la unanimidad, y fue así como el Espíritu Santo se derramó sobre todos ellos y dio comienzo a la manifestación de la iglesia.

El Espíritu tomó a un buen número de esos hermanos y habló las maravillas de Dios a la multitud de judíos que allí se había reunido.

La unidad del Espíritu no consiste en ser uno con determinado hermano que ostenta un liderazgo o ser uno en torno a doctrinas o a organizaciones, sino que la unidad del Espíritu consiste en que cada hermano sea uno en su espíritu con el Espíritu del Señor. Esto hacían los

1. Para mayor revelación acerca del tema, se recomienda la lectura del libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor.

ciento veinte en el aposento alto.

La unidad del Epíritu consiste en que cada hijo de Dios es uno en su espíritu con Dios el Espíritu. Esa unidad trae como consecuencia la unanimidad, es decir, somos de una sola alma y consecuentemente tendremos el mismo hablar, el mismo sentir, la misma opinión, las del Espíritu Santo.

De la misma manera, la unanimidad es consecuencia de guardar la unidad del Espíritu, y en ella todos los santos, los hijos de Dios son uno en opinión, en parecer, en hablar y en decisión; pero esa unidad de opinión, parecer, hablar y decisión no se supedita a determinada persona, sino que todos tienen el pensamiento, el parecer, la opinión y la decisión del Espíritu Santo, quien es el único y genuino líder de la iglesia. Así estaban los ciento veinte en el aposento alto.

Ese mismo día Pedro, puesto de pie con otros once, para completar un total de doce que es un número muy especial para Dios, testificando la obra del Señor Jesús, la que había sido rechazada por los judíos, pero que gracias al hablar del Espíritu por medio de los hermanos, los judíos se compungieron de corazón, les rogaron que los orientaran acerca de qué hacer y más de tres mil personas, sin contar las mujeres, se reconciliaron con el Señor, fueron regenerados, nacidos de nuevo y añadidos a la iglesia.

En todo esto no hay la más mínima intervención del hombre ni de nadie distinto a Dios, el Espíritu Santo.

Luego en Hechos 3 y 4 vemos al Espíritu tomando a Pedro y a Juan que iban al templo a orar, sanando a un cojo de nacimiento; y por esa causa, testificando de Cristo a una multitud.

Si lees con cuidado las palabras proferidas por Pedro verás que es una intervención del Espíritu. Pedro no había preparado ese discurso, ni había determinado previamente cuáles serían los puntos que tocaría en su disertación. Simplemente el Espíritu puso en el camino al cojo, le habló a través de Pedro, lo sanó y luego dijo las palabras que necesitaba la multitud.

¿Cuál fue el resultado de esta

acción? Como cinco mil personas creyeron en Jesús resucitado, y fueron regeneradas y añadidas a la iglesia: *"Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron; y el número de los varones era como cinco mil"* (Hechos 4.4).

Cuando Pedro y Juan fueron apresados, por haber sanado al cojo, y al día siguiente llevados ante los gobernantes, los ancianos, los escribas y el sumo sacerdote, "*Pedro, lleno del Espíritu Santo*" (Hechos 4.8) testificó ante ellos diciendo que Jesús, a quienes ellos habían crucificado, había resucitado de entre los muertos y había sanado al cojo. Igualmente les mostró que el Señor Jesús era la piedra que ellos habían rechazado, pero para Dios es la cabeza del ángulo de Su edificación, y que solamente en Él hay salvación.

Vean la palabra de un hermano que aprecia, ama y honra al Señor. Si Pedro hubiese sido uno de los líderes insaciables del cristianismo contemporáneo, hubiera tomado para sí la honra de la sanidad del cojo, pero Pedro bien sabía que él simplemente había sido un canal por medio del cual el Señor ejecutó la sanidad y le dio toda la honra al Señor.

Obsérvese bien la frase, ***Pedro, lleno del Espíritu Santo***. Esa llenura hacía que no fuera Pedro quien se expresara, sino que fuera el Espíritu Santo quien, usando a Pedro, diera testimonio de las obras de Dios. Aquí se cumplió lo que el Señor había prometido a los discípulos en Marcos 13.11: "*Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo*".

¿Qué tal esta manera de predicar el evangelio? Es la manera que a Dios le agrada. Cuando hay un hablar genuino de Dios, éste es instantáneo, es decir, no hace falta preparar de antemano qué se va a decir y cómo hacerlo. Un hermano que predica el evangelio debe simplemente estar lleno de la palabra en su depósito—la palabra es el Espíritu—, y cuando el Espíritu Santo necesita hablar algo, Él tomará de ese depósito las palabras apropiadas.

Aun cuando estos gobernan-

tes y personajes principales de la religión judía amenazaron a los hermanos, éstos fueron impelidos por el Espíritu Santo a no callar ante las amenazas, sino a hacer que prevaleciera el testimonio de Dios: "*Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído*" (Hechos 4.19-20).

Si no es el Espíritu Santo quien predica el evangelio por medio de uno de los miembros de Su cuerpo, la predicación se convierte en un evangelio pervertido

Cuando fueron puestos en libertad se reunieron con los demás hermanos y de esa reunión salió un clamor del Espíritu, una oración donde los santos no pedían nada para ellos, ni le pidieron al Señor que destruyera a los judíos, sino que les diera denuedo de Su palabra para anunciarla diligentemente: "*Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios*" (Hechos 4.29-31).

Cuando hay un grupo de hijos de Dios que andan y viven conforme al espíritu, todas las necesidades de los santos son suplidas, inclusive las necesidades materiales, porque no hay apego a las riquezas terrenales, sino un total desprendimiento de ellas, para que todos tengan lo necesario, de acuerdo con lo relatado en los 6 últimos versículo del capítulo 4 de Hechos.

Cuando llegamos al capítulo 5 de Hechos de los Apóstoles, encontramos una severa disciplina del Espíritu Santo, sobre una pareja que pretendió engañarlo mintiendo. Los religiosos piensan que todo esto se dio por el poder y la autoridad que Dios había puesto en Pedro, porque lo había colocado como cabeza de la iglesia, pero debemos recordar que la cabeza de la iglesia es el Señor Jesús, y en este caso, Él obró usando a Pedro.

Los hermanos fueron perseguidos por los jefes de la religión judía y no tuvieron reparos

en echar a Pedro y a Juan en la cárcel. De allí los sacó el Espíritu.

Cuando fueron llevados nuevamente ante el sanedrín, una vez más el Espíritu tomó a Pedro y habló las palabras más apropiadas para dar un testimonio vivo, eficaz y verdadero de la obra redentora de Dios mediante Su Hijo, y aunque los religiosos azotaron e intimaron a los discípulos, ellos no dejaron de predicar al Señor: "*He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros*" (Mateo 10.16-20). El Espíritu no tiene temor de nada y quienes andan en Él, exponen Su persona y Su obra sin miedo.

Observa que es el Espíritu de nuestro Padre quien habla por nosotros. ¡Qué elevado es el evangelio que habla el Espíritu Santo a través de uno cualquiera de Sus hijos!

Para predicar al Señor no hace falta una preparación especial en un seminario o en un instituto bíblico, ni una ordenación especial. Solamente vivir en el espíritu y llenarnos de todas las riquezas que el Señor nos ha entregado.

En el capítulo 6 de Hechos encontramos un problema logístico en cuanto a la atención con bienes materiales de las viudas griegas.

Aun en esas cosas aparentemente carentes de importancia, el Espíritu Santo actúa y determina que los apóstoles se dediquen a orar y a permitir que la palabra de Dios fluya a través de ellos y que un grupo de varones en número de siete se encarguen de solucionar el problema de la distribución diaria. Quienes prestaron ese servicio a los santos debían reunir ciertos requisitos: "*para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de*

sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo" (Hechos 6.2-3).

En estas cosas, aparentemente intrascendentes, pero llenas de valor para el Señor, es el Espíritu Santo quien hace Sus obras a través de los hijos de Dios.

Llegando al capítulo 7 encontramos que uno de los siete varones que había sido escogido para servir a las mesas, varón que era lleno del Espíritu Santo y de sabiduría, fue lapidado y asesinado.

Sus palabras antes de morir, no fueron nada distinto a aquellas que el Espíritu Santo quiso hablar, y aún en medio del suplicio de la muerte, Esteban glorificó al Señor.

El hablar de Esteban es una prueba de que la predicación y enseñanza de la palabra no estaba solamente en manos de los apóstoles, sino que todo aquel que está lleno del Espíritu Santo y de sabiduría es apto para ser usado por Él. Esta es una clara barrera contra el nicolaísmo, que más tarde invade la iglesia y de él hablaremos unos capítulos más adelante, cuando tratemos la degradación en Pérgamo.

Cuando la multitud llena de furia crujía los dientes contra Esteban, éste lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo tuvo una visión maravillosa: vio a Jesús de pie a la diestra de Dios: "*Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios*" (Hechos 7.55-56—Gr).

En otras palabras, antes de morir, el Espíritu le concedió a Esteban el privilegio de ver a Jesús ascendido, entronizado y glorificado.

En el capítulo 8, la persecución desatada por satanás en contubernio con los jefes de la religión judía, fue aprovechada por el Espíritu Santo para diseminar a los discípulos, con excepción de los apóstoles, y llevar el evangelio fuera de Jerusalén; así se cumplió lo que el Señor les anunció momentos antes de Su ascensión: "*pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria,*

y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1.8).

En este capítulo es notable la predicación en Samaria. Sabemos que el pueblo samaritano era despreciado por los judíos, debido a que ellos eran una mezcla de israelitas y gentiles desde los tiempos en que Israel fue dividido en el reino del Norte—la casa de Israel— y el reino del Sur—la casa de Judá—, después de la muerte del rey Salomón.

Debido a la corrupción de los reyes de la casa de Israel, Dios permitió que el rey de Asiria invadiera la casa de Israel, los llevara cautivos y trajera pueblos gentiles a morar en la tierra de Israel. De ahí surgió una mezcla de razas, que los judíos despreciaban y no reconocían como israelitas; estos eran los samaritanos.

Sin embargo, al Espíritu Santo no le importó esa condición y envió allí a uno de los siete, que antes había sido designado para atender a las mesas en Jerusalén. Un gran número de samaritanos creyó y fueron añadidos a la iglesia: "*Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres*" (Hechos 8.12).

Para sellar esta obra, el Espíritu hizo que Pedro y Juan descendieran a Samaria e impusieran las manos sobre los nuevos convertidos, con el fin de que entre unos y otros hubiera una plena identificación como miembros del cuerpo de Cristo: todos fueron llenos del Espíritu Santo.

En otra ocasión el Espíritu Santo tomó nuevamente a Felipe y lo llevó al carruaje de un etíope que por el camino leía las Escrituras, sin entenderlas. Felipe, guiado por el Espíritu le aclaró al eunuco la palabra de Dios y éste fue salvo.

El relato, por demás sintetizado que hemos efectuado hasta aquí, de los primeros ocho capítulos de Hechos de los Apóstoles, pretende demostrar los siguientes hechos que son bien importantes:

1. **La iglesia es** Dios—como el Espíritu— mezclado con algunos hombres y mujeres que Él escogió antes de la fundación

del mundo: "*según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él*" (Efesios 1.4).

2. **La iglesia no es** una organización, ni un edificio, ni un lugar donde se reúnen los hijos de Dios, ni un grupo de personas que están bajo el liderazgo de un pastor, de un obispo, de un papa, de un patriarca ni de cualquier otro líder. La iglesia es el Cuerpo de Cristo, la extensión de Dios, un organismo vivo y viviente, por medio del cual se expresa el Señor.

3. **La cabeza, el líder y dirigente de la iglesia es Dios**: El Espíritu Santo, el Señor Jesús y el Padre. En la iglesia se hace solamente la voluntad del Señor. Todo grupo u organización liderada y dirigida por un hombre o un grupo de hombres, no es la iglesia, no expresa a la iglesia, aunque se denomine con el nombre de iglesia.

Al observar detenidamente cada uno de los hechos narrados hasta aquí, podemos ver que cada situación ha tenido la iniciativa exclusiva del Espíritu Santo.

En ninguno de estos hechos hay la más mínima iniciativa de los apóstoles o de los ciento veinte hermanos que estaban en el aposento alto o de los tres mil convertidos el día de Pentecostés, ni de los cinco mil, añadidos a la iglesia en el capítulo 4.

Todo fue obra exclusiva del Espíritu Santo. Porque **todo lo que se pretenda hacer en la iglesia, sin que el Espíritu Santo lo inicie y lo ejecute, no es una obra de Dios** y en ella participa el enemigo del Señor: satanás.

Llegando al capítulo 9 de Hechos, encontramos un hacer del Espíritu por demás importante. Para verlo claramente debemos entender un principio que siempre se da a lo largo de la historia de Dios trabajando con el hombre: **Siempre que el Señor planea algo, satanás interviene inmediatamente para estorbarlo y tratar de estorbar la obra del Señor.**

Es así como el diablo en alianza con los religiosos judíos, organiza un plan ya no para atacar a los santos, sino para apresarlos, torturarlos y matarlos, y

tenían a un joven que era bien importante para la religión judía: Saulo de Tarso. Éste, comisionado por el enemigo de Dios, iba rumbo a Damasco, con el fin de encarcelar a quienes invocaban el nombre del Señor.

Sin embargo, Saulo era un hombre que Dios había escogido para anunciar a Jesús, desde el vientre de su madre, y en su carrera de oponerse al Señor, tuvo un encuentro con Él, fue lleno del Espíritu Santo y desde ahí hasta su partida, fue usado para realizar la obra que el Señor había determinado: "*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" (Efesios 2.10).

Cuando el Señor lo encuentra, no le mostró un plan determinado, sino que le dijo que fuera a Damasco y allí Él le diría lo que tenía que hacer.

Depender del Espíritu implica no tener planes ni hacer cosas, sino esperar en Su guía, permitir que Él sea quien determine qué hacer, qué decir y a dónde ir.

Una vez en Damasco, el Señor aparece en visión, no a un poderoso ministro lleno de títulos de pastor, reverendo, apóstol, predicador, ungido, siervo de Dios…, sino a un hermano humilde, llamado Ananías, que hacía una cosa destacable: oraba, buscaba en su espíritu ser lleno del Señor, vivía en comunión con el Espíritu. Personas así, siempre serán usadas por el Señor.

Ananías, en el principio se opuso al Señor recordándole quién era Saulo y cuál era su misión en Damasco. El Señor le enseñó con ternura que, aunque eso era cierto, Él lo había escogido para "*llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel*" (Hechos 9.15).

Finalmente le impuso las manos, Saulo fue lleno del Espíritu Santo, recobró la vista que había perdido cuando vio la luz en el camino, recobró las fuerzas y enseguida comenzó a predicar a Jesucristo.

Qué precioso es el hecho de que cuando una persona es llena del Espíritu Santo, inmediatamente ese Espíritu comienza a fluir desde ella, dando a conocer la obra de Dios, y no es necesario que vaya a especializarse

en alguna de las instituciones que el cristianismo ha instalado para "***preparar***" pastores, reverendos, líderes, curas, obispos, etc. Cuando recibimos genuinamente al Señor y lo buscamos con anhelo, Él fluye espontáneamente para ganar y llenar a otros.

Finalizando el capítulo 9, nos encontramos con que el Espíritu Santo usa a Pedro para sanar a un paralítico llamado Eneas, que llevaba ocho años con su enfermedad y rescata de la muerte a una hermana llamada Tabita o Dorcas.

Llegados al capítulo 10 de Hechos, el Espíritu sigue Su trabajo y por un lado, mientras Pedro estaba en Jope, donde el Señor había resucitado a Dorcas, orando; y, por otro, en Cesarea—sede del gobierno romano para Israel— había un gentil, militar romano, también orando; su nombre es Cornelio.

El Señor entonces actúa en ambos y mientras a uno le da una visión acerca de que Dios ya no consideraba inmundo a ningún hombre, porque Él había pasado por todo el proceso de redención, y este plan era tanto para judíos como para gentiles, por el lado de Cornelio, el Espíritu le da una visión y le ordena que envíe a Jope por Pedro, para que le predique la palabra.

Pedro obedeció a la visión y unido al Espíritu, predica la palabra a los gentiles y éstos entran a ser parte del mismo cuerpo: "*Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*" (Efesios 2.11-16).

Aquí debemos notar que el sello que une a los santos, tanto

judíos como gentiles, es la venida del Espíritu Santo a morar en su espíritu y a expresarse a través de ellos.

La iglesia no es nada distinto a la unión del Espíritu Santo—quien es Dios— con los hombres y mujeres que Él, en Su soberanía, ha escogido para morar y expresarse en ellos.

En otras palabras, **cuando un hijo de Dios predica el evangelio, lo hace desde su espíritu, e inocula al Cristo viviente en el espíritu de quienes lo oyen**. Cuando esto es así, como señal de confirmación, el Espíritu Santo viene sobre esas personas y las confirma como hijos de Dios, nacidas de nuevo y regeneradas: "***Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo***" (Hechos 10.44-45).

Inmediatamente estos nuevos hermanos fueron bautizados en agua como una confirmación visible de la realidad que el Espíritu Santo había hecho en el interior y el exterior de ellos.

El Espíritu no solamente se limita a trabajar con los judíos, sino que también hace un trabajo de redención con los gentiles, y después de la muerte de Esteban, gracias a la persecución que se levanta contra los hermanos en Jerusalén, ellos son esparcidos y van, por ciudades y regiones gentiles, anunciando al Señor Jesús.

En una ciudad llamada Antioquía, enclavada en la región de Siria, el Señor llama a muchos griegos para introducirlos en Su cuerpo, y el Espíritu, desde esa ciudad, inicia un trabajo prolijo para ganar a los gentiles: "*Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor*" (Hechos 11.20-21).

Es notorio que quienes fueron a Fenicia, Chipre y Antioquía no eran hermanos notables como Pedro, Juan o alguno de los doce, sino santos de quienes

ni siquiera la Biblia menciona sus nombres. Cuando esta noticia llegó a Jerusalén, el Espíritu hizo que los hermanos enviaran a Bernabé como una señal del deseo que había en los hermanos de conservar la unidad en el Espíritu y la unanimidad, este Bernabé tampoco se encontraba entre los "*principales*".

He aquí una clara demostración de que el Espíritu no trabaja solamente con quienes los religiosos llaman "*principales*", sino que Él hace Su trabajo mediante un cuerpo con muchos miembros y utiliza a quien quiere y en la forma como Él lo desea.

La iglesia es el cuerpo de Cristo, con muchos miembros, miembros que deben funcionar todos de acuerdo con la medida de la gracia que Dios repartió a cada uno: "*Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, tenemos diferentes dones, según la gracia que nos es dada*" (Romanos 12.4-6).

Llegados al capítulo 12 encontramos la persecución a Pedro y la muerte de Santiago el hermano de Juan. Aun en esto el Espíritu Santo interviene liberando a Pedro y escondiéndolo para que el perseguidor no pueda encontrarlo.

Igualmente encontramos la intervención del Espíritu quitando del camino al rey perverso que persigue a los santos. Herodes fue muerto en circunstancias por demás extraordinarias, cuando era aclamado por los judíos como dios.

Capítulo 4
Los Hechos del Espíritu con la Iglesia (2)

El inicio glorioso de la iglesia (continuación)

Cuando arribamos al capítulo 13, encontramos una especie de segundo pentecostés, con cinco hermanos, constituidos por el Señor como profetas y maestros. Ellos estaban dedicados a ministrar—servir— al Señor, mediante oración y ayuno, pero no un ayuno religioso sino un ayuno en el Señor[1].

En esta actitud de búsqueda, el Espíritu tiene plena libertad y acción y por eso dice: "***Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado***" (Hechos 13.2). Observe la genuina obra del Espíritu, donde no puede intervenir la mano del hombre. Aquí hay cinco hermanos totalmente en el Espíritu, sirviendo al Señor en unanimidad y el Espíritu designa a dos de ellos para hacer Su obra.

Los santos enviados no fueron designados por la voluntad de los hermanos de la iglesia en Antioquía, ni siquiera por los cinco santos profetas y maestros, sino por la soberana y única decisión del Espíritu.

No hubo ni un instituto bíblico que los preparara y los graduara como pastores o predicadores, ni un seminario mayor que los constituyera como sacerdotes, obispos, arzobispos, cardenales o papas. Cuando hay esta clase de designaciones, no es el Espíritu Santo quien las hace sino el diablo, guiando a los mismos hijos de Dios a oponerse al plan del Señor.

1. Mayor revelación sobre el ayuno puede ser encontrada en los capítulos 15, 16, 17 y 18 del libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor.

Desde el momento que fueron llamados estos dos hermanos, también con Marcos y otros santos, podemos ver que en todo Su mover es el Espíritu Santo quien toma la iniciativa. Veamos: "*Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. Y llegados a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan de ayudante*" (Hechos 13.4-5).

Cuando en la isla de Pafos encuentran un falso profeta judío llamado Elimas, Pablo lo reprende, por tratar de apartar al procónsul Sergio Paulo: "*Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos*" (Hechos 13.9). Obsérvese cuidadosamente el estado de Pablo: Pablo, ***lleno del Espíritu Santo***.

Una vez más la palabra nos confirma el principio de la piedad. Aunque son seres humanos los que anuncian y hacen todas estas cosas, estos hermanos están llenos del Espíritu Santo, luego es Él quien hace la obra y no los hombres. Esta es la genuina iglesia, la iglesia que el Señor estableció y la iglesia en la que desea que vivamos[2].

Después, Pablo y Bernabé llegaron a una ciudad que se llamaba Antioquía de Pisidia—distinta de Antioquía de Siria— y entraron en la Sinagoga de los judíos y les hablaron la palabra de Dios. En esta ocasión podemos apreciar el trazo de la palabra que realiza el Espíritu Santo. Las palabras habladas por Pablo, no son palabras emanadas de la sabiduría humana, sino que son el trazo perfecto que el Espíritu Santo hace de Su palabra: "*y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*" (1 Corintios 2.4-5).

Cuando el Espíritu toma a algún(os) hermano(s) y habla la palabra, hay dos posibilidades: que la palabra sea rechazada contundentemente como ocurrió con los judíos que, llenos de celos, rebatieron, contradijeron y blasfemaron; o que la palabra sea aceptada, recibida y las personas crean en el Señor y sean

2.Mucha revelación sobre el tema puedes encontrarla disfrutando el libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor

regeneradas, como ocurrió con los gentiles: "*Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna*" (Hechos 13.48).

Este es un principio establecido por el Señor y que es perentorio: *Ninguno que no haya sido escogido por el Señor, antes de la fundación del mundo, puede ser salvo: "según nos escogió en él antes de la fundación del mundo*" (Efesios 1.4). ¿Y cómo sabemos cuándo una persona ha sido escogida por el Señor? Por la actitud que ella tiene frente a la palabra que, por nuestro medio, anuncia el Espíritu Santo: "*porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. Nosotros somos de Dios: el que conoce a Dios, nos oye a nosotros; el que no es de Dios, no nos oye: en esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz.*" (1 Tesalonicenses 1.9-10; 1 Juan 4.6; Juan 18.37).

Una persona escogida por Dios tiene una reacción inmediata a la palabra que le es anunciada por el Espíritu Santo mediante un hijo de Dios, recibe al Señor, se dedica a servirlo y se prepara para esperar la segunda venida del Señor Jesús.

Por esta razón, cuando predicamos el evangelio debemos ser cuidadosos de estar en el espíritu, para que de esa manera podamos tocar el espíritu de las personas a quienes predicamos, y en segundo lugar, estar bien constituidos con la palabra, para que el Espíritu Santo pueda tomar de nuestro depósito y hablar a las personas las palabras por Él determinadas y que ellos necesitan: "*Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros*" (2 Timoteo 1.14).

Es hermoso el remate del capítulo 13, cuando el Espíritu anuncia que a pesar de la oposición y la persecución, "*los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo*" (Hechos 13.52).

Así arribamos al capítulo 14 del libro de los Hechos y encontramos a los hermanos, enviados por el Espíritu Santo, hablando en la sinagoga de los judíos de una ciudad llamada Iconio,

donde creyó una gran multitud de judíos y de griegos: judíos y gentiles haciendo parte del mismo cuerpo y viviendo el nuevo hombre: "*Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*" (Efesios 2.14-16).

Debido a que quienes habían creído era una multitud, Bernabé y Pablo se detuvieron allí mucho tiempo y el Espíritu Santo, por medio de ellos hizo señales y prodigios: "*Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios*" (Hechos 14.3).

A pesar de que cuando hubieron llegado a Listra Pablo fue apedreado, su ánimo no se cansó ni él desmayó, porque era un hijo de Dios saturado con el Espíritu Santo y por esa razón, tuvo la valentía de, en lugar de quejarse y lamentarse, ir junto con Bernabé por las ciudades de Listra (donde lo habían apedreado), Iconio y Antioquía a confirmar los ánimos de los hermanos y a decirles que por medio de muchas tribulaciones se obtiene entrada al reino de Dios.

Nótese que Pablo y Bernabé no encomendaron a los hermanos a su ministerio, ni a su organización cristiana, ni a determinadas doctrinas, sino a la gracia del Señor, que está conformada por todo lo que hemos descrito en los capítulos 1 y 2 de este libro.

Ten presente que la Cabeza de la iglesia es el Señor Jesús, y que Él como el Espíritu, es todo suficiente y poderoso para guiarla y cuidarla.

Por eso los hermanos no tenían ninguna preocupación, porque sabían que el Señor es capaz de cuidar Su cuerpo.

Pasadas estas cosas, fueron a cuatro ciudades más y finalmente regresaron a Antioquía de Siria, desde donde el Espíritu los había enviado. Una vez llegados allí se reunieron con la iglesia para contarles todas las cosas que Dios había hecho y cómo había abierto la puerta del reino a los gentiles y se quedaron con

los hermanos mucho tiempo.

Los apóstoles enviados por el Señor no tenían ningún programa específico, no habían diseñado un determinado plan para predicar el evangelio, ni para constituir "***su iglesia***" y ponerle un nombre determinado que la distinguiera de las "***demás iglesias***".

Con corazón sencillo, salieron enviados por el Espíritu Santo y siempre guiados y dirigidos por Él, hablaron las palabras que Él habló, hicieron las obras y prodigios que Él hizo, y cuando el Espíritu así lo determinó, volvieron al punto de partida, Antioquía de Siria.

Cuando llegamos al capítulo 15, en el que hay una reunión en Jerusalén con la intención de aclarar el asunto de Jesús y la ley de Moisés, especialmente en lo que tenía que ver con la circuncisión, encontramos a Pedro a Bernabé y a Pablo, hablando por medio del Espíritu Santo, y se ve en ellos unanimidad para determinar qué debían hacer los gentiles que habían creído.

Una vez solucionado el impase producido por algunos judaizantes, Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía enseñando la palabra a los hermanos, por cuanto eran profetas y maestros. Vemos en ellos el reposo y la total obediencia al Espíritu, al permanecer allí, sin afanarse por hacer nada distinto a lo ordenado por el Señor.

En el capítulo 16 de Hechos encontramos varios momentos en que el Espíritu Santo decide qué hacer y el camino por el cual andar. La primera está en el versículo 6: "*Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia*". En este caso, Pablo y Silas, obedecían y eran guiados totalmente por el Espíritu Santo.

Inmediatamente intentaron ir a Bitinia y una vez más el Espíritu Santo muestra su desacuerdo. Ellos no fueron a ese lugar: "*y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió*" (v. 7).

Cuando descendieron a Troas, el Espíritu Santo, mediante una visión que le dio a Pablo, le mostró Su deseo de ir a Macedonia: "*Y se le mostró a Pablo una vi-*

sión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio" (vs. 9-10).

Llegados a Filipos, el Espíritu los guio al lugar donde se reunían las mujeres a orar, y allí fue salva Lidia, con toda su familia.

Luego el Espíritu Santo, por medio de Pablo, echa fuera al espíritu de adivinación de una mujer, y por esta causa, Pablo y Silas son encarcelados. En la cárcel no cesan de orar y de cantar alabando al Señor. El Espíritu Santo produce un gran terremoto, remueve los cimientos de la cárcel, abre las puertas de ésta y así es ganado para la iglesia el carcelero y su familia.

Siguiendo nuestro camino, alcanzamos el capítulo 17 en el que los hermanos, obedeciendo a la visión que el Espíritu Santo les había mostrado en Troas, fueron a otra ciudad importante de Macedonia llamada Tesalónica, donde permanecieron unos veinte días, porque enseñaron en la sinagoga de los judíos durante tres días de reposo. En esta ciudad, llena de idolatría, creyó el número que el Señor tenía destinado para vida eterna: "*Y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas*" (v. 4).

Luego el Espíritu los guio para ir a Berea, donde los oyentes usaron la unción y dada su nobleza, confrontaban el hablar de Pablo y Silas con las escrituras. En esta ciudad también el Señor ganó un buen número de creyentes: "*Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres*" (Hechos 17.11-12).

Luego Pablo fue guiado al centro intelectual y filosófico del mundo de esa época: Atenas. Esa ciudad estaba entregada a la idolatría y a la filosofía, dos de los grandes pilares usados por satanás para estorbar la obra del Señor. También el Espíritu Santo tiene interés en algunas personas allí y conduce a Pablo

al Areópago, donde se reunía lo más granado de la filosofía griega y en su hablar manifiesta un gran número de aspectos de la verdad, que merece la pena leerlos: "*El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*" (Hechos 17.24-31).

Aquí hay una palabra perfectamente trazada, que sin duda no pudo salir de la sabiduría humana, sino que vino directamente del Espíritu Santo: "*lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual*" (1 Corintios 2.13). Como resultado, el Espíritu ganó a un filósofo de nombre Dionisio y a unas mujeres y más hombres.

En el capítulo 18 Pablo llega a Corinto, una ciudad europea, y en la sinagoga presentó a Jesús como el Cristo.

El Espíritu ganó a Crispo, el principal de la sinagoga, junto con su familia. El Señor allí le dio a Pablo una visión de noche, en la que le pedía que no callara sino que hablara, porque Él tenía mucho pueblo en esa ciudad. Pablo se detuvo en Corinto año y medio y muchos hombres y mujeres creyeron en el Señor Jesús, fueron bautizados y añadidos a la iglesia.

En Hechos 19 Pablo llegó a Éfeso una ciudad bien importante del Asia de esa época. Previamente había estado allí Apolos,

quien era poderoso en las Escrituras y por medio de ellas demostraba que Jesús era el Cristo.

Sin embargo, el Espíritu Santo para evitar que hubiese dos líneas distintas en la presentación y realidad del evangelio, usó a Pablo para que les hablase del bautismo del Espíritu Santo, les impusiese las manos para que fuesen llenos del Espíritu y hubo una manifestación de hablar en lenguas y profetizar.

Pablo permaneció en esa ciudad por un periodo de dos años, ***hasta que todos los habitantes de Asia oyeron la palabra de Dios.*** El Señor, para confirmación de Su palabra, operó por medio de Pablo sanidades y expulsión de espíritus inmundos, así como la quema de libros de brujería y de toda clase de doctrinas esotéricas. En pocas palabras, una acción sin precedentes de limpieza del alma y el espíritu de los nuevos creyentes.

Llegados al capítulo 20, encontramos a Pablo saliendo de Éfeso para ir a Macedonia, a Grecia y a Troas acompañado por siete hermanos de distintas regiones y ciudades, además de Lucas, el escritor del libro de Hechos.

Cuando pasó por Troas, la Biblia registra un hecho por demás notorio, en el que Eutico cayó de la planta alta de la casa donde Pablo anunciaba la palabra, y murió: el Señor usó a Pablo y lo regresó a la vida.

En el resto del capítulo llega a Mileto, donde se reunió con los hermanos, e hizo que viniesen los ancianos de Éfeso. Las palabras pronunciadas por Pablo estando en esa ciudad, son de crucial importancia para que los hijos de Dios tengamos un vivir agradable al Señor, y por eso vamos a considerarlas con alguna profundidad.

El primer punto que trata Pablo, bajo la guía del Espíritu Santo, es la forma como Él se ha comportado entre los efesios y en general entre todos los hermanos con quienes ha tenido comunión en el Espíritu: "*Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los*

judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo" (Hecho 20.18-21).

Pablo no anunciaba a nada ni a nadie distinto al Señor Jesús, Su persona y Su obra de redención. No tuvo la preocupación de tener un local de reunión, sino que se dedicó simplemente a anunciar a Jesús por las casas y públicamente, y a enseñar todo aquello que fuese útil para la edificación de los santos.

El apóstol sólo tenía una meta: acabar la carrera con gozo y dar testimonio del evangelio de la gracia, porque ese era el encargo—ministerio— que le había dado el Señor Jesús.

Igualmente, el hermano sabía que sería la última vez que se vería cara a cara con los santos que estaban en esa reunión y por eso hace una protesta muy seria: "*Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios*" (vs. 26, 27).

Un hermano que ha sido llamado por el Señor para anunciar Su palabra, no esconde ni calla nada que el Señor le haya ordenado decir, ni tampoco dice cosas que no son habladas por el Espíritu Santo.

Él anuncia todo el consejo de Dios, la palabra tal y como la anuncia el Señor, sin quitar ni añadir nada y sin importar cuánto afecte o agrade a los oyentes.

Cuando llega al versículo 28, el Espíritu previendo la terrible degradación que vendría sobre la iglesia, usa a Pablo para advertir a los santos: "*Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre*" (v. 28).

Les recuerda a aquellos hermanos que tenían la función de ancianos de la iglesia en cada ciudad, que es el Señor quien los ha puesto, pero no para enseñorearse, ni para gobernar la iglesia, sino para apacentarla, para cuidar a los santos con ternura, para alimentarlos apropiadamente, para suplir la porción de Cristo que cada uno necesita y para ayudarlos a crecer hasta que lleguen a la estatura del Se-

ñor.

Como es obvio, para alimentar a otros, quien alimenta debe estar lleno del Señor, debe tener revelación, luz y experiencia en la persona del Señor, en Su palabra y en Su plan, porque de no ser así, la alimentación y la nutrición que se suministra a otros se convertirá en muerte.

Igualmente les recuerda que la iglesia es del Señor y que fue Él quien la ganó por Su sangre. Esto quiere decir que **ningún hermano puede enseñorearse de la iglesia, pastorearla, dirigirla o edificarla, porque esa es una función que el Señor se reservó para sí**, aunque Él lo hace mezclándose con aquellos hombres y mujeres que han sido regenerados y que cada día buscan ser uno con Él y agradarlo: "*Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*" (Mateo 19.18).

En el versículo 29, el Espíritu advierte a los hermanos y a nosotros, lo que ocurriría después de la partida de Pablo: "*Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño*". Si en la iglesia no hay hermanos que velen, que busquen revelación en su espíritu, que anhelen ver el deseo y el plan del Señor, vendrán ministros de satanás, lobos vestidos de ovejas y no perdonarán al rebaño, sino que lo destruirán.

Eso es exactamente lo que ocurre en el cristianismo contemporáneo. De este tema hablaremos abundantemente en capítulos posteriores de este libro.

Igualmente el Espíritu advierte a través de Pablo, que además de los lobos rapaces que vienen de afuera, y los que se identifican con alguna facilidad, de entre los mismos hermanos se levantarían hombres que hablen cosas perversas, con el propósito de arrastrar tras ellos a los hermanos: "*Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos*" (v. 30).

Si tú amable lector, observas el cristianismo hoy, verás que éste está conformado por miles de pequeños rediles que siguen a un pastor, líder o reverendo,

pero no al Señor, porque ni los líderes saben seguirlo y mucho menos enseñar a quienes los siguen a ellos.

Por todo esto que Pablo intuía por el Espíritu acerca de lo que vendría cuando él ya no estuviera entre los hermanos, les recomendó que velaran, que recordaran todo lo que el Espíritu les había enseñado por su intermedio, por un periodo de tres años. En ese tiempo Pablo se dedicó a amonestar a cada hermano, amonestación que fue caracterizada por la humildad del apóstol, porque nunca la hizo enseñoreándose de los hermanos, sino con lágrimas, con temor y temblor: "*Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno*" (v. 31)

Cuando llega al versículo 32, el Espíritu nos muestra un tema al que debemos poner mucha atención, porque si recibimos revelación en los cuatro versículos subsiguientes, entenderemos, por un lado, en buena medida dónde está el origen de la degradación de la iglesia, y por otro lado, cómo debe ser nuestro vivir en la iglesia, en cuanto a quién seguir y cómo manejarnos en el asunto de las finanzas.

Leamos los versículos: "*Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir*" (vs. 32-35).

Aquí debemos tener en cuenta las siguientes consideraciones:

1. **Pablo encomendó a los hermanos a Dios y a la palabra de Su gracia**, que es el Único que tiene poder para sobreedificarlos y darles herencia con los santificados.

El apóstol no encomendó a los hermanos ni a su ministerio personal porque no lo tenía. Él estaba en el ministerio del Espíritu, en el cual había sido puesto por el Señor: "*Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro*

Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio" (1 Timoteo 1.12).

Tampoco encomendó a los hermanos a "*su organización*", porque no tenía ninguna, ni a la "*iglesia*" que él pastoreaba, porque la iglesia es una y única, es del Señor y Él es su único pastor.

Pablo era un hermano que tenía suficiente revelación acerca de la persona de Dios y la forma como Él desarrolla Su plan, y fue muy cuidadoso en cumplirlo tal como el Señor lo había determinado.

Pablo sabiendo que el Señor es el único que tiene capacidad y poder suficientes para cuidar y edificar a los santos en Su cuerpo, a Él encomendó los hermanos.

2. Pablo no tenía codicia por la posesión de bienes materiales, y nunca esquiló a las ovejas para su propio beneficio, sino que para suplir sus necesidades y las necesidades de los hermanos que laboraban juntamente con él, trabajó con sus propias manos, con el fin de dar ejemplo a los santos de esa época y también a los santos de la posteridad.

Más bien nos enseñó que trabajando de esa manera se debe ayudar a los hermanos que en la iglesia tienen necesidades económicas, y recordar lo dicho por el Señor Jesús, que más bienaventurado es dar que recibir.

3. Pablo no usó la piedad como fuente de ganancia: "*hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales*" (1 Timoteo 6.5).

Tampoco falsificó la palabra de Dios como medio para enriquecerse: "*Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo*" (2 Corintios 2.17).

En el capítulo 21, a pesar de las advertencias que el Espíritu Santo le hizo por medio de algunos hermanos, para que no subiese a Jerusalén, él fue a esa ciudad.

Tal vez Pablo tenía la esperanza de convencer a Santiago y a los judaizantes del error que

cometían al guardar la ley mosaica y obligar a los hermanos a que la guardasen, especialmente en los puntos de la circuncisión y del templo. Pero en lugar de convencer a Santiago sobre el particular, fue convencido por éste, para que guardara la parte de la ley, en lo que tiene que ver con los votos. Estando en el templo fue apresado, golpeado y sometido a los judíos, quienes movidos por el odio al Señor Jesús, querían matarlo.

Aunque estos hechos se dieron porque Pablo no quiso escuchar a los hermanos que, hablando por el Espíritu Santo, le pidieron que no fuese a Jerusalén, no obstante el Señor aprovechó la ocasión para presentar Su testimonio ante el pueblo en el capítulo 22, donde les muestra que él siendo judío perseguía al Señor Jesús y cómo en el camino de Damasco Él lo encontró y lo envió a los gentiles.

En el capítulo 23 es llevado ante el concilio, en el que se encontraba el sumo sacerdote, y frente a ellos testificó acerca de la resurrección del Señor Jesús.

Llegados al capítulo 24 encontramos a Pablo preso en Cesarea, dando testimonio ante el gobernador Félix, hablándole acerca de la resurrección, del juicio del Señor, del dominio propio y de todas las cosas que estos hombres necesitaban en caso de que fuesen salvos.

Desde aquí hasta el final del libro de Hechos encontramos a un Pablo, que a pesar de su situación de preso, testifica en y por el Espíritu Santo, inclusive cuando fue llevado a Roma, donde estando preso, al parecer fue soltado por un corto periodo, volvió a ser apresado y finalmente muerto.

Queremos hacer notar en este capítulo del libro, cómo el comienzo de la iglesia en Jerusalén y su expansión por todo el mundo conocido en esa época, fue una obra planeada y ejecutada cien por ciento por el Espíritu Santo, sin la intervención de manos humanas, ni de ángeles ni de satanás.

Si bien es cierto que el Espíritu no trabaja solo, sino que necesita de hombres dispuestos para Él, con quienes se mezcla para ejecutar Su obra de confor-

mación y edificación de la iglesia; también es cierto que esos hombres, llamados por el Señor, solo hacen Su voluntad, oyen la palabra del Señor y la obedecen sin objeciones, sin agregar ni quitar nada y en todo su vivir y obrar, el Señor es completamente glorificado.

Este es el glorioso comienzo de la iglesia, y esta es la iglesia que el Señor anhela y desea fervientemente y esta es la iglesia que Él quiere que vivamos y realicemos en estos postreros tiempos, cuando estamos en vísperas de la venida del Señor.

Anhelamos que el Señor nos siga suministrando Su gracia, Su revelación y Su visión para que podamos vivir una vida que lo agrade a Él y salgamos de la horrible degradación en que el enemigo de Dios y nuestro, el cual es satanás, ha hecho caer a los santos, especialmente en esta era, que se ha convertido en una era de tinieblas. Pero a pesar de eso, el Señor, quien es la luz, quiere alumbrarnos para que veamos el camino y andemos por él, y como resultado seamos los vencedores que Él está buscando para consumar Su obra.

Capítulo 5
El Comicapítuloenzo de la Degradación

Es realmente estupendo y elevado el trabajo que el Señor ha hecho para establecer Su iglesia en la tierra y el trabajo que el Espíritu Santo hace en los discípulos para llevar adelante Su obra de restauración y edificación.

No obstante, no podemos olvidar que mientras Dios tiene un deseo en Su corazón que lo está realizando mediante la ejecución de Su plan, también tiene un enemigo, que desde el mismo principio de la creación del hombre se ha opuesto al desarrollo del plan de Dios, lo ha obstaculizado y en buena medida lo ha frustrado.

La obra cumbre del plan de Dios es la iglesia, y desde su mismo comienzo vemos a satanás trabajando para derribarla, para estorbarla y para impedir su avance.

El engaño de satanás

Una de las ardides que usa satanás, consiste en que nosotros, los hijos de Dios, ignoremos sus maquinaciones, para que creamos que él no está haciendo nada y así seamos engañados.

Pero agradecemos al Señor porque Él quiere mostrarnos todas las intrigas y tretas que el enemigo ha empleado para damnificar la iglesia, y viendo la situación, nos aferremos al Señor y venzamos al enemigo, como ocurre con el Hijo Varón y las Primicias[1], quienes lo han vencido completamente y han triunfado sobre sus artimañas:

1. Sobre el Hijo Varón y Las Primicias, puede encontrar mucha revelación en el libro ***Los Vencedores: Las Primicias, El Hijo Varón y Los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

"*ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte*" (Apocalipsis 12.11).

Una de las armas que satanás sabe usar mejor para engañar a los hombres y aun a los hijos de Dios es la religión. Debemos tener claridad de que a Dios no le atrae ninguna religión, ni Él ha establecido ninguna.

El cristianismo organizado, con sus tres grandes ramas, catolicismo romano, catolicismo ortodoxo oriental y protestantismo (incluidos los grupos libres), no es más que una invención diabólica para atrapar a los hombres e impedirles que se acerquen genuinamente al Señor.

Igualmente, el judaísmo, el islamismo, el budismo, el confucionismo, el brahmanismo y tantas religiones que hay en el mundo, son inventos y tretas del enemigo de Dios para engañar al hombre y alejarlo de Él.

No existe en la tierra religión alguna que haya sido establecida por Dios. Todas ellas, incluso el cristianismo, son inve ntos de satanás y con ellas procura obstaculizar el desarrollo del plan de Dios

Al Señor sólo le interesa que nos acerquemos a Él por medio de Su Hijo Jesucristo y que vivamos una vida de unión orgánica con Él en el Espíritu Santo que mora en nuestro espíritu. Esta realidad no es ninguna religión, ni se parece a ninguna de las muchas que satanás ha establecido en la tierra, sino que es la veracidad de que Dios se ha acercado a nosotros y nos ha acercado a Él, hasta el punto de hacernos uno con Él y hacerse uno con nosotros, para que vivamos una vida de íntima comunión y de satisfacción para Él.

Usando la religión para engañar y extraviar al hombre, en el mismo comienzo de la iglesia, el día de la "***manifestación***", el día de Pentecostés, encontramos al diablo trabajando para estorbar el camino del Señor.

Cuando el Espíritu Santo tomó a los ciento veinte y los llenó de Él, y habló en los distintos

idiomas que hablaban los judíos que allí se encontraban, algunos proclamaron que quienes hablaban las maravillas de Dios en distintas lenguas estaban llenos de mosto y estaban ebrios: "*Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto*" (Hechos 2.13).

Una de las tácticas de satanás consiste en reducir a burla la obra que hace el Señor. El versículo dice que algunos se burlaban de los hermanos, que el Espíritu Santo había tomado para hablar en lenguajes comprensibles a los hombres.

Ante este ataque el Espíritu no fue indiferente, sino que tomó a 12, los puso de pie y por medio de uno habló las palabras que la multitud necesitaba.

El hablar del Espíritu por medio de Pedro, tocó el espíritu humano de quienes lo oían y como resultado aquel día entraron en el cuerpo de Cristo un número superior a tres mil personas. Satanás fue derrotado, avergonzado y aplastado.

Talvez aun los mismos judíos que satanás usó para burlarse de los hermanos, se compungieron de corazón, recibieron al Señor Jesús, se bautizaron y se hicieron partícipes de la promesa del Señor: "*Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?... Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas*" (Hechos 2.37, 41).

Descubrimos igualmente la intervención de satanás, el enemigo de Dios, en Hechos 4, cuando Pedro y Juan subían al templo, a la hora de la oración, y encontraron en el camino un cojo de nacimiento y el Señor lo sanó. Inmediatamente, satanás aliado con los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, manifestaron su resentimiento porque los hermanos enseñaran al pueblo la resurrección de Jesús de entre los muertos, y los metieron en la cárcel. Al final de este episodio, satanás fue completamente derrotado, porque ni los líderes religiosos pudieron mantener en la cárcel a Pedro y a Juan y, una multitud de más de cinco mil personas recibió al Señor y fueron añadidos a la iglesia.

En el capítulo 5, viendo el

cambio radical que el Señor produjo en los hermanos, al punto de que vendieron sus heredades y trajeron el dinero producto de la venta y lo entregaron a los apóstoles, con el fin de que fueran suplidas las necesidades de los santos, satanás tomó el corazón de una pareja, es decir, usó a dos de sus ministros y se propuso por medio de ellos engañar y mentir al Espíritu Santo y a los hermanos.

Cuando Ananías intentó manifestar su engaño, fue interrogado por Pedro y persistió en su mentira.

Debemos recordar que la mentira es una de las expresiones de satanás, y siempre que una persona miente está expresando a satanás. Este es otro principio: al Espíritu Santo no se le puede engañar mediante la mentira, porque Él es Dios y conoce el corazón de las personas y las tretas de satanás.

No solo Ananías intentó engañar al Espíritu, sino también su mujer Safira se hizo una con él y murió junto con su marido. Una vez más satanás es aplastado y desnudado por la acción del Espíritu Santo y aquella pareja que permitió que su corazón fuera tomado por el enemigo, murió en su tentativa de engañar al Señor y a los hermanos.

Como resultado de este conato de engaño por parte del diablo, "*vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron*" (v. 11). La iglesia obtuvo ganancia.

Como el enemigo no pudo avanzar en su argucia por medio de Ananías y Safira, hizo que el sumo sacerdote, los saduceos y todo el sanedrín se llenaran de celos, y echaran mano de los apóstoles y los pusieran en la cárcel. Una vez más satanás fue derrotado porque un ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel, ordenó a los hermanos que salieran de allí y que fueran al templo y anunciaran al pueblo las palabras de vida.

Como resultado de estas acciones los apóstoles testificaron acerca del Señor Jesús y de Su obra redentora, ante el concilio y el sumo sacerdote. Una vez más satanás nada logró, fue nuevamente derrotado.

No obstante, debemos enten-

der que el enemigo es persistente e instigó a los jefes religiosos judíos para que azotaran a los apóstoles de manera por demás injusta. Pero es que no se puede esperar ninguna justicia de satanás ni de las personas que están en el mundo, las cuales yacen bajo él: "*el mundo entero está bajo el maligno*" (1 Juan 5.19).

A pesar de toda esa injusticia, los hermanos "*salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre*" (Hechos 5.41). Esta es una excelente forma de aplastar a satanás y derrotarlo: no afligirnos frente a su persecución. Entre más nos persiga, más debemos anunciar al Señor: "*Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo*" (v. 42).

En el capítulo 6 de Hechos, satanás instiga a las viudas griegas a que murmuren. Si bien era necesario que hubiera una adecuada atención de las necesidades de los hermanos y las hermanas, no hacía falta hacerse uno con satanás para murmurar. Cuando hay necesidades, se debe buscar comunión con el Espíritu y con los hermanos que tienen en sus manos la administración de las necesidades y buscar la voluntad del Señor en cada caso particular, pero evitar la murmuración, porque al murmurar se le abre una puerta al diablo para que entre y arruine la iglesia.

El Espíritu Santo en Su sabiduría, no permitió que satanás ganara ninguna ventaja y guio a los apóstoles en el camino que se debía seguir, para que cada uno asumiera las distintas funciones que hay en el cuerpo. Fue así como se designaron siete hermanos llenos del Espíritu Santo y de sabiduría para que ayudaran en el asunto de la asistencia a los hermanos, mientras que los doce se dedicaron a la oración y a la palabra.

¡Qué ordenado es el Señor en la administración de Su iglesia!, pero sin llegar a convertirla en una organización muerta, porque la iglesia es un organismo lleno de la vida divina, y como tal, es muy ordenado y organizado.

Esta fue otra derrota para el diablo, porque lo único que obtuvo de la murmuración fue

la manifestación del orden y lo detallista que es el Espíritu Santo, al punto de que muchos sacerdotes judíos obedecían a la fe: "*Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe*" (Hechos 6.7).

En el capítulo 7, satanás da un paso más e instiga al sumo sacerdote, al sanedrín y a la multitud para que asesinen a un hermano que se distinguía por estar lleno del Espíritu Santo y de sabiduría: Esteban.

Él, en medio del suplicio de la muerte testificó por el Espíritu cómo las escrituras tenían como centro de Su revelación a la persona y la obra de redención de Cristo, y en el momento de expirar tuvo una visión maravillosa: "*Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios*" (Hechos 7.55-56). Ni siquiera con el imperio de la muerte, satanás puede atemorizar a los genuinos hijos de Dios.

Satanás entonces generaliza la persecución contra la iglesia, y por esta causa los hermanos salen de Jerusalén y van a otras ciudades y regiones. Pero el vil enemigo no se da cuenta que con esto se estaba cumpliendo la palabra que el Señor les había dicho a los discípulos antes de Su ascensión: "*pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*" (Hechos 1.8).

Era necesario que la palabra de Dios, que es el Señor Jesús mismo, el Espíritu, saliera de Jerusalén y fuera conocida en Samaria, en Judea y en el resto de la tierra.

En el capítulo 8, cuando Felipe descendió a Samaria, el reino de satanás sufrió mucha pérdida, porque por medio de su predicación "*de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados; así que había gran gozo en aquella ciudad*" (Hechos 8.7-8).

Sin embargo, el enemigo es un cara dura y descarado. Entre

más el Señor lo aplasta, intenta con mayor denuedo entorpecer el camino, y allí en Samaria pretendió usar a un hombre llamado Simón, que era entendido en cosas esotéricas y diabólicas, y engañaba a la gente diciéndole que ese era el gran poder de Dios. Cuando este hombre creyó en el Señor, debido a que no había sido limpio de las cosas diabólicas que antes practicaba, y pensaba que el derramamiento del Espíritu Santo era posible obtenerlo con dinero, intentó sobornar a los apóstoles para recibir el poder. Éstos lo reprendieron, el Señor lo disciplinó y satanás perdió a otro de sus discípulos.

El capítulo 9, entre otras cosas, nos muestra cómo satanás perdió a uno de los hombres que tenía atrapados y quien en alianza con los gobernantes religiosos perseguía a la iglesia. Se trata de Saulo, quien en connivencia con los principales judíos iba de casa en casa, apresando a los santos para llevarlos ante el concilio, juzgarlos y luego matarlos. Pero, cuando iba camino a Damasco, haciendo la voluntad del príncipe del mundo, el Señor lo encontró, y desde ahí fue un vaso muy usado por Él, para llevar Su palabra a la mayor parte de la tierra conocida en esa época. De perseguidor se convirtió en perseguido.

Estando Pablo en Damasco, después de haberse encontrado con el Señor, se dedicó a anunciar a quien antes perseguía, y como es lógico, satanás no se iba a quedar inerme. Por medio de los judíos decidió matarlo. El Señor usó a los discípulos para ayudar a que Pablo escapara y fuera a Jerusalén: "*Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta*" (Hechos 9.25).

En esa ciudad, el insidioso enemigo usó a los griegos y estos también quisieron acabar con la vida de Pablo. Cuando supieron los hermanos lo que estaba ocurriendo, acompañaron a Pablo hasta Cesarea y de allí lo enviaron a Tarso, de donde era oriundo. Una vez más el maligno se quedó con el deseo de dañar a un hermano que fue muy usado por el Señor: "*Y estaba con ellos en Jerusalén; y entraba y salía, y hablaba denodadamente en el nombre del Señor, y disputaba con los griegos; pero*

éstos procuraban matarle. Cuando supieron esto los hermanos, le llevaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso" (Hechos 9.28-30).

Llegados al capítulo 12 del libro de los Hechos de los Apóstoles, viendo satanás que no era mucho lo que podía avanzar usando a los líderes religiosos de Israel para destruir la iglesia, acude a los líderes políticos y usa a Herodes, que era gobernador de la provincia de Judea. Satanás es especialista en usar la religión y a los líderes políticos para estorbar y atacar la ejecución del plan de Dios.

"*En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan*" (Hechos 12.1-2). El malvado Herodes mató a Jacobo el hermano de Juan y como el hecho fue agradable a los judíos, prendió también a Pedro, con la intención de matarlo.

El Señor en Su gran misericordia, no podía permitir que uno de Sus discípulos que lo servían con más fervor fuese muerto, y envió a un ángel que lo sacara de la cárcel y que se escondiera, para que Herodes no lo pudiera asesinar.

Poco tiempo después ese malvado rey murió, de una manera horripilante, por pretender hacerse dios. Con esto, satanás perdió a otro de sus grandes aliados y fue nuevamente derrotado por el Señor y Su cuerpo.

Cuando llegamos al capítulo 13 de Hechos encontramos que el Señor, en Antioquía de Siria envía a dos hermanos, Bernabé y Saulo a que anuncien Su palabra en todas las ciudades y llegados a Antioquía de Pisidia, lograron que un día se juntara "*casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios*" (Hechos 13.44).

Ante una situación tan gloriosa y elevada, naturalmente satanás no podía quedarse quieto, y fue así como soliviantó a los judíos para que, llenos de celos, rebatiesen lo que hablaba Pablo, lo contradijesen y lo blasfemasen: "*Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando*" (v. 45).

En el capítulo 14 el Espíritu llevó a Pablo y a Bernabé a Iconio, donde por medio del hablar

del Espíritu Santo a través de ellos, creyó una multitud de judíos y griegos, pero una vez más, satanás usó a los judíos que no creyeron, para excitar y corromper los ánimos de los gentiles contra los santos, de tal manera que estuvieron a punto de apedrearlos. Los hermanos tuvieron que huir de aquella ciudad.

Llegados a Listra, predicaron la palabra del Señor a las gentes de esa ciudad y por esa predicación muchos creyeron, pero venidos los judíos de Iconio y Antioquía lograron que Pablo fuese apedreado, hasta el punto de considerarlo muerto. Sin embargo, el hermano se levantó y junto con Bernabé siguieron recorriendo las ciudades a donde el Señor los enviaba para anunciar el evangelio.

Como el Señor había levantado en Antioquía de Siria la manifestación normal de Su iglesia, satanás no lo soportó y envió allí a algunos judíos a que torcieran la palabra de Dios, indicándoles a los santos que para poder ser salvos era necesario obedecer la ley de Moisés en el asunto de la circuncisión: "*Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos*" (Hechos 15.1).

El asunto tuvo que ser tratado en Jerusalén, porque desde allí habían descendido los perturbadores que trataban de obligar a los creyentes a circuncidarse.

En la reunión llevada a cabo en Jerusalén entre los apóstoles, los ancianos y el resto de hermanos de la iglesia, se puede empezar a entrever el comienzo de la degradación estructural de la iglesia, por varias razones:

1. Hay un hermano que se considera líder y determina cuál es la última palabra, la decisión determinante, que supuestamente resolvería el asunto en litigio.

¿Quién puso a Santiago a desempeñar esa función? En ninguna parte el Espíritu habló algo con respecto a él. ¿Será que se tomó esa atribución por el hecho de ser hermano en carne del Señor Jesús? No podemos olvidar las palabras del Señor cuando los discípulos le dijeron que su madre y sus hermanos deseaban verlo: "*Y le dijo uno: He aquí tu*

madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre" (Mateo 12.47-50).

2. Se nota claramente que Santiago no era conocedor de la forma cómo el Señor trata con el pueblo del Nuevo Testamento, cuál es la obra de redención realizada por el Señor Jesús y cómo se debe aplicar en el vivir diario de los santos.

3. En la carta que escriben a los hermanos de Antioquía, no se toca ningún punto acerca de la gracia, sino que se les pide que guarden algunos puntos de la ley, que en ese contexto no tienen mayor importancia.

Aquí encontramos un comienzo muy sutil de la degradación y en él satanás usa a los mismos hermanos de la iglesia. Para lograr su cometido, los divide en cuanto a la aplicación de ciertas doctrinas, división que no produce ninguna edificación.

Veamos cada uno de los puntos que Santiago junto con los apóstoles y los santos de Jerusalén tratan en la carta que enviaron con Judas y Silas: "*que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien*" (Hechos 15.29).

1. Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos

No comer cosas sacrificadas a los ídolos no produce ninguna edificación, ni fortalecimiento del espíritu de los creyentes. Bien lo habló el Espíritu Santo por medio de Pablo en Romanos 14.17 "*porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*". Vivir el reino no es un asunto que tenga que ver con comida física, sino con comida espiritual, que está conformada por todo lo que Dios es y todo lo que Él tiene y ha logrado, lo cual está en nuestro espíritu, dispuesto para nuestro disfrute.

Aquí es notoria la falta de visión de Santiago y de los apóstoles, especialmente de Pedro, quien ya había tenido del Señor

claras manifestaciones y visiones en cuanto al asunto.

Lógicamente que un hijo de Dios que disfruta diariamente de todas las riquezas que están en la gracia se abstiene de comer todas las viandas idolátricas que a diario ofrece el cristianismo organizado, especialmente el catolicismo romano, que en sus prácticas vive una vida de idolatría y fornicación espiritual.

2. Abstenerse de sangre

Si bien es cierto que el Señor, en el Antiguo Testamento ordenó a los hombres que comiesen carne, pero que no la comieran con su sangre, porque en ella está la vida, es igualmente cierto, que en el Nuevo Testamento, comer o no sangre no tiene ninguna connotación espiritual y comerla no hace a una persona más desagradable delante del Señor y no comerla no la justifica absolutamente en nada. Es por eso que el Espíritu Santo, escribió mediante el apóstol Pablo en 1 Corintios 10.25-26: "*De todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia; porque del Señor es la tierra y su plenitud*"

3. Abstenerse de ahogado

Comer animales que se habían ahogado era inmundo en el Antiguo Testamento, pero los hermanos deberían entender que en el Nuevo Testamento vivimos bajo la gracia y ya no estamos bajo la ley mosaica, sino que vivimos bajo la ley del Espíritu de vida, bajo la ley de Cristo y en ella no tiene ningún efecto mandamientos tales como "*No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne*" (Colosenses 2.20-23).

4. Abstenerse de fornicación

No podemos decir que este mandamiento sea un desacierto, pero si se toma solamente como un mandamiento objetivo, no tendrá ningún efecto en el crecimiento en vida y en la transformación de los creyentes.

Es lógico que una persona que ha recibido al Señor Jesús creyendo en Su nombre, que en su espíritu mora Dios como

el Espíritu, no fornique, porque "*Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios*" (1 Juan 3.9)

Una cosa es abstenerse de hacer ciertas prácticas porque alguien lo prohíbe o porque está escrito en una norma legal, y otra bien distinta que el Señor opere en el interior y lleve a aborrecer no solo la fornicación, sino a rechazar toda clase de pecado que ofende al Señor y que Él aborrece. Pero esto último se da por el trabajo del Señor en el alma del creyente, operación que se origina en el espíritu humano.

Encontramos que debido a la falta de visión apropiada y del ejercicio inapropiado del liderazgo en la iglesia, satanás aprovecha la circunstancia para entrometerse, y mediante el uso de doctrinas desviar a los santos del propósito verdadero y único que el Señor tiene para con la iglesia, y en Hechos 15 encontramos ese comienzo de degradación.

Desde ese momento podemos apreciar dos líneas bien definidas, una de las cuales hizo mucho daño a la iglesia: los judaizantes, encabezados por Santiago [Jacobo], el hermano del Señor, que fue una fuente de degradación y de división, pues eso lo demuestra Pablo en Gálatas: "*Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado. Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera. Porque si las cosas que destruí, las mis-*

mas vuelvo a edificar, transgresor me hago. Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo" (Gálatas 2.11-21).

En Hechos 15, cuando se reunieron en Jerusalén los apóstoles, los ancianos y los hermanos, Pedro, que había tenido suficiente visión acerca de la gracia, no fue gallardo para oponerse a la actitud judaizante de Santiago y lo vemos en Antioquía siendo arrastrado por los que venían de parte de Santiago y asumiendo una actitud de hipocresía, lo mismo que Bernabé.

Por esta situación, Pablo tuvo que reprenderlos con mucha dureza, a tal grado que la reprensión quedó registrada en la Biblia, no para que critiquemos a los hermanos, sino para que aprendamos de sus deficiencias y no seamos víctimas de las estratagemas de satanás.

La otra línea la tenemos por el lado del Espíritu, la cual en Hechos 13 está encaminada hacia los gentiles y tiene como base a Antioquía de Siria, de dónde el Espíritu Santo tomó a cinco hermanos y de entre ellos a dos y los envió a hacer la obra de presentar a Cristo como el evangelio.

Aquí encontramos un punto de partida de dos líneas diferentes, que lamentablemente salen de la iglesia: la línea de Santiago, dedicada a judaizar a los santos, a presionar a los hermanos a que guarden la ley de Moisés; y, la línea del Espíritu, mediante la cual se edifica la iglesia y en la que vemos a Pablo, a Timoteo y a Silas, junto con otros hermanos que aprendieron a guardar la unidad del Espíritu.

Casi en todo el resto del libro de los Hechos encontramos registros de esa línea, con algunas excepciones, que nos advierten para que no seamos partícipes de la obra satánica de degradación de la iglesia.

Si observamos con cuidado lo ocurrido en la reunión en Jerusalén, en Hechos 15, notaremos que allí hay una fuerte distinción

entre distintos grupos que están en la iglesia: por un lado los apóstoles; otro grupo el de los ancianos; y otro grupo, los hermanos. Al parecer aquí hay una semilla de nicolaísmo, el que se manifiesta en Éfeso, pero que en esa época es aborrecido por los hermanos. Sin embargo, cuando llegamos a Pérgamo, satanás lo introduce en la iglesia como una doctrina que todos practican.

No ocurre así en Antioquía, pues el relato del capítulo 13 de Hechos dice que había en la iglesia en Antioquía profetas y maestros, y menciona a cinco hermanos, no para destacar títulos en ellos, sino para mostrar la función que el Espíritu Santo les había dado en el cuerpo.

Llegando al capítulo 16 de los Hechos, una vez que Pablo salió enviado por el Espíritu Santo, encontró a Timoteo en Listra y lo llevó con él a hacer la obra.

Llegados a Filipos, el Señor ganó a Lidia junto con su casa y el diablo, pensando en que podía destruir la obra del Señor, enojado porque uno de sus demonios había sido echado de una mujer que practicaba la adivinación y con ellos daba pingües ganancias a sus amos, estos, animados por satanás, hicieron que Pablo y Silas fueran metidos a la cárcel y azotados. Lo único que logró el malvado tentador fue que el carcelero y su familia fueran ganados para el Señor.

Cuando los hermanos llegaron a Antioquía de Pisidia y a Berea, muchos fueron atraídos por el Señor para Su reino y el diablo levantó alborotos por medio de los judíos.

Cuando los apóstoles llegaron a Tesalónica, muchas personas que vivían allí creyeron en Jesús por la predicación de Pablo y de Silas. Satanás inmediatamente tomó la iniciativa y "*entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad*" (Hechos 17.5).

No conforme porque nada pudo hacer contra los hermanos, cuando éstos fueron a Berea, también los judíos celosos fueron allí a perseguir a los santos y armar caos y anarquía, pues esta es una de las armas favoritas del instigador.

El Espíritu Santo entonces condujo a Pablo a que "***asaltara***" uno de los grandes bastiones de satanás, como era Atenas, centro filosófico y cultural del mundo de esa época. Como es sabido, Grecia es la civilización antigua que más ha influido e influye en la cultura de todos los tiempos, cultura que está subordinada a los deseos del maligno.

Cuando los hermanos llegaron a Corinto, el Señor le pidió a Pablo que no temiera y que permaneciera en esa ciudad en la que Dios tenía mucho pueblo y él se quedó allí durante año y medio. El enemigo que no da tregua instigó a los judíos que "*se levantaron de común acuerdo contra Pablo, y le llevaron al tribunal*" (Hechos 18.12).

Después de esto Pablo llegó a Éfeso, una ciudad asiática de ese entonces, que se podría considerar como uno de los grandes centros mundiales de la idolatría, donde adoraban a una diosa llamada diana o artemisa. En esa ciudad Pablo permaneció tres años.

Cuando satanás se sintió atacado en lo más sensible de su reino, levantó mediante algunos habitantes de esa ciudad tal alboroto, que es difícil encontrar uno de igual magnitud.

Al arribar al capítulo 20 del libro de Hechos, Pablo recorrió varias ciudades y decidió ir a Jerusalén con el fin de pasar allí la fiesta de Pentecostés. Sin embargo, antes de ir a la ciudad amada por los judíos, se detuvo en Mileto e hizo llamar a los ancianos de Éfeso y les advirtió sobre dos cosas que satanás haría después de su partida: ***la primera*** que traería lobos de fuera, que harían mucho daño al rebaño; y ***la segunda*** que, de entre los hermanos mismos, se levantarían hombres con hablares perversos, que arrastrarían tras de ellos a los discípulos.

Una vez realizadas estas advertencias, subió a Jerusalén, donde, consideramos en el Espíritu, la degradación de la iglesia se convirtió en un camino definitivo que permanece hasta hoy, la segunda década del siglo XXI y que permanecerá hasta la venida del Señor.

Llegado Pablo a Jerusalén "*al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos; a los cuales, des-*

pués de haberles saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio" (Hechos 21.18-19).

Los ancianos de Jerusalén estaban totalmente sometidos a Santiago, y las palabras que le dicen a Pablo demuestran que no tenían ninguna visión acerca de la forma como el Señor realiza Su plan en el Nuevo Testamento y si alguna vez la tuvieron, ya se había perdido. Leamos esas palabras: "*le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley*" (Hechos 21.20).

En Jerusalén los judíos habían creído por millares (tal vez más de veinte mil) y todos tenían celos de la ley. ¡Qué contradicho más absurdo! ¡Creer en Cristo y guardar la ley! Creer que se es justificado por guardar las obras de la ley es menospreciar a Cristo y Su obra de redención. Los dos son incompatibles.

Esto demuestra claramente el grado de contaminación en que estaban los hermanos en Jerusalén. Fue tan grande la contaminación que el Señor tuvo que permitir que el General romano Tito, viniese en el año 70 de esta era y destruyese la ciudad y el templo. ¡Un panorama muy devastador!

Como si fuera poco insistir en creer en Cristo y guardar la ley, los ancianos acusaron a Pablo de enseñar a los judíos a apostatar de la ley de Moisés y le aconsejaron que, junto con unos varones que estaban cumpliendo un voto de nazareato, se purificara con ellos para evitar la ira de los judíos, que sin duda causarían un alboroto cuando lo vieran.

Ese fue un consejo aparentemente sabio, pero que se convirtió en una trampa que satanás, usando a los mismos hermanos, urdió contra Pablo, y él cayó.

Desde ese momento Pablo permaneció preso alrededor de cuatro años, dos de ellos en Cesarea y otros dos en Roma, frustrando de alguna manera la obra que el Señor le había encomendado, todo por no obedecer al Espíritu, cuando Éste, por medio de algunos hermanos, le había dicho que no subiera a Jerusalén.

Aunque estando en la prisión

romana, Pablo escribió cartas, a saber: Efesios, Filipenses y Colosenses, que junto con Gálatas se pueden considerar como el corazón del Nuevo Testamento, debido a los misterios profundos de Dios y de Cristo que en ellas son revelados y a la realidad de la vida cristiana que podemos encontrar en su contenido. Igualmente, mientras estuvo preso escribió 2 Timoteo y Filemón.

No hay duda de que el Señor no deseaba que Pablo fuera a prisión y menos que muriese allí, pero debido a su desobediencia, le ocurrieron dos cosas muy negativas: la primera, que estando en Jerusalén, cuando los ancianos de la iglesia, en acuerdo con Santiago, le aconsejaron que cumpliera el voto con los cuatro hombres, Pablo perdió la luz y aceptó la recomendación.

¡Cómo es posible que el apóstol, después de que había escrito la carta a los Gálatas, donde contrasta con toda claridad la ley mosaica con la gracia, haya caído en semejante desafuero!

La segunda, que ya no pudo ser libre para seguir adelante con el encargo que el Señor le había dado.

A pesar de todo, no podemos desconocer la misericordia del Señor y afirmamos que Pablo no perdió su corona, que fue un vencedor, porque el Espíritu le dio permiso para testificar sobre el particular, cuando su peregrinación por esta tierra estaba a punto de finalizar: "*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida*" (2 Timoteo 4.7-8).

No estamos tratando de criticar ni descalificar a nuestro hermano Pablo, porque el Señor no lo ha descalificado, sino que el Espíritu desea abrir nuestros ojos, para que seamos cuidadosos y no permitamos que el enemigo nos engañe, pues nosotros, que estamos siendo llamados en este tiempo, que son los últimos tiempos antes de la venida del Señor, debemos ser cuidadosos para no sucumbir ante los ataques y las trampas que nos tiende el enemigo: "*Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno*

tome tu corona" (Apocalipsis 3.11).

Capítulo 6
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (1)

Debemos ser gratos con el Señor por revelarnos Sus secretos, de la manera tan completa como lo ha venido haciendo en las páginas de este libro.

No pretendemos en el Señor hacer una comparación entre los hermanos, ni descalificar a ninguno de los santos. Solamente aclarar a todos qué es lo que el Señor está haciendo en este tiempo, cómo lo está haciendo y cuál es la conducta que de Sus hijos le agrada.

Como el Señor nos ha mostrado en los capítulos precedentes, satanás, de manera muy sutil y cuidadosa fue sembrando en el seno de la iglesia la semilla de la discordia, sembró la cizaña de la parábola del trigo y la cizaña de Mateo 13, que poco a poco ha ido creciendo y fortaleciéndose hasta llegar al punto de que hoy la iglesia se encuentra completamente degradada al punto que el cristianismo dividido en millones de grupos, que así mismo se llaman iglesias, se hayan convertido en iglesias de hombres, que nada tienen que ver con la iglesia que el Señor planeó en la eternidad y que estableció y manifestó el día de Pentecostés[1].

Es tal la degradación que el Señor ha decidido salir de esas "***iglesias***", porque no puede estar allí, a causa de Su gloria y Su dignidad. Él está hoy a la puerta—fuera de la iglesia—, llamando a aquellos que quieran salir de la degradación, abrirle la puerta para que Él cene con

1, Puedes disfrutar de una rica y profunda revelación sobre el tema en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor.

ellos y a la vez ellos cenen con Él: "*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*" (Apocalipsis 3.20).

Si miramos algunas de las cartas del Nuevo Testamento, especialmente las escritas por Pablo, Pedro, Juan y Judas, encontraremos muchos de los ingredientes que el diablo fue introduciendo en la iglesia para degradarla, ingredientes que vamos a visualizar uno a uno.

I. El viejo hombre.

Una herramienta muy eficaz que tiene satanás para degradar la iglesia es el hombre viejo, que es el hombre carnal. Debemos entender que el viejo hombre, la carne, no hace referencia solamente a las cosas malas y pecaminosas que el hombre comete, sino que la carne es la naturaleza humana mezclada con la naturaleza satánica, que a la vez es el pecado, mezcla que se da desde el Huerto de Edén, cuando Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal. El árbol de la ciencia del bien y del mal representa la naturaleza satánica, el pecado.

Debemos tener mucha claridad en el sentido de que el hombre viejo, que se expresa como la carne y el ego, comprende todo aquello que los seres humanos—incluidos los creyentes— piensan dicen y hacen, sin tener como origen a Dios.

Todo lo que hacemos separados de Dios, sin importar si es bueno o malo, expresa al viejo hombre, y el viejo hombre es la naturaleza satánica—el pecado— mezclado con la naturaleza humana.

La mezcla del pecado con la naturaleza humana dio como resultado el viejo hombre, que es la expresión diabólica por medio de la humanidad. Todos los seres humanos heredamos esa naturaleza y cuando nacemos de nuestra madre, nacemos en el viejo hombre: "*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*" Romanos 5.12.

Toda expresión de la humanidad caída es la expresión del viejo hombre; en otras palabras, los seres humanos expresan a satanás en todos sus actos.

Cuando el Señor Jesús murió

en la cruz, el viejo hombre fue crucificado con Él, y al morir, el viejo hombre fue totalmente destruido: "*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado... Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo*" (Romanos 6.6-7; Hebreos 2.14).

Cuando Jesús resucitó, dejó el viejo hombre en la tumba y resucitó como el nuevo hombre. El nuevo hombre es la mezcla de la naturaleza humana con la naturaleza divina; en otras palabras, es la mezcla del hombre con Jesús resucitado. Debido a que Jesús resucitó como el Espíritu y se mezcló con el espíritu de Sus discípulos, ahora nosotros pertenecemos al nuevo hombre; ahora estamos mezclados con Dios, somos uno con Él, le pertenecemos y Él nos pertenece. En esa pertenencia mutua podemos expresar a Dios en todos nuestros pensamientos, palabras y hechos: "*Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de ÉL, porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias del cuerpo; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia... Porque el amor de Cristo nos constriñe, habiendo juzgado así: que uno murió por todos, por consiguiente todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos y fue resucitado*" (Romanos 6.8-13; 2 Corintios 5.14-15).

Como creyentes, vivimos en una permanente disyuntiva: o expresamos a Dios que vive en nuestro espíritu humano, y esto es vivir en el nuevo hombre, o expresamos a satanás que está en nuestra carne. Éste último es el viejo hombre.

Expresar a uno u otro depende de nuestra mente, de dónde está puesta nuestra mente en cada momento de nuestra vida: "*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu [piensan], en las cosas del Espíritu*" (Romanos 8.5)

Ese hombre viejo que es la carne, el ego, el hombre almático entre otros, tiene, entre muchas otras cosas, la división en razas, en nacionalidades y en distintas culturas. A eso se refiere Pablo cuando por el Espíritu escribe: "*Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría*" (1 Corintios 1.22). Las razas, las clases sociales y la cultura son herramientas bien aprovechadas por satanás, para dividir la iglesia, y este es otro ingrediente que añade a su obra de degradación de la iglesia.

El viejo hombre se expresa en dos elementos que vamos a considerar:

a. Las señales de los judíos

A los judíos les gusta las señales externas, milagros exteriores, tal como le pedían al Señor Jesús mientras estaba en carne, que les hiciera distintas señales, para que les demostrara que era el Mesías: "*Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás*" (Mateo 12.38-39).

En el cristianismo ocurre igual. A la mayoría de los cristianos les encanta pedir señales y milagros. Esa fue la actitud que tuvo satanás frente al Señor Jesús cuando comenzó Su ministerio, estando en carne. Mateo 4.1 dice: "Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo". Estando en el desierto, el diablo se le presentó y lo primero que le pidió fue que hiciera un milagro: *"Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" (v. 3).*

Satanás le hace un enorme reto al Señor Jesús, pidiéndole que, con el fin de demostrar que Él es Dios y para que pudiera satisfacer la gran necesidad que lo aquejaba, después de haber ayunado cuarenta días, convirtiera las piedras en pan y se alimentara.

Observa que esa acción no tenía aparentemente ninguna

maldad y era la gran oportunidad de Jesús para demostrar que era Hijo de Dios y de hacerse famoso.

¿No son similares las oraciones que, el cristianismo en general, le presenta al Señor, pidiendo por sus "necesidades" personales? ¿No es ese el anzuelo que tiran los predicadores cristianos para atraer a los incautos?: Milagros, sanidades, arreglo de dentaduras, soplo para tumbar a las personas, etc.

Pero el Señor Jesús, que es el postrer Adán, no podía caer como cayó el primer Adán, porque donde hubiera caído en la tentación del diablo, nosotros no tendríamos ninguna esperanza. Nuestro destino eterno, que era el lago de fuego, no hubiera podido ser cambiado.

La respuesta de Él es preciosa: "*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*" (Mateo 4.4).

Con esta frase, el Señor muestra un principio que, como creyentes de Cristo, como hijos de Dios, debemos vivir diariamente: nuestro afán no debe centrarse en las necesidades personales materiales, sino en las necesidades de Dios, que son Su reino: "*Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*" (Mateo 6.9-10).

El cristianismo vive preocupado por suplir diariamente sus necesidades personales y no le cree al Señor cuando dice: "*Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan con afán todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*" (Mateo 6.25, 31-33).

Satanás es persistente y aun cuando es derrotado, insiste en hacer sus obras de maldad y destrucción. No obstante que, ante la respuesta del Señor no tuvo ningún argumento, insistió en tentarlo, para tratar de reali-

zar su obra destructora: "*Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra*" (Mateo 4.5-6).

El diablo es atrevido y en su atrevimiento usa todos los recursos disponibles, con tal de atrapar a los incautos. Debido a que en la tentación anterior, el Señor le había respondido usando las Escrituras, satanás tomó las mismas armas y le refirió un par de citas del salmo 91. ¡Qué astucia!

Es por esto que el Espíritu Santo nos advierte: "*el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica*" (2 Corintios 3.6).

Cuando un creyente repite versículos de la Biblia, sacándolos solamente de su alma, sin tener revelación en su espíritu, de él no fluye vida, sino muerte. Usar solamente el alma, sin usar el espíritu humano para proclamar la Biblia, no fluye la palabra de Dios, sino la letra que mata y la muerte tiene como fuente a satanás: "*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte*" (Romanos 5.12).

La tentación en esta segunda ocasión consistió en que el diablo llevó al Señor al pináculo del templo. El templo en Jerusalén representa la religión judía, la religión más tradicional y firme que ha existido y existe en la tierra.

El pináculo, por el significado de la palabra, parece ser el lugar más alto del templo, como son hoy las torres y las cúpulas de las "*iglesias católicas*" y algunas "*iglesias protestantes*". La torre representa la ambición del hombre de hacerse igual a Dios, como por ejemplo la Torre de Babel, ambición que originalmente fue de satanás: "*Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo… Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo*" (Isaías 14.13-14; Génesis 11.4).

Satanás pretendió elevar al Señor Jesús a lo más alto de la religión. ¡Qué tentación más sutil! ¡Y cuánta cabida tiene en el cristianismo contemporáneo!

Los ministros evangélicos contemporáneos viven sedientos de fama y con cuánto desespero la codician. Cada uno aspira a tener una congregación muy grande, a tener una desmedida fama que sea reconocida en todo el mundo.

Su deseo más vehemente consiste en ser "*usado*" por el "señor" para soplar o empujar y tumbar a las personas, para producir milagros de sanidades y para hacer tantas hazañas, con tal de lograr ser reconocido por mucha gente, y para alcanzarlo usan un medio muy útil: la televisión. Líder cristiano que no tenga programa de televisión o que no sea propietario de una estación televisora, está "out". Lamentablemente esos "ministros" han caído en el lazo que satanás les ha tendido para hacerlos famosos.

Pero el Señor Jesús, no cayó en esa tentación de fama, sino que recurrió de manera sencilla a la palabra de Dios, que fluía desde Su espíritu y le respondió a satanás: "***Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios***" (Mateo 4.7). Santiago es muy claro al afirmar que Dios no puede ser tentado, ni Él tienta a nadie: "***porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie***" (Santiago 1.13).

Sin embargo, no podemos olvidar que Jesús es por un lado Dios completo, y por otro lado un hombre como nosotros, pero sin pecado, sin la naturaleza satánica. El diablo sabía que como Dios no podía ser tentado, pero también sabía que Él era hombre y no perdía la esperanza de atraparlo en su red. Sin embargo, una vez más, el Señor lo derrotó con la sencillez de Su palabra.

En su impertinencia, el enemigo insiste en hacer que el Señor Jesús caiga en su persuasión: "***Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares***" (Mateo 4.8-9).

Ahora el diablo le muestra su obra colosal llamada el mundo, sobre el cual reina; y lo ofrece al

Señor junto con la gloria de los reinos mundanos, con una condición bien sencilla: que se postrara y lo adorara.

Satanás, además de atrevido es sinvergüenza. En la primera tentación, el Señor Jesús se muestra como el Hijo del Hombre, es decir como hombre, y satanás lo tienta pidiéndole que convierta las piedras en pan, para que satisficiera una necesidad del cuerpo: el hambre. En la segunda tentación, el Señor se declara Dios y en la tercera el enemigo tiene la osadía de decirle que lo adore, sabiendo que ya el Señor se había declarado Dios, y que en el universo no hay nada ni nadie digno de adoración distinto a Él.

Mientras que la segunda tentación tiene que ver con la necesidad de fama, que es propia del ego del hombre, que no es más que el alma caída y corrompida por la naturaleza satánica, la tercera tentación tiene que ver con el espíritu, porque es la parte del ser humano con la cual podemos adorar a Dios: "*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*" (Juan 4.24).

Hoy, muchos de los llamados ministros cristianos, no son más que lobos rapaces vestidos de ovejas, venidos de fuera para destruir al rebaño, y son adoradores de satanás. La iglesia católica tiene una enorme cantidad de ritos y todos ellos son una soterrada adoración a satanás, a los ángeles caídos y a los demonios, que se esconden detrás de sus miles de ídolos, representados en vírgenes y santos.

Es triste oír en congregaciones cristianas cánticos con unas letras extrañas, dizque para alabar al Señor. Se habla de rock cristiano, de hip hop cristiano, de rap y reggaetón cristiano y en esas músicas hay una secreta y sutil adoración al diablo y a sus ejércitos de maldad. El pueblo llamado cristiano ha sucumbido ante la insistencia de satanás para ser adorado.

El Señor tampoco cayó en la tercera tentación, sino que una vez más, acudió a la sencillez y al poder de Su palabra: "*Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás*" (Mateo 4.10).

¡Cuánta autoridad y poder

hay en esta declaración del Señor! Él ejerció Su autoridad de ser un hombre mezclado con Dios para ordenarle a satanás que se fuera, que lo dejara en paz, que su tentación nada podía contra Él. ¿Qué más podía hacer satanás? Huir derrotado.

Ante esta contundente derrota, a satanás no le quedó más remedio que huir y de ahí en adelante someterse a cada una de las derrotas que el Señor le propinó y le sigue aplicando por medio de los santos que son fieles al Señor: "*El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían*" (Mateo 4.11).

Si somos diligentes en el espíritu para considerar la palabra del Señor, notaremos que en la primera ocasión fue el Espíritu Santo quien llevó a Jesús al desierto para que fuera tentado por el diablo: "*Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo*" (Mateo 4.1); pero en las dos ocasiones siguientes fue el diablo quien llevó a Jesús. Léelo tú mismo en la Biblia: "*Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo... Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos*" (Mateo 4.5, 8).

Esto nos lleva a ver un principio, que aun siendo hijos de Dios no estamos exentos de ser tentados por el maligno, y tenemos que decirlo con gran dolor en el corazón, que casi todos los cristianos han caído en sus garras y son prisioneros de él. Por eso el Espíritu Santo nos advierte mediante nuestro hermano Pedro: "*Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar*" (1 Pedro 5.8).

Mientras estemos en este cuerpo, mientras vivamos en la tierra, mientras el Señor no venga, satanás tratará de devorarnos; pero el Espíritu Santo nos ofrece una salida: "*al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo*" (1 Pedro 5.9), y además nos advierte que el Señor nos llamó no para caer en la tentación del enemigo, sino para vivir en Su gloria: "*Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca*".

Todas estas son las señales que piden los judíos. Los creyentes que son religiosos y los falsos creyentes, que abundan en el cristianismo; ellos tienen la tendencia carnal de buscar señales, milagros, demostraciones externas, porque este es uno de los ingredientes con los que satanás sazona la degradación de la iglesia.

Sé cuidadoso, amado hermano y lector, porque buscar milagros de ese tipo, pedirle al Señor que haga tales señales que satisfacen el morbo de las personas, es caer en el lazo del diablo y ser uno con él.

b. La sabiduría basada en la cultura griega

El otro ingrediente que satanás introduce en la iglesia es la sabiduría buscada por los griegos: "*Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría*" (1 Corintios 1.22).

No hay una cultura que tenga mayor influencia en el mundo contemporáneo que la antigua cultura griega. El desarrollo de la filosofía, de la ciencia y de la tecnología moderna, están basadas en esa cultura.

No hay en la actualidad casi ningún conocimiento científico ni invento tecnológico ni expresión artística, que no tenga que ver con la antigua cultura griega, y los griegos del tiempo de Pablo buscaban esa sabiduría, pero esa sabiduría no es de Dios sino: "*esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa*" (Santiago 3.15).

Frente a este deseo perverso que satanás pone en los religiosos judíos y los cultos griegos, el Espíritu Santo tiene una respuesta apropiada: "*pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres*" (1 Corintios 1.23-25).

Si queremos tener un vivir que agrade al Señor, debemos centrarnos en la persona y la obra del Señor Jesucristo. Es necesario desechar la religión y la cultura, y vivir la obra redentora de Cristo, cuya principal victoria está en la muerte en la cruz,

porque mediante ella, el Señor mató, eliminó y aniquiló todas aquellas cosas que el enemigo había introducido en la raza humana para destruir y estorbar la obra de Dios.

Hablar de un hombre que había sido colgado en un madero y muerto con la muerte más vil y despreciable, para los judíos era motivo de tropiezo, y para los "*sabios*" griegos—los gentiles—es una locura. Esto le dijeron a Pablo cuando llegó al centro de la cultura griega en Atenas y les predicó a Jesucristo en el areópago: "*Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez*" (Hechos 17.32).

En el mundo contemporáneo hablarle a la gente, incluidos los cristianos, de Cristo crucificado, tropiezan con el tema, porque los religiosos de hoy desean cosas "asombrosas" y "elevadas", milagros extraordinarios. Y tocar el tema ante las gentes de mediana cultura y especialmente aquellos que se desenvuelven en los medios científicos y tecnológicos, es la "*bobada*" más grande. Ellos desean que se les hable de ciencia, de adelantos tecnológicos, pero no de aquel que ha muerto para liberarlos de la esclavitud a que están sometidos bajo el yugo de satanás: "*el mundo entero está bajo el maligno*" (1 Juan 5.19).

Por esta razón cuando Pablo aborda el capítulo 2 de 1 Corintios afirma: "*Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*" (vs. 1-5).

No es posible predicar el evangelio basados en la ciencia y en la tecnología, tampoco en las fábulas y en la filosofía. Infortunadamente eso es lo que se ve y se oye en los predicadores modernos. Inventan cualquier cantidad de fábulas y mentiras, partiendo de algún versículo de la Biblia, pero en sus enseñanzas

no hay ni una pequeña porción de sabiduría y poder de Dios.

El poder de Dios del que habla esta porción de la palabra no se refiere a la capacidad que desarrollan algunos falsos maestros para hacer demostraciones externas de soplar y tumbar a las multitudes, de sanar enfermedades y de hacer diversas clases de milagros, sino el poder de toda la obra de redención de Cristo, que tiene la capacidad de eliminar de nosotros todo aquello que satanás inoculó en el Huerto de Edén y a lo largo de los siglos, y éste es el poder de la resurrección que derrotó a la muerte, el poder de la ascensión que nos sentó en lugares celestiales en Cristo Jesús, por encima de todas las cosas y los problemas terrenales, Su entronización que tiene el poder de transformarnos y conformarnos hasta que lleguemos a tener la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, a ser completamente maduros, de tal manera que permanentemente estemos produciendo frutos para Su deleite y finalmente alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo, sin que falte nada de Él constituido en nuestra naturaleza humana, renacida y redimida.

Esta es la sabiduría y el poder a los que se refiere Pablo cuando afirma que su predicación no procedió de palabras de humana sabiduría sino con demostración del Espíritu y de poder. Las predicaciones de los "ministros de hoy" son palabras persuasivas de humana sabiduría… sabiduría de los hombres.

Como hijos de Dios requerimos hablar con sabiduría, pero con la sabiduría de Dios, la cual procede del Espíritu: "*Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria*" (1 Corintios 2.6-8).

Por supuesto que esta sabiduría no es fácil de entender; solamente la entenderán aquellos que han alcanzado madurez, porque es una sabiduría que tie-

ne un destino anticipado y es el de glorificarnos: *la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.*

Esa sabiduría oculta, destinada para nuestra gloria, antes de que existiera el tiempo, se obtiene solamente mediante revelación en nuestro espíritu humano, revelación por la que debemos suplicar diariamente a nuestro amado Padre: "*no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*" (Efesios 1.16-17).

Debemos enfatizar el hecho de que no hay un medio diferente para conocer a Dios, Su persona y Su obra, distinto al espíritu humano. Solamente allí es donde Él nos da revelación acerca de quién es Él y cuál es Su obra, Su voluntad y Su deseo; y como creyentes, debemos tener un clamor permanente para que se nos conceda esa sabiduría y revelación en nuestro espíritu humano.

Por esto es que Pablo continuando en la línea del Espíritu afirma que Dios ha preparado para los que le aman cosas que ningún ojo ha visto, que ningún oído ha percibido y que no han llegado al pensamiento de ningún ser humano, y que todas esas cosas secretas e íntimas nos las revela mediante el Espíritu: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*" (1 Corintios 2.10).

¡Observa el proceso tan estupendo! El Espíritu, que es Dios mismo, conoce las cosas profundas y misteriosas de Dios y nos las revela a nosotros en nuestro espíritu.

Todas las cosas de Dios están en el Espíritu Santo porque Él es Dios y ese Dios—Espíritu está mezclado con nuestro espíritu, y allí revela todo lo que Él es, Sus cosas profundas, para que nosotros las disfrutemos, porque Él es el Espíritu que recibimos en la regeneración, en el nuevo nacimiento*: "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo*

espiritual" (1 Corintios 2.12-13).

Si tú, amado lector, enseñas la palabra de Dios a otros hermanos, y enseñarla debe ser nuestro diario vivir, debes cuidar que tu enseñanza salga de tu espíritu.

En otras palabras, cuando nos enseñamos mutuamente, debemos tener cuidado, para que sea Dios quien nos enseñe, pues de esa manera cada palabra que sale de nosotros será una corriente de agua de vida, que llena de vida eterna a quienes compartimos y a nosotros mismos.

Enseñarnos unos a otros tiene un requisito: ***que la palabra de Cristo more abundantemente en nuestros corazones***: "*La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales*" (Colosenses 3.16).

Sin embargo, el Espíritu nos advierte del peligro que hay cuando enseñamos o recibimos enseñanzas de los hermanos y permanecemos en nuestro viejo hombre: "*Pero el hombre anímico no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*" (1 Corintios 2.14).

El hombre natural o anímico, no se refiere al hombre perverso, que practica toda clase de pecados y de maldades, sino a aquellos hombres que permanecen en su alma, que confían en sus capacidades, en la sabiduría de los hombres. Son aquellos creyentes que poco o nunca ejercitan su espíritu humano, que siendo hijos de Dios no saben que tienen un espíritu humano y si saben que lo tienen, porque lo dice la Biblia, no saben cuáles son sus funciones, ni cómo usarlo.

Como este es el caso del cristianismo contemporáneo, de manera concisa hablaremos un poco del espíritu humano y del alma, para que tengamos una clara distinción de estas dos partes del ser humano, que fácilmente son confundidas por el hombre natural.

Sabemos que somos seres tripartitos, que tenemos tres partes bien diferenciadas: espí-

ritu y alma y cuerpo: "*Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu y alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo*" (1 Tesalonicenses 5.23).

En la edad antigua, el filósofo griego Platón planteó la teoría de la dicotomía, diciendo que el hombre tiene dos partes: alma y cuerpo. Para Platón, el cuerpo es la parte física del ser humano, con la cual tenemos contacto con las cosas físicas exteriores y podemos interiorizarlas hacia el alma, que es la parte intangible e inmaterial del hombre.

El catolicismo, que es el ala más poderosa y numerosa del cristianismo, asumió la teoría platónica como teología y en su seno se enseña que el hombre es bipartito, que tiene solamente dos partes, alma y cuerpo, y consideran que el alma y el espíritu son la misma cosa. Estas son palabras de humana sabiduría.

Pero en la Biblia están las palabras de la sabiduría divina y allí se nos enseña que los humanos somos tripartitos, es decir somos tricótomos, porque tenemos tres partes: **espíritu y alma y cuerpo**.

El espíritu humano es el aliento que Dios sopló sobre el cuerpo del hombre que, a la vez hizo del polvo de la tierra, cuando lo creó: "*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida*" (Génesis 2.7).

Ese aliento soplado por Dios, al encontrarse con el polvo de la tierra del cual había sido formado el cuerpo del hombre, es el espíritu humano. Debemos tener claridad de que este espíritu no es el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, sino que es una parte del hombre que tiene la capacidad de recibir y contener a Dios, porque Dios es Espíritu.

De la mezcla del espíritu humano, proveniente del soplo divino, con el cuerpo del hombre proveniente del polvo de la tierra, resulta el alma humana, que es el ser viviente a que se refiere Génesis 2.7: "*y fue el hombre un ser viviente*". Estos dos componentes del ser humano, espíritu y alma, son totalmente diferentes. En el siguiente capítulo nos proponemos ver con claridad esas diferencias.

Capítulo 7
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (2)

El espíritu

El espíritu humano es la parte más profunda del hombre y tiene básicamente tres funciones o partes: conciencia, intuición y comunión.

La conciencia

La conciencia es la función del espíritu humano que nos dice cuándo lo que pensamos, decimos y hacemos, agrada o desagrada al Señor. No tiene que ver con el bien y el mal, porque el bien y el mal no le interesan al Señor, ya que los dos pertenecen a satanás, pues son los componentes del árbol del conocimiento del bien y del mal. Cuando Adán, estando en el Huerto de Edén comió del fruto de ese árbol, inmediatamente vio que estaba desnudo. Esa luz vino de la conciencia de su espíritu y ella le estaba mostrando que al comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal había realizado algo que desagradaba a Dios. Su conciencia lo estaba acusando.

La conciencia de nuestro espíritu justifica o condena a los hombres, y en mayor grado a los creyentes, acerca de sus actos palabras y pensamientos, si éstos son agradables o no a Dios, así como le ocurrió a los judíos que querían apedrear a la mujer que había sido hallada en acto de adulterio y fue traída a Jesús para que la condenara: "*Y como*

insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella... Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio" (Juan 8.7,9).

Cuando satanás se introdujo en el hombre corrompió totalmente su alma y procuró eliminar las funciones de su espíritu.

Sin embargo, la conciencia siguió funcionando, aunque no completamente. En la práctica se puede ver esto, cuando una persona no creyente comete cualquier clase de pecado, como robar, matar o pecados sexuales; su conciencia le grita que esos actos ofenden a Dios y que será juzgado por tales cosas. La Biblia respalda esta afirmación: "*Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio*" (Romanos 2.14-16).

Cuando el hombre cayó, su espíritu humano fue amortecido y sus partes dejaron de funcionar, pero cuando recibimos al Señor Jesús, nuestro espíritu humano es reavivado y sus partes comienzan a funcionar nuevamente.

Por eso, cuando hacemos algo que ofende al Señor, sea un gran pecado o una pequeña falta en nuestro carácter, inmediatamente nuestra conciencia opera y nos impele a entrar en la luz del Señor, en el Lugar Santísimo, en Su trono de gracia, para confesar nuestros pecados y reconciliarnos con Él: "*si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado... Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*" (1 Juan 1.7, 9).

Como creyentes debemos procurar mantener nuestra conciencia sin ofensa delante de Dios y de los hombres, para que satanás no tenga ninguna oportunidad de acusarnos delante de Dios y para que delante de los hombres seamos irreprensibles: "*Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante*

los hombres" (Hechos 24.16).

Nosotros, que deseamos servir a Dios con fervor, debemos hacerlo con una conciencia pura. "*Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros*" (2 Corintios 1.12).

No debemos olvidar que, aunque somos regenerados, aunque hemos sido salvos eternamente, aún tenemos carne y ésta es una poderosa herramienta que satanás puede usar para cauterizar nuestra conciencia, para hacernos perder la noción de lo que agrada o desagrada a Dios.

La Biblia registra casos de personas infiltradas en medio de los hijos de Dios, especialmente aquellos que son líderes de grupos religiosos llamados cristianos. Veamos algunos pasajes bíblicos sobre el particular: "*Manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*" (1 Timoteo 1.19). No cuidar la conciencia puede llevar, aun a los creyentes, a perder la fe, a naufragar en cuanto a ella y a convertirse en opositores de Dios y ser uno con el enemigo. Aun el Espíritu Santo publicó el nombre de algunos hombres que en la iglesia primitiva cayeron en este infortunio: "*de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a satanás para que aprendan a no blasfemar*" (1 Timoteo 1.20).

Satanás se esfuerza por manchar nuestra conciencia impeliéndonos a pecar. Cada vez que cometemos faltas, nuestra conciencia se mancha, y si no somos rápidos en acudir al trono de la gracia para buscar misericordia y ser socorridos oportunamente, corremos el peligro de que nuestra conciencia sea cauterizada, y cuando eso ocurre es difícil volver a la luz y a la paz de Dios: "*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad*" (1 Timoteo 4.1-3).

Este caso es típico del catolicismo romano, religión malsana,

que prohíbe a sus sacerdotes y a sus monjas casarse, y los impele a que sean pederastas, abusadores sexuales, homosexuales y a cometer toda clase de inmundicias, con el propósito soterrado de mantenerlos en esclavitud y de aumentar el patrimonio económico de su organización religiosa, al punto que, en el mundo actual, el Vaticano y sus hordas alrededor del mundo, son una poderosa organización económica.

Inclusive, en lo que ellos llaman la cuaresma, prohíben que sus seguidores coman cierta clase de alimentos. Aun hay grupos cristianos que prohíben comer ciertos alimentos, especialmente de origen animal.

¿Cuál es la causa de este desvío? Su conciencia, la de los integrantes de esas organizaciones, fue cauterizada, y se dedican a enseñar doctrinas de demonios provenientes de escuchar a espíritus engañadores—ángeles caídos—lo que se convierte en una apostasía. Por esta causa ellos se han convertido en hipócritas y mentirosos y no debemos olvidar que la hipocresía es la expresión típica de satanás, pues "*el diablo...no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira*" (Juan 8.44).

Observa bien querido lector, que es el Espíritu quien dice claramente que en los postreros tiempos ocurrirán estas cosas, luego no es un invento la inspiración de este libro, sino que es el hablar del Espíritu Santo. Estamos viviendo en los últimos tiempos, y no es cosa extraordinaria que todo este engaño se dé, porque el Espíritu ya lo advirtió de antemano.

Hay dentro del protestantismo un grupo que, en sus doctrinas y prácticas, cae en este rango de mentirosos, hipócritas y apóstatas de la fe: son los denominados adventistas del séptimo día, quienes si bien no prohíben el matrimonio, sí prohíben comer algunos alimentos, especialmente cárnicos, cuando el mismo Espíritu Santo afirma: "*y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado*" (1 Timoteo 4.3-5) y "*de todo lo que se vende en la carni-*

cería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia" (1 Corintios 10.25).

De otro lado, debemos cuidar nuestra conciencia para que no se vuelva hipersensible, pues esta es otra de las argucias de satanás: **hacer que la conciencia alcance un grado de hipersensibilidad, tal que la persona en ese estado considera que todo es pecado**. Un creyente así es una persona que tiene muy poca relación con el Señor y poca realidad espiritual y se vuelve religiosa, se incomoda por todo e incomoda a los demás.

Debemos evitar caer en los dos extremos: una conciencia cauterizada y una conciencia hipersensible o religiosa.

En resumen, la conciencia es una parte o función del espíritu humano que nos ayuda a vivir una vida que agrada a Dios. Por eso debemos cuidarla, para que satanás no la contamine, ni la manche, ni la cauterice por medio del pecado, y tampoco se convierta en una conciencia hipersensible.

La comunión

Corresponde a la palabra griega ***koinomia*** y quiere decir tener en común, unión común, compañerismo. Esta es otra de las razones que el Señor tuvo para crear al hombre a Su imagen y semejanza y poner dentro de él el espíritu humano, porque en ese espíritu, Dios puede hacer que el hombre contenga a Dios y que Dios a la vez contenga al hombre.

El Señor creó al hombre con el fin de suplir una necesidad Suya, porque deseaba una compañía, un ser con quien pudiera tener compañerismo y con quien pudiera tener Sus cosas en común.

Cuando en Génesis 2.18 Dios afirma, "*No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él*", en verdad se estaba refiriendo a que era Él quien estaba solo. Veamos la realidad de esta afirmación.

Refiriéndose a la creación del hombre, Génesis 5.1-2 afirma: "*Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que*

fueron creados".

Aquí el Espíritu afirma que el hombre fue creado en un día y que ese hombre tiene dos partes, varón y hembra y que esas dos partes tienen un solo nombre: Adán.

Como esto es así, Adán no estaba solo, porque Adán era una entidad formada por varón y hembra; entonces, quien estaba solo era Dios. Recordemos que antes de crear al hombre, Dios había creado a los ángeles y de entre ellos había creado uno muy especial que se llama Lucero, hijo de la mañana (Isaías 14.12).

Este ángel era un querubín grande y protector, lleno de belleza y acabado de hermosura y al considerar sus atributos quiso hacerse igual a Dios, se rebeló contra él, arrastró en su rebelión a la tercera parte de los ángeles y a otros seres creados, e hizo que Dios juzgara la tierra y ésta se llenara de agua y de tinieblas, tal como la encontramos en Génesis 1.2.

Dios había puesto bajo la autoridad de este ángel toda la creación, y al ser traicionado, Dios ya no tenía una criatura en quién confiar; estaba solo.

Por esta razón, Se hizo una ayuda idónea: el hombre. Esta criatura la hizo a Su imagen y a Su semejanza, con el fin de que pudiera contenerlo y expresarlo y por medio de esa contención y expresión, pudiera gobernar sobre las criaturas que se habían rebelado contra Él.

Veamos más pruebas mediante algunos versículos de la Biblia. Leamos primero Génesis 2.24: "*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*" y comparémoslo con Efesios 5.31-32: "*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*".

La iglesia es la novia, la esposa de Cristo. La iglesia es la mujer, y Cristo es el Varón. La iglesia es la ayuda idónea de Cristo, así como, en el matrimonio la esposa es la ayuda idónea del marido. Algún estudioso de la Biblia ha afirmado que la Biblia habla de un romance universal y eterno, en el que Dios es el marido y el hombre redimido—la iglesia— es la mujer.

¿Y qué hay en una pareja de casados? Cosas en común, apoyo mutuo, amor sincero. En un matrimonio genuino no hay secretos, sino que cada uno se muestra a su pareja como es; en un matrimonio basado en el Señor no hay engaño, no hay subterfugios; hay confianza; las decisiones se toman por mutuo acuerdo; cada uno conoce y complace los gustos del otro y el matrimonio se convierte en un paraíso de paz y gozo; una pareja en Cristo tiene como hecho fundamental el cuidado mutuo.

En el ámbito espiritual, Dios nos creó para vivir con y en nosotros, y aunque el hombre cayó, Dios vino como el Hijo, se hizo carne, vivió en esta tierra más de treinta años, murió en una cruz, resucitó, ascendió, fue entronizado y glorificado y todo esto lo hizo por nosotros y con nosotros.

En otras palabras, Dios se comprometió con nosotros, nos desposó con Él y a quienes somos fieles a Su obra, nos está enseñando a vivir como Su esposa. El ingrediente principal de ese compromiso es la comunión.

Es por esta razón que cuando el Señor Jesús nos enseña a orar, afirma: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.6). El primer requisito para orar es entrar en el aposento.

¿Qué es el aposento? No se trata de un ámbito físico tal como un cuarto especial o una alcoba, porque entonces la palabra no afirmaría: "*orando en todo tiempo... que los hombres oren en todo lugar*" (Efesios 6.18; 1 Timoteo 2.18). Si se tratara de entrar en un aposento físico y el Señor desea que oremos en todo tiempo y en todo lugar, tendríamos que confinarnos a ese aposento físico, durante toda la vida.

Entrar en el aposento es entrar en nuestro espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu, y cerrar la puerta indica tener una comunión íntima con Dios, con el Padre, sin que nadie distinto al creyente y al Padre pueda participar.

De esa manera podemos tener cosas en común, ser compañeros, vivir en intimidad, contarnos nuestros secretos, nuestras necesidades. En ese ambiente de intimidad adoramos al Señor

por lo que Él es, por lo que nos da, por entregarnos Su vida divina, por suplirnos Su gracia y por millones de cosas más, de las que no hay lenguaje humano apropiado para describir.

Esto es tener comunión con Dios, y esta comunión está solamente en el espíritu humano. Observe detenidamente la descripción que el Señor Jesús hace del Padre: "*cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*". A Dios le encanta el secreto, Él ama el secreto, y es en secreto que Él está y es en secreto donde Él ve. Cuando un creyente ama la publicidad, es decir, orar en público para que otros lo vean, es un hipócrita: "*Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa*" (Mateo 6.5).

Aprecia el contraste entre lo que cada uno ama: los hipócritas aman el orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres, mientras que Dios ama el secreto, porque Él ve y está en lo secreto. Esperamos que tú, amado hermano, puedas cambiar tus maneras de orar[1].

Esta es la razón por la que el Espíritu Santo afirma que Dios nos ha llamado a una única comunión, la del Hijo Jesucristo: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*" (1 Corintios 1.9).

Toda comunión que se haga en torno a un líder, que tenga como centro un ministerio particular, distinto al único ministerio que es el del Espíritu, o que se centre en una organización cristiana o en una o unas doctrinas, no es una comunión genuina, ni es la comunión del Espíritu.

Por eso, Juan el apóstol, hablando de la comunión afirma: "*nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo*" (1 Juan 1.3) y esta comunión puede darse solamente en el espíritu humano y ese espíritu tiene una función que se llama comunión. Es en ella donde podemos disfrutar la persona de Dios y Sus riquezas, que es la

1. Sobre este tema puedes encontrar mucha revelación en tu espíritu, estudiando la palabra y como ayuda te recomendamos leer el libro ***La Oración en el Espíritu*** del mismo editor.

gracia.

La gracia es todo lo que Dios es, tiene y ha logrado, y cuando Jesús vino, lo hizo lleno de gracia y de realidad para nuestro disfrute, para nuestro enriquecimiento y para nuestro crecimiento en Él: "*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*" (Juan 1.14).

El gran problema del cristianismo de hoy es que en él hay muchas comuniones distintas a la única comunión que es la de Su Hijo Jesucristo nuestro Señor, a la cual fuimos llamados por la fidelidad de Dios: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor*" (1 Corintios 1.9).

La causa por la cual hay tantas divisiones entre los cristianos es que cada uno está en una comunión particular, en ministerios personales de líderes, pero no vienen a la única comunión a la que Dios nos llamó, que es la de Su Hijo Jesucristo nuestro Señor. Por eso hay distintos hablares, distintos sentires y se sigue a distintos líderes. Solo podemos tener el hablar y el sentir de nuestro Señor Jesucristo y seguirlo solamente a Él.

Nuestra vida de creyentes debe ser una vida de comunión permanente con el Señor, de adoración, de alabanza. Nuestra vida cristiana debe ser un vivir en el aposento con la puerta cerrada, donde solo están tú y el Señor, teniendo un disfrute y un deleite mutuos.

Esperamos que lo expuesto acerca de la comunión sea una luz que alumbre tu camino y te guíe a vivir en permanente comunión en tu espíritu, con el Señor.

La intuición

Es la tercera función o parte del espíritu humano y mediante ella podemos conocer a Dios, saber Su voluntad, conocer Su persona, Sus atributos y Sus virtudes y Su obra. Es en la intuición de nuestro espíritu donde podemos conocer a Dios, de acuerdo con la oración proferida por Pablo en Efesios 1.17: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*".

Casi todos los cristianos con-

temporáneos tratan de conocer a Dios solamente en su mente, que hace parte del alma humana y no es posible tal conocimiento. Dios es Espíritu y como tal solamente es posible conocerlo en nuestro espíritu.

Podemos pasarnos toda la vida tratando de conocer a Dios con nuestra alma, de estudiarlo, de asimilarlo en nuestra mente y nunca lograremos nada, porque a Dios solamente se conoce por el espíritu y ese conocimiento lo logramos mediante revelación: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*" (1 Corintios 2.10-11).

La intuición del espíritu humano tiene la capacidad de conocer las cosas profundas de Dios que a Él le place revelarle a quienes buscan revelación, y cuando esa revelación es real en el espíritu del creyente, entonces se cumple la segunda parte de la oración del apóstol: "*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*" (Efesios 1.18).

Para que la revelación sea completa, es necesario que haya una visión, que haya luz en la mente, que hace parte del alma y del corazón del creyente.

Si hay revelación y no se complementa con la visión, aquélla queda incompleta, no tiene fruto, es ineficaz. De la misma manera, si hay visión que no procede de la revelación dada en el espíritu humano, esa visión es diabólica, es un engaño urdido por satanás, y lamentablemente de eso está lleno el cristianismo actual.

Si hay revelación y visión, pero éstas no se hacen realidad en el día a día del creyente, se convierte en doctrinas muertas, que no producen fruto, y todo el proceso habrá sido inútil. La doctrina sin realidad en el vivir del creyente es inútil, no sirve más que para llenar al creyente de conocimiento intelectual, que no se arraiga en el corazón, que no crece, que no da frutos para la satisfacción del Señor: "*el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica*" (2 Corin-

tios 3.6).

Como creyentes genuinos, debemos estar muy atentos a las tres funciones de nuestro espíritu humano, pues solamente mediante ellas podemos vivir a Dios, contactarnos con Él, conocerlo y agradarlo.

Es necesario vigilar para que nuestra conciencia no se cauterice, sino que siempre sea sensible a la voluntad y al deseo del Señor; igualmente debemos cuidar de que nuestra conciencia no se vuelva extremadamente sensible y seamos cristianos religiosos que consideran que todo es pecado. Nuestra conciencia debe llevarnos a tener la certeza de que todo aquello que decimos, pensamos y hacemos proviene de Dios, pero sin angustia y sin temor, sino con la certeza de la confianza que tenemos en el Dios que creemos, que nos cuida amorosamente como Padre a hijo.

Debemos procurar vivir en una permanente comunión con el Señor, y eso se logra entrando y permaneciendo en el Lugar Santísimo que es el aposento y a la vez nuestro espíritu humano. Cuando el Señor Jesús nos enseñó a orar dijo: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.6).

Con la muerte del Señor Jesús, fueron eliminados todos los obstáculos que nos impedían acercarnos a Dios. Nada nos impide vivir en una continua y permanente comunión con Él: "*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne*" (Hebreos 10.19-20).

Ya no existe ninguna razón para que vivamos alejados de nuestro Padre, ahora podemos disfrutar permanentemente de Su gracia y Su misericordia: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (Hebreos 4.16).

El primero, el principal y el más grande ingrediente de la oración es la comunión, y ella se da cuando entramos en nuestro aposento y somos íntimos con nuestro Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Si hay comunión, la oración es genuina, y cuando entramos en comunión hay adoración,

alabanza, acción de gracias, peticiones y todo lo que hace parte de una oración que es según Dios. Como creyentes genuinos debe llegar el momento en que vivimos en una continua e ininterrumpida comunión con Dios.

Finalmente, debemos procurar fervientemente conocer a Dios mediante la intuición de nuestro espíritu humano, porque esta es la vida eterna: "*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*" (Juan 17.3).

Lamentablemente, los cristianos contemporáneos confiesan que aman al Señor, y eso está bien, pero tienen muy poco conocimiento espiritual de Él, en su espíritu hay muy poca revelación, viven en tinieblas porque no son alumbrados en su entendimiento, pues el Espíritu Santo, que es luz, no puede fluir desde su espíritu hacia su alma, porque ésta está endurecida y no permite que haya una corriente del Espíritu desde el interior de la persona.

Personas así son aquellas que viven en su mente, y no permiten que el espíritu permee las partes de su alma y de esa manera tengan revelación, conocimiento y visión acerca del Señor.

Como la revelación es escasa y la visión es nula, el vivir de los cristianos es un vivir de privaciones, de prohibiciones, procuran hacer lo bueno y evitar lo malo y no pueden ver que los dos—el bien y el mal— pertenecen al árbol de la ciencia del bien y del mal, que es la naturaleza de satanás y que su consecuencia es la muerte.

Es tiempo de volvernos al espíritu, conocer a nuestro Señor y amado Dios, vivir en permanente comunión con Él y tener una conciencia adecuada para que seamos hombres del Espíritu.

Capítulo 8
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (3)

El alma

Es necesario que, así como tenemos un incipiente conocimiento del espíritu humano, conozcamos un poco de nuestra alma para que podamos establecer con claridad la diferencia entre los dos: "*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*" (Hebreos 4.12).

El alma humana es la persona del hombre, y surgió cuando el aliento de Dios, que es el espíritu humano, se unió al cuerpo creado del polvo de la tierra. El hombre entonces es un ser --alma-- viviente.

El ser viviente es el alma humana, y en ella reside la personalidad del hombre: "*Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente*" (1 Corintios 15.45).

Cuando los creyentes recibimos al Señor Jesús como el Espíritu, Él vino a morar en nuestro espíritu humano, no en el alma, y así se cumple el primer paso de la salvación que es la regeneración. En otras palabras la vida divina y eterna de Dios se depositó en nuestro espíritu y fuimos regenerados, es decir, nacimos otra vez, nacimos de nuevo; ahora no solo tenemos la vida humana, sino que la vida divina de Dios está en nuestro espíritu.

Desde nuestro espíritu, el

Señor quiere colmar y saturar nuestra alma, llenarla de Su vida y naturaleza, hasta que nuestra naturaleza humana sea totalmente mezclada con la naturaleza divina, y la naturaleza satánica sea completamente eliminada de nuestra alma. Este proceso dura toda la vida mientras estamos en la tierra, si nos disponemos para que el Señor haga Su obra.

Si no hay disposición de nuestra parte, el Señor usará el tiempo de la Gran Tribulación que, aunque es relativamente corto—tres años y medio—, será un tiempo muy difícil de soportar. Si antes de la Gran Tribulación hemos muerto y no hemos sido totalmente transformaos en nuestra alma, el Señor tendrá que usar el reino milenario—mil años—, para transformar a aquellos que no lo fueron durante su vivir en la tierra[1].

De todas maneras, todos los hijos de Dios, debemos alcanzar los cuatro aspectos mencionados en Efesios 4.13: "*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*".

1. La unidad de la fe

La fe tiene dos aspectos: el primero es la fe objetiva, que hace referencia a todo lo que Dios es y tiene, y que está fuera de nosotros; el segundo es la fe subjetiva que es aquello que nosotros creemos, que nosotros recibimos y es una fe que va creciendo en la medida que tenemos comunión con Dios.

Al comienzo de nuestra vida en el Señor nuestra fe es muy pequeña, le creemos muy poco al Señor; pero en la medida en que lo disfrutamos, que entramos en nuestro aposento—espíritu humano— y tenemos comunión con Él y nos llenamos de Sus riquezas, esa fe subjetiva va creciendo hasta que llega el momento que es igual a la fe objetiva, es decir, nos hemos llenado totalmente del Señor en nuestro corazón, de tal manera que Él lo ha saturado completamente y ya no cabe más Dios en él. De esta manera se ha cumplido el proceso de transformación y conformación de nuestra alma.

Este es un proceso paulatino, lento, que requiere nuestra dis-

1. Sobre este tema puede encontrarse más profundidad en el libro ***El Reino de Dios y el Reino de los Cielos***, del mismo editor.

posición diaria, el ejercicio de nuestro amor por el Señor; requiere que cada día disfrutemos Su palabra, que nos acerquemos al trono de la gracia, que recibamos Su gracia y Su misericordia y recibamos todas Sus riquezas.

2. Pleno conocimiento del Hijo de Dios

Este es el segundo aspecto del que habla Efesios 4.13, al que debemos llegar todos los creyentes. De lo que más adolece el pueblo cristiano contemporáneo es de la carencia de conocimiento del Hijo de Dios. Muchos cristianos saben recitar versículos de la Biblia, pero esas recitaciones salen de su mente, no provienen del espíritu y por eso no hay realidad de la palabra.

Los cristianos de hoy no tienen idea de cuáles son los gustos del Señor, qué es lo que le agrada o desagrada; su conocimiento acerca de la persona del Señor es muy superfluo y casi inexistente.

Los cristianos contemporáneos no saben ejercitar su espíritu, no están habituados a entrar en el aposento y disfrutar de una plena e íntima comunión con su Señor.

Es necesario tener claro que a Dios se le puede conocer solamente en el espíritu y mediante revelación. Eso nos dice el Espíritu en Efesios 1.17: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*".

No podemos conocer a Dios fuera del espíritu humano; no podemos conocerlo en el alma.

Lo que sí podemos tener en el alma humana es la comprensión, la visión, la luz de la revelación que hemos ganado en nuestro espíritu: "*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos*" (Efesios 1.18-19).

Debemos tener el profundo anhelo de conocer plenamente al Señor, pues Su conocimiento en el creyente es la vida eterna: "*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*" (Juan 17.3).

3. El hombre de plena madurez

El tercer aspecto que todos los hijos de Dios necesitamos alcanzar, es llegar a ser el hombre de plena madurez.

Todos los seres vivos tienen un proceso de crecimiento hasta que llegan a la madurez. Por ejemplo, una planta, inicialmente es una semilla pequeña, que, al brotar dentro de la tierra, gracias a los nutrientes que absorbe de ella, libera la vida, se convierte en una pequeña yema que va creciendo lentamente, hasta convertirse en un arbusto o en un gran árbol que da fruto, a veces durante mucho tiempo, si se trata de plantas perennes o una vez si son temporales.

La señal de que el árbol ha llegado a la plena madurez es que da fruto, y que su fruto es apto para el fin propio de la especie. Por ejemplo, los árboles frutales dan frutas aptas para el consumo de los humanos y le reportan grandes beneficios al cuerpo de quienes las consumen.

Espiritualmente hablando, llegar a ser el hombre de plena madurez, es un proceso que, mediante el disfrute de Cristo y Sus riquezas, el creyente crece hasta dar frutos permanentemente, frutos que son para el agrado y el disfrute del Señor: "*En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos*" (Juan 15.8).

Uno de los atributos de Dios es la vida, la vida que es eterna, increada, inmarcesible e incorruptible y esa vida nos ha sido dada, y hoy está en nuestro espíritu humano. El deseo de Dios es que esa vida crezca en nosotros hasta que alcancemos la madurez, en este estado de madurez le damos fruto para Su satisfacción. Esta vida viene a nosotros como un río, que fluye desde el trono de Dios hasta nuestro espíritu, y desde nuestro espíritu satura nuestra alma: "*Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones… El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado*" (Apocalipsis 22.1-2; Juan 7.38-

39).

Para esto el Padre labora diariamente en nosotros y nos suministra Sus nutrientes por medio del Hijo a través del Espíritu Santo, con el fin de que Sus hijos crezcamos en Él y le demos fruto para Su satisfacción: "*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden*" (Juan 15.1-6).

Un agricultor trabaja con el fin de obtener una cosecha para comer y satisfacerse. De la misma manera, el Padre trabaja en nosotros supliéndonos con todas Sus riquezas para que en nosotros haya frutos que Él pueda comer y satisfacerse; pero si no damos fruto, si no permanecemos en Él, si no permitimos que la palabra, como los ríos de agua de vida fluya desde nuestro interior—espíritu humano— y haga que la vida divina crezca en nuestro corazón, no daremos fruto y seremos cortados y nos secaremos y seremos echados en el fuego y arderemos.

Tristemente esta es la situación del cristianismo. A la inmensa mayoría de los cristianos les ocurre lo de la higuera que no satisfizo el hambre del Señor, cuando requirió de ella fruto y sólo encontró hojas: "*Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera*" (Mateo 21.18-19).

Si por el contrario, somos aquellos creyentes que vivimos en continua comunión con el Señor, que aprendemos a ejercitar nuestro espíritu, que disfrutamos diariamente de todas Sus riquezas, llevaremos fruto, y ese fruto permanece. Entonces la palabra del Señor fluye y nos limpia, y cada vez nuestros frutos serán nuevos y la satisfacción del Señor será plena: "*para que andéis como es digno del Señor,*

agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por medio del conocimiento de Dios" (Colosenses 1.10).

4. La medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Dios tiene un propósito inquebrantable con Sus hijos y es que todos alcancemos la estatura del Señor Jesucristo. Tenemos que llegar a ser iguales a Él en vida y en naturaleza.

El juicio de los creyentes en el Tribunal de Cristo será principalmente con respecto a este punto: si hemos llegado a ser iguales a Él o todavía nos falta poco o mucho para alcanzar Su estatura.

Si hemos alcanzado Su medida, la medida de Su plenitud, seremos vencedores y reinaremos con Él durante mil años. Si nos falta, aunque sea un poco, tendremos que ir a las tinieblas exteriores donde hay lloro y crujir de dientes, hasta que seamos completamente transformados, alcancemos la estatura de la plenitud de Cristo y así podamos entrar en la Nueva Jerusalén, a tener un disfrute pleno de Dios, pero habiendo perdido las delicias del reino milenario, la manifestación del reino de los cielos.

Estos cuatro aspectos de los que habla Efesios 4.13 se alcanzan disfrutando diariamente todas las riquezas del Señor que están en Su palabra, la Biblia y que están en nuestro espíritu, porque en él mora Dios como el Espíritu. Alcanzarlo es lograr la plena transformación y conformación de nuestra alma.

Como nos propusimos unas páginas atrás, hablaremos de las funciones del alma, para que aprendamos a discernir el alma del espíritu humano y podamos ejercitar apropiadamente las funciones de cada uno.

Así como el espíritu tiene tres partes o funciones, igualmente el alma humana tiene tres partes bien diferenciadas, de las que habla la Biblia.

1. La mente

Es la parte más notoria y es la principal función del alma humana, porque donde está la mente se ubica el resto del alma. Con la mente hacemos planes, pensamos, raciocinamos y recordamos.

Tiene tal importancia la mente en la vida del hombre y espe-

cialmente del creyente, al grado de que por ella somos carnales o somos espirituales. Veamos lo que al respecto nos dice el Espíritu: "*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, piensan en las cosas del Espíritu*" (Romanos 8.5).

Un creyente puede ser carnal o puede ser espiritual, según lo que piensa. Si tú, amado lector, eres una persona que estás pensando siempre en las cosas del Espíritu, sin duda alguna eres un hombre espiritual, un hombre que agradas al Señor, y en quien Él tiene satisfacción; pero si, por el contrario, eres una persona que siempre estás pensando en las cosas de la carne, eres carnal y tu vivir es muy desagradable al Señor.

Para entender esto, es necesario abandonar el concepto de que la carne, o las cosas carnales, hacen referencia a cosas pecaminosas solamente. No, la carne es todo aquello que no tiene origen en Dios, que no se origina en el Espíritu Santo, sea excelente, muy bueno, bueno o malo y muy malo. No olvidemos que la carne es la mezcla de la naturaleza humana con la naturaleza satánica que es el pecado, y que en la Biblia está representada por el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Todo aquello que es bueno y que se origina solamente en el alma humana es carne, y es odioso y abominable para el Señor, pero todo aquello que tiene origen en el espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu, en los creyentes, es vida y es paz.

La mente es tan vital en nuestra vida de hijos de Dios, que mediante ella vivimos y tenemos paz o tenemos un vivir de muerte espiritual. Veámoslo en la Biblia: "*Porque poner la mente en la carne es muerte, pero poner la mente en el Espíritu es vida y paz*" (Romanos 8.6).

Ser espiritual es tan sencillo como comer y respirar. Simplemente requiere que mis pensamientos, mi mente esté puesta en el Espíritu, en las cosas de Dios, en Su persona, en Su obra, en Sus deseos. Cuando ocurre así, soy espiritual, vivo y ando por el Espíritu, y como consecuencia el Señor puede testificar de mí: "*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*" (Mateo 4.17).

De la misma manera, es muy sencillo ser carnal: **cuando un creyente tiene su mente puesta en cualquier cosa que no tiene que ver con el deseo, ni con la voluntad del Señor, así sean cosas buenas y excelentes, su mente está puesta en la carne y él es un creyente carnal**: "*Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis*" (Gálatas 5.17). Los creyentes vivimos una continua disyuntiva: o estamos en el espíritu o estamos en la carne; o somos espirituales o somos carnales. Todo depende de dónde ponemos nuestra mente.

2. La voluntad

Es la parte de nuestra alma que nos permite tomar decisiones. Diariamente estamos decidiendo entre dos o más alternativas. La voluntad tiene que ver mucho con nuestro carácter y tal vez es la función de nuestra alma con la que Dios tiene que luchar más, porque, debido a la caída del hombre, nuestra voluntad es terca y caprichosa. ¡Qué difícil es someternos diariamente a los designios de Dios! ¡Qué terrible es nuestro carácter y cuán difícil es hacerlo sumiso a la voluntad del Señor!

En el Antiguo Testamento, el Señor se refirió al pueblo de Israel diciendo de él que era un pueblo de dura cerviz: "*Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz*" (Éxodo 32.9).

En el Nuevo Testamento, en la iglesia, la condición del carácter humano no ha cambiado mucho; inclusive, el pueblo del Nuevo Pacto es peor en carácter que el mismo pueblo de Israel.

Mire un poco al cristianismo. Casi todos los creyentes siguen ciegamente a unos que se erigen como líderes en medio de las congregaciones. Ninguno se esfuerza en la gracia por conocer y obedecer la voluntad de Dios, sino que permiten que los líderes, que tampoco conocen la voluntad de Dios, los guíen a hacer la voluntad de ellos.

Cuando alguien que busca conocer y conoce el deseo del corazón del Señor y les expone a los cristianos esta voluntad, lo satanizan, lo rechazan y lo desprecian: "*Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano*

me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Marcos 7.6-7).

Para el cristianismo conocer la voluntad de Dios y hacerla, y no hacer la voluntad de los hombres es una locura. Los creyentes de hoy no quieren dejar las organizaciones, las doctrinas y los mandamientos de los hombres, para seguir al Señor que mora en su espíritu y que desea revelarles Su voluntad.

¡Cuán urgente es la necesidad de que le permitamos al Señor tratar nuestra voluntad y ganarla para Él! Pero todo depende de nuestra decisión. ¡Que el Señor tenga compasión de todos Sus hijos y nos ayude a humillarnos delante de Él, a reconocer cuán terca y difícil es nuestra cerviz y lo mucho que necesitamos enyugarnos con Él y aprender a ser mansos y humildes de corazón! "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*" (Mateo 11.28-29).

Las angustias, los desvelos y los afanes de los cristianos contemporáneos son consecuencia de la falta de ir al Señor, de enyugarse con Él, de aprender de Él la humildad y la mansedumbre, porque esas son virtudes que abundan en nuestro Señor Jesucristo.

Dos de las características más notables de satanás son el orgullo y la soberbia, y él las inoculó en el hombre cuando éste comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, y a lo largo de los siglos ha venido desarrollándolas hasta convertirlas en un fortín tan poderoso, con el cual el Señor tiene que luchar y a veces le es muy difícil ganar la batalla.

Uno de los muchos ejemplos que tenemos en la Biblia de hombres tercos y difíciles de carácter lo encontramos en Jacob. Cuando iba de regreso a la casa de su padre y a encontrarse con su hermano Esaú, tuvo un encuentro con el Señor y Él no pudo vencerlo: "*Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él res-*

pondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido" (Génesis 32.24-28).

Aunque toda la vida de Jacob fue de transformación por parte de Dios, éste episodio en Peniel, creemos que fue el momento cumbre de su transformación. Como Dios luchó con él y no fue posible vencerlo, tuvo que descoyuntarle el muslo—el músculo más fuerte del cuerpo humano— para que tuviera una señal de que había luchado con Dios y había vencido. Por eso dice la Biblia que, al día siguiente, Jacob cojeaba.

Igualmente, el varón que luchó con él, que sin duda era el Señor mismo, le cambió el nombre de Jacob por el de Israel. Jacob quiere decir suplantador, a lo cual se dedicó Jacob buena parte de su vida, e Israel es un príncipe de Dios. Desde Peniel Jacob comenzó a ser un príncipe de Dios, uno que buscaba Su voluntad y la obedecía y al final de su vida encontramos a un Israel maduro, que ya no suplanta, que ya no hace su voluntad, sino que por el contrario, es un hombre completamente transformado, por el cual fluye la bendición de Dios para sus hijos y para Faraón.

Cuánto necesitamos aprender todas estas lecciones y hacerlas realidad en nuestra vida. Diariamente necesitamos presentarnos delante del Señor, en el trono de Su gracia, para que Su gracia y Su misericordia fluyan hacia nosotros y nos transformen en personas sumisas y humildes, que buscan, conocen y hacen Su voluntad y lo agradan en toda su manera de vivir: "*Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros*" (1 Pedro 5.7-8).

3. La emoción o los sentimientos

Es la tercera parte o función del alma humana. Mediante la emoción los hombres amamos y odiamos, estamos tristes o alegres, lloramos o reímos. En estas tres funciones del alma fuimos creados a la semejanza de Dios, porque por medio de las tres podemos expresar a Dios. Semejanza implica expresión, y Dios desea llenar nuestra alma

para expresarse a través de ella.

Dios, al igual que nosotros tiene emoción, que la Biblia llama buen placer o beneplácito. Hay cosas en las que Dios se agrada y hay otras que lo disgustan. Algunas cosas le producen a Dios placer y otras despiertan su ira: "*predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad... dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo*" (Efesios 1.5, 9).

El Señor también tiene una intensa lucha por la transformación de esta parte de nuestra alma, porque fácilmente nos emocionan las cosas que a Dios entristecen y nos entristecen las cosas que a Dios le agradan.

Cuánta tendencia tenemos los creyentes a deleitarnos en las cosas del mundo, desconociendo que si somos amigos del mundo automáticamente nos convertimos en enemigos de Dios: "*¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*" (Santiago 4.4).

El sistema conocido como el mundo no está constituido por cosas malas solamente. Por el contrario, el mundo tiene cosas muy buenas. Éste es el sistema satánico que pretende proveer las necesidades del hombre.

Los seres humanos tenemos algunas necesidades básicas, tales como el sustento: comida, vestido y vivienda; seguridad, vivir sin peligro de perder la vida o de enfermarnos; deleite o placer, y éstas son necesidades que Dios conoce y que nos suple abundantemente.

Cuando Dios creó al hombre lo puso en el Huerto de Edén, que más que ser un ámbito físico, era el ambiente donde Dios tenía plena comunión con el hombre y suplía todas sus necesidades. En el Huerto de Edén había toda clase de árboles deliciosos a la vista—deleite— y buenos para comer—sustento—. Aunque el hombre allí estaba desnudo, no tenía necesidad de vestido, y dentro de los límites del Huerto, Adán tenía seguridad. El Señor entonces suplía todas las necesidades del hombre.

Cuando el hombre, desobedeciendo a Dios, comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, fue expulsado del ambiente don-

de Dios cuidaba de todas sus necesidades, y satanás aprovechó la ocasión para fundar un sistema que, aparentemente supliera esas necesidades, sin tener que recurrir a Dios.

El primer hombre que el diablo utilizó para constituir el mundo fue a Caín. Éste pretendió servir a Dios según su punto de vista, trayendo de la cosecha que obtenía de la tierra, producto de su esfuerzo y su sudor—el sudor es consecuencia de la maldición que Dios profirió sobre la tierra después de la caída del hombre—, y como Dios no puede aceptar nada que se origine en el esfuerzo del hombre, el Señor rechazó a Caín y a su ofrenda.

Como respuesta Caín mató a su hermano Abel, de quien Dios se había agradado junto con su ofrenda. Por esa razón Caín salió de la presencia de Dios y perdió la oportunidad de tener comunión con Él: "*Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soportado. He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra… Salió, pues, Caín de delante de Jehová*" (Génesis 4.13-14, 16).

Una vez perdida la presencia del Señor, Caín edificó una ciudad a la cual le puso el nombre de su hijo Enoc, que es una falsificación de la Nueva Jerusalén la cual es la consumación del plan de Dios; y Enoc, hijo de Caín a la vez es una falsificación de Enoc, el hijo de Jared de la línea de Set, sustituto de Abel. Este Enoc es tipo de las primicias porque fue aquel que anduvo con Dios y Dios lo tomó para que no pasara por la muerte: "*Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios*" (Hebreos 11.5).

La sexta generación de Caín está representada por Lamec, que fue un adúltero, ya que tuvo para sí dos mujeres: Ada y Zila. Con la primera tuvo dos hijos: el primero se llamó Jabal y fue padre de los que crían ganados y habitan en tiendas; su hermano era Jubal, cuyo oficio fue tocar arpa y flauta. Por su parte Zila le dio a Lamec un hijo llamado Tubal-Caín, dedicado a fabricar elementos de hierro y bronce.

En Caín y su descendencia podemos ver el comienzo del mundo, un sistema totalmente dominado e ideado por satanás,

con el fin de resolver las necesidades básicas del hombre, pero separado de la comunión de Dios. La crianza de ganado y vivir en tiendas tiene que ver con el sustento; la música de arpa y flauta tiene que ver con el placer y la diversión, y los instrumentos de hierro y de bronce proporcionan defensa y seguridad.

Posteriormente las mujeres hijas de los hombres se mezclaron con ángeles caídos y éstos les engendraron hijos. De esa unión fornicaria aparecieron unos gigantes en la tierra, que la Biblia llama en hebreo los ***Nefilim***, una mezcla de espíritus inmundos con mujeres.

Al parecer, de esta raza aún hay descendientes en la tierra, y son personajes que dominan hoy el mundo contemporáneo mediante sectas secretas, y están trabajando arduamente para tener un gobierno mundial único, que estará bajo la tutela de satanás y tendrá su máxima expresión en la época de la Gran Tribulación, donde un engendro de satanás, que la Biblia denomina el anticristo o la bestia escarlata, o el inicuo o el hombre de pecado, gobernará todo el mundo, durante los tres años y medio que durará la Gran Tribulación.

Satanás continuó estableciendo su sistema mundano e hizo que los hombres se olvidaran de Dios y buscaran a hombres poderosos, como fue Nimrod, a quien a Biblia registra como el primer poderoso que existió en la tierra.

Por esta razón, Dios dejó la raza creada y tuvo un nuevo comienzo con Abraham, a quien llamó a salir de en medio de esa raza que se había alejado del Señor, para que fuera adonde Él le indicaría. Abraham obedeció a Dios y se constituyó en Su amigo y de él somos descendientes, quienes amamos y seguimos al Señor.

Esta situación se mantiene en la actualidad. El hombre en general se ha alejado de Dios. Los humanos aman, sin saberlo, el sistema que satanás les ha impuesto, al que la Biblia identifica como el mundo. Todas las sociedades están bajo la esclavitud de ese sistema y no caen en la cuenta de que quien lo maneja es el mismo diablo: *"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que*

hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre... el mundo entero está bajo el maligno" (1 Juan 2.15-17; 5.19).

Por todo esto es muy importante que sepamos dónde está nuestra emoción, si con ella amamos las cosas que el Señor ama y aborrecemos todo aquello que el Señor no tolera y lo desagrada, o si por el contrario vivimos embelesados con el mundo, y nos constituimos en enemigos de Dios.

Lamentablemente es difícil encontrar entre el pueblo cristiano, quien permita que el Señor gane su emoción y tenga un genuino amor por Él. En el cristianismo contemporáneo, hay mucho amor por el mundo y ni siquiera los hermanos aman al Señor: "*El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene*" (1 Corintios 16.22).

Esta es la gran necesidad de los creyentes de ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu del Señor y conforme a Sus riquezas en gloria, porque en la medida que ese fortalecimiento se dé, el viejo hombre va siendo anulado, el alma del creyente va siendo sometida al espíritu humano, el Señor nos va gobernando y satanás perderá toda oportunidad de tocarnos, atacarnos y molestarnos y la gloria del Señor será plenamente expresada en nosotros individualmente, y en la iglesia corporativamente.

De esta manera las palabras del Espíritu en Romanos 6.6: "*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*", serán reales en nuestro vivir, y estaremos en el nuevo hombre, que ha sido creado mediante la resurrección del Señor Jesús, nuevo hombre que está lleno de justicia, santidad y realidad, y en el que satanás no tienen ninguna cabida: "*y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad*" (Efesios 4.24). Al nuevo hombre satanás no puede acercarse, no puede tocarlo y mucho menos atacarlo. El nuevo hombre vive en la gloria de Dios.

Capítulo 9
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (4)

Las estrategias de satanás

En estos capítulos, el Señor nos está mostrando los ingredientes que satanás ha introducido en la iglesia, a lo largo de veinte siglos, para degradarla, y por eso es muy importante para los creyentes que sepamos discernir el alma del espíritu, porque de no hacerlo, fácilmente seremos engañados y pensaremos que servimos al Señor en el espíritu, cuando lo estamos haciendo en el alma.

Un ejemplo que nos ayuda a clarificar este punto lo encontramos en el capítulo 3 de Génesis, donde se narra la forma cómo satanás engañó a Eva y la indujo a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, que como lo hemos reiterado representa al pecado, la naturaleza satánica.

Cuando satanás abordó a Eva, primero le hizo una pregunta, la cual penetró en su mente y la llevó a cavilar: "*La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Dios el Señor había hecho, así que le preguntó a la mujer: — ¿Es verdad que Dios os dijo que no comierais de ningún árbol del jardín?*".

Esta es la gran estrategia que satanás usa para gobernar al mundo y para influir en los creyentes: cuestiona la palabra de Dios y eso sucede hoy: él viene a la mente de los cristianos y cuestiona, inquiere acerca de la palabra del Señor.

La respuesta que le da Eva

hace ver que ella no estaba constituida con el Espíritu y la palabra, porque lo que manifiesta es confusión: "*Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis*" (Génesis 3.2-3).

Las palabras que, según Eva, Dios les había dicho, no son exactas. Leamos lo que le dijo Dios al hombre—varón y hembra—cuando les dio el mandamiento: "*Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*" (Génesis 2.16-17).

Observa que Dios no les dijo nada de tocar sino de comer. El tocar es un agregado, un añadido de Eva. Esto ocurre exactamente con el cristianismo de hoy. La palabra predicada por los líderes cristianos contemporáneos no es la palabra de Dios sino la palabra de ellos, teniendo como base aparente la Biblia. ¡Cuán sutil es esta estrategia del diablo!

Las palabras que producen vida y que son espíritu, son aquellas que salen de la boca de Dios, las que habla el Señor directamente a nuestro espíritu y que desde el espíritu fluyen para alimentar a otros: "*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios... El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen*" (Mateo 4.4; Juan 6.63, 64).

Con cuánta facilidad los maestros de hoy tuercen la palabra del Señor y enseñan sus tradiciones, sus costumbres y sus malos hábitos, para desviar al pueblo de Dios.

Que el Señor les conceda arrepentimiento y puedan reconciliarse con Él y permitirle que sea Él quien los gobierne con Su dulce amor, y sea Él quien use su ser para hablar Sus palabras a otros, palabras que producen vida, que hacen crecer y que edifican Su cuerpo.

Hay dos cosas bien tenebrosas en Eva: ***la primera***, abrió su ser, su corazón, su alma, para que satanás entrara en ella y

cuestionara la palabra de Dios; y ***la segunda***, no tuvo claridad con respecto a la palabra.

Dios les había hablado con verdad acerca de dos árboles: uno, el árbol de la vida que está en medio, en el centro del Huerto de Edén y otro, el árbol de la ciencia del bien y del mal: "*Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal*" (Génesis 2.8-9).

Observa cuidadosamente que el árbol de la vida está en el centro del Huerto de Edén y no el árbol de la ciencia del bien y del mal.

En su confusión Eva consideraba que era del árbol de la vida del que Dios les había prohibido comer. De ese árbol, el árbol de vida, que representa a Dios mismo, ellos debían comer, para ser regenerados y tener la vida eterna.

Ante esta confusión de la mujer, satanás se tomó toda la confianza y entró en la casa sin tener ninguna restricción. Leamos lo que a continuación le dice a Eva: "*No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*" (Génesis 3.4-5).

Como creyentes debemos ser muy cuidadosos en no darle ninguna oportunidad al enemigo, porque él anda buscando la más mínima rendija en nuestra vida para penetrar por ella y hacernos daño.

Como el gran abusivo y abusador que es, el diablo se tomó el atrevimiento de tratar a Dios de mentiroso. Observa con detenimiento la pequeña frase: sabe Dios. Es como si el vil malvado le dijera a Eva: "*Dios no les ha dicho toda la verdad, y Él sabe que es así. Si ustedes comen del fruto de ese árbol, y no les aclara cuál, serán abiertos vuestros ojos*"

En otras palabras, acusa a Dios de mantener a Adán y a Eva en tinieblas: serán abiertos vuestros ojos. Les está diciendo que por culpa de Dios ellos no podían ver, porque sus ojos estaban cerrados, estaban ciegos. ¡Qué mentira más infame, como todo lo que habla el perverso

diablo! ¡Cómo no iban a estar abiertos los ojos del corazón de ellos, si vivían en permanente comunión con el Señor, se veían con Él cuando quisiesen, hablaban con Él, conocían Sus deseos, obedecían lo que Él les mandaba y vivían en una esfera de comunión íntima!

No olvides amado lector, que un arma poderosa que el enemigo usará contra ti es la duda frente a la palabra que el Señor te habla.

Igualmente, el diablo le dice a Eva que, al ser abiertos sus ojos, ellos llegarían a ser iguales a Dios: seréis como Dios. Y la característica que más destaca de Dios es saber el bien y el mal. A Dios no le interesa si las cosas son buenas o malas, sino si proceden de Él o no. Dios no creó al hombre para que conociera el bien y el mal, porque esas son las profundidades de satanás, sino para que conociera a Dios, se llenara de Él y lo expresara.

De otro lado, satanás le dice a la mujer que, si comían del fruto del árbol que Dios les había prohibido, llegarían a ser iguales a Dios, y esta es una promesa del maligno, la cual se ha esforzado por cumplir a lo largo de seis milenios.

Para corroborar esta afirmación observa el desarrollo de la ciencia y la tecnología a lo largo de la historia de la humanidad. Cuántos descubrimientos científicos y cuántos inventos tecnológicos ha realizado el hombre, especialmente en los últimos dos siglos. Y en cuántos de ellos es Dios glorificado. ¿Cuánta gloria le dan los científicos y los inventores a Dios? Ninguna. Todo esto lo aprovechan para exaltarse a sí mismos y para exaltar soterradamente a satanás.

El desarrollo científico ha llegado a tal punto, que, en la segunda década del siglo XXI, los científicos tienen la capacidad de "***crear***" vida a partir de elementos sintéticos.

Con el descubrimiento del genoma humano, los hombres de ciencia están en capacidad de hacer que un ser humano nazca con determinadas características de color de piel, color de los ojos, del cabello, estatura, etc. Aquí está parte del cumplimiento de la falsa promesa de satanás

de hacer que el hombre llegue a ser igual a Dios.

La especialidad de satanás es la falsificación del plan de Dios. Si usas tu espíritu, verás que el propósito eterno de Dios es hacer al hombre igual a Dios en Su vida y Su naturaleza divina, no en Su deidad. Véalo en la Biblia: "*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un varón de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*" (Efesios 4.13).

La meta que Dios tiene con todos Sus hijos es que lleguemos a ser exactamente iguales a Su Hijo, y el Hijo es Dios mismo, es Dios completo, al Señor Jesús no le falta nada para ser igual a Dios, para ser el único Dios: "*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*" (Juan 1.1; Colosenses 2.9).

Por supuesto que nosotros no seremos dioses en el sentido de ser adorables, porque solo hay un Dios y Él es el único digno de ser adorado; pero en Su inmenso amor y Su misericordia, nos ha dado Su naturaleza divina y Su vida para que nosotros participemos de ella: "*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia... Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*" (2 Pedro 1.3-4; Juan 1.12-13).

Aquí esta el propósito de Dios, consistente en que el hombre llegue a ser igual a Dios en vida y en naturaleza, no en la deidad. Igualmente podemos ver la falsificación de satanás cuando le prometió a Eva que si comía del fruto del árbol que Dios les había mandado no comer, serían iguales a Dios.

Digámoslo en estas palabras: Dios tiene un propósito y, aparentemente, satanás se aviene al mismo propósito de hacer al hombre igual a Dios, y para ello

se esfuerza en hacerlo por medio de la ciencia y la tecnología y el llamado desarrollo humano a través de los siglos, que el hombre ha vivido en la tierra.

En apariencia, Dios y satanás tienen el mismo propósito con el hombre: hacerlo igual a Dios. Entonces, ¿dónde está la diferencia entre el trabajo del Señor y el trabajo de satanás? El medio que usa Uno y otro.

Dios trabaja en el hombre desde el espíritu humano y desde él satura el alma. En cambio satanás pretende usar el alma del hombre, infundiéndola con sus patrañas, especialmente a través de los sentidos del cuerpo, e influyendo su mente, voluntad y emoción, por medio de sus emisarios, los ángeles caídos. Eso hizo con Eva en el Huerto de Edén: tocó su alma; impresionó la mente, la voluntad y la emoción de la mujer, y cuando ésta le abrió el alma al diablo, él tomó posesión de ella y la corrompió, la llenó de muerte, y adormeció las funciones del espíritu humano.

Una vez que el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, Dios se presentó a corroborar lo que el hombre había hecho y a cumplir la justa sentencia que había proferido en caso de que el hombre desobedeciera. El Señor procedió inmediatamente a arrojar del Huerto a Adán y como consecuencia éste ya no podía tener comunión con Dios.

Al no haber comunión e intimidad con su Creador, Adán tampoco podía conocer a Dios, es decir, su intuición del espíritu también dejó de funcionar.

La única función que aún tenía un poco de acción es la conciencia; sin embargo, satanás la fue trabajando a tal grado que logró cauterizarla, y eso ocurre con las personas que hoy no creen en el Señor: todas las funciones de su espíritu están apagadas; su conciencia cauterizada; no tienen ninguna posibilidad de contactar a Dios en su comunión, pues ésta no funciona. Tampoco les es posible conocer a Dios, pues a Él se conoce solamente con el espíritu humano y éste está completamente amortecido. Por estas razones, el hombre incrédulo vive total-

mente en su alma y gobernado por satanás: "*el mundo entero está bajo el maligno*" (1 Juan 5.19).

Al mirar esta triste condición del ser humano se nos presenta un panorama desolador y sombrío: sin embargo, nuestro Señor no es Dios de derrotas, sino de victorias. Él puso en acción Su plan de redención, y pasado algún tiempo se gestó como hombre en una virgen israelita, nació como hombre, recobrando el propósito original de Dios de mezclarse con el hombre; vivió en la tierra como Dios-hombre por más de treinta años, murió en una cruz, y mediante Su muerte aplastó a satanás, quitó el pecado, limpió nuestros pecados, acabó con el sistema diabólico que se llama el mundo, mató y anuló al viejo hombre, anuló a los ángeles caídos y a los demonios, nos reconcilió con Dios y resucitó.

La noche de la resurrección vino como el Espíritu Santo y se inoculó mediante Su soplo en los discípulos, y el espíritu humano de estos fue avivado, volvió a funcionar plenamente. Ahora Dios no solo tenía comunión con Jesús como hombre, sino que tenía un grupo, que en Pentecostés era de ciento veinte discípulos, en los cuales moraba como el Espíritu, tenía intimidad con ellos, éstos eran guiados totalmente por el Señor desde su espíritu y comenzó el proceso de llenar sus corazones de la naturaleza divina.

Usando a estos ciento veinte, el Señor comenzó a predicar Su palabra por todo el mundo conocido en aquel entonces y la tierra fue llena de Su palabra. Un día recibieron al Señor más de tres mil personas, sus espíritus fueron avivados, nacieron de nuevo y entraron a formar parte del cuerpo de Cristo, a ser miembros de Él. Otro día fueron más de cinco mil los que se unieron a la iglesia siendo regenerados. Después el Señor llamó a algunos del otro pueblo que hay en la tierra, los gentiles, y casi no hubo ciudad de Asia, Europa y algunas de África, donde el Señor no añadiera a Su cuerpo aquellos que había destinado para vida eterna. Ahora esta realidad ha llegado también a nosotros, quienes vivimos en el siglo XXI.

Es maravilloso el plan del Señor de redimir al hombre: Él mismo viene y se inocula como el Espíritu, en el espíritu humano de quienes ha escogido desde antes de la fundación del mundo.

Ahora, el espíritu humano de los hijos de Dios está lleno de vida, ahora satanás no puede llenarlo de muerte. Ahora, quienes creemos en el Señor podemos ser gobernados por Él por medio de nuestro espíritu; ahora podemos tener una permanente y continua comunión con Él; ahora podemos conocerlo, saber Su voluntad y cumplirla; vivimos en esta tierra para seguir al Cordero por donde quiera que va; ahora nuestro vivir es un vivir que agrada completamente al Señor y lo satisface.

Cuando creímos en el nombre del Señor Jesús, cuando lo recibimos, vino a morar en nuestro espíritu por la eternidad; y desde allí, en la medida que se lo permitimos, va llenando nuestra alma con Su vida divina, con Su naturaleza santa y justa, hasta que lleguemos a ser iguales a él en vida y en naturaleza: "*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un varón de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*" (Efesios 4.13).

Como creyentes, hoy tenemos a Dios morando en nuestro espíritu, y desde allí, en la medida que nos disponemos, va llenando y saturando nuestra alma. Pero hay un grave peligro que ocurre en casi todos los creyentes: no discernir el alma del espíritu, y éste es uno de los ingredientes que satanás ha usado y sigue usando para degradar la iglesia.

El cristianismo se engaña, porque no conoce que tiene un espíritu humano y quienes saben que lo tienen no lo usan, y no saben cómo servir a Dios en espíritu.

La gran mayoría de los llamados servicios en el cristianismo se hacen en el alma y estos son abominables y desagradables al Señor. Por eso la importancia de la palabra registrada en Hebreos 4.12-13: "*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no*

sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta".

Todo aquello que hacemos solamente en nuestra alma, que no se origina en nuestro espíritu humano, donde está Dios como el Espíritu, todo aquello que se origina solamente en el alma humana, procedente de los sentidos que están en el cuerpo, tiene como fuente a satanás, y Dios nunca lo aceptará.

Tenemos que afirmar con mucha tristeza que todo lo que hace el cristianismo de hoy con sus tres grandes alas, catolicismo romano, catolicismo ortodoxo y protestantismo, desagrada completamente al Señor, Él no puede aceptarlo, ni tolerarlo, porque no procede de Él.

En el alma del creyente todos los días hay una guerra: por un lado, está el Señor como el Espíritu que se ha posesionado del espíritu humano y por otro lado está satanás que se esfuerza por activar y fortalecer el alma humana, para desde ella, esclavizar al hombre.

¿Quién decide a qué lado se inclina esa balanza, quién gana esa guerra? Lo decides tú, lo decido yo. Si decidimos poner nuestra mente—que es la parte principal del alma—en el espíritu, la victoria es del Señor; pero, si por el contrario, decidimos poner la mente en la carne—el alma unida a satanás— la victoria es del diablo: "*Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz*" (Romanos 8.6). Todo depende de dónde ponemos la mente, es decir, qué pensamos en cada instante de nuestra vida.

Los creyentes tenemos una disyuntiva: o somos carnales o somos espirituales; todo depende de aquello en que pensamos: "*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, piensan en las cosas del Espíritu*" (Romanos 8.5).

Ser espiritual es tan sencillo como respirar o comer: basta volver nuestra mente a nuestro espíritu, pensar en el Señor, en Su cosas, en Sus deseos, en Su palabra, tener comunión con Él.

Los seres humanos somos almas con dos órganos: uno interno que es el espíritu con el cual podemos relacionarnos con el Señor y uno externo que es el cuerpo con los sentidos, mediante los cuales satanás trata de influir y esclavizar nuestra alma, quiere hacer que nuestro ser humano esté de su lado.

Lamentablemente, buena parte de nuestro tiempo lo pasamos pensando en nuestras necesidades, tomamos decisiones separados del Señor, hacemos planes en los que Él no tiene ninguna participación, nos angustiamos por nuestras necesidades, porque no confiamos en que el Señor es poderoso para suplirlas y permanecemos en la carne; así somos hombres carnales.

Pero el Señor nos da una salida para que seamos victoriosos en esta guerra. Vamos a verla en la oración que el Espíritu profirió mediante Pablo en Efesios 3.14-21, y vamos a considerar sucintamente cada uno de los aspectos allí consignados.

Leamos el pasaje: "*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*".

Esta es la manifestación de la gran necesidad diaria de todos los creyentes, en una oración que se origina en el Espíritu Santo. Cuando Pablo vivía, tomó la carga de orar por los hermanos, pero ahora que Pablo no vive, debemos tomar nosotros la carga de orar por nosotros mismos y por los hermanos, conforme a la voluntad del Señor.

Esta oración tiene puntos clave que queremos profundizar:

1. Doblar las rodillas ante el Padre

De acuerdo con la enseñanza del Señor Jesús acerca de la oración, debemos orar al Padre, a Él debemos dirigir nuestra oración: "*Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...*" (Mateo 6.9).

Doblar las rodillas indica que debemos presentarnos delante del Padre con humildad, sin presunción ni soberbia, reconociendo que nosotros no sabemos orar como conviene, pero que Él como el Espíritu está en nosotros para interceder con gemidos indecibles: "*revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo... Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*" (1 Pedro 5.5, 6; Romanos 8.26).

2. Reconociendo que solo hay un Padre

En Su ministerio en la tierra Jesús nos enseñó que a nadie llamásemos Padre en la tierra porque solo hay un Padre verdadero: "*Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos... Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él*" (Mateo 23.9; 1 Corintios 8.5-6).

Estos versículos nos centran en el asunto de la oración, a quién debemos dirigirla, porque satanás tiene mucho interés en que nuestras oraciones no se dirijan al trono, en el cielo, donde están el Padre, el Cordero y el Espíritu. Por eso es necesario que cuando oremos entremos en nuestro aposento—espíritu humano—, y allí en secreto con el Padre oremos en íntima comunión con Él: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.6)

Él es el Padre de toda familia

que hay en los cielos y en la tierra, enfatizando el hecho de que Dios nos ha constituido como hijos Suyos desde el momento en que nosotros creímos en el Señor Jesús y lo recibimos y que hoy, la única familia genuina y real que hay en el universo, es la familia que formamos nosotros los creyentes con el Dios eterno.

Que Dios sea nuestro Padre quiere decir que Él nos ha engendrado dándonos Su esencia divina y tenemos con Él una unión de vida que nadie puede romper. Con esa certeza, podemos acercarnos al trono de Su gracia, en oración, para ser nutridos con todas Sus riquezas.

3. Las riquezas de Su gloria

¿Qué son las riquezas de la gloria del Señor? Es todo lo que el Señor es, tiene y ha hecho a nuestro favor.

En primer lugar, Dios tiene unos atributos que le son inherentes y únicos en Él. Dios es justo, recto y correcto y Él es el único justo que hay en el universo, pues no hay justo fuera de Él: "*Como está escrito: No hay justo, ni aun uno*" (Romanos 3.10). Siendo el único justo, nos ha participado de Su justicia cuando creímos en Él y nacimos de nuevo: "*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*" (2 Corintios 5.21).

Dios también es vida; Él es la vida eterna, la vida que no se marchita ni se corrompe; Él es la vida que no puede contaminarse con nada, ni siquiera con la muerte.

A pesar de que Dios en Cristo pasó por la muerte, ésta no pudo retenerlo ni contaminarlo, sino que por el contrario, esa vida magnífica y eterna venció la muerte, resucitando a Jesús y resucitándonos a nosotros con Él: "*al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella... aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Hechos 2.24; Efesios 2.5-6). Esa vida eterna hoy está en nuestro espíritu, y por esa vida viviremos eternamente.

Otro de los atributos de Dios es la santidad; Dios es santo y es

el único ser santo que hay en el universo. No hay nada ni nadie que pueda compararse con Él.

El Señor es distinto de todas las cosas y las personas que hay en la creación. En Él no hay nada inmundo, nada pecaminoso, nada corrupto. La forma como el catolicismo se refiere al papa es una blasfemia; lo llaman "*su santidad*" y "santo padre"; con esa frase lo están haciendo igual a Dios, cuando ni siquiera es creyente. Hacerse igual a Dios es una actitud satánica: "*Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo*" (Isaías 14.13-15).

A nosotros, los hijos de Dios, a quienes hemos creído en el Señor Jesús y lo hemos recibido, nos ha hecho y nos está haciendo partícipes de Su santidad: "*Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad*" (Hebreos 12.10).

Ser santo es ser totalmente separado de todo aquello que es común e inmundo, y cuando creímos en el Señor, cuando lo recibimos, Él vino a morar en nuestro espíritu y nos santificó.

En la medida que diariamente recibimos Su gracia y la disfrutamos, nos va haciendo más santos, hasta que llegamos a ser santos como Él, es decir, totalmente separados para Él y saturados de Él.

En el Antiguo Testamento, las cosas, los animales y las personas que se consagraban al servicio del Señor eran santos. Antes estaban en el mundo y tenían un uso común, pero una vez que se consagraban al Señor eran santificadas, para uso exclusivo del Señor.

En el Nuevo Testamento los hijos de Dios, que somos todos aquellos que creemos en el Señor Jesús, que lo hemos recibido, que hemos nacido de nuevo, somos santos, porque Aquel que es santo mora en nosotros.

Antes éramos comunes, vivíamos para el mundo y conforme al mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire: "*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos*

y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Efesios 2.1-3).

Ahora que Dios mora en nosotros somos santos y vivimos diariamente una vida de santidad. Antes vivíamos y hacíamos todas las cosas inmundas que hacen las gentes que están en el mundo; ahora que estamos en el Señor y que Él está en nosotros, buscamos hacer lo que le es agradable y en la medida que disfrutamos de Su gracia, vamos siendo más y más santificados, hasta que llegue el día que estaremos totalmente llenos de Él y seremos completamente santos.

Otro de los atributos de Dios es el amor: "**Dios es amor**" (1 Juan 4.8). Los creyentes podemos vivir diariamente una vida de amor, que no es nada distinto a la expresión de la vida y la naturaleza de Dios. No debe confundirse el amor de Dios con el sentimiento humano que llamamos amor. Los sentimientos del hombre cambian como el clima: en un momento aman, en el siguiente aborrecen. Confiar en el amor del hombre nos lleva a errar el blanco, porque en un momento el hombre ama apasionadamente y en otro momento, ese amor cambia y se convierte en odio.

El amor de Dios requiere ser trabajado en nosotros, y en la medida que Él lo trabaja se va volviendo más firme, hasta el punto de que vivimos una vida de amor: amor a Dios, amor por Su obra y amor al prójimo, pero no según el concepto filosófico del amor que tienen los hombres, sino de acuerdo con la realidad del amor que es Dios y está en Él: "*Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él…En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor*" (1 Juan 4.16, 18).

La luz es otro de los atributos

de Dios. En la naturaleza de Dios no existen las tinieblas: "*Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él*" (1 Juan 1.5). Vivir sin Dios, no tenerlo a Él es vivir en tinieblas, en oscuridad y así viven todos los incrédulos, porque están en tinieblas bajo el yugo y la esclavitud de satanás.

Pero no solo los incrédulos, sino también los creyentes cuando no están en su espíritu, cuando piensan, dicen y hacen cosas en las que el Señor no es el origen, están en tinieblas.

Cuando tú y yo hacemos cosas, buenas o malas, que no se originan en Dios, no provienen de la luz, sino de las tinieblas: "*Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas*" (Efesios 5.8-11). Dios es luz, y en Su misericordia, si vivimos en comunión con Él, vivimos en Su luz.

Dios tiene otros atributos tales como soberanía, fidelidad, sencillez, compasión, bondad, sinceridad y unos cuantos más que tratamos en otro capítulo de este libro.

Capítulo 10
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (5)

Las riquezas de Su gloria también incluyen un sin número de virtudes que tiene el Señor y que las ha depositado en nuestro espíritu, para que nosotros las disfrutemos y por ellas crezcamos.

Hablar de cada una de las virtudes del Señor sería muy extenso y tendríamos que convertir este libro en una enciclopedia, y no es ese el propósito; pero sí mencionaremos algunas de esas virtudes que están incluidas, junto con Sus atributos, en lo que la Biblia llama la gracia, que es el pan cotidiano de los creyentes, el pan de cada día que pedimos al Señor.

Una gran virtud de Dios es la misericordia. Nosotros, a causa de nuestros delitos y pecados, merecíamos la muerte eterna y el lago de fuego, pero en Su rica misericordia, Él no solo nos salvó de perecer eternamente, sino que nos dio vida, nos resucitó y nos sentó en lugares celestiales con Cristo: "*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Efesios 2.4-6).

Además de darnos vida, de resucitarnos y de sentarnos con Cristo en lugares celestiales, en un futuro no lejano, como el producto de Su victoria, nos ex-

hibirá delante de satanás, de sus ángeles caídos, de los demonios y aun de los hombres que en la tierra fueron uno con el diablo: "*para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*" (Efesios 2.7).

En la medida que la misericordia del Señor se va constituyendo en nosotros, nos va llenando y nos hace misericordiosos con los demás; esto es fuente de nuestra felicidad: "*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*" (Mateo 5.7).

Otras virtudes propias del Señor y que junto con Él moran en nuestro espíritu, son la humildad y la mansedumbre. La naturaleza caída y corrupta de los hombres está llena de orgullo y de soberbia y casi siempre las manifiestan en su diario vivir.

Además, si de forma natural logramos ser mansos y humildes, esas virtudes naturales no son útiles al Señor, por el contrario, lo ofenden y son abominables. Debemos tener claridad en cuanto a que la mansedumbre y la humildad son virtudes propias del Señor y necesitamos aprenderlas de Él: "*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*" (Mateo 11.28-29).

En la medida que tenemos comunión con el Señor en el trono de la gracia y disfrutamos de Sus riquezas, vamos aprendiendo de Él a ser mansos y humildes de corazón, y nuestra alma alcanza sosiego y reposo. De esa manera podremos ser mansos y humildes para vivir la realidad de la iglesia junto con los hermanos: "*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*" (Efesios 4.1-2).

Esta paciencia y humildad no surgen del esfuerzo que hacemos en nuestro hombre natural por soportar a los demás, sino que es el reflejo espontáneo de las virtudes que han sido trabajadas por el Señor desde nuestro espíritu y hacia nuestro corazón.

La benignidad es una virtud más de las innumerables que

caracterizan al Señor. Ser benigno es no hacer daño a otros, sino siempre tener un vivir que hace bien a los demás, y aun a nosotros mismos.

La perseverancia, es una virtud más que el Señor necesita trabajar en nosotros. La longanimidad expresada como la grandeza y la constancia de ánimo en los momentos en que padecemos adversidades. La templanza o el dominio propio, que consiste en someter siempre el alma al espíritu, y no pensar, decir o hacer cosas, basados en nuestros impulsos espontáneos, sino porque en todo aprendemos a tener comunión con el Señor y a conocer Su voluntad, para actuar de acuerdo con ella.

El gozo es otra virtud que el Señor desea sembrar y hacer crecer en nosotros al grado de que, sin importar nada de lo que nos ocurra, estemos siembre gozosos y agradecidos con el Señor, sabiendo que Él, como Padre amoroso, tiene cuidado de nosotros y que por difíciles que sean las circunstancias, siempre está cerca: "*como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo… Estad siempre gozosos*" (2 Corintios 6.10; 1 Tesalonicenses 5.16).

La paz es una virtud más que posee el Señor, y que desea que crezca en nuestro vivir de creyentes, por el trabajo que Él como el Espíritu hace desde nuestro espíritu humano. Si observas las cartas que el Espíritu escribió por medio del apóstol Pablo, en casi todas ellas incluye en el saludo, la frase: "*Gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*".

Esto implica que la gracia y la paz son propiedad exclusiva del Dios Tres-Uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y la gracia, además de ser un don inmerecido que Dios nos otorga, como la definen muchos teólogos, debemos tener un entendimiento más profundo acerca de ella, y saber que la gracia es Dios mismo con todas Sus riquezas: atributos, virtudes y logros, viniendo a nosotros en Cristo, por medio del Espíritu, para que nosotros como Sus hijos y herederos, disfrutemos diariamente de todas esas riquezas.

El disfrute de la gracia nos introduce en un oasis de paz, y nos hace vivir en paz, con Dios,

con los hombres y con nosotros mismos: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (Hebreos 4.16).

Son incontables las virtudes que posee el Señor y desea que nos apropiemos de ellas hasta que las expresemos. Pero esa expresión de los atributos y virtudes del Señor no puede ser producto del esfuerzo de nuestro hombre viejo, sino que debe producirse por la comunión que a diario tenemos en nuestro espíritu con nuestro amado Señor y en la medida que exista esa comunión, Sus atributos y virtudes se van haciendo nuestra persona. Siendo así su manifestación será espontánea, sin ningún esfuerzo humano, esfuerzo que siempre es desagradable al Señor.

En otras palabras, querido lector y hermano, no te esfuerces por ser amable, bondadoso, longánimo, manso, humilde, templado, gozoso, amoroso, ni en ninguna de las demás virtudes. No dependas de tu propio esfuerzo para amar, para manifestar la vida eterna que mora en ti, ni para ser justo, ni para alcanzar la santidad, porque siempre que confíes en ti mismo desagradarás al Señor, y tus esfuerzos serán vanos y se convertirán en un fracaso.

Simplemente acércate confiadamente al trono de la gracia. En ese trono fluye incesantemente la gracia con todas Sus riquezas, y en la medida que permites que fluyan desde tu espíritu hacia tu alma, tu persona va siendo constituida de todas las riquezas que Dios nos ha destinado y espontáneamente expresaremos todo lo que Dios es y Él será agradado y complacido, porque podrá tener un rico disfrute de toda Su labor con que ha trabajado en nosotrosdurante seis mil años: "*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto*" (Juan 15.1-2).

Nuestro Dios y Padre sigue laborando en nuestro corazón, en la medida que nosotros se lo permitamos, y así encontrará fruto permanente para Su disfrute.

Todas estas son las riquezas de la gloria, con las que Pablo ruega al Padre que nos fortalezca en nuestro hombre interior.

Pero aún hay más de esas riquezas, que son todos los hechos que están incluidos en la redención, que aunque ya hemos hablado de ellos en capítulos anteriores de este libro, lo repasaremos una vez más, de manera breve.

Desde antes de la fundación del mundo Dios ya tenía planeado cómo redimir al hombre que caería en las artimañas de satanás, quien intentaría arruinar el plan de Dios.

Fue así que cuando llegó el tiempo apropiado, Dios se gestó como hombre en la virgen María y nació como un hombre llamado Jesús. Aquí le propinó la primera derrota al diablo, porque Jesús es Dios mezclado con la humanidad, mezcla que Dios había planeado desde el principio.

El gran anhelo que Dios ha tenido en Su corazón es hacerse uno con el hombre y mediante esa mezcla maravillosa aplastar a Su enemigo y señorear sobre él. Por eso, cuando Dios creó al hombre lo hizo a Su imagen, conforme a Su semejanza, y agrega algo más: "*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*" (Génesis 1.26).

Ya hemos hablado con alguna amplitud, en los primeraos capítulos de este libro, acerca de la imagen y la semejanza de Dios con la que fue creado el hombre.

Recapitulemos diciendo que la imagen es la capacidad que Dios le dio al hombre para recibirlo y contenerlo, es decir es el espíritu humano; y, que la semejanza es la posibilidad y capacidad con que Dios dotó al hombre para expresarlo. Afirmemos que la imagen tiene que ver con el espíritu humano, donde Dios mora en los creyentes y que la semejanza tiene que ver con el alma humana, mediante la cual los creyentes expresamos los atributos, las virtudes y las riquezas de Dios.

Que Dios creara al hombre a Su imagen y Semejanza, no es un fin en sí, sino un medio con el que Dios pretende llegar a una meta: *y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*.

Señorear es gobernar, ejercer dominio y autoridad. Entonces,

Dios quiere que el hombre lo reciba y lo contenga y para eso le creó el espíritu humano; igualmente, Dios desea que el hombre lo exprese y lo manifieste y para ello lo creó con un alma; pero ese contenido y expresión tiene un objetivo: gobernar sobre las cosas de la creación: los peces del mar, las aves de los cielos, las bestias, los animales que se arrastran sobre la tierra y en la tierra.

¿En verdad Dios desea morar en el hombre solamente para gobernar las aves, los peces, las bestias, los reptiles y sobre la tierra? Recordemos que la Biblia en buena medida fue escrita con un lenguaje típico, con el cual, mediante una serie de tipos, sombras y figuras, quiere revelarnos verdades profundas. Los peces, las aves, las bestias y los reptiles nos revelan verdades maravillosas.

Para entenderlo, nos proponemos bajo la misericordia del Señor mirar algunos versículos del capítulo 1 de Génesis. El primer versículo dice que "*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*". Pero luego en el versículo 2 dice: "*Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*".

¿Sería que Dios creó una tierra llena de desorden y de tinieblas, y vacía? Indudablemente no fue así, porque la Biblia misma testifica acerca de la hermosura de la tierra cuando fue creada: "*¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?... Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios*" (Job 38.4-7).

Si la tierra hubiese sido creada desordenada y vacía, y llena de tinieblas, no habría manera de que todas las estrellas del alba y los hijos de Dios [los ángeles] alabaran y se regocijaran. Antes de que Dios creara la tierra, había creado a los ángeles y ellos fueron testigos de la hermosura de su creación y por eso alabaron y se regocijaron.

Entonces, sin duda alguna, entre Génesis 1.1 y 1.2 hubo un acontecimiento extraordinario, que produjo el juicio de Dios, el cual hizo que la tierra se desordenara, quedara vacía y se llenara de tinieblas; sin embargo, a pesar de esa situación tan horrible, el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas, porque

Dios tenía un plan y una intención que iba más allá de esas circunstancias: "*Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*" (Génesis 1.2).

El acontecimiento que ocurrió entre el primero y el segundo versículo de la Biblia, sin duda es la rebelión de satanás, quien, al verse acabado de hermosura y lleno de perfección, quiso subir hasta lo más alto, poner su trono al lado del trono de Dios y hacerse igual al Señor: "*Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad…Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo*" (Ezequiel 28.12-15; Isaías 14.13-14).

Cuando el Señor le ordenó a Ezequiel que hablara esta profecía le dijo que levantara endechas contra el rey de Tiro; pero sabemos que ese rey no era el sello de la perfección, porque era un hombre caído; tampoco estaba lleno de sabiduría ni acabado de hermosura.

El rey de Tiro tampoco estuvo en el Huerto de Edén, porque Adán, al igual que satanás, hacía miles de años que había sido arrojado de allí. Téngase en cuenta que el Huerto de Edén no es un lugar físico, sino que es el ámbito donde Dios y el hombre tienen comunión, y el ángel a que se refiere la profecía tenía acceso irrestricto a la presencia del Señor.

Dios había vestido a ese ángel de toda piedra preciosa y el día de su creación fue extraordinario, porque toda una orquesta tocó melodías celestiales y fue creado no como un hombre, sino como un ángel y un ángel especial, porque lo caracteriza como querubín grande, protector.

Dice la Biblia que el Señor lo puso en el monte de Dios, y el monte implica reino, luego el querubín grande protector estaba dentro del reino de Dios, y no tenía en él ninguna restricción, porque se paseaba en medio de las piedras de fuego.

Ese ángel era perfecto en todos sus caminos, pero un día la maldad surgió de él, se manifestó el orgullo y decidió hacerse igual a Dios, diciendo en su corazón que subiría al cielo, y pondría su trono en lo alto, junto a las estrellas de Dios y se sentaría en el monte del testimonio de Dios, a los lados del norte y sobre las nubes y sería semejante—igual— a Dios.

Este ángel sabía que para ser igual a Dios solo le faltaba dar un pequeño paso. La hermosura, la sabiduría y la perfección con que fue creado lo llenaron de orgullo y pretendió igualarse a Dios y por esa causa Dios lo juzgó y tomó determinaciones con respecto a él: "*tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo... ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra... A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser*" (Isaías 14.15, 12; Ezequiel 28.16-19).

La palabra habla mejor que cualquier comentario que podamos hacer, pero sí diremos que esta es una descripción muy clara de la creación y la rebelión del querubín grande protector, que también es llamado lucero hijo de la mañana, y que con esa rebelión la tierra fue juzgada y quedó vacía y llena de tinieblas.

Pero la rebelión aquí descrita no fue solo de un ángel, sino que con su cola arrastró a la tercera parte de los demás ángeles, según lo declara Apocalipsis 12.4: "*y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó*

sobre la tierra". Aquí las estrellas hacen referencia a los ángeles, según dice Apocalipsis 1.20: "*El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias*".

Los ángeles que se rebelaron junto con satanás son los ángeles caídos que están en los aires como principados, autoridades, gobernadores de tinieblas de este siglo y ejércitos de maldad, con los cuales satanás gobierna su sistema mundano, y contra quienes tenemos una lucha diaria y permanente: "*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*" (Efesios 6.12).

Pero no solo se rebelaron contra Dios el querubín grande protector que hoy conocemos como diablo y satanás y los ángeles caídos que están en los aires—regiones celestes—, sino que además en la tierra y en las aguas hay unos espíritus inmundos que la Biblia denomina demonios y que buscan ansiosamente meterse dentro de un cuerpo humano o animal para poseerlo.

Sobre el particular puede leerse el relato registrado en Mateo 8.28-34, Marcos 5.1-20 y Lucas 5.26-39, donde se habla de una legión de demonios que poseían a uno o dos hombres que vivían en sepulcros y que cuando los ataban con grillos o con cadenas los rompían y nadie podía dominarlos. Además, el endemoniado andaba desnudo.

Después de que Jesús bajó del monte, una vez le hubo hablado a Sus discípulos acerca de la constitución del reino de los cielos, los demonios que poseían a este hombre se postraron ante él diciéndole que no los enviara al abismo. Sin embargo, Jesús les insistió que deberían salir del hombre; entonces le rogaron que los dejara ir a un hato de cerdos que pacía cerca de allí.

El Señor se lo permitió, los demonios fueron a los cerdos, éstos se precipitaron al mar y se ahogaron. De esta manera los demonios fueron a su hábitat natural que es el agua: los grandes lagos y los mares.

Estos espíritus inmundos no están solo en el mar, sino que también andan por la tierra.

En algunos países hay muchos mitos acerca de fantasmas, de apariciones de seres extraños que producen mucho terror entre las gentes. Por ejemplo, en Colombia se habla del mohán y la mohana, la madre monte, la patasola, la llorona entre otros. Muchas gentes, especialmente campesinos, testifican haber sido víctimas de sus terroríficas apariciones y tienen mucho miedo de ellas. Sin duda alguna, estos son demonios.

Igualmente, la aparición de vírgenes, que es aceptada, patrocinada y apoyada por el catolicismo romano, no es más que un engaño que satanás propicia mediante esos demonios, que engañan a la gente haciéndoles creer que esas apariciones tienen que ver con el Señor, pero es una gran falacia de la religión para engañar a sus seguidores, y mantenerlos esclavos de satanás.

¿Cuál es el origen de los demonios? En Job 40 y 41, la Biblia nos relata acerca de dos grandes bestias, una de las cuales es terrestre y la otra acuática. La Biblia las llama Behemot y Leviatán respectivamente y habla de su fuerza, de su poder, de su orgullo y de su soberbia. Se refieren a seres que están en la tierra y en las aguas, y parece ser que representan a los demonios.

Un hermano inglés llamado George Hawkins Pember, que vivió a finales del siglo XIX y comienzos del XX escribió un libro titulado "*Las Primeras Eras de la Tierra*" [Earth's Earliest Ages], en el que, basado en estudios arqueológicos y geológicos ciertos, dedujo que entre Génesis 1.1, donde se dio la creación original del cielo y de la tierra y Génesis 1.2, que habla del gran juicio sobre la tierra, hubo un periodo de tiempo muy largo, tal vez de miles o de millones de años, y a esta era podemos llamarla la creación antes de Adán.

En esa primera creación había ángeles y además seres que tenían cuerpo y espíritu y que moraban sobre la tierra. Estos seres dicótomos—de dos partes, espíritu y cuerpo—, junto con satanás y los ángeles caídos se rebelaron contra Dios y en el juicio de Dios sobre la tierra y contra satanás, los ángeles y los seres dicótomos, el Señor les quitó a estos últimos su cuerpo y quedaron atrapados en el agua, pues debajo de ellas está

el abismo, adonde los demonios del relato pedían al Señor que no los enviase.

Como no tienen cuerpo, buscan desesperadamente tener uno y tratan de poseer a seres humanos, lo que logran muchas veces, como en el relato del (los) endemoniado(s) gadareno(s).

Otra prueba más de la existencia, por un lado, de los ángeles caídos y por otro de los demonios, la encontramos en Mateo 8.23-27; Marcos 5.1-20 y Lucas 8.26-39, donde se relata que un día Jesús entró con Sus discípulos en una barca, con el fin de alcanzar la otra orilla del mar, y mientras navegaban se desató una tempestad que casi hundía la barca en que viajaban. Mientras tanto Jesús dormía. Los discípulos afanados, le despertaron pidiéndole que hiciese algo para que no perecieran. El Señor reprendió el viento y las olas y hubo grande bonanza.

Si disponemos de un poquito de sabiduría espiritual, sabremos que el viento y el agua son sustancias inanimadas que no tienen vida y por tanto, reprenderlas sería inútil. ¿Qué había en aquellos vientos? Ángeles caídos. ¿Y qué había en las olas? Demonios. Querían atacar a Jesús porque presentían que, al llegar al otro lado del mar, echaría fuera a unos demonios. Ellos procuraron evitarlo, pero no tuvieron éxito.

Esto nos lleva a concluir que el reino de satanás está constituido por satanás mismo, por ángeles caídos que están en los aires y por demonios que están sobre la tierra y en las aguas; además por los hombres que siguen a satanás. Este es el reino de las tinieblas.

A esto se refiere el Señor cuando creó al hombre a Su imagen, conforme a Su semejanza para que señoreara en las aves de los cielos—ángeles caídos—, en los peces del mar y sobre las bestias de la tierra—demonios— y sobre todo lo que se arrastra sobre la tierra—reptiles que representan a satanás: la serpiente antigua o dragón—.

Tenemos más pruebas bíblicas sobre el particular, en el relato de la recreación en Génesis 1 a partir del versículo 3, hasta el final del capítulo.

En el primer día separó Dios la luz de las tinieblas, a la luz lla-

mó día y a las tinieblas llamó noche y consideró Dios que la luz era buena, pero no consideró así a la noche, porque en ella hay mucha actividad del reino de las tinieblas.

En el segundo día separó las aguas de las aguas, por medio de la expansión—atmósfera— y no dice Dios que allí hubiese nada bueno, porque los aires quedaron plagados de ángeles caídos que gobiernan el mundo y sus habitantes: "*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en los aires*" *(Efesios 6.12).*

En el tercer día descubrió la tierra seca, es decir, separó la tierra de las aguas y en ella plantó la vida. Es muy significativo que la tierra seca haya sido descubierta en el tercer día, que es el día en que el Señor Jesús resucitó y al resucitar nos hizo partícipes de Su vida divina. Cuando hubo tierra seca, hubo la posibilidad de plantar la vida; igualmente, cuando Jesús resucitó, alcanzamos la posibilidad de tener la vida eterna.

El deseo y la intención de Dios al crear al hombre a Su imagen y semejanza es el de morar en él y juntos dominar, señorear sobre las criaturas que se rebelaron contra Él.

Cuando Jesús nació de María, Dios logró recobrar uno de los aspectos de Su propósito eterno, que es el de mezclarse con el hombre para vivir Su vida divina en un hombre: Jesús, quien es Dios viviendo Su vida divina en un hombre, experimentando todo lo que contiene la vida humana, sus sufrimientos, sus fracasos, sus goces y sus éxitos.

Jesús es un hombre, que vivió en esta tierra para agradar totalmente a Dios, porque Dios mora en Él. Todo lo que Jesús pensó, habló e hizo durante su vida en carne en la tierra, no lo hizo Él solo, sino que lo hizo por el Padre y con el Padre: "*¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace Sus obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras*" (Juan 14.10-11).

Este es el comienzo de la obra de redención de Dios para nosotros y es una demostración

de que nosotros podemos vivir nuestra vida humana en Dios siendo uno con Él, agradándolo en todo y satisfaciéndolo. Este vivir humano es parte de las riquezas de Su gloria que Él ha depositado en nuestro espíritu.

Su muerte en la cruz es otra de las riquezas que Él ha legado en nuestro espíritu. Diariamente necesitamos aplicar esa muerte a nuestro vivir.

En nuestra alma hay aún muchas cosas que pertenecen a la vieja creación, que nos impiden vivir una vida de plena libertad en el Señor y a ellas necesitamos aplicarles la cruz de Cristo para que mueran y nosotros tengamos total libertad para agradar al Señor: "*y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres*" (Juan 8.32, 36)

En el viejo hombre, la vieja personalidad, hay múltiples factores que nos impiden una comunión plena con el Señor, tales como nuestro carácter, nuestros temores, nuestra manera de ser.

Todo aquello que es natural en nuestra vida necesita pasar por la cruz, para que, en la medida que van siendo absorbidas por la vida divina que está en nuestro espíritu, el carácter y la persona del Señor van siendo formados en nosotros y de esa manera vivimos en el nuevo hombre que es creado según Dios, que es santo, que es justo y que es real, y en él satanás no puede penetrar.

Al tercer día después de haber muerto, el Señor resucitó, venciendo de esta manera un poder muy alto que había en el universo: la muerte. Pero no solo Él venció la muerte, sino que nosotros la vencimos con Él "*y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Efesios 2.6) y hoy ya no tenemos temor de ella, sino que por el contrario, estamos sentados con Cristo en lugares celestiales: "*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre*" (Hebreos 2.14-15).

Agradecemos al Señor porque debido a Su resurrección, la muerte es algo que hace parte de nuestro pasado; hoy estamos completamente libres de ella y

podemos vivir constantemente una vida de resurrección. La resurrección del Señor también hace parte de las riquezas en gloria que el Señor ha legado en nuestro espíritu humano y en él disfrutamos diariamente.

Pasados cuarenta días después de haber resucitado, el Señor ascendió al cielo para ser entronizado y retomar la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuese. Pero ahora esa glorificación está en nosotros, y hoy, en nuestro espíritu, podemos disfrutar de Su ascensión, Su entronización y Su glorificación.

Una vez que el Señor ascendió, fue entronizado y entró en la gloria eterna; luego descendió como el Espíritu de poder sobre Sus discípulos y comenzó Su obra de edificación de la iglesia, obra que hoy la está llevando a cabo, hasta consumarla.

Deseamos recabar que la gloria de Dios es el ámbito donde Dios mora, vive y actúa; y es un ambiente que no puede ser penetrado por el hombre viejo, ni satanás, ni los ángeles caídos ni los demonios.

En ese ámbito glorioso están solo el Padre, el Hijo y el Espíritu, cuatro seres vivientes, veinticuatro ancianos, millones de millones de ángeles y aquellos hijos de Dios que están habituados a vivir en el espíritu. ¡Qué maravilla! Disfrútalo en Apocalipsis 4 y 5.

Todas estas son las riquezas de gloria con las que pedimos al Padre que fortalezca nuestro hombre interior por Su Espíritu.

Capítulo 11
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (6)

De esta manera llegamos al cuarto punto de la oración que el Espíritu Santo nos legó a través de nuestro hermano Pablo.

4. Fortalecidos en el hombre interior

Esta es la mayor necesidad que tenemos los creyentes de todas las épocas: tener un hombre interior suficientemente fuerte, para que seamos gobernados por él.

¿Qué es el hombre interior? El hombre interior hace referencia especialmente a nuestro espíritu humano. Por él debemos rogar diariamente al Padre para que lo fortalezca, porque cuando tenemos un espíritu fuerte, el alma no tiene otro camino que someterse a él y como en él vive Dios como el Espíritu con todas Sus riquezas, somos gobernados por el Señor.

Recordemos que en el Espíritu Santo están todas las riquezas de Dios: Sus atributos que son la justicia, la vida eterna y divina, el amor, la luz y la santidad, soberanía, misericordia, fidelidad, entre otras, con todas Sus virtudes de paz, gozo, paciencia, benignidad, bondad, humildad, mansedumbre, dominio propio, etc., además de sus logros de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión,

entronización, glorificación y bautismo en el Espíritu Santo. Con esas riquezas es que el Padre fortalece nuestro espíritu.

Esto desagrada profundamente al diablo, pues él desea que nuestro espíritu humano sea débil y nuestra alma fuerte. De ser así, no tenemos esperanzas de ser gobernados por el Espíritu, sino que el enemigo lo hará a través de nuestra alma. Siempre que nuestro espíritu es débil, nuestra alma es fuerte y ahí satanás tiene oportunidad de gobernarnos y de engañarnos.

Esto le ocurrió a Eva en el Huerto de Edén: su alma se fortaleció y satanás aprovechó la ocasión para engañarla e inducirla a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal y con ello a perder la presencia y la comunión con Dios. Satanás trabaja intensamente en este punto, para que no busquemos en el trono de Dios ser suplidos con Su gracia y tener el espíritu fortalecido, para que nuestra alma se someta a él y seamos gobernados, guiados y dirigidos por el Señor.

Si quieres negar la vida de tu alma, busca cada día en el Señor que tu hombre interior sea fortalecido y eso resultará en que tu espíritu gobierne tu alma y así serás totalmente gobernado por el Señor

Este es el ingrediente más sutil y poderoso que satanás ha introducido en la iglesia para degradarla, y con él ha logrado humillarla, corromperla y convertirla en el cristianismo corrupto que hoy domina el mundo. Discernir la línea que separa el alma del espíritu, saber si estamos sirviendo a Dios en el alma o en el espíritu, es muy difícil. Se requiere mucha misericordia del Señor y revelación en nuestro espíritu para tener la seguridad de que aquello que decimos, pensamos y hacemos proviene del Señor y no simplemente de nuestro hombre viejo que está mezclado con satanás. Pero tenemos la certeza de que Dios le da esta gracia a quienes la buscan.

5. Habite Cristo en nuestros corazones

En la medida que nuestro

espíritu se va haciendo fuerte, Cristo puede tomar posesión de nuestro corazón y habitar en Él. Habitar aquí es sinónimo de morar y morar quiere decir vivir con todas las comodidades que tenemos en nuestra casa, nuestro hogar.

Una vez que el Señor ha tomado posesión de nuestro espíritu, lo que ocurrió en la regeneración, Él desea habitar con comodidad en nuestro corazón.

¿Qué es el corazón? La Biblia afirma que los seres humanos tenemos tres partes: espíritu y alma y cuerpo. ¿Dónde entonces está el corazón?

El corazón del que habla la Biblia no se refiere al órgano que bombea sangre a todo el cuerpo, durante el tiempo que vivimos aquí en la tierra. La Biblia habla del corazón que está conformado por las tres partes del alma—mente, voluntad y emoción— y las tres partes del espíritu humano, la conciencia, la comunión y la intuición.

El corazón, entonces, está conformado por mente, voluntad, emoción, conciencia, intuición y comunión, y en todas esas partes desea el Señor hacer Su morada. Esto es posible solamente después de que nuestro espíritu es fortalecido.

No olvidemos que, en la caída de Adán, satanás tomó posesión del alma humana y la corrompió y a lo largo de los siglos la ha venido corrompiendo más. En la segunda década del siglo XXI es tanta la corrupción del hombre, que es admirable la paciencia que tiene el Señor para no destruir a la humanidad; pero en la medida que el Señor gane y levante las primicias, vendrá la hora de prueba, la hora de juicio que el Señor ha de enviar sobre el mundo entero para probar a quienes moran sobre la tierra: "*Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra*" (Apocalipsis 3.10).

Después de que el Señor nos rescató para Él y en la medida que nosotros le suplicamos que fortalezca nuestro espíritu, Cristo va tomando posesión de nuestro corazón y poco a poco va estableciendo Su morada en él, hasta estar plenamente satisfecho.

Ya no es un hecho esa palabra que el Señor le dijo al hombre que se ofreció para seguirlo a donde quiera que fuera, mientras estaba en carne en la tierra: "*Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza*" (Lucas 9.58-59), sino que ahora Jesús tiene en nosotros una morada que lo complace y lo deleita.

Esperamos, querido lector, que tú seas uno más de los que buscas diariamente en el Padre, conforme a Sus riquezas en gloria, ser fortalecido en tu hombre interior por Su Espíritu, para que Cristo, que es Dios, pueda morar en tu corazón con toda comodidad y satisfacción.

El Señor desea tomar plena posesión de nuestra mente, de nuestros pensamientos, de nuestros planes y de nuestros recuerdos. Igualmente anhela que nuestra voluntad sea totalmente sumisa a Él, para que nosotros hagamos Su voluntad y nada más que Su voluntad, para que en todo lo que emprendamos, Él pueda impartir Su aprobación y de ello pueda obtener frutos para disfrutar, que escojamos solamente lo que a Él le agrada y desechemos lo que le ofende y lo desagrada.

De la misma manera, el Señor demanda ganar nuestras emociones para que coincidamos con Él en lo que amamos y en lo que aborrecemos. Dicho en términos más apropiados, el Señor desea que nos conformemos a Sus afectos y a Sus rechazos: que amemos lo que Él ama y aborrezcamos todo aquello que le produce repulsa.

Igualmente, el Señor Jesús está deseando que nuestra conciencia no sea manchada por ningún pecado, para que esté siempre sin estorbos, sin contratiempos y seamos rápidos en conocer Su voluntad. En esto consiste que Cristo haga Su morada en nuestros corazones y lo logramos pidiendo al Padre que fortalezca nuestro hombre interior por Su Espíritu, y disfrutando siempre sus insondables riquezas que están en nuestro espíritu.

También anhela el Señor que tengamos a diario comunión con

Él acercándonos confiadamente a Su trono de gracia. Muchas veces está solo en nuestro aposento interior esperando que tú y yo entremos para tener mutuo deleite, disfrute y alimentación adecuada para crecer y llegar a la madurez.

Además, el Señor desea que ejercitemos la intuición de nuestro espíritu, donde nos revela Sus misterios, Sus secretos, Su persona, Sus deseos y Su plan, para que podamos ser partícipes de todas Sus riquezas y crezcamos en Él hasta la madurez.

El Señor anhela ganar todo tu corazón, llenándote de Sus pensamientos, tomando tu voluntad, saturando tus sentimientos con los Suyos: quiere que vivas en una ininterrupida comunión con Él, desea revelarte diariamente Su persona, Su palabra y Su obra, y que mantengas una conciencia libre de toda acusación ante Él y ante los hombres

6. Seamos arraigados

La sexta gran necesidad que tenemos los creyentes es ser arraigados. ¿Y qué es ser arraigados? Al escuchar la palabra arraigados tenemos la sensación de echar raíces, de tener raíces profundas en el Señor.

En la medida que vamos siendo fortalecidos en nuestro hombre interior—nuestro espíritu humano—, vamos profundizando nuestras raíces en el Señor.

Así como la raíz de una planta, además de darle sustento, tiene la función de absorber los nutrientes de la tierra para nutrirla y hacerla crecer hasta llegar a la madurez y producir fruto para alimentar a hombres y animales, a la vez que para reproducirse, hablando espiritualmente, en la medida que tenemos comunión con el Señor, vamos profundizándonos en Él, absorbemos Sus riquezas que nos nutren, nos dan crecimiento y nos llevan a la madurez, en la que producimos fruto para la satisfacción del Señor y para nutrir a otros hermanos.

Hay árboles que, sin importar el lugar donde crecen, así sea en los yermos desiertos, como les ocurre a las palmeras, tienen raíces tan profundas, que pueden llegar a medir decenas de metros de profundidad. Debido a que el desierto tiene unas

condiciones ambientales que son muy difíciles para que exista vida, las palmeras profundizan sus raíces hasta donde encuentran tierra con nutrientes y fuentes de agua, que las alimenta y las nutre para sobrevivir en las adversas condiciones desérticas.

En el campo espiritual, en la medida que suplicamos al Señor que fortalezca nuestro hombre interior, nuestras raíces en Él se van profundizando y van abundando a tal grado que ninguna circunstancia interior ni exterior puede conmovernos. Nuestra intimidad con el Señor alcanza tal punto que en cada situación aprendemos a conocer Su voluntad y a obedecerla, y llega el momento en que lo complacemos en todo nuestro vivir y Él tiene un vivir de deleite y de satisfacción con nosotros.

7. Seamos cimentados

Un creyente que anda en comunión con el Señor es fortalecido en su hombre interior por el Espíritu del Señor y conforme a las riquezas de Su gloria, además de echar raíces profundas para ser nutrido con las riquezas de Dios, crecer y producir fruto, tiene cimientos inconmovibles en su vida de creyente.

La palabra cimentado nos recuerda los cimientos de una casa o de un edificio. El cimiento hace que la casa o el edificio sean firmes, que, aunque el terreno sufra modificaciones, en caso de terremotos, ciclones, tifones, avalanchas u otros fenómenos naturales, el edificio se mantiene inconmovible.

En el campo espiritual necesitamos echar raíces y tener cimientos firmes para que nada nos conmueva, ni las circunstancias, ni los sufrimientos, ni la persecución, nos muevan de nuestro amor y esperanza que permanecen firmes en el Señor.

Cuando leemos la palabra cimiento, inmediatamente el Espíritu nos lleva al hermoso pasaje registrado en Mateo 7.24-25: "*Todo aquel, pues, que oye estas palabras Mías y las pone por obra, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca*".

Observemos cuidadosamente que para edificar la casa sobre la roca es necesario primero oír las palabras del Señor, porque: "*el espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*" (Juan 6.63).

En el cristianismo hay mucha palabra, pero no es del Señor, sino de los líderes que inventan cualquier cantidad de historietas y fábulas para engañar a sus seguidores y mantenerlos cautivos a sus caprichos con el fin de obtener lucro.

La mayoría de los líderes cristianos contemporáneos medran—se enriquecen— falsificando la palabra de Dios: "*Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que, con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo*" (2 Corintios 2.17).

Para oír de manera completa la palabra de Dios, necesitamos tres elementos, en los que no debe faltar ninguno: ***revelación, visión y experiencia práctica de la palabra***. Si falta uno solo de estos, la palabra se convierte en doctrina muerta que nada aprovecha al creyente.

Reiteramos que la revelación se da en el espíritu humano del creyente y ésta viene porque el Señor tiene misericordia de la persona a quien le revela Su palabra: "Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo 11.26).

La visión es consecuencia de la revelación y se da en el entendimiento que hace parte a la vez del alma y del corazón.

Una visión genuina debe tener como fuente única la revelación que ha sido dada en el espíritu humano, porque si una visión viene solamente del alma, no proviene de Dios y su origen es satanás, tal como le ocurrió a Eva en Génesis 3: una vez que satanás la convenció de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, sus ojos fueron abiertos y ella tuvo una visión: Eva vio que el árbol era agradable a los ojos y bueno para comer y despertó en ella la codicia de alcanzar sabiduría, pero una sabiduría que

viene del alma y se origina en satanás. Esta es una sabiduría terrenal y diabólica.

Lamentablemente de estas visiones está lleno el cristianismo de hoy, no de la visión que proviene del espíritu, donde Dios-Espíritu ha revelado Su palabra, sino del alma humana, donde satanás actúa en aquellos que no tienen un espíritu fortalecido, y actúa por medio de los sentidos del cuerpo.

Aún hace falta un tercer elemento: si tenemos revelación y somos alumbrados en los ojos de nuestro corazón—visión—, pero no tenemos una experiencia viva y real de la palabra que Dios nos ha revelado y nos ha mostrado, toda ella se convierte en doctrina sin sentido y sin contenido. Cuando ocurre así, el creyente no crece, no es transformado ni conformado a la imagen del Hijo, sino que su ser permanece en un ***estatus quo***, sin crecer, sin madurar, sin producir frutos y sin deleitar al Señor.

Por todo esto el Señor afirma: "*Cualquiera, pues, que oye estas palabras mías, y las hace*". Dos asuntos bien importantes hay en este pasaje: oír las palabras del Señor y hacerlas. Si las oímos solamente, pero no las hacemos, nos convertimos en oidores olvidadizos: "*Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos*" (Santiago 1.22).

En consecuencia hay dos grandes peligros y trampas que satanás pone en nuestro camino, trampas a las que debemos estar atentos para no caer: la primera es oír palabras que no provienen del Señor y que los líderes cristianos quieren hacer creer a sus seguidores que es la palabra de Dios, porque aparentemente tienen como fuente a la Biblia, pero no son producto de la revelación y visión que se originan en el Espíritu; y el otro peligro es oír las palabras del Señor y no hacerlas, no ponerlas en práctica, no tener experiencias vivas y permanentes de ellas, convirtiéndolas en doctrina muerta que no es provechosa.

Por eso el Señor, a quien oye Sus palabras y las hace, lo compara con un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca:

"Cualquiera, pues, que me oye estas palabras mías, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca".

¿Qué es edificar sobre la roca? Para entenderlo, primero debemos tener claridad acerca de quién o qué es la roca. Si preguntamos a un cristiano qué es la roca, casi inmediatamente responde que es Cristo, y es verdad. No obstante, esa respuesta es bien superficial y a fuerza de repetirla se convierte en una frase manida y sin sentido, como tantas otras que se usan en el medio evangélico.

Si miramos los acontecimientos narrados en Mateo 16.13-20 comprenderemos apropiadamente quién es la roca. En este pasaje se narra que Jesús llevó a Sus discípulos a Cesarea de Filipo, un lugar ubicado al norte de Jerusalén a una distancia cercana a los 200 km. El Señor tenía razones muy poderosas para llevar a los discípulos a ese lugar, donde Pedro obtuvo una revelación estupenda. Jerusalén estaba completamente contaminada por la religión judía y no era posible revelar algo del Señor en esa ciudad, porque cualquier revelación que hubiera del Señor, no sería aceptada ni recibida.

Cuando las gentes, aun los hijos de Dios están llenos de religión—reglas, normas y doctrinas—, el Señor no tiene cabida y no se revela en ellos.

Por eso llevó a los discípulos a un lugar bastante lejano de la ciudad religiosa, donde se respiraba un aire más puro y menos contaminado.

Estando allí les hizo una pregunta: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" (Mateo 16.13). Por la respuesta de los discípulos se ve claramente que los hombres no tenían ninguna revelación acerca del Señor Jesús: *"Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas" (v. 14).* Decir que Jesús es Juan el Bautista o Jeremías, sería aceptar la doctrina de la reencarnación, porque estos dos profetas ya habían muerto. Aunque Elías no ha muerto, definitivamente Jesús no es Elías, porque es mucho más que él. Elías es solamente un profeta, mientras que Jesús es Dios mismo, es Dios hecho hombre, Jesús es más que un profeta.

Inmediatamente el Señor les lanza otra pregunta: *"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"* (v. 15). Es

aquí donde el Señor le da Su gracia y misericordia a uno de los discípulos, a Pedro: "*Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*" (v. 16).

El Señor entonces afirma que esas palabras de Pedro no eran producto de su imaginación, sino la revelación que le había dado el Padre que está en el cielo; en otras palabras, esa revelación vino del cielo, del trono de Dios: "*Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos*" (v. 17).

¡Qué bienaventurado fue Pedro en esta ocasión, porque el Padre le reveló que Jesús es Dios mismo, es el Hijo del Dios viviente, y Dios mismo le confirma que esa revelación vino desde el Padre que está en los cielos!

Una vez que el Señor confirma la revelación, Él también, como el Dios—Hijo, añade más revelación a Pedro: "*Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*" (v. 18). La revelación que el Señor Jesús le da a Pedro tiene tres partes: la primera, el nombre de Simón es cambiado por el de Pedro. Simón quiere decir caña, una planta un tanto endeble y frágil que es sacudida fácilmente por cualquier viento; mientras que Pedro—del griego ***petros***— quiere decir piedra o roca pequeña y es un material mineral, resistente y útil para la edificación.

La segunda parte de la revelación afirma que sobre esta roca—del griego ***petra***—, edificará Su iglesia. No es sobre ***petros*** que el Señor edifica la iglesia, como torcidamente lo anuncia el catolicismo romano, sino sobre ***petra***, que es la roca, y esa roca es Cristo mismo.

La tercera revelación dice que las puertas del Hades no podrán prevalecer contra la iglesia.

Afirmar solamente que ***petra*** es Cristo, es muy superficial. Debemos tomar la revelación completa y entender que ***petra***, es la persona de Cristo y la revelación que tenemos sobre esa persona, y no solo sobre la persona, sino también sobre Su obra. Esta sí es la roca sobre la cual el Señor, y no los hombres, edifica Su igle-

sia.

Es a esta revelación que se refiere el Señor Jesús cuando en Mateo 7.24 afirma: "l*e compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca*", sobre la revelación, visión y práctica que el hombre prudente tiene acerca de la persona y la obra del Señor Jesucristo.

Por eso es indispensable que, como hijos de Dios, busquemos fervientemente tener revelación y visión acerca de la persona y la obra de nuestro Señor Jesús y que esa revelación y visión se conviertan en nuestro diario vivir. Siendo así, cuando vengan las lluvias, los vientos y los ríos, y den con ímpetu contra la edificación que el Señor ha hecho en nosotros, no caeremos, sino que permaneceremos inconmovibles: "*Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon con ímpetu contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca*" (Mateo 7.25).

No se puede edificar sobre doctrinas, sobre liderazgos, sobre organizaciones humanas, pues todo esto es arena, sino que se debe edificar sobre la persona y la obra del Señor Jesús.

Satanás tiene mucho interés en las edificaciones realizadas por los grupos cristianos y sus líderes y las apoya intensamente, para que esas edificaciones se constituyan cada día en un baluarte de oposición a la obra del Señor.

Esa clase de edificaciones son aquellas que en el pasaje el Señor llama el hombre insensato que edifica su casa sobre la arena: "*Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina*" (Mateo 7.26-27).

Tú, amado lector, debes tomar la decisión: ***o continúas siguiendo a tu líder, a tu organización y sus doctrinas*** o haces un alto en el camino, te acercas al trono de la gracia y le suplicas al Señor que te dé espíritu de sabiduría y revelación para que puedas conocer Su obra y Su persona, que te dé luz en tu entendimiento para que puedas

ver claramente lo que el Señor desea y de esa manera puedas hacer Su voluntad. No hay una tercera alternativa.

Esta es una consecuencia más de ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu del Señor: seremos cimentados en amor, y de ese amor nadie podrá removernos: ni las lluvias que hacen referencia a las pruebas que vienen del cielo, que se manifiestan en la disciplina, en la amonestación y en el castigo que el Señor confiere a quienes ama.

Tampoco seremos removidos por los ríos que dan con ímpetu contra nosotros y los cuales se refieren a los ataques que satanás nos infringe por medio de sus ejércitos de demonios y de hombres, que luchan denodadamente para hacernos tropezar y caer.

Ni siquiera podrán removernos los ángeles caídos representados en ese pasaje por los vientos, que soplan incesantemente sobre nosotros tratando de doblegarnos, con el fin de que caigamos y fracasemos en la obra que el Señor está llevando a cabo por medio de nosotros.

8. Comprender y conocer el amor de Cristo

Continuando con la oración que el Espíritu Santo nos ha legado a través del apóstol Pablo, llegamos al octavo punto de las cosas que Dios quiere que obtengamos por medio del fortalecimiento de nuestro hombre interior—espíritu humano—, la cual es que, junto con los hermanos, podamos comprender y conocer las dimensiones y el tamaño del amor de Cristo: "*seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento*" (Efesios 3.18-19).

El amor de Cristo comprende y excede todas las dimensiones que hay en el universo: Su amor es más ancho que la anchura, más largo que la longitud, más profundo que la profundidad y más alto que la altura, y aunque excede a todo conocimiento, el Señor nos ha dado un don especial para que nosotros, quienes lo buscamos sinceramente, seamos capaces de conocerlo y de

comprenderlo. ¡Qué maravilloso y misericordioso es el Señor para con nosotros!

Cuando disfrutamos al Señor junto con otros hermanos, cuando tenemos reuniones que son encabezadas por el Espíritu Santo, porque debemos entender que una reunión espiritual no es nada distinto al encuentro de los espíritus de los hijos de Dios con el Espíritu Santo, en la que Él es la cabeza, el centro y la reunión misma, cuando nos reunimos de esa manera, cada uno de los reunidos expresa y manifiesta una parte de la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo, y juntos con el Espíritu formamos un banquete, donde tanto nosotros como Dios somos saciados, consolados y satisfechos[1].

Por un lado, debemos aprender a tener comunión con Dios de manera personal, de acuerdo con la voluntad del Señor: "***Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará***" (Mateo 6.6).

Observa que el pronombre personal de segunda persona está en singular, lo cual quiere decir que yo no puedo entrar en mi aposento por otra persona, ni otro hermano puede hacerlo por mí y nadie puede entrar conmigo, sino que cada uno debe entrar personalmente en su aposento, que es el espíritu humano, para tener comunión personalmente con el Señor.

Tampoco quiere decir esto que no podemos orar en grupos grandes o pequeños, sino que en una reunión de oración, cada participante debe estar en su espíritu—aposento—, y allí ser guiado por el Espíritu para orar y para realizar todas las actividades que Dios el Espíritu determine. Cuando nos reunimos de esa manera podremos comprender entre todos, cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo y disfrutar Su amor inmensurable.

Haciendo así llegamos al noveno punto de la oración que venimos considerando en Efesios 3.14-21.

1. Sobre las reuniones de la iglesia genuina puedes encontrar una vasta revelación en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor.

9. Seamos llenos de toda la plenitud de Dios

Ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu del Señor y conforme a Sus riquezas en gloria nos da la oportunidad de que todo nuestro ser—espíritu y alma y cuerpo— sea totalmente saturado de la vida, la naturaleza y la obra de nuestro amado Señor.

Este es uno de los más elevados propósitos que Dios tiene con el hombre: llenarnos de Él hasta la plenitud.

¿Qué significa el término plenitud? Un sencillo ejemplo nos ayudará a entender su significado. Si tomamos un vaso y vamos vertiendo lentamente agua en él, el agua va subiendo su nivel hasta que llega al borde del vaso; si seguimos vertiendo agua, ésta se desbordará y se derramará; el vaso ha sido lleno de agua hasta la plenitud, ya no cabe más agua en el vaso.

De la misma manera, Dios desea llenarnos de lo que Él es, es decir, de Sus atributos, que son entre muchos más justicia, vida, santidad, amor, soberanía, misericordia, fidelidad y luz; igualmente desea llenarnos de todo lo que Él tiene que son un sin número de virtudes tales como mansedumbre, dominio propio, humildad, paz, paciencia, longanimidad, bondad, gozo, fe… y de todo lo que Él logró mediante Su obra de redención.

El propósito de nuestro Señor es llenarnos de todas estas riquezas hasta que estemos plenos, hasta que ya no quepa más Dios en nuestro ser, hasta que seamos totalmente saturados de Él y lo expresemos en nuestra vida, es decir, en nuestros pensamientos, en nuestras palabras, en nuestros deseos y nuestros actos.

El Señor desea ser en nosotros el primero y el último, el alfa y la omega, el principio y el fin.

La meta a la que hemos de llegar consiste en que Él sea el todo en nosotros, que vivamos teniéndolo a Él siempre como el primer amor, que no haya en nosotros ninguna manifestación ni expresión que no sea Él mismo y a esta meta llegaremos todos los hijos de Dios, bien sea en esta era de la gracia, bien durante la

Gran Tribulación o bien durante el reino milenario[2], dependiendo de la elección que cada creyente haga frente al llamado que el Señor está haciendo a Sus hijos.

10. Es el Señor quien lo hace

Cuando llegamos al versículo 20, logramos entender que nuestros esfuerzos por hacer cualquier cosa para el Señor son vanos e inútiles: "*Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros*" (Efesios 3.20).

Nosotros nunca podremos pedir ni entender suficientemente lo que el Señor hace en este aspecto, porque siempre Su obra será más abundante de lo que pedimos o entendemos. Pero el Señor sí necesita nuestra petición y nuestra disposición para que Él fortalezca cada día y cada momento del día nuestro hombre interior. Esta es la mayor necesidad del creyente.

No olvidemos el punto de partida para esta reflexión. Recordemos que en estos capítulos estamos tratando acerca de los ingredientes que satanás ha introducido en la iglesia para degradarla y uno de ellos es el uso del viejo hombre que no es nada distinto a la unión de su naturaleza pecaminosa con la naturaleza humana y que para expresar al viejo hombre satanás usa el alma y por eso procura que el alma de los creyentes sea fuerte, mientras que lucha para que todos los hijos de Dios tengamos un espíritu débil.

Cuando el espíritu humano se fortalece con todas las riquezas de gloria del Señor Jesucristo, entonces somos gobernados por él y al ser gobernados por el espíritu humano, en realidad estamos siendo gobernados por Dios, porque Él mora en el espíritu de los creyentes.

Si por el contrario, tenemos un espíritu débil, porque no pedimos al Señor que lo fortalezca, nuestra alma se fortalece, y mediante ella nos gobierna satanás. Esta es la razón de la declaración del Espíritu en Gálatas 5.17: "*Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis*".

2. Si desea mayor revelación sobre el tema, te recomendamos leer el libro ***Los Vencedores: Las Primicia, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

Aquí tenemos una disyuntiva: o vivimos en el alma y agradamos a satanás o vivimos en y por el espíritu y agradamos a nuestro Señor: "*Digo, pues: Andad en el Espíritu, y de ninguna manera satisfaréis los deseos de la carne… Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu*" (Gálatas 5.16, 25); no hay una tercera opción.

Si abrimos nuestro ser al Señor, con Su poder fortalecerá nuestro hombre interior y satanás no tendrá ninguna oportunidad de gobernarnos ni de tocarnos, y eso espera el Señor de nosotros.

11. Nuestro hombre interior fortalecido, glorifica al Señor

El Espíritu concluye esta porción de la palabra con una oración preciosa: "*a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*" (Efesios 3.21).

Este versículo nos muestra una faceta bien importante de la iglesia. Infortunadamente satanás ha sembrado en el corazón de los hermanos, la idea de que la iglesia es un grupo con un líder, con un lugar donde se reúnen, con una cantidad de doctrinas y prácticas determinadas y la casi totalidad de los santos, de los hijos genuinos de Dios, limitan la iglesia a este concepto, que es bien pobre, alejado de la revelación y sin fundamento alguno.

La iglesia, de acuerdo con este versículo está donde es expresada plenamente la gloria de Dios, y debemos recordar que la gloria de Dios es el ámbito, la esfera, el ambiente donde Él vive.

Si quieres tener revelación y conocimiento de la gloria de Dios, te recomendamos que leas y ores, usando todo tu ser, especialmente tu espíritu humano, los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis. En ellos encontrarás la gloria de Dios y Su expresión, y allí verás que no hay nada distinto a Dios y al Cordero, que está en Su trono; a veinticuatro ancianos, que están en sendos tronos alrededor del trono de Dios; a cuatro seres vivientes que representan casi todas las criaturas; a billones de ángeles, y a un hermano que por Su misericordia, el Señor lo llevó a que contemplara estas maravillas indescriptibles, para mostrarnos al resto de los hijos de Dios que cuando estamos en el espíritu, podemos contemplar y disfru-

tar lo mismo. La gloria de Dios.

Estando allí, podrás comprobar que en el ámbito de la gloria de Dios no hay nada satánico, no hay nada inmundo, no hay nada terrenal y esa es la genuina y única expresión de la iglesia: la gloria de Dios, y esa gloria en la iglesia es por todas las edades y por todos los siglos.

Esta es la gran necesidad de los creyentes de ser fortalecidos en el hombre interior por el Espíritu del Señor y conforme a Sus riquezas en gloria, porque en la medida que ese fortalecimiento se dé, el viejo hombre va siendo anulado, el alma del creyente va siendo sometida al espíritu humano, el Señor nos va gobernando y satanás perderá toda oportunidad de tocarnos, atacarnos y molestarnos y la gloria del Señor será plenamente expresada en nosotros personalmente, y en la iglesia corporativamente.

De esta manera las palabras del Espíritu en Romanos 6.6: "*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*", serán reales en nuestro vivir, y estaremos en el nuevo hombre, que ha sido creado mediante la resurrección del Señor Jesús, nuevo hombre que está lleno de justicia, santidad y realidad, y en el que satanás no tiene ninguna cabida: "*y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la realidad*" (Efesios 4.24). Al nuevo hombre satanás no puede acercarse, no puede tocarlo y mucho menos atacarlo. El nuevo hombre vive en *la gloria de Dios*.

Capítulo 12
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (7)

II. Falsos maestros

Continuando con la revelación de los muchos ingredientes que satanás ha añadido a la iglesia para degradarla, consideramos en esta ocasión uno, el que por su sutileza no es fácil identificar y la mayoría de los creyentes genuinos han caído bajo su artificio.

Debemos enfatizar que, en la tierra, desde la óptica de Dios, hay tres clases de personas: los creyentes genuinos, los falsos creyentes y el mundo. El cristianismo está compuesto por una minoría de creyentes genuinos y una inmensa mayoría de falsos creyentes y entre esos falsos creyentes se encuentran los falsos maestros que lideran y dirigen casi todas las congregaciones cristianas.

Veamos lo que el Espíritu nos advierte en la Biblia, la palabra de Dios: *"Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme"* (2 Pedro 2.1-3).

Lee detenidamente este pa-

saje y medita en lo que el Señor, el Espíritu, nos advierte sobre la situación. Primeramente, el Señor compara la situación de los falsos profetas en el pueblo de Israel con los falsos maestros que se levantarían en la iglesia del Nuevo Testamento.

En el tiempo de los profetas del Antiguo Testamento, que comienza con Samuel y concluye con Juan el Bautista, son muchos los hombres que anunciaban ser profetas enviados por Dios, pero eran falsos, es decir, los anuncios que hacían al pueblo de Israel, pretendiendo que era la palabra de Dios, no eran más que inventos suyos, con el propósito de satisfacer su ego, a veces por complacer a alguno de los muchos reyes corruptos que tuvo Israel y siempre para agradar a satanás.

En la iglesia neo testamentaria ocurre algo similar; el cristinismo en el comienzo del siglo XXI se ha llenado de líderes que proclaman a voz en cuello que son los siervos de Dios, los ungidos de Dios, los apóstoles llamados por el Señor, los vicarios de Cristo en la tierra, los profetas, los reverendos y tantos títulos que satisfacen el ego de quienes los ostentan, pero que no son más que falsos maestros, de los cuales, el pasaje leído describe sus características y las que nos dedicaremos a discernir brevemente.

1. Introducen encubiertamente herejías destructoras

La primera característica de los falsos maestros es que introducen encubiertamente herejías que destruyen la fe genuina de los creyentes y se oponen a la obra que el Señor está haciendo: i***ntroducirán encubiertamente herejías destructoras***.

El apóstol Pablo, antes de ser encarcelado, guiado por el Espíritu Santo, estando en Mileto, advirtió a los hermanos de esa ciudad y a los ancianos de la iglesia en Éfeso: "*Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos*" (Hechos 20.29-30).

El cristianismo contemporáneo está plagado de falsos cre-

yentes que lideran las distintas organizaciones evangélicas y lógicamente la llamada iglesia católica romana, "iglesia" que ha destruido, distorsionado y adulterado la fe genuina, por medio de sus miles de herejías, pues el ciento por ciento de sus enseñanzas, no tienen ningún respaldo bíblico y han inducido a que sus fieles adoren de manera furtiva a satanás. Lo mismo se da con la iglesia católica ortodoxa oriental.

De la misma manera se puede decir de los pastores, reverendos, apóstoles y toda la horda de líderes cristianos del protestantismo: son verdaderos ciegos guías de ciegos, que solo piensan en su vientre y en llenarse de fama, con sus enseñanzas heréticas acerca de los diezmos, las ofrendas y las siembras, con las que buscan engrosar sus arcas, con el fin de enriquecerse: "*Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal*" (Filipenses 3.18-19).

Sus predicaciones basadas en habladurías son anzuelos con carnadas atractivas muy bien preparadas, para atraer a incautos, prometiendo milagros que nunca se realizan, sino que por un uso inadecuado de los poderes de la mente humana, con la ayuda de satanás, hacen creer a las personas en sanidades, arreglos de dentaduras, caídas de personas, cosas que no ayudan en nada a conocer al Señor Jesús ni a crecer en Él para salvación.

Con esas enseñanzas mentirosas impiden que los genuinos creyentes alcancen los cuatro aspectos que todo creyente debe lograr, y que están descritos en Efesios 4.13: la unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la estatura de la plenitud de Cristo.

Con mucho cariño, le pregunto al lector: ¿En qué contribuye al crecimiento en la vida divina el hecho de que una persona sea sana de una enfermedad? ¿O que su dentadura le sea calzada? ¿O que el predicador lo empuje o sople y se caiga? En verdad en nada.

Si bien es cierto que el Señor Jesús sanó a paralíticos, cojos, leprosos, endemoniados, también es cierto de que no hay registros que indiquen que estos sanados siguieran al Señor.

Más bien, María Magdalena, una mujer de quien el Señor había echado siete demonios fue una fiel seguidora del Señor y seguramente es una vencedora, porque la genuina sanidad que ella necesitó, la sanidad espiritual, le fue concedida por el Señor.

Es necesario entender que las sanidades que realizó el Señor eran señales, para mostrar la condición en que se encontraba la humanidad, incluidos los discípulos y con esas señales indicaba la necesidad que tenemos de ser sanados para que Él pueda mezclarse con nosotros.

Pero no se encuentra en el relato de los evangelios que el Señor le haya curado una muela a Pedro, ni que haya sanado de hidropesía a Juan, ni que haya practicado alguna sanidad a alguno de los doce, ni siquiera a los ciento veinte que estaban en el aposento alto el día de Pentecostés, ni que haya soplado sobre los discípulos y éstos hayan caído a tierra. Lo que sí sabemos es que Él nos sana espiritualmente a todos, que es la verdadera sanidad y ella nos permite crecer hasta que logremos cumplir Su propósito.

No estamos negando con esto que el Señor pueda sanar dolencias físicas en Sus hijos, sino por el contrario, afirmamos que nosotros, quienes creemos en Él, no solo tenemos la sanidad, sino que tenemos al Sanador. Pero cosas tales como la sanidad o los milagros o tumbar a las personas, no debe ser el centro de nuestra fe.

En la Biblia está el relato de la suegra de Pedro que fue sanada de fiebre y se levantó a servir al Señor, pero esa sanidad no se puede considerar el centro de la actividad del Señor.

Como hemos visto en este libro, los milagros exteriores de sanidades y hechos extraordinarios son aprovechados por satanás para engañar a los incautos y son también usados por los falsos maestros para llenarse de fama, atraer tras ellos a un buen número de prosélitos, obligarlos a que les entreguen sus bienes

materiales y de esa manera falsificar la palabra de Dios y enriquecerse: "*Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios*" (2 Corintios 2.17).

Es muy difícil, por no decir que imposible, encontrar entre los llamados grupos cristianos contemporáneos líderes y predicadores que hablen una palabra revelada, que provenga de su espíritu y del Espíritu Santo. Diariamente, en la radio y la televisión llamada "cristiana", se escucha tal cantidad de exabruptos e improperios y un sin número de herejías, enseñadas encubiertamente, para destruir el rebaño del Señor.

En esta categoría de falsos maestros que introducen encubiertamente herejías destructoras, no solo están los lobos venidos de afuera, sino que aun, hermanos genuinos hijos de Dios, han caído en la trampa de satanás.

Miremos un poco más de lo que el Espíritu nos dice a través de Pablo en Hechos 20:29-30 "*Porque yo sé que después de mi partida…de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos*".

Pon mucha atención a la frase dicha por el Espíritu a través de Pablo: "*de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos*".

De entre los mismos hermanos, los creyentes, se levantarán algunos que hablen cosas perversas. Todo mensaje, toda palabra que no venga del Espíritu, tiene como propósito manifiesto o soterrado, arrastrar a los discípulos hacia el predicador y no los enseñan a conocer al Señor para que ellos lo sigan a Él y no al predicador.

Esta es una de las razones por la cual hay tantos grupos cristianos, donde hay un mediador llamado pastor, reverendo, apóstol, líder, distinto al Señor Jesús. El Señor Jesús que es la cabeza de la iglesia es desplazado por los líderes[1].

Toda enseñanza de la palabra, por muy buena que sea, que no se origine en el Espíritu Santo que mora en el espíritu de los creyentes es una herejía destructora que está siendo introducida soterradamente entre

1. Si quieres ganar más revelación sobre el genuino liderzgo de la iglesia del Señor, lee el libro ***¿Cuál Iglesia?***, del mismo editor.

los hermanos, y lleva a éstos a seguir a su líder y no a seguir al Señor.

No podemos olvidarnos de Juan 10:3, 4, 9, 11, 14, 16: "las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz... Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos... Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas... Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen... También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor". Tampoco podemos olvidar 1 Timoteo 2.5: *"Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre".*

Amable lector: no sigas más a hombres; aprende a seguir al Pastor que está en tu espíritu. No sigas más falsos maestros que te han engañado durante tanto tiempo. No tengas más mediadores entre tú y el Señor, porque solo hay uno: Jesucristo hombre. Vuélvete al Señor y permítele que Él sea tu cabeza.

2. Negarán al Señor que los rescató

Esta es la segunda característica que el Espíritu Santo describe por medio de Pedro, acerca de los falsos maestros de los cuales se ha llenado el cristianismo: "*y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina*" (2 Pedro 2.1).

Negar al Señor no es solamente decir que Él no existe o negar que Él es real o negar Su obra. Negar al Señor también consiste en no expresarlo, en no permitir que sea Él quien haga Sus obras en y a través de los creyentes. Negar al Señor es impedir que Su gloria sea expresada en la iglesia y a cambio glorificar a los hombres.

Considere este versículo: "*a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*" (Efesios 3.21).

La expresión genuina de la iglesia está donde el Señor es permanentemente glorificado, donde Él hace lo que le place, donde Él se deleita, donde es expresado.

Glorificar a Dios no es gritar lo que muchas congregaciones gritan: ***gloria a Dios***; o lo que hacen algunos de los llamados pastores, cuando ordenan a los hermanos algo así como esto:

"***alábale, hermano, alábale que él vive, glorifícale, gloria al Señor...***". No, esto no es glorificar al Señor.

Estas son vanas repeticiones, son frases manoseadas que solo ofenden y desagradan al Señor. Estas son palabrerías perversas que no deleitan al Señor. Esa clase de reuniones hace que el Señor oculte Su rostro y tape Sus oídos para no oír tanta picardía.

Para tener un claro entendimiento acerca de qué es glorificar al Señor, puedes leer con oración los capítulos 4 y 5 de Apocalipsis y allí verás con transparencia que la gloria del Señor es el ámbito donde Él vive, en compañía de veinticuatro ancianos, cuatro seres vivientes y billones de ángeles. En esta esfera no hay nada inmundo, nada diabólico ni demoníaco, ni nada humano caído. En ella pueden penetrar los hijos de Dios que entran en su espíritu, tal como le ocurrió a Juan, que es el instrumento que Dios usó para escribir ese libro. En ese ámbito puedes penetrar tú cuando lo desees.

Si observas las alabanzas que le tributan los ancianos, los seres vivientes y los ángeles, verás que no son frases desgastadas y repetidas, sino palabras que fluyen de la íntima comunión con el Señor, que son inspiradas por el Espíritu del Señor, pues así nos enseñó Él a orar: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.6).

La adoración y la alabanza que tributamos al Señor no puede ser un conjunto de vanas repeticiones y frases desgastadas, sino que las palabras y las actitudes para alabarlo y adorarlo, deben salir de nuestra íntima comunión con el Señor, que proviene de estar en intimidad con Él en nuestro aposento, el espíritu humano.

Por eso el Señor cuando nos enseñó a orar, en uno de los apartes de la oración dice: "*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*" (Mateo 6.10).

Si vuelves a considerar Apocalipsis 4 y 5, verás que allí, en el cielo, lo único que hay es una íntima comunión entre Dios y las criaturas que están con Él y

de esa comunión surge la adoración, la alabanza, las peticiones y todas las otras cosas que puede contener una oración realizada en el Espíritu.

Le pregunto al amable lector: ¿Has visto en tu congregación y en otras congregaciones, algo parecido a lo que hemos descrito? ¿Puedes ver en los enseñadores de los hermanos que en verdad el Señor sea expresado? Si eres sincero, tendrás que responder que no hay nada de eso, porque los falsos maestros, además de introducir encubiertamente herejías destructoras, con toda su palabrería y sus actividades, no hacen nada distinto a negar al Señor que los rescató y buscar vanagloria para ellos. Si no se arrepienten, su destrucción está a las puertas.

3. Muchos seguirán sus disoluciones

Además de introducir encubiertamente herejías destructoras y negar al Señor que los salvó, los falsos maestros del cristianismo contemporáneo tienen muchos seguidores.

Repare un momento en el adverbio de cantidad ***muchos***. No son unos pocos, ni un pequeño grupo, sino muchos. Igualmente fíjese en la palabra disolución. Si consultamos el diccionario, encontraremos que el significado de la palabra disoluto en el idioma español es: Licencioso, entregado a los vicios. Se considera que en la tierra hay actualmente unos 2.200 millones de cristianos y de ese gran número, ni siquiera un 10% son creyentes genuinos. Muchos seguirán sus disoluciones

Estos falsos maestros son personas que viven en su alma, sin someterse para nada al Espíritu y con sus habladurías mentirosas seducen las almas, aun de los creyentes que no ejercitan su espíritu y no aprenden a discernir aquello que se origina en el Espíritu del Señor. Todo esto tiene como origen a satanás: *"Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aún mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio,*

no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición" (2 Pedro 2.12-14). Esta palabra es dicha por el Señor, no por un hombre.

El mayor esfuerzo de las congregaciones cristianas contemporáneas se centra en ganar el mayor número posible de adeptos.

Cadenas de televisión y de radio de cubrimiento nacional e internacional, son un gran apoyo para su cometido y son miles, decenas de miles y centenas de miles los seguidores de estos propagadores de mentiras.

Algunos líderes de congregaciones hablan de millones de personas, y qué decir del catolicismo romano, que se considera una iglesia universal y tiene más de mil millones de seguidores en buena parte de la geografía terráquea.

Son ingentes los esfuerzos que hacen los distintos grupos cristianos por ganar adeptos y no se dan cuenta de que el Señor es quien atrae a aquellos que Él ha predestinado y que el esfuerzo que hacen los hombres siempre será inútil: "*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere*" (Juan 6.44).

Todo esfuerzo que hacen los líderes cristianos por atraer a las personas delante del Señor son inútiles y estériles y tienen como resultado atraer las multitudes hacia ellos, para seguir sus disoluciones y no para agradar al Señor.

Esta es la razón por la que en el tribunal de Cristo, los llamados siervos de Dios le van a reclamar así: "*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas?*".

El día en que el Señor juzgue a todos los creyentes en el tribunal de Cristo, que se instalará inmediatamente después de Su venida visible, los hermanos genuinos que mientras vivieron en la tierra se tomaron el atrevimiento de proclamarse como enviados de Dios, como siervos del Señor y de liderar "la iglesia", se presentarán delante del Señor con una contabilidad bien dilatada para reclamarle todo lo que hicieron en su vida: profe-

cías en el nombre del Señor, expulsión de demonios en el nombre del Señor y la edificación de colosales obras poderosas en el nombre del Señor.

Su corazón estará henchido, jactancioso, y así como en esta era buscaron mucha fama y la alcanzaron y fueron reconocidos por el mundo y por el cristianismo, llegarán delante del Señor con la misma jactancia, a que Él les reconozca todas sus hazañas.

Esperarán ser alabados delante de los demás hijos de Dios, anhelarán que su fama se perpetúe por la eternidad, desearán ser mirados por los demás con un poco de "picazón en su interior", porque no alcanzaron tanto.

Pero ¿cuál es la respuesta del Señor?: "*Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*" (Mateo 7.24).

Observa bien amado creyente lo que dice el Señor. No lo dice quien se unió al Señor para escribir este libro, sino que es la palabra sin contaminación que sale de la boca del Señor: ***Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad***.

¿Por qué esta situación es así, si las profecías proferidas por ellos fueron hechas en el nombre del Señor, si las expulsiones de demonios se realizaron en el nombre del Señor y las obras gigantes se basaron en el nombre del Señor? ¿El Señor mismo no dijo en Marcos 16.17-18: "*Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán*" ¿Todo esto no fue ordenado por el Señor? ¿Entonces por qué les dice que sus obras fueron llenas de maldad?

La Biblia está llena de pequeños detalles y necesitamos espíritu de sabiduría y revelación para poder entenderla. El cristianismo considera que hacer algo en el nombre del Señor, consiste en repetir que todo lo que se hace es hecho en Su nombre, y no hay nada más alejado de la realidad que esta situación.

Los hermanos no tienen revelación ni luz acerca de hacer y

decir cosas en el nombre del Señor. Debemos entender que un nombre se refiere a una persona y el nombre de Jesús se refiere a la persona del Señor Jesús.

Orar al Padre en el nombre de Jesús no consiste en repetir por ejemplo, Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, en el nombre de Jesús, te pedimos esto o aquello… No, eso no es orar en el nombre de Jesús.

Orar en el nombre de Jesús es permitir que Él, desde nuestro espíritu, haga la oración o la obra que es según Su voluntad. En otras palabras, cuando tú oras en el nombre de Jesús, no eres tú quien estás orando, sino es el Señor Jesús como el Espíritu dentro de ti quien ora al Padre: "*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*" (Romanos 8.26)[2].

Nosotros no sabemos pedir nada de acuerdo con la voluntad del Padre, pero Él como el Espíritu está dentro de nosotros y conoce el corazón del Padre y puede pedir de acuerdo con Su voluntad: "*Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*" (1 Corintios 2.11).

Toda obra, toda oración, todo pensamiento y toda acción que no cumpla estos requisitos, no son más que obras de maldad, de disolución, que arrastran detrás de quienes las hacen a los discípulos del Señor y hacen que éstos no puedan crecer en vida y que pierdan el reino de los cielos, aunque no así la salvación y la vida eterna, ya que son objeto de la gran misericordia del Señor.

Con esto apreciado lector, llamamos tu atención para que abras bien los ojos y busques en tu espíritu a quién estás siguiendo, si a falsos maestros que por medio de su disolución arrastran a muchos hijos de Dios o si has aprendido a seguir al Señor que mora en tu espíritu.

2. Mayor revelación sobre este tema la encontrarás en el ibro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor.

¡Es tiempo de volvernos al Señor Jesús y agradarlo solamente a Él!

Capítulo 13
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (8)

II. Falsos maestros (Continuación)

4. El camino de la verdad será blasfemado

Pensamos que en los lectores juiciosos ya hay bastante claridad en cuanto a qué es la verdad. La verdad no es un concepto filosófico que tenga que ver con lo bueno, porque esto pertenece al árbol de la ciencia del bien y del mal, que tiene como resultado la muerte.

La verdad, la única y absoluta verdad que existe en el universo es una persona: el Señor Jesucristo: "*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*" (Juan 14.6).

Observa querido lector que el Señor se declara como el camino, la verdad y la vida.

Él no habla de un concepto para discutir y elucubrar y escribir tratados acerca de Él, sino que Él mismo, Su persona, se declara el camino, la verdad y la vida.

El versículo que estamos tratando en 2 Pedro 2 dice: "*por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado*" (v. 2). La introducción de herejías encubiertas en la iglesia por parte de los falsos maestros, así como el no reconocimiento del Señor; y el esfuerzo por arrastrar tras de ellos a los hijos de Dios a que sigan sus disoluciones hace que el camino del Señor, el camino de la verdad que es el Señor mismo, sea blasfemado.

La palabra blasfemar quiere decir maldecir y vituperar a

alguien, y maldecir no consiste solamente en proferir palabras vulgares, sino que, en su composición gramatical, maldecir implica hablar mal de alguien. Si tú escuchas a alguien que no es creyente hablar de los cristianos, siempre hablan como de gente religiosa que son engañados y engañan a los demás, que tienen un gran negocio económico, que, a base de pedir plata, se llenan de riquezas y que ellos nunca desearían volverse cristianos.

La disolución de los falsos maestros hace que la persona del Señor sea vituperada y vituperar al Señor es deshonrarlo, es hacerlo quedar en ridículo frente a otros; cuando el Señor es tan precioso, tan hermoso y digno de toda alabanza, adoración, gloria y honra.

Que el Señor ayude a todos Sus hijos a salir de las mazmorras de deshonra y deshonor en que ellos han caído, arrastrados y engañados por satanás, quien usa a los falsos maestros que han invadido la iglesia en este tiempo. Rogamos al Señor para que en el tiempo presente quite el velo de los santos, de Sus hijos, y cumpla lo que prometió en Juan 10 cuando dijo que a Sus ovejas Él llama por nombre, que ellas oyen Su voz y las saca fuera y que una vez las ha sacado va delante de ellas.

5. Hacen un mercado de los hermanos

En el cristianismo contemporáneo, los miembros de las diferentes congregaciones no son más que mercancías de las que se puede obtener lucro e ingentes ganancias.

Me atrevo a hacerte un reto: enciende tu televisor, sintoniza alguna de las cadenas llamadas cristianas y durante media hora, contabiliza cuánto tiempo el predicador o los predicadores hablan de diezmos, ofrendas, votos económicos y siembras, y encontrarás que en un porcentaje cercano al cien por ciento, están hablando de este tema. Los falsos maestros convirtieron la "predicación del evangelio" en un mercado persa de baratijas.

Prometen una y otra cosa que el Señor les va a dar, citan algunos versículos de Malaquías y de otros libros del Antiguo Testamento donde Dios le ordenó al pueblo de Israel que presentara la décima parte de sus cosechas

y las primicias de los animales y de los frutos de la tierra para mantener a una clase sacerdotal que, aunque Él la había permitido no era Su voluntad, sino que la tribu de Leví se unió al Señor por causa del episodio del becerro de oro, y a ellos el Señor no les dio herencia en la tierra de Canaán, sino que vivían de lo que las demás tribus aportaban mediante diezmos, ofrendas y primicias[1].

El deseo original de Dios era que todo el pueblo de Israel fueran sacerdotes, pero por causa de su infidelidad, Dios tuvo que permitir una clase sacerdotal que no era conforme a Su voluntad, buena agradable y perfecta: "*Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa*" (Éxodo 19.5-6). Este era el deseo original de Dios.

Pero el Nuevo Testamento es bien distinto, porque en primer término en esta época todos somos sacerdotes y no una clase mediadora conformada por unos pocos creyentes: "*y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre*" (Apocalipsis 1.6).

¿Notas que el Señor nos ha hecho a todos Sus hijos, reyes y sacerdotes para Dios Su Padre y que la clase mediadora del Antiguo Testamento no tiene ninguna cabida en el Nuevo Testamento?

Veamos más: "*vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo*" (1 Pedro 2.5). No hay una clase sacerdotal mediadora en el Nuevo Testamento; tratar de establecerla es luchar contra el Señor y hacerse uno con satanás para oponerse al deseo de Dios. Insistimos una vez más, que es el Señor quien habla estas palabras y no son invento nuestro. Ahí están en la Biblia.

Entonces preguntarás: ¿No debemos diezmar? Para responder a esta pregunta, tendremos que ver algunos pasajes de la Biblia. Veamos en primer lugar, 1 Corintios 16.1-2: "*En cuanto a la*

1. El tema de diezmos y ofrendas se ha tratado con mayor amplitud en varios capítulosdel libro ***La Oración en el Espíritu***, que puedes encontrar por el mismo medio que obtuviste éste.

ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas".

Si eres cuidadoso y dependes del Espíritu, notarás que el Señor, por medio de Pablo no habla de cantidades ni de porcentajes, sino que dice que cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo.

¿Cuánto es ese algo? Depende del corazón del oferente y de cuánto haya prosperado: según haya prosperado. No se trata de porcentajes o de cantidades determinadas, sino que depende de la voluntad de quien ofrenda.

Veamos otro pasaje de la Biblia: "*Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre…Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene*" (2 Corintios 9.7; 8.12). La ofrenda es un asunto de propósito del corazón del creyente y no puede hacerse con tristeza ni por necesidad, es decir, no puede ser por obligación, sino que la ofrenda debe salir de una voluntad que ha sido tratada y ganada por el Señor.

Podemos decirlo de esta manera: cuando creímos en el Señor, Él nos dio el deseo de ofrendar, y debemos hacerlo conforme a lo que tenemos, no conforme a lo que no tenemos. He conocido predicadores, especialmente extranjeros, o que siendo nacionales se han ido al exterior y vienen periódicamente a "***predicar campañas***" y recolectar algunos dólares para sus arcas, violentando la conciencia de los hermanos a quienes presionan para que hagan votos sobre eventuales ingresos, como por ejemplo la venta de sus bienes o un sueldo futuro, con la promesa de que el Señor lo va multiplicar por cien.

Los congregados adquieren deudas que después cubren con muchas dificultades o simplemente son llevados a la bancarrota, pero de todas maneras el predicador ha logrado su cometido: incrementar su caudal económico.

Algunos aprovechan estas palabras para forzar más la conciencia de los feligreses: "*Pero esto digo: El que siembra escasamen-*

te, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará" (2 Corintios 9.6).

No debemos olvidar el principio que el Señor establece en cuanto a la ofrenda que es conforme a lo que el creyente tiene y no conforme a lo que no tiene.

Si un hermano tiene riquezas materiales, es lógico que puede ofrendar generosamente y así mismo será la siega: generosa. Pero los falsos maestros aprovechan esta palabra para establecer en la mente de los hermanos una competencia de quién ofrenda más, anunciándoles que con esto lograrán mayor recompensa del Señor.

Hermanos: el reino de los cielos no se compra con nuestros bienes materiales, sino que se alcanza haciendo la voluntad del Padre. Para Dios no es importante determinada cantidad que uno de Sus hijos pueda ofrendar, sino el corazón con que hace su ofrenda.

Para ver la certeza de esta verdad, te ruego que vayamos al pasaje registrado en Lucas 21.1-4: "*Levantando los ojos, vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquéllos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía*".

Obsérvese el contraste entre uno y otro oferente: Los ricos echaban de lo que les sobraba y la viuda que era muy pobre echó solamente dos blancas. Dos blancas equivalían a un leptón y éste era 1/64 de un denario, el cual a su vez equivalía al salario de un día de jornal. Si tomamos el caso colombiano, un día de salario mínimo tiene un pago aproximado de $US 9.92, que dividido en 64 nos arroja un resultado de 11 centavos y medio de dólar. ¿Qué es esa cantidad? En verdad nada. No sirve para nada, con ella no se compra nada. A la luz de los ojos naturales, podríamos decir que la ofrenda de esa viuda fue vana.

Pero no fue así a los ojos del Señor. Él dijo que los ricos daban de lo que les sobraba, pero esta viuda pobre echó más que todos. ¿Cuál de las dos clases de ofrendas fue aceptada y agradable a los ojos del Señor? La de la viuda, porque esa ofrenda fue

producto del amor que ella tenía por el Señor, fue una dadora alegre, ofrendó generosamente: ***mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía***, lo que no ocurrió con los ricos.

Los falsos maestros en su afán de hacer mercadería de los hermanos tocan trompeta para que se animen a ofrendar abundantemente, contrariando descaradamente la palabra del Señor: "*Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.1-4).

Pienso que esta palabra es suficientemente clara y que está por demás agregar comentarios; sin embargo, para ganar más luz precisemos algunos hechos del pasaje.

En primer lugar, al Señor le encanta el secreto y pide a sus hijos que nos guardemos de la publicidad cuando oramos, cuando ayunamos y cuando ofrendamos. Estas tres cosas deben hacerse en secreto.

Los falsos maestros hacen lo contrario: tocan trompeta para que los hombres los vean y para que vean a las personas que ofrendan. Esto es buscar alabanza de los hombres y esa actitud el Señor la llama hipocresía.

El Señor insiste en que la ofrenda debe hacerse en secreto, porque la ofrenda se hace para el Padre, y al Padre le encanta el secreto. Definitivamente a Dios le fastidia la publicidad porque está llena de hipocresía.

Todas las congregaciones cristianas tienen un control sobre sus feligreses acerca del diezmo y cuando éstos no cumplen con "**su deber**", son reprendidos duramente por el pastor o el líder de su congregación.

Insistimos que la ofrenda debe ser un asunto secreto entre el creyente y el Padre, conforme cada uno se pone de acuerdo con el Señor para dar una cantidad determinada, según haya sido prosperado, según lo que el creyente tiene y debe ofrendar-

se con alegría y no por obligación ni necesidad.

En otras palabras, si tu ofrenda es el equivalente al diez por ciento de tus ingresos—diezmo— o al veinte por ciento, o al cincuenta o al ochenta o al ciento por ciento o al uno o al dos o al cinco por ciento, ten plena libertad de ponerte de acuerdo con el Señor, con alegría y sencillez de corazón y ofrende según el Señor haya ganado su corazón.

Además, ten en cuenta algunas palabras que el Señor añade a través del Nuevo Testamento, por ejemplo, el registro de 1 Timoteo 5.8: "*porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo*".

Un creyente debe dar testimonio del Señor proveyendo primero para los suyos y luego ayudar en la provisión de los hermanos necesitados.

Hay que decir con mucha tristeza que, en las congregaciones más grandes, mientras en su seno hay hermanos que no pueden suplir sus necesidades básicas de sustento, vivienda, educación y salud, los líderes se revientan de "**gordos**" con las riquezas que han esquilmado a sus seguidores.

Y son tan descarados que cuando los necesitados demandan ayuda, los mandan a orar y a ayunar para que el Señor les provea, sin reparar en la palabra que el Espíritu habla a través del hermano Juan: "*Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad*" (1 Juan 3.17-18). Estos son los falsos maestros que hacen mercadería de los hermanos.

De otra parte, en segundo lugar, las ofrendas de los hermanos deben tener como propósito ayudar a los necesitados. Cuando Pablo habló de ofrendas en 1 Corintios 16 y en 2 Corintios 8 y 9, tenía como meta suplir las necesidades de los hermanos que vivían en Jerusalén y en Judea, que estaban pasando por grandes necesidades económicas, y el Espíritu deseaba que no hubiese para unos abundancia y para otros estrechez, sino que todos pudieran disfrutar de las abundantes riquezas del Señor, y eso predicó y practicó: "*Sola-*

*mente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer... En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibi*r" (Gálatas 2.10; Hechos 20.35).

Pablo fue un gran ejemplo para los creyentes, por la forma como se condujo en el asunto de las ofrendas materiales. Por eso él dijo: "*Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido*" (Hechos 20.33, 34).

Nuestro querido hermano no anduvo de iglesia en iglesia estafando a los hermanos y violentando su conciencia, exigiéndoles diezmos, ofrendas, primicias y siembras para enriquecerse, pues no fue de los que medró falsificando la palabra de Dios, sino que por el contrario fue un ejemplo que todos debemos imitar, para que nuestro vivir sea en todo santo y agradable al Señor.

Los falsos maestros deberían dedicarse a ganarse la vida con honradez y no robar al pueblo de Dios. Nuestra oración porque el Señor les conceda arrepentimiento y vean que han caído en las manos de satanás y que "*la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme*" (2 Pedro 2.3)

Tendríamos mucho más que decir sobre el tema, pero no pretendemos hacer de este libro un manual de vivencias, sino, en alguna manera abrir los ojos de los hermanos para que puedan ver cuánta inmundicia ha traído satanás en medio del pueblo de Dios y para que el lector pueda salir de ella.

Por eso, apreciado lector, observa a tu alrededor y lo encontrarás lleno de falsos maestros que introducen encubiertamente herejías destructoras, que niegan al Señor que los rescató, que son licenciosos y atraen a muchos creyentes, que vituperan al Señor y que hacen de los santos un mercado inmundo del que el Señor se fastidia.

No seas más uno con ellos. Apártate con el Señor y síguelo a Él en tu espíritu. No entregues tus bienes materiales a hombres que son uno con el diablo y estorban el desarrollo de la obra del Señor.

Si tú estás teniendo el privilegio de leer este libro, el Señor te está llamando a seguirlo a vivirlo a tenerlo como tu único guía, a vivir en el espíritu en comunión con Él, a zafarte de los falsos maestros que abundan tanto en esta época, que corresponde a los tiempos que anteceden a la venida del Señor.

Quisiera presentar algunos versículos donde el Señor nos advierte un poco más sobre los falsos maestros y los falsos profetas que se levantarán en los días que anteceden a la venida del Señor. Veamos por ejemplo Mateo 7.15-20: "*Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis*".

Observa bien y verás que los falsos profetas no vienen abiertamente a ti, sino que tienen un disfraz de ovejas; sin embargo, en su interior son lobos que arrebatan, que destruyen, que hacen daño y que despedazan.

Es necesario que observes con cuidado los frutos de estas personas, si son frutos que el Señor puede reconocer y disfrutar o, por el contrario, son frutos que asquean y disgustan al Señor.

Para conocerlos, es necesario buscar espíritu de discernimiento para saber qué hay en cada uno de los auto proclamados líderes de las "iglesias" contemporáneas: "*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo*" (1 Juan 4.1).

Es necesario mirar detenidamente otro pasaje que se encuentra en Mateo 24.11 y 24: "*Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos... Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos*".

En estos dos pasajes el Señor se refiere a los días inmediatamente anteriores a Su venida, tiempos en los que se levantarán falsos profetas que se autoproclamarán como el Cristo y observa con cuidado que éstos engañarán a muchos. Es lo mis-

mo que ocurre con los falsos maestros descritos en 2 Pedro 2: Y muchos seguirán sus disoluciones.

De la misma manera, los falsos profetas y falsos Cristos harán grandes señales y prodigios, ¿No es exactamente esto lo que ocurre en las congregaciones cristianas de hoy? ¿No es este el anzuelo que lanzan los predicadores contemporáneos para arrastrar tras ellos a los incautos? Y las dos frases que vienen a continuación son muy claras respecto a la situación de los creyentes de Cristo de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.

Si eres un creyente del Señor Jesús, es porque fuiste escogido desde antes de la fundación del mundo, pero estás en peligro de ser engañado por los falsos creyentes y los falsos profetas.

La luz no puede ser más diáfana ni alumbrar con más fuerza, y el sonido de la trompeta no puede ser más preciso. El Señor nos está advirtiendo, a ti, a ti y a ti. Uno de los poderosos ingredientes que satanás ha introducido en la iglesia para corromperla y damnificarla, son los falsos maestros, falsos profetas y falsos cristos que pululan y abundan en el cristianismo contemporáneo. A ti como hijo de Dios, el Señor quiere hacerte un último pedido: "*Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades*" (Apocalipsis 18.4-5).

¡La decisión está en tus manos!

Capítulo 14
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (9)

III. Diversas clases de pecados(1)

El enemigo de Dios usa muchos medios y muchos ingredientes para degradar la iglesia, y en este capítulo vamos a considerar, con la ayuda del Señor, cómo satanás induce a los creyentes a que pequen, para poner tropiezos en el avance de la obra del Señor.

Es necesario aclarar que el Espíritu declara en la Biblia que hay pecados que son de muerte y hay pecados que no son de muerte. Veamos: "*Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte*" (1 Juan 5.16-17).

Si se mira con atención la palabra, el Espíritu aquí habla de un hermano que peca y que ese hermano a la vez puede cometer un pecado que no es de muerte o un pecado que es de muerte.

En el primer caso requiere ser ayudado por los demás hermanos y el Señor lo perdonará y lo suplirá con la vida divina, pero si el hermano ha cometido un pecado de muerte no hay que pedir, no hay nada que hacer.

1. Fornicación

Veamos algunos ejemplos en

la Biblia, de pecados que son de muerte, para que tengamos cuidado. Entre los hermanos que estaban en Corinto, en la iglesia que el Señor había establecido allí, había un pecado de fornicación por demás absurdo: "*De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre*". En alguna de las familias que habían creído en el Señor, el papá tenía una mujer, en circunstancias que la Biblia no aclara. Este padre de familia tenía un hijo que no era de la mujer que ahora tenía, y este hijo fornicaba con ella.

El pecado cometido por estas personas era tan repulsivo que el Espíritu llegó a exclamar que esa clase de pecado ni aún se nombraba entre los incrédulos, entre los gentiles, mas sin embargo había penetrado en la iglesia, y los hermanos, en lugar de tratarlo seriamente, estaban envanecidos, es decir se habían llenado de vanidad: "*Y vosotros estáis envanecidos*" (v. 2).

¿Cuál debe ser la actitud de los creyentes cuando se presenta una situación así?: "*¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción?*" (v. 2).

La única actitud que se debe tomar es la de quitar de en medio a quien tiene un vivir de pecado. Lógicamente esta situación nunca podrá alegrarnos, sino que más bien debe producir un sentimiento de tristeza, de lamentación por la caída de un hermano, de un hijo de Dios. Una persona así no puede estar en la comunión de los santos, porque ha cometido un pecado de muerte.

Pareciera ser que la mujer con la que este hombre fornicaba, ni siquiera era creyente, porque nada dice respecto de la disciplina a la que ella debería ser sometida, ni tampoco habla nada referente al padre del fornicario, pero en cuanto a Él, que era creyente, el Espíritu sí ordena disciplinarlo y esa disciplina consiste en ser separado de la comunión de la iglesia.

Debido a que los santos en Corinto estaban ciegos y envanecidos con respecto a la situación horripilante de pecado

que satanás había introducido en la iglesia, por medio de un hermano, el Espíritu Santo impelió a Pablo a proveer una solución radical e inmediata: "*Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús*" (1 Corintios 5.3-5).

Por alguna circunstancia que no se especifica en la Biblia, Pablo no podía reunirse con los hermanos en Corinto para tratar la situación, y esto es muy saludable para la iglesia, porque aquí se demuestra que Pablo no era un líder, ni un pastor, ni un apóstol a la manera del cristianismo, donde los santos no dependen del Señor para resolver los problemas, sino que dependen de aquellos que se han auto proclamado como siervos del Señor, para tratar los asuntos.

Las congregaciones cristianas del siglo XXI tienen una jerarquía al estilo del mundo. Ellos consideran que hay hermanos que tienen un mayor grado de autoridad y los llaman pastores, reverendos, profetas, doctores, apóstoles, papa, cardenales, arzobispos, patriarcas, obispos, presbíteros, ancianos, hermanos responsables o curas, y debajo de ellos está el pueblo, quienes tienen un pequeño grado de autoridad, o ninguno.

La Biblia desmiente radicalmente esta manera de vida entre los hijos de Dios. Al respecto, el Señor Jesús afirma: "*Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*" (Marcos 10.42-45).

Aunque la iglesia está en el mundo, no es del mundo, ni es mundana. El estilo de vida de los creyentes debe ser completamente ajustado a la manera establecida por el Señor y de nin-

guna manera se debe amoldar a las costumbres de las naciones.

En la iglesia no puede haber jerarquía, no puede haber unos hermanos encima de otros, unos que mandan y otros que obedecen, unos que se enseñorean y otros que son subyugados. Así como en el cuerpo humano no hay un(os) miembro(s) más importante(s) que otro(s), en la iglesia tampoco puede haber esa jerarquización, que en Apocalipsis es llamada nicolaísmo, y que es odiosa a los ojos del Señor. Por el contrario, el que quiera ser grande en el reino de los cielos, debe ser el servidor de los hermanos y el que quiera ser primero, debe ser el esclavo de los demás.

Cuando Pablo oyó de la repulsiva fornicación que había en la iglesia que estaba en Corinto, guiado por el Espíritu, impartió no una orden, sino una orientación, para que todos los hermanos (no un grupo jerarquizado) tomaran los correctivos necesarios para tratar la situación y para impedir que satanás ganara más ventaja.

Pablo era un hombre que vivía en el Espíritu, y el Señor por medio de él ejercía Su autoridad. Note bien que es la autoridad del Espíritu, no la autoridad de Pablo.

El Espíritu es quien decidió cuál es el remedio que había que aplicar a la enfermedad que satanás había introducido en la iglesia, por medio de un hermano.

En primer lugar, Pablo, viviendo en el Espíritu ya había juzgado al hermano que había cometido la acción, pero él no quería ser el juez directamente, sino deseaba que el Señor reunido con los hermanos, emitiera el juicio definitivo con respecto a quien había pecado, cometiendo tal acción. ¡Qué cuidadoso y detallista es el Espíritu Santo!

Por eso, Pablo, guiado por el Espíritu afirma: "*En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo*" (1 Corintios 5.4).

Los creyentes en Corinto, todos, no unos pocos, debían reunirse para tratar el asunto, porque debemos recordar que esta carta fue dirigida a los santificados en Cristo Jesús, ***los san-***

tos llamados con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro (1 Corintios 1.2). Esta carta no fue remitida a un pastor, a un apóstol, a un sacerdote o a un líder, sino a todos los santos que vivían en la ciudad de Corinto.

Todos los hermanos que estaban en Corinto debían reunirse en el nombre del Señor Jesucristo y con el poder de nuestro Señor Jesucristo, para tomar la acción que el Espíritu Santo ya había determinado.

He aquí un claro ejemplo de cómo debe ser y cómo debe hacerse una reunión de creyentes. Pablo, aunque estaba ausente, se reúne con ellos en su espíritu, es decir era uno con ellos en el espíritu, la que es la única y genuina unidad.

Al decir que la reunión debía hacerse en el nombre del Señor Jesucristo quiere decir que es la persona de nuestro Señor el centro de esa reunión. Al pedir que la reunión se hiciera con el poder de nuestro Señor Jesucristo, quiere decir que Él es la única autoridad en la iglesia, que es Él quien toma las decisiones y no el sentir del alma de los hermanos.

No obstante, el Señor no obra solo, sino que lo hace bajo el principio del misterio de la piedad: Él toma a Sus hijos que andan en Su comunión íntima, y por medio de ellos expresa Sus deseos y Sus decisiones. De esta manera debemos reunirnos. Este es el principio más importante en la comunión unos con otros: permitir que sea el Señor nuestra Cabeza y no ser encabezados por hombres, que el Señor nunca ha puesto ni pondrá por cabeza de Su iglesia.

Una vez que se tiene una reunión con esas características, que están totalmente de acuerdo con la voluntad del Señor, entonces se pueden tomar decisiones sobre el caso en particular: "*el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús*" (1 Corintios 5.5).

Una disciplina muy fuerte, pero esa es la decisión del Señor: el tal sea entregado a Satanás. Si estas palabras no estuvieran en la Biblia, que contiene la palabra del Señor, muchos de los lectores exclamarían que esto es una

blasfemia, que cómo es posible que un hijo de Dios sea entregado a satanás. Pero, no olvidemos que Dios siendo amoroso, longánimo, paciente y misericordioso, también es justo y no puede tolerar el pecado entre Sus hijos y menos si estos pecados que son de muerte. No olvidemos que nuestro Dios es fuego consumidor (Hebreos 12.29).

La decisión del Señor por medio de los hermanos y de Pablo consistió en que el hermano debía ser entregado a satanás, es decir, debía ser quitado de la comunión con los hermanos, ellos no debían juntarse con él: "*Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis*" (1 Corintios 5.11).

No solo debemos separarnos de los fornicarios, sino de toda persona que se considere hijo de Dios pero que sea un avaro, que practique la idolatría, y tengamos en cuenta que hay muchas clases de idolatría. Tampoco debemos tener comunión con una persona que siempre habla mal; maldecir no consiste solamente en hablar palabras vulgares, sino que el término quiere decir hablar mal, es decir, proferir palabras contrarias a la bendición, que es hablar bien.

Igualmente debemos separarnos de aquellos que llamándose hijos de Dios se embriagan o roban. Todos estos son pecados que satanás ha introducido en el critianismo y con ellos lo ha degradado, al estado en que lo encontramos hoy.

Aunque debe dolernos en lo más profundo de nuestro corazón, un hermano que ha cometido un pecado de muerte, como es la fornicación del caso que estamos tratando, no puede permanecer en nuestra compañía, no puede participar de las reuniones con el Señor.

Sin embargo, la misericordia del Señor es tan inmensurable, que Él nunca desecha definitivamente a ninguno de Sus hijos, así hayan cometido pecados de muerte. Hay una comisión que Dios, en estos casos, le da a satanás. El hermano fue entregado a él para destrucción de la carne.

A pesar de esa terrible situa-

ción, el enemigo solo puede tocar la carne del hermano y no su espíritu, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús.

Un hijo de Dios, lo es para siempre, desde la eternidad, y su salvación se manifiesta desde el momento en que ha recibido al Señor.

Un hijo de Dios nunca irá al lago de fuego, no sufrirá la perdición eterna. Observa con cuidado que, aunque es entregado a satanás para que su carne sea destruida, no obstante, su espíritu será salvo el día del Señor Jesús. ¿Qué día es éste? No hay duda de que es el día del Tribunal de Cristo, donde todos los creyentes, los hijos de Dios seremos juzgados.

Observa cuidadosamente que habla de que su espíritu será salvo en el día del Señor; no dice que su alma sea salva, ¿por qué? Porque una persona que es cortada de la comunión, que es entregada a satanás, no tiene la posibilidad de acercarse al trono de la gracia para ser infundida con las riquezas del Señor, para que su alma sea saturada de ellas, y así sea totalmente salva.

No olvidemos que la salvación, aunque es eterna, tiene tres etapas: la primera etapa, conocida como la regeneración ocurrió el día que recibimos al Señor y esa salvación se da en nuestro espíritu humano.

Desde el momento en que creímos en el Señor, nuestro espíritu fue reavivado, recobró sus funciones y ahora podemos tener comunión con el Señor, nuestra conciencia es avivada y por medio de la intuición podemos tener revelación y conocimiento del Señor en cuanto a Su persona y en cuanto a Su obra.

Pero la salvación no se detiene ahí, sino que el Señor desea desde nuestro espíritu llenar y saturar nuestra alma. Esta es la segunda etapa y es posible solamente si el creyente se dispone diariamente y en cada instante de su vida para que el Señor tome las partes de su alma—mente, voluntad y emoción— y las sature, hasta lograr que el Señor sea quien piensa, decide y siente por medio del creyente.

Debido a que el fornicario

corintio perdió la comunión, no tuvo la oportunidad de que el Espíritu Santo, con todas Sus riquezas, fluyera desde su espíritu a su alma, y en consecuencia su alma no pudo ser salva mientras vivió en la tierra y tendrá que pasar mil años, en las tinieblas exteriores, sin poder disfrutar la presencia del Señor.

En ese tratamiento su alma completará la salvación y finalmente podrá entrar en la Nueva Jerusalén, después de que haya pasado el reino milenario, del que participarán los vencedores.

La tercera etapa de la salvación, que es la salvación del cuerpo de los creyentes, será instantánea y ocurrirá en la segunda venida de Cristo: "*He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados*" (1 Corintios 15.51-52).

En ese instante se dará la redención de nuestro cuerpo, su transformación de un cuerpo corruptible a uno incorruptible; de un cuerpo de humillación a un cuerpo glorioso; de un cuerpo mortal a uno inmortal.

Como hijos de Dios debemos poner atención a la salvación de nuestra alma, porque aunque ella no depende de nuestros esfuerzos, sí depende de nuestra disposición y de nuestra búsqueda de comunión con el Señor, de nuestra decisión de acercarnos cada día y de vivir en el trono de la gracia, para que desde él fluyan todas las riquezas de nuestro Dios y saturen nuestra alma hasta llenarla completamente del Señor y así ganar la salvación del alma: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (Hebreos 4.17).

¿Por qué un hermano que comete pecados de muerte, debe ser separado de la comunión? Porque el pecado es muy corrosivo y contaminante. El pecado en este pasaje es representado por la levadura, que introducida en una mínima cantidad es capaz de afectar una inmensa masa: "*No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadu-*

ra leuda toda la masa?" (1 Corintios 5.6).

Cuando se permite que un hermano que vive en pecado, que practica pecados de fornicación, adulterio, robo, homicidio, borrachera, maldición, mitomanía, que es mentira, o que es idólatra permanezca entre los santos, con su pecado contaminará a todos los hermanos.

No debemos dar la interpretación que muchas denominaciones cristianas dan a la parábola de la levadura, incluida en las siete parábolas de Mateo 13: "*Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado*" (v. 33).

Algunos líderes de las denominaciones hablando de esta parábola afirman que esa ha sido la historia de su congregación; que comenzaron con un grupo muy pequeño y que gracias a la levadura que el Señor ha introducido en medio de ellos, ahora han llegado a ser una gran congregación, con muchos adeptos y donde se producen toda clase de milagros y hechos extraordinarios.

Es necesario apreciar la palabra desde el espíritu y buscar revelación en ella. El Señor, en primer lugar, dijo que el reino de los cielos era semejante a. La semejanza indica que es parecido, que en apariencia es, pero solo en apariencia, es decir en realidad no es.

Es el caso de una foto tuya, que solamente es una imagen tuya, pero definitivamente, la foto no es tú, tú no estás en ella. De la misma manera esta parábola habla de la apariencia del reino de los cielos, pero no del reino de los cielos en su realidad. En otras palabras, la apariencia es aquello que satanás quiere que tú creas que es, pero en realidad no es.

En segundo lugar, la levadura que fue escondida en las tres medidas de harina no fue escondida por el Señor, sino por una mujer, y la levadura, en la Biblia siempre se refiere a cosas negativas, siendo la más destacada el pecado, como lo hemos visto en 1 Corintios 5.

El señor se refirió a la levadu-

ra cuando mencionó la levadura de los fariseos, que tiene que ver con todas las enseñanzas de mandamientos de hombres tales como no toques, no gustes, no hagas, vístete de determinada manera, córtate el cabello así, no se maquille, etc., muy común en muchas congregaciones del cristianismo contemporáneo.

Igualmente habló de la levadura de los saduceos que eran aquellos religiosos judíos que en el tiempo en que Jesús estuvo en carne en la tierra, no creían en la resurrección, en el Espíritu ni en la existencia de los ángeles. Corresponde a líderes cristianos que niegan algunas verdades de la palabra, que no son fieles ni integrales en su interpretación y de ellos está saturado el cristianismo.

Otra clase de levadura a la que hizo referencia el Señor es la levadura de los herodianos, un movimiento político que en los tiempos de Jesús en carne, luchaban contra el imperio romano, que subyugaba en ese entonces al pueblo de Israel.

En el cristianismo de hoy, en diversos países, hay cristianos metidos en la política, en los parlamentos de las naciones y en altos cargos gubernamentales, pretendiendo cambiar la mentalidad pecadora y corrupta de quienes gobiernan, y como resultado ellos terminan tan o más corruptos que los incrédulos, porque un poco de levadura leuda toda la masa.

En la parábola la mujer escondió levadura en tres medidas de harina, es decir la puso allí de manera furtiva, de tal manera que otros no se dieran cuenta, especialidad de satanás, de introducir encubiertamente el pecado en la iglesia para hacer que los hijos de Dios tropiecen. Por su parte, la harina hace referencia al proceso que el Señor Jesús pasó para redimirnos.

Él es el grano de trigo que cayó en tierra y murió "*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*" (Juan 12.24), que fue molido para producir una harina pura, que hoy es Él, después de haber pasado por el proceso de encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación y que

está en nuestro espíritu humano, disponible para nuestro disfrute. Por esto el Espíritu Santo dice: "*Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad*" (1 Corintios 5.7-8).

El número tres, de las tres medidas de harina, indica que, aunque fue el Hijo quien pasó por todos estos procesos, también el Padre y el Espíritu estuvieron en y con el Hijo en el transcurso de la obra de redención, porque nuestro Dios Tres-Uno, Padre Hijo y Espíritu Santo, no pueden separarse. En la expresión humana de este Dios maravilloso mezclado con los hombres y mujeres que conformamos la iglesia, la mujer escondió la levadura, satanás introduce la comisión de pecados.

No podemos ignorar las maquinaciones del enemigo para degradar y corromper la iglesia, y aquí el Señor nos ha mostrado un claro ejemplo de lo que, al respecto sucedió entre los hermanos de Corinto, no con el ánimo de criticar a los hermanos, ni de jactarnos, sino para que miremos atentamente, porque nosotros no estamos exentos de caer en esa clase de pecado.

Tenemos el peligro latente de cometer pecados de muerte y ser cortados, no de la salvación eterna, sino del disfrute del reino de los cielos, en esta era y en la venidera, que será el tiempo de la manifestación plena de ese reino.

Es por esto que el Espíritu nos hace una recomendación muy sentida en 1 Corintios 6.18: "*Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca*". ¡Huyamos de la fornicación! Este es un pecado de muerte, y si lo cometemos siendo creyentes, perderemos el reino de los cielos.

2. Adulterio

Es otro de los pecados de muerte que satanás quiere introducir entre los creyentes para impedirlos tener acceso al reino de los cielos.

El adulterio tiene que ver con el divorcio, muy común en el mundo contemporáneo, y que en buena medida ha penetrado

las congregaciones cristianas.

Estamos convencidos de que el tiempo que vivimos en esta tercera década del siglo XXI, es inmediatamente anterior a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y al respecto de él, el Señor advirtió: "*Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos*" (Lucas 17.26-27).

La frase se casaban y se daban en casamiento, es muy significativa, porque las gentes del mundo actual toman el asunto del matrimonio de manera liviana, y los fracasos matrimoniales son el pan de cada día. Estos fracasos terminan en la separación de la pareja, con el consiguiente daño que se causa a la familia y al plan de Dios.

Tenemos claridad sobre el tema del matrimonio, porque éste salió del corazón de Dios y no es un invento humano ni un contrato social, como algunos lo definen: "*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne*" (Efesios 5.31).

El matrimonio entre un hombre y una mujer, es tipo de lo que el Señor hará con el hombre corporativo—la iglesia— al comienzo y al final del milenio: Dios se casará con el hombre corporativo que redimió por medio de Su plan de redención.

En la ley moral de Dios, el séptimo mandamiento dice: "**No cometerás adulterio**" y este mandamiento fue aún más elevado por el Señor Jesús: "*Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón*" (Mateo 5.27-28).

El adulterio en el Antiguo Testamento se consumaba cuando un hombre o una mujer casada, tenían relaciones sexuales con una persona distinta a su cónyuge y los adúlteros debían morir.

Cuando el Señor Jesús vino en carne, no limitó el adulterio a tener intimidad con alguien distinto al cónyuge, sino que lo llevó a un plano más elevado: ***Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella***

en su corazón. El solo hecho de mirar a una mujer para desearla se constituye en adulterio, y en este campo, el diablo empuja permanentemente a las personas a que adulteren.

El mandamiento fue elevado por el Señor Jesús hasta el plano de que el solo hecho de mirar a una mujer y desearla, se convierte en adulterio. ¿Y quién puede controlar el deseo en el corazón de una persona? Indudablemente el Espíritu Santo que mora en el espíritu del creyente.

En la época que vivimos actualmente, tercera década del siglo XXI, es común y corriente la fornicación y el adulterio, y en todo el mundo se ha hecho común el tener relaciones íntimas a temprana edad, con el frecuente embarazo de niñas preadolescentes y adolescentes, debido al gran auge que tiene el denominado "***libre desarrollo de la personalidad***" y la libertad de acción de niños, jóvenes y adultos.

Esta es una época donde, por medio de normas legales, satanás ha logrado que en casi todos los países del mundo la familia se desintegre, porque las leyes no permiten a los padres ejercer la patria potestad en los hijos y los niños se crían casi sin ningún control, sin ninguna orientación, y por esa razón, un buen número de niños nacidos son producto de embarazos indeseados, son infantes que no tienen la seguridad, el cariño, el cuidado y el amor de un hogar adecuadamente constituido y su infancia y adolescencia son épocas de su vida donde abunda el desamor, la desorientación y la falta de amor por el Señor.

Como consecuencia, son personas que fácilmente caen en vicios sexuales, vicios de drogadicción y tantas formas de corromperse y de perderse, que les ofrece el sistema satánico llamado mundo.

¿Y qué decir del fracaso de los matrimonios? Es común en el mundo el divorcio entre parejas que han estado casadas por algún tiempo. Las leyes sobre el particular en todos los países del mundo son flexibles y permiten que las parejas se divorcien casi por cualquier causa, haciéndose un daño mutuo que

es prácticamente irreparable y causando un trauma muy difícil de superar en los hijos habidos en el matrimonio que se divorcia.

En la ley del Espíritu de vida que el Señor promulgó para cumplir la ley que en el Antiguo Testamento el Señor había dicho por medio de Moisés: "*También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, déle carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio*" (Mateo 5.31-32).

En este pasaje, el Señor es claro al determinar que no hay ninguna razón para repudiar a la mujer, a no ser la fornicación, lógicamente de la repudiada.

Si miramos el pasaje de manera aislada y desprevenida, aparentemente encontraríamos un desequilibrio de género, porque es el marido quien repudia a la mujer y no la mujer al marido, pero en Marcos encontramos una palabra que establece un magnífico equilibrio para hombre y mujer: "*Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio*" (Marcos 10.11-12).

Este último pasaje es más contundente y aclaratorio y pone fin a toda discusión y elucubración sobre el particular. Si juntamos los dos pasajes, podemos afirmar que, cuando uno de los cónyuges fornica, el otro cónyuge puede repudiarlo, pero ninguno de los dos puede volverse a casar, porque ese segundo matrimonio se constituye en adulterio.

Más adelante, el Espíritu Santo, hablando sobre el tema por medio de Pablo, nos da mucha más luz al respecto: "*Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer*" (1 Corintios 7.10-11).

En este caso no se mencionan las causas de la separación, lo cual nos lleva a colegir que puede ser cualquiera. Sin importar cuál sea la causa de la separación de la pareja, ni quién tome la iniciativa de separarse, el hecho es

que los dos deben quedarse sin casarse, porque hacerlo se convierte en adulterio. Si los dos desean volver a tener pareja hay un único camino: reconciliarse con su cónyuge.

Leamos lo que dice el Señor Jesús con respecto al divorcio: "*Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera. Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba*" (Mateo 19.3-12).

Este pasaje comienza con la tentación de los fariseos para tratar de hacer caer al Señor Jesús y termina con una enseñanza muy clara del Señor, acerca del matrimonio y del divorcio.

Los fariseos le preguntan al Señor si hay alguna licitud en el hecho de que el hombre repudie a Su mujer por cualquier causa. El Señor, con la sabiduría de Dios, va más allá de lo lícito o lo ilícito y se remonta al origen mismo del matrimonio, al principio registrado en el libro de Génesis: "*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*" (Génesis 2.24).

El matrimonio no es un contrato social, ni un simple acuerdo mutuo de un hombre y una mujer, sino que es un deseo eterno y muy elevado, que está en el corazón de Dios, desde la eternidad. El Señor declara que cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio ya dejan

de ser dos y se convierten en uno, y si miramos los dos primeros versículos de Génesis 5, encontramos que en realidad el hombre es una entidad única conformada por dos seres: varón y hembra. "*Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados*".

Por eso, al hablar del matrimonio dice que el hombre dejará a padre y a madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne, ya no serán más dos sino una sola carne. Este, que es un gran misterio, representa una realidad muy elevada, tal vez la más elevada de todas las realidades que hay en la historia de Dios en Su trato con el hombre: "*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*" (Efesios 5.31-32).

El matrimonio entre hombre y mujer, es tipo del matrimonio de Dios con el hombre, que es el matrimonio de Cristo con la iglesia.

Durante seis mil años el Señor ha venido preparando un hombre corporativo, conformado por los santos del Antiguo Testamento y la iglesia del Nuevo Testamento y los dos conforman la novia corporativa, con la que el Señor se casará en dos etapas: la primera, en Su venida visible a la tierra, al final de la Gran Tribulación y al comienzo del reino milenario, que será la novia, aquellos santos de los dos Testamentos que lograron ser vencedores y que reinarán con el Señor en el reino de los cielos.

La segunda etapa del matrimonio del Señor con la novia corporativa tendrá lugar al final del milenio, cuando aquellos santos que no fueron vencedores y pasaron los mil años del reino milenario en las tinieblas exteriores, siendo transformados, entrarán en la plenitud de la gloria del Señor, en lo que la Biblia llama la Nueva Jerusalén.

Debido a que todos estos hechos están representados en el matrimonio, es por eso que el Señor Jesús cuando habló de matrimonio, divorcio y adulterio, fue sumamente severo, tajante y radical.

De acuerdo con Su declaración en Mateo 19, una pareja que se une en matrimonio, es juntados por Dios y no por el hombre, por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Los fariseos en su tentativa de hacer tropezar al Señor insisten en preguntarle: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?

La actitud farisaica de aferrarse a la letra de la Biblia, pero no buscar en ella al Cristo maravilloso que es la palabra viviente de Dios, ante quienes estaba, pero que tenían sus ojos vendados por su religiosidad y no se daban cuenta de que estaban ante el mismo Dios que estableció el matrimonio y no el divorcio, les impide ver la realidad que hay en el matrimonio, y que estaban siendo instruidos por el autor de él.

En este punto el Señor les responde: "*Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así*" (Mateo 19.8). De acuerdo con la declaración del Señor, fue Moisés quien permitió a los israelitas divorciarse, debido a la dureza del corazón de ellos, pero el divorcio nunca estuvo ni está en el corazón de Dios. Así que divorciarse es ir contra los principios del Señor y desobedecer Su voluntad.

No obstante, el Señor en Su misericordia estableció una causa para el divorcio: "*Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera*" (Mateo 19.9).

La única causa para repudiar el marido a la mujer o la mujer al marido es la fornicación. Si un hombre casado fornica, su mujer está en todo el derecho de repudiarlo y si es la mujer quien fornica, su marido tiene todo el derecho de repudiarla, es decir, de divorciarse de ella.

Pero esto no quiere decir que uno u otro puedan casarse de nuevo, porque el Señor mismo afirma: "*y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera*". No dice la palabra que la fornicación exime del pecado de adulterio aun en el caso de que el cónyuge repudiado haya cometido fornicación. Es dura

esta palabra, pero es la palabra de Dios. ¿Contenderemos con Él? ¿Le reclamaremos? El Señor tenga misericordia de nosotros y nos ayude a decirle amén a Su palabra.

Esta es la razón por la cual los discípulos clamaron: "*Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse*" (Mateo 19.10).

En otras palabras, ellos le estaban diciendo al Señor: Si la condición del matrimonio impide totalmente el divorcio, es mejor permanecer soltero, de ninguna manera es conveniente casarse.

El Señor, con toda Su sabiduría les respondió: "*No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba*" (Mateo 19.10-12).

El Señor establece aquí que hay tres clases de hombres que no necesitan casarse: los primeros, aquellos que nacieron siendo eunucos, fueron hechos eunucos en el vientre de su madre; los segundos fueron hechos eunucos por los hombres, como era el caso de hombres en las monarquías antiguas, que eran castrados para que cuidaran las princesas de los reyes adúlteros y fornicarios. Al ser castrados los hombres que las cuidaban, las princesas no corrían ningún riesgo de ser accedidas sexualmente por sus cuidadores.

Otra clase de eunucos hechos por los hombres son los sacerdotes y las monjas católicas, quienes para ingresar a los conventos están en la obligación de hacer, lo que ellos llaman, un voto de castidad, el cual consiste en comprometerse a no casarse ni tener relaciones sexuales de ninguna índole. Como estos eunucos son hechos por los hombres, el voto de castidad tiene un efecto totalmente contrario, pues como es sabido por la opinión mundial, el clero y las monjas católicos, han sido a lo largo de la historia y son actualmente, violadores de niños y niñas, de adolescentes y de mujeres adultas, al igual que las monjas practican el lesbianismo, el aborto soterrado y otra clase de peca-

dos sexuales, que hasta produce dolor y pena hablar de esas aberraciones[1].

Hay una tercera categoría de eunucos de los que habla el Señor: hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos, uno de los cuales fue Pablo.

El Señor remata el pasaje con una frase contundente: El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba. Nótese que al principio del pasaje el Señor condiciona el ser eunuco por causa del reino de los cielos a quienes les es dado ese don, como le fue dado a Pablo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. El ser eunuco para el reino de los cielos, entonces, es un don que el Señor les da a algunos.

No podemos hacernos eunucos a nosotros mismos, a menos que el Señor nos haya dado el don.

Por lo demás, tenemos que decir, que la sexualidad es un asunto inherente con la naturaleza humana y si se incluyera dentro de las leyes de las naciones, se tendría que decir que es un derecho fundamental, que no debe ser eliminado de la vida de los hombres, solamente que el Señor estableció un único cause para ejercerlo: el matrimonio.

Por lo anterior, el Espíritu Santo afirma por medio de Pablo: *"En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando"* (1

1. Mucha información sobre el tema puede encontrarse en el libro ***El Poder y la Gloria***, del escritor inglés David Yallop.

Corintios 7.1-9).

El sabio Dios en quien creemos, tiene una genuina solución para evitar la fornicación: el matrimonio. ***A causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido***. Aquí el mandato es cada uno y cada una con su única mujer y con su único marido.

La mayoría de los seres humanos no tenemos don de continencia y a la mayoría de los creyentes el Señor no nos dio don de continencia, entonces, para evitar quemarnos en la fornicación, es mejor casarnos.

Capítulo 15
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (10)

III. Diversas clases de pecados (2)

¿Cómo lograr un matrimonio exitoso?

Pero ¿cuál será el secreto para evitar fracasar en el matrimonio? Las estadísticas más recientes nos dicen que más del cincuenta por ciento de los matrimonios en el mundo se divorcian y más del cincuenta por ciento de las parejas prefieren vivir en unión libre por miedo a fracasar en el matrimonio, como si éste fuera constituido por una ceremonia religiosa o civil.

El secreto está en aprender a depender del Señor para casarse. Entre los múltiples ejemplos de matrimonios exitosos y de matrimonios fracasados que hay en la Biblia, vamos a considerar dos de ellos que nos pueden dar suficiente luz sobre el tema.

Consideraremos el primer caso, el de Isaac. La unión de éste con Rebeca nos da una excelente ilustración de cómo debe ser un matrimonio en el Señor y consideraremos algunos puntos que él encierra:

1. Isaac no escogió

Si observamos la unión de Isaac con Rebeca, veremos que no fue Isaac quien se fijó en Rebeca, ni Rebeca quien se enamoró de Isaac, sino que fue Abraham, depositario de las promesas de Dios, quien tomó la iniciativa de

encontrar esposa para su hijo, heredero de esas promesas: "*Y dijo Abraham a un criado suyo, el más viejo de su casa, que era el que gobernaba en todo lo que tenía: Pon ahora tu mano debajo de mi muslo, y te juramentaré por Jehová, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito; sino que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo Isaac*" (Génesis 24.2-4).

¿Eso quiere decir que debemos volver a las costumbres antiguas en que eran los papás quienes escogían con quién debían casarse sus hijos? De ninguna manera. Lo que nos muestra el Señor en tipo, en este pasaje, es que, si somos hijos de Dios, debemos permitir que sea Él quien decida con quién hemos de casarnos. El Señor tiene la capacidad de darnos lo mejor, a quien más nos conviene y quién es la persona ideal para cumplir juntos Su voluntad y Su plan.

En el pasaje citado, los tres personajes representan al Dios Tres-Uno: Abraham representa al Padre, Isaac al Hijo y Eliécer representa al Espíritu Santo, quienes en el Nuevo Testamento viven en el espíritu de los creyentes.

Si un o una joven creyente han madurado suficientemente, se han preparado espiritual e intelectualmente y consideran, en comunión con el Señor, que ha llegado el tiempo de casarse, lo mejor es que le supliquen que les dé su pareja, su ayuda idónea y Dios les proveerá lo mejor que ha elegido y que puede ser beneficioso para Él.

2. La actitud de Isaac fue de aceptación a la decisión de su padre.

No encontramos en Isaac una actitud de rebeldía ni de oposición a aquello que su padre había decidido sobre su unión conyugal, sino que por el contrario la recibió con gozo y plena sumisión. Esta actitud hizo que el matrimonio de Isaac fuera una bendición para sí mismo y para su padre, y lógicamente para el desarrollo del plan de Dios.

Igualmente podemos ver la sumisión al Señor que observó el siervo de Abraham al cumplir el encargo que le había dado su señor. En cada paso que dio oró al Señor y en todo momento dependió de la decisión del Señor. Para nada puso delante de él sus opiniones y deseos, sino que se dejó guiar totalmente por el Señor.

Mientras que Isaac no salió por el mundo a escoger una mujer hermosa para casarse, sino que esperó la voluntad de su padre, los ángeles caídos se fijaron en la hermosura de las mujeres y escogieron cuantas quisieron y les engendraron hijos.

De la misma manera Rebeca no objetó la determinación de Dios de unirse en matrimonio con un joven que ni ella conocía, pero entendió que casarse con Isaac era la voluntad de Dios y no fue rebelde frente a ella.

3. No hubo una ceremonia especial

Cuando el siervo regresó de la tierra de Abraham con Rebeca, no hubo una reunión ni una ceremonia especial, sino que tanto Abraham, como Isaac y Rebeca tomaron la situación con la mayor sencillez: "*Entonces el criado contó a Isaac todo lo que había hecho. Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó; y se consoló Isaac después de la muerte de su madre*" (Génesis 24.66-67)

Isaac entendió que la elección de Rebeca como su mujer no había sido de su padre Abraham, ni del siervo Eliécer, sino que era Dios quien la había escogido. Este matrimonio tenía la plena bendición de Dios.

Este es el secreto y la clave para que tengamos éxito en nuestro matrimonio: ***permitir que sea Dios quien designe con quién hemos de casarnos***. El Señor nunca se equivocará; por el contrario, nos dará la persona excelente como compañero de viaje en el peregrinar que tenemos en la tierra.

Esto no quiere decir que no podamos hacer una ceremonia delante de los santos y cobijados bajo la autoridad del país donde vivimos. Es aconsejable e ideal que se haga una reunión de testimonio de sujeción a Dios y a las autoridades, pero se deben tener en cuenta dos aspectos muy importantes: el primero, que la pareja debe estar pura y libre de fornicación, porque su matrimonio es un testimonio del matrimonio de Cristo y la iglesia; y, segundo, que la ceremonia no hace el matrimonio ni es garantía de que éste sea exitoso. Solo si nos casamos bajo la voluntad del Señor, tendremos un matrimonio agradable a Dios, feliz y perdurable.

Camino seguro para el fracaso matrimonial

El segundo ejemplo que deseamos mirar muy brevemente, pero ahora en sentido negativo, lo encontramos en Génesis 6.1-7. En este pasaje se narra lo ocurrido antes del diluvio, la unión fornicaria de ángeles caídos con mujeres, unión de la cual resultó una raza de gigantes conocidos como ***Nefilim***, que era una mezcla de espíritus inmundos, de ángeles caídos, con mujeres: "*Cuando los seres humanos comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y tuvieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los seres humanos eran hermosas. Entonces tomaron como mujeres a todas las que desearon. Pero el Señor dijo: «Mi espíritu no permanecerá en el ser humano para siempre, porque no es más que un simple mortal; por eso vivirá solamente ciento veinte años.» Al unirse los hijos de Dios con las hijas de los seres humanos y tener hijos con ellas, nacieron gigantes, que fueron los famosos héroes de antaño. A partir de entonces hubo gigantes en la tierra. Al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón. Entonces dijo: «Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado*!»" (Biblia al Día).

Aquí se habla de dos grupos bien definidos de personas: los hijos de Dios y las hijas de los humanos.

Los hijos de Dios en el Antiguo Testamento no se refieren a personas que sean partícipes de la naturaleza divina, sino a ángeles que han sido creados por Dios, como ocurre por ejemplo en Job 38.7: "*...cuando a una cantaron las estrellas de la mañana, y gritaron de alegría todos los hijos de Dios*".

Los hijos de Dios aquí se refiere a los ángeles y algunas otras criaturas que hacían parte de la creación anterior a Adán. Ellos son hijos de Dios no en el sentido de que sean partícipes de la naturaleza divina de Dios como ocurre con los santos del Nuevo Testamento, sino a que Dios es su origen.

Como bien sabemos, un buen número de esos ángeles—la tercera parte— se rebelaro contra Dios, encabezados por un ángel especial que se llamaba lucero, hijo de la mañana, y se le conocía también como querubín grande protector y que ahora se llama satanás.

Aún después de esa rebelión, en el Antiguo Testamento se les sigue llamando hijos de Dios, tal como lo declara Job 1.6; 2.1: "*Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás... Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová, y Satanás vino también entre ellos presentándose delante de Jehová*". Aquí, satanás, que pertenece a la clase angelical es llamado hijo de Dios, pero insistimos que no tiene que ver con que los ángeles puedan ser partícipes de la naturaleza divina, sino porque Dios es su origen, su creador.

En consecuencia, los hijos de Dios a que se refiere Génesis 6.2 no se refiere a los hijos de Set, como afirman algunos teólogos, diciendo además que las hijas de los hombres se refieren las descendientes de Caín, sino que los hijos de Dios son los ángeles que se rebelaron junto con satanás y de los que tiene una clara referencia Judas 6: "*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día*".

Estos ángeles se mezclaron en fornicación con las mujeres y produjeron una raza de gigantes como era Og rey de Basán, los filisteos y los hijos de Anac, seres que tenían una estatura superior a los 4 metros, y que entre otras características no tenían cinco dedos sino seis, en las manos y en los pies.

Con esta versión Biblia al Día no habrá ninguna duda sobre la interpretación apropiada del pasaje.

No queremos extendernos hablando de las características de estos seres producto de la fornicación, sino que queremos establecer aquí un contraste entre el matrimonio de Isaac con Rebeca y la unión de estos espíritus inmndos con mujeres, para producir una raza proveniente de una mezcla inmunda y fornicaria.

Esa clase de pecado fue tan horrible delante de Dios, que inmediatamente exclama: "*Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos*

hecho" (Génesis 6.5-7).

El desorden provocado por los hijos de Dios con las hijas de los hombres corrompió a tal grado la tierra que el Señor se dolió en Su corazón y se arrepintió de haber creado al hombre, porque cuando lo creó tenía el firme propósito de mezclarse con Él y no que el hombre se mezclara con satanás, como lo hizo en el Huerto de Edén y en Génesis 6 con ángeles caídos.

Debido a esta caída tan grave, Dios decidió raer de la tierra al hombre y a todos los seres vivientes que había creado, bestias, reptiles y aves. Sin embargo, hubo un hombre que halló gracia ante los ojos del Señor y gracias a esa gracia y a ese hombre, hoy vivimos nosotros y podemos relacionarnos con nuestro precioso Dios, de manera viva y real: "*Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová*" (Génesis 6.8).

Es necesario notar que este no es un hecho histórico solamente, sino que se refiere también al tiempo presente, cuando la venida del Señor está muy cerca.

El Señor Jesús nos advierte acerca del comportamiento de las gentes antes de Su venida: "*Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre*" (Mateo 24.37-39).

La fornicación, el divorcio y el adulterio, son tan comunes en el tiempo que estamos viviendo. La comisión de estos pecados se convierten en una señal inequívoca de la cercana e inminente venida del Señor. Casarse y darse en casamiento no se refiere a que haya matrimonios normales agradables a Dios, sino la costumbre que ha optado la gente de finales del siglo XX y comienzos del XXI de unirse de cualquier manera y en poco tiempo abandonar la pareja y unirse a otra y separarse nuevamente y tener otra pareja.

Quienes amamos al Señor no cometeremos esta clase de pecado, sino que vivimos en el arca, que es el Señor Jesús, listos para partir con Él en el momento menos esperado por las gentes del mundo y por los creyentes religiosos. Vendrá entonces la Gran Tribulación y tanto los creyentes que no maduraron como las

gentes del mundo tendrán que pasar por ese tiempo lleno de inmensas dificultades.

3. Homosexualismo

Es la tercera clase de pecado con que el enemigo bombardea a la humanidad para degradarla. Es difícil encontrar en la historia de la humanidad, la profusión tan intensa de la práctica del homosexualismo de hombres y mujeres, como se ha dado en el siglo XX y los comienzos del siglo XXI.

En casi todos los países del mundo, especialmente en los llamados países cristianos, el homosexualismo ha hecho tal carrera, y es así como en distintos países conceden "derechos" a las parejas de homosexuales, les autorizan matrimonios legalmente constituidos y está haciendo carrera la posibilidad de adoptar "***hijos***".

Esta época es muy parecida a los días de Noé, donde debido al exceso de fornicación de los ángeles caídos con las mujeres, a Dios le dolió haber creado al hombre, se arrepintió de haberlo hecho y decidió raerlo de sobre la faz de la tierra.

Pero si somos hijos de Dios que conocemos Su palabra, que tenemos revelación y visión de ella y procuramos vivirla diariamente, debemos entender que el Señor advirtió esta situación hace cerca de dos mil años. Al respecto Él dijo: "*De igual manera también como aconteció en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre desde el cielo, y los destruyó a todos*" (Lucas 17.28-29).

¿Qué ocurría en los días de Lot? Para entenderlo, miremos el relato de la destrucción de Sodoma y Gomorra que encontramos en Génesis 18 y 19. En el primero de estos dos capítulos, Dios viene a visitar a Abraham y le comenta la intención que tiene con respecto a Sodoma y Gomorra "*Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré*" (Génesis 18.20-21).

Abraham, el amigo de Dios, un hombre que tiene comunión con el Señor y que se preocupa por su bienestar, de acuerdo con el relato de Génesis 18.1, intercedió ante Él para que no

1. Vea más sobre el particular en el capítulo 2 del libro ***La Oración,*** del mismo editor.

destruyera esas ciudades. Dios aceptó que, si en ellas hubiese diez justos, las perdonaría, pero no se halló a nadie justo, distinto a Lot.

Los ángeles que visitaron a Abraham junto con el Señor se dirigieron a Sodoma con el fin de sacar de allí a Lot y a su familia para que no perecieran junto con los habitantes de la ciudad, y cuando llegaron allí y se hospedaron en la casa de Lot "*Aún no se habían acostado cuando los hombres de la ciudad de Sodoma rodearon la casa. Todo el pueblo sin excepción, tanto jóvenes como ancianos, estaba allí presente. Llamaron a Lot y le dijeron: —¿Dónde están los hombres que vinieron a pasar la noche en tu casa? ¡Échalos afuera! ¡Queremos acostarnos con ellos! Lot salió a la puerta y, cerrándola detrás de sí, les dijo: —Por favor, amigos míos, no cometáis tal perversidad. Tengo dos hijas que todavía son vírgenes; voy a traéroslas para que hagáis con ellas lo que os plazca, pero a estos hombres no les hagáis nada, pues han venido a hospedarse bajo mi techo. —¡Quítate de ahí! —le contestaron, y añadieron—: Éste ni siquiera es de aquí, y ahora nos quiere mandar. ¡Pues ahora te vamos a tratar peor que a ellos! Entonces se lanzaron contra Lot y se acercaron a la puerta con intenciones de derribarla. Pero los dos hombres extendieron los brazos, metieron a Lot en la casa y cerraron la puerta. Luego, a los jóvenes y ancianos que se agolparon contra la puerta de la casa los dejaron ciegos, de modo que ya no podían encontrar la puerta*" (Génesis 19.4-11 – Biblia al Día).

Era tal la depravación de homosexualismo que había en Sodoma y Gomorra que cuando los varones de esa ciudad vieron los dos varones que estaban hospedados en la casa de Lot, tanto ancianos como jóvenes se agolparon frente a la casa, pretendiendo que Lot se los entregara para tener relaciones sexuales con ellos.

La degradación de Sodoma era tal, que Lot les ofreció sus dos hijas doncellas, para que estos hombres depravados fornicaran con ellas, con tal que respetaran a los varones que estaban bajo su techo, pero estos malvados rechazaron la oferta, pues su pecado era tan grande que ya no gustaban de las mujeres y deseaban ciegamente acostarse con los varones. Los ángeles entonces metieron a Lot en la casa y enceguecieron a los depravados homosexuales.

¿Cuáles son las causas de tanta depravación en la humanidad? Veamos el relato de Romanos 1.18-32, y encontremos las

causas de la perversión humana: *"Ciertamente, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad. Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles. Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros. Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a los seres creados antes que al Creador, quien es bendito por siempre. Amén. Por tanto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes, y en sí mismos recibieron el castigo que merecía su perversión. Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están llenos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; inventores de maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no sólo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican"* (Biblia al Día).

En este pasaje encontramos varios puntos que debemos considerar, aunque sea sucintamente, para conocer las causas del desenfreno humano, especialmente en lo que tiene que ver con el homosexualismo.

En primer lugar, nos dice el pasaje que no hay ninguna excusa para ningún humano, para que desconozca la existencia de Dios, Su eterno poder, la carac-

terística que lo hace a Él Dios, es decir Su deidad y Su naturaleza divina, porque Él ha revelado todo lo concerniente a estos aspectos por medio de las cosas que ha creado. En otras palabras, la creación es el mayor testimonio de la existencia de Dios y de Sus atributos y virtudes.

El desvío está en que los hombres, conociendo a Dios por medio de la creación no quisieron honrarlo, ni glorificarlo, sino que se envolvieron en razonamientos vanos y su corazón se llenó de insensatez, vanidad y tinieblas. Igualmente, los hombres se consideraron sabios en su propia opinión y en lugar de adorar al Dios único, cambiaron Su gloria y se dedicaron a adorar imágenes de hombres mortales, imágenes de aves, imágenes de cuadrúpedo e imágenes de reptiles.

Es muy triste ver el pleno siglo XXI a personajes de talla mundial postrados ante hombres, tales como los jerarcas de la iglesia católica: papa, cardenales y obispos, o ante reverendos, pastores y líderes religiosos, adorándolos y siguiéndolos, cambiando la gloria del Dios eterno y maravilloso por un hombre mortal.

Igualmente es deprimente encontrar a tantas personas de todas las clases sociales postradas ante una estatua de yeso, madera o metal o ante una pintura o un retrato de los llamados santos y vírgenes, pidiendo ayuda, esperando milagros.

En las tragedias de inundaciones, terremotos, tifones y ciclones, la gente que logra salvar algo de lo que tenían, lo primero que se ve es el ídolo de determinada virgen o de algún santo, cambiando de esta manera la gloria del Dios santo e incorruptible por semejanza de hombre corruptible.

Los niños, los jóvenes y los viejos del mundo contemporáneo cambian la gloria del Dios maravilloso por un equipo de fútbol, de béisbol, de baloncesto o por un determinado deportista y son capaces de dar su vida por ese ídolo. En Colombia, algunos padres ponen a sus hijos el nombre del equipo de “sus amores” o aun ellos mismos cambian sus nombres por el de equipo de sus preferencias.

Los gobernantes, los hombres y mujeres que están en eminencia, los deportistas y la gente en general tienen una estatuilla de cierta virgen o de cierto santo

al que le piden que les ayuden a tener éxito en sus gestiones, en sus competencias o en sus actividades diarias, ofendiendo con esto al Señor que los creó y que creó todas las cosas y quien nos da vida aliento y todas las cosas.

En las ciudades grandes y pequeñas, los adultos y los niños tienen algunos animales por mascotas, a quienes llegan al extremo de adorarlos. Estos animales tales como perros, gatos, pájaros, peces y otros, tienen mejor atención alimentaria, médica y de cariño, que muchos seres humanos que en la ciudad y en el campo perecen de hambre y de falta de atención en salud. Todas estas cosas han llevado a los hombres a cambiar la gloria del Dios eterno, precioso y maravilloso, por la adoración a hombres, animales y cosas.

Además de eso la moda en el vestuario, en la música, en la comida y en todas las manifestaciones de la vida, hacen que el hombre ignore a Dios y se vuelva idólatra.

Y qué decir del desarrollo de la ciencia y la tecnología. Los científicos y los desarrolladores de tecnología se jactan de los descubrimientos que hacen diariamente y en ninguno de ellos hay una manifestación de respeto, adoración y reconocimiento de Dios, quien dotó al hombre de inteligencia para descubrir fenómenos e inventar aparatos, y lo puso en Su creación que le provee todos los recursos para que pueda realizar sus descubrimientos y construir artefactos, con los que se desarrollan la ciencia y la tecnología. El corazón de todos ellos está lleno de vanagloria y de tinieblas.

Alrededor del año 2012 un científico inglés de mucha reputación, considerado un ícono en el mundo científico debido a su invalidez total, se atrevió a decir que Dios no existía y que el universo surgió de la nada.

Debido a que el hombre optó por esa actitud frente a su Creador y Redentor, el Señor obró en consecuencia "*también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos*" (Romanos 1.24).

Si un hombre, una familia, una comunidad o un país desconocen al Señor, Él los entrega a la inmundicia, a los deseos de su corazón depravado y como consecuencia viene la deshonra de sus propios cuerpos.

En el mundo contemporáneo hay una total deshonra para el cuerpo tanto del hombre como de la mujer. Unos y otros hacen que su cuerpo sea deshonrado en la manera como se visten o más bien como se desvisten.

La moda del vestuario femenino manifiesta una desesperación por tratar de mostrar las intimidades de su cuerpo. La publicidad se basa en mostrar mujeres casi desnudas para fijar en la mente de las personas el producto que quieren vender, y debido a la concupiscencia, el producto es vendido, sea útil o inútil, necesario o innecesario, porque la desnudez ha causado su efecto en la concupiscencia del público a quien se dirige la publicidad.

La fornicación y el adulterio es otra forma de deshonrar sus propios cuerpos. Un hombre o una mujer que tiene intimidad con una persona que no sea su legítimo cónyuge, deshonra su cuerpo.

El sexo es hermoso, puro y santo, dentro del matrimonio establecido por Dios. El Señor nos creó con esa necesidad y propició un camino apropiado para suplirla: el matrimonio, que bajo Su voluntad es honroso: "*Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios*" (Hebreos 13.4).

Como los seres humanos "*Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a los seres creados antes que al Creador, quien es bendito por siempre. Amén. Por tanto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza*" (Romanos 1.25-26).

La palabra de Dios es bien clara al decirnos que debido a la idolatría, las mujeres dejaron las relaciones naturales por relaciones que van en contra de la naturaleza, es decir, en lugar de unirse en matrimonio con un hombre, toman actitudes antinaturales uniéndose a otras mujeres, en el llamado homosexualismo femenino o lesbianismo.

En la capital colombiana, en la época en que se escribió este libro, una mujer lesbiana gobernaba una de las localidades de la ciudad y en la época en que fue grabado otra mujer lesbiana gobernaba la ciudad, y eso, por

supuesto, atrae la maldición de Dios sobre la ciudad y es difícil encontrar épocas de mayor caos en la ciudad, a la vivida en este tiempo. El alcalde mayor de la ciudad de esa época no terminó su periodo y fue encarcelado, y condenado por corrupto. Su partido es uno de los grandes baluartes del homosexualismo; también es un partido que se ha venido destruyendo.

Pero la miseria y la desgracia espiritual y moral no se detienen ahí, sino que "*Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes, y en sí mismos recibieron el castigo que merecía su perversión*" (Romanos 1.27).

En las cuatro últimas décadas ha tomado mucha fuerza en todo el mundo, el movimiento de los homosexuales y han alcanzado algunos logros, tanto así que en muchos países permiten los "matrimonios" de "parejas" del mismo sexo, les reconocen derechos patrimoniales y les permiten adoptar niños y niñas como "hijos".

Sabemos que detrás de estos hechos está la mano de satanás, porque el mundo entero está bajo su mano, según lo declara el Espíritu en Su palabra.

Pero lo más triste es que haya congregaciones llamadas cristianas que acepten esta clase de aberraciones, como ocurre con la iglesia anglicana que tiene entre sus "*ministros*" a personas homosexuales, celebra "*matrimonios*" de parejas del mismo sexo y comulga con toda clase de manifestaciones de esas personas.

Como ejemplo, en 1997, en el sepelio de la princesa Diana de Inglaterra, quien era una mujer adúltera y se había casado con el príncipe Carlos, también adúltero, vimos que, en la ceremonia religiosa llevada a cabo por el obispo de Canterbury, líder espiritual de la "**iglesia**" anglicana, el show central estuvo a cargo de un cantante inglés de nombre Elton John, quien es un declarado homosexual.

Todo esto es consecuencia de que los hombres, en lugar de adorar al Dios Único, Vivo y Verdadero, prefirieron adorar ídolos representados en hombres, animales, cosas y predilecciones del alma, y no solo la consecuencia está en el homosexualismo de hombres y mujeres, sino que la palabra de Dios tiene una lis-

ta de debacles, que leeremos a continuación: "*Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están llenos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; inventores de maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados*" (Romanos 1.28-31—Biblia al Día).

Todo esto tiene como causa la idolatría, y ha sido infiltrado por el diablo enel cristianismo para degradarlo y llevarlo al extremo de degradación en que se encuentra actualmente.

Hay muchos otros pecados que como creyentes podemos cometer, y debemos ser cuidadosos en evitarlos, pero no podemos confiar en nuestros esfuerzos ni capacidades.

Simplemente debemos acercarnos cada día al trono de la gracia, tener íntima comunión con el Señor, llenarnos de Su naturaleza que es santa, justa, llena de luz, de vida eterna y de amor, para que Sus virtudes de paciencia, humildad, mansedumbre, dominio propio, gozo, benignidad, bondad, fe…, sean expresadas por medio de nosotros.

Igualmente al acercarnos al trono de la gracia, podemos disfrutar de la obra completa de redención del Señor, tal como la encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación, para matar todas las cosas negativas que en nosotros se oponen a que el Señor desarrolle Su plan y disfrutar de las victorias que Él obtuvo en todos los pasos de la redención y que junto con Sus virtudes y atributos son Sus riquezas, y esas riquezas son nuestra herencia y nuestras riquezas.

¡Disfrutemos las riquezas del Señor que son neustra herencia!

Capítulo 16
Los Ingredientes de la Degradación y Cómo Vencerla (11)

IV. División en torno a liderazgos, ministerios particulares, organizaciones y doctrinas

Otra de las herramientas que ha usado el diablo para degradar la iglesia y convertirla en la religión cristiana, consiste en levantar líderes cristianos que viven conforme a sus concupiscencias para que lideren las iglesias cristianas.

Éstos se consideran que son los siervos, los ungidos y los enviados de Dios. En su condición errada conquistan seguidores, establecen organizaciones y trazan doctrinas particulares, aparentemente basadas en la Biblia, y con todo ese andamiaje engañan aun a los genuinos hijos de Dios.

Para profundizar las afirmaciones anteriores vamos a mirar primero algunos de los hechos que ocurrían en Corinto. En esa ciudad los hermanos estaban divididos en facciones siguiendo a ciertos hermanos que consideraban eran agradables a ellos y que también los creían depositarios de la verdad: "*Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo*" (1 Corintios 1.11-12).

En Corinto había preferencias por hermanos. Unos consideraban que Pablo era el siervo de Dios, el ungido, y se identificaban con él.

Otros creían que Apolos, un hermano distinguido por su elocuencia y que además había venido de una de las cunas culturales de la época, como era Alejandría, era el varón de Dios, y a él había que seguir.

Un grupo más consideraba que Pedro, por haber tenido tantas experiencias con el Señor, era digno de llamarse líder y a Él había que seguir. Otros excluían a los anteriores y se decían ser de Cristo.

La realidad es que allí satanás había logrado que la semilla de la discordia y la división creciera y se fortaleciera. Los hermanos habían perdido la unidad del Espíritu y la unanimidad, y tenían disputas por liderazgos.

Aquí se puede notar que la división no era causada por lobos rapaces que habían venido de afuera, sino por hermanos genuinos que habían perdido la capacidad de mantener la unidad del Espíritu. Se estaba cumpliendo exactamente lo que Pablo había advertido en Hechos 20.29, 30: *"Porque yo sé que después de mi partida...de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos"*.

La división no era causado por Pablo, Apolos ni Pedro, sino por la mente contaminada de algunos santos que pretendían erigirlos como sus líderes.

Pero este hecho no solo se dio en Corinto, sino que es la manifestación del cristianismo actual, el cual está dividido en miles de facciones, siguiendo a líderes autodenominados pastores, reverendos, apóstoles, siervos de Dios, ungidos, profetas, etc.; siguiendo igualmente ciertas doctrinas aparentemente bíblicas, tales como el bautismo, el presbiterio; los dones, especialmente el de hablar en lenguas, profetizar y hacer milagros; las doctrinas de diezmos y ofrendas, y la localidad de la iglesia, entre otras, y viviendo bajo la cobertura de nombres específicos con los cuales se han registrado ante las autoridades de los diferentes países donde tienen sedes.

¿Dónde estaba el origen del conflicto en Corinto, que es el mismo origen de la situación contemporánea? El Espíritu nos da la respuesta en 1 Corintios 1.9: *"Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo*

Jesucristo nuestro Señor".

Dios en Su fidelidad, Él es el único fiel, nos ha llamado a una única comunión, y esa comunión es la de Su Hijo Jesucristo y ese Hijo es nuestro Señor.

Satanás aprovecha la carne de los hermanos para llevarlos a que se auto proclamen como líderes y a tener hablares perversos, que arrastran a los demás hermanos a seguirlos, a vivir bajo comuniones distintas a la única comunión que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor.

El Espíritu es tajante al afirmar que hay una sola y única comunión a la que hemos sido llamados y esa comunión es la del Hijo Jesucristo y esa comunión puede darse solamente en el espíritu humano con el Espíritu Santo y esa comunión verdaderamente es con el Padre y con el Hijo Jesucristo: "*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros… nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo*" (2 Corintios 13.14; 1 Juan 1.3).

En Corinto está sembrada la semilla de la discordia y de la división y a lo largo de los siglos ha crecido y se ha desarrollado hasta convertirse, en el tiempo presente, en un poderoso y gigante árbol.

Hoy la iglesia, que está conformada por todos los hijos de Dios, aquellos que hemos sido regenerados por medio de recibir al Señor, está dividida en miles de facciones y cada una sigue a un líder, a una doctrina y a una organización.

Todos se han olvidado de la única comunión a la que fuimos llamados y esa comunión es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor. Todos han dejado al Único Líder, Pastor y Obispo de nuestras almas, el Señor Jesús: "*Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas*" (1 Pedro 2.25)

Al estar errados en el punto de partida, todo lo demás es terreno abonado para que satanás pueda hacer el daño que hoy le hace a la iglesia.

Por eso es que Pablo ruega a los corintios y por medio de ellos a todos los creyentes contemporáneos: "*Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una*

misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer" (1 Corintios 1.10).

Aunque Pablo no tuvo la oportunidad de experimentar la unidad en el Espíritu y la unanimidad que había el día de Pentecostés en Hechos 2, si logró experimentar esas dos realidades en Antioquía de Siria, cuando en Hechos 13, el Espíritu Santo escogió de entre cinco hermanos que eran diligentes en guardar la unidad del Espíritu y en ser unánimes, a él junto con Bernabé, para enviarlos a la obra de anunciar a Jesucristo entre los gentiles.

Por eso, Pablo, con una visión diáfana de la unidad que a Dios le agrada, nos ruega en el nombre del Señor Jesucristo, tres puntos:

1. Que hablemos todos una misma cosa

Esa misma cosa es una persona: el Señor Jesucristo. Pero para hablar al Señor Jesucristo es necesario vivir en la única comunión y en esa única comunión somos llenos en nuestra alma de esa persona y cuando estamos llenos y saturados de ella, expresamos a la persona maravillosa: nuestro Señor Jesús.

2. Que no haya entre nosotros divisiones

La palabra división se descompone en dos partes: el prefijo di, que quiere decir dos y visión. Tener divisiones, es decir, ser divisivos, es tener más de una visión.

¿Pero cuál es la visión correcta? ¿Será la de Pablo, o la de Apolos, o tal vez la de Pedro? Ni la de Pablo, ni la de Apolos ni la de Cefas. Ninguna de esas visiones es válida ni útil para la edificación del cuerpo.

La única visión es la del Espíritu. Pablo, Apolos y Pedro tenían esa única visión; los divisivos eran los hermanos de Corinto que pretendían exaltarlos como líderes en la iglesia, de la cual la única Cabeza es el Señor y Él es el único digno de ser exaltado.

Es por eso que el Espíritu Santo en Efesios 4.3 nos pide: "*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*". Debemos ser diligentes, solícitos y firmes en guardar la unidad del Espíritu. Observa amable lector,

que la unidad no se logra en torno a líderes, doctrinas u organizaciones, sino en torno al Espíritu Santo.

¿Y cómo se guarda la unidad del Espíritu? Nosotros sabemos que todos los hombres tenemos un espíritu humano, y que Dios nos dio ese espíritu para que Él, que es el Espíritu, pueda morar y mezclarse con nosotros. Los creyentes de Cristo hemos recibido el Espíritu Santo en nuestro espíritu humano.

Guardar la unidad del Espíritu consiste simplemente en que cada uno de los creyentes aprenda, en su espíritu, a ser uno con el Espíritu Santo que mora en él, aprenda a escucharlo, a obedecerlo, a adorarlo, a respetarlo, a reverenciarlo, a seguirlo y a glorificarlo, sin tener ningún mediador ni intermediario distinto al Señor Jesús: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*" (1 Timoteo 2.5).

En la medida que cada creyente va siendo uno con el Espíritu, se va dando la unidad del Espíritu y cuando somos uno en el Espíritu, se da, espontáneamente, el siguiente punto.

3. Que estemos perfectamente unidos en una misma mente y en mismo parecer

Cuando se logra la unidad del Espíritu, como ocurrió con los ciento veinte en Pentecostés o con los cinco hermanos profetas y maestros que había en la iglesia en Antioquía, la unanimidad viene por añadidura.

Aclaramos que ser unánimes es tener una sola alma, lo que es equivalente a lo que dice Pablo en el versículo: una misma mente—pensamiento— y un mismo parecer—voluntad—.

Estar perfectamente unidos implica que no hay una sola grieta ni rendija por donde satanás pueda introducir nada. Eso ocurrió en Pentecostés. Lee el capítulo 2 de Hechos y observa que allí no hubo nada que satanás pudiera introducir en la iglesia, sino que había una perfecta unidad entre Dios y los hermanos, y de los hermanos entre sí.

Ellos eran de una sola alma; su pensamiento no era el de Pedro ni el de Juan, ni el pensamiento de alguno de los apóstoles, sino el pensamiento del Espíritu Santo.

Alcanzar la misma mente y el mismo parecer no se logra mediante seguir a uno u otro hermano que funge de líder, de pastor, de reverendo o de ungido de Dios, sino tener el pensamiento del Espíritu Santo, y esto se alcanza solamente mediante revelación: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*" (Efesios 1.17).

La revelación se da solamente en el espíritu humano de los creyentes, y solamente mediante ella podemos tener conocimiento de Dios.

¿Por qué los hermanos en Corinto estaban divididos? Porque habían abandonado la única comunión del Hijo Jesucristo nuestro Señor y pretendieron seguir comuniones particulares: Pablo, Apolos, Pedro y aun otros que se consideraban de Cristo y excluían a los demás.

La situación presente es la misma, solamente que más desarrollada y más fuerte. Cada grupo sigue a un líder, a una doctrina y a una organización. Periódicamente los hermanos se cansan de estar subyugados a un hombre y a una organización y van y buscan otra organización con otro líder y pasan toda su vida en la tierra buscando la verdadera iglesia sin encontrarla. O creen que su denominación es la verdadera y única iglesia y viven toda una vida de muerte espiritual, sin tener la oportunidad de creer en el Señor y sin agradarlo.[1]

Es bueno, amado hermano, hacer un alto en el camino, dejar de seguir a hombres y volverse al Espíritu Santo que mora en el espíritu como la unción y nos enseña todas las cosas y especialmente nos enseña a permanecer en el Señor: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*" (1 Juan 2.27).

La consecuencia de seguir a líderes, organizaciones cristianas, doctrinas y ministerios particulares, es que el creyente no puede crecer en el Señor, no puede llegar a la madurez.

Veamos la advertencia que

1. Te recomiendo la lectura del libro ***¿Cuál Iglesia?*** del mismo editor. ***www.las-primicias.com***

Pablo, inspirado por el Espíritu, hace a los hermanos de Corinto: "*De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres mundanos? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?*" (1 Corintios 3.1-4).

Un hermano que se matricula en una denominación o en un grupo libre, es divisivo y no puede participar del alimento sólido, porque en su constitución espiritual sigue siendo un bebé, al que le hacen daño los alimentos sólidos: "*y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez*" (Hebreos 5.12-14).

Igualmente, un hermano que vive en división es carnal, está lleno de celos, de contiendas y disensiones y su vivir es igual al de un hombre mundano. Hermanos que son así, siempre tienen que ser alimentados con leche y la leche no es un alimento apropiado para una persona adulta. Si un adulto se alimenta solo de leche, pronto morirá de inanición.

En otras palabras, los hermanos que son carnales, divisivos, que viven con celos, en disensiones y contiendas, nunca podrán tener revelación en su espíritu, no podrán conocer ni ver las profundidades de la palabra de Dios.

Debemos anhelar alcanzar madurez, crecer en el Señor, tener la capacidad de participar del alimento sólido que Dios suple a quienes van creciendo y alcanzando madurez; de otra manera, seremos perjudicados y perderemos la oportunidad de entrar en el reino de los cielos y de reinar con el Señor durante los mil años del reino milenario.

En el tercer capítulo de 1 Corintios Pablo les dice a los santos de Corinto que, aunque él deseaba darles a comer vianda, es decir, alimento sólido, no pudo hacerlo, porque ellos no estaban en capacidad de recibir esa clase de alimento. ¿Por qué? La Biblia

tiene una respuesta bien clara: "*porque aún sois carnales*" (1 Corintios 3:3)

La palabra del Espíritu es contundente. A aquellos creyentes que son carnales no es posible darles a comer alimento sólido. ¿Y en qué se manifiesta la carnalidad? Una vez más recurrimos a la Biblia: "*pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?*" (v. 3).

Los hermanos en Corinto eran celosos unos de otros, contendían, discutían y peleaban entre sí por líderes humanos y cada uno tenía sentires diferentes, no el sentir del Espíritu Santo: "*Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?*" (1 Corintios 1.4). Al tener estas actitudes, ellos estaban rechazando al Señor, lo estaban desplazando del primer amor y como veremos en la degradación en Éfeso[2], dejar al Señor como el centro, como el primero y poner en Su lugar a un líder, a una doctrina o a una organización, es caer del primer amor.

El Espíritu, hablando por medio de Pablo aclara la situación, que es el gran problema de la iglesia contemporánea. Es el engaño que satanás trajo a la iglesia, y los hermanos, por su falta de búsqueda de revelación, cayeron en su trampa: "*¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento*" (1 Corintios 3.5-7).

Entendemos la dificultad que tienen los creyentes contemporáneos para romper el paradigma que satanás, usando a los líderes del cristianismo, ha sembrado en el corazón de los hermanos, consistente en que no se puede vivir una vida agradable a Dios si no se está bajo un liderazgo, si no se matricula en una organización y si no siguen las doctrinas de la organización.

Para dilucidarlo, es necesario echar una mirada y detenernos en el capítulo 10 del Evangelio de Juan, especialmente los 18 primeros versículos. En esta porción de la palabra, el Señor estableció un contraste entre

2. Todo lo concerniente a la degradación en Éfeso puedes encontrarlo en los capítulos 18 y 19 de este libro.

los rediles y el rebaño del Señor; igualmente contrastó los pastores asalariados y el Pastor de la iglesia, que es Él.

Todos sabemos que un redil es un corral donde se guardan las ovejas para que pasen la noche, protegidas del frío, de la lluvia, de las tormentas y de los depredadores. Es un lugar temporal para pasar cada noche y en él hay ciertas suciedades de desechos de las ovejas. Por eso, el pastor viene temprano en la mañana y las saca del corral, y las lleva al prado a comer pasto fresco, que generalmente no hay en el redil, y para que en las fuentes busquen agua que supla su sed.

Podemos decir que hoy hay dos grandes rediles en la tierra: los judíos y los cristianos. A ellos vino el Señor, pero no por asalto, sino que entró por la puerta después de que el portero le hubo abierto la puerta: "*De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es*" (Juan 10.1-2).

El cristianismo contemporáneo es un gran redil que a la vez está subdividido en miles de pequeños rediles a lo largo y ancho de la tierra. El Señor hoy está viniendo a esos rediles, está abriendo la puerta y está llamando a Sus ovejas: "*A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las conduce fuera… He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo*" (Juan 10.3; Apocalipsis 3.20).

El Señor no entra en el redil, sino que se queda en la puerta y desde allí llama por nombre a Sus ovejas y ellas conocen Su voz y una vez que las ha llamado y ellas lo han oído, las conduce fuera.

El Señor no se queda, ni entra en el redil, porque no tiene ningún interés en redil alguno. Todos los rediles del cristianismo, catolicismo romano, catolicismo ortodoxo oriental y protestantismo son organizaciones diabólicas que se oponen y entorpecen el plan de Dios. El Señor no entra en ellos, no permanece en ellos ni son de Su interés. Él solamente se acerca a la puerta y llama por nombre a aquellos que son Suyos y que han sido engañados por satanás permaneciendo en esos rediles.

Igualmente, el Señor no llama

todos los que están en el redil, sino solamente a Sus ovejas, demostrando con esto que no todas las personas que hacen parte del cristianismo son ovejas, es decir, creyentes genuinos, sino que la mayoría de los habitantes del redil no son ovejas del Señor Jesús, sino falsos creyentes.

Una vez que Sus ovejas han oído Su voz y han seguido al Señor, Él va delante de ellas: "*Y cuando ha sacado fuera todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz*" (Juan 10.4).

Las genuinas ovejas no siguen a líderes, sino al genuino Pastor. Todos los que se auto proclaman como líderes de los cristianos con títulos de reverendo, pastor, evangelista, apóstol, profeta, párroco, guía espiritual, patriarca, obispo, papa, cardenal, hermano responsable, anciano, ministro... no es nada distinto a un asalariado a quien no le importan las ovejas y los creyentes genuinos no los seguirán: "*Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños... Todos los que antes de Mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas... Mas el asalariado, el que no es el pastor, a quien no le pertenecen las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas*" (Juan 10.5, 8, 12-13).

La frase antes de Mí no hace una referencia cronológica para que tenga que ver con el pasado, sino que el Señor quiere decir aquí, que todos aquellos que se ponen frente a las ovejas en lugar de Él son ladrones y salteadores.

Todos aquellos líderes cristianos que se auto proclaman como pastores son salteadores, ladrones y asalariados, a quienes no les importan las ovejas.

¿Para qué saca el Señor a Sus ovejas de los rediles? Para dos cosas principales. ***La primera***, para que disfruten de todas Sus riquezas como comida y bebida fresca: "*Yo soy la puerta; el que por Mí entre, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos... He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*" (Juan 10.9; Apocalipsis 3.20).

En los rediles no hay comida fresca, solo hay "*malos olores, excremento y orina*". En el cristianismo no hay disfrute de las

riquezas de Cristo. Los líderes crisitianos dispensan una comida difícil de comer y que hace mucho daño al "*organismo espiritual*" de quienes la reciben.

En segundo lugar el Señor saca Sus ovejas del redil para que haya un rebaño y un único Pastor: "*También tengo otras ovejas que no son de este redil; es preciso que las guíe también, y oirán Mi voz; y habrá un solo rebaño, y un solo Pastor*" (Juan 10.16).

El Señor espera que los lectores de este libro puedan entender que Él no quiere rediles, es decir organizaciones cristianas y que tampoco ha puesto a líderes para que se enseñoreen y las dirijan, sino que Él es el único Pastor y que tiene un único rebaño.

El Señor desea que tú rompas el paradigma que satanás ha sembrado muy profundo en tu corazón, mediante el cual te ha convencido de que para ser un creyente del Señor Jesús es necesario pertenecer a determinada "iglesia cristiana", estar bajo determinado liderazgo y profesar ciertas doctrinas.

El Señor desea que tú querido hermano, dejes toda organización y lo sigas a Él que está morando en tu espíritu como la unción y Él te enseñará todas las cosas y te guiará a la verdad.

Él es el Pastor y obispo de nuestras almas, por eso debemos acercarnos a Él y dejar de andar como ovejas descarriadas: "*Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas*" (1 Pedro 2.25)

Como creyentes, debemos entender que no hay ningún hermano, ningún líder que en la iglesia pueda ser algo y sustituya al Señor y tome la gloria para sí. El único digno de recibir toda la gloria, toda la honra, toda la alabanza y toda la adoración, es el Señor.

Quisiera Dios que tantos líderes que hoy hay en el cristianismo se arrepintieran de las cosas que han hecho para atrapar a los hermanos y hacer que satanás los extravíe. Quisiera Dios que esos líderes se volvieran genuinamente al Señor y dejaran libres a los hermanos que han encarcelado, para que puedan ir tras el Señor y ellos mismos lo sigan como el único Pastor de Su iglesia.

Líderes cristianos: este es un llamado, una voz de alerta, un toque de trompeta que el Señor está haciendo para ustedes. Si eres un creyente genuino y te has auto proclamado como líder de una congregación, vuélvete al Señor arrepentido, pídele perdón por tu osadía de usurpar la función que el Señor se reservó para Sí en la iglesia, ayuda a que sigan al Señor aquellos hermanos que tu has engañado, y tú mismo sigue al Señor.

Entiende que es Él quien puede dar Su vida por las ovejas, que es el único que puede ponerla por ellas, tú no: "*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*" (Juan 10.10).

Entiende que las ovejas no son tuyas, son del Señor y Él es el Pastor de ellas: "*Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor pone Su vida por las ovejas… Yo soy el buen Pastor; y conozco Mis ovejas, y las Mías me conocen, así como el Padre me conoce, y Yo conozco al Padre; y pongo Mi vida por las ovejas… Por eso me ama el Padre, porque Yo pongo Mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que Yo de Mí mismo la pongo. Tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de Mi Padre*" (Juan 10.11, 14-15, 17-18).

Líder, ya no seas más uno con el vil enemigo de Dios, el ladrón, no hurtes, no mates ni destruyas más a los hijos de Dios, más bien vuélvete a Él, que es misericordioso y amplio en perdonar: "*El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir*" (Juan 10.10).

Acércate confiadamente al trono de la gracia y recibe Su gracia abundante y Su inmensurable misericordia, y sé un vencedor.

Capítulo 17
Breve Recapitulación

En los 16 capítulos precedentes el Señor nos reveló y nos mostró cómo fue el comienzo glorioso de la iglesia en Hechos de los Apóstoles y cómo satanás fue colocando los ingredientes que la degradaron.

En los dos primeros capítulos de Hechos encontramos a un grupo de hermanos siendo totalmente uno en sus espíritus con el Espíritu Santo, lo que los llevó a ser unánimes, es decir a tener una sola alma, un solo pensamiento, a estar perfectamente unidos en un mismo sentir, en una única visión, en un solo hablar y un mismo parecer. Ellos vivían en la única comunión a la que los había llamado Dios: la comunión del Hijo Jesucristo nuestro Señor, que se convirtió en la comunión de los apóstoles.

Nos mostró el Señor que la unidad y la unanimidad no pueden ser producidas por un ministerio particular de un llamado ministro, ni por una organización, ni por una o unas doctrinas, sino por el trabajo del Espíritu Santo desde el espíritu humano de cada uno de los creyentes.

Antes de que el Señor Jesús ascendiera al cielo de manera visible, delante de Sus discípulos desde el Monte de los Olivos, les pidió que se quedaran en Jerusalén hasta que recibiesen la promesa que Él les había prometido, promesa que consistía en ser revestidos del Espíritu Santo, para que con el poder de Éste, anunciaran el evangelio en Jerusalén, en Judea, en Samaria y en el resto de la tierra "*Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la*

promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí... Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1.4, 8).

Ellos, que tenían a Dios como el Espíritu Santo morando en su espíritu desde la noche de la resurrección, fueron fortalecidos interiormente para obedecer la palabra del Señor y se quedaron en Jerusalén, en una casa que llamaron el Aposento Alto, y allí, durante diez días, en intimidad con el Señor, cada uno metido en su aposento—espíritu humano—, con la puerta cerrada[1], permanecieron en comunión íntima con el Señor, se llenaron de Él y aprendieron a hacer Su voluntad.

Esos ciento veinte discípulos fueron diligentes en guardar la única unidad que agrada al Señor: la unidad del Espíritu: "*diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*" (Efesios 4.3).

No fue necesaria en esta situación el liderazgo de ningún hermano, porque debemos entender de una vez por todas que en el Nuevo Testamento el Señor es el líder y la cabeza de la iglesia, y nadie puede asumir ese papel que el Señor se reservó para Sí mismo.

Lamentablemente los líderes del cristianismo se comparan con Moisés, con David, con Pablo y con otros tantos hermanos de quienes hay información en la Biblia, y los consideran como una clase aparte, como los ungidos de Dios, como los siervos, como los enviados, y desean ser como ellos, sin darse cuenta de que en el Nuevo Testamento el Señor ungió a todos Sus hijos, que todos los creyentes somos siervos de Él y debemos vivir como tales y que no hay un solo miembro del cuerpo de Cristo que no sea enviado por Él: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*" (1 Juan 2.27).

En el cuerpo de Cristo—la iglesia— cada uno tenemos diferentes funciones. La función que

1. Más detalles sobre el particular puede encontrarlos el lector en el libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor.

cada santo tiene en el cuerpo no es mejor ni inferior que la función de los demás y no podemos comparar las funciones de unos con las de otros. Nuestra función depende de la medida de gracia que Dios nos ha concedido: "*De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada*" (Romanos 12.5).

En la medida que nos acercamos al trono de la gracia a disfrutar la gracia y la misericordia del Señor, los dones y las funciones que el Señor nos otorga van aumentando, todo para servir al Señor y para, junto con otros hermanos, edificar el cuerpo de Cristo.

La Biblia compara a la iglesia con el cuerpo humano. En éste hay muchos miembros, pero no todos tienen la misma función: "*Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso*" (1 Corintios 12.18).

La diferencia de funciones en cada uno de los miembros, no los hace más o menos importantes, sino que el cuerpo los necesita a todos para funcionar apropiadamente. Si un miembro del cuerpo humano no está, o no funciona normalmente, todo el cuerpo es afectado.

El hecho de que algunos miembros en el cuerpo humano tengan que soportar más, como es el caso de las piernas y los pies, no quiere decir que ellos sean más importantes que los demás miembros.

Igualmente, en la iglesia, el Señor da distintas funciones a cada miembro, pero eso no quiere decir que haya uno o unos miembros que sean más importantes que otros, sino que todos estamos en el mismo cuerpo, todos tenemos la misma vida, todos nos necesitamos mutuamente y todos los miembros del cuerpo son necesarios.

El hecho de ser miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia, significa que tenemos la vida de Dios, que se nos ha dado la gracia y que como miembros del cuerpo tenemos una función, la cual de ninguna manera puede ejercerse aisladamente, sino que nos necesitamos unos a otros para ejercer nuestra función juntos. De esa manera el cuerpo funciona y cumple el plan de Dios.

Volviendo al libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos cómo en Pentecostés, gra-

cias a la obediencia de los ciento veinte discípulos que esperaron a que el Señor cumpliera Su promesa, fueron investidos con el Espíritu Santo y comenzaron a hacer las obras que el Espíritu quiso hacer por medio de ellos.

Ese día ocurrió un hecho muy elevado, porque nuestro Dios maravilloso como el Espíritu, mezclado con un grupo de Sus hijos, comenzó a hacer Su voluntad en la tierra. Allí se dio la realidad que el Señor Jesús nos legó, cuando enseñó a los discípulos a orar: "***Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra***" (Mateo 6.10).

Ese día maravilloso, único y admirable, la tierra estaba siendo gobernada por el cielo; todo lo que estaba ocurriendo en el Aposento Alto de Jerusalén, estaba siendo dirigido desde el trono de Dios en el cielo; el reino de Dios se estaba manifestando en su plenitud y la voluntad de Dios se estaba haciendo en la tierra, de la misma manera que se hace en el cielo.

De ahí en adelante encontramos en Hechos que fue el Espíritu quien tomó uno y otro de los discípulos para hablar, para salvar a miles de personas, para hacer milagros y prodigios y el Espíritu fue la Cabeza y el único líder de la iglesia. Por lo menos hasta el capítulo 15, encontramos decenas, cientos y miles de hermanos siendo guiados y dirigidos por el Espíritu, yendo a donde Él los enviaba, hablando por ellos, haciendo Sus obras a través de ellos y obedeciéndolo en todo.

El Señor debía encontrarse muy satisfecho, porque se estaba haciendo Su voluntad en la tierra; sin embargo, no podemos olvidar que Dios y nosotros Sus hijos tenemos un enemigo común llamado satanás, el diablo, el dragón, la serpiente antigua y el adversario; enemigo que se ha esforzado y sigue esforzándose por dañar el plan de Dios e impedir que éste se realice, y es así como en Hechos 15, usa a algunos para que engañen a los hermanos diciéndoles que no era suficiente creer en el Señor Jesús para ser salvos, sino que era necesario además guardar la ley de Moisés, especialmente en el asunto de la circuncisión. Esto ocurrió en una ciudad llamada Antioquía de Siria, donde el Espíritu mezclado con los hermanos había realizado una obra maravillosa y la iglesia que

se encontraba en esa ciudad era un testimonio viviente del Señor y Su voluntad.

Como los perturbadores habían venido de Jerusalén, Bernabé y Saulo fueron a reunirse con los hermanos de ésta ciudad y como resultado de la reunión salió una carta que en su contenido demuestra que satanás había logrado avanzar bastante en esa ciudad y la iglesia ya tenía profundas muestras de degradación.

Al parecer Santiago, quien era hermano en carne del Señor Jesús, se había tomado atribuciones de liderazgo que el Señor no le había concedido, y bajo su dirección se tomaron decisiones faltas de visión, al decirle a los hermanos que debían preocuparse de cuatro cosas: *apartarse de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre* (Hechos 15.20).

De nada sirve imponer cargas a los hermanos y llenarlos de doctrinas prohibitivas.

En el Nuevo Testamento lo único que necesitamos es creer en el Señor Jesús recibiéndolo para ser regenerados en nuestro espíritu y de ahí en adelante aprender a vivir en el espíritu en íntima comunión con Él, disfrutando de todas Sus riquezas.

El disfrute de esas riquezas nos hará crecer en Él, y en la medida que crezcamos, haremos solamente lo que a Él le agrada. En la medida que Cristo crece en nosotros desde nuestro espíritu hacia nuestra alma, aborreceremos toda clase de idolatría, echaremos de nosotros todo tipo de pecado, incluida la fornicación, y comeremos la comida que al Espíritu le agrada, recordando que "*el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*" (Romanos 14.17).

No obstante, desde el capítulo 15 hasta el capítulo 20 de Hechos, podemos encontrar que el Espíritu sigue trabajando libremente entre los hermanos y en una y otra ocasión los guía a hacer Su voluntad, pero cuando llega el capítulo 21 de ese libro, pareciera que satanás logra una contundente victoria, porque Pablo, en ese capítulo, advertido por el Espíritu Santo de que no subiera a Jerusalén a celebrar la fiesta de Pentecostés, se empecinó en subir, y después de

haber sido convencido por Santiago y los ancianos de Jerusalén de guardar unos ritos de la ley, fue apresado en el templo, llevado preso inicialmente a Cesarea, donde permaneció dos años, después llevado preso a Roma donde permaneció algún tiempo. Finalmente asesinado por césar Nerón.

Satanás se ha esforzado por destruir la iglesia del Señor, por impedir su avance; lucha porque la verdad no se manifieste y para ello ha introducido en la misma iglesia una cantidad de elementos, que tratamos con alguna amplitud hasta lo hablado aquí, en este libro, tales como el viejo hombre, falsos maestros que engañan a los hermanos y los arrastran a seguirlos a ellos y no al Señor, la comisión de distintas clases de pecados, con algunos de los cuales ha logrado inutilizar a muchos hermanos para entrar en el reino de los cielos. Igualmente ha utilizado la división en torno a liderazgos, doctrinas, ministerios y organizaciones.

Ahora nos proponemos mirar una a una las distintas etapas de la degradación, basándonos no meramente en los hechos históricos ocurridos a lo largo de las edades, sino tomando como base la revelación que el Señor en Su misericordia nos está concediendo en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, donde encontramos siete cartas escritas al ángel de cada una de siete iglesias que en esa época se encontraban en la región conocida como Asia y que seis de ellas describen de una manera muy completa cómo la iglesia fue degradándose, hasta llegar al estado actual.

Para poder tener revelación y visión de todo lo que el Señor quiere revelar en estas siete cartas, es necesario que el Señor nos dé una "*purga*", de tal manera que seamos completamente limpios de todo concepto religioso, de tantas mentiras que hemos aprendido del cristianismo a lo largo de tantos años.

Necesitamos ser limpios de casi todo lo que nos han enseñado y presentarnos delante del Señor a cara descubierta, rogándole que nos despoje de todo velo que satanás ha puesto en nuestro corazón a lo largo de veinte siglos que tiene la iglesia, y de esa manera podamos escuchar del Señor y ver en Él toda la realidad de Su palabra que está en Su Espíritu.

Capítulo 18
La Degradación en Éfeso (1)

Nos dedicaremos, por la misericordia del Señor, en este capítulo y los subsiguientes a develar la historia de la iglesia y especialmente la historia de su degradación, basada en las siete cartas que el Señor Jesús, el Espíritu, le escribió al ángel de cada una de las iglesias que estaban en siete ciudades de la región que, en el tiempo en que fueron escritas, se llamaba Asia —hoy Turquía—. Los siete lugares son: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

Cada una de estas cartas nos revela distintos aspectos de la degradación, que nos permiten ver cuál ha sido la trayectoria de la iglesia a lo largo de los siglos y cuál es su situación en el momento actual, la tercera década del siglo XXI, para que teniendo revelación y visión podamos entender cuál es el deseo y la voluntad del Señor y salgamos de la situación denigrante en que se encuentra el cristianismo contemporáneo.

El Señor desea en estos últimos tiempos encontrar un grupo de vencedores que la Biblia denomina las Primicias, para raptarlos primero y luego regresar a la tierra con ellos y tomar posesión de los reinos de ella—reinos que hasta hoy son usurpados por satanás—, y establecer en la tierra el reino de los cielos, que se caracterizará principalmente por ser un gobierno de justicia y paz, que durará un milenio, y después de él entrar en la Nueva Jerusalén que es el disfrute pleno de Dios con todo Su pueblo, por la eternidad.

Consideraciones importantes

Para poder entender cabalmente aquello que el Señor desea mostrarnos en las siete cartas de Apocalipsis 2 y 3, debemos considerar algunos puntos que son claves:

1. Estar en el espíritu

La Biblia nos muestra que la única manera de conocer a Dios es mediante el espíritu humano, teniendo comunión en él con el Espíritu Santo, que es Dios.

Es por eso que Apocalipsis 1.10 dice: "*Yo estaba en el espíritu en el día del Señor*". No hay manera de conocer a Dios, Su persona y Su plan, fuera de nuestro espíritu humano, en el cual está el Espíritu Santo que nos revela todo lo concerniente al Señor: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*" (1 Corintios 2.10).

Si Dios no nos revela Su palabra, la Biblia se convierte en letra muerta y nos llenamos de muerte.

Por eso es necesario que cuando leamos, meditemos y estudiemos la Biblia, ésta penetre hasta nuestro espíritu y desde allí se convierta en ríos de agua viva que inundan nuestra alma y nuestro corazón. Cuando la palabra penetra hasta nuestro espíritu tenemos revelación y cuando la palabra se convierte en nuestra revelación, desde allí borbota hasta nuestra alma como luz y se convierte en una visión.

Observa con cuidado que para que Juan pudiese ver todo lo que vio en Apocalipsis, primero entró en el espíritu y aquí debe entenderse que es la mezcla del espíritu humano con el Espíritu Santo de Dios: "*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él*" (1 Corintios 6.17).

Si la visión que logramos no proviene de la revelación que el Señor le da a nuestro espíritu, todo lo que un creyente pueda ver no proviene del Señor sino del enemigo, y eso es lo que ese malvado ha hecho a lo largo de los siglos para engañar a los hijos de Dios.

En Apocalipsis 1.3, el Espíritu afirma: "*Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca*".

Primero hay que leer las palabras de la Biblia, pero al leer debemos oír y oír implica entrar en el aposento—el espíritu humano— y tener comunión con

el Señor para oír Su palabra.

Cuando tenemos revelación entendemos y cuando entendemos nos es fácil guardar lo que entendemos. Guardar no es nada diferente a practicar, hacer que la palabra sea nuestra práctica en nuestro diario vivir.

2. Escritas al ángel de cada iglesia

Las cartas que el Señor le pidió a Juan que escribiera y que las enviara a las siete iglesias que están en Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, en verdad no fueron dirigidas a las iglesias, sino al ángel de cada una de ellas. Véalo en la Biblia: "*Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso… Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna…Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo… Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira… Escribe al ángel de la iglesia en Sardis…Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia…Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea*" (Apocalipsis 2.1, 12, 18; 3.1, 7, 14).

Debido a que la iglesia fue siendo degradada paulatinamente por la intromisión de satanás, cuando viene el tiempo de Apocalipsis, ella está totalmente degradada y el Señor ya no puede tratar con toda la iglesia, sino que busca en cada situación hermanos que sean uno con Él, que no sigan a hombres, que sean diligentes en guardar la unidad del Espíritu, y en cada etapa encuentra a algunos que tienen un vivir digno del Señor y es a ellos a quienes les escribe.

3. ¿Quién es el ángel

El ángel se refiere a los hermanos que se mantienen firmes en medio de la degradación. Observa que en Apocalipsis ya no habla de ancianos ni de diáconos, como se relata en el libro de los Hechos y en las cartas escritas por Pablo y por Pedro, como ocurre por ejemplo, en la carta a los Filipenses: "*Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos*" (Filipenses 1.1).

Lamentablemente, el nombramiento de ancianos y diáconos, llevó a que la iglesia se jerarquizara y se introdujo la práctica y la doctrina del nicolaísmo que el Señor aborrece, como lo veremos más adelante. Además no se encuentra ningún mandato del Señor ordenando la constitución de esos cargos—ancianos y diáconos—. Pareciera que fue por influencia de Santiago que era un judaizante radical, que se hizo tal cosa en las iglesias, pero el Señor no ordenó

hacer así.

Por el contrario, el Señor dejó un claro mandato en Mateo 20: "*Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*" vs. 25-28 .

Por eso en Apocalipsis el Señor se relaciona solamente con el ángel, que son aquellos hermanos, creyentes genuinos, que se mantienen firmes, a pesar del ataque, las mentiras y las patrañas que satanás ha introducido en la iglesia, usando a sus ministros, disfrazados de creyentes.

La interpretación del ángel no ha salido de la imaginación del escritor de este libro, sino que es una interpretación totalmente ajustada a la Biblia. Veamos: En Apocalipsis 1.12, 16 y 20 dice: "*Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro… Tenía en su diestra siete estrellas… El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias*".

Hemos leído la interpretación de algún hermano, donde se afirma que el ángel en cada una de las iglesias son los ancianos. Si fuera cierto, la Biblia simplemente diría ancianos, como ocurre por ejemplo en la carta que Pablo escribió a la iglesia en Filipos. Dios no es Dios de confusión sino de luz, y Él hace sonar la trompeta con el sonido adecuado para que en Su cuerpo no haya confusión.

Miremos lo escrito por el Espíritu en Filipenses 2.15: "*para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo*".

En medio del cristianismo degradado, lleno de falsos creyentes y de falsos maestros, hay creyentes genuinos que se mantienen firmes en el Señor, siguiendo al Cordero por donde quiera que va y alumbrando como luminares en medio de la noche oscura. Ellos son el ángel a que se refiere Apocalipsis.

Recuerda que Apocalipsis 1.20 dice que las siete estrellas

son los siete ángeles en cada una de las ciudades donde está la iglesia a la que fue dirigida cada una de las cartas.

Una estrella es un cuerpo celeste que tiene luz propia y alumbra en medio de la noche oscura. El Señor Jesús cuando habló a los ciudadanos del reino de los cielos, les dijo: "*Vosotros sois la luz del mundo*" (Mateo 5.14).

En consecuencia, podemos afirmar, respaldados por la revelación del Espíritu Santo en la palabra, que el ángel en cada una de las iglesias hace referencia a los creyentes genuinos que, estando en cada una de las situaciones de degradación, mantienen inalterable su amor por el Señor, mantienen su comunión íntima con Él; el Señor se revela a ellos y les da visión y ellos conocen y hacen la voluntad de Dios.

Hoy el Señor necesita que nosotros seamos el ángel, que no nos dejemos engañar por las mentiras de satanás y junto con otros hermanos brillemos en medio de la noche oscura.

Con estas aclaraciones, podemos entrar a visualizar cada una de las situaciones de degradación por las que ha pasado la iglesia a lo largo de los siglos y ver cuál es su realidad actual.

Veamos entonces qué hay en Éfeso y para ello leamos, en primer lugar, la carta que el Señor escribió al ángel de esa iglesia: "*Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios*" (Apocalipsis 2.1-7).

En primer lugar, el Señor se nos presenta como Aquel que tiene en Su mano derecha las siete estrellas, es decir, tiene en su diestra al ángel de cada una de las iglesias, que no es nadie

distinto a los santos que se mantienen fieles al Señor en medio de las circunstancias más adversas y de la degradación más terrible.

Cuando aprendemos a ser fieles al Señor, tenemos la seguridad de que Él nos sustenta en todas las cosas de nuestra vida; gracias a Su sustento no tenemos ningún temor, sino que, por el contrario, vivimos una vida llena de dicha, de paz y de gozo, y en todo tiempo vivimos en comunión con Él, conociendo y haciendo Su voluntad.

En el cristianismo, los pocos creyentes genuinos que hay en cada congregación no se mantienen fieles al Señor sino al líder, a la organización y a las doctrinas.

Pero a nivel general, en cada etapa de la degradación de la iglesia, el Señor ha tenido a unos pocos santos que sin importar las circunstancias han guardado su fidelidad por el Señor y lo han amado; y a ellos el Señor les llama el ángel y les escribe para decirles que estarán firmes, porque Él los sostiene en Su diestra y nadie puede quitarlos de ahí, ni tampoco hacerles daño.

En segundo lugar, dice el Señor que Él anda en medio de los siete candeleros de oro, para significar que Él está observando las iglesias y sabe qué hay en la iglesia, en cada situación que describen las siete cartas, y que nada puede escapar de Él, de Su mirada escrutadora. Todo está desnudo delante de Él.

Por eso la siguiente frase: *Yo conozco tus obras*. El Señor afirma que conoce las obras del ángel en Éfeso. Esto no implica que el Señor apruebe esas obras. Debemos ser claros en el sentido de que Dios no acepta nada que ninguno de Sus hijos haga para Él, por bueno que sea, pues Él sólo acepta lo que Él mismo hace en y por medio de los Suyos.

En otras palabras, no debemos procurar hacer nada para el Señor, porque Él no necesita nada de nosotros y nada que podamos hacer para Él le es útil, por el contrario, todo lo que hagamos para Él, por nosotros mismos, es abominable, es un estorbo en el avance de Su obra.

Aquí está uno de los grandes equívocos del cristianismo de todos los tiempos. Los hermanos se han esforzado intensamente por hacer obras que agraden al Señor y todas ellas han sido un fracaso.

Es el Señor quien desea hacer Sus obras en y por medio de nosotros; pero toda iniciativa que se origina en el alma del hombre es abominable para el Señor y lo único que logra es producir Su rechazo.

Por eso es necesario que tengamos revelación sobre Efesios 2.10: "*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*". Observa bien que somos hechura Suya y hemos sido creados para andar en buenas obras, pero no las obras que nosotros queremos hacer, ni las que son fruto de nuestra imaginación y entusiasmo, sino aquellas obras que el Señor ya ha preparado desde la eternidad para que caminemos en ellas.

El Señor le dice al ángel en Éfeso que conoce su arduo trabajo y su paciencia. La mayoría de los creyentes genuinos tienen mucho entusiasmo en hacer obras para el Señor, en trabajar para Él y para eso requieren aprender a ser pacientes, a soportar muchos sufrimientos, a soportar adversidades, oposiciones, persecuciones y muchas cosas de ese estilo.

Igualmente el Señor afirma: *que no puedes soportar a los malos.* Es muy apropiado que en la iglesia no se soporte a personas que llamándose hermanos practiquen el pecado y en su diario vivir hagan maldades: "*Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis*" (1 Corintios 5.11).

Lamentablemente esto es poco común en el cristianismo hoy. Muchos grupos llamados cristianos, con tal de tener un gran número de adeptos, aceptan conductas que el Señor rechaza. Esto no ocurría en Éfeso.

Qué decir del catolicismo romano que es una iglesia apóstata llena de idolatría y de fornicación espiritual. Tampoco esto se toleraba en Éfeso, porque la expresión más fuerte de la degradación que es el catolicismo romano se da unos siglos más tarde.

Además el Señor le dice al ángel de la iglesia en Éfeso: "*y has probado a los que a sí mismos se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos*".

En toda congregación cristiana siempre hay algunos que se consideran ungidos por el Señor, siervos de Dios y enviados del

Señor, y se erigen como líderes y se autoproclaman con algunos títulos, tales como apóstol, reverendo, pastor, sacerdote, obispo, cardenal, papa, y se ponen por encima de los demás feligreses para someterlos a sus caprichos y a sus puntos de vista; pero los santos en Éfeso eran cuidadosos y no permitieron que esa clase de personas se levantaran allí, sino que procuraron mantenerse como el cuerpo de Cristo, en el que no hay unos miembros más importantes que otros, sino tenían claridad en cuanto a que todos eran miembros del cuerpo de Cristo, que en todos estaba el mismo Espíritu, que todos tenían la misma vida del Señor y que ninguno era más o menos importante que los otros: "*Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*" (1 Corintios 12.13).

Cuando intentaron levantarse esta clase de líderes, inmediatamente los hermanos, guiados por el Espíritu, demostraron que eran falsos y desnudaron su mentira. Cuando esto es así, hay posibilidad de que la iglesia sea diligente en guardar la unidad del Espíritu y por consiguiente, en mantener la unanimidad entre los hermanos.

Quienes se ufanan de líderes, de ungidos, de siervos de Dios, no se dan cuenta que la unción fue dada a todo el cuerpo y todos los hijos de Dios, en el Nuevo Testamento, somos Sus ungidos: "*Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en El*" (1 Juan 2.27).

En los Salmos hay un tipo maravilloso de la unción que fue dada a todos los miembros del cuerpo; se trata del Salmo 133: "*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es Habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, El cual desciende sobre la barba, La barba de Aarón, Y baja hasta el borde de sus vestiduras; Como el rocío de Hermón, Que desciende sobre los montes de Sion; Porque allí envía Jehová bendición, Y vida eterna*".

Hay delicias espirituales donde los hermanos están juntos y en armonía, es decir, donde son diligentes en guardar la unidad del Espíritu y se mantienen en unanimidad. Hay unidad y armonía donde la unción está en

todos, y cada uno vive por esa unción.

El aceite de la unción no se detuvo en la cabeza de Aarón, sino que alcanzó su barba y bajó hasta el borde de sus vestidos.

La unción que el Señor dio a la iglesia no se quedó con algunos santos sino que abarca y cubre a todos. Todos los hijos de Dios somos Sus ungidos. Cuando vivimos por esa unción, el Señor nos bendice y nos da Su vida eterna.

El Señor le dice más al ángel de la iglesia en Éfeso, refiriéndose a las obras que había en esa iglesia: ***y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado***.

Los hermanos que había en Éfeso amaban al Señor y sufrían la persecución, especialmente de los religiosos judíos y de los políticos de la época, pues eso era lo que ocurría en Jerusalén y en el resto de las iglesias al comienzo de las mismas, según lo relata Hechos de los Apóstoles.

Sin embargo, en medio del sufrimiento, los hermanos eran pacientes, soportaban todas las situaciones por amor al Señor y esta es una actitud, a primera vista loable.

Al comienzo de la iglesia los hermanos no reparaban en cuánto tenían que trabajar, cuántos desvelos tenían que pasar y se mantenían firmes sin desmayar.

Cualquiera diría que el Señor estaba muy satisfecho con la conducta, el amor y el trabajo de los santos en la situación de Éfeso, que todas las obras fueron aprobadas por el Señor y que tenían una conducta digna de imitar. Pero si tocamos el espíritu para ver esta palabra, observaremos en el Señor una profunda insatisfacción.

Para discernirlo, veamos Apocalipsis 2.4: "***Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor***". Parece que hubiésemos llegado a volar deliciosamente a gran altura y de pronto cayésemos en picada. En los versículos anteriores pareciera que el Señor está manifestando satisfacción por la situación en Éfeso, pero en el versículo 4 nos aterriza y nos muestra Su gran insatisfacción.

Trabajar arduamente, tener paciencia, no soportar a los malos, probar a los falsos apóstoles y desnudarles sus mentiras, sufrir, trabajar arduamente por amor del nombre del Señor y

mantenerse firme, son todas obras muy buenas, conocidas por el Señor, pero ninguna de ellas recibió Su aprobación.

Todas esas obras que hacían los hermanos en Éfeso no contaban con el beneplácito del Señor, no se originaban en Él, no lo complacían, ni lo deleitaban, ni producían fruto para Él; no correspondían a las buenas obras que Él ha preparado de antemano para que anduvieran en ellas.

Es muy significativa esta pequeña frase: *Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.* ¿Qué es dejar el primer amor? Hace más de cuatro décadas comenzamos a andar con el Señor y lo hicimos en una denominación. Allí nos enseñaron que dejar el primer amor es dejar esa emoción que se siente cuando uno se convierte al Señor y que dura unos días, tal vez unos pocos meses, pero que, debido a las pruebas, a los sufrimientos y a las dificultades, esa "***calentura***" emocional se va enfriando y poco a poco se desvanece.

¡Qué interpretación tan pobre y carnal de la Biblia! El Señor no se relaciona con Sus hijos por medio de la emoción, sino por medio del espíritu, y lógicamente que la emoción, que es parte del alma humana, debe ser dirigida por ese espíritu.

Dejar el primer amor consiste simplemente en que los hijos de Dios se dedican a hacer un sin número de obras para el Señor, pero se olvidan del Señor mismo, Él deja de ocupar en la vida de los creyentes el lugar que le corresponde: el primero. "*Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último*" (Apocalipsis 1.11).

Se debe tener claridad de que la cabeza de la iglesia es el Señor, que Él es el buen Pastor y es el único digno de ser seguido, que no hay ningún hermano, por espiritual y excelente que sea en su vivir, digno de ser seguido ni de ser puesto como cabeza, sustituyendo al Señor.

Solamente podemos y debemos seguir al Señor. Seguir a cualquier hermano es caer del primer amor, es dejar al Señor como el primero: "*Yo soy el buen pastor... y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz*" (Juan 10.11, 3, 4).

Dejar el primer amor consiste también en compenetrarse con cualquier organización cris-

tiana, seguir a sus líderes y a sus doctrinas, dejando a un lado el deseo del corazón del Señor y Su voluntad. Lee y medita desde tu espíritu estos versículos: "*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad*" (Mateo 7.21-23).

El Señor es bien claro al mostrar el único requisito que exige a Sus hijos para entrar en el reino de los cielos: hacer la voluntad de Mi Padre que está en los cielos[1].

Para hacer la voluntad del Padre es necesario conocer esa voluntad y ella puede ser conocida solamente mediante revelación, que el Señor el Espíritu imparte en el espíritu de aquellos creyentes que la buscan: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*" (1 Corintios 2.10).

Aprecia el contraste que hay entre el deseo del Señor y el deseo de los hijos de Dios, porque en el pasaje de Mateo 7, Él está hablando a hijos de Dios, no a incrédulos.

Aquel día será el día del Tribunal de Cristo, en el que el Señor juzgará a todos Sus hijos, para premiarlos o castigarlos, según hayan hecho o no Su voluntad, mientras vivieron en la tierra.

El juicio no será con base en lo mucho que el creyente haya hecho o dejado de hacer, sino si sus obras fueron hechas estrictamente en la voluntad del Padre o fuera de ella, si fue Dios quien tomó la iniciativa en esas obras o simplemente fueron producto de la imaginación y el entusiasmo de quien las hizo. Siendo concretos, entrarán en el reino de los cielos aquellos hijos de Dios que permitieron en su vivir en la tierra que el Padre hiciera Su voluntad en ellos. Esto es vivir en el primer amor.

El Señor advierte anticipadamente lo que muchos de Sus hijos le dirán en aquel día: "*Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos obras poderosas?*".

1. Más profundidad sobre el reino de los cielos puedes encontrarla en el libro ***El Reino de Dios y el Reino de los Cielos***, del mismo editor.

Ese es uno de los problemas de Éfeso y corresponde al cristianismo contemporáneo. Las miles de facciones en las que hoy está dividido el cristianismo, se esfuerzan por profetizar, por expulsar demonios y por hacer obras colosales, y con ellas irán a la presencia del Señor, a reclamarle que las tenga en cuenta.

Pero esas profecías están lejos de ser profecías que vienen del Espíritu Santo; en cambio sí son habladurías que salen de la imaginación de quienes las profieren, ayudados por satanás.

Observa querido lector, que todas esas grandes obras no están siendo hechas conforme a la voluntad del Padre que está en el cielo, sino que provienen de la voluntad de los hombres que están en la tierra, desconectados del cielo.

En otras palabras, esas obras no son producto de la comunión íntima en el aposento, que el autor de ellas ha tenido con el Padre, sino que fueron hechas con el objetivo de llenar de fama a sus autores, de darles vanagloria y henchirlos de vanidad.

No pretendemos con estas palabras atacar a ningún hermano, sino simplemente recabar en los santos la palabra que el Señor nos ha legado en las Escrituras.

Lee y escucha lo que el Señor les responde a esos hijos que le reclaman tener en cuenta todas las obras que hicieron para el Señor y supuestamente en Su nombre: "*Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*". Estas palabras están en la Biblia, no son de nuestra invención, sino que son las palabras que salen de la boca del Señor, para que tú las comas, las degustes y encuentres revelación en ellas.

Todo pensamiento, toda palabra y todo hecho que en un creyente no se origina en el Señor, implica caer del primer amor. Si como hijos de Dios deseamos agradarlo y hacer Su voluntad, debemos progresar cada día en nuestra comunión con Él hasta que llegue el tiempo en que todo lo pensado, lo hablado y lo hecho, venga del Padre que está en el cielo y sea hecho conforme a Su voluntad.

Necesitamos hacer realidad las palabras que el Señor Jesús habló a los discípulos poco antes de ir a la cruz a morir: "*Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace Sus obras*"

(Juan 14.10).

Nuestras palabras y nuestras obras tienen que llegar a ser dichas y hechas por el Padre, tienen que ser Sus obras. Nada tiene que salir de nuestra iniciativa ni de nuestra imaginación, separadas del Señor: "*Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer*" (Juan 15.4-5).

Es muy fácil dejar al Señor y apartarlo de ser nuestro primer amor.

Hay tantas personas, cosas y circunstancias que nos llevan a dejarlo a Él como el primero en nuestra vida.

Para comprobarlo examina cualquier día de tu vida. ¿Cuánto tiempo has permanecido en tu espíritu?, ¿cuántos de tus pensamientos fueron los pensamientos del Señor?, ¿Cuántas de las palabras que has hablado vinieron del Señor y cuántas fueron simplemente tuyas o inspiradas por satanás? ¿Cuántos de tus hechos se originaron en tu mente carnal y cuántos fueron iniciados por el Espíritu que mora en tu espíritu?

Seguramente tus respuestas, si son sinceras, te desaniman y te hacen ver como un fracasado; y no estamos aquí para juzgarte. Si tú, amable lector has fracasado y fracasas en estos aspectos, tengo que decirte que también nosotros hemos fracasado como tú; pero el Señor en Su misericordia viene a juzgarnos y a desnudarnos, pero no para avergonzarnos, sino para animarnos a que corramos a Su trono de gracia y encontremos en Él todas Sus riquezas que nos suplen esta gran necesidad: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*" (Hebreos 4.16).

Toda degradación y toda caída tienen un principio, y el Señor nos muestra que ese comienzo está en dejarlo a Él como el principal, como el centro de nuestro vivir, como el primero, como la fuente de todas las cosas que hay en nuestro día a día.

En verdad todos los hijos de Dios debemos arrepentirnos por el lugar que le hemos dado al Señor: No lo hemos tenido como nuestro primer amor.

Si somos honestos y sinceros tendremos que reconocer que Él aun no ocupa el primer lugar en nuestro vivir, que lo hemos relegado, que lo hemos dejado en un segundo plano, que pensamos, decimos y hacemos muchas cosas sin contar con Su aprobación ni Su beneplácito.

Cuántas actividades llamadas espirituales, cuántas reuniones, cuántos mensajes se emiten diariamente en nombre del Señor, sin que Él sea la fuente, sin que Él tome parte en esas actividades. Todo lo que hagamos sin que Él sea la fuente o el origen, se convierte en abominación para el Señor y es motivo de Su rechazo.

No obstante, en Su gran misericordia y en Su profundo amor viene a desnudarnos y a hacernos ver estas cosas para que nos arrepintamos, nos volvamos a Él, nos acerquemos al trono de Su gracia y recibamos todo lo que Él es, tiene y ha logrado, para que seamos apropiadamente nutridos y vivamos agradándolo.

De ese trono de gracia ahora mismo está fluyendo un río de agua de vida, transparente como cristal, que está lleno de vida, y todo lo que toca lo revive, lo revitaliza y lo nutre, para que produzca frutos que le sean agradables y satisfactorios, y además sana todas nuestras enfermedades, especialmente las de carácter espiritual: "*Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones*" (Apocalipsis 22.1-2).

Volviendo al tema de Apocalipsis 2 que trata, en primer lugar, de la carta que el Señor le escribió al ángel de la iglesia en Éfeso, encontramos que Él le dice: "*Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras*" (Apocalipsis 2.5).

Recordar de dónde se ha caído

Primero el Señor le pide al ángel que recuerde de dónde ha caído, que haga memoria que en el comienzo de la iglesia, quien tuvo la iniciativa de todas las cosas fue el Señor, que el día de Pentecostés y los diez días anteriores y muchos años después, nadie distinto al Espíritu Santo tomó la iniciativa para llevar adelante las obras del Señor.

Fue el Señor quien les dijo a los ciento veinte que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran hasta que Él, como el Espíritu Santo, los llenara de poder, y ellos en absoluta obediencia al mandato del Señor se quedaron diez días en el aposento alto llenándose del Señor.

Fue el Espíritu Santo, quien el día de Pentecostés los revistió de poder y habló las maravillas de Dios a los millares de judíos que habían venido a Jerusalén desde muchas latitudes geográficas.

Fue el Espíritu Santo quien hizo que los doce apóstoles se pusieran de pie, y fue Él quien tomó a Pedro y habló una palabra clara acerca de la obra redentora de Jesucristo, con tan gran efecto, que aquel día se añadieron a la iglesia más de tres mil personas.

Fue el Espíritu Santo quien en Hechos 3 y 4, sanó a un cojo cuando Pedro y Juan subían al templo a orar y debido a esa sanidad, por medio de Pedro habló a la multitud y fue ganado para el Señor un número superior a cinco mil personas.

Fue el Espíritu Santo quien envió a muchos hermanos a diferentes partes de la tierra conocida a predicar la palabra y esa palabra fue oída por ciudades enteras y los que estaban destinados para vida eterna recibieron al Señor.

Fue el Espíritu quien en Hechos 13, donde había en la iglesia en Antioquía cinco hermanos, que Él mismo había constituido como profetas y maestros, separó a dos de ellos para enviarlos a hacer la obra de predicar Su palabra entre los gentiles.

Fue el Espíritu Santo quien condujo a Pablo y a quienes lo acompañaban, a que hicieran la obra conforme a Su voluntad y nada se hizo sin que el Espíritu lo ordenara y lo decidiera. Todas estas son las primeras obras de las que la iglesia había caído en Éfeso y a las que el Señor dice que las hiciera, una vez se hubiera arrepentido.

La iglesia en Éfeso había caído de aquel vivir, en el cual el Espíritu Santo es la cabeza y se dedicaron a hacer obras propias de los hombres, no originadas en el Espíritu y ya habían olvidado lo que el Señor había hecho unos pocos años antes.

Esta es una situación similar a la que le había sucedido a

Adán en el Huerto de Edén. Dios con mucho amor, con una gran preocupación por el bienestar del hombre, hizo que de la tierra brotara toda clase árboles, que eran placenteros a la vista y buenos para comer. Pero Adán olvidó dos cosas: que Dios le había ordenado que comiera del árbol de la vida para que fuera nutrido espiritualmente y, que le había prohibido comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Por esta razón cayó.

En Éfeso ocurre algo similar: los hermanos olvidaron que la cabeza de la iglesia es el Señor, que en todo su vivir debían depender de Él, que Él debía ser el centro y la fuente de su día a día, que no debían hacer ninguna obra separados de Él y por eso les dice: Recuerda, por tanto, de dónde has caído.

Pero este recordatorio no puede ser una doctrina que pertenece al pasado y de la cual ahora tenemos claridad en nuestra mente, sino que debemos entender que el Señor viene a recordarnos a nosotros, a quienes vivimos en este tiempo, a ti querido lector, que hemos caído del primer amor, que hemos dejado al Señor como nuestra fuente, que Él no ocupa el primer lugar, el lugar que le corresponde, que si alguna vez nos enseñaron a tocar el espíritu lo hemos olvidado, o tal vez ni siquiera sabemos para qué sirve nuestro espíritu humano.

El Señor viene a recordarnos que ***debemos tenerlo a Él como el primero en nuestra vida, que no podemos amar a nada ni a nadie por encima de Él, que necesitamos recordarlo en cada momento que vivimos, que debemos contar con Su aprobación para cada uno de nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros hechos***. Cuando este vivir no es real, estamos viviendo una vida caída.

Capítulo 19
La Degradación en Éfeso(2)

Arrepentimiento

En segundo lugar, el Señor le pide al ángel que se arrepienta. La palabra griega que usa la Biblia para arrepentimiento es ***metanoeo*** que se traduce como *cambiar de mente, cambiar de manera de ser*. Los santos de la iglesia contemporánea están caminando en dirección contraria a la que está caminando el Señor. Arrepentirse consiste en hacer un alto, en detenerse a buscar revelación acerca de la situación y en empezar a caminar en la dirección en la que Él va, empezar a seguirlo a Él. "*Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz*" (Juan 10.4).

Arrepentirse es reconocer con corazón sincero y humilde que hemos caído del primer amor, que lo hemos dejado a Él como la fuente de nuestro vivir, y tomarlo como nuestro primer amor, como nuestro mejor amor, como nuestro todo.

Arrepentirnos consiste en dejar de hacer obras para Él y permitir que en adelante sea Él quien haga Sus obras en nosotros y por medio de nosotros.

Arrepentirnos de haber dejado al Señor como el primer amor, es dejar de seguir a hermanos, a ministerios particulares distintos al ministerio del Espíritu, a organizaciones y a doctrinas, y permitirle que sea Él quien nos enseñe por medio de la unción que nos ha dado: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*" (1 Juan 2.27).

Arrepentirnos de haber caído

del primer amor consiste en dejar las comuniones particulares de "*siervos de Dios*", de líderes, de ministerios particulares y de organizaciones cristianas, y volvernos a la única comunión que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor, en el Espíritu Santo: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor*" (1 Corintios 1.9).

Hacer las primeras obras

¿Qué serán esas primeras obras? Para entenderlo tenemos que volver al principio de la iglesia, el cual se dio el día de Pentecostés y está registrado en Hechos de los Apóstoles. Lo que ocurre desde Hechos 2, inicialmente hasta el capítulo 15 y luego hasta el capítulo 21, son las obras que hizo el Espíritu Santo mezclándose con los hermanos, y aunque satanás atacó y atacó, nada pudo hacer contra el avance de la obra del Señor, porque los hermanos eran totalmente uno con el Espíritu y vivían en unanimidad.

El Señor Jesús siendo Dios se hizo carne, vivió en esta tierra Su vida divina mezclado con un hombre, fue a la cruz y murió, resucitó, ascendió, fue entronizado, entró en la gloria de Dios, y descendió como el Espíritu Santo para llenar y para revestir a Sus discípulos—Bautismo en el Espíritu Santo—, con el fin de llevar adelante Su obra de hacer discípulos entre todas las naciones.

Cuando llegó el día de Pentecostés, Sus discípulos estaban en Jerusalén guardando la unidad del Espíritu y siendo unánimes. El Espíritu los vistió de Él y por medio de ellos comenzó a hacer Su obra de **redimir a aquellos que el Señor tenía señalados para vida eterna**. Fue así como desde Jerusalén salieron a Judea y a Samaria y el Señor fue ganando a los Suyos en uno y otro lugar geográfico, según le complacía.

Más tarde, en una ciudad llamada Antioquía que estaba en la región de Siria, El Señor levantó la iglesia que fluía normalmente, conformada especialmente por gentiles, y desde allí llamó a Bernabé y a Saulo y los envió a casi toda la tierra conocida. Pablo después se separó de Bernabé y junto con otros hermanos fueron adonde el Señor los envió y la tierra fue llena de la palabra de Dios.

Lamentablemente en Jerusa-

lén, Santiago se erigió como líder de la iglesia y sin una visión adecuada de la forma de proceder del Señor en el Nuevo Testamento, sus seguidores exigían a los gentiles que se circuncidaran para ser salvos: "*Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión*" (Hechos 15.1-2).

Como el problema se había originado en Jerusalén y el responsable de esa situación era principalmente Santiago—Jacobo—, les pareció bien a los hermanos de Antioquía subir a Jerusalén, con el fin de buscar una solución a la división que se estaba presentando.

Una vez reunidos en Jerusalén los apóstoles y los ancianos y la iglesia, escucharon a Pedro, a Bernabé y a Saulo. Después habló Santiago y de común acuerdo enviaron una carta a los hermanos de entre los gentiles, donde se les prohibía cuatro cosas: ***comer de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación***.

¿A qué obras se refiere, cuando le dice el Señor al ángel que debe hacer las primeras obras? Indudablemente, a las obras que hizo el Espíritu al comienzo de la iglesia, desde el capítulo 1 de Hechos hasta el capítulo 20.

No nos cansaremos de recalcar el comienzo glorioso y único de la iglesia, cuando los discípulos reunidos en Jerusalén, en el aposento alto, esperaron durante diez días, llenándose del Señor, siendo fortalecidos en su hombre interior—espíritu humano— "*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*" (Efesios 3.14-16), y viviendo en la unidad del espíritu y en la unanimidad del alma.

Por eso, cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos, unánimes, en el mismo lugar, y el Espíritu los llenó y habló por medio de ellos, dando como resultado que recibieron al Señor Jesús y se añadieron a

la iglesia más de tres mil personas.

Luego, cuando Pedro y Juan iban al templo a orar, apareció un cojo a quien el Señor sanó. El Espíritu Santo no le dio tanta importancia a la sanidad del cojo, sino que tomando a Pedro habló a la multitud acerca de la obra de redención que Dios había realizado por medio de Su Hijo Jesús, a quien los judíos habían crucificado. Gracias a esas palabras, fueron más de cinco mil personas las que creyeron y se añadieron a la iglesia.

Luego, algunos discípulos salieron por las distintas regiones a anunciar la palabra de Dios y fueron multitudes las que creyeron, en todos los lugares a donde ellos llegaban.

Si el lector considera la palabra desde su espíritu, notará que, por lo menos hasta el capítulo 20 del libro de Hechos, satanás no pudo hacer nada para detener la obra del Espíritu Santo, de levantar y edificar Su iglesia. Tampoco en esos capítulos se ve que ningún hombre haya logrado meter la mano en la obra del Señor, sino que era el Espíritu Santo quien dirigía y sostenía a cada uno de los hermanos y ellos estaban dedicados a seguir al Señor.

Estas son las primeras obras a las que se refiere el Señor en Apocalipsis 2.5. Las primeras obras son aquellas en las que ni satanás ni los hombres tienen participación; son aquellas en las que el Espíritu Santo toma a algunos hombres, según Su soberanía, y hace en ellos y por medio de ellos las obras que quiere hacer.

Las primeras obras son aquellas de exclusiva planeación y estructuración del Espíritu Santo, sin la participación de ángeles ni de hombres, son las obras a las que se refiere Efesios 2.10: "*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*".

Las buenas obras, las primeras obras, fueron preparadas por Dios en la eternidad pasada, y no es necesario que nosotros las inventemos, las planeemos o ideemos. Simplemente necesitamos aprender a entrar en el Espíritu, conocer la voluntad del Padre y andar en las obras maravillosas que Dios planeó con anticipación, para que nosotros caminemos en ellas.

Las consecuencias de no arrepentirse

En el mismo versículo 5 del capítulo 2 de Apocalipsis, el Señor le advierte al ángel de la iglesia en Éfeso: *pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.*

Recordemos que el arrepentimiento consiste en recordar aquello que los santos vivieron al comienzo de la iglesia y que habían caído de allí, hacer las primeras obras, que no es nada distinto a darle al Señor el lugar que le corresponde, el primer lugar; tenerlo a Él como el primer amor, como el centro del vivir de cada creyente; y permitir que sea el Espíritu quien toma la iniciativa para hacer cualquier obra.

La remoción del candelero

Si no hay arrepentimiento genuino, el Señor vendrá pronto y quitará el candelero de su lugar.

¿Qué quiere decir el Señor cuando afirma que, por la falta de arrepentimiento, quitará el candelero de su lugar?

Para entenderlo, primero debemos ver que la Biblia, en buena medida fue escrita en un lenguaje típico, tipológico; está llena de tipos, y esto ocurre especialmente en el libro de Génesis y en todo Apocalipsis. En otras palabras, el Señor mediante el uso de figuras quiere mostrarles a Sus hijos verdades ocultas, que requieren revelación para su interpretación y comprensión.

Teniendo presente este principio, debemos entender que Éfeso, además de referirse a la iglesia que estaba en una ciudad con ese nombre, ubicada en Asia, no solamente hace referencia a la situación que llegó a existir entre los hermanos de allí, sino que se refiere a la iglesia de todos los tiempos, y los elementos de degradación que hay en Éfeso, en verdad se dan en la iglesia en todos los tiempos.

Digámoslo de otra forma: el arrepentimiento que necesitaba el ángel en Éfeso no es solamente un hecho histórico que corresponde al siglo I de nuestra era, sino que pertenece a la situación actual. Es decir, los creyentes de esta época, la tercera década del siglo XXI, igualmente han dejado al Señor como el primer amor y se han ido tras líderes, doctrinas, organizaciones y ministerios particulares y están

degradados, y es a ellos, es decir, a ti y a mí, que el Señor nos está llamando para que recordemos de dónde hemos caído, y el Señor nos pide que nos arrepintamos y hagamos las primeras obras.

Con esta comprensión, podemos llegar a entender con mente diáfana, qué quiere decir que el Señor quita el candelero de su lugar.

Algunos maestros de la Biblia afirman que solo puede haber una iglesia en una ciudad, lo cual es una gran verdad bíblica, pero cayeron en el error de afirmar que la iglesia es local y fundaron un grupo en cada ciudad, que recibe ese nombre: ***iglesia local***.

Aquí satanás los engañó haciéndoles creer que su grupo llamado "*la iglesia local*" es la única, y que el Señor no admite ninguna otra. Eso se convierte en otra división. Prueba de esto es que después de que murió su líder más connotado, se han dividido en facciones distintas.

Que la iglesia sea única y que no puede haber más de una iglesia en cada ciudad, quiere decir que no se puede establecer una congregación y ponerle un nombre particular, como han hecho todos los líderes del cristianismo. Denominar la congregación es satánico, divisivo y se opone a la voluntad del Señor[1].

Debemos tener claridad de que la iglesia es una y es única y en ella están incluidos todos los hijos de Dios. El Espíritu es contundente al afirmar: "***Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu***" (1 Corintios 12.12-13).

La palabra es clara al afirmar que todos aquellos que han recibido al Señor Jesús creyendo en Su nombre, que han sido regenerados, que han nacido de nuevo, han sido bautizados por el mismo Espíritu, han sido añadidos al único cuerpo que es la iglesia. En otras palabras, todos los hijos de Dios, sin distingo de género, raza, ni nacionalidad, somos miembros de Su cuerpo, la iglesia. No podemos excluir a uno solo. Tampoco podemos in-

1. Para obtener muchas riquezas acerca de la diferencia entre las iglesias de los hombres—el cristianismo— y la iglesia de Dios, puesdes leer el libro ***¿Cuál Iglesia?***

cluir a quien el Señor no ha incluido.

Si un hijo de Dios tiene revelación de la palabra y con esa revelación funda un movimiento, una iglesia, ésta se constituye en una división más y la revelación que recibió pierde eficacia.

Eso les ocurrió a los hermanos que afirman que la iglesia local es la única que el Señor acepta. Ellos basan su argumentación en el hecho de que el Señor le ordenó a Juan que escribiera las siete cartas a las siete iglesias que estaban en Asia, y que por esa razón el Señor se estaba refiriendo a la iglesia local, la cual no existe en la Biblia ni Dios la ha pensado.

Debemos entender que el número siete representa sencillamente a todos, es un número inclusivo, que en este caso está incluyendo la iglesia que está en cualquier lugar. En el tiempo en que fue escrito el Apocalipsis, la iglesia se había establecido en más de siete ciudades en la tierra, y el Señor tomó solamente a siete, porque seis de ellas manifiestan los distintos ingredientes que satanás introdujo para degradarla, a lo largo de los años del Nuevo Testamento.

Llamar a la iglesia "***Iglesia Local***" es denominarla, y en consecuencia es crear una división más. La raíz de todo esto está en que en el cristianismo, después del primer siglo, fue enseñado a seguir a hombres, a ministerios particulares, a doctrinas y a organizaciones, pero a los creyentes no se les ha enseñado a seguir el Espíritu, que es la unción que mora en nuestro espíritu humano y que hemos recibido del Señor: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*" (1 Juan 2.27).

Pensar en seguir al Espíritu Santo como la unción, sin depender de hombres, para el cristianismo contemporáneo es la mayor de las locuras, y no cabe en sus mentes el hecho de que el Señor es la Cabeza de la iglesia y que es a Él, y solamente a Él, a quien debemos seguir. Pero esta es la única realidad que el Señor desea que vivamos en Su iglesia: Él como el Pastor, como la Cabeza, como el centro y el todo, es el único a quien los hijos de Dios debemos seguir.

En consecuencia, los hermanos referidos han interpretado que quitar el candelero de su lugar consiste en que, por falta de arrepentimiento, la iglesia en Éfeso se acabó, que hoy ya no existe, porque el Señor quitó el candelero—que según ellos es la iglesia local— de la ciudad de Éfeso.

Esta es una interpretación muy pobre, superficial y totalmente contraria a la palabra del Señor y al Espíritu Santo.

El candelero en la Biblia tiene una función bien definida: ***alumbrar, servir como guía para caminar por el camino.***

En el tabernáculo del Antiguo Testamento, Dios le ordenó a Moisés que hiciera un candelero con siete lámparas y seis brazos, y que fuera de una sola pieza; su material de oro puro, y debía ser hecho a martillo. Este candelero estaba en el Lugar Santo del Tabernáculo y allí alumbraba a los sacerdotes cuando entraban a servir al Señor, pues ese lugar no tenía luz natural y era completamente oscuro.

Después, cuando Jerusalén fue elegida como la ciudad donde Dios se encontraría con Su pueblo y Salomón edificó el templo, entre el mobiliario hizo construir ya no uno sino diez candeleros con las mismas características que Dios le había ordenado a Moisés y los puso en el lugar Santo, frente al Lugar Santísimo, para que los sacerdotes que servían allí fueran suficientemente iluminados y no sirvieran en tinieblas.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, el mismo Señor Jesús nos aclara cuál es la función del candelero: "***Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos***" (Mateo 5.14-16).

La función básica del candelero es la de alumbrar, emitir luz, para que quienes sirven al Señor no lo sirvan en tinieblas. Entre las distintas características que tenía el candelero en el Antiguo Testamento está la que era de oro puro, y el oro representa la naturaleza divina de Dios, luego el candelero en el Nuevo Tes-

tamento tipifica y representa a Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a la iglesia que es una, y que está constituida por hombres saturados de la naturaleza divina del Dios Tres-Uno, siendo el Señor Jesús su cabeza.

Al ser de una sola pieza representa la indivisibilidad de Dios. Aunque Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, los tres son indivisibles, a los tres no se les puede separar, pues donde está uno, están los tres. Igualmente representa la indivisibilidad de la iglesia. Nosotros, los hijos de Dios que conformamos la iglesia somos uno con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y nada puede romper esa unidad. De la misma manera Dios es uno con nosotros y esa unidad es indivisible.

El candelero tenía una caña central y a los lados un total de seis brazos, tres a cada lado de la caña para formar en total siete lámparas.

La caña central representa al Dios único y tres brazos a cada lado, representa al Dios Tres-Uno: Padre, Hijo y Espíritu santo, en forma dupla. Tres brazos a cada lado suman en total seis y seis representa al hombre, porque éste fue creado en el sexto día y fue creado con el propósito de mezclarse con Dios. Al mezclarse Dios con el hombre, forman el número siete y con esa mezcla Dios lleva a cabo Su propósito eterno de redimir al hombre, y una vez mezclado con Él gobernar sobre satanás, los demonios y los ángeles y sobre toda la creación.

Este propósito se ve desde Génesis, en la creación del hombre: "*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*" (Génesis 1.26).

La unión de la naturaleza humana con la divina da como resultado la luz: "*Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él*" (1 Juan 1.5). Sin embargo, para que Dios como luz nos alumbre, ha determinado hacerlo por medio del hombre redimido y regenerado.

Es por eso que el Señor Jesús, cuando estaba en la tierra, les dijo a Sus discípulos, especialmente a aquellos que viven la realidad del reino de los cielos: "*Vosotros sois la luz del mundo*" (Mateo 5.14).

Dios que es luz, vino a morar en nosotros los creyentes, y cuando hacemos Su voluntad, cuando lo tenemos a Él como nuestro primer amor, lo reflejamos como la luz y somos luz para el mundo: "*para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo*" (Filipenses 2.15).

Por eso el Señor dice que la luz no se pone debajo de un almud, sino en lo más alto para que alumbre a todos los que están en casa: "*Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa*" (Mateo 5.15).

Cuando vivimos al Señor como nuestro primer amor, somos luz para el mundo y especialmente para la casa, que es la iglesia y cuando andamos en luz, en comunión con el Señor, la luz que es Dios mismo, alumbra a todos los santos para que tengan visión del camino por donde deben andar, camino que es el Señor Jesús.

Por causa de ser luz, los hombres verán que nuestras obras son hechas en Dios y el Padre es glorificado: "*Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*" (Mateo 5.16).

Una vez que el Señor nos ha aclarado acerca de lo que es el candelero y su función y que definitivamente no se refiere a "*la iglesia local*", como algunos lo han afirmado, podemos entender con diafanidad qué quiere decir el Señor Jesús cuando le advierte al ángel de la iglesia en Éfeso: "*pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido*" (Apocalipsis 2.5).

De ninguna manera estas palabras hacen referencia a "*la iglesia local*", sino que son una advertencia para los creyentes de todos los tiempos, para que tengamos al Señor Jesús como nuestro primer amor, como el origen de todas las cosas que pensamos, decimos y hacemos.

De no ser así, caeremos del primer amor, dejaremos al Señor como la fuente de nuestro vivir, y Él dejará de relacionarse con nosotros, se irá de nuestro entorno como la luz, e inmediatamente caeremos en tinieblas.

Quitar el candelero de su lu-

gar implica que ni la iglesia, ni los creyentes de manera individual tendrán más revelación ni luz, sino que andarán en tinieblas y no sabrán a dónde ir, no tendrán ninguna meta a la que llegar y andarán siempre extraviados del camino.

¿No es esta la situación actual del cristianismo? Si tenemos un poco de honestidad, debemos reconocer que los miles de grupos cristianos en que está dividido el cristianismo hoy, no tienen un norte definido, no son guiados por el Señor sino por un líder o unos pocos líderes que se autoproclaman con títulos de pastor, reverendo, doctor, presbítero, cardenal, obispo, anciano, hermano responsable, diácono, hermano de servicio, arzobispo, cura, papa, etc.

Como son personas que no tienen al Señor como su cabeza, el Señor no alumbra por medio de ellos y están en tinieblas y como es lógico sus seguidores están igualmente en tinieblas.

Por esta razón, el Espíritu Santo alumbrando por medio de Pablo nos dice: "*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón*" (Efesios 4.17-18).

Cuando se pierde la luz del Señor, la mente se llena de vanidad y de tinieblas, la vida de Dios se convierte en algo extraño e ilógico, y ***la persona es ignorante, porque al no tener revelación en su espíritu no puede conocer a Dios y no hay ninguna visión en su alma de lo que el Señor es y de lo que está haciendo.***

Que el candelero sea quitado del lugar, quiere decir que los creyentes no son más alumbrados por la luz de Dios, que es Dios mismo, y cuando no hay luz hay tinieblas y cuando hay tinieblas no se sabe a dónde se va. La vida del creyente se convierte en una vida sin metas, sin un camino definido para recorrer, y esa es la condición de la iglesia de este tiempo.

Por eso es necesario que atendamos a las palabras del Señor y le roguemos que no nos deje, que no quite de nosotros el candelero, que nos siga iluminando, que nos guíe en el camino que es el Señor Jesús,

que nos ayude a mantenernos en el primer amor, que nos fortalezca interiormente para que no caigamos del primer amor, para que recordemos siempre dónde nos ha puesto Él y para que hagamos las primeras obras, aquellas en las que el Espíritu es quien toma Sus decisiones y usa a quien quiere y en la forma que quiere.

Los creyentes necesitan humillarse delante del Señor y rogarle que les ayude a dejar de hacer tantas obras que han surgido de su iniciativa y que el Señor los guíe a andar en las obras que él preparó de antemano para andar en ellas.

Es pavoroso que el candelero sea quitado de nuestro lugar, que ya no tengamos la luz de Dios. Andar en tinieblas indica que no podemos tener comunión con Él: "*Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1.6, 7).

Si no tenemos comunión con Dios, nuestras oraciones se vuelven vanas y carnales, porque el elemento más importante y vital en la oración es la comunión.

Para orar conforme al Señor lo primero que necesitamos es entrar en la comunión que está en nuestro espíritu. Si al orar no hay comunión, es decir, no podemos entrar en nuestro aposento, toda oración que emitamos no será más que palabras huecas, que nada tienen que ver con el Señor.

Debemos ser cuidadosos para no caer del primer amor, y si hemos caído, el Señor nos está llamando para que procedamos a arrepentirnos. ¡Hagámoslo inmediatamente!

Las obras de los nicolaítas

El Señor en su inmenso amor y Su gran misericordia, reconoce que el ángel de Éfeso tiene algo que no es reprochable: "*Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco*" (Apocalipsis 2.6). El ángel—los hermanos fieles— tenían claridad en cuanto al asunto del nicolaísmo y rechazaba sus obras[2].

2. El nicolaísmo será tratado profusamente en el capítulo 23 de este libro, correspondiente a la Degradación en Pérgamo

Por ahora diremos que el nicolaísmo son obras practicadas por el cristianismo y aborrecibles y odiosas a los ojos de Dios.

Aunque en Éfeso la luz estaba menguando, aún los hermanos aborrecían aquello que el Señor rechazaba. ¿Será igual en la iglesia contemporánea? A su debido tiempo veremos que el nicolaísmo es una de las principales armas que satanás está usando para degradar la iglesia y ponerla contra el Señor.

Qué es vencer la caída del primer amor

Para finalizar la carta al ángel de la iglesia en Éfeso, el Señor dice en el v. 7: "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios*".

En este versículo hay dos elementos de mucha importancia para el creyente. El primero hace referencia a tener un oído apropiado para oír la voz del Espíritu Santo.

Él está hablando a la iglesia y a las iglesias, lo cual implica que ningún creyente puede disculparse diciendo que él nunca oyó hablar de la advertencia que el Señor hace a los santos para que se arrepientan de haber dejado al Señor como el centro de su vivir.

Todos y cada uno de los creyentes tiene una Biblia y ha leído esta carta; igualmente cada creyente tiene un espíritu humano y en él mora el Señor Espíritu como la unción, y cuando hay decisión de oírlo podemos conocer Su hablar y recibirlo por revelación, luego no hay ninguna disculpa, porque Él está hablando a todos los creyentes.

El problema radica en que los santos contemporáneos están tan ocupados en sus obras, están siguiendo a líderes ciegos y sordos y no hacen un alto en su camino para oír el hablar del Señor: *El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.*

El segundo elemento del versículo es la promesa del Señor a aquel que venza el asunto del primer amor: "*Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios*". Como toda la iglesia ha caído en esta situación degradada, vencerla consiste sencillamente en volver a tomar al Señor como el centro, como el origen y la fuente del diario vivir. Es vivir a Cristo como el primero en todas

las cosas: pensamientos, palabras y obras. Es no hacer, decir ni pensar nada sin tener comunión con Él; es amarlo por encima de todo y de todos. Es amar al Señor por encima de nuestros padres, hermanos, hijos, cónyuges y familiares.

Vencer el asunto del primer amor es amar al Señor por encima de todas las circunstancias, difíciles o agradables, es agradecerle por todo lo que nos ocurre sabiendo que "*a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*" (Romanos 8.28).

Amar al Señor es poner nuestra confianza en Él, por encima de las riquezas o de la pobreza, de la sabiduría o de la ignorancia, de la posesión o escasez de bienes, sabiendo que Él es nuestro Padre amoroso que sabe cuidarnos en todas las circunstancias y que nunca nos desampara ni nos deja: "*Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*" (Mateo 6.25, 32-33).

Vencer la pérdida del primer amor es seguir al Cordero por donde quiera que va; es dejar de seguir liderazgos, doctrinas, ministerios y organizaciones, y vivir por la unción que el Señor ha puesto en el espíritu de cada creyente.

Vencer la caída del primer amor es poner los ojos en Jesús, quien es el autor de la fe y es quien la consuma, para que sea completa en nosotros: "*despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios*" (Hebreos 12.1-2).

Vencer la caída del primer amor es dejar de hacer tantas obras en el nombre del Señor, volverse a Él y dejar que sea Él quien hace Sus obras por medio de nosotros y en nuestra vida; es convertirnos en colaboradores suyos, entendiendo que un colaborador es uno que

labora con, es decir aquellos que permitimos que Él determine qué obras se han de hacer y nosotros lo acompañamos y trabajamos con Él.

Promesas para el vencedor

Para aquel que venza la caída del primer amor, el Señor le hace una promesa maravillosa: "*le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios*" (Apocalipsis 2.7).

Comer del árbol de la vida es tener disponibles todas las riquezas de Cristo para nuestro disfrute.

El árbol de la vida es Dios mismo: Su persona, Su naturaleza, Su plan de redención. Este es el único alimento que suple a los creyentes y los nutre para que alcancen la estatura de Cristo, para que lleguen a ser iguales a Él.

Comiendo del árbol de la vida podemos llegar a ser el hombre de plena madurez, que da futo permanente para disfrute del Señor. Disfrutando del árbol de la vida, llegaremos al pleno conocimiento del Hijo de Dios y alcanzaremos la unidad de la fe, que son los cuatro propósitos que el Señor exige que alcancemos: "*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*" (Efesios 4.13).

Observa detenidamente la palabra y vea que el árbol de la vida está en medio del paraíso de Dios. ¿Qué es ese paraíso? ¿Dónde está? Como hemos afirmado en este capítulo, el Huerto de Edén no es un lugar físico con árboles de una y otra especie, sino que ese es un lenguaje típico, de figuras, mediante el cual el Señor nos quiere revelar misterios y verdades profundas.

Si observamos el Huerto de Edén, podemos ver que es el ámbito donde Dios y el hombre tienen comunión sin estorbos. Cuando Adán estuvo allí, se encontraba con Dios y tenían comunión sin ningún obstáculo. Adán hablaba cara a cara con el Señor y Él le manifestaba Sus inquietudes, Sus necesidades y Sus deseos. Por ejemplo, el Señor le dijo a Adán que pusiera nombre a todos los animales. Adán lo hizo sin ninguna dificultad.

Aunque el hombre cayó y fue echado de ese ámbito de comu-

nión, un día Dios se humanó, se hizo hombre, vivió en esta tierra en ese hombre y fue a la cruz para morir y eliminar todos los obstáculos que satanás interpuso entre Dios y el hombre.

Una vez resucitado, como Dios—hombre ascendió y se sentó a la diestra de la majestad en las alturas.

Él se sentó en el trono de Dios, no solo como Dios, sino también como hombre, y en esa entronización nos hizo partícipes de Su victoria, pues según Efesios 2.7, Él nos hizo sentar en lugares celestiales en Cristo Jesús, es decir, nos introdujo en el ámbito donde tenemos comunión con Dios, sin que nada nos impida tenerla.

Por un lado, el paraíso de Dios, en medio del cual está el árbol de la vida, es el cielo, donde está el trono de Dios y a donde nosotros tenemos entrada, si nos volvemos al espíritu, pues así lo describe Juan en Apocalipsis 4 y 5. Por otro lado, el paraíso de Dios es nuestro espíritu humano, porque en él se instaló el Señor desde la noche de la resurrección, cuando vino y se sopló como el Espíritu Santo en el espíritu de los discípulos.

Si los creyentes nos volvemos al primer amor, tendremos a nuestra disposición todas las riquezas del Señor para nuestro disfrute, para nuestro crecimiento, para llegar a la madurez, para producir fruto que agrade al Señor y para llegar a la plenitud de Su estatura. Esto nos llevará a ser vencedores y a reinar con el Señor en el reino de los cielos, el reino milenario.

Dos consecuencias de caer del primer amor y no vencer la caída.

El gran problema de Éfeso, que insistimos, no es solamente un hecho histórico, sino la dificultad que tiene la iglesia contemporánea que ha caído del primer amor. Esa caída consiste en dedicarse a hacer obras, buenas obras para el Señor, pero en las que Él no tiene participación.

Caer del primer amor consiste en desplazarlo en nuestro corazón, del lugar que le corresponde a Él: el primero.

La caída del primer amor tiene dos consecuencias que son fatales, pues sin él no es posible vivir una vida que agrade al Se-

ñor: **la primera**, que el candelero es quitado. Como hemos visto en este capítulo, el candelero sirve para alumbrar, para emitir luz que nos permite ver el camino por donde debemos andar.

Si el candelero es quitado, estaremos llenos de tinieblas, no podremos ver por dónde andar y nunca podremos alcanzar la meta que el Señor nos ha designado.

Al respecto, la palabra de Hebreos 12.1-2, es muy clara: "*Por tanto, nosotros también... despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios*".

Para recuperar el candelero que nos alumbra debemos poner los ojos en Jesús quien es el autor y consumador de nuestra fe y quien nos despoja del pecado que nos asedia y quita de sobre nosotros todo peso que nos aplasta.

Mirándolo a Él como el camino, podemos correr con paciencia la carrera que tenemos por delante y llegar a la meta que Él nos ha fijado, la cual consiste en llegar a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre de plena madurez y a la estatura de la plenitud de Cristo. Alcanzando esa estatura estaremos en la manifestación plena del reino de los cielos.

Poner los ojos en Jesús quiere decir apartarnos de toda organización muerta y sin vida, en las que se han convertido los miles de grupos cristianos; apartarnos de los falsos maestros que se auto proclaman apóstoles, pastores, ungidos y muchos títulos más. Igualmente poner los ojos en Jesús implica dejar de seguir a hombres, a doctrinas y buscar revelación y visión en nuestro espíritu, oír solo al Señor y ser enseñados y guiados por Él. No se debe olvidar que Él como la unción mora en nuestro espíritu y nos enseña todas las cosas y no tenemos necesidad de que nadie nos enseñe, distinto al Señor como la unción.

La segunda consecuencia de dejar al Señor como el primer amor consiste en que no podemos comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios.

Hemos visto que el paraíso de Dios no es un lugar físico sino el ámbito donde Dios tiene comunión con Sus hijos; en otras palabras, es nuestro espíritu humano. Cuando entramos en el espíritu, podemos disfrutar de todas las riquezas de Dios, es decir, de todo lo que Él es, de lo que Él tiene y de lo que Él ha logrado por medio del proceso de la redención.

Si no tenemos comunión con Dios, no solamente no tendremos luz y andaremos en tinieblas, sino que además no podremos alimentarnos con todas Sus riquezas y seremos creyentes espiritualmente desnutridos y raquíticos, sin ningún poder para obedecerlo, para cumplir Su voluntad, para darle frutos y para agradarlo.

¡Vuélvete hoy al primer amor!

Capítulo 20
La Degradación en Esmirna (1)

Tal como vimos en los dos capítulos precedentes, la degradación de la iglesia tuvo su comienzo en Éfeso, es decir, inmediatamente después de que Pablo fue puesto prisionero en el capítulo 21 del libro de Hechos, satanás aprovechó cada oportunidad para introducir en la iglesia los ingredientes que la degradaron y la llevaron al estado lamentable en que se encuentra en el tiempo presente, en el que se ha convertido en el cristianismo.

Todas las cosas temporales tienen un principio y la degradación de la iglesia no es una excepción. Por eso es necesario observar con mucha atención lo ocurrido en Éfeso en el relato de Apocalipsis 2.1-7, pues en ese pasaje se relata el principio, el comienzo de la degradación de la iglesia y bajo ese principio se desarrollarán las subsiguientes etapas de degradación.

Recabemos en el sentido de que la mayor causa de degradación en Éfeso fue la pérdida del primer amor, consistente en que los santos, los hijos de Dios, dejaron al Señor como el único centro de su vivir y actuaron y tuvieron amores distintos al Señor, y a esos amores les dieron igual o más importancia que a su Señor, quien es el único digno de ocupar el primer lugar en nuestro corazón.

Los amores que remplazan al Señor en Éfeso son las obras que cada uno hace para Él, ateniéndose a sus puntos de vista,

sus gustos, sus deseos y sus capacidades, sin contar con la voluntad del Señor y sin tener en cuenta que Él no quiere nada que sus hijos puedan hacer por Él, sino que Su deseo es trabajar en y por medio de nosotros.

El Señor desea que andemos en las obras que Él preparó de antemano para que caminemos en ellas: "*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" (Efesios 2.10)

Como consecuencia de haber perdido al Señor como el primer amor, ocurrieron dos lamentables hechos que determinaron el rumbo que tomarían los hijos de Dios en el futuro: perdieron el candelero y como tal la iluminación de la palabra y el Espíritu; y, no tuvieron acceso al árbol de la vida, por lo que perdieron la posibilidad de tener una alimentación espiritual apropiada que les garantizara crecer en vida, en el Señor. Creyentes en ese estado no tienen ninguna posibilidad de alcanzar la estatura de la medida de la plenitud de Cristo, por lo menos en esta era.

Desde el tiempo de Éfeso, la iglesia entró en una era de oscuridad, de tinieblas, que con el paso de los años y de los siglos, fue incrementándose y los hijos de Dios perdieron el gusto por alimentarse, porque no disfrutaron de todas las riquezas que Dios preparó para ellos.

Hoy día es difícil encontrar hermanos en Cristo que busquen alimentarse adecuadamente de Él, que amen y anhelen disfrutar Sus riquezas. Lo común es encontrar cristianos llenos de doctrinas y de conocimiento mental de la Biblia, pero sin revelación, sin luz y sin experiencia de la palabra de Dios.

Por todo esto es necesario atender a este principio e ir al Señor a rogarle que sea el centro de nuestro vivir; que nos dé la gracia suficiente para que sea el primer amor de nuestras vidas.

Debemos humillarnos en Su presencia y rogarle que se digne alumbrarnos con Él mismo como luz y que nos ayude a vivir en una esfera de comunión con Él, en la que disfrutemos permanentemente del árbol de la vida, que son todas Sus ri-

quezas, todo lo que Él es—Sus atributos— todo lo que Él tiene—Sus innumerables virtudes humanas elevadas— y todo lo que Él logró mediante el proceso de la redención, que va desde Su encarnación hasta Su entronización en gloria. Todo esto es el árbol de la vida y está disponible para nuestro disfrute diario y permanente.

Así llegamos a la segunda etapa de la degradación de la iglesia que está descrita en la carta que el Espíritu le escribe al ángel de la iglesia en Esmirna, en los versículos 8 a 11 de Apocalipsis 2: "*Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte*".

Insistimos en el asunto de que las cartas de Apocalipsis escritas por el Señor Jesús, el Espíritu, no están dirigidas directamente a cada una de las siete iglesias de Asia, sino al ángel de cada iglesia, porque en el tiempo en que fueron escritas, la iglesia había caído en un profundo estado de degradación y el Señor no trata directamente con la iglesia; entonces, en cada situación, el Señor busca hermanos que en medio de la anomalía, sean fieles a Él, vivan en Su comunión, lo escuchen y lo sigan, y a esos hermanos el Señor los llama "***el ángel de la iglesia***".

Ellos son los hermanos que resplandecen en la noche oscura y en medio de la generación torcida y depravada: "*para que seáis intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella brilláis como estrellas en el firmamento*" (Filipenses 2.15).

Bien distinta es la situación que ocurre con las siete iglesias a las cuales les fueron dirigidas cartas por Pablo, cuando aún había normalidad; los hermanos eran diligentes en guardar la unidad del Espíritu, eran unánimes, seguían al Señor como la

Cabeza de la iglesia y no a hombres auto proclamados como enviados y líderes. Estas cartas son Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses.

Sin embargo, en Corinto ya asomaba la actitud que satanás sembró en los hermanos consistente en apartarse del Señor para seguir a los mismos santos, pues unos se declaraban seguidores de Pablo, otros de Pedro, unos más de Apolos y otro grupo se creían seguidores de Cristo.

El Espíritu por medio de Pablo instó a los hermanos a que vivieran en la única comunión que agrada a Dios, que es la del Hijo Jesucristo nuestro Señor: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor. Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?*" (1 Corintios 1.9-13).

Cuando a estas iglesias les fueron escritas sendas cartas, los destinatarios eran los santos en general y en una de ellas, Filipenses, se nombra a los ancianos y los diáconos, que eran hermanos normales, que servían al Señor en el Espíritu y cuidaban de los santos, no enseñoreándose de ellos, sino cuidándolos, supliéndolos y alimentándolos como nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos: "*Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos*" (1 Tesalonicenses 2.5-7).

Pero en Apocalipsis la iglesia ya no es normal, sino que está llena de los muchos ingredientes que furtivamente le introdujo el diablo, y el Señor ya no le escri-

be a todos los santos, sino que le ordena a Juan que le escriba al ángel de cada iglesia, del que insistimos, está conformado por aquellos hermanos que no se dejan arrastrar por las situaciones adversas introducidas por satanás, sino que se mantienen fieles al Señor en todo tiempo y en toda situación: "*Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro…Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos… Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso… Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna…Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo… Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira… Escribe al ángel de la iglesia en Sardis… Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia…Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea*" (1 Corintios 1.1-2; Filipenses 1.1; Apocalipsis 2.1, 8, 12, 18; 3.1, 7, 14).

Teniendo claridad sobre este aspecto, podemos considerar las palabras que el Señor le ordena a Juan que escriba al ángel de la iglesia en Esmirna.

La palabra Esmirna, aunque se refiere a la ciudad que en los tiempos en que fue escrita esta carta estaba en Asia de entonces, y hoy es una ciudad en ruinas que se encuentra en Turquía; Su significado es mirra.

La mirra es una especia, que en la antigüedad se utilizaba especialmente para embalsamar cadáveres. Es una sustancia resinosa que se obtiene de hacer incisiones en la corteza del árbol llamado Commiphora myrrha. De las incisiones el árbol exuda una resina gomosa, de color amarillo, que al secarse adquiere formas diversas, siendo la más común la forma de lágrimas y cambia su color por una tonalidad pardo-rojiza. Tiene un sabor amargo.

Si miramos la situación de Esmirna, veremos que los santos de ese entorno sufrieron la persecución de satanás, pasaron por diversas tribulaciones y aun estuvieron en la cárcel. De ahí el nombre de Esmirna, refiriéndose a los sufrimientos por los cuales debemos pasar quienes deseamos servir al Señor, sufri-

mientos que vienen de las pruebas, la disciplina y el castigo que el Señor nos inflige para que crezcamos hasta llegar a la madurez; y sufrimientos que también nos causa la persecución de satanás y su reino de tinieblas, conformado por principados, ejércitos de maldad, gobernadores de las tinieblas, autoridades de los aires y demonios.

Debido a nuestro viejo hombre, que se levanta como un estorbo para que el Señor pueda desarrollar Su plan en nosotros, es necesario pasar por pruebas, tribulaciones, disciplina y sufrimientos, de acuerdo con lo declarado por el Espíritu en Hebreos 12.4-11: "*Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados*".

Debido a que somos hijos de Dios, necesariamente tenemos que pasar por la disciplina, el castigo y la reprensión del Señor, porque de esa manera somos tratados por Dios como hijos. Declara el Señor en Su palabra que la disciplina es para nuestro provecho y mediante ella somos santificados.

Cuando somos disciplinados parece que no logramos ser gozosos, sino más bien nos produce tristeza, pero después que pasamos por ella, alcanzamos fruto de paz y justicia. A eso se refiere la palabra Esmirna, que quiere decir mirra y tiene que ver con los sufrimientos por los cuales pasamos, para alcanzar la plena madurez.

Igualmente, Pedro, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos anima: "*En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*" (1 Pedro 1.6-7).

¿Por qué son necesarios las pruebas y los sufrimientos? Pedro lo dice claramente: si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas. ¿Será necesario?

Si somos cuidadosos en el discernimiento de la palabra, veremos que Esmirna es consecuencia de Éfeso, y como sabemos, en Éfeso los hermanos cayeron del primer amor, perdieron la luz y no pudieron comer del árbol de la vida.

En consecuencia, tenían dos grandes carencias: al no tener el candelero, porque el Señor lo quitó de su lugar debido a la falta de arrepentimiento de haber dejado al Señor como el primer amor, se sumieron en tinieblas, y al no vencer, es decir, debido a que no se volvieron al Señor ni se arrepintieron de haberlo dejado a Él como el primero, como la realidad de su vida diaria, el Señor no les dio a comer del árbol de la vida, es decir no tuvieron cómo alimentarse adecuadamente y no lograron crecer.

Debemos recabar que el árbol de la vida que representa a Dios mismo está en medio del paraíso de Dios y ese paraíso es el ámbito, el ambiente, la esfera donde Dios y el hombre tienen comunión, donde no hay nada que interfiera nuestro vivir cara a cara con el Señor. La falta de arrepentimiento en Éfeso hizo que los santos en Esmirna tuvieran el mismo problema: falta de comunión con Dios.

Entonces la iglesia en Esmirna no tiene la luz de Dios, puesto que el candelero fue quitado de su lugar en Éfeso; tampoco tiene oportunidad de disfrutar las riquezas de Dios en Cristo por medio del Espíritu y no tiene comunión con Dios.

Creyentes así son pasto blando, apropiado para que el enemigo los devore y les haga daño.

Cuando no tenemos luz, porque no hay revelación, satanás tiene una puerta franca para entrar y hacer daño.

Igualmente debido a la debilidad espiritual por falta de un adecuado disfrute de las riquezas de nuestro Dios, representadas por el árbol de la vida, el enemigo tiene toda la oportunidad de vapulear, perseguir y engañar a los santos.

Finalmente, al no tener una apropiada comunión con el Señor, el creyente está propenso a sufrir toda clase de ataque y persecución sin percibirlo.

Por otro lado, a creyentes así, ciegos, débiles y sin comunión, es necesario que el Señor los discipline y los castigue para que se vuelvan a Él, se arrepientan y aprendan a depender en todo del poder del Espíritu que está en ellos. Esta es la situación de Esmirna.

He aquí una de las razones por las cuales el Señor se presenta al ángel de la iglesia en Esmirna como "*El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió*" (Apocalipsis 2.8)

Cuando pasamos por sufrimientos, el Señor nos anima y nos consuela diciéndonos que no obstante la situación, Él es antes que todas las cosas—el primero—, es decir que antes de Él no hay nada ni nadie, pero que a la vez después de Él tampoco hay nada—el último—, es decir, que como hijos Suyos, nada de lo que nos ocurre está fuera de Su control, que Él conoce todas las cosas y que las pruebas que nos da y la persecución que le permite al enemigo hacernos, contribuirán a formar un carácter apropiado para nuestro beneficio: "*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*" (Romanos 8.28).

Debemos tener plena confianza en que el Señor sabe cuidarnos como un Padre amoroso y nunca dejará de darnos todo aquello que necesitamos y nunca permitirá un episodio que nos haga daño o nos destruya, sino aquellos que sean necesarios para nuestra edificación: "*Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros. Nos vemos atribulados en todo, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero*

no abandonados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también su vida se manifieste en nuestro cuerpo" (2 Corintios 4.7-10—Biblia al Día).

Igualmente, el Señor se presenta como aquel que estuvo muerto, dándonos a entender que no hay sufrimiento que podamos tener que sea mayor al sufrimiento que el Señor tuvo que soportar durante Su vida en la carne.

Estar muerto es pasar por la mayor debilidad y el ataque más grande que se puede infligir a un ser humano, y Jesús pasó por ella y la venció. Por eso podemos tener plena confianza en Él: "*Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente*" (Hebreos 5.7)

En los cuatro evangelios encontramos un relato de algunos de los muchos sufrimientos por los que el Señor tuvo que pasar: rechazo de la gente de Su pueblo, los israelitas; lo acusaron de que echaba demonios por Belcebú, el príncipe de los demonios; lo acusaron de violar la ley de Moisés, de blasfemar contra Dios; lo envidiaron, lo vituperaron, lo calumniaron y finalmente lo mataron con la muerte más infame, la muerte en la cruz.

¿Habrá sufrimientos mayores a los que pasó el Señor? Podemos estar seguros de que no. Él ya pasó por todos ellos y por eso puede socorrernos, ayudarnos y fortalecernos, cuando estamos pasando por cualquier tribulación: "*el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios*" (2 Corintios 1.4).

Aún más, nosotros ni siquiera hemos tenido que sufrir la muerte y el Señor pasó por ella y nos libró de esa muerte horrenda. Si partimos antes de que el Señor regrese, nuestra muerte será un dormir para ir al paraíso a descansar y esperar Su venida, cuando nos resucitará.

Por eso afirma que Él es: el que estuvo muerto y vivió. Ni siquiera la muerte pudo vencerlo,

porque Él es el Dios de la resurrección y la vida: "*Yo soy la resurrección y la vida*".

Por amor a nosotros pasó por la muerte y ésta no pudo retenerlo, sino que la venció resucitando y con Él nos resucitó, porque una vez resucitado nos inoculó Su vida como el Espíritu, y ahora la vida eterna, que es Él mismo, está en nosotros fortaleciéndonos para soportar las pruebas y los sufrimientos por los que tenemos que pasar todos los días: "*Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*" (Hebreos 4.15)

Debido a que Él conoce la situación de pruebas y sufrimientos, al ángel de Esmirna se presenta como el primero y el último, el que estuvo muerto y vivió, a fin de que tengamos plena confianza y nada ni nadie pueda derrotarnos, si nos arrepentimos genuinamente de la condición que el enemigo introdujo entre los santos, en la situación de Éfeso.

Al ángel de la iglesia en Esmirna el Señor le anuncia que conoce cuatro aspectos: sus obras, su tribulación, su pobreza y la blasfemia de los falsos creyentes: "*Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de satanás*" (Apocalipsis 2.9).

1. Las obras

No son relevantes las obras que hay en Esmirna y por esa razón el Señor ni las destaca ni las nombra.

Sabemos que Esmirna es el producto, el resultado de la degradación en Éfeso, y en esta situación, los hermanos se llenaron de muchas obras que no agradaron al Señor, que hicieron que ellos perdieran el primer amor, que dejaran al Señor como la fuente de su vivir.

Se puede entonces colegir que no hay nada significativo que agrade al Señor en las obras que tiene el ángel de la iglesia en Esmirna y por eso el Señor no las destaca.

2. Tu tribulación

La tribulación tiene que ver con los sufrimientos causados

primero por la persecución de satanás y por las pruebas que el Señor permite entre Sus hijos.

Recalcamos el hecho de que en Éfeso se perdió el candelero, y como consecuencia los hermanos en Esmirna están en tinieblas.

Al no tener luz, no hay un camino claro por donde caminar, no se tiene un derrotero o un blanco al cual llegar y ocurre lo que le ocurrió al pueblo de Israel que tuvo que vagar por el desierto sin un rumbo determinado, sin una meta a la cual llegar, sin un blanco que alcanzar, todo a causa de su rebeldía y la dureza de cerviz.

Tal es el cristianismo hoy; en los millones de congregaciones en que está dividido el cristianismo no hay una meta definida a la que los hermanos se encaminen, porque su vivir es un vivir de tinieblas, sin sentido y sin una meta definida; en ellos no resplandece la luz de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Los líderes de las congregaciones no son más que ciegos guías de ciegos, porque carecen de revelación en su espíritu y luz en su corazón, para ver la realidad de la persona del Señor Jesús, que es el camino; y no saben por dónde andar ni por dónde guiar a los hermanos.

La condición de oscuridad del cristianismo contemporáneo no le permite ver al Señor Jesús como el camino, y anda por muchos caminos que no conducen a ninguna parte. Tampoco pueden vislumbrar la meta del supremo llamamiento a que Dios los ha llamado en Cristo Jesús; sus ojos espirituales están llenos de tinieblas y no pueden ver casi nada.

Esta condición trae muchos sufrimientos a los hermanos genuinos que están entre ellos, porque su vida cristiana se limita a una calentura en su emoción, cada vez que van al culto, pues en eso se han especializado los líderes. Ellos tienen metodologías muy bien aprendidas para activar la emoción de los hermanos, pero una vez la reunión se acaba, los santos caen en un profundo vacío que no tienen cómo llenar.

Aunque tienen la Biblia, no la leen y si la leen no pueden extraer de ella al Cristo viviente que suple todas sus necesidades

espirituales, sicológicas y materiales.

Los hermanos no tienen cómo ir al trono de la gracia para que sean socorridos con la gracia y la misericordia del Señor: "*Estudiáis con diligencia las Escrituras porque pensáis hallar en ellas la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida*" (Juan 5.39—Biblia al día).

Los hijos de Dios generalmente escudriñan las escrituras, pero no se han habituado a ir al Señor por medio de ellas, sino que las toman como letra muerta que se queda en su alma, pero no penetra hasta el espíritu para que se convierta en vida. Esta es una de las más grandes tribulaciones.

Cuando un cristiano sabe vivir en su espíritu, contactar al Señor y tener comunión con Él, desde su interior están fluyendo permanentemente ríos de agua viva que lo refrescan, lo iluminan, lo mantienen lozano, le dan fuerza para enfrentar el día a día y permanecer en la frescura de la comunión del Espíritu: "*De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva*" (Juan 7.38—Biblia al Día).

3. La pobreza

Otra de las situaciones que el Señor conoce del ángel de la iglesia en Esmirna es la pobreza. No se trata de la escasez de recursos materiales, sino de la escasez de Cristo, que hay en el alma de la mayoría de los creyentes.

El Señor nos salvó, nos regeneró y nos hizo participantes de Su naturaleza divina, para que como Sus hijos disfrutemos diariamente de Sus incontables riquezas.

Dios es un Padre inmensamente rico y nos ha constituido como Sus hijos para que, como herencia, nosotros disfrutemos de todo lo que Él tiene. Todas Sus riquezas son nuestras y nosotros no debemos estar empobrecidos, sino saturados de todo lo que Él es.

Esta es la razón para el agregado entre paréntesis: tu pobreza (pero tú eres rico). Cuando se ha perdido la iluminación de Dios que es luz—el candelero—y no se tiene el hábito de disfru-

tar de todas Sus riquezas—el árbol de la vida—, la condición que inmediatamente se hace manifiesta es de una pobreza absoluta que raya en la miseria. Sin embargo, el Señor hace una aclaración: (pero tú eres rico).

Muchas veces la pobreza está solamente en la mente de las personas y el cristianismo moderno se ha dedicado a buscar riquezas materiales, pero no a disfrutar de las riquezas espirituales que están en Cristo: "*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo... en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*" (Efesios 1.3; Colosenses 2.3).

La pobreza a que se refiere el hablar del Señor al ángel de la iglesia en Esmirna tiene que ver con la escasez de Cristo en el corazón de los creyentes.

Si se habla con cualquier hermano de cualquier grupo cristiano, incluidos los líderes de renombre, para ellos la pobreza consiste en la ausencia de bienes materiales y para curarla han inventado teologías con nombres rimbombantes tales como "**el evangelio de la prosperidad**", con la que pretenden chantajear a Dios por medio de "siembras" de cientos, miles y millones de dólares, para que el Señor les devuelva hasta cien veces lo sembrado.

Condicionan y esclavizan el corazón de sus seguidores a tal punto que quien no siembra se considera un infeliz, un desventurado y un pecador empedernido, y en reiteradas ocasiones venden hasta el lugar de la morada de su familia, con el fin de complacer al líder. ¡Qué felonía tan descarada!

Los líderes anuncian que el dinero recaudado por ese medio de engaño es para llevar adelante la obra del Señor, pero si se hace un examen, así sea muy general, se encontrará que todo lo recaudado va a engrosar las arcas del líder y a acrecentar su fama.

Si a los hermanos se les examina acerca de la realidad de la abundancia de Cristo en su vivir, encontraremos una situación más que de pobreza, de verdadera miseria.

Ser pobre es no tener lo ne-

cesario para suplir las necesidades básicas propias y de mi familia, y eso es exactamente lo que hay en el cristianismo. Los santos no tienen la capacidad de exteriorizar al Cristo que mora en su espíritu, porque han sido enseñados durante toda su vida de creyentes a vivir en su mente, pero no a penetrar en su espíritu donde está el Cristo maravilloso, como el Espíritu, con Sus insondables riquezas, dispuestas para su disfrute.

Cuando penetramos en el espíritu, las riquezas de cristo fluyen hacia nuestra alma y de esa manera somos ricos.

La riqueza, que es lo contrario de la pobreza, implica que yo tengo lo necesario para suplir mis necesidades personales, para suplir las necesidades de mi familia y un excedente abundante para dar a otros.

En muchas familias cristianas, los cónyuges viven una vida seca, muerta, sin gozo y sin esperanza, porque como pareja no han aprendido a disfrutar al Señor, a tenerlo como base de su matrimonio y como su cabeza.

Igualmente los hijos, cuando llegan a la adolescencia se vuelven muchachos rebeldes que aman al mundo, porque no se les ha enseñado desde la niñez a amar al Señor, sino que se les ha impuesto una serie de hábitos, que han seguido porque no han tenido alternativa distinta a la de hacerlo, pero cuando llegan a una edad en que pueden separarse del yugo tirano que les han impuesto, se desbordan y manifiestan plenamente el grado de profunda pobreza y de miseria espiritual que han sembrado en sus corazones.

Y qué decir de las charlas que hay entre creyentes, sean adultos o jóvenes. Pueden hablar horas y horas, pero no hay un fluir desde el espíritu de ellos que los alimente. Hablan de deportes, de modas, de televisión, de música, de artistas y de tantos otros temas, pero no hay un fluir de Cristo, una corriente del Espíritu que los nutra, los conforte y los alegre.

Es triste ver jóvenes hijos de creyentes hinchas de un equipo de fútbol, de béisbol, de básquetbol o de otros deportes.

Igualmente es triste ver jóvenes que se dicen creyentes

preocupados por determinada marca de ropa y se sienten deprimidos si no la usan.

Otros son admiradores de cantantes y actores que se ponen de moda cada determinado tiempo, pero en sus corazones no hay ni una gota del Cristo rico que vive en su espíritu.

Todas estas son señales de absoluta pobreza espiritual y que el Señor declara reconocer entre los hermanos de Esmirna, pero que no hace referencia a una época pasada solamente, sino que si lo miramos desde el punto de vista del Señor es completamente aplicable a la situación del cristianismo contemporáneo.

No obstante todo lo anterior, a pesar de la pobreza del ángel de la iglesia en Esmirna, el Señor afirma: "pero tú eres rico". ¿Cuál será la razón de esa afirmación aparentemente contradictoria? Porque el Señor con todo lo que es, con todo lo que tiene y con todo lo que ha logrado mediante el proceso de la redención, mora en nuestro espíritu y cuando nos volvemos a Él, podemos disfrutar de Sus innumerables riquezas y expresarlas, para que seamos ricos y enriquezcamos a otros.

Por eso, amado lector, es necesario que vayamos con plena certidumbre de fe al Señor que está en nosotros y desde ya disfrutemos de todo lo que Él es y tiene y salgamos de la profunda pobreza en que la iglesia contemporánea ha caído.

Este libro, gracias a la revelación que el Señor nos muestra, no es una crítica, ni un desnudar de las cosas que están ocultas en la iglesia de hoy y que desagradan al Señor, sino que nos está mostrando un camino, una salida, para que de todo corazón nos volvamos a Él, salgamos de la pobreza y disfrutemos junto con otros santos de las múltiples riquezas que Él tiene; y así vivamos una vida plena de gozo, luz, paz y alegría, que es la vida del reino de los cielos.

4. La blasfemia de los falsos creyentes

Este es el cuarto aspecto que el Señor declara reconocer en la situación de la iglesia en Esmirna: "*y la blasfemia de los que se dicen*

ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás" (Apocalipsis 2.9)

Desde el punto de vista del Señor, en la tierra existen tres grupos de personas: los creyentes genuinos, los falsos creyentes y el mundo.

Un creyente genuino es una persona que ha creído en el nombre del Señor Jesús, que lo ha recibido y se ha convertido en un hijo de Dios. Todos los creyentes genuinos hacen parte de la iglesia que es el cuerpo de Cristo: "*a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*" (Juan 1.11-13).

Pero existe una serie de personas que nunca han creído, que se reúnen en distintas congregaciones, pero sin haber nacido de nuevo, sin haber creído en el Señor, sin ser regeneradas y sin tener la vida de Dios en ellas. Éstos son los falsos creyentes.

Los falsos creyentes son lobos disfrazados de ovejas, son emisarios de satanás que vienen a estorbar el plan de Dios y a dañar la fe de los creyentes genuinos.

Es muy difícil identificarlos, porque aparentan ser hijos de Dios y se esfuerzan por demostrarlo. Cuando tenemos discernimiento espiritual se nos facilita desenmascarar a los falsos creyentes, pero lamentablemente en las congregaciones carecen de esa virtud espiritual y los creyentes genuinos conviven con los falsos creyentes, sin poder detectarlos: "*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo*" (1 Juan 4.1).

Por eso la frase usada por el Espíritu Santo para describir a esos falsos creyentes: se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de satanás. La palabra del Espíritu es bien fuerte y radical, al decirles que se dicen judíos y no lo son y que en cambio son sinagoga de satanás.

En el Antiguo Testamento había un solo lugar donde se debía adorar y servir a Dios y tener comunión con Él. Cuando el pueblo de Israel vagaba por el desierto,

el lugar era el tabernáculo, que era una tienda portátil, la que los levitas armaban y desarmaban según el Señor les ordenara que acamparan o marcharan. No había un lugar distinto para adorar a Dios ni para conocer Su voluntad.

Cuando el pueblo se estableció en la tierra de Canaán, el lugar se convirtió en una ciudad, que en los tiempos de Samuel era Silo y luego, cuando el pueblo, junto con el rey David conquistó a Jerusalén, Dios estableció esa ciudad como el centro de encuentro con Su pueblo, y más tarde, el rey Salomón edificó el templo y ese era el edificio donde los Israelitas se encontraban con Dios, lo adoraban y lo servían.

Debido a que en el tiempo del rey babilónico Nabucodonosor, el templo fue destruido, y Jerusalén arrasada por el fuego, el pueblo de Israel no tenía un lugar donde encontrarse con el Señor. Pasados setenta años, el rey persa Ciro decretó que quienes quisieran regresar a Jerusalén a reedificar el templo y la ciudad podían hacerlo y fue así como un buen grupo de ellos regresó, redificó el templo y la ciudad, e Israel tuvo nuevamente un lugar para servir a su Dios.

Sin embargo, muchos israelitas se quedaron entre las naciones gentiles, y en las ciudades donde vivían edificaron lo que llamaron sinagogas, que era un lugar donde, especialmente cada día de reposo, se reunían para estudiar las Escrituras y para tener alguna comunión con Dios.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles dice que en cada una de las ciudades donde los hermanos iban anunciando la palabra, encontraban una sinagoga de los judíos y allí predicaban al Señor. En algunas fueron rechazados, e incluso, la sinagoga se convirtió en un foco de persecución contra los hermanos.

Cuando el Señor habla al ángel de la iglesia en Esmirna acerca de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de satanás, está hablando de los falsos creyentes que hoy abundan en la llamada iglesia cristiana.

Uno de los hechos más sobresalientes que ha llevado a la iglesia del Señor a degradarse es la religión, que tiene una serie de prácticas tomadas especialmente de la religión judía y que lo único que logran es poner un velo en los ojos de los santos, velo que les impide ver para conocer la voluntad del Señor y hacerla.

Capítulo 21
La Degradación en Esmirna (2)

La religión judía tiene tres grandes pilares, que describiremos brevemente, para compararlos con el cristianismo de hoy:

1. El templo

Dios había ordenado a los israelitas en el Antiguo Testamento, que, para adorarlo, para tener comunión con Él y para servirlo, debían ir a un único lugar: "*sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias, y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en la cual Jehová tu Dios te hubiere bendecido*" (Deuteronomio 12.5-7). Ese lugar era la ciudad de Jerusalén y en ella estaba el templo. Israelita que no obedeciera este mandato debía ser cortado de entre su pueblo.

El cristianismo contemporáneo, falto de revelación y de visión está convencido de que hay todavía un lugar físico donde se debe adorar y servir a Dios y a ese lugar van los domingos. Es común oír a los cristianos decir, cuando se dirigen a la reunión: "***vamos a la iglesia***", porque ellos consideran que cuando no están en ese lugar, están fuera de la iglesia.

Si hubiera un poquito de visión y revelación entre ellos, podrían entender las palabras sencillas, pero a la vez maravillosas y profundas que el Señor le dijo a la mujer samaritana, en el capítulo 4 de Juan.

En este pasaje se narra que Jesús salió de Judea, con Sus discípulos, con la idea de ir a Galilea. En el trayecto tenía que pasar por Samaria, y más específicamente por una ciudad que se llamaba Sicar.

Cuando llegó a un pozo que en el pasado remoto, Jacob había abierto, se sintió cansado del viaje y se sentó junto al pozo mencionado. Mientras tanto los discípulos fueron a la ciudad a comprar comida y lo dejaron solo.

En ese lapso vino una mujer a proveerse de agua del pozo, y Jesús entabló una conversación con ella. En esa conversación hay muchos elementos espirituales que debemos extraer desde nuestro espíritu.

Para comenzar, Jesús le pide a la mujer que le dé de beber: "Jesús le dijo: Dame de beber" (Juan 4.7). La mujer le respondió inmediatamente: "*¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?*" (v. 9).

La palabra dice que "*los judíos no tienen tratos con los samaritanos*". Siempre que hay grupos religiosos, partidismos y división, entre los mismos hermanos surgen rechazo y odio. Eso ocurre en el cristianismo.

Ante esta pregunta hecha por la mujer, el Señor le abrió Su corazón y le dio la posibilidad de recibir de Él el agua viva: "*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva*" (v. 10).

La mujer samaritana que pensó en las cosas terrenales consideró que el Señor le daría agua del pozo de donde ella venía a sacarla y por eso le dijo: "*no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?*" (v.11).

El Señor, en Su gran misericordia empezó a correr el velo que le impedía a la mujer ver las cosas espirituales y profundas de Dios: "*Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le*

daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (vs. 13-14).

Siempre que venimos al Señor, sin mediadores ni intermediarios, sino directamente a Él, los ojos de nuestro corazón son abiertos, nuestro espíritu humano es avivado y tenemos revelación y visión de Él y un deseo ferviente de amarlo, oírlo, agradarlo, complacerlo y de hacer Su voluntad. Por esto la mujer le replicó: "*Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla*" (v. 15).

Sin embargo, el Señor es muy paciente, no tiene ningún afán, no manifiesta ninguna angustia, sino que primero la lleva a tratar su situación de pecado, para que ella no tenga ningún estorbo, y así pueda tener comunión y acercarse a Él: "*Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad*" (vs. 16-18).

Esta parte del episodio nos muestra un principio muy importante que debemos tener en cuenta para nuestra comunión con el Señor.

Para estar en comunión, primero debemos estar en la luz y esa luz es Dios mismo. "*Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1.5-7).

Para entrar en comunión con Dios no podemos estar en tinieblas; primero debemos entrar en la luz de Él, que es Él mismo. La luz nos ilumina y expone nuestra condición, nos arrepentimos y confesamos, y el camino para la comunión queda abierto. De esa manera tenemos comunión no solo con el Señor, sino también con los hermanos: "*Entonces, hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, por un camino nuevo y vivo que El inauguró para nosotros por medio del velo, es decir, su carne*" (Hebreos 10.19-20).

Una vez que estamos en la luz, somos expuestos y el Señor, que es justo, nos perdona y nos limpia de la maldad propia de nuestros pecados: "*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros*" (1 Juan 1.8-10).

El Señor quiso enseñarle este principio a la mujer samaritana cuando le dijo que fuera y trajera a su marido. Ella, expuesta por la luz y cobijada por el amor del Señor, no negó su condición de adúltera, no se excusó, no argumentó, y al no hacer nada de esto aceptó ser expuesta por la luz del Señor. Entonces Él la perdonó y la limpió.

Inmediatamente ella hizo una declaración, "*Señor, me parece que tú eres profeta*" (Juan 4.19). Observa la actitud que ella tiene ante Jesús: lo trata de Señor.

Esto quiere decir que ella estaba siendo santificada por el Espíritu Santo: "*nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo*" (1 Corintios 12.3). El Espíritu Santo estaba trabajando en ella para llevarla a la salvación. ¡Qué maravilloso es el Señor!

Una vez que la mujer entró en comunión con el Señor, le hizo una pregunta que tiene mucha revelación para nosotros. A ella le inquietaba el asunto del lugar donde se debía adorar a Dios: "*Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar*" (Juan 4.20).

¿Quiénes tienen razón en cuanto a la adoración; los judíos o los samaritanos? Ni uno ni otro.

La actitud de la mujer samaritana es la misma de los cristianos de hoy. Ellos consideran que hay un lugar físico para adorar y que necesariamente hay que estar en él para adorar a Dios y para tener comunión con Él, que fuera de ese lugar no es posible reunirse con el Señor.

La respuesta del Señor es bien concluyente: "*Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no*

sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4.21-24).

Lo primero que asombra en esta respuesta es la sencillez y la humildad del Señor en la frase: Mujer, créeme. Cuánta falta de credibilidad tiene el Señor entre los cristianos. No conocen la palabra, no tienen revelación ni visión acerca del Señor y no le creen. El Señor hoy viene a decirte a ti: Hombre, mujer, créeme. ¡Cuán sencillo es el Señor!

Esta es la discusión que entre los cristianos se da de generación en generación y de siglo en siglo: ¿Dónde debemos adorar? Los cristianos están convencidos de que es un sitio fijo que equivocadamente llaman "**iglesia**", por eso dicen que el domingo cuando van a la reunión, van a la iglesia, y este error es manifiesto debido a que no han visto el cambio de dispensación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento, los israelitas debían ir a un único lugar a adorar, que después de que David conquistó Jerusalén, fue esa la ciudad donde el pueblo de Dios debía adorar a Dios y dentro de esa ciudad había un sitio único para encontrarse con Dios: el templo.

Fuera de allí no era factible tener comunión con Dios.

Debemos entender que el verdadero templo es Cristo: "*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo*" (Juan 2.19-21).

Jesús vino en carne, vivió en esta tierra, murió, resucitó, ascendió al cielo, fue entronizado y entró en la gloria de Dios y como el verdadero templo hoy mora en nuestro espíritu y es allí adonde debemos ir para adorar a Dios: "*Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en*

espíritu y en verdad es necesario que adoren".

La adoración, la comunión, la oración y el encuentro con Dios en el Nuevo Testamento no es en un lugar físico, sino en el espíritu del creyente donde mora Dios como el Espíritu: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*" (Mateo 6.6).

Por eso decir que "vamos a la iglesia" demuestra una absoluta ignorancia del plan de Dios y de Su forma de actuar en el Nuevo Testamento.

Los creyentes neotestamentarios no vamos a la iglesia, sino que vivimos en ella cada instante de nuestra vida.

La iglesia no es un lugar físico, no es una edificación grande con bancas, plataforma, púlpito y muchas flores. No, eso no es la iglesia.

La iglesia es Cristo viviendo Su vida divina en los creyentes y es también los creyentes viviendo su vida humana por la vida divina de Cristo en el Espíritu. Donde un creyente está, ahí está la iglesia; donde están dos, tres, cinco, diez, cien, mil hijos de Dios, ahí está la iglesia, sin importar el lugar donde se encuentren.

Hoy adoramos no en un lugar físico, sino en nuestro espíritu humano y podemos y debemos hacerlo en todo tiempo y en todo lugar.

2. Las promesas

Dios le dio muchas promesas inicialmente a los patriarcas y posteriormente al pueblo de Israel: "*que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas*" (Romanos 9.4), promesas cuyo cumplimiento se da en el Nuevo Testamento.

Es costumbre de los cristianos de hoy vivir de promesas, lo cual los lleva a vivir en el Antiguo Testamento. No pueden ver, por falta de revelación que, casi todas las promesas que Dios hizo en el Antiguo Testamento, en el Nuevo ya no son promesas sino realidades.

Tampoco pueden ver que las promesas que Dios ha hecho a los Suyos se encierran en la gran promesa que Dios le dio a Abraham y que se cumplió cuando Jesús vino en carne, vivió en esta tierra por más de tres déca-

das, fue a la cruz, murió y resucitó, y una vez resucitado se sopló como el Espíritu dentro de Sus discípulos. Después ascendió al cielo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas, fue entronizado, entró en la gloria de Dios y se derramó sobre los discípulos el día de Pentecostés y hoy mora en Sus hijos, como el Espíritu, dando así cumplimiento a la mayor de las promesas: "*para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu*" (Gálatas 3.14). **Esta ya no es una promesa, es una realidad que podemos disfrutar sin límites**.

Poco antes de morir Jesús dijo a Sus discípulos estas palabras que son muy dicientes: "*el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*" (Juan 14.17).

La palabra verdad incluida en este versículo es mejor traducirla como realidad y entre las dos hay una gran diferencia que nos ayuda a entender mejor lo que el Señor quiso decir.

Hemos afirmado en este libro que la verdad no es un concepto filosófico, como dice el mundo, sino que la verdad es una persona, es el Señor Jesús: "*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*" (Juan 14.6).

La verdad entonces es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con Su esencia, Su naturaleza que se resume en Sus atributos; igualmente la verdad es Cristo con todo lo que tiene, un sin número de virtudes que expresan lo que Él es; y la verdad también comprende todo lo que Él ha hecho mediante el proceso que realizó para redimirnos.

Dios, con todo lo que es, tiene y ha logrado, es la verdad absoluta y objetiva, es decir, está fuera de nosotros, existe por sí misma y no requiere que nadie crea que es real. En otras palabras, aunque la gente no crea en la verdad, ella existe por sí misma.

Pero cuando la verdad se hace un hombre en Jesús, esa verdad ahora se vuelve realidad, es decir, ahora se manifiesta a través de un hombre: Jesús. Por eso, Juan hablando acerca de Él dice: "*Y aquel Verbo fue hecho car-*

ne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad" (Juan 1.14).

Equivale a decir que cuando el Hijo se hizo carne en Jesús, la verdad, todo lo que Dios es y tiene, se hizo realidad en Jesús.

De la misma manera, cuando el Señor Jesús dice que el otro Consolador es el Espíritu de realidad, está afirmando que la verdad que en ese momento era objetiva, es decir, estaba fuera de los discípulos, cuando viniera el otro Consolador, Él sería el Espíritu de realidad, o sea que Dios se hace real en cada uno de los creyentes, porque además de que, en el momento en que Jesús habló estas palabras, estaba con ellos, cuando Jesús muriera y resucitara, Él como el otro Consolador vendría a morar dentro de Sus discípulos, que es exactamente lo que ocurrió la noche de Su resurrección, cuando vino y se sopló en ellos como el Espíritu Santo, y eso ocurre hoy con quienes creyendo, hemos sido hechos hijos de Dios.

Hoy Dios mora en el espíritu humano de nosotros los creyentes y es real, ya no es un Dios lejano e indiferente. Dios no solamente está en el cielo, en Su trono de gracia, sino que mora en nosotros, quienes somos Sus hijos, quienes hemos creído en Él y es nuestra realidad diaria.

Los creyentes del Nuevo Testamento no vivimos de promesas sino de realidades. Aunque aún estamos en la carne, sin embargo, no vivimos conforme a la carne: "*Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne*" (2 Corintios 3.10), sino que podemos vivir en nuestro espíritu y como en él está Dios, podemos disfrutar de todas Sus riquezas, de Su persona, de Su cuidado, y todo lo que Dios es, tiene y ha logrado, y esa es nuestra realidad diaria. A esto se refiere el Espíritu de realidad.

Los cristianos viven de promesas, mientras los creyentes que tienen revelación y visión, vivimos diariamente la realidad del Dios maravilloso que mora en nosotros.

3. La ley mosaica

El tercer gran elemento de la columna vertebral de la religión judía es la ley mosaica. Esta ley está conformada por los manda-

mientos morales que son nueve y la ley ritual que tiene un gran número de ordenanzas, estatutos y decretos, entre los cuales está el cuarto mandamiento de los diez escritos por Dios en las tablas que le dio a Moisés, como es el de guardar el sábado.

En el cristianismo hay mucha discusión teológica acerca de si se debe guardar la ley mosaica o no se debe guardar[1]. Debemos tener claridad en el asunto de que nosotros, por más que nos esforcemos, no podemos guardar la ley, no tenemos fuerzas, poder ni capacidad para guardarla.

La ley da testimonio de quién es Dios y al ser testimonio de Él, es buena, santa y justa: "*De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno*" (Romanos 7.12), pero debido a la caída del hombre, debido al pecado que mora en él, no es capaz de cumplirla: "*Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*" (Romanos 7.14-23).

Esta es una maravillosa descripción realizada por el Espíritu Santo mediante nuestro hermano Pablo, que nos ayuda a entender cuál es la condición del hombre antes de que Cristo viniera y cuál es la condición del hombre sin Cristo.

El hombre que profesa la religión judía o que está en el cristianismo sin realidad, se esfuerza por cumplir la ley de Dios y se cree capaz de cumplirla, pero no se da cuenta de que su esfuerzo es propio de un hombre car-

1. Un poco más de revelación sobre el tema de la ley podrá encontrarla el lector en los capítulo 14, 15 y 16 del libro ***El Reino de Dios y el Reino de los Cielos*** del mismo editor.

nal vendido al pecado: mas yo soy carnal, vendido al pecado, y aunque quiera agradar a Dios y cumplir la ley, no puedo: pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago, porque el pecado, que es la naturaleza diabólica que mora en todos los hombres, es quien hace lo que la persona aborrece hacer: De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.

Debido a que el hombre fue creado a la imagen y a la semejanza de Dios, en el hombre interior, es decir en su alma y su espíritu, se deleita en la ley de Dios. En otras palabras, todo hombre tiene el deseo de agradar a Dios y pensar en agradarlo le produce un gran deleite; esta es la ley interior de la mente.

Si tenemos en cuenta que una ley es un poder, una fuerza que impele al hombre a actuar de determinada manera, como por ejemplo la ley de gravedad, que atrae hacia la tierra todo lo que está a su alcance, así mismo es la ley del pecado que está en los miembros del hombre: pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

Aunque el hombre tiene una ley en su mente que desea agradar a Dios, en sus miembros hay una ley más poderosa que lo lleva cautivo y lo obliga a pecar, y al pecar cae en la muerte. Por eso la exclamación del apóstol en el Romanos 7.24: "*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*".

Esta es la condición del incrédulo y del creyente religioso que pretende usar sus fuerzas, es decir, la ley de su mente, para cumplir la ley de Dios y agradarlo.

Todo su esfuerzo se convierte en un terrible fracaso. Pero el versículo siguiente es muy diciente, y presenta una salida a la terrible encrucijada: "*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*" (Romanos 7.25).

Nosotros no tenemos fuerzas para cumplir la ley de Dios y no tenemos poder para agradarlo, pero esa capacidad, fuerza y poder sí las tiene Jesús. Por eso Él

dice: "*No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir*" (Mateo 5.17).

Él cumplió la ley de Moisés en su totalidad, no solamente la ley moral sino también las ordenanzas, estatutos y decretos y hoy está en nuestro espíritu para cumplir, no la ley ritual, porque ya fue cumplida, sino para cumplir la ley moral.

Por eso Romanos 8.3, 4 dice: "*Pues lo que no pudo la ley, según estaba debilitada por medio de la carne, lo hizo Dios, el cual, envió a su Hijo en semejanza de nuestra carne pecaminosa, y como ofrenda por el pecado, condenó el pecado en la carne de él: para que la justicia que requiere la ley fuese cumplida en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu*".

El pecado, que es la naturaleza de satanás, unida a nuestros miembros se convirtió en carne y la carne nos hizo muy débiles e impotentes para cumplir la ley de Dios.

Por eso el Señor tuvo que enviar a Su Hijo en semejanza de carne de pecado para que condenase al pecado en la carne, en el cuerpo de Jesús.

Una vez que el pecado ha sido condenado, somos libres de su poder y si andamos conforme al Espíritu, como debe ser el andar normal de un creyente, la justicia de la ley es cumplida en nosotros.

Hoy, en nuestro espíritu humano, tenemos la ley del Espíritu de vida, que con Su poder nos hace cumplir la ley de Dios, que es justa, santa, buena y espiritual: "*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*" (Romanos 8.3), y anula completamente la ley del pecado y de la muerte que estaba en nuestra carne.

Podrás preguntar: Como ya no tengo que cumplir la ley entonces ¿puedo matar, robar, adulterar y fornicar y cometer otra clase de pecados? No. Un creyente genuino no peca, porque el Espíritu que mora dentro de Él no peca: "*Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido*" (1 Juan 3.6).

Si una persona se declara creyente, pero practica el pecado, está mintiendo, no es un cre-

yente genuino, esa persona no ha visto ni ha conocido al Señor; pero si un creyente se habitúa a pecar, ese creyente no permanece en el Señor; debemos pues, procurar permanecer todo el tiempo de nuestra vida en Él y de esa manera no pecaremos, y aún si pecamos, Él es compasivo con nosotros: "*Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo*" (1 Juan 2.1).

Una persona que practica el pecado no es del Señor: "*El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio*" (1 Juan 3.8).

Un creyente genuino, que busca permanentemente comunión e intimidad con el Señor no practicará ninguna clase de pecado, porque la simiente de Dios, que es el Espíritu Santo, mora en Él y Dios no peca ni puede pecar: "*Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios*" (1 Juan 3.9).

El cristianismo, acostumbrado a vivir por sus propios esfuerzos, trata con ellos de agradar a Dios, de no pecar, de complacerlo con sus propias acciones, no tiene nada distinto a fracasos continuos; pero si rompieran paradigmas y entendieran que todo el proceso de redención que realizó el Señor lo hizo con el propósito de venir a morar en ellos, en su espíritu humano y desde él llenar su alma, aprenderían a vivir la realidad del Señor y verían que Él sí puede cumplir la ley en ellos.

Capítulo 22
La Degradación en Esmirna (3)

Jesús elevó la ley y la cumplió

Cuando Jesús habló de la ley, la elevó y la llevó a un estadio aún más difícil de cumplir. Por ejemplo, cuando habló del adulterio que es uno de los diez mandamientos, dijo: "*Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno*" (Mateo 5.28-30).

En el Antiguo Testamento el pecado de adulterio se consumaba cuando un hombre o una mujer, casados, tenían intimidad sexual con una persona distinta a su cónyuge. En cambio, el Señor Jesús determinó que el pecado de adulterio se da por el solo hecho de mirar a una mujer para codiciarla.

¿Quién puede controlar que un hombre mire a una mujer y la codicie en su corazón o que una mujer mire a un hombre y sienta codicia por él en su corazón?

Indudablemente que no hay autoridad, ni leyes humanas, ni códigos, ni poder humano capaz de controlar una situación así, pero el Espíritu Santo que mora en cada creyente sí puede ejercer control sobre esa situación.

Por eso afirmamos que nadie puede cumplir la ley de Dios, distinto a Dios mismo que mora en nuestro espíritu y puede cumplir en nosotros Su ley buena, santa y justa.

A esto se refiere Pablo, cuando inspirado por el Espíritu Santo afirma: "*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*" (Romanos 8.2).

En conclusión, un creyente genuino no hace esfuerzos sobre humanos para cumplir la ley de Moisés, sino que se esfuerza en la gracia por vivir en constante comunión con el Señor y de esa manera, mezclado con el Espíritu Santo, cumple la ley de Dios y lo agrada.

Lamentablemente, casi todas las congregaciones cristianas contemporáneas, debido a la ignorancia espiritual de la que adolecen líderes y congregados, tienen una serie de mandamientos que ni unos ni otros pueden cumplir.

Algunos tratan de imponer mandamientos rituales de la ley de Dios, como guardar el sábado, cuando este mandamiento, aunque está entre los diez, es un mandamiento completamente ritual, el cual el Señor Jesús no elevó, sino que por el contrario dijo que el sábado había sido dado por causa del hombre y no al contrario: "*También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo*" (Marcos 2.27).

Algunas congregaciones cristianas son persistentes en el asunto de guardar el sábado como día de reposo y discuten y pelean porque se guarde ese día, pero este no debe ser tema de discusión entre creyentes, pues el Espíritu Santo es muy claro al respecto: "*Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace*" (Romanos 14.5-6).

La ley mosaica fue cumplida en su totalidad por el Señor Jesús, y los creyentes neotestamentarios sí vivimos bajo la ley, pero bajo la ley de Cristo, que es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, la cual nos libra de la ley del pecado y de la muerte.

Los hijos de Dios en el Nuevo Testamento somos de Cristo y no vivimos sin ley, sino que, en la medida que nos disponemos aprendemos a vivir bajo Su go-

bierno, obedeciéndolo y agradándolo en los más pequeños detalles de nuestro vivir.

Un creyente que diariamente se llena de Cristo, expresa el fruto del Espíritu: "*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley*" (Gálatas 5.22-23).

Todos aquellos grupos que se denominan cristianos y viven aferrados a sus templos, que consideran que la iglesia es un lugar físico y se aferran a él como lugar de adoración no usan su espíritu humano para tener comunión con Dios.

Igualmente proclaman un poco de promesas sin entender que la gran promesa que Dios dio a Su pueblo es Él mismo, viniendo como el Espíritu a morar en nuestro espíritu humano. También se esfuerzan por practicar un montón de leyes de hombres que les imponen sus líderes. Por todo esto esos grupos se constituyen en sinagoga de satanás, se dicen judíos y no lo son y blasfeman contra los santos que procuran agradar a Dios en su espíritu.

A ellos se refiere el Señor cuando le dice al ángel de la iglesia en Esmirna que conoce las calumnias de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de satanás (Apocalipsis 2.9).

A continuación, el Señor le dice más al ángel de la iglesia en Esmirna: "*No temas en nada lo que vas a padecer*" (Apocalipsis 2.10).

Debido a la existencia del viejo hombre, el hombre caído, no hay un camino distinto al padecimiento, para que la obra del Señor en la cruz, al eliminar el viejo hombre, llegue a ser realidad en nosotros y vivamos en el nuevo hombre: "*En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo… sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*" (1 Pedro 2.16-17; Romanos 6.6).

Definitivamente, ninguno de los hijos de Dios podemos escapar de Su disciplina, castigo y reprensión: "*Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos... para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados*" (Hebreos 12.6-8, 10-11).

La disciplina es la confirmación de que Dios nos ha recibido por hijos y de que somos Sus hijos, no adoptivos, sino filiados, porque un adoptivo no tiene la naturaleza del padre adoptante, pero Dios en Su misericordia nos ha hecho partícipes de Su naturaleza divina, y nos ha filiado como Sus hijos legítimos.

Si no participamos de Su disciplina, seríamos bastardos, es decir, no seríamos hijos de Dios y no haríamos parte de Su familia, pero ahora Él es nuestro Padre y nosotros somos Sus hijos legítimos, no somos bastardos: "*Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios*" (Efesios 2.19).

Los creyentes, los hijos de Dios somos parte de la mejor familia, la familia más elevada que hay en el universo: ***la familia de Dios.***

En tercer lugar, la disciplina que Dios levanta sobre nosotros nos hace partícipes de Su santidad. En el universo solamente hay un ser que es santo: Dios. Ser santo implica ser distinto de todos y de todo, estar apartado de lo que es común, y ese Dios santo tuvo la misericordia de venir a morar en nuestro espíritu, aun siendo inmundos, pecadores y caídos; pero desde que entró en nosotros y en la medida que nos disponemos, va llenando nuestra alma, santificándola, saturándola de Su naturaleza santa, hasta que un día seremos santos como Él y participaremos totalmente de Su santidad.

En cuarto lugar, la disciplina produce fruto apacible de justicia, si aprendemos a ser ejercitaos en ella. El mayor deseo de Dios consiste en que en la medida que disfrutamos de todas Sus riquezas, entre ellas Su dis-

ciplina, paulatinamente vamos expresando lo que Dios es, tiene y ha logrado: Sus atributos, Sus virtudes y todo lo que Él ganó en el proceso de la redención. Estos son los frutos apacibles de justicia.

Hebreos 12.8 dice que la disciplina, de la cual todos han sido participantes. Esto implica que ningún hijo de Dios puede escapar de Su disciplina, porque en verdad todos la necesitamos, todos requerimos de transformación en nuestra alma y ninguno podemos escapar de esa disciplina, solamente que el Señor tiene tres tiempos diferentes para disciplinarnos, y el tiempo en que hemos de ser disciplinados depende de nuestra elección.

En esta era, que llamamos la dispensación de la gracia, Dios no obliga a nadie a ser disciplinado. Si voluntariamente nos acercamos a Él y le pedimos que nos discipline, seremos completamente transformados antes de Su venida, seremos vencedores como las Primicias.

Si no tenemos voluntad para ser disciplinados, si no aceptamos Su disciplina en este tiempo, el Señor tendrá que usar el periodo de la Gran Tribulación para disciplinarnos y transformarnos. Este periodo será de tal sufrimiento, que no hay imaginación humana capaz de predecir con exactitud las enormes dificultades por las que tendrán que pasar quienes vivan en ese tiempo. Aun así, quienes pasen por la Gran Tribulación lograrán ser vencedores, aunque no en la medida del Hijo Varón y las Primicias[2].

Si un creyente muere antes de la Gran Tribulación y no fue transformado, es decir no participó de la disciplina del Señor durante la era de la gracia, cerca del final de la Gran Tribulación será resucitado, llevado a los aires, al Tribunal de Cristo, para ser juzgado y echado en las tinieblas exteriores para ser transformado durante un periodo de mil años.

Estos santos habrán perdido la oportunidad de reinar con el Señor en el reino de los cielos, pero en ese periodo participarán de la disciplina del Señor, serán completamente trans-

2. Más revelación sobre el tema puede encontrarla en el libro ***Los Vencedores: Las Primicias, El Hijo Varón y Los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

formados y al final del milenio entrarán en la Nueva Jerusalén, para disfrutar la plenitud de Dios por la eternidad: "*Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos… Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*" (Mateo 22.11-14, 25.30).

Ante la disciplina, el castigo y la reprensión del Señor, Él nos dice lo que le dijo al ángel de la iglesia en Esmirna: "*No temas en nada lo que vas a padecer*". Mientras nos pasa por la disciplina, el Señor está sufriendo con nosotros, así como Él sufrió con Cristo mientras pasaba por la muerte.

Por eso no debemos temer. No importa lo difíciles que sean las situaciones por las que tenemos que atravesar, el Señor está con nosotros y nos suple con Su poder para que no desmayemos.

No solo tenemos la disciplina, el castigo y la reprensión que el Señor nos proporciona para nuestra transformación, sino que también sufrimos persecución de parte de satanás: "*He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados*" (Apocalipsis 2.10).

En un sentido, satanás es un instrumento que Dios usa en determinadas situaciones, para que aprendamos a vencerlo.

No debemos olvidar que el propósito de Dios al crear al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza, es el de señorear sobre las aves de los cielos, los peces del mar, en la tierra y en todo lo que se arrastra sobre la tierra, y estos hacen referencia a los ángeles caídos que están en los aires—regiones celestes—, representados por las aves del cielo; a los demonios que generalmente están en las aguas y las bestias y los reptiles que representan a satanás: "*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*" (Efesios 6.10).

Satanás es usado para ten-

tarnos y la tentación, más que llevarnos a caer, nos impele a escondernos en Cristo, a refugiarnos en Él, para que no caigamos en tentación.

Por eso una parte de la oración que el Señor enseñó a Sus discípulos dice: "*Y no nos metas en tentación, mas líbranos del maligno; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén*" (Mateo 6.13).

De acuerdo con Santiago 1.13: "*Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie*". Como en la naturaleza de Dios no existe el ser tentado, ni Él tampoco puede tentar a nadie, y debido a nuestra naturaleza caída, Él permite que seamos tentados por el diablo, para que tengamos la ocasión de vencerlo y para que en todo aprendamos a depender del Señor.

Jesús mismo fue llevado por el Espíritu para que, como hombre, fuera tentado por el maligno y lo venciera en todos los campos, como efectivamente ocurrió: "*Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo*" (Mateo 4.1). Todo esto ocurre en Esmirna y el objetivo es el de ser probados.

Es más, algunos de los santos serán echados en la cárcel. No solo hace referencia a una cárcel física de muros altos, de rejas de hierro y puertas inexpugnables, sino que satanás tiene muchas formas de aprisionar a las personas.

El mundo es un sistema diabólico muy poderoso y tiene atrapadas a todas las personas incrédulas y a muchos creyentes. Muchos de los hijos de Dios, especialmente los que viven metidos hasta el cuello en los grupos religiosos del cristianismo, están sometidos a satanás, están en la cárcel.

La cárcel en este caso está conformada por organizaciones que no permiten tener una relación genuina y real con el Señor; también constituyen la cárcel los líderes del cristianismo que manipulan y someten a los hermanos; igualmente, la cárcel de la que habla el versículo está constituida por doctrinas, que generalmente tienen apariencia de ser bíblicas, pero que no son

más que invenciones e imaginaciones de quienes ostentan el liderazgo del cristianismo, pero que no provienen de la revelación y conocimiento que el Señor da en el espíritu de los creyentes, ni de la iluminación que el Señor trae al entendimiento de aquellos que buscan sinceramente al Señor.

Esta es la razón por la cual el Señor afirma en Juan 8.36: "*Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres*". Satanás ha usado a unos líderes cristianos para someterte a prisión y para ello ha convertido los grupos cristianos en mazmorras donde has perdido tu libertad. Vuélvete al Señor en tu espíritu y alma y Él te hará libre de verdad.

1 Corintios 2.4-5, establece un paralelo entre dos formas de sabiduría: "*y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*".

Podemos anunciar el evangelio usando palabras persuasivas basadas en la sabiduría humana, que es la sabiduría de los hombres, sabiduría basada en la capacidad que los humanos tenemos en el alma, es decir, podemos predicar a Cristo dependiendo solamente de nuestra alma humana y en tal caso lo único que lograremos es tocar el alma de los oyentes y llenarlos de muerte, y de paso meterlos en la cárcel.

La otra forma de anunciar el evangelio es con demostración del Espíritu y de poder de Dios. Sin embargo, este poder no se refiere al poder mentiroso que ostentan los falsos maestros del cristianismo de hoy, mediante el cual soplan y empujan a las personas para tumbarlas, o practican sanidades milagrosas, o hablan en lenguas extrañas; sino que ese poder del Espíritu está fundado en que quien lo ejercita, habla desde su espíritu humano, donde mora el Espíritu Santo y toca el espíritu de aquellos con quienes interactúa y en ese ambiente hay una corriente del Espíritu que vigoriza, revitaliza, fortalece y vivifica a quienes participan de esta clase de comunión.

En este caso, el alma va siendo llena de todas las riquezas de Dios, el Señor va creciendo en cada uno de los creyentes y Su satisfacción es manifiesta.

Como hijos de Dios, Él nos está llamando a que escapemos de la prisión en la que satanás ha querido encerrarnos para tentarnos.

Debemos volvernos al Señor en nuestro espíritu, tener comunión íntima con Él y escondernos en Él, para derrotar a satanás y pasar la prueba: "*No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar*" (1 Corintios 10.13)

Además, el Señor le dice al ángel de la iglesia en Esmirna: "*y tendréis tribulación por diez días*" (Apocalipsis 2.10).

Sabemos que el número eterno y perfecto para Dios es doce, porque representa la plena mezcla de Dios con el hombre, hecho que será consumado en la Nueva Jerusalén, donde el número doce es el más representativo: doce apóstoles, doce cimientos, doce puertas, doce perlas, doce piedras preciosas.

Diez es la mayor parte de doce. Esto implica, que buena parte de nuestra vida de creyentes es una vida de tribulaciones y de pruebas. El Señor necesita transformar nuestra alma, hasta que sea totalmente llena de Su naturaleza y Sus riquezas, de tal manera que llegue el momento en que expresemos solamente el Señor y no haya en nosotros ninguna expresión de nuestro hombre viejo, ni del enemigo de Dios.

En Esmirna, debido a que desde Éfeso perdieron el candelero y no tuvieron oportunidad de tener visión acerca de la persona y del plan de Dios y como no vencieron la pérdida del primer amor, no pudieron disfrutar del árbol de la vida que son todas las riquezas de Dios, los hermanos se volvieron espiritualmente ciegos y débiles y satanás tuvo la oportunidad de perseguirlos y de atribularlos. Por eso la condición de Esmirna es de profunda pobreza.

Pero no se crea que este es solamente un hecho histórico.

La Biblia más que un libro que narra historias contiene la revelación de Dios para el hombre; y en ella, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos conocer por revelación la persona de Dios, Su plan, Sus deseos, e igualmente podemos conocer al hombre en su naturaleza, en su relación con Dios y en el propósito que Dios tiene con él. Entonces, la situación de Esmirna no corresponde solamente al pasado, sino que es la realidad del critianismo actual.

En el cristianismo contemporáneo los hermanos tienen profunda pobreza, tribulación y son prisioneros de satanás, porque están encerrados en rediles, en "**corrales**" donde no hay comida fresca, ni saludable ni apropiada para crecer en el Señor.

No obstante, esa condición, el Señor nos está invitando a que seamos el ángel, aquellos santos que brillan con la luz del Señor, que se mantienen firmes cualesquiera sean las circunstancias y venzan la situación degradada de la iglesia. Por eso el Señor afirma: "*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*" (Apocalipsis 2.10)

El Señor insta al ángel a que, sin importar la profunda pobreza, se dedique a disfrutar las riquezas del Señor que están en su espíritu. Igualmente, que, a pesar de la tribulación, la persecución de los falsos creyentes, de las pruebas que el Señor le da y de la persecución de satanás, sea fiel hasta la muerte y el Señor le dará la corona de vida.

La corona de la vida es el galardón que el Señor les dará a aquellos que, aun en medio de las circunstancias adversas, se mantienen firmes en Él, lo siguen a donde quiera que va, viven en el espíritu, tienen comunión con Él y como consecuencia son totalmente llenos de la vida de Dios, hasta la saturación.

A un hijo de Dios que es fiel al Señor, Él lo rebosa con Su vida divina y ésta será su corona.

En medio de las circunstancias difíciles que hay en la situación de Esmirna, podemos ser vencedores. Por eso el Señor le dice al ángel en esa iglesia: "*El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte*" (Apocalipsis 2.11).

Vencer en Esmirna consiste en disfrutar de todas las riquezas que están en el espíritu de cada creyente: pero tú eres rico, sin darle importancia a los falsos creyentes que calumnian a los genuinos hijos de Dios, sin importar la persecución de satanás.

Ser vencedor consiste en no dejarse atrapar por la "cárcel" que el diablo ha construido para retener al mundo y a los hermanos que no son fieles al Señor.

Igualmente, ser vencedor consiste en discernir y aceptar las pruebas que "*durante diez días*" el Señor permite sobre Sus hijos, para que crezcan y maduren y se llenen totalmente de la naturaleza divina de Dios.

A quienes venzan la condición degradada de Esmirna, el Señor le promete que no sufrirán daños de la segunda muerte.

Cuando el Señor regrese llamará a todos Sus hijos al Tribunal de Cristo, donde serán juzgados conforme a la medida de Cristo que haya en ellos.

Si un creyente no ha alcanzado la estatura de la plenitud de Cristo, tendrá que ir a las tinieblas exteriores donde hay lloro y crujir de dientes.

Estar en tinieblas implica que no es posible estar en la presencia del Señor que es luz; implica igualmente no poder disfrutar del gozo de reinar con el Señor en la manifestación del reino de los cielos; implica que las pruebas que no quisieron pasar y que no aceptaron mientras vivieron en la carne, tienen que sufrirlas ahora, en esa dispensación de mil años y esto es el equivalente a sufrir daño de la segunda muerte. Solamente quienes venzan esta condición evitarán el daño de la segunda muerte.

La luz está ahora en ti y no tienes ninguna excusa. Vuelve tu corazón al Señor, disfruta Sus riquezas y vence en Él la degradación de Esmirna.

Capítulo 23
La Degradación en Pérgamo (1)

Apreciamos y agradecemos la gracia y la misericordia del Señor por revelarnos todo lo que hemos disfrutado a lo largo de este libro. Él desea que la revelación y la visión que se ha escrito en Él se convierta en la revelación, la visión y la práctica de todos sus lectores, y que sobre ella puedan obtener y ganar más revelación y visión y logren ser vencedores y reinar con Jesús en la manifestación plena del reino de los cielos, que durará mil años.

Se debe tener en cuenta el principio de que Dios es insondable y la revelación acerca de Su persona nunca se agotará, ni siquiera en la eternidad, después del tiempo. Esto quiere decir que ***tú, amado lector, puedes obtener más y más revelación, si te decides a buscarlo, a seguirlo, a oírlo y a obedecerlo***.

Este libro no pretende ser la última revelación, sino simplemente una pequeña base, sobre la que tú, viviendo en tu espíritu, teniendo comunión con el Señor, ***puedes ganar mucha más revelación y visión para tu disfrute personal, para que la suplas mutuamente con tu familia y para que alimentes a otros hermanos y juntos puedan agradar al Señor y alcanzar la victoria sobre todas las cosas y personas, para que puedan ser vencedores y reinar en el reino de los cielos***.

Llegamos en este capítulo a la situación de la iglesia en su tercera etapa de degradación.

Como hemos afirmado, seis de las siete cartas de Apocalipsis, constituyen el relato de cómo la iglesia se ha ido degradando a lo largo de los siglos y cuál es la situación de degradación actual.

Hablamos de seis etapas de degradación y no de siete, porque la carta que el Señor escribió al ángel de la iglesia en Filadelfia no describe ninguna degradación, sino que muestra cuál debe ser la actitud y el vivir de los hermanos que aman al Señor y que no viven una vida degradada. Cuando lleguemos a esa situación de la iglesia, hablaremos sobre ella.

Por ahora, queremos profundizar en la etapa de la iglesia donde la degradación toca fondo. Creemos que en esta etapa satanás alcanza sus mayores logros y en Pérgamo vemos una iglesia, donde satanás ha hecho todo lo que ha deseado.

En primer lugar, leamos la carta que el Espíritu le escribió al ángel de esa iglesia: "*Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe*" (Apocalipsis 2.12-17).

El Señor se presenta como el que tiene la espada aguda de dos filos. ¿Qué es esa espada y para qué sirve? La espada de dos filos es la palabra de Dios: "*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de*

aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Hebreos 4.12-13).

La palabra de Dios es Dios mismo incorporado en Jesús, es la persona viviente de Dios en el Señor Jesús, que es el Espíritu. Esa palabra es viviente, misteriosa y magnífica, pero es real, es nuestra realidad, es nuestra vida y es nuestro todo como el Espíritu, y esa palabra es como una espada que lo penetra todo, que llega hasta lo más profundo de nuestro ser, que establece la diferencia entre el espíritu y el alma, y conoce los pensamientos más profundos y las intenciones más ocultas que hay en el corazón del hombre y nada puede esconderse delante de Él, porque Él es la luz que todo lo escudriña, que todo lo sabe y que lo conoce todo.

Así se presenta el Señor al ángel de la iglesia en Pérgamo, queriéndole decir que todo es manifiesto en Su presencia, y que por más que satanás se esfuerce por engañar y dañar, a pesar de sus engaños y de sus subterfugios, Él todo lo conoce y sabe, porque tiene la capacidad de penetrar hasta los rincones más escondidos del ser humano y todo está desnudo en Su presencia.

Una vez que se ha presentado como esa espada cortante y filosa, el Señor le dice al ángel, en primer término, que conoce sus obras, y que sabe la situación en que vive, porque el ángel mora donde está el trono de satanás.

No sé hasta dónde los hijos de Dios han entendido la seriedad y la delicadeza de esta declaración del Señor. Mucho me temo que ni aún los más avezados maestros del cristianismo han entendido la gravedad de esta afirmación del Señor, al decir que el ángel de la iglesia en Pérgamo mora en el mismo lugar donde está el trono de satanás.

Para entender la importancia de estas palabras, consideramos necesario formular inicialmente una pregunta: ¿Qué es un trono?, ¿cuál es su función? Si usamos la lógica sencilla y descomplicada del Señor, tendremos que aceptar que un trono es el lugar donde un gobernante se sienta para ejercer la administración de su reino o de su gobierno. ***Un trono***

<u>implica autoridad y gobierno</u>.

Si donde está el ángel de la iglesia en Pérgamo está el trono de satanás, quiere decir que satanás, en esta etapa, se ha entronizado en la iglesia, porque el ángel, a quien fue enviada la carta, vivía en la iglesia en Pérgamo.

Yo sé que para ti querido lector, esta afirmación puede sonar muy dura y fuera del Espíritu, pero no es así, porque el Espíritu mismo es quien está hablando. No es un invento nuestro, sino que está en la misma Biblia que tú lees: "***moras, donde está el trono de Satanás***" (Apocalipsis 2.13).

No sabemos si tú alguna vez, de las muchas que has leído este pasaje, te has detenido a meditar en estas palabras. Creemos que no lo has hecho. Bueno, aprovecha esta ocasión y acércate confiadamente al trono de la gracia y ruégale al Señor que te revele lo que Él quiso decir al hacer esta afirmación: "***vives allí donde Satanás tiene su trono***" (Biblia al día).

Espero que te hayas recuperado de la sorpresa y entiendas que en la situación de Pérgamo satanás se entronizó en la iglesia y comenzó a gobernarla, a regirla, a destruirla, a damnificar el plan de Dios, a introducir falsos hermanos y a engañar a los genuinos hijos de Dios.

Si consideramos el asunto desde el punto de vista histórico, Pérgamo tiene sus orígenes hacia el siglo IV después de Cristo, cuando Constantino el Grande, emperador romano que lo fue desde el año 306 hasta el 337, se declaró cristiano, proclamó el ejercicio libre del culto cristiano y permitió que los cristianos ejercieran el derecho a competir con los paganos en el tradicional *cursus honorum* para las altas magistraturas del gobierno, así como también que tuvieran una mayor aceptación dentro de la sociedad civil en general.

Cuando, después de muchas guerras contra sus competidores por el trono, que entre los años 306 y 323 fueron dos tetrarquías, una triarquía y una diarquía. En las primeras tuvo que compartir el poder con tres

emperadores o césares más, en la triarquía con dos y en la diarquía con uno, de los cuales o murieron, o fueron traicionados por sus tropas o fueron derrotados por Constantino, hasta que finalmente se consolidó en el poder dando lugar al nacimiento de la ***monarquía absoluta, hereditaria y "por derecho divino***".

En octubre de 312 Constantino tuvo una batalla contra uno de sus competidores, Majencio, en el puente Milvio, en las afueras de Roma, y según él, mientras marchaba con sus soldados tuvo una visión, en la que vio la forma de una cruz frente al sol y posteriormente, tuvo un sueño en el que se le ordenaba poner un nuevo símbolo en su estandarte, ya que vio una cruz con la inscripción "*In hoc signo vinces*" ("*Con este signo vencerás*"), mandándolo pintar de inmediato en los escudos y estandartes de su ejército. En la batalla venció a Majencio. Se dice que tras estas visiones y por el resultado militar de la batalla del Puente Milvio, Constantino se convirtió de inmediato al cristianismo.

Además, cuando fue proclamado emperador, encontró que más del cincuenta por ciento de los habitantes del imperio romano eran cristianos y algunos de los que no lo eran, simpatizaban con los cristianos.

El significado de la palabra Pérgamo es casamiento, matrimonio, y eso fue lo que hizo Constantino guiado por satanás: casó a la iglesia con el mundo.

Este casamiento fue un hecho, cuando, mediante el Edicto de Milán promulgado en el año 313 por Constantino y Licinio, quienes conformaban la diarquía del imperio romano, despenalizó la práctica del cristianismo, eximió a los cristianos del servicio militar, les permitió competir con los paganos en los altos cargos del gobierno y le entregó propiedades a la iglesia, entre otras prebendas que otorgó.

Para la mayoría de los historiadores cristianos, las victorias de Constantino y el Edicto de Milán, fueron grandes victorias para la iglesia, pero no han podido ver que en verdad fue la gran victoria de satanás.

Aunque para esa época la igle-

sia ya había dado grandes pasos de degradación como lo hemos visto en este libro, la degradación es consolidada y fortalecida con estos hechos, porque al entrar en la iglesia personas que no habían sido salvas, que no habían sido regeneradas, la iglesia pierde su pureza y su fidelidad a Cristo: "*Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros pensamientos, apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo*" (2 Corintios 11.3).

Para que una persona entre a formar parte de la iglesia, el cuerpo de Cristo previamente debe ser salva, regenerada, mediante recibir al Señor creyendo en Su nombre. "*Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios*" (Juan 1.12-13).

Una persona no regenerada no puede hacer parte de la iglesia, solamente aquellos que reciben al Señor creyendo en Su nombre, son salvos, y desde ese momento entran a formar parte del cuerpo de Cristo.

Infortunadamente, la versión Reina Valera 1960 traduce Hechos 2.47 de la siguiente manera: "*alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos*".

En otras versiones y en los interlineales griegos, el tiempo y el modo del verbo es diferente: "*alabando a Dios, y manifestando gracia a los ojos de todo el pueblo. Y el Señor incorporaba día tras día a los que iban siendo salvos*".

Mientras que en la traducción Reina Valera, el modo del verbo es subjuntivo, modo que denota una probabilidad, en las demás versiones, el modo es indicativo, y significa hechos reales, ciertos y realizados o realizables.

Quienes iban siendo salvos eran añadidos a la iglesia, es decir, para entrar en la iglesia es requisito ser salvo.

Mientras que para los historiadores, Constantino es el adalid y salvador de los cristianos de las fauces el lobo, la realidad es bien distinta.

Este emperador abrió las puertas para que satanás lograra poner su trono en la iglesia y así comenzó la época más pro-

funda, oscura, tétrica y tenebrosa de la degradación de la iglesia.

Ésta, en lugar de casarse con el Señor Jesucristo se casó con el mundo, que es el sistema mediante el cual satanás engaña a todas las gentes. Constantino puso a los creyentes en las fauces de satanás, el horrible lobo.

Deseamos destacar otros hechos que hacen de Constantino un personaje singular. "*En 326, Constantino ejecutó a su hijo mayor, Crispus y unos meses después a su segunda esposa Fausta (Crispus era el único hijo que tuvo con su primera esposa Minervina). Corrieron rumores sobre una presunta relación entre hijastro y madrastra que supuestamente podría haber sido la causa de la ira de Constantino. Se dice que por razones políticas, Constantino se casó con la princesa Fausta, quien le dio otros tres varones. Decidida a que fueran sus hijos y no Crispo, quienes sucedieran a su esposo, Fausta urdió un plan diabólico, acusando al joven de haber querido seducirla. Constantino creyó la falsa acusación, e hizo arrestar a su hijo mayor, quien luego de ser sometido a juicio, fue ejecutado por ahorcamiento*".

"*Más tarde, al descubrirse la verdad, Constantino hizo hervir viva a su mujer en un baño caliente, hasta la muerte. Sin embargo, Fausta se salió con la suya: sus hijos gobernaron, cruelmente, como no podía ser de otro modo; comenzaron exterminando a todos sus parientes y luego desataron una guerra civil entre ellos, que sólo concluyó con la muerte del mayor, Constantino II*".

"*Otra de las teorías sobre la muerte de Crispus fue que Fausta estaba envidiosa, ya que el hijo de Constantino no era hijo de ella y era un gran comandante militar y posible sucesor del imperio, y falsamente le dijo al emperador que su hijo no respetaba el cristianismo. Luego Constantino se dolió de haber matado a su hijo y vivió atormentado por la muerte de Crispus hasta que fue bautizado, ya que le prometieron que esta ceremonia lavaría sus pecados*" [1].

1. Tomado de Internet

¡Qué tal este "*salvador*" adúltero y asesino de su hijo y de su concubina!

Para colmo de males, Constantino se tomó la atribución de convocar el concilio de Nicea, entre mayo y julio de 325, en el que participaron unos pocos "*obispos*" de la "*iglesia*" y en el que se declaró hereje al arrianismo, porque la doctrina de Arrio declaraba que Jesús no es Dios, sino una simple criatura. Cuando llegó la hora de su muerte, Constantino entregó la sucesión a Eusebio de Nicomedia, quien era arriano, y quien bautizó a Constantino días antes de morir.

Para completar el ardid del diablo, en el año 380, el emperador Diocleciano decretó que la religión oficial del imperio romano era el cristianismo, mediante el Edicto de Tesalónica.

En la Biblia no hay cristianismo. La palabra cristiano es usada dos veces en el Nuevo Testamento, y en las dos ocasiones tiene un sentido despectivo, de desprecio.

La palabra viene del griego *cristianós*, derivada a la vez del latín. La terminación *ianós*, denota a un partidario de alguien o de algo, y en Roma era usada con respecto a los esclavos de propiedad de las grandes familias.

A los que adoraban al emperador, que era el césar, en latín *kaisar*, se les llamaba *kaisarianos* y significaba *partidario del kaisar*, persona que pertenecía al *kaisar*.

Cuando el evangelio fue predicado y muchas personas creyeron en el Señor Jesús, el Cristo, los *kaisarianos* consideraban que el Señor era rival de su *kaisar*.

Por esta razón, en Antioquía de Siria, comenzaron a llamar a los hijos de Dios, *cristianos*, para distinguirlos de los *kaisarianos*, pero el sobrenombre tenía un sentido burlesco.

Desde el punto de vista de la etimología de la palabra, cristiano es esclavo de Cristo. Si en los creyentes hay realidad del hecho de pertenecer a Cristo y ser Sus siervos, es un alto honor ser cristiano; pero lamentablemente en el mundo contemporáneo la palabra ha perdido tanto valor, que cristiano se le llama a

cualquier persona y en algunas regiones, cristiano es solo una distinción entre humano y animal.

No obstante, insistimos que en la Biblia no hay cristianismo, porque cuando se agrega el sufijo *ismo*, se convierte en una organización sin vida, llena de muerte, y como organización no expresa la realidad de Dios que debe expresar todo creyente de Cristo.

El cristianismo de hoy es una poderosa religión que tiene tres grandes alas: el catolicismo romano, poderoso en el mundo occidental y parte del oriental, con más de un millardo de seguidores; el cristianismo ortodoxo, con más de doscientos cincuenta millones de seguidores, especialmente en Europa Oriental; y el protestantismo, conformado por grupos denominados y grupos libres con alrededor de setecientos millones de seguidores.

La iglesia no es una organización ni es una religión. A Dios no le interesa ninguna religión, ningún ismo.

La iglesia es Cristo viviendo Su vida divina en unos seres humanos regenerados y redimidos, y a la vez son esos seres humanos redimidos y regenerados, que fueron escogidos por Dios antes de la fundación del mundo, viviendo su vida humana, mezclada con la vida divina de Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo.

La iglesia, aunque está en la tierra no es terrenal sino celestial, y mediante ella Cristo se manifiesta en esta tierra como vida, luz, amor, justicia, misericordia y santidad y vive una vida llena de virtudes humanas elevadas tales como humildad, mansedumbre, dominio propio, paz, gozo, benignidad,[2] y aplicando sobre esos hombres regenerados Su redención que está conformada por encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación y el bautismo en el Espíritu Santo.

Al no ser una religión, la iglesia no puede ser la religión oficial de ningún imperio, de ninguna monarquía ni democracia, como ocurrió con el imperio

2. Si deseas tener luz y claridad sobre la genuina iglesia, te recomiendo la lectura del libro ***¿Cuál Iglesia?***, ya disponible

romano, cuando Constantino casó a la iglesia con su corrupto imperio económico y político y como ocurre hoy con el cristianismo, que en las naciones donde está asentado, está casado con el corrupto sistema político y económico que rige a las naciones: "*Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación... Me dijo también: Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas*" (Apocalipsis 17.1-2, 15).

En las naciones donde las mayorías son católicas, esa religión está amancebada con los gobiernos a través de concordatos y tratados con el vaticano, que le representan a éste ingentes sumas de dinero, dizque con el pretexto de evangelizar la nación, y una cantidad de privilegios, como ser la religión oficial del estado, y que sus ministros gocen de inmunidad judicial, entre otros.

En el ámbito político y diplomático, la mal llamada *santa sede*, tiene un embajador que se denomina nuncio apostólico, quien cuida en cada nación los negocios del vaticano, que es uno de los estados más ricos de la tierra, aun siendo el más pequeño en extensión.

De la misma manera, en países donde el protestantismo es mayoría, la iglesia protestante vive en concubinato con los gobiernos, como ocurre en los Estados Unidos, donde es muy fuerte la iglesia metodista, fundada por John Wesley; en Inglaterra la iglesia anglicana que fue establecida por el rey Enrique VIII, quien se separó de la iglesia católica debido a que el papa Clemente VII no le concedió la dispensa para rechazar a su mujer Catalina de Aragón, y casarse con Ana Bolena. El rey estableció la iglesia anglicana y se declaró cabeza de ella. Hasta hoy, la cabeza de esa iglesia es el rey de Inglaterra (en el tiempo presente la reina Isabel II).

Imagínense un adúltero y practicante de toda clase de pecados siendo la cabeza de la

iglesia. ¡Qué contradicho más absurdo! En un futuro no lejano, la cabeza de la iglesia anglicana será Carlos, el hijo mayor de la reina Isabel II, de quien el mundo conoce su adulterio y la práctica de muchas otras clases de pecados que son de público conocimiento. ¡Qué cabeza más mentirosa y qué lejos de ser esa la iglesia de la cual el Señor Jesús es la Cabeza!

Hemos descrito de manera breve la forma sutil con la que satanás fue estableciendo su trono en la iglesia en Pérgamo.

Aquí no se trata de un ámbito físico, sino de una realidad espiritual, en la que el enemigo de Dios por medio de ardides sutiles va penetrando entre los hijos de Dios y los va desviando del camino que el Señor les ha trazado, camino que es Su persona misma.

Hemos visto que la iglesia comenzó a degradarse muy poco tiempo después de su primera manifestación en Pentecostés.

Lamentablemente los mismos hijos de Dios, debido a su falta de visión y a sus ambiciones personales, fueron permitiendo que el diablo avanzara y con una labor paciente a lo largo de los siglos, fue llevando a los mismos hijos de Dios a que obedecieran sus pretensiones; y como hemos mostrado, hombres y mujeres no regenerados, no salvos, se fueron agregando a la iglesia y ésta se volvió una mezcla, repulsiva para el Señor, de idolatría y paganismo; y las costumbres y actividades paganas se convirtieron en la práctica de la iglesia.

Cuando Constantino publicó el Edicto de Milán, la iglesia ya estaba muy lejos de la pureza que había tenido en Pentecostés y los años subsiguientes: "*la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible*" (Apocalipsis 18.2). Este edicto fue la "*estocada maestra*" para que la iglesia se casara con el mundo, matrimonio que es el significado de Pérgamo

La labor satánica fue precisa y llegó el momento en que satanás instauró su trono en ella, y como todos sabemos un trono es señal de gobierno y dominio.

Observa que esta afirmación no es una invención ni imaginación de la autoría de este libro, sino que está en la Biblia y si está ahí es porque el Señor lo dijo y si lo dice el Señor es Su palabra, es la verdad.

Léelo de nuevo: "*Yo conozco... dónde moras, donde está el trono de Satanás*" (Apocalipsis 2.13).

No hay ninguna duda de que un trono representa gobierno y dominio. En la situación de Pérgamo, satanás comenzó a regir la iglesia.

Tal vez tú has leído muchas veces este pasaje, pero nunca has fijado tu atención en él; tal vez no acostumbras a pedirle al Señor que te dé revelación de Su palabra y por eso, aceptar estas palabras te sea muy difícil, pero éstas las está revelando el Señor. Pídele a Él que te dé revelación, que te otorgue Su misericordia y que te supla con Su gracia, para que puedas discernir aquello que el Señor desea mostrarte.

En el Antiguo Testamento hay un tipo de esta situación que consideraremos brevemente, con la esperanza de que encontremos más ayuda para entender las palabras de Apocalipsis y podamos tener confianza en el Señor y en Su palabra y echemos fuera todo temor de creerle al Señor, aquellas cosas que nos parecen asombrosas y que debido a los paradigmas que nos han sembrado en la religión, nos cuesta mucho trabajo acercarnos al trono de la gracia, teniendo la certeza de que el Señor nos guiará plenamente a Su voluntad.

Setenta años después de que el ejército de Nabucodonosor subió a Jerusalén y la destruyó y derribó el templo y llevó los utensilios usados para servir a Dios, con esos utensilios adoró a sus ídolos babilonios, Dios hizo que los medo-persas tomaran Babilonia y fuera entronizado Ciro rey de Media y Persia.

Al parecer Daniel el profeta, que aún vivía en medio de los babilonios, le mostró a Ciro que el Señor había hablado de él unos ciento sesenta años antes, cuando por medio del profeta Isaías había dicho que Ciro le edificaría casa: "*que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado. Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé*

yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán: Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy Jehová, el Dios de Israel, que te pongo nombre. Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste. Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto" (Isaías 44.28—45.7).

¿No es maravilloso que Dios haya hablado de una persona, además gentil, con tanto tiempo de anticipación? Y ese hablar es muy específico, porque tiene que ver con la reedificación de Jerusalén y del templo.

Además, el Señor había anticipado que a Ciro lo había tomado por la mano derecha para sujetar naciones, derribar reyes y abrir puertas.

El Señor le prometió que iría delante de él para enderezar lugares torcidos, quebrantar puertas de hierro, desmenuzar cerrojos de bronce y revelarle secretos muy escondidos, con el fin de que Ciro tuviera un testimonio de quién es el Señor, que, aunque él no lo conociera, es el Único Dios, Creador de todas las cosas y que hace según Su voluntad en la tierra.

Daniel, que era uno de los príncipes de Israel que habían sido llevados cautivos a Babilonia, había recibido mucha gracia delante del Señor y desde Nabucodonosor hasta su sucesor en el trono en la tercera generación y también durante el reinado de Ciro el persa y Darío el medo, recibió mucha gracia del Señor y fue tenido en gran estima por estos reyes.

Podemos inferir que Daniel siendo un hombre que había tenido grandes revelaciones del Señor, le mostró a Ciro la escritura de Isaías.

No podemos imaginar la alegría y la satisfacción que sintió

Ciro cuando escuchó y vio la escritura del profeta Isaías y la misericordia que Dios tenía de él, hablando con tanto tiempo de antelación de lo que haría.

Ciro entonces procedió inmediatamente a proclamar un edicto: "*En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén*" ***(Esdras 1.1-4).***

Debido a ese decreto se levantaron unos cincuenta mil judíos y benjamitas, junto con los sacerdotes y los levitas y emprendieron el viaje a Jerusalén con el objetivo de reedificar la ciudad y el templo.

Una vez llegados a Jerusalén se propusieron iniciar la reedificación del templo, ofrecieron los distintos sacrificios ordenados en la ley de Moisés y dos años después de haber regresado echaron los fundamentos del templo. Por causa de este logro hubo un gran clamor, llanto y alegría de parte de los deportados, de tal magnitud que se oía desde muy lejos.

Una vez establecidos los cimientos del templo, satanás soliviantó a los enemigos de Israel, para que se opusieran a la edificación del templo.

Inicialmente vinieron y les dijeron que ellos también servían a Dios y que deseaban edificar junto con ellos. Como los judíos no los aceptaron, entonces cambiaron de táctica: Los intimidaron y los atemorizaron para que no edificaran; igualmente sobornaron a los consejeros de Judá, para frustrar el propósito de edificación, todo esto durante el reinado de Ciro el persa y Darío el medo. Estos dos reyes tenían a Daniel en gran estima y mientras éste viviera, cualquier

acusación contra los judíos no prosperaría.

Siempre que unos hijos de Dios desean seguir y agradar al Señor, lo primero que satanás les propone, por medio de falsos creyentes, es una alianza para trabajar juntos, pero si no logra su cometido, entonces procede a amenazar, a amedrentar, atemorizar e intimidar, atacando a los hermanos.

Pero no hay que temer. Si tenemos revelación y luz del Señor, debemos seguir adelante en medio de toda la oposición que el diablo pueda traernos.

Para que un número cualquiera de hermanos puedan hacer con el Señor la obra que Él se ha propuesto, el primer requisito consiste en que todos tengan la misma revelación y la misma visión y para ello es necesario que todos vivan en la única comunión a la que el Señor nos ha llamado, la de nuestro Señor Jesucristo: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*" (1 Corintios 1.9). *Si no es así, intentar andar juntos es un rotundo fracaso*.

Una vez muerto Darío el grande, vino el rey Asuero, en una época en la que Daniel había muerto. Los enemigos de Judá aprovecharon la situación para escribir cartas al rey, acusando a los judíos y a Jerusalén, que desde tiempos antiguos era una ciudad rebelde y que si el rey les permitía la reedificación de la ciudad, la perdería de su dominio y no recibiría tributos de ella.

La acusación dio sus frutos porque el rey ordenó que se detuviera la edificación. Esto nos muestra un principio acerca de la persistencia del enemigo para oponerse al plan de Dios de edificar Su iglesia: Insiste e insiste hasta que logra frustrar temporalmente los planes del Señor.

Pasado mucho tiempo, al parecer unos diecisiete años, se levantaron los sacerdotes y los profetas y animaron al pueblo a dedicarse a la reconstrucción del templo.

Una vez más satanás impelió a los enemigos de Judá a que se opusieran a la edificación. Esta vez los judíos no se detuvieron, sino que con sabiduría escribieron al rey de turno, que ya no era Asuero, sino Darío III, para que se buscara en las crónicas y

viera que Ciro había dado la orden para reedificar la casa y la ciudad de Dios.

Así se hizo y encontraron que la orden era veraz, y el rey dio la orden de que se les permitiera edificar el templo, ofrecer sacrificios a Dios y hacer todas las cosas correspondientes al culto que el Señor le había ordenado al pueblo de Israel.

Finalmente, la casa fue terminada y dedicada en el mes de Adar, cuando transcurría el año sexto del reinado de Darío III en Media[3].

Dios tiene el plan de edificar Su iglesia, pero entiéndase Su edificación como la mezcla de Él, Su naturaleza, Sus virtudes y Sus logros con un grupo de personas que Él ha regenerado y redimido.

La edificación de la iglesia no tiene nada que ver con la construcción de un edificio físico, como creen los cristianos contemporáneos.

Al deseo de Dios, satanás siempre se opone y eso se ve no solo en el Nuevo Testamento sino a lo largo de los siglos, como hemos visto en el libro de Esdras en la reedificación del templo.

Sin embargo, cerca de cincuenta años después de que Ciro dio la orden de reedificación de la ciudad y del templo, y de que los judíos, los benjamitas, los sacerdotes y los levitas regresaran a Jerusalén, aunque el templo había sido redificado, el culto estaba en funcionamiento y la ley era conocida por todos los que habían regresado, la ciudad aún estaba en ruinas. Así llegamos al libro de Nehemías.

Los judíos no habían logrado reedificar la ciudad, que era tan importante como el templo. Así las cosas, Nehemías que era copero del rey en Susa, tuvo noticias de la lamentable situación en que se encontraba la ciudad de sus ancestros y se dolió en su corazón. El rey conoció la situación, y Nehemías, después de haber tenido comunión con el Señor, habló con el rey y éste le dio permiso para que subiera a Jerusalén y trabajara en la ree-

3. Es recomendable en este punto leer todo el libro de Esdras, para enriquecer el conocimiento del tema.

dificación de la ciudad.

Nuevamente se levantaron enemigos instigados por satanás, para hacer que la obra de reedificación de la ciudad se detuviera, y en este caso fueron Sanbalat horonita, Tobías el siervo amonita, y Gesem el árabe, quienes *hicieron escarnio de nosotros, y nos despreciaron, diciendo: ¿Qué es esto que hacéis vosotros? ¿Os rebeláis contra el rey?* (Nehemías 2.19).

Nótese que cuando hay hijos de Dios que desean hacer Su voluntad y no la voluntad de los hombres, inmediatamente son acusados de rebeldes.

Era tanta la insidia de estos personajes, que hasta intentaron matar a Nehemías, con tal de impedir que la ciudad fuera reedificada. Pero el Señor fortaleció a Nehemías y él no se detuvo hasta que los muros fueron reedificados y las puertas de la ciudad nuevamente puestas en su lugar.

Cuando Nehemías salió de Susa capital del reino, le prometió al rey regresar y una vez que la reedificación de los muros y las puertas de la ciudad fueron completadas, cumplió su promesa y volvió a Susa.

Mientras tanto en Jerusalén ocurrió un caso, que es un tipo claro de lo ocurrido en la iglesia en Pérgamo, cuando satanás se entroniza en la iglesia.

Veamos esta interesante narración en Nehemías 13: "*Y antes de esto el sacerdote Eliasib, siendo jefe de la cámara de la casa de nuestro Dios, había emparentado con Tobías, y le había hecho una gran cámara, en la cual guardaban antes las ofrendas, el incienso, los utensilios, el diezmo del grano, del vino y del aceite, que estaba mandado dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y la ofrenda de los sacerdotes. Mas a todo esto, yo no estaba en Jerusalén, porque en el año treinta y dos de Artajerjes rey de Babilonia fui al rey; y al cabo de algunos días pedí permiso al rey para volver a Jerusalén; y entonces supe del mal que había hecho Eliasib por consideración a Tobías, haciendo para él una cámara en los atrios de la casa de Dios. Y me dolió en gran manera; y arrojé todos los muebles de la casa de Tobías fuera de la cámara, y dije que limpiasen las cámaras, e hice volver allí los utensilios de la casa de Dios, las ofrendas y el incienso. Encontré asimismo que las porciones para los levitas no les habían sido dadas, y*

que los levitas y cantores que hacían el servicio habían huido cada uno a su heredad. Entonces reprendí a los oficiales, y dije: ¿Por qué está la casa de Dios abandonada? Y los reuní y los puse en sus puestos" (vs. 4-11).

Eliasib, un sacerdote que tenía la función de cuidar el sustento de los levitas y los sacerdotes, es decir de los que en el Antiguo Testamento servían al Señor, había emparentado con Tobías, el que se había opuesto a la obra de reedificación adelantada por Nehemías y todo el pueblo, y para complacer a este enemigo, Eliasib se emparentó con él y le hizo una habitación en la cámara destinada a guardar las ofrendas que servían de sustento a los levitas y los sacerdotes.

Esta es una de las grandes estrategias que satanás usa contra los santos: procura que éstos no se alimenten del Señor, que no puedan entrar en la cámara—el espíritu humano— a tener comunión con Dios y recibir el suplir de gracia y misericordia desde el trono de la gracia.

En Jerusalén no había sustento para los sacerdotes y los levitas, porque el lugar donde aquél era guardado había sido quitado y dado a uno de los enemigos; por eso ellos huyeron a sus ciudades en busca de sustento.

¿No es la situación del cristianismo contemporáneo, igual a la de la iglesia en Pérgamo? Satanás puso su trono en la iglesia y esto con el consentimiento de muchos santos, hijos de Dios.

Sin embargo, no todo en Pérgamo está perdido, porque en medio de las argucias y la obra del diablo, hay hermanos que a pesar de las circunstancias tan adversas, mantienen inalterable su fidelidad por el Señor, y estos hermanos son el ángel, a quien Él le dice: "*pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás*" (Apocalipsis 2.13).

El nombre, la persona del Señor Jesús era considerada, honrada y guardada por algunos hermanos que vivían donde estaba el trono de satanás.

Hoy nosotros, los hijos de Dios, vivimos en el mundo y en él está el trono de satanás, porque él es el rey de ese sistema demoníaco llamado mundo: "*No*

hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí" (Juan 14.30).

Sin embargo, quienes hemos visto al Señor, quienes diariamente tenemos revelación de Él, quienes tenemos el hábito de entrar en el Lugar Santísimo que está en nuestro espíritu humano, y tenemos comunión con Él, guardamos inalterable la fe, no nos contaminamos con el mundo, no amamos el mundo y sus cosas, no seguimos la concupiscencia de los ojos, no nos dejamos guiar por la concupiscencia de la carne, ni buscamos la vanagloria de la vida, sino buscamos hacer la voluntad del Padre, complacerlo y agradarlo: "*Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo*" (1 Juan 2.16).

Nosotros, el ángel de la iglesia en Pérgamo, debemos ser como un barco. El barco está en el mar, pero el mar no está dentro del barco, porque el día que ocurra, que el mar entre en el barco, éste naufraga y se pierde.

Igualmente nosotros estamos en el mundo, pero no deseamos que el mundo esté en nosotros, porque si permitimos que el mundo nos permee, inmediatamente nos convertimos en enemigos de Dios: "*¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*" (Santiago 4.4).

No seamos como el cristianismo contemporáneo que es un barco inundado por el mar, es decir una "*iglesia*" saturada por el mundo.

El Señor Jesús, en los días de su carne, pensando en nosotros, oró al Padre, rogándole que nos guardara del mundo y del maligno: "*porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*" (Juan 17.14-16).

Agradecemos al Señor, porque quienes lo seguimos a Él, somos como esa barca que aun estando en el mar, no es una con el mar, el mundo no nos penetra, somos distintos del mundo porque somos santos separados

para el Señor.

No amamos al mundo ni las cosas que están en el mundo. Cada vez que tenemos más revelación y más luz, nos enamoramos más del Señor y nos distanciamos más del mundo.

Capítulo 24
La Degradación en Pérgamo (2)

El Señor entonces le dice al ángel de la iglesia en Pérgamo: ***"pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás***" (Apocalipsis 2.13).

En esta pequeña porción de la palabra hay cinco asuntos que quisiéramos considerar sucintamente:

1. El ángel retiene el nombre del Señor

Hemos afirmado que el nombre del Señor es la persona misma del Señor: todo lo que Él es, tiene y ha logrado. El ángel de la iglesia en Pérgamo retenía todas las cosas del Señor.

En Pérgamo, satanás se entronizó en la iglesia y tomó posesión de ella para gobernarla y para estorbar y dañar el desarrollo del plan de Dios, pero allí, en medio de esa situación de tinieblas, había unos cuantos hermanos que eran fieles al Señor y guardaban Su testimonio, siguiéndolo, teniendo comunión con Él en sus espíritus, disfrutando de todas Sus riquezas y dándole la espalda a satanás, a sus seguidores y a sus pretensiones.

Quienes buscamos revelación y visión y procuramos seguir al Señor por donde Él va, somos ese ángel que retiene el nombre del Señor. Pero retener el nombre del Señor no consiste en hacer lo que hace el cristianismo que dice que se debe orar

al Padre en el nombre de Jesús, y en sus oraciones repiten algo así como esto: "***Padre, en el nombre de Jesús…***".

Orar al Padre en el nombre de Jesús consiste sencillamente en entrar en el aposento más interior—el espíritu humano— y permitir que sea el Señor Jesús como el Espíritu, quien ora por nosotros y a través de nosotros.

En otras palabras, cuando entramos en el espíritu, es el Señor Jesús—Espíritu quien ora al Padre, porque Él sí sabe cómo orar y cuáles son las oraciones que agradan al Padre: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios… Además, de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a Dios intercede por los santos*" (1 Corintios 2.10; Romanos 8.26-27). Esta es una verdadera oración en el nombre de Jesús[1].

Retener el nombre del Señor tampoco es hacer una invocación del nombre del Señor que se convierte en una frase manida y repetida más o menos así: "*¡Oh Señor Jesús, oh Señor Jesús, Oh Señor Jesús!*".

Invocar el nombre del Señor es totalmente bíblico y además es una señal exterior que identifica a un creyente en el momento de su salvación y posterior a ese momento. Pero hay cristianos que a esa invocación le dan un estilo tan particular, que lo vuelven una práctica totalmente de la carne.

Guardar el nombre del Señor consiste en tenerlo a Él como el primero en nuestra vida, vivirlo como nuestro primer amor, tener diariamente comunión con Él para oír Su palabra y obedecerlo.

Igualmente, ***retener el nombre del Señor es honrarlo en nuestros pensamientos, palabras y hechos, es decir, no pensar, decir ni hacer nada separados de Él, sino permitirle que en toda nuestra vida sea Él quien tome la iniciativa y haga Sus obras en nosotros***.

1. Recomendamos la lectura del libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor.

2. El ángel no niega la fe del Señor

Es el segundo reconocimiento que el Señor le hace al ángel de la iglesia en Pérgamo: a pesar de estar donde está el trono de satanás, no ha negado la fe.

¿Qué es la fe? La fe no debe confundirse con una simple creencia de que algo va a ocurrir en el futuro, como la define la mayoría de las personas, inclusive los cristianos. Eso puede llegar a ser positivismo o una creencia que no complace al Señor.

Debemos entender la fe desde dos puntos de vista: *la fe objetiva* y *la fe subjetiva*. La fe objetiva es Dios mismo, Su persona y Su obra de redención.

En primer lugar, debemos considerar que Dios es eterno, inmarcesible, puro e incorruptible. Ese Dios maravilloso, único y hermoso, un día, por amor al hombre, se hizo carne en Jesús, vivió en esta tierra un poco más de tres décadas, fue a la cruz y murió con el fin de quitar de en medio todas las cosas que satanás había introducido en el hombre y que lo separaban de Dios.

Al tercer día después de Su muerte resucitó, ascendió al cielo, vino a Sus discípulos y los inoculó con el Espíritu Santo, que es Dios mismo, y después de cuarenta días ascendió delante de Sus discípulos, fue entronizado en el trono del Padre y diez días después descendió como el Espíritu de poder para investir a Sus discípulos, con el fin de llevar a cabo Su obra en esta tierra, y ahora está en Su gloria y desde ella y desde nuestro espíritu nos guía, nos llena de Sus riquezas y nos suple con Su vida eterna, para que nosotros lleguemos a ser como Él.

Todos estos elementos componen lo que denominamos la fe objetiva, todo lo que Dios es, todas las riquezas insondables que Él posee y todo lo que ha hecho, desde Su encarnación hasta Su glorificación, con el fin de redimirnos y hacernos partícipes de Su naturaleza divina.

La fe subjetiva tiene que ver con la realidad de la fe objetiva que hay en cada creyente. Es decir, cada vez que nos acercamos

al trono de la gracia y somos inoculados con la gracia del Señor, gracia que son todas Sus riquezas, nuestra fe subjetiva va creciendo, va creciendo, va creciendo..., hasta que alcanzamos los cuatro elementos de que habla Efesios 4.13: l***a unidad de la fe, el pleno conocimiento del Hijo de Dios, el hombre de plena madurez y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***: "*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*". Todos los hijos de Dios, sin excepción, debemos llegar a tener la plenitud de estos cuatro aspectos, que tienen que ver con la fe.

El primero de ellos, ***la unidad de la fe***, implica que nuestra fe subjetiva llega a ser del mismo tamaño que la fe objetiva, es decir, lo que nosotros creemos y experimentamos en nuestro diario vivir llega a ser igual a lo que Dios es, que es la fe objetiva. En la medida en que nosotros disfrutamos de todas las riquezas de Dios, nuestra fe subjetiva va creciendo y cuanto más disfrutamos, más crece, hasta que llega al punto en que la fe subjetiva es igual a la fe objetiva.

En otras palabras, cada vez que disfrutamos las riquezas del Señor, que tenemos comunión con Él en nuestro espíritu, se va añadiendo a nuestra alma, hasta que la llena totalmente, al punto de que nada del alma humana del creyente carece de la esencia divina de Dios.

¿Cómo aumenta la fe subjetiva? Cada vez que tú entras en comunión con el Señor en tu espíritu, cada vez que lo adoras, cada vez que hablas con Él, cada vez que oyes Su palabra, cada vez que lo obedeces, cada vez que lo complaces, siempre que Él encuentra frutos en ti para disfrutar, tu fe subjetiva crece y llegará un día en que una y otra serán una.

El segundo punto al que todos los creyentes debemos llegar es el ***pleno conocimiento del Hijo de Dios***. En Juan 17.3, el Señor afirmó: "*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*".

Pero este conocimiento no es mental, no se da en la men-

te, sino en el espíritu humano; y el conocimiento del Padre y del Hijo enviado del Padre lo da el Espíritu Santo en el espíritu humano, mediante revelación: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él... Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*" (Efesios 1.17; 2 Corintios 2.10).

Así las cosas, entre más permaneces en tu espíritu, que es el aposento donde debemos entrar para tener comunión con Dios, entre más te acerques al trono de la gracia a disfrutar de todas las riquezas del Señor, tú conocerás más al Señor y poco a poco irás llegando al pleno conocimiento del Hijo de Dios.

El tercer elemento que debemos alcanzar antes de entrar en la plenitud de la presencia de Dios es llegar a ser ***el hombre de plena madurez***. La madurez es un punto en el desarrollo de nuestra vida espiritual, en el que damos frutos, frutos agradables para Dios.

Juan 15.1-6 dice: "*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden*".

El Padre es el labrador que ha trabajado durante muchos años y aún sigue trabajando en nosotros, con el fin de que llevemos frutos para Él, frutos que lo agraden, que lo satisfagan.

El Señor desea poder encontrar en nosotros cada día frutos para Su deleite, pero para tenerlos, es necesario vivir unidos orgánicamente a la vid, que es el Señor Jesús.

En la medida que nos aferremos al Señor Jesús, Él nos suple todas las riquezas del Padre, que es como la tierra, y en la medida que disfrutamos esas riquezas, somos nutridos, crecemos, maduramos y tenemos frutos que

el Padre, el Hijo y el Espíritu, disfrutan como recompensa de Su labor.

¿En este día que has vivido, el Señor ha encontrado algo que pueda disfrutar? Si la respuesta del Señor es positiva, Él te limpiará, te podará, para que sigas produciendo fruto, y en la medida que disfrutas te limpiará más para que lleves más fruto.

El Señor tiene mucha hambre y anhela comer del fruto de Su trabajo en ti. Vuélvete a Él y permítele que trabaje en ti para que tu fruto abunde y la satisfacción de Dios sea cada día mayor.

Si no llevas fruto, serás cortado, recogido y echado en el fuego, y arderás.

Cada día podemos tener la certeza si le hemos dado fruto para Su disfrute o si nuestro vivir es un vivir estéril, que en nada satisface al Señor.

Aun así, podemos arrepentirnos, volvernos al Señor y permitirle que nos llene de Sus riquezas, nos haga crecer, madurar y que le demos muchos, pero muchos frutos y seamos el hijo amado que lo deleita: "*he aquí salió de la nube una voz que decía: Este es Mi Hijo, el Amado, en quien me complazco*" (Mateo 17.5).

El cuarto elemento que todos los hijos de Dios debemos alcanzar y del que ninguno puede escapar, es ***llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo***.

El día de Cristo, que será el Tribunal de Cristo, todos los creyentes seremos juzgados y ese juicio será una comparación de Cristo con cada uno de nosotros. Si nos falta solo un poco para ser iguales a Él, no podremos participar del reino de los cielos y tendremos que pasar mil años en las tinieblas exteriores, llorando y crujiendo los dientes, para ser completamente transformados y luego sí entrar en la Nueva Jerusalén, una vez haya pasado el reino milenario.

Tenemos entonces, lo que queda de esta era de la gracia, para alcanzar estas cuatro cosas.

Por eso debemos ser aquellos que redimimos bien el tiempo, para que ese día no nos sorprenda desapercibidos: "*Mirad, pues, atentamente cómo andéis, no*

como necios sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor" (Efesios 5.15-17).

3. Antipas, el testigo fiel es muerto

El tercer aspecto que destaca el Señor del ángel de la iglesia en Pérgamo es que a pesar de que *Antipas* había sido muerto, el ángel conservaba el nombre y la fe del Señor.

Antipas, parece ser un tipo de quienes, a pesar de la persecución de satanás, se mantienen fieles al Señor, porque el nombre *Antipas* quiere decir *anti-testimonio* y también significa *contra todo*.

Sabemos que satanás tiene como naturaleza el pecado y que la consecuencia del pecado es la muerte: "*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte*" (Romanos 5.12).

Como satanás se entronizó en la iglesia en Pérgamo, llenó todo y a todos de muerte, pero aun en medio de una situación tan sombría, hay hijos de Dios que permanecen fieles al Señor y que no se dejan contaminar con el pecado ni con la muerte.

La condición del cristianismo hoy es precisamente esa: muerte.

El catolicismo está lleno de ídolos, de idolatría, de adoración a satanás, de pecado y de muerte.

El protestantismo con su gran número de congregaciones está en la misma situación. Las denominaciones cristianas se caracterizan porque tienen muchos nombres de que viven, pero en realidad están llenos de muerte, como veremos cuando lleguemos a la degradación en Tiatira y Sardis.

Hoy el Señor desea encontrar, y nos está encontrando, a algunos de Sus hijos que lo sigan y reciban cada día una alta dosis de vida eterna, para que venzan la muerte que satanás ha introducido en la iglesia, que se levanten como aquellos que se oponen a las malvadas obras del enemigo y sean aquellos que retienen el nombre y la fe del Señor.

4. El ángel también está donde mora satanás

En la iglesia en Pérgamo, satanás no solo ha puesto su trono, sino que también mora en ella. No sólo gobierna desde el trono que ha instalado en la iglesia, sino que vive en ella.

Es lo mismo que ocurrió con el pueblo de Israel después de que regresaron de Babilonia, y Eliasib emparentó con Tobías y le construyó una morada para que viviera con toda comodidad, en el lugar del templo donde se guardaba el alimento y el vino de los levitas y los sacerdotes.

Morar quiere decir estar a placer, vivir con toda comodidad en un lugar. Por ejemplo, nosotros moramos en nuestra casa y en ningún otro lugar sentimos mayor placer y comodidad que cuando estamos allí. Si por un tiempo tenemos que vivir en un hotel bien cómodo o en casa de algún pariente o un hermano en el Señor o de un amigo, nunca nos sentiremos tan cómodos como en nuestra propia casa, que es nuestra morada.

En la situación de Pérgamo, satanás no solo implantó su trono en la iglesia, sino que se trasladó a vivir en ella, porque en ella vive con toda comodidad.

Lógicamente esto ha permanecido oculto por muchos siglos y los teólogos del cristianismo no han tenido ningún interés en ir al Señor para rogarle que les revele el significado y la verdad de estas palabras.

Solamente hasta este tiempo, en su gran misericordia el Señor está revelando Su palabra y nos está mostrando la verdad y la realidad sobre la misma, y nosotros aspiramos a que todos los santos, los hijos de Dios, puedan obtener esta revelación y esta visión, y con ella logren desnudar las tretas del enemigo y pelear contra Él con la espada de dos filos que el Señor tiene en Su boca.

LAS DOCTRINAS DIABÓLICAS

La degradación en Pérgamo, reiteramos, es la sima de la degradación de la iglesia, porque en ella, la iglesia tocó el fondo de las tinieblas y de la oscuridad, y se llenó de las obras del

diablo. Una vez él puso su trono en la iglesia y vino a morar en ella, tiene el camino expedito para introducir dos de las doctrinas más engañosas, perversas y odiosas que atacan directamente la persona del Señor y Su obra.

1. La doctrina de Balaam

"*Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a algunos que retienen la enseñanza de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación*" (Apocalipsis 2.14).

La primera doctrina—enseñanza— que satanás introdujo en la iglesia, una vez que se apoderó de ella y estableció allí su morada y su trono, es *la doctrina de Balaam*.

Para entender en qué consiste la enseñanza de Balaam, examinemos brevemente quién fue Balaam en el Antiguo Testamento y cuáles fueron sus obras, y para ello te recomendamos la lectura de los capítulos 22 a 25 y el 31, del libro de Números.

Balaam era un profeta del Antiguo Testamento de quien no tenemos información de cómo llegó a ser profeta. Lo que sí sabemos es que tenía alguna comunión con Dios, porque se encuentran pasajes donde consulta al Señor acerca de Su consentimiento para hacer y decir cosas con respecto al pueblo de Israel.

Cuando el Señor sacó a los israelitas de Egipto, ellos debían pasar por la tierra de los madianitas, en la cual estaba asentado el pueblo de Moab, que era descendiente del hijo que Lot tuvo con su hija mayor.

Cuando el rey de Moab que se llamaba Balac vio la muchedumbre de Israel, tuvo miedo y consideró que ese pueblo tan numeroso borraría al suyo de la faz de la tierra, mandó contratar a Balaam para que viniera y lo maldijera, con el fin de que Israel fuera destruido: "*Y Moab tuvo gran temor a causa del pueblo, porque era mucho; y se angustió Moab a causa de los hijos de Israel. Y dijo Moab a los ancianos de Madián: Ahora lamerá esta gente todos nuestros contornos, como lame el buey la grama del campo. Y Balac hijo de Zipor era entonces rey de Moab. Por tanto, envió mensajeros a Balaam hijo de Beor, en Petor, que*

está junto al río en la tierra de los hijos de su pueblo, para que lo llamasen, diciendo: Un pueblo ha salido de Egipto, y he aquí cubre la faz de la tierra, y habita delante de mí. Ven pues, ahora, te ruego, maldíceme este pueblo, porque es más fuerte que yo; quizá yo pueda herirlo y echarlo de la tierra; pues yo sé que el que tú bendigas será bendito, y el que tú maldigas será maldito" (Números 22.3-6).

Mandó entonces Balac a los ancianos de su pueblo a que contrataran a Balaam para que viniera a procurar la destrucción de Israel, el pueblo de Dios.

En ese entonces Balaam era un hombre que tenía comunión con Dios y buscaba Su voluntad, porque cuando vinieron los ancianos de Moab y le dijeron las palabras de Balac, él les respondió: "*Reposad aquí esta noche, y yo os daré respuesta según Jehová me hablare. Así los príncipes de Moab se quedaron con Balaam*" (Números 22.8).

Ante tal actitud de Balaam el Señor no tardó en responderle: "*Y vino Dios a Balaam, y le dijo: ¿Qué varones son estos que están contigo? Y Balaam respondió a Dios: Balac hijo de Zipor, rey de Moab, ha enviado a decirme: He aquí, este pueblo que ha salido de Egipto cubre la faz de la tierra; ven pues, ahora, y maldícemelo; quizá podré pelear contra él y echarlo. Entonces dijo Dios a Balaam: No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es*" (vs. 9-12).

Qué magnífica es la palabra del Señor y qué sencillez hay en Sus decisiones: ***¡No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es!*** Esta era la única voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta, y en esa decisión debió mantenerse Balaam.

Pero la voluntad humana, cuando no se somete al espíritu es frágil y cambia fácilmente.

El rey de Moab había decidido maldecir a Israel, y no iba a desistir, aun sabiendo que la voluntad de Dios era contraria.

Así es satanás, porfiado e insistente, y por eso, los hijos de Dios, debemos velar, para que no caigamos en su tentación: "*Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar*" (1 Pedro 5.8).

Los ancianos moabitas volvieron a su rey y le relataron las

palabras de Balaam.

Él envió de nuevo a príncipes más honorables que los primeros y además de enviarle, como la primera vez, los tesoros de la adivinación, le mandó decir: "*sin duda te honraré mucho, y haré todo lo que me digas*" (Números 22.17).

La respuesta que inicialmente dio Balaam a los moabitas era la voluntad de Dios: "*Aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios para hacer cosa chica ni grande*" (Números 22.18).

Sin embargo, la actitud asumida por el profeta inmediatamente dejó ver su ambición por los honores y por las riquezas que le ofreció Balac: "*Os ruego, por tanto, ahora, que reposéis aquí esta noche, para que yo sepa qué me vuelve a decir Jehová*" (Números 22.19).

Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Si Dios ha determinado algo, Él lo cumplirá y esa es Su voluntad. Dios no cambia como cambiamos nosotros, Dios no puede ser manipulado ni puede ser obligado a que tome Sus decisiones según nuestros deseos. Cuando de Su boca sale una palabra, esa palabra se cumple por encima de todas las cosas y no hay cómo hacerlo cambiar.

Si Dios determina algo y luego lo cambia, Él no sería Dios, porque eso implicaría que se equivoca y Él no es Dios de equívocos.

No obstante, Dios quiso aprovechar la oportunidad y permitió que Balaam fuera con los hombres que lo buscaban, porque quería bendecir a Su pueblo: "*Y vino Dios a Balaam de noche, y le dijo: Si vinieron para llamarte estos hombres, levántate y vete con ellos; pero harás lo que yo te diga*" (Números 22.20).

Sin embargo, por el camino, el Señor le mostró Su disgusto a Balaam, porque éste no se había ceñido a Su voluntad, la que le había revelado la primera vez que fue abordado por los príncipes de Moab: "*Y la ira de Dios se encendió porque él iba; y el ángel de Jehová se puso en el camino por adversario suyo*" (Números 22.22).

Es bien curioso que en este pasaje Balaam se muestre más terco que la asna que montaba.

Así es el hombre viejo, natural, almático y carnal, y en el cristianismo contemporáneo abunda esta clase de personas.

El gran problema de los cristianos de hoy es que son tercos, duros de cerviz y viven todo el tiempo en su viejo hombre y no aprenden a oír con sencillez la palabra del Señor ni a obedecerla.

Es bien claro que en la voluntad del Señor no había posibilidad de que Balaam fuera con los príncipes de Moab. Por eso el Espíritu declara: "*Y la ira de Dios se encendió porque él iba; y el ángel de Jehová se puso en el camino por adversario suyo*" (Números 22.22).

¿Por qué Balaam actuaba de esa manera? Porque estaba lleno de codicia frente a las riquezas y la honra que le había ofrecido Balac. Él deseaba riquezas y fama y su ambición lo encegueció.

Por esa razón "*el asna vio al ángel de Jehová, que estaba en el camino con su espada desnuda en su mano; y se apartó el asna del camino, e iba por el campo*" (v. 23). Imagina la escena donde un asna, un animal de carga, un ser irracional ve a Dios, mientras que su dueño, su jinete no puede ver nada. ¡Definitivamente este es el extremo de la ceguera!

¿Acaso no es esta la condición del cristianismo? Lectores, hermanos amados, perdonen la franqueza, pero si no hablamos estas palabras con la claridad que lo estamos haciendo, podríamos ser acusaos por ustedes en el tribunal de Cristo de que, conociendo algunas verdades las ocultamos.

Al publicar este libro junto con los demás que completan la carga que el Señor nos ha dado, no pretendemos llenarnos de fama ni alcanzar el estatus de escritores ni de reverendos, ni de siervos de Dios, sino simplemente, con sencillez de corazón y con debilidad, temor, humildad y temblor, deseamos que el Señor en Su misericordia abra los ojos y quite los velos de los lectores, aunque sea como hizo con el asna, y puedan ver al Señor y Él pueda revelarles Su deseo y Su voluntad.

Pero tenemos que decir que el cristianismo de hoy con sus flamantes líderes está encegueecido y no ve nada de lo que es el Señor y cuál es Su voluntad. El

primero, porque no le han enseñado a ver y los segundos porque "*Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad, y fue reprendido por su iniquidad; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta*" (2 Pedro 2.15-16).

En tres ocasiones el asna vio al Ángel de Jehová con la espada desenvainada dispuesto a dar muerte a Balaam y en las tres ocasiones el animal salvó la vida del profeta.

La primera vez el asna se desvió del camino para no encontrarse con el Ángel; Balaam la azotó.

La segunda vez, el Ángel se puso en una senda que tenía paredes a cada lado; el asna apretó una de las piernas de Balaam contra una de las paredes, tratando de evitar al Ángel de Jehová y la consecuente muerte del profeta; nuevamente Balaam la azotó.

En la tercera ocasión el Ángel se ubicó en una angostura, donde no había cómo desviarse del camino ni a derecha ni a izquierda; el asna entonces se echó. Balaam volvió a azotarla, lamentando no tener una espada para matarla.

El Señor entonces abrió la boca del animal y le habló al profeta—refrenó su locura—, pero ni aun así Balaam entendió que el Señor estaba disgustado con su actitud.

Entonces Dios abrió los ojos de Balaam y vio al Ángel que le reprochó el hecho de que hubiera azotado tres veces al asna y le dijo: "*¿Por qué has azotado tu asna estas tres veces? He aquí yo he salido para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí*" (Números 22.32).

No obstante, el Señor no quiso que Balaam se devolviera cuando éste se lo propuso, sino que Dios quería llevarlo hasta Balac, para que delante de él, Balaam bendijera a Su pueblo y Balac tuviera un testimonio de que nunca podría destruir a Israel.

Por eso el Señor le dijo: "*Ve con esos hombres; pero la palabra que yo te diga, esa hablarás*" (Números 22.35).

Finalmente, Balaam llegó a donde estaba Balac ansioso porque el pueblo de Dios fuese maldito.

Los capítulos 23 y 24 de Números narran cómo Balaam fue tomado por el Señor y en lugar de proferir maldición y execración contra el pueblo de Dios, lo bendijo en tres ocasiones. Esto ofendió profundamente a Balac, el rey moabita, quien le dijo a Balaam que Dios lo había privado de honra.

Hasta aquí Balaam fue fiel a Dios y habló conforme al Espíritu del Señor quien vino sobre él. El capítulo 24 finaliza diciendo: "*Entonces se levantó Balaam y se fue, y volvió a su lugar; y también Balac se fue por su camino*" (Números 24.25). Cada uno tomó su camino, ninguno el del Señor.

Pareciera que la historia terminase aquí, y que finalmente Balaam hizo la voluntad de Dios. Pero en Apocalipsis 2.14 dice que "*Balaam, enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación*".

¿Cómo podremos aclarar esta situación? Gracias damos al Señor Espíritu, porque es Él quien nos revela las cosas profundas de Dios: "*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*" (2 Corintios 2.10)

El capítulo 25 de Números es muy esclarecedor al respecto. Veamos: "*Y Mientras habitaba Israel en Sitim, comenzó el pueblo a cometer fornicación con las hijas de Moab. Porque éstas convidaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y comió el pueblo, y postróse ante los dioses de ellas. Por manera que Israel entregóse a Baal-peor; y encendióse la ira de Jehová contra Israel*" (vs. 1-3).

El pueblo de Israel, los varones, buscaron a las hijas de Moab para fornicar con ellas. Estas mujeres convencieron a los israelitas de que les rindieran culto a sus ídolos, y el pueblo comenzó a dejar al Señor y se fue tras un ídolo moabita que ellos llamaban Baal-peor.

Como Balac deseaba que Israel fuera destruido, Balaam ideó un medio por el cual Dios mismo, en Su ira, destruyese a Israel y se lo enseñó a Balac: **que las hijas de Moab conquistasen a los hijos de Israel,**

los atrajeran tras de sus amores y los enseñaran a rendir culto a sus ídolos, con lo cual Dios se enojaría y Él mismo los destruiría.

Esta es la razón por la cual Apocalipsis afirma que Balaam, enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.

Debido a este desvío, el Señor se enojó contra Israel y le ordenó a Moisés que ahorcara delante del sol a todos los príncipes del pueblo, para que el ardor de la ira de Jehová se aplacara. Moisés entonces ordenó a los jueces de Israel que mataran a cada uno de sus familiares que habían fornicado adorando a Baal-peor, y así lo hicieron.

Naturalmente que esta situación causó mucho dolor entre el pueblo, y en Moisés y Aarón, y mientras ellos se congregaron frente a la puerta del tabernáculo de reunión, un israelita trajo a una madianita y la llevó a su tienda para presentarla a su familia. Lo vio Finees, nieto del sacerdote Aarón y fue y alanceó al israelita junto con la madianita y cesó la mortandad de los israelitas. Sin embargo, ya habían muerto veinticuatro mil de Israel.

Esto fue lo enseñado por Balaam y esta fue la doctrina que satanás introdujo entre el pueblo cristiano en la época de Pérgamo. En esa época la iglesia se casó con el mundo y desde esa época el diablo ha introducido en su seno toda clase de ídolos paganos con el nombre de santos, beatos y vírgenes y desde entonces ha permanecido hasta hoy, sostenido por el corrupto catolicismo.

Desde esa época, satanás tomó el paganismo del mundo antiguo, el paganismo mesopotámico, babilonio, egipcio, griego y romano, entre otros, y los introdujo en la iglesia, para que los cristianos adoraran sus ídolos y eso sigue ocurriendo en pleno siglo XXI.

Los paganos de las épocas antiguas tenían un dios para casi cada una de las actividades de su vida diaria, al igual que el catolicismo hasta el día de hoy tiene un santo o una virgen para cada una de sus actividades, ta-

les como el noviazgo, matrimonio, los hijos, los recién nacidos, los bebés.

Hay un santo o una virgen usada para los viajes, contra los maleficios, contra las enfermedades como la diarrea, el cáncer, la leucemia, etc., y cada población católica tiene un patrón—un santo—o una patrona—una virgen.

Además, han sido canonizados como santos gentes que practicaron la brujería, que cometieron asesinato, adulterio, fornicación y otros tantos pecados, y son objeto de veneración y adoración por parte de los católicos.

Esta es la doctrina de Balaam, que ha sido introducida en medio de la iglesia por satanás y que actualmente es muy fuerte en más de un millardo de seres humanos en todo el mundo.

¿Qué indujo a Balaam a cometer tal locura, cuando inicialmente era un hombre que tenía comunión con Dios y conocía Su voluntad? La ambición desmedida de las riquezas materiales y el deseo desenfrenado de gloria.

Pero no juzguemos solamente a Balaam, sino miremos a los cristianos del siglo XXI. ¿Quién podrá ser más famoso que el papa católico y qué organización tendrá más riquezas materiales que el catolicismo romano? En fama no tiene competencia, el papa es único y no hay nadie más conocido ni famoso que él en todo el mundo. El papa es un dios para el mundo católico y todo lo que él dice es el equivalente de la *"palabra de Dios"*. ¡Qué mentira más absurda y abominable!

La palabra de Dios es Dios mismo, es el Señor Jesucristo, es el Espíritu Santo y Su registro se encuentra solamente en la Biblia y la conocemos mediante revelación del Espíritu en nuestro espíritu.

Todo lo que el papa habla y enseña en el catolicismo romano, contradice abiertamente la Biblia. Sus prácticas son una mezcla demoníaca de paganismo, y aparentemente mezcladas con algunas prácticas del Antiguo Testamento, pero todas ellas son abominables delante

del Señor, porque se convierten en doctrinas de demonios, en cosas sacrificadas a los ídolos y en fornicación: "*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad*" (1 Timoteo 4.1-3).

Recordemos que la fornicación y el adulterio son pecados que se cometen cuando una persona tiene intimidad con otra fuera del matrimonio, es decir, una esposa solo puede tener por marido a su legítimo esposo, al igual que un hombre solo puede tener por mujer a su legítima esposa. Toda relación que vaya más allá es fornicación y es adulterio.

Espiritualmente hablando, cometer fornicación es adorar o rendirle culto a cualquier persona u objeto que no sea el verdadero y Único Dios, el cual se ha manifestado mediante el Señor Jesucristo y hoy es real para nosotros los creyentes, por medio del Espíritu Santo.

El catolicismo enseña que los santos y las vírgenes son necesarios porque debido a nuestros pecados no podemos ir directamente a la presencia de Dios, y entonces los necesitamos como mediadores ante Dios y más si se trata de María que es la "*madre de Dios*". ¡Qué mentira más ridícula y qué ignorancia tan crasa con respecto a las Escrituras! Lee bien lo que dice 1 Timoteo 2.5: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*".

Igualmente ora este versículo y guárdalo en tu corazón: "***Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro***".

Aquí no dice que somos unos pecadores descarados y que debemos buscar mediadores, sino por el contrario, que nos acerquemos confiadamente, sin temor, sin desconfianza, no mirando nuestra condición, sino con la certeza de que Dios nos recibirá, nos dará Su gracia y Su

misericordia.

Lógicamente esto se refiere a creyentes, a hijos de Dios. Si este libro llegó a tus manos y no eres creyente, no has recibido al Señor, no dudes que el Señor te está llamando. Vuélvete al Señor, habla con Él, recíbelo en tu espíritu humano, invítalo a que entre en tu corazón, a que sea uno contigo y ya está. ¡Así de sencillo es el Señor! Luego lee la Biblia, ora sus palabras, suplícale al Señor que te limpie, que te revele Su palabra y aprende a acercarte y a vivir en Su trono de gracia.

¿Y qué decir de las riquezas materiales del catolicismo? A base de engaños, de mentiras, de violentar la conciencia de sus feligreses, han usurpado un sin número de riquezas materiales y hoy es una potencia económica difícil de igualar. A lo largo de todas las edades, han heredado riquezas de millones de familias, de sociedades y de personas.

Una visita del papa a un país católico cuesta millones de dólares y se le recompensa con ofrendas, cuyas cuantías superan los nueve dígitos.

El catolicismo romano es socio de grandes empresas multinacionales, empresas financieras, industriales, de servicios, de educación y todo aquello que produce lucro, falsificando para ello la palabra de Dios con el fin de enriquecerse: "*Porque no somos como muchos, que por ganancia comercian con la Palabra de Dios. Al contrario, con sinceridad, como enviados de Dios, hablamos en Cristo, ante Dios*" (2 Corintios 2.17—Nueva Reina Valera 1990).

Son tantas las riquezas materiales del catolicismo romano, que es muy difícil cuantificar el valor de sus bancos, universidades, empresas industriales, catedrales, basílicas, parroquias, terrenos, edificios… Todo gracias a la doctrina de Balaam que satanás introdujo en la iglesia desde los albores de esta.

No podríamos pasar por alto la otra rama del cristianismo, conformada por grupos evangélicos denominados y libres y conocida más como el protestantismo.

Iglesias nacionales como la luterana alemana, la presbiteriana suiza, la anglicana de In-

glaterra, la Metodista norteamericana, la iglesia bautista, entre muchas más y un sin número de grupos considerados libres, no han dejado de amasar grandes fortunas económicas, aunque no comparables con las del catolicismo romano y el catolicismo ortodoxo oriental.

Un buen número de sus líderes han logrado hacerse famosos, falsificando igualmente la palabra de Dios y a diferencia del catolicismo romano que ha amasado su fortuna para la organización, los grupos protestantes, sin incluir las iglesias nacionales ya mencionadas, amasan fortunas para disfrute de sus líderes.

Sus feligreses tienen a sus líderes en un pedestal y de manera inconsciente los consideran como dioses, pues imaginan que la palabra hablada por ellos es la palabra de Dios, pero en realidad la palabra santa es desconocida por unos y por otros.

Lo mismo ocurre con la iglesia católica ortodoxa de oriente que es el resultado de la labor de Constantino en el siglo IV, cuando el paganismo occidental no se avino a sus deseos, trasladó la sede del imperio a la ciudad que en ese tiempo se conocía como Bizancio, y él le dio el nombre de ciudad de Constantino—Constantinopla—, y que actualmente se llama Estambul. En época pasada reciente fue la capital de Turquía.

Cuando la iglesia católica se dividió, la oriental quedó encabeza por un émulo papal que se llamó el Patriarca de Constantinopla y es la cabeza más notoria de esa iglesia, aunque tiene tres patriarcados principales más: Jerusalén, Alejandría y Antioquía.

Con todo esto satanás pone tropiezo a los hijos de Dios y los enseña a comer cosas sacrificadas a los ídolos, basados en la doctrina de Balaam que fue hábilmente introducida en la iglesia por él en la situación de Pérgamo.

Hablaremos con más profundidad sobre las tres alas del cristianismo degradado, cuando, en capítulos posteriores, veamos la degradación en Tiatira y en Sardis, que se ajustan perfectamente a cada una de ellas.

Capítulo 25
La Degradación En Pérgamo (3)

LAS DOCTRINAS DIABÓLICAS (Continuación)

2. La doctrina del nicolaísmo

Para satanás no era suficiente corromper la iglesia con la doctrina de Balaam, con la falsificación y el comercio de la palabra de Dios, sino que sabía que era necesario profundizar su engaño introduciendo una doctrina más: ***el nicolaísmo***.

No es fácil encontrar entre los estudios teológicos del cristianismo qué es el nicolaísmo, porque en la mayoría de ellos hace falta revelación de la palabra.

Por ejemplo, la versión Reina Valera de 1960, para esclarecer el asunto del nicolaísmo, se encuentra en el glosario de las Biblias de esa versión la siguiente nota: "*NICOLAÍTAS: Secta herética primitiva de la cual solo se sabe con seguridad lo indicado en Ap. 2.6, 15, o sea que combinaban la idolatría con prácticas inmorales. El nombre parece derivarse de Nicolaus (Nicolás), pero no hay certidumbre de quién era tal persona*".

Se evidencia en esta nota la falta de revelación y la pereza que tienen los cristianos de buscarla, acercándose al trono de la gracia, para recibir revelación del Señor y Su palabra. Ni Nicolás es fundador de una secta que "practicaba la idolatría y la inmoralidad", ni el nicolaísmo es una secta, sino que es una doctrina introducida por satanás para damnificar la iglesia.

La palabra *nicolaísmo* o *nicolaíta* tiene su origen en la palabra griega *nicolaitai*, cuya

raíz es *nicolaos*, palabra que a la vez se compone de dos vocablos griegos: *nico*, que quiere decir *conquistar* o *estar sobre los otros* y *laos* que quiere decir *gente común*, *seglares* o *laicos*.

Así, el nicolaísmo no es nada distinto a la jerarquización de la iglesia, jerarquización en los que unos se autonombran los siervos de Dios, los enviados de Dios, y dominan a los demás y los someten, para que vivan conforme a sus deseos y caprichos.

Sabemos que la iglesia, el cuerpo de Cristo, es comparado con el cuerpo humano: "*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo*" (1 Corintios 12.12).

Así como en el cuerpo humano no hay uno o unos miembros más importantes que otros, en el cuerpo de Cristo tampoco hay miembros que sean más o menos importantes que otros.

Por todos los miembros del cuerpo de Cristo circula la misma vida divina y todos son necesarios y tienen la misma importancia para el Señor: "*Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son muy necesarios; y a aquellos miembros del cuerpo que nos parecen menos honrosos, a éstos vestimos con mayor honra; y los que en nosotros son menos decorosos, reciben mayor decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios concertó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros tengan la misma solicitud los unos por los otros*" (1 Corintios 12.22-25).

Otra cosa es que cada uno de los miembros tienen diferente función y esa función depende de la medida de la gracia que el Señor repartió a cada uno: "*Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada*" (Romanos 12.3-6).

El hecho de que cada uno de los miembros del cuerpo

tenga diferentes funciones no indica que un miembro sea superior a otro o que ciertos miembros, por el hecho de tener cierta función, pueden enseñorearse de los demás.

El Señor Jesús fue claro al advertir sobre el particular: "*Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*" (Mateo 20.25-28).

En la iglesia todos los miembros del cuerpo de Cristo, los hijos de Dios, tenemos una función y esa función es tan importante y necesaria como las demás y debemos ejercerla en nuestro diario vivir, dependiendo del Espíritu y viviendo en el Espíritu.

Quienes viven bajo la doctrina y la práctica del nicolaísmo, que es la totalidad del cristianismo, siguen la doctrina que satanás introdujo en la iglesia desde el siglo IV de esta era.

Con seguridad, querido lector, argumentarás que la Biblia dice: "*Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*" (Efesios 4.11). Estamos completamente de acuerdo con su argumento, porque es bíblico y usted tiene toda la razón.

Veamos con detenimiento las palabras de ese versículo. En primer lugar, los *apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros*, no se auto nombran, ni son nombrados por la iglesia, ni los nombran por votación, ni son formados en un seminario o un instituto bíblico, sino que son constituidos por el Señor: ***él mismo constituyó***.

La constitución es un proceso que se da por crecimiento en vida y en gracia. Las cuatro clases de hombres dones con los que el Señor dota a la iglesia no se dan por generación espontánea, sino que llegan a ser una u otra función de las cuatro mencionadas o dos o tres o cuatro a la vez, en la medida que estos hijos de Dios andan en comunión con Él y su función para la iglesia se va manifestando y el Espíritu la confirma.

No es necesario que va-

yan a un instituto bíblico donde los gradúan como pastores o con cualquier otro título, ni a un seminario donde los gradúan como curas.

El Señor, por ejemplo, constituyó a doce como apóstoles y esa constitución no fue el resultado de una maniobra política ni de la elección de los demás discípulos del Señor, ni de la decisión de María la madre de Jesús, ni de ninguna otra artimaña de las que utiliza el cristianismo contemporáneo para proveerse de líderes, sino que su función resultó de andar a diario con el Señor, de tener comunión con Él, de vivir en el Espíritu como lo hicieron durante los diez días anteriores a Pentecostés y de seguir al Señor por donde Él va.

Debemos dejar en claro de una vez por todas que el líder de la iglesia es el Señor y nosotros somos sus siervos—todos Sus hijos— y lo seguimos a Él diariamente por donde quiera que va y de eso espontáneamente surgen los dones para la iglesia.

En segundo lugar, las cuatro clases de hombres dones no son títulos que el Señor otorga a determinados hijos, sino funciones que contribuyen al perfeccionamiento de los santos: "*a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo*" (Efesios 4.12).

Los santos que son constituidos con funciones especiales no tienen esa constitución para enseñorearse de los hermanos, ni para dirigirlos, sino para perfeccionarlos y el perfeccionamiento se da mediante la inoculación de Cristo en el espíritu y el alma de las personas.

La palabra apóstol, por ejemplo, quiere decir enviado. ¿Enviado por quién? Por el Señor.

Un caso que nos ayuda a ver cómo se constituye un o unos apóstoles lo encontramos en Hechos 13.1-2: "*Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*".

Los cinco hermanos mencionados en este pasaje previamente habían sido constituidos como profetas y maestros, y ellos estaban en Antioquía, ministrando—sirviendo— al Se-

ñor, y de pronto el Espíritu Santo habló y los envió a Su obra.

¿A qué es enviado un apóstol? No a levantar una iglesia con un nombre denominado, ni a fortalecer cierta doctrina, ni a buscar sus propios discípulos para que lo sigan, sino a predicar el evangelio.

Pero el evangelio no es un conjunto de palabras huecas que tratan de convencer a las gentes de que se salven del infierno por la eternidad, sino que el evangelio es la persona más maravillosa que existe en este universo: "*el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo*" (Romanos 1.1, 3).

La predicación del evangelio consiste en inocular al Cristo maravilloso en el espíritu y en el alma de quienes lo han de recibir; Cristo que vive en quien lo predica y que ha llenado Su alma. Todo esto debe hacerse en el Espíritu.

Por supuesto, que para funcionar como apóstol se requiere estar constituido como evangelista. Un ejemplo de un evangelista lo encontramos en Hechos 8, cuando uno de los siete que habían sido designados en Jerusalén para servir a las mesas, llamado Felipe, fue a Samaria y les predicaba a Cristo. (Hechos 8.5). Por el hecho de que Felipe anunciara a Cristo—el evangelio— se producían prodigios en el sentido de que las personas que tenían espíritus inmundos eran liberadas y sanados los cojos y los paralíticos, pero Felipe no estaba preocupado por esas añadiduras, sino que estaba centrado en anunciar a la persona de Cristo que moraba en su corazón.

No obstante, el Espíritu en Su sabiduría, para evitar que Felipe se engrandeciera y se volviera famoso, y para conservar la unidad de la iglesia, no permitió que la predicación del evangelio por medio de él fuera completa; entonces los apóstoles enviaron a Pedro y a Juan quienes al orar por los nuevos creyentes fueron llenos del Espíritu Santo: "*Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo*" (Hechos 8.14-17).

Un profeta constituido por el Señor no es un hermano o hermana que adivina eventos futuros, que predice que determinado hecho va a ocurrir en determinada circunstancia o dentro de cierto tiempo, o que devela el pasado de otras personas o que mediante el hablar en lenguas extrañas dice cosas como "*el Señor dice*", "*Jehová ordena*", sino que un profeta es un hijo de Dios que conoce los misterios profundos de Dios y los enseña a los hermanos para que ellos sean edificados, exhortados y consolados: "***Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis... Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación***" (1 Corintios 14.1, 3).

Cuando en la reunión de la iglesia hay profecía—y debe haberla siempre—, todos los participantes en la reunión son edificados, y la edificación no es más que el crecimiento del Señor en cada creyente.

Edificar no consiste en levantar un edificio de paredes, puertas, ventanas, pisos y techos, sino que la edificación en el Señor es el crecimiento de la persona de Cristo en todos y cada uno de los creyentes.

Un profeta genuino, exterioriza a Cristo desde su espíritu humano y lo siembra en el espíritu y el alma de quienes están en la reunión o donde esté y con quien esté, y de esa manera todos son edificados: "***Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados***" (1 Corintios 14.31)

Otra de las funciones de la profecía es la exhortación, pero no se debe entender ésta como un regaño que se da a los santos para corregir sus defectos o sus equivocaciones. No, la exhortación consiste en alentar, en animar a los demás, y este aliento se logra inoculando a Cristo dentro del espíritu y el alma de los hermanos.

La tercera función de la profecía es la de consolar. En las denominaciones cristianas y en el catolicismo son corrientes los departamentos de consejería y hay en ellos unos cristianos que se especializan en dar consejos, cuando una persona necesita ser consolada o ser orientada en la toma de alguna decisión.

Estos consejeros, generalmente son personas que usan solamente su alma, pero que no han aprendido a usar su espíri-

tu humano, y por esa razón, sus consejos se convierten en un río de muerte, porque todo lo que va de alma a alma, es muerte.

Solamente lo que sale del espíritu de un hermano y toca el espíritu del otro y desde él alcanza el alma, es vida y vivifica, porque desde nuestro espíritu fluye el Espíritu vivificante.

Un pastor—maestro es un hermano que está constituido con las riquezas de Cristo y sabe alimentar a los hermanos enseñándoles la palabra en la medida justa de sus necesidades.

Un pastor—maestro constituido por el Señor no es el que ostenta ese título para enseñorearse de los hermanos, ni para ser la cabeza de la congregación, ni el que manda y dirige, porque todas estas funciones son exclusivas del Espíritu Santo.

Un pastor—maestro es un hermano que sabe cuidar con ternura a otros santos, que sabe darles una dieta balanceada del Cristo que él mismo experimenta diariamente, por ejemplo, como era Pablo con los tesalonicenses: "*Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos*" (1 Tesalonicenses 2.5-7).

En tercer lugar, las cuatro clases de hombres dones que el Señor ha constituido para la iglesia, no son en número singular, sino plural: "*Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*" (Efesios 4.11), y esos hermanos no son constituidos por el Señor para enseñorearse de los demás hermanos, ni para ser dirigentes al estilo del mundo, ni para hacer que los sigan a ellos, sino a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Efesios 4.12) .

Los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores—maestros, constituidos por el Señor, tienen la única función de perfeccionar a los santos, para que los santos todos, hagan la obra del ministerio y mediante esta obra el Señor edifique la iglesia, que es Su cuerpo.

No hay tal cosa como edificar

una denominación o un grupo particular de propiedad de un líder, ni tampoco es bajo la función de un hermano que considera tener determinada función, sino que los miembros todos son coordinados por la Cabeza que es el Señor Jesús y nadie más: "***sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor***" (Efesios 4.15-16).

El crecimiento se da cuando estamos asidos a la Cabeza que es Cristo y no a un "ministro", casi siempre autonombrado o nombrado por hombres, pero no constituido por el Señor.

Cuando todos y cada uno nos asimos—nos agarramos fuertemente— de la Cabeza, somos concertados y unidos y ayudados unos a otros por la coyunturas del rico suministro—los hombres dones— vamos creciendo y nos vamos edificando en amor: "*asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios*" (Colosenses 2.19).

Haciendo así, lograremos los cuatro puntos relatados en Efesios 4.13, de los que hablamos antes en este capítulo. De esa manera evitaremos ser "*niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error*" (Efesios 4.14).

Lamentablemente todo el cristianismo contemporáneo ha caído bajo las garras de hombres llenos de estratagemas astutas que traen vientos de doctrina a la iglesia y con ellas inducen aun a los mismos hijos de Dios a vivir una vida errada en cuando a la voluntad y al deseo del Señor, y todo esto se da porque los líderes del cristianismo contemporáneo son uno con satanás en cuanto a la doctrina del nicolaísmo, que él introdujo en la iglesia desde hace más de dieciséis siglos.

Reiteramos que el nicolaísmo no es una secta fundada por Nicolás, sino una práctica cristiana, mediante la cual se establece una jerarquía entre los feligreses en la que unos son superiores a otros, unos pocos dirigen a

los demás, unos pocos se constituyen como cabeza de la iglesia y unos pocos son dirigentes y hacen que los demás hermanos los sigan a ellos y no al Señor. Este sistema es ofensivo y odioso para el Señor y Él no lo tolera en ninguna circunstancia.

Insistimos que en la iglesia el Único miembro más importante que todos los demás, el que descuella sobre todos, es la Cabeza, y la Cabeza es el Señor Jesús, el Espíritu y el Padre, los demás somos aquellos que laboramos junto con Él, es decir somos Sus colaboradores, que lo seguimos adonde Él va y hacemos lo que Él nos manda y hace en nosotros.

Como el Señor nos ha dado una o varias funciones a todos Sus hijos para desarrollar en la iglesia, debemos tener cuidado de seguir Sus instrucciones para no ofenderlo, para que Él pueda agradarse permanentemente de nosotros, para que en todo esté complacido.

Por eso, el Espíritu Santo por medio de Pedro, nos dejó estas palabras: "*Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey*" (1 Pedro 5.1-3).

Cada uno de nosotros debemos desempeñar nuestra función cuidándonos mutuamente pero no por fuerza, no por imposición, no obligando a otros a que hagan lo que nosotros les decimos, sino inoculándoles la palabra de Cristo y permitiendo que sea el Señor quien haga Su trabajo en el interior de cada santo.

No debemos hacer como hace el cristianismo, que cada vez inventan una cantidad de mandamientos para obligar a los hermanos a que tengan determinado comportamiento y no permiten que sea el Señor quien mediante Su trabajo en el interior de los hermanos los convenza, les dé revelación y visión y los guíe a vivir según Su voluntad.

No debemos servir a los hermanos con el ánimo de obtener ganancia para nosotros, ganancia en honra y en fama, es decir, para que seamos honrados, admirados y se nos mire como a alguien que es superior a ellos. No debemos buscar ser reconocidos como los siervos del Señor, porque todos somos siervos de Él.

Tampoco se debe tratar de obtener ganancias materiales violentando su conciencia para que, mediante sus diezmos y ofrendas, se enriquezcan aquellos que se erigen como líderes. Por el contrario, se deben aplicar las palabras del Señor Jesús expresadas por Pablo: "*En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir*" (Hechos 20.35).

En el ejercicio de los dones que el Señor ha concedido a cada uno en la iglesia, debemos aprender a ser ejemplo de los demás hermanos en nuestra búsqueda del Señor, en la búsqueda de revelación y de visión, en la oración y en nuestro comportamiento en cada una de las situaciones que vivimos diariamente: "*sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza*" (1 Timoteo 4.12).

¡Cuánto, pero cuánto daño ha causado satanás a la iglesia con la implantación de esas dos doctrinas pervertidas: la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas, y cómo el cristianismo de hoy las vive y las practica!

Pero el Señor en Su bondad y misericordia nos está mostrando y nos ha guiado para escribir estos libros, con la esperanza de que los lectores puedan ver estas cosas tan negativas, y una vez que sean revelados por el Señor, puedan abandonar esas prácticas diabólicas y ese vivir mundano y volverse al Señor, para seguirlo a Él, sin tener más mediadores que el Señor Jesús y siguiéndolo a Él puedan conocer Su voluntad, hacerla, llevar frutos para Él y agradarlo.

A pesar de que el Señor alabó al ángel de la iglesia en Pérgamo porque en medio del trono y de la morada de satanás retenía el nombre del Señor y no negaba su fe, le reprocha el hecho de tolerar a aquellos que sostenían la doctrina de Balaam y a quienes retenían la doctrina de los nicolaítas, es decir, había creyentes o falsos creyentes que eran uno con satanás.

Dicho en otras palabras, permitir la doctrina de Balaam, permitir que los hijos de Dios tropiecen cometiendo fornicación o comiendo cosas sacrificadas a los ídolos, que era lo que enseñaba Balaam, o aceptando la jerarquización de la iglesia, lo que en otras palabra con-

siste en seguir a líderes y no al Señor, es ser uno con satanás.

¿No es ese el vivir del cristianismo contemporáneo? Los católicos están llenos de ídolos y al ser idólatras adoran a los demonios que están detrás de ellos, es decir, fornican contra la persona del Señor, porque Él es el Único digno de adoración.

Los protestantes, aunque no adoran ídolos tangibles, por un lado, están llenos de ídolos intangibles, de manera inconsciente siguen a sus líderes que se autodenominan pastores, reverendos, apóstoles, presbíteros, ancianos, diáconos, hermanos responsables, hermanos de servicio, obreros, siervos del Señor, etc., y dejan al Señor como el Único líder y la única Cabeza de la iglesia.[1]

Por eso el Señor le dice al ángel de la iglesia en Pérgamo: "*Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca*" (Apocalipsis 2.16).

La palabra griega usada para arrepentimiento es *metanoeo* y quiere decir *cambiar de disposición mental, cambiar de mente*.

1. Encuentra más revelación, luz y riquezas sobre este tema en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** Del mismo editor.

Si eres un creyente que has sido enseñado por el cristianismo a adorar ídolos o a seguir líderes, necesitas cambiar la disposición de tu mente, hacerte a la idea de que los ídolos no son más que un engaño de satanás y los líderes de tu congregación son otro engaño igual al de los ídolos.

Debes pedir al Señor que llene tu mente, que saque de ella esas "*cucarachas*" que te han infundido y debes aprender a adorar y a seguir exclusivamente al Señor.

No esperes a que el Señor venga a pelear contra los balaamitas y contra los nicolaítas y los fulmine con la espada de Su boca, que es Su palabra, porque puedes ser fulminado junto con ellos, como le ocurrió a Balaam, cuando los israelitas pelearon contra los moabitas y los arrasaron: "*Y pelearon contra Madián, como Jehová lo mandó a Moisés, y mataron a todo varón. Mataron también, entre los muertos de ellos, a los reyes de Madián, Evi, Requem, Zur, Hur y Reba, cinco reyes de Madián; también a Balaam hijo de Beor mataron a espada*" (Números 31.7-8).

No esperes a ser muerto con los que siguen la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas. Arrepiéntete saliendo de en

medio de ellos y viniendo al Señor que está en tu espíritu, adorándolo y siguiéndolo sólo a Él.

El Espíritu está hablando a las iglesias. Esto quiere decir que ningún creyente tendrá disculpas frente al Señor para no arrepentirse, para no ir a Él, porque Su hablar está llegando a todos Sus hijos.

Tú, amado lector tienes la Biblia, tienes el Espíritu y tienes tu espíritu humano donde puedes obtener toda la revelación y desde donde puedes tener visión para conocer lo que al Señor le agrada y lo que no: "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 2.17). Igualmente tienes a otros hermanos que están guardando la unidad del Espíritu, están siendo unánimes entre sí, y con ellos puedes estar en la única comunión, la comunión del Hijo Jesucristo nuestro Señor.

Es necesario rogar al Señor que afine nuestro oído, que lo sintonice con Su hablar, que nos dé espíritu de sabiduría y revelación para que podamos conocerlo, que nos ayude a oír Su voz diariamente, que nos ayude a acercarnos a Él para que nos enseñe todas Sus cosas, para que nuestro vivir sea una permanente comunión con el Señor, para que nada pueda separarnos de Él, para que ***seamos como María, la hermana de Marta, que siempre estemos cerca del Señor, oyendo Su palabra, teniendo revelación de ella, comprendiéndola y haciéndola nuestra realidad. Aprendamos a tomar la mejor parte, la cual no nos será quitada***.

En los versículos subsiguientes el Señor exhorta a Sus hijos a que seamos vencedores, a que venzamos el trono y la morada de satanás que están en Pérgamo, a que disolvamos ese "***matrimonio diabólico***" de la iglesia con el mundo y a que nos comprometamos con Él y le permitamos que nos transforme para que en Su venida tengamos la oportunidad de casarnos con Él.

Igualmente, el Señor nos exhorta a que venzamos la horripilante doctrina de Balaam que hace comercio de las cosas santas, lo que han hecho y hacen la mayoría de los líderes cristianos de la era presente. Ellos se dedican a hacer una mercadería de las cosas divinas, buscando enriquecerse materialmente, mediante la fal-

sificación de la palabra de Dios.

Igualmente debemos vencer la jerarquización de la iglesia que es la doctrina del nicolaísmo. En la iglesia del Señor no hay reverendos, no hay el sistema pastoral que tiene el cristianismo, no hay papas, patriarcas, cardenales, obispos, doctores ni ninguno de esos títulos que se han auto impuesto los falsos maestros del cristianismo contemporáneo.

Si bien es cierto que el Señor constituye a todos los santos con dones como apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros, igualmente es verdad que quienes han sido constituidos (y deben ser todos los santos) no deben considerarse más importantes que otros santos, ni deben pretender ser seguidos ni constituirse en cabezas de la iglesia, ***porque uno es la Cabeza, el Señor Jesús; Él es el genuino Apóstol; Él es el Profeta; Él es el evangelio y el Evangelista; Él es el Maestro; Él es el verdadero Pastor; Él es todo, y nadie más que Él***. Nosotros somos miembros de Su cuerpo y miembros unos de otros, pero nada más.

Para quien venza esta ardid de satanás, el Señor le promete cosas maravillosas: "*Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe*" (Apocalipsis 2.17).

El maná escondido

Cuando Dios sacó al pueblo de Israel de Egipto por mano de Moisés, estando en el desierto le proveyó una dieta a base de maná, una comida que para ellos era extraña y que el Señor les daba cada día en cantidad suficiente para que fueran alimentados balanceadamente. El suplir del Señor para Su pueblo en el desierto era verdaderamente milagroso, porque en un desierto no hay nada que comer y tampoco se puede cultivar en la arena que hay en él para obtener sustento de la tierra.

El maná era un alimento especial que provenía del cielo y que representa a Cristo quien es el verdadero pan que descendió del cielo y es el alimento que los creyentes debemos comer diariamente.

Si miramos con detenimiento, el maná es un tipo de Cristo como nuestro alimento espiritual verdadero y en varios versículos el Señor habla al res-

pecto: "*Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo*" (Juan 6.31-33).

Quien ha descendido del cielo y da vida al mundo es el Señor Jesús, luego Él es el genuino pan, el verdadero maná, que alimenta a los hijos de Dios del Nuevo Testamento: "*Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás*" (Juan 6.35).

Como creyentes, como hijos de Dios, necesitamos comerlo diariamente para que seamos fortalecidos, para que tengamos fuerza y energía para vivir nuestra vida aquí en la tierra: "*Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre*" (Juan 6.48-51).

¿Pero cómo comemos de Jesús, si no somos antropófagos? No se trata de una comida física, sino de la comida espiritual que es la persona del Señor y que hoy mora en nuestro espíritu. Él es la palabra y en la palabra podemos comerlo y disfrutarlo diariamente: "*El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*" (Juan 6.63).

Siempre que entramos en nuestro espíritu humano y disfrutamos al Señor como la palabra, palabra que está en la Biblia, lo estamos comiendo a Él y nos estamos nutriendo con todas Sus riquezas. Cada palabra que sale de la boca del Señor es espíritu y es vida, es nuestro alimento y nuestro nutriente espiritual.

De otro lado, hablando más acerca del maná, Dios le dio a Moisés una orden, en cuanto que una porción de él debía ser depositado en una urna y guardado en el arca del testimonio: "*Y dijo Moisés: Esto es lo que Jehová ha mandado: Llenad un gomer de él, y guardadlo para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto*" (Éxodo 16.32).

Esta porción de maná guardada en el arca del testimonio es el maná escondido. Es escondido porque no es público, es

decir, no está disponible para el pueblo, sino que está escondido en una urna, la cual está dentro del arca y ésta a la vez se encontraba en el Lugar Santísimo del Tabernáculo, adonde solo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, y Moisés, mientras vivía y cuando lo deseaba.

Como es conocido, en el Antiguo Testamento, el lugar donde los israelitas se encontraban con Dios era el tabernáculo de reunión, el que estaba conformado básicamente por dos secciones: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo.

En el primero entraban los sacerdotes continuamente para servir a Dios, según estaba dispuesto en la ley de Moisés. En el Lugar Santísimo, donde estaba, entre otros, el maná escondido, entraba solamente el sumo sacerdote y una vez al año. Ni a una ni a otra parte del tabernáculo podía entrar el pueblo, sino solamente a la parte exterior del tabernáculo, que se conoce como el atrio.

Entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo había un velo de separación, velo que no podía ser traspasado por nadie distinto al sumo sacerdote una vez al año y por Moisés, con la frecuencia que él decidiera, especialmente cuando Dios lo llamaba o cuando él tenía alguna consulta que hacerle.

Sabemos que cuando Jesús murió, el velo que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo fue rasgado de arriba abajo y estos dos lugares dejaron de estar separados.

En el Nuevo Testamento, todos los hijos de Dios somos sacerdotes y tenemos libre acceso al Lugar Santísimo, que hoy, por un lado es el cielo, donde está el trono de Dios y por otro lado es nuestro espíritu humano, donde mora Dios como el Espíritu: "*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable... e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Su Dios y Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén... Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de*

fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (1 Pedro 2.9; Apocalipsis 1.6; Hebreos 10.19-22).

Cada vez que nosotros entramos en el Lugar Santísimo, en nuestro espíritu humano y todo el tiempo que permanezcamos allí, y deberá llegar el día en que permaneceremos en Él siempre, cada vez que tenemos comunión con el Señor estamos venciendo toda degradación de la iglesia y específicamente la degradación en Pérgamo.

Viviendo y andando en el Espíritu, tenemos un disfrute continuo de las insondables riquezas de Cristo, Sus riquezas se van haciendo la realidad de nuestro vivir y ese es el maná escondido que el Señor da a los vencedores de la degradación en Pérgamo.

Debemos ser personas que en el secreto de nuestro espíritu humano, el Lugar Santísimo, disfrutamos de todas las riquezas de Dios que están incluidas en la gracia. Haciendo así, en nosotros se va añadiendo una porción de Cristo y otra porción de Cristo, hasta el punto en que alcanzamos la plenitud de Su estatura. Este hecho se da en la intimidad y depende de la disposición personal que cada creyente tenga para ir al trono de la gracia y encontrarse con Su Señor.

En otras palabras, yo no puedo hacerlo por ti ni por nadie más y nadie puede hacerlo por mí. El disfrute personal de las riquezas de Cristo se convierte en nuestro maná escondido. Lo que tengas de crecimiento en Cristo, ese es tu maná escondido que el Señor te ha dado para disfrutar.

La piedrecita blanca

Es la segunda bendición que el Señor concede a quien venza todo aquello que satanás ha introducido en la iglesia, en la etapa de Pérgamo: su trono, su morada, la muerte, la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas: "*y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe*" (Apocalipsis 2.17).

Cuando el Señor llamó a Pedro, cambió su nombre de Simón por Cefas. El significado de Simón es caña y ésta no es útil para edificar. Cefas es el equivalente Hebreo de Pedro en Griego y en este idioma Pedro es *petros*, que quiere decir *piedra*. La piedra es útil para la edifi-

cación y se obtiene mediante un proceso de transformación.

Esta es nuestra historia como creyentes; nosotros fuimos creados del polvo de la tierra y hemos sido cañas, llevados de aquí para allá por el viento de las religiones y de las doctrinas, pero cuando creímos en el Señor, Él entró y empezó en nosotros un proceso de transformación que dura toda la vida.

En la medida que tenemos comunión con el Señor, que disfrutamos Sus riquezas, Él va creciendo en nosotros, va llenando nuestra alma y conformándola, hasta que cuando el proceso de transformación y conformación se complete, no solo seremos piedras aptas para la edificación del Señor, sino que seremos piedras preciosas y haremos parte de la Nueva Jerusalén: *"Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual hasta ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo"* (1 Pedro 2.4-5).

Pero no solamente vamos siendo transformados en piedras aptas para la edificación, sino que en esa piedrecita el Señor escribirá un nombre secreto que no será conocido por nadie distinto a quien lo recibe.

Ese nombre implica dos aspectos que son bien importantes: **el primero**, que al Señor le encanta la intimidad y con aquel que tiene intimidad con Él, le reserva secretos que solo pueden ser conocidos por el Señor y el creyente a quien le es dada la piedrecita blanca.

El segundo aspecto indica que, al darle un nombre nuevo, todas las cosas del pasado se olvidan; ya no habrá más recuerdos de las cosas hechas en la carne, sino que habrá un pleno vivir del nuevo hombre, el cual es Cristo como la persona, como la esencia y los seres humanos que hemos sido redimidos y que vamos siendo transformados paulatinamente. Es la vida divina de Cristo siendo vivida en plenitud en el hombre regenerado y transformado, y en esa mezcla no tiene ninguna cabida nada inmundo, vil, diabólico ni perteneciente al viejo hombre.

Merece la pena vivir el tiempo que nos resta en el espíritu. Vale la pena vencer todas las cosas inmundas que satanás ha

introducido en la iglesia en la etapa de Pérgamo. Debemos levantarnos en el espíritu contra la doctrina de Balaam que lleva a los hijos de Dios a la fornicación espiritual, la idolatría y a hacer comercio de las cosas santas y divinas. Debemos erguirnos en contra de la jerarquización de la iglesia, contra aquellos que, usados por satanás, se erigen como líderes y reclaman ser suya la iglesia, que a la vez se constituye en otra forma de idolatría.

Debemos tener presente que el Líder, la Cabeza de la iglesia es el Señor Jesús, y que Él no ha designado a ningún hombre para que la edifique, porque Él es su único edificador.

Como hijos de Dios, todos nosotros tenemos la unción que nos enseña todas las cosas que tienen que ver con el Señor y aunque en la iglesia hay apóstoles, profetas, evangelistas y pastores—maestros, a lo que debemos aspirar todos los miembros del cuerpo de Cristo, debemos tener en cuenta que sólo somos instrumentos por medio de los cuales el Señor se manifiesta según Su voluntad: "*Os he escrito esto sobre los que os desvían. Y en cuanto a vosotros, la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en El. Y ahora, hijitos, permaneced en Él, para que cuando Él se manifieste, tengamos confianza, y en Su venida no nos alejemos de Él avergonzados*" (1 Juan 2.26-28).

El tiempo de vencer es hoy; no esperes al futuro, porque será tarde. Si en la venida del Señor no hemos vencido el trono y la morada de satanás, la doctrina de Balam y la doctrina de los nicolaítas, entonces tendremos que huir de Él avergonzados, seremos fulminados por la espada de Su boca.

Capítulo 26
La Degradación en Tiatira (1)

Bendecimos al Señor por Su misericordia al abrirnos Su palabra y revelarnos algunos de Sus misterios, y también por abrir nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestro entendimiento para que podamos ver aquello que nos está revelando; y teniendo revelación y visión, tengamos la oportunidad de vivir los días que nos restan en la tierra agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo por medio de Su conocimiento: "*para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios*" (Colosenses 1.10).

Llegamos así a la cuarta carta que el Señor le ordenó a Juan que, guiado por el Espíritu, escribiera al ángel de la iglesia en Tiatira, cartas que como hemos visto a lo largo de este libro, nos muestran las etapas de degradación que ha tenido la iglesia a través de los siglos, degradación que se inició pocos años después de la primera maniestación de la iglesia en Pentecostés.

Veamos qué escribió el Espíritu al ángel de la iglesia en Tiatira: "*Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas*

sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias" (Apocalipsis 2.18-29).

Primero debemos decir que ***Tiatira significa multitud de sacrificios o sacrificio continuo o sacrificio de perfumes o sacrificio aromático***.

Al comienzo de cada una de las siete cartas, el Señor presenta algunas de Sus características, que es bien importante considerar y recibir revelación de su significado. En el caso particular de Tiatira, el Señor presenta tres aspectos de Sí mismo: ***El hijo de Dios***, el primero; el segundo, ***que tiene ojos como llama de fuego***; y, el tercero, el ***que tiene pies semejantes al bronce bruñido***. Veamos de manera breve, cada uno de esos aspectos y características del Señor:

1. El Hijo de Dios.

Debemos ser claros y precisos al afirmar que Jesús es Dios mezclado con el hombre, y éste es el propósito eterno de Dios: unirse al hombre y ser uno con él. Por un lado, Jesús es Dios completo: Padre, Hijo y Espíritu y por otro lado es un hombre con naturaleza humana pura, es decir, Él es un hombre sin pecado, un hombre perfecto.

Sin embargo, en Tiatira se presenta como el Hijo de Dios, y no se presenta como el Hijo del Hombre, como lo hizo reiteradamente en los cuatro evangelios cuando vivió en carne en la tierra. ¿Por qué se presenta en Tiatira como el Hijo de Dios solamente?

Vimos en los tres capítulos anteriores, que la iglesia en Pérgamo llegó a lo más profundo de la degradación, y Tiatira, que viene después de Pérgamo, no tiene ninguna mejora, sino que además de la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas, satanás continuó introduciendo doctrinas heréticas, como por ejemplo las múltiples doctrinas acerca de la virgen, que según esas doctrinas, María es la madre de Dios, es corredentora con el Señor Jesús, es intercesora ante el Hijo y que subió en cuerpo y alma al cielo. Todas estas banalidades son mentiras salidas de la boca del diablo.

La madre y el hijo es una tradición que viene de la más remota antigüedad babilónica, porque los babilonios adoraban a la madre diosa y al hijo, representados en esculturas y en dibujos por una mujer con un niño en sus brazos. Esa mujer es la diosa **Semíramis** y el niño es **Tamuz**, que también es conocido como Baco. Este niño Tamuz, es en verdad Nimrod a quien la Biblia se refiere como el primer poderoso en la tierra, edificador de ciudades y quien estableció su propio reino: "*Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra. Este fue vigoroso cazador delante de Jehová; por lo cual se dice: Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová. Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Sinar. De esta tierra salió para Asiria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala, y Resén entre Nínive y Cala, la cual es ciudad grande*" (Génesis 10.8-12). Como hecho sobresaliente, según la historia, Nimrod se casó con su propia madre.

De Babilonia, la tradición pasó a Asiria y a Egipto donde esos ídolos fueron adorados como **Isis** y **Osiris**; igualmente a la India como **Isi** e **Iswara**; en Asia como **Cibeles** y **Deoüis**, en Grecia como **Iceles**, la gran madre y como **Irene** y el joven **Pluto** en sus brazos y en Roma como **Fortuna** y **Júpiter**. De allí llegó a la iglesia católica romana desde los tiempos de Constantino, cuando, usado por satanás casó la iglesia con el mundo y su paganismo, en el siglo IV de nuestra era.

Decir que María es la madre de Dios, tal como rezan los católicos, es una blasfemia, porque

si Dios tuviese madre, no sería Dios, sino una criatura, con principio y fin, y sabemos que Dios es eterno, sin principio ni fin.

Una cosa distinta es que el Dios eterno haya tomado a María para engendrar en ella a Jesús y de esta manera mezclarse con el hombre, pero ella, en ninguna circunstancia puede ser la madre de Dios, sino que es la madre de Jesús hombre.

Sabemos que Jesús es una mezcla de la divinidad con la humanidad y para producirse este hecho maravilloso, que es el propósito eterno de Dios, María aportó la humanidad de Jesús, y Dios, el Padre, el Espíritu, aportó la divinidad y la deidad del Señor Jesús, quien es Dios eternamente y es hombre: "*El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo... José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos... de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén*" (Mateo 1.18, 20; Romanos 1.3, 4; 9.5).

No hay ninguna razón para adorar a María, y quienes la adoran fomentan la idolatría del paganismo heredado de Babilonia y del mundo antiguo.

Si miramos la Biblia desde el Espíritu, encontramos que María, durante los diez días subsiguientes a la ascensión del Señor, estaba entre los ciento veinte que se quedaron en el aposento alto en Jerusalén, pero allí no era objeto de adoración, sino que ella estaba adorando junto con los demás discípulos: "*Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo. Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos*" (Hechos 1.12-14).

Obsérvese bien que ellos per-

severaban en oración y ruego con María. Ella es mencionada como la madre de Jesús y no como la madre de Dios.

Si el título hubiese sido establecido por Dios, la Biblia sin duda lo diría, porque no hay una fuente distinta a la Biblia, donde podamos conocer a Dios y Su plan y al hombre en el plan de Dios.

Tampoco dice la Biblia que María haya subido en cuerpo y alma al cielo como afirma la mentirosa doctrina católica. Esta es otra de las doctrinas que satanás introdujo en la iglesia en Tiatira, una vez que se entronizó y estableció su morada en Pérgamo.

María, con seguridad vivió algunos años más después de Pentecostés y murió, como nos ocurre a todos los hombres, y su espíritu y su alma—no sólo su alma— están en el paraíso—el seno de Abraham— esperando la resurrección de los muertos, como lo están todos los hijos de Dios que han partido de este mundo: "*Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio*" (Hebreos 9.27)

El único que ascendió al cielo, en espíritu, alma y cuerpo glorificado, fue el Señor Jesús, porque Él había venido de allí. "*Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo*" (Juan 3.13).

Otra doctrina que satanás ha introducido en la iglesia católica es el asunto de que María es corredentora, junto con el Señor Jesús. Esta es otra falacia llena de engaño y de mentira, y ni siquiera merece un comentario, pero en aras de ayudar al lector a que tenga claridad sobre el engaño del catolicismo romano en este aspecto, es necesario dedicar algunos renglones a decir que Jesús es el único redentor y que fuera de Él no hay salvación, porque así lo declara tajantemente la Biblia: "*Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*" (Hechos 4.11-12).

Igualmente, la Biblia afirma que no hay un mediador entre

Dios y los hombres, distinto a Jesucristo hombre: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*" (1 Timoteo 2.5).

Otra herejía que el catolicismo ha agregado a lo largo de los siglos afirma que María intercede por nosotros ante el Hijo.

Como se puede apreciar en el versículo que acabamos de leer, el Único mediador entre Dios y los hombres es el Señor Jesús. Él es el único camino que tenemos para ir al Padre y fuera de Él, Dios no ha puesto a ningún ser en el universo que pueda unirnos orgánicamente a Dios: "*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la realidad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí*" (Juan 14.6).

De haber algún "***santo***" o alguna "***virgen***" que Dios haya establecido como mediadora o mediador o intercesor, la Biblia no afirmaría lo que dice en Hebreos 4.16: "*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*".

Aquí la palabra de Dios no dice que busquemos a María para que interceda ante su Hijo por nosotros, sino, que sin importar cuál sea nuestra condición nos acerquemos al trono y que lo hagamos sin temor, sin considerar si merecemos o no merecemos hacerlo, sino simplemente por el hecho de ser hijos de Dios, tenemos un camino y una puerta abierta para acercarnos al Señor y recibir todas Sus riquezas que están en Su gracia y toda Su misericordia para ser socorridos en el tiempo oportuno.

Antes de que el Señor Jesús viniese en carne, no teníamos ninguna oportunidad de acercarnos a Dios y menos de tener comunión con Él; pero cuando Él vino, quienes vivieron en esos tiempos y estaban en Palestina, podían hablar con Él y Sus discípulos, y durante un periodo de tiempo, anduvieron con Él por donde Él anduvo. De acuerdo con el plan preconcebido por Dios, Él fue a la cruz y murió y con Su muerte allanó el camino, para que nosotros Sus hijos no solo podamos acercarnos a Dios, sino que podamos vivir en Él: "*En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar*

lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14.2, 3).

¿Dónde está Jesús ahora? Sentado a la diestra de la majestad en las alturas y nosotros estamos sentados con Él: "*y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*" (Efesios 2.6).

Otra cosa es que los cristianos no tengan realidad de estas palabras y no las vivan, pero no necesitamos ningún intercesor, porque siempre que estemos en el espíritu, vivimos la realidad de la palabra y estamos sentados con Cristo Jesús en lugares celestiales.

Si caemos en la carne, lo que nos ocurre con frecuencia, tenemos un camino franco y expedito para volvernos al Señor y vivir nuestra vida en Él: "*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió*" (Hebreos 10.19-23).

Por todas estas cosas que hemos relatado, el Señor Jesús se presenta al ángel de la iglesia en Tiatira como el Hijo de Dios.

2. Tiene ojos como llama de fuego

La llama de fuego tiene dos funciones: la primera alumbrar y la segunda quemar para purificar.

Los ojos del Señor son ojos escrutadores, delante de los cuales nada queda oculto, todas las cosas delante de Él están desnudas y por más que satanás se esfuerce por ocultar sus patrañas, el Señor las conoce, las desnuda y las expone delante de aquellos que le son fieles—el ángel—para que miremos atentamente y no caigamos en sus mentiras.

La Biblia nos enseña que Dios es luz y cuando estamos en Su presencia todas las cosas se manifiestan ante la luz. En la degradación de Tiatira, el Señor nos

introduce en Su luz, para que miremos a través de Sus ojos cuál es la condición miserable de la degradación en esa etapa de la iglesia.

Igualmente, los ojos del Señor son como llama de fuego y con esa llama quema todas las cosas que son inmundas, que no hacen parte de Su naturaleza. Delante del trono de Dios y del Cordero hay siete lámparas ardiendo: "*y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios*" (Apocalipsis 4.5).

Al estar las lámparas delante del trono, manifiestan que para llegar al trono de Dios, a Su presencia, es imprescindible pasar por en medio de ellas y en esas lámparas somos plenamente iluminados, y es expuesto todo aquello que hace parte del viejo hombre y que no es agradable al Señor. Al ser expuesta la inmundicia de la vejez, el Señor nos da la oportunidad de que las cosas inmundas que aún tenemos sean quemadas y destruidas totalmente, para que podamos ir a Su presencia sin temor y sin nada que nos avergüence.

Esas lámparas además son los siete Espíritus de Dios, que no son nada distinto al Espíritu intensificado para llevar a cabo Su obra de purificación, de transformación y de conformación, con el fin de que alcancemos la estatura del Hijo y podamos entrar en Su presencia y permanecer en ella.

3. Tiene los pies como de bronce bruñido

La tercera característica que le muestra el Señor al ángel de la iglesia en Tiatira, tiene que ver con Su andar como hombre en la tierra. En Apocalipsis 1.15 Juan describe los pies del Señor así: "*y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno*".

En primer lugar, el bronce representa el juicio de Dios. En el tabernáculo había utensilios que eran hechos de bronce, como por ejemplo el altar de los sacrificios que se encontraba en el atrio.

Este altar representa la cruz de Cristo donde Él fue juzgado por Dios a causa de nuestros pecados.

Las dos columnas que Salo-

món erigió a la entrada del templo en Jerusalén eran de bronce, indicando que para entrar a tener comunión con Dios, a adorarlo y servirlo, primero es necesario pasar por en medio de las dos columnas.

Igualmente, y en el tabernáculo, primero era necesario pasar por el altar—la cruz de Cristo.

Mientras el Señor Jesús anduvo en carne en la tierra, su vivir fue un continuo juicio de Dios y de los hombres, y en todo fue aprobado; por eso sus pies son como bronce bruñido—pulido— y brillante—sin mancha—, y refulgente como en un horno, es decir pasó por el fuego de las pruebas y en todo salió victorioso.

Su vida humana en carne no tiene ningún reproche, ningún error y en ella no hay nada reprensible; en todo Su andar agradó siempre al Padre y no dio ningún lugar para que satanás tocara Su humanidad.

Este Cristo irreprochable tiene toda la autoridad para juzgar a la iglesia apóstata, degradada por satanás, y nadie puede reprocharle nada, porque en Su vivir humano fue irreprensible.

En Apocalipsis 2.19, el Señor declara conocer las obras del ángel de la iglesia en Tiatira: "*Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras*".

Obsérvese con atención el pronombre posesivo ***tus***. El Señor le dice al ángel que todas las obras que hay en el ángel de la iglesia en Tiatira son de él y no del Señor. Ni las reprocha, ni las alaba, simplemente dice conocer qué hay en Tiatira.

El Señor reconoce el amor, la fe, el servicio y la paciencia del ángel de la iglesia en Tiatira.

A pesar de que la situación en Pérgamo tocó fondo en cuanto a la degradación de la iglesia y Tiatira es la continuación y la ampliación de esa degradación, aun en medio de una situación tan deplorable hay unos pocos hermanos, hijos de Dios, que son el ángel y que mantienen inalterable el amor, la fe, el servicio y la paciencia del Señor.

Esa es la vida de un creyen-

te genuino y normal, en medio de todas las cosas adversas: ***se mantiene firme, sin importar las circunstancias a su alrededor.*** Si miramos el mundo contemporáneo, a veces nos parece que ya no hay quien crea en el Señor, que es muy difícil encontrar quien tenga comunión con Él, quien viva la realidad de Su persona; pareciera que la fe se hubiese acabado, que son muy pocas las personas que de verdad aman al Señor, que lo sirven en el espíritu, que están preocupadas por Su reino y Su justicia.

No obstante, aprendemos en medio de las circunstancias nada favorables, a poner nuestra mirada solo en Él: "*puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar*" (Hebreos 12.2-3).

No hay doctrinas ni prácticas más engañosas ni mentirosas, ni que se opongan más a la voluntad y al deseo del Señor, que las del catolicismo romano. Como veremos más adelante, en esa "*iglesia*" no hay ninguna esperanza de salvación, aunque ella se auto proclame como la única fuente de salvación.

Aunque vinimos a esta tierra y vivimos buena parte de nuestra vida en ella, el Señor ha tenido misericordia de nosotros, nos ha sacado de allí, nos ha enseñado a amarlo, a vivir por la fe en Él, a servirlo y a esperar con paciencia que Él realice Su obra, complete el número de los que ha de formar para Su reino y venga para tomar posesión de los reinos de la tierra y gobernar sobre ella con justicia, en vida, con amor, en luz y en santidad.

Nosotros, quienes vivimos en comunión con Él, quienes estamos deseosos de agradarlo cada día de nuestra vida, somos el ángel, somos el testimonio viviente contra satanás y sus artimañas degradantes que poco a poco ha introducido en la iglesia, pero que nosotros conocemos y no nos dejamos atrapar por ellas.

Igualmente el Señor reconoce al ángel de la iglesia en Tiatira que sus obras cada vez van en aumento, pero no reconoce el

Señor que esas obras lo tengan a Él como origen, sino simplemente que son del ángel.

A lo largo de la historia de la iglesia se puede ver, que con excepción de los primeros años, los inmediatamente posteriores a Pentecostés, los hijos de Dios le dieron mucha importancia a las obras y paulatinamente se fueron olvidando el Señor, quien debe ser la fuente y el origen de todas nuestras obras.

Es necesario enfatizar que el Señor no desea que hagamos nada para Él, porque nada de aquello que hagamos que se origina en nosotros mismos le es agradable y tampoco lo satisface; solamente aquello que se origina en el Señor lo agrada y lo satisface. Debemos aprender a caminar en las buenas obras que Él ha preparado de antemano: "*Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" (Efesios 2.10).

Solamente aquello que en nosotros procede de Dios, que lo tiene a Él como el origen, lo agrada y lo satisface. Todo lo demás es abominable en Su presencia.

La mujer Jezabel

Inmediatamente después de esto, el Señor reprocha al ángel su tolerancia hacia la mujer *Jezabel*: "*Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos*" (Apocalipsis 2.20).

¿Quién es Jezabel? Recomendamos a los lectores darle una mirada a los capítulos 16, 18, 19 y 21 de 1 Reyes y al capítulo 9 del libro 2 de los Reyes. Esa lectura les dará mucha luz para comprender lo que el Señor quiere decirle al ángel de la iglesia en Tiatira cuando le dice que tolera a esa mujer Jezabel.

Mientras tanto podemos decir que mucho tiempo después de que los israelitas tomaron posesión de la tierra que Dios les había prometido, en los tiempos de Samuel, contrariando la voluntad de Dios, le pidieron que les pusiera un rey, así como tenía el resto de las naciones en la tierra.

Al Señor le dolió profundamente esta petición de Su pueblo, porque Él deseaba reinar directamente sobre ellos, pero ellos lo desecharon. Así lo anuncia el Señor por medio de Samuel: "*Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos*" (1 Samuel 8.7).

Exactamente igual ocurre en la iglesia contemporánea, porque en ella se han levantado líderes de toda pelambre, con una cantidad de títulos auto impuestos, para gobernar sobre el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, ignorando que ***el Pastor, el Líder y la Cabeza de la iglesia es el Señor y que Él no ha puesto a nadie como tal***: "*De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas…Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas… Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen… También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor… Antes erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor que cuida de vuestras vidas*" (Juan 10.7, 11, 14, 16; 1 Pedro 2.25—Biblia al Día).

El mismo dolor que el Señor sintió en el Antiguo Testamento por causa de que Israel lo desechó para que no reinara sobre ellos, debe sentir hoy frente a la iglesia, porque Sus hijos siguen a líderes, doctrinas y organizaciones diferentes, pero no al Señor que cuida nuestras vidas, que es nuestro único y exclusivo Pastor.

A pesar de dolerle profundamente el hecho de que el pueblo de Israel haya pedido un rey como las demás naciones, el Señor le concedió la petición. Pero eso sí le dijo a Samuel que les advirtiera acerca de todas las dificultades que les traería el rey que ellos habían pedido y luego el Señor determinó darles a Saúl como rey.

Saúl fue un fracaso en su reinado, Dios lo desechó, y después de él encontró a David de quien dice que era conforme a Su corazón y que haría todo lo que Él quería, lo cual fue cierto, pues a pesar de los múltiples pecados y errores que cometió ese rey, fue rápido en reconocerlos, en arrepentirse y en buena medida el Señor lo perdonó.

Después de la muerte de David, ascendió al trono de Israel

uno de sus hijos llamado Salomón, quien al comienzo de su reinado fue temeroso de Dios y agradable a Sus ojos, pero en la medida que fue pasando el tiempo, se convirtió en un adúltero, pues tomó trescientas mujeres y setecientas concubinas, casi todas mujeres gentiles que lo llevaron a la idolatría, lo que produjo el enojo del Señor: "*Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David. Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre. Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses. Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Jehová. Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo*" (1 Reyes 11.1-11).

Después de la muerte de Salomón, reinó en su lugar Roboam, hijo de aquél, y tal como Dios lo había anunciado, Israel fue dividido en el reino del Norte que se llamó el *Reino de Israel* y en el Reino del Sur que se llamó el *Reino de Judá*.

En el primero quedaron diez tribus y en el segundo solamente dos: Judá y Benjamín. El reino del Norte fue entregado a Jeroboam y éste, debido a que los israelitas debían subir tres veces al año a Jerusalén a celebrar las tres fiestas principales ordenadas en la ley de Moisés,

tuvo miedo de que el pueblo se volviera a Roboam e hizo que el pueblo se fuera tras los ídolos, porque levantó dos becerros de oro que puso en Betel y en Dan respectivamente, para que los de la casa de Israel no tuviesen que ir a Jerusalén: "*Y dijo Jeroboam en su corazón: Ahora se volverá el reino a la casa de David, si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa de Jehová en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam rey de Judá, y me matarán a mí, y se volverán a Roboam rey de Judá. Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto. Y puso uno en Bet-el, y el otro en Dan. Y esto fue causa de pecado; porque el pueblo iba a adorar delante de uno hasta Dan. Hizo también casas sobre los lugares altos, e hizo sacerdotes de entre el pueblo, que no eran de los hijos de Leví. Entonces instituyó Jeroboam fiesta solemne en el mes octavo, a los quince días del mes, conforme a la fiesta solemne que se celebraba en Judá; y sacrificó sobre un altar. Así hizo en Bet-el, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho. Ordenó también en Bet-el sacerdotes para los lugares altos que él había fabricado. Sacrificó, pues, sobre el altar que él había hecho en Bet-el, a los quince días del mes octavo, el mes que él había inventado de su propio corazón; e hizo fiesta a los hijos de Israel, y subió al altar para quemar incienso*" (1 Reyes 12.23-33).

De ahí en adelante casi todos los reyes de la casa de Israel fueron corruptos e idólatras, hasta que el Señor levantó a los asirios e hizo que estos llevaran cautivos a los israelitas y ese reino fue totalmente destruido.

Dentro de los reyes de Israel hubo uno de nombre Acab que se casó con la hija del rey de Sidón, una mujer gentil, de nombre ***Jezabel***, quien inclinó el corazón del rey tras los ídolos y fue y adoró a Baal y a Asera, ídolos de distintas naciones: "*Comenzó a reinar Acab hijo de Omri sobre Israel el año treinta y ocho de Asa rey de Judá. Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más que todos los*

reyes de Israel que reinaron antes que él, para provocar la ira de Jehová Dios de Israel" (1 Reyes 16.29-33).

Jezabel en el reinado de Acab fue el poder detrás del trono de Israel y se caracterizó por perseguir y matar a los profetas del Señor, por promover la idolatría y por inventar tretas para conseguir lo que quería.

Narra la Biblia en 1 Reyes 21 que en cierta ocasión el rey Acab tenía "*antojos*" por la viña de Nabot y al no obtenerla porque su dueño no quiso vendérsela, se llenó de enojo y de tristeza. Al notarlo su mujer Jezabel, le preguntó cuál era la causa de su estado y él le contó que Nabot no había querido entregarle su viña. La perversa mujer no tuvo ningún escrúpulo en escribir cartas con el sello del rey y enviarlas a los ancianos y a los principales de la ciudad donde moraba Nabot.

En esas cartas instruía a los destinatarios para que consiguieran hombres perversos que atestiguaran falsamente contra Nabot de que había blasfemado contra Dios y contra el rey. Así lo hicieron y Nabot fue asesinado mediante lapidación y su viña entregada al rey Acab. ¡Qué tal la perversidad de la mujer!

Además de eso, presionó a su marido para que edificara un templo a Baal en Samaria y una imagen de Asera y adoró a estos dos ídolos.

También estableció profetas para Baal y Asera en tiempos de Elías, quien mató a cuatrocientos profetas de Baal (1 Reyes 18.20-40).

Fue tanta la corrupción que Acab y Jezabel trajeron sobre Israel, que el Señor profirió una terrible sentencia contra ellos, diciendo que quienes de ellos y sus familias muriesen en la ciudad, sus cuerpos serían comidos por los perros y quienes muriesen en el campo serían comidos por las aves.

Cuando el Señor levantó a Jehú como rey de Israel, éste mató a Joram hijo de Acab y a Jezabel, quien era rey de Israel después de la muerte de Acab. Después mató a Jezabel, pidiendo a sus siervos que la arrojaran por una ventana. Cuando Jehú dio la orden que recogiesen el cuerpo y lo sepultasen se halló que sus carnes habían sido co-

midas por los perros y no hallaron más que el cráneo, los pies y las palmas de las manos: "*Vino después Jehú a Jezreel; y cuando Jezabel lo oyó, se pintó los ojos con antimonio, y atavió su cabeza, y se asomó a una ventana. Y cuando entraba Jehú por la puerta, ella dijo: ¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su señor? Alzando él entonces su rostro hacia la ventana, dijo: ¿Quién está conmigo? ¿Quién? Y se inclinaron hacia él dos o tres eunucos. Y él les dijo: Echadla abajo. Y ellos la echaron; y parte de su sangre salpicó en la pared, y en los caballos; y él la atropelló. Entró luego, y después que comió y bebió, dijo: Id ahora a ver a aquella maldita, y sepultadla, pues es hija de rey. Pero cuando fueron para sepultarla, no hallaron de ella más que la calavera, y los pies, y las palmas de las manos. Y volvieron, y se lo dijeron. Y él dijo: Esta es la palabra de Dios, la cual él habló por medio de su siervo Elías tisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel, y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Esta es Jezabel*" (2 Reyes 9.30-37).

Capítulo 27
La Degradación en Tiatira (2)

Jezabel en Apocalipsis

Con una comprensión sencilla de quién fue Jezabel en el Antiguo Testamento, podremos tener revelación y luz sobre la Jezabel de la que habla el Señor en Apocalipsis.

Después de que el Señor dice que conoce las obras del ángel de la iglesia en Tiatira, que también conoce su fe, su amor y su servicio y el aumento de sus obras en el transcurso del tiempo, le hace un reproche: "*Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos*" (Apocalipsis 2.20).

Debemos entender que Jezabel a la que se refiere este pasaje de Apocalipsis no es una mujer de carne y hueso, como fue la mujer de Acab en el Antiguo Testamento, sino que es el sistema religioso que satanás ha introducido en la iglesia y que domina buena parte del mundo por medio de la iglesia católica, las iglesias protestantes y la iglesia ortodoxa de oriente, cuyos correligionarios llegan a sumar más de dos mil millones de almas en el mundo actual.

La primera característica de Jezabel neotestamentaria es que se dice profetiza y no lo es.

¿Qué es un profeta? En el Antiguo Testamento, debido a la decadencia y degradación de la clase sacerdotal, que eran los descendientes de Aaron, el hermano de Moisés, Dios levantó profetas en medio del

pueblo, para que les advirtieran de los grandes pecados que contra Dios cometían reyes, príncipes y el pueblo en general, y es así como en la era antiguo testamentaria tenemos cuatro profetas mayores y doce profetas menores, que escribieron libros de la Biblia y un buen número de otros profetas, de quienes no hay escritos en la Biblia.

Estos profetas además de anunciar al pueblo de Dios Su rebelión, predijeron eventos que se cumplieron en el corto plazo y hechos que se cumplirán en el tiempo, sin que falte uno solo de ellos.

Pero no es así la situación de los profetas en el Nuevo Testamento, porque el Señor Jesús dijo que esos profetas, los del Antiguo Testamento fueron hasta Juan, es decir, que el último profeta antiguo testamentario fue Juan el Bautista: "*La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él*" (Lucas 16.16).

En el Nuevo Testamento la función de los profetas no es la de anunciar al pueblo de Dios Su rebelión, ni la de predecir eventos futuros, porque la Biblia ya fue concluida y todos los eventos que han de ocurrir en el plan de Dios están consignados en ella; hoy lo que necesitamos es entrar en nuestro espíritu humano donde mora Dios, para tener revelación acerca de Su palaba y entender lo que el Señor está haciendo y lo que hará, en la medida que Él nos lo quiera revelar.

Un profeta del Nuevo Testamento es un hermano que se está llenando permanentemente de la persona y las riquezas del Señor Jesucristo, que conoce los misterios profundos de Dios y los habla a los hermanos con el fin de que éstos sean edificados, alentados y consolados: "*Seguid el amor; y anhelad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis… Pero el que profetiza habla a los hombres edificación, aliento y consolación*" (1 Corintios 14.1, 3).

En el Nuevo Testamento todos debemos ser profetas y esos profetas no se dedican a predecir eventos futuros, como hacen la mayoría de los llamados profetas en las congregaciones evangélicas, que hacen predicciones que nunca se cumplen, y otros se convierten en verdade-

ros adivinos a la manera de las hechicerías que practicaba Jezabel entre el pueblo de Israel.

Un profeta del Nuevo Testamento es aquel que exterioriza las riquezas de Dios que moran en su espíritu y en su alma—su corazón—, para que otros sean edificados, alentados y consolados.

Cuando un hijo de Dios ha sido constituido por el Señor como profeta "*Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros*" (Efesios 4.11), se dedica a exteriorizar el Cristo rico y abundante con el que ha sido constituido, para que los hermanos sean edificados, alentados y consolados.

Obsérvese que los profetas son constituidos por el Señor, no nombrados por una comunidad cristiana, ni graduados por un seminario católico o un instituto bíblico evangélico.

Cuando los hermanos son constituidos como profetas su función es hablar a los hermanos para tres cosas:

1. Edificación

El cristianismo contemporáneo está convencido que edificar la iglesia consiste en levantar un edificio grande o pequeño, en el que a veces hay grandes torres con campanas y reloj, con bancas y un buen número de ídolos, como es el caso de las catedrales y parroquias católicas, o una casita más pequeña, casi siempre sin torres ni reloj, pero sí con sillas, bancas, plataforma para ubicar a los más importantes, un púlpito de uso exclusivo del pastor o del reverendo y muchas flores.

No, queridos hermanos, eso no es la iglesia, ***ese tipo de falsa edificación nunca ha estado en el corazón del Señor, ese es un edificio mundano que sigue las costumbres de las naciones; esa clase de edificación por la que tanto se esfuerzan los cristianos de hoy, es abominable en la presencia del Señor***. El Señor no puede mirar esas cosas inmundas.

Para entender cuál es la iglesia que está en el corazón del Señor, intentaremos formular una pequeña definición: la iglesia es Dios Padre, Hijo y Espíritu, viviendo Su vida divina en determinado número de seres humanos que Él escogió y predestinó en la eternidad antes del tiem-

po, que llamó en el tiempo, que redimió (justificó) y glorificó, y a la vez, la iglesia es ese número de hombres y mujeres redimidos, regenerados y nacidos de nuevo, viviendo su vida humana en el Dios Padre, Hijo y Espíritu.

La iglesia es Dios mezclado con los hombres; la iglesia es celestial, aunque está en esta tierra; el contenido de la iglesia es Dios mismo en Su esencia, en Sus posesiones y en Sus logros, siendo hecha realidad en Sus hijos escogidos[1].

La iglesia de ninguna manera es un edificio.

Por favor, querido lector, rompe ese paradigma que satanás ha logrado sembrar en tu corazón: "*Mas Salomón le edificó casa; pero el Altísimo no habita en cosas hechas por mano, como dice el profeta: "El cielo es Mi trono, y la tierra el estrado de Mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de Mi reposo? ¿No hizo Mi mano todas estas cosas?" ¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros os oponéis siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros*" (Hechos 7.47-51).

1. Mucha revelación sobre el tema puedes encontrarla en el libro ***¿Cuál Iglesia?*** Del mismo editor.

El Señor hoy está edificando Su iglesia y esa edificación se logra cuando Cristo crece y llena el corazón de cada uno de Sus hijos.

A eso se refiere la palabra cuando dice que el que profetiza habla a los hombres para edificación. Cuando un hermano o unos hermanos que el Señor ha constituido como profeta(s) habla(n) a los santos, éstos reciben la inoculación de la persona y de las riquezas de Cristo y Cristo crece en ellos, y de esa manera la iglesia es edificada.

Si la iglesia se reúne en un edificio, ese edificio no es la iglesia, sino que la iglesia son los hermanos mezclados con el Espíritu y donde quiera que esos hermanos están, ahí está la iglesia.

Los evangélicos dicen que cada domingo van a la iglesia. Ese hablar es una mentira. Los hijos de Dios no vamos a la iglesia; los hijos de Dios vivimos en la iglesia y vivimos la iglesia, en cada instante de nuestra vida en esta tierra.

La edificación de la iglesia se logra mediante el crecimiento de Cristo en cada uno de los santos.

Una reunión genuina de la iglesia no es nada distinto al encuentro del espíritu de cada uno de los santos con el Espíritu del Señor, y en esa reunión el Espíritu encabeza todas las actividades que se realizan. Una reunión genuina no es el hablar de una gran boca y la parálisis de la mayoría de los miembros. 1 Corintios 14.26 dice: "*¿Qué hay pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno tiene un salmo, tiene una enseñanza, tiene una revelación, tiene una lengua, tiene una interpretación. Háganse todas las cosas para edificación*".

Obsérvese detenidamente la expresión ***cada uno.*** Ésta quiere decir que todos los miembros del cuerpo, que todos los santos que están en la reunión, deben tener o un salmo, que es un himno que contiene revelación de los grandes misterios de Dios, a la vez que es una alabanza al Señor; que otro u otros pueden tener una enseñanza, es decir una palabra de conocimiento que el Espíritu reparte a cada uno, según 1 Corintios 12.7-10, enseñanza que contiene una clara visión de los hechos y deseos de Dios y que al suplirla a otros los edifica; la enseñanza tiene que ver más acentuadamente con los dones que el Señor ha constituido en la iglesia como pastores-maestros.

Igualmente, en la reunión, otro u otros hermano(s) puede(n) tener revelación, que tiene que ver más con los profetas constituidos por el Señor, revelación que, al ser liberada, edifica a los hermanos.

La revelación hace referencia al develar de los misterios profundos de Dios, que el Señor da a aquellos que la buscan con anhelo. Como hijos de Dios, cada día debemos orar al Padre que nos dé espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*" (Efesios 1.17).

De la misma manera en la reunión puede haber el hablar en lengua desconocida, pero siempre que haya quien interprete. Se debe tener claridad en el sentido de que las lenguas no son una señal apropiada para los creyentes, sino para los incrédulos: "*Si hay quien hable en lengua extraña, sea por dos, o cuando mucho, por tres, y*

eso por turno; y uno interprete. Mas si no hubiere intérprete, entonces guarde silencio en la iglesia, y hable para consigo mismo, y con Dios… De manera que las lenguas sirven de señal, no para los creyentes, sino para los que no creen" (1 Corintios 14.27-28, 22).

Finalmente, todo lo que el Espíritu haga en la reunión por medio de todos y cada uno de los santos, debe hacerse para edificación.

2. Aliento

Es la segunda función del profetizar en las reuniones: exhortar a los hermanos. En el mundo evangélico ha hecho carrera el concepto de que exhortar es regañar, destapar errores y adivinar cosas ocultas de los hermanos. Ese concepto está alejado de la realidad.

Exhortar es dar ánimo, animar, dar aliento a otros, y quién más podrá animarnos que el Señor mismo fluyendo desde nuestro espíritu y llenando nuestra alma.

Muchas veces nuestro ánimo decae y hasta pensamos en no seguir más al Señor. Cuando un hermano profetiza para nosotros, es decir nos "*vacuna*" con Cristo, nos animamos y recobramos fuerzas, somos nutridos y confortados y en nosotros es reavivado el profundo deseo de amar y seguir al Señor.

¡Qué bueno es profetizar! Todos debemos desear hacerlo en las reuniones y en todo lugar donde nos encontremos.

3. Consolación

Como creyentes hijos de Dios, mientras estamos en esta tierra pasamos por muchos sufrimientos y muchas veces nuestro corazón se llena de tristeza.

No hay nada más consolador que la palabra del Señor fluyendo desde el espíritu de un hermano y llegando hasta tocar nuestro espíritu y llenar nuestra alma del Señor mismo.

¡Qué consuelo más elevado! ¡Qué gozo y qué alegría nos dispensa la palabra de Dios que es Dios mismo, en medio de las dificultades más grandes y de las tribulaciones más difíciles!

Todos los hijos de Dios podemos y debemos ser profetas, llenarnos del Señor, de Su persona y Sus riquezas y exteriorizarlas siempre para edificar, alentar y

consolar a los demás.

Características de Jezabel

Una vez que logramos tener claridad sobre los profetas y la profecía, podemos entender lo que el Señor dice acerca de Jezabel en Apocalipsis, ***recalcando que no se refiere a una persona de carne y hueso, sino al sistema diabólico que ha sido introducido por satanás en la iglesia***.

Esta Jezabel, de acuerdo con la descripción que hace el Señor en Apocalipsis tiene tres características: se dice profetiza, sin serlo, l***a primera***; ***la segunda***, seduce a los hijos de Dios a cometer fornicación; y ***la tercera***, enseña a los siervos de Dios a comer cosas sacrificadas a los ídolos: "*Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos*" (Apocalipsis 2.20).

1. Se dice profetiza

Ya hemos dicho que un profeta en el Nuevo Testamento es un hijo de Dios que ha sido constituido por Dios como profeta y que su función es la de exteriorizar al Cristo que le ha sido revelado, sobre el que tiene visión y que lo vive diariamente, con el fin de introducirlo en los santos para que éstos sean edificados, alentados y consolados.

La Jezabel descrita en Apocalipsis se dice a sí misma profetiza, es decir, *ella cree y hace creer a los demás, especialmente por imposición, que está constituida del Señor y que su hablar es el hablar de Dios*.

El catolicismo romano tiene una doctrina que afirma que lo que el papa dice ex cátedra es la palabra de Dios, es dogma de fe y ningún católico puede dejar de creer y aceptar esa palabra, bajo la amenaza de ser excomulgado y separado de esa religión.

Lo mismo ocurre en la mayoría de las denominaciones protestantes. El Pastor o reverendo o el líder, habla una palabrería sin revelación y consideran, él y sus feligreses que esa es la palabra de Dios: se dice profetiza.

El catolicismo romano considera y enseña que el papa es el vicario de Cristo en la tierra y que es la cabeza de la iglesia; igualmente afirma que el papa es el sucesor de Pedro el apóstol

y que éste fue el primer papa y que la silla donde se sienta a ejercer el gobierno de esa iglesia es la silla donde Pedro se sentó.

La palabra vicario tiene los siguientes significados: **Que tiene las veces, poder y facultades de otra persona o la sustituye; como quien hace las veces de Cristo en la Tierra**.

Imagínense un hombre tan corrupto como el papa con el poder y las facultades de Cristo en la tierra. ¡Qué asco más grande y qué mentira diabólica tan evidente!

El papa también tiene el título de sumo pontífice, y ustedes lectores deben saber que el título de sumo pontífice era dado a los emperadores romanos: ***pontifex maximus***, y no es, de ninguna manera un título que el Señor haya concedido a hombre alguno. Luego el título de vicario de Cristo es una invención de satanás, con la que engaña a miles de millones de seres humanos en la tierra.

El Señor Jesús no ha designado a ningún vicario, porque, aunque Él ascendió al trono del Padre para ser entronizado y ser glorificado, también se quedó en el espíritu de Sus discípulos y sigue morando ahí para ser uno con nosotros y guiarnos en nuestro peregrinar por esta tierra, hasta Su venida.

Él y nadie más que Él es la cabeza de Su cuerpo que es la iglesia y la iglesia somos nosotros Sus hijos y no esa inmunda organización diabólica conocida como iglesia católica romana.

El papa y su organización religiosa si es profeta, pero un falso profeta, pues todas sus enseñanzas salen de satanás y de lo más profundo del infierno.

No hay en él tal profeta y mucho menos es portavoz de Dios; no habla las palabras de Dios, sino que su reino, que además es muy vasto, es una expresión del reino de las tinieblas, el reino de satanás, y sus hijos, son hijos de ese reino maldito.

De otro lado, no podemos negar que la mayoría de los muchos líderes del cristianismo protestante que se erigen como enviados, ungidos y siervos de Dios, igualmente para engañar a un gran número de ***personas, pues sus seguidores superan los setecientos millones de al-***

mas, hacen parte de Jezabel que se dice profetiza.

Entiendan líderes cristianos que el Señor ha ungido a todos Sus hijos y que todos somos Sus siervos y que el nicolaísmo que ustedes promueven en la iglesia no es más que una obra de satanás, que él introdujo en la iglesia desde la época de Pérgamo, y que ustedes en el siglo XXI, siguen promoviendo para satisfacer su ambición de posesión de bienes materiales y de ganar fama y alcanzar vanagloria.

Al auto proclamarse como líderes, como pastores, como apóstoles, como maestros, como profetas, como ungidos, como siervos de Dios, están imitando al apóstata papa y están siendo uno con satanás, quien detrás de bambalinas es quien maneja todo ese sistema de tinieblas. ***Ustedes, junto con el papa y todos los ministros del catolicismo romano son la Jezabel moderna que se dice profetiza y no lo es***.

2. Seduce y enseña a los siervos del Señor a cometer fornicación.

Es tanta la corrupción de Jezabel que seduce y enseña a los hijos de Dios a cometer fornicación. Queremos incluir el significado de la palabra seducir, según lo define al Real Academia de la Lengua Española: "*Engañar con arte y maña; persuadir suavemente para algo malo. Atraer físicamente a alguien con el propósito de obtener de él una relación sexual. Embargar o cautivar el ánimo*".

En esto se ha especializado Jezabel, en atraer a miles de millones de seres humanos llamados cristianos para engañarlos, usando toda suerte de artilugios y toda clase de mañas, a persuadirlos suavemente, a embargar y a cautivar sus ánimos, con el fin de que cometan fornicación.

La fornicación aquí referida no alude a relaciones sexuales pecaminosas solamente, sino también a adorar los miles de ídolos que tiene la iglesia católica romana y la iglesia católica ortodoxa de oriente.

Un ser humano fornica cuando tiene relaciones sexuales con una persona distinta a su cónyuge legítimo, y **espiritualmente fornica cuando el cristiano adora a cualquier persona u objeto, distinto al Dios vivo**.

Los católicos romanos tienen en todo el mundo miles de ídolos representados en santos, beatos y vírgenes de todas las pelambres, y esto es enseñado por Jezabel.

El papa es el primer adorador de crucifijos, que no son más que ídolos inmundos detrás de los cuales se esconden los demonios y los ángeles caídos, así como miles de vírgenes que no son nada distinto a las diosas del paganismo milenario y a miles de santos que en la mayoría de los casos son los dioses del paganismo babilonio, asirio, egipcio, griego, indio y romano, y algunos hombres que el papa heréticamente convierte en santos, para que el pueblo siga fornicando y desagradando a Dios.

Es tan corrupto el catolicismo romano que tuvo la desfachatez de eliminar el segundo de los diez mandamientos y subdividir el décimo en dos, para completar nuevamente los diez.

Leamos el orden que la Biblia, la palabra de Dios, da a los diez mandamientos: *"Primero, No tendrás otros dioses fuera de mí. Segundo, No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, pero tengo misericordia por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos [este mandamiento fue eliminado por los católicos en sus enseñanzas]. Tercero, No pronunciarás el nombre de Yahvé, tu Dios, en falso; porque Yahvé no dejará sin castigo a quien pronuncie su nombre en falso. Cuarto, Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso en honor de Yahvé, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahvé el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahvé el día del sábado y lo santificó. Quinto, Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahvé, tu Dios, te va a dar. Sexto, No matarás. Séptimo, No cometerás adulterio. Octavo No robarás. Noveno, No darás testimonio falso contra tu prójimo. Décimo, No codiciarás la*

casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo" [***este mandamiento fue dividido en dos por el catolicismo para suplir el segundo que eliminó***] (Éxodo 20.2-17—Biblia de Jerusalén—Católica).

Estos son los mandamientos tal como el Señor los escribió en las dos tablas que le dio a Moisés cuando lo llamó al monte Sinaí, y así están escritos en la Biblia, cualquiera que sea la versión. Es más, aquí lo transcribimos de una de las versiones católicas más respetadas, como es la Biblia de Jerusalén.

Ahora veamos los diez mandamientos que proclama la iglesia católica: "***Primero***, Amarás a Dios sobre todas las cosas. ***Segundo***, No tomarás el Nombre de Dios en vano. ***Tercero***, Santificarás las fiestas *[primera mentira]*. ***Cuarto***, Honrarás a tu padre y a tu madre. ***Quinto***, No matarás. ***Sexto***, No cometerás actos impuros. ***Séptimo***, No robarás. ***Octavo***, No dirás falso testimonio ni mentirás. ***Noveno***, No codiciarás la mujer de tu prójimo. ***Décimo***, No codiciarás los bienes ajenos".

Vosotros, apreciados lectores podéis ver la mutilación del segundo mandamiento y la subdivisión del décimo. ¡Qué seducción más cuidadosa y maligna, para justificar toda la idolatría y la fornicación espiritual de la iglesia católica! Todo esto es igual en la otra división católica, la ortodoxa oriental.

Pero no solo los dos catolicismos son fornicarios espirituales, sino que dentro de esa categoría también está incurso el protestantismo. Aunque en las llamadas iglesias evangélicas no se adoran imágenes, estatuas de yeso, bronce y madera, ni estampas, ni escapularios, ni medallas, ni vitrales, **ellos tienen otra clase de fornicación espiritual que es una clara idolatría: los líderes, en forma de pastores, reverendos, falsos apóstoles, falsos maestros, doctores, presbíteros, hermanos responsables y otros títulos más de los que se jactan**.

Al seguirlos a ellos, están haciendo a un lado al Señor y eso es idolatría. **Igualmente fornican siguiendo doctrinas de apa-**

riencia bíblica, que en nada honran al Señor, sino que se convierten en tradiciones que son reprobadas delante del Señor: "*Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres*" (Marcos 7.6-7).

Igualmente **fornican con sus organizaciones muertas**, que como veremos cuando lleguemos a la degradación en Sardis, tienen nombres de vida, pero su realidad es muerte.

Esta es Jezabel, toda una organización que satanás ha edificado cuidadosamente a lo largo de los siglos para seducir y enseñar a los hijos de Dios a fornicar.

3. Enseña y seduce a los hijos de Dios a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Esta es la tercera característica de Jezabel, que además de seducir y enseñar a los hijos de Dios a cometer fornicación, también los enseña a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Esta comida no hace referencia a la comida física, sino a la comida espiritual. Todos los ritos de las iglesias católicas son una abierta adoración a satanás, a los ángeles caídos y a los demonios.

La misa, con una hostia circular como centro del rito, es una réplica del mitraísmo romano, en el que adoraban al sol.

Una de las ceremonias "*solemnes*" para el catolicismo es lo que ellos llaman la "*exposición del santísimo*", en el que se pone una hostia circular dentro de un objeto, generalmente fabricado en oro o en otro metal precioso, que llaman custodia. Si usted mira cuidadosamente los dos objetos, notará que son una clara réplica del sol, con un círculo—la hostia— como centro, y unos rayos que se extienden en todas las direcciones.

Esta es una réplica del mitraísmo romano con su adoración al sol.

La navidad, que dice representar el nacimiento del Señor Jesús, no es así, porque Él no pudo nacer en diciembre, por dos razones fundamentales: ***La primera***, porque la Biblia dice que Jesús era seis meses menor

que Juan el Bautista, y se puede probar que éste nació en el mes de Nisán o Abib que es el primer mes del calendario judío y corresponde en nuestro calendario gregoriano a la última mitad de marzo y la primera mitad de abril, luego Jesús debió nacer entre septiembre y octubre.

La segunda razón es que, según la narración bíblica, cuando nació Jesús, en el campo había pastores y ovejas y en el cielo se veían las estrellas, y a finales de diciembre, en la tierra de Palestina, están en pleno invierno. En los países donde hay estaciones, el invierno es una estación tan fría que ni los pastores, ni las ovejas pueden permanecer a la intemperie, y tampoco se ven las estrellas, porque todo el tiempo está nublado.

Lo que sí es cierto es que el paganismo romano celebraba el 25 de diciembre la fiesta del nuevo año, y la noche del 24 hacían unas horribles orgías en las que ofrecían seres humanos en sacrificio a los dioses paganos, tenían orgías sexuales y otra cantidad de prácticas aberrantes.

Cuando en el siglo IV Constantino casó la iglesia con el mundo, poco a poco las tradiciones paganas se fueron mezclando con los cristianos y finalmente la iglesia católica tomó como tradición celebrar el 25 de diciembre el natalicio del Señor, fiesta que nunca celebraron los primeros creyentes, porque en la Biblia no hay el más mínimo registro de esa fiesta pagana, aborrecida por el Señor.

Lamentablemente el cristianismo evangélico también ha caído en esta desviación y a la par con el catolicismo celebran la fiesta pagana de la navidad, que en verdad es la saturnalia de los romanos.

La llamada semana santa es la más abominable de las orgías idolátricas, porque para ellos el Señor no murió una sola vez, sino que cada año sigue muriendo, haciendo de esta manera inútil Su sacrifico en la cruz.

¿Tú encuentras en la Biblia que los primeros discípulos hayan celebrado la llamada semana santa? Pues no hay ningún registro de tal fiesta abominable.

Solamente lo que está registrado en las sagradas Escrituras

es lo que agrada al Señor; lo demás son invenciones de satanás, por medio de las cuales Jezabel seduce y engaña aun a los mismos hijos de Dios, a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Lamentablemente, la mayoría de los grupos cristianos evangélicos están aferrados a esa tradición abiertamente diabólica.

Cuando una pareja de novios contrae matrimonio delante de un sacerdote católico, lo hace en frente de uno o más ídolos: un crucifijo, una virgen y uno o más santos, que son horribles estatuas de yeso, madera u otros materiales. Detrás de ellas están escondidos muchos demonios. Una pareja que se casa en esas condiciones, en verdad está contrayendo matrimonio delante de satanás, sus ángeles caídos y sus demonios, pero nunca delante del Señor de los cielos y de la tierra.

No hay una sola ceremonia ni rito católico que tenga, aunque sea un pequeño respaldo bíblico y todas ellas no son más que orgías celebradas en honor de satanás y su reino. ***Cuando tú participas de ellas, sea personalmente o a través de la radio o la televisión, estás siendo seducido y enseñado por Jezabel a comer cosas sacrificadas a los ídolos; está comiendo cosas sacrificadas a los ídolos.***

Seguir a líderes del protestantismo, tenerlos en el pedestal que los han puesto los miembros de las congregaciones evangélicas, guardar fielmente sus enseñanzas y mantener sus organizaciones, es otra forma de seducción y enseñanza de Jezabel, que induce a quienes la oyen a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

Considera estas palabras delante del Señor y que Él te dé sabiduría y corra los velos de tus ojos, para que puedas ver la verdad de todas estas cosas.

Capítulo 28
La Degradación en Tiatira (3)

JEZABEL, LA GRAN RAMERA

Para corroborar las afirmaciones que hemos hecho acerca de Jezabel, vamos a considerar sucintamente lo que dice el Señor en Apocalipsis 17.1-6, 15: "*Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro... Y me dijo: Las aguas que viste, en donde la ramera está sentada, son pueblos, y multitudes, y naciones, y lenguas*".

Recordemos que una de las especialidades de Jezabel es la de seducir y enseñar a los siervos de Dios a cometer fornicación, y en el pasaje que transcribimos se habla de que ella es una gran ramera que está sentada sobre muchas aguas.

La mayor religión de la tierra es el cristianismo y en el versículo 15 dice que las aguas donde la ramera está sentada son pueblos, y multitudes, y naciones y lenguas, y en el versículo 2 dice

que con ella han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.

Desde la época de Constantino la iglesia se unió con la política y formaron un concubinato en el que todos sus actos son fornicarios. No hay país donde el catolicismo sea mayoría en que no se hayan unido políticos gobernantes con esa iglesia, para cometer las más grandes atrocidades, con la finalidad de mantener inconmovible su poder político y económico.

La iglesia católica romana brinda fornicación a los gobernantes y ellos viven ebrios de la fornicación que ella les ofrece. En el año 2005 murió tal vez el papa más carismático que ha tenido la gran ramera en toda su historia, porque ha sido el hombre más famoso y que mayor influencia ha tenido en las naciones y el que durante su vida fue capaz de congregar y embriagar con su fornicación al mayor número de personas en uno y otro país; nos referimos a Juan Pablo II.

A su sepelio asistieron gobernantes de todo el mundo y llamó mucho la atención ver al presidente de los Estados Unidos y a dos de sus expresidentes, arrodillados ante el cadáver de ese papa, rindiéndole honores y dando testimonio de la ebriedad a que los sometió la gran ramera.

Semanalmente se congregan en la plaza de san Pedro en Roma, decenas de miles de personas de todas las nacionalidades a adorar al jefe de la gran ramera, a beber del vino de su fornicación y a tomar el vino que ella les brinda.

Una ramera es una mujer que se acuesta con toda clase de hombres; espiritualmente la gran ramera es la iglesia católica romana que adora toda clase de demonios y de ídolos; esa es una iglesia politeísta que adora a muchos dioses y los hace evocando el nombre del Dios único y santo.

Juan declara que uno de los siete ángeles que tenían una de las copas de las siete plagas de la ira postrera de Dios fue quien le dijo que le mostraría la sentencia que el Señor tenía contra

esa ramera llena de inmundicia y abominaciones.

Juan entonces hace una declaración que para nosotros debe tener la mayor importancia: *Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi*.

Si tú apreciado lector lees este libro usando solo tu mente, si en tu interior existe el morbo de llenar tu mente de ciertos datos interesantes, no lograrás ver en él nada distinto a un ataque al catolicismo y al protestantismo, lo cual de ninguna manera pretendemos hacer.

Si te vuelves al espíritu y entras en comunión con el Señor, Él te mostrará la realidad de todas las cosas que están ocultas en Su palabra y podrás ver.

Solamente cuando Juan fue llevado en el Espíritu, pudo ver. Esperamos que lo mismo les ocurra a los lectores de este texto.

¿Qué vio Juan una vez que estaba en el Espíritu? *Y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.*

Juan vio una mujer que tiene por lo menos seis características, que consideraremos una a una.

1. Sentada sobre una bestia escarlata

La mujer está sentada sobre una bestia escarlata. Indudablemente la bestia escarlata hace referencia al anticristo y a todo el sistema mundano político y económico que en este tiempo está preparando su advenimiento, y que se levantará para gobernar al mundo durante los tres años y medio que ha de durar la Gran Tribulación. Aquí la mujer está sentada sobre esa bestia, es decir, la bestia es dominada por la gran ramera.

El mundo, el sistema satánico que cautiva al mundo entero está totalmente dominado por

la religión judeo-cristiana.

Aunque no tenemos el propósito de hablar aquí de la bestia escarlata sobre la cual la mujer está sentada, consideramos necesario destacar que, entre otras cosas, la bestia tiene diez cuernos: "*Y los diez cuernos que viste son diez reyes que aún no han recibido reino; mas recibirán autoridad como reyes, con la bestia, por una hora*" (Apocalipsis 17.12). Esos diez cuernos son diez reyes que en un momento recibirán autoridad junto con la bestia, pero además "*los diez cuernos que viste, y la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda, y comerán sus carnes, y a ella la quemarán con fuego. Porque Dios ha puesto en sus corazones hacer lo que él se ha propuesto, y que se pongan de acuerdo, y den su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios*" (Apocalipsis 17.16-17).

En el tiempo presente, la mujer domina al mundo entero, y nadie está por encima de ella. En verdad no hay mayor poder en el mundo que la religión católica romana, el protestantismo y la iglesia ortodoxa de oriente, lo mismo que el islam.

El estado del Vaticano territorialmente es el país menos extenso del mundo, pero política y económicamente, no hay un estado más poderoso que él en todo el orbe; igualmente, el protestantismo europeo y norteamericano, domina casi todo el mundo occidental.

Sin embargo, cuando se levante el anticristo y establezca el sistema de gobierno mundial único, del cual estamos en la antesala gracias a la globalización, una vez que este sistema satánico de gobierno que dominará al mundo entero se haya establecido, los diez reyes junto con la bestia aborrecerán a la ramera, la desnudarán, comerán sus carnes—tomarán todas sus riquezas— y la quemarán con fuego

La gran ramera es tan odiosa a los ojos del Señor que Él no se tomará la molestia de destruirla, sino que le dará esa misión al anticristo y a los diez reyes.

En la Gran Tribulación, toda religión será borrada de sobre la faz de la tierra, porque es equilibrado decir que la gran ramera no solo la integra el catolicismo romano, sino también el protestantismo, el islam y todas las religiones que hay en la faz de la

tierra, que embriaga a sus moradores con el vino de su fornicación.

2. Está vestida de púrpura y escarlata

El color púrpura denota realeza, es decir, poder y autoridad, y es una mezcla de los colores azul y rojo. El color azul se refiere a las cosas celestiales y el color rojo tiene que ver con el pecado, entonces, si la mujer está vestida de púrpura, quiere decir que su manifestación es una mezcla soterrada de las cosas celestiales de Dios, con las cosas pecaminosas de la tierra.

Eso es el catolicismo romano; sus doctrinas, sus prácticas, sus rituales son una mezcla de algunas cosas aparentemente bíblicas con demonios, ángeles caídos y con satanás mismo.

La mujer está igualmente vestida de escarlata, color rojo oscuro y que tiene que ver con la sangre. Más adelante veremos que la mujer está *ebria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús*.

Estos dos colores, el púrpura y el escarlata, son los más sobresalientes en las vestiduras de los sacerdotes católicos, especialmente en los obispos y cardenales.

3. Adornada de oro, de perlas y de piedras preciosas

La tercera característica de la gran ramera es que está adornada de oro, perlas y piedras preciosas: "*Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro y piedras preciosas y perlas*" (Apocalipsis 17.4).

Hay una diferencia entre estar constituido y estar adornado. Mientras la Nueva Jerusalén que es la consumación del plan de Dios está constituida de oro, piedras preciosas y perlas, la gran ramera está adornada de estos tres materiales.

Mientras que la constitución hace referencia a la naturaleza, el adorno es algo exterior, que no hace parte de la esencia y la naturaleza de la persona. ***En la gran ramera todo es apariencia, mientras que, en la Nueva Jerusalén, el oro, las piedras preciosas y las perlas, son la realidad***.

El oro hace referencia a la naturaleza divina de Dios, y para obtener la Nueva Jerusalén, Dios ha mezclado Su naturaleza divina con la naturaleza humana,

inicialmente con un hombre Jesús, pero después de que Él ha pasado por todo el proceso de redención: encarnación, vivir humano, muerte, resurrección, ascensión, entronización y glorificación, y bautismo en el Espíritu Santo, se ha mezclado con un gran número de hombres y mujeres, para conformar Su cuerpo, que es la iglesia.

En el transcurso del tiempo, Dios como el Espíritu vivificante va saturando a esos hombres y mujeres con Su naturaleza divina, hasta crecer en ellos al punto de que la naturaleza humana sea totalmente purificada y amalgamada con la naturaleza divina, en un proceso de transformación y conformación, que culmina cuando los escogidos de Dios alcancen la estatura del Hijo.

Este proceso está representado por las piedras preciosas, y es la obra transformadora y conformadora que realiza el Señor como el Espíritu Santo, en esta era de la gracia con algunos, durante la Gran Tribulación con otros y en el milenio con el resto de los hijos de Dios, que Él había escogido desde antes de la fundación del mundo.

Para lograr todo esto, Dios como el Hijo tuvo que despojarse de Su gloria, dejar Su trono, humillarse tomando carne y sangre como los demás hombres, y estando en la condición de hombre vivió una vida humana de humillación, hasta el punto de morir una muerte infame a los ojos de los hombres, pero gloriosa y victoriosa para Dios, con el fin de comprarnos de debajo de la maldición en que nos encontrábamos y acercarnos a Dios haciéndonos uno con Él para cumplir Su propósito eterno.

Este es un proceso parecido al de la producción de una perla, que comienza cuando "un objeto extraño se introduce en el interior de una madreperla, habitualmente entre el manto y la concha.

Al no poder librarse de él, opta por recubrirlo con capas superpuestas de una substancia que la madreperla segrega, llamada nácar, provocando a menudo una invaginación epitelial o saco perlífero dentro del cual tiene lugar el proceso, en todo

similar a la formación del nácar de la concha.

A veces crecen en forma vesicular sobre la propia concha, dando lugar a otra variedad de perlas denominada Mabe. Esta acción de recubrimiento es continua mientras el cuerpo extraño permanezca en su interior, incrementando con el tiempo su tamaño y generando así una perla"[1].

De la misma manera podemos afirmar que el Señor Jesús siendo Dios con la deidad y la naturaleza divina de Dios, en su interior cayó un elemento extraño, llamado humanidad.

Él revistió esta humanidad con todas Sus riquezas divinas, y como resultado obtuvo una perla de incalculable valor, que somos nosotros mezclados con Él.

De estos tres elementos, oro, piedras preciosas y perlas, está constituida la Nueva Jerusalén, que no es una ciudad física como muchos la imaginan, sino que es el amalgamiento de la naturaleza divina con la naturaleza humana, representado por los tres materiales mencionados: "*Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero... El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio; y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, ágata; el cuarto, esmeralda; el quinto, ónice; el sexto, cornalina; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisopraso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio*" (Apocalipsis 21.10-14).

Esta es la constitución, la naturaleza y la realidad de la Nue-

1. Tomado de Internet, www.onix-joyeros.com.

va Jerusalén: ***La unión orgánica e indivisible de Dios con el hombre***.

En cambio, en la gran ramera todo es apariencia. A cualquiera que la ve le parece que esa ramera estuviera constituida de oro, piedras preciosas y perlas, pero no es verdad, es simple apariencia, es engaño, son simples adornos.

Las mujeres y algunos hombres acostumbran a adornarse con collares de perlas, aretes, prendedores y cadenas de oro, con piedras preciosas incrustadas, pero son solo adornos, que no hacen parte de la constitución de ellas y ellos. En cualquier momento pueden despojarse de esos adornos y quedar como realmente son. Eso ocurre con la gran ramera: aparenta estar constituida con la naturaleza santa, justa, amorosa y viva de Dios, pero en verdad está constituida ***DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA***. (Apocalipsis 17.5).

4. Tiene en la mano un cáliz de oro

La cuarta característica que describe la Biblia de la gran ramera es que tiene en la mano un cáliz de oro, pero el contenido de ese cáliz es fornicación inmunda y abominable: "*y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación*" (Apocalipsis 17.4).

Sabemos que el oro representa la naturaleza divina y que las manos tienen que ver especialmente con las obras, el proceder de una persona.

Cuando se mira desprevenidamente a la mujer, pareciera que sus obras, sus hechos, sus enseñanzas y sus prácticas estuvieran de acuerdo con la naturaleza de Dios, que sus obras fueran hechas en Dios, pero cuando en el espíritu nos asomamos a su interior encontramos que en ella todo es inmundo y abominable, porque ***en su interior solo hay enseñanzas de demonios, de espíritus inmundos y de la naturaleza satánica***: "*Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los*

reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites" (Apocalipsis 18.2-3).

El catolicismo (occidental y oriental) está lleno de apariencia, y su apariencia es tan engañosa que en su red han caído los gobernantes de la tierra y miles de millones de incautos seres humanos. Es tanto su poder de atracción y de seducción que no dudamos que aun en su seno ha habido y hay genuinos hijos de Dios, y nuestra oración al Padre es porque Él abra los ojos de Sus hijos y puedan ver lo abominable e inmunda que es esa "***iglesia***": "*Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades*" (Apocalipsis 18.4-5).

¡Que este sea el tiempo en que los genuinos hijos de Dios oyen Su voz y permiten que Él los saque de los rediles del catolicismo y del protestantismo y vaya delante de ellos y Él tenga Su rebaño del cual Él es el único Pastor!

5. Tiene en su frente un nombre que la identifica

Es otra de las características que identifica a la gran ramera: "*y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA*" (Apocalipsis 17.5).

En el Antiguo Testamento, Dios le ordenó a Moisés que mandara hacer para el sumo sacerdote una tiara que cubriera su cabeza y que hicieran una diadema, una lámina de oro puro con la inscripción: SANTIDAD A JEHOVÁ: "*Hicieron asimismo la lámina de la diadema santa de oro puro, y escribieron en ella como grabado de sello: SANTIDAD A JEHOVÁ*" (Éxodo 39.30).

Esta diadema con la inscripción SANTIDAD A JEHOVÁ en la frente del sumo sacerdote, indicaba que él era una persona separada para Dios, que todo lo que hacía agradaba al Señor y que había sido separado para Su servicio. Pero, observa el contraste con la marca de la gran ramera: "*y en su frente tenía un nombre escrito: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA*" (Apocalipsis 17.5).

¿Qué tal la astucia imitadora

de satanás? Los observadores incautos dirían que los ornamentos que usan el papa, los cardenales, los arzobispos y obispos del catolicismo son tomados de la Biblia, y que la mitra que usan estos ministros diabólicos, son los mismos que Dios ordenó para el sumo sacerdote, especialmente la mitra que ponen en su cabeza, en forma de pez con la boca abierta.

El pez es una representación del dios Dago, adorado por todas las civilizaciones paganas antiguas desde Babilonia hasta Roma. No es nuestro propósito profundizar sobre todas las mentiras del catolicismo romano[2]; en consecuencia, solo haremos una alusión al nombre que tiene la gran ramera en la frente: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

2. Si el lector desea mayor información sobre el tema, le recomendamos leer dos libros muy buenos que tratan el tema: ***Babilonia***, ***Misterio Religioso Antiguo y Modern***o de Ralph Woodrow, y ***Las Dos Babilonias***, de Alexander Hislop; estos dos libros puedes encontrarlos gratuitamente en Internet. Incluso, quienes deseen profundizar aún más en las desviaciones del catolicismo pueden consultar la Enciclopedia Católica.

La iglesia católica está llena de misterios: los misterios del rosario, el misterio de la trinidad, los misterios de las miles de vírgenes, entre otros, misterios que no son más que la continuación de la idolatría y la fornicación espiritual heredada de la antigua Babilonia, fundada por Nimrod, hijo de Cus, quien fue el primer gran opositor de Dios y promotor más antiguo de la idolatría.

Esa vieja y gran Babilonia, que en tiempos de Israel fue regentada por Nabucodonosor, el rey que atacó Jerusalén, la pasó por fuego y derribó el templo que había sido edificado por el rey Salomón, tomó los vasos consagrados al servicio del Dios único, vivo y verdadero y los transportó a Babilonia junto con el pueblo judío, es ahora sustentada por la iglesia católica. Por eso ella es la gran ramera: ***Babilonia la grande y madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra***.

Obsérvese que estas son palabras de la Biblia; nosotros no las hemos inventado, simplemente estamos haciendo notar lo que

el Señor escribió hace unos dos mil años. Hoy, como hijos genuinos de Dios, debemos fijarnos en ellas y pedirle al Señor que en Su bondad nos las revele y nos permita conocer su realidad para que salgamos del engaño a que satanás ha sometido a los mismos hijos de Dios durante siglos.

Obsérvese igualmente que dice que es la madre de las rameras, es decir que ella es la gran ramera y que tiene hijas que son rameras, hijas que fornican espiritualmente y con seguridad se refiere a la iglesia ortodoxa oriental y al protestantismo occidental. Estas "*iglesias*", son igualmente rameras que fornican y que se dejan influir por Jezabel en su seducción y enseñanza de cometer fornicación y comer cosas sacrificadas a los ídolos.

La iglesia católica ortodoxa oriental que dice tener su base doctrinal en los apóstoles, a cambio de papa tiene cuatro patriarcas, que son las figuras más prominentes de cada una de las iglesias ortodoxas, establecidas en cuatro ciudades que son Constantinopla (actualmente Estambul, Turquía), Alejandría, Antioquía y Jerusalén, siendo el más prominente el patriarca de Constantinopla.

En cuestiones de idolatría, no difieren en nada del catolicismo romano, pues veneran santos y a María, a quien consideran la madre de Dios. Tal vez una gran diferencia con el catolicismo romano es que sus ministros pueden casarse y tener una familia propia, lo cual es estrictamente prohibido en el catolicismo romano, bajo el llamado celibato sacerdotal.

Igualmente, la Biblia que habla de la gran ramera dice que es la madre de las abominaciones de la tierra; eso quiere decir que en ella están reunidas todas las abominaciones de la tierra, que no hay ninguna abominación que no esté incluida en ella y de la cual ella no sea su origen.

¡Qué horrible es el catolicismo romano y qué gran tragedia fue haber pertenecido alguna vez a esa abominación!

¡Pero qué amable, hermoso y precioso es el Señor al mostrarnos todas estas cosas y pedirnos con insistencia que

salgamos de ella: "*Y oí otra voz procedente del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis en sus pecados, y para que no recibáis de sus plagas*"! (Apocalipsis 18.4)

Capítulo 29
La Degradación en Tiatira (4)

6. Se ha embriagado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús

Desprevenidamente se puede pensar que quienes más han quitado la vida a los creyentes han sido los gobernantes mundanos, pero eso no es cierto. La iglesia católica, pretendiendo mantener su hegemonía religiosa ha martirizado a muchos hijos de Dios a lo largo de los siglos.

La mayoría de la gente cree que el catolicismo romano tuvo su origen en el Señor Jesús y esa es otra de las falacias que ha inventado satanás para engañar a los hombres.

La iglesia tuvo su primera manifestación pública en Pentecostés y la forma como inició no tiene nada, pero absolutamente nada que ver con el catolicismo romano.

Esta organización católico-romana, plagada de mentiras, es mucho más antigua; en verdad, el catolicismo romano tuvo su origen en Cus, el nieto de Noé, que fue hijo de Cam. En Génesis 10 dice que Cus engendró a Nimrod y que este fue el primer poderoso en la tierra, y ese Nimrod es el hijo en brazos de la madre que la iglesia católica adora en las muchas vírgenes que hacen parte de la profusa idolatría de esa religión.

Nimrod es el fundador de Babilonia y el padre de todas las idolatrías y paganismos que han existido en la tierra.

De Babilonia la tradición pasó a Asiria, de allí a Egipto y a la India, de Egipto a Grecia y de Grecia a Roma, y el catolicismo como religión es sencillamen-

te la continuación del corrupto, pagano e idólatra imperio romano.

Esto nos lleva a colegir que la gran ramera, que en Apocalipsis 17 está ebria de la sangre de los santos y mártires de Jesucristo, es la que siempre se ha deleitado en asesinar a los hijos de Dios.

Durante buena parte del imperio romano, emperadores tales como Nerón, Domiciano, Septimio Severo y otros, asesinaron a miles de creyentes de Jesucristo. Después del siglo IV, cuando la iglesia católica dominó al imperio romano y se puso a la cabeza de él, ha asesinado a miles de cristianos y ha practicado el odio de satanás a los siervos del Señor.

Como es bien conocido, la época más floreciente del catolicismo romano es la edad media; y de las distintas épocas de la humanidad, sabemos igualmente que la edad media es uno de los períodos más oscuros, en el que las tinieblas han sido más densas, en la historia del hombre en la tierra.

El catolicismo romano para sostener su enjambre de mentiras no dudó en perseguir, excomulgar, torturar y asesinar a aquellos hermanos que tuvieron alguna luz y que vieron cómo las enseñanzas, las prácticas, los ritos y las ceremonias católicas nada tienen que ver con la biblia y que son prácticas totalmente paganas y satánicas.

Aunque no estamos tratando de hacer un libro de historia de la iglesia, sino de mirar algunas revelaciones que el Señor nos está dando, deseamos recordar algunos hechos y personajes que nos ayudan a corroborar la ebriedad de la gran ramera, con la sangre de los santos y mártires de Jesús.

Recordamos por ejemplo a *John Wycliffe*, sacerdote católico inglés del siglo XIV, quien puede ser reconocido como uno de los primeros reformadores. Este cura católico, que fue profesor de la Universidad de Oxford, se propuso traducir la versión Vulgata de la Biblia, del idioma latín al inglés, su lengua natal.

En esa época la Biblia sólo podía ser leída en latín, idioma

conocido únicamente por el clero, los nobles y los ricos, pero desconocido para el pueblo

Al realizar la traducción encontró mucha luz y descubrió algunas de las mentiras en que se sustenta el catolicismo. Encontró por ejemplo que existe una relación directa entre Dios y los hombres sin necesidad de que mediara la iglesia de Roma, y por tanto un creyente puede tener comunión con Dios sin necesidad de la mediación del papa ni de ningún prelado, lo cual es una verdad completamente bíblica, pues según la Biblia no hay ningún mediador entre Dios y los hombres distinto a nuestro Señor Jesucristo: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*" (1 Timoteo 2.5).

Él declaró el derecho de todo cristiano de conocer la Biblia, y que la Biblia enfatizaba la necesidad de que todo cristiano viera la importancia de Cristo solamente como el suficiente medio de salvación, sin la ayuda de peregrinajes, ni de obras, ni de la misa.

Igualmente, *Wycliffe* encontró que es mentira la enseñanza de la transubstanciación, según la cual, cuando el cura católico consagra la hostia y el vino en la misa, éstos se convierten en el cuerpo y la sangre del Señor.

Aunque hay algún parecido con la cena que el Señor tomó con Sus discípulos antes de Su muerte, es claro que en 1 Corintios 11, el pan y la copa son un recordatorio de que el Señor derramó Su sangre por nosotros y gracias a Su muerte en la cruz y a Su resurrección, nos hizo partícipes de Su cuerpo místico, pero no hay un relato en la Biblia que diga que un sacerdote ore por un pedazo de pan y este se convierta en el cuerpo de Jesús, ni que ore por un poco de vino y éste se convierta en la sangre del Señor.

La hostia que el cura consagra en la misa tiene forma de sol y es una antigua tradición del ***dios ra*** *adorado por los egipcios, y del mitraísmo romano que adoraba al sol.*

El nacimiento del nuevo año, lo representaban por un sol rejuvenecido, mientras que el año viejo era representado por un

sol envejecido. ***Esta era la saturnalia que los romanos celebraban el 25 de diciembre y que los católicos adoptaron como el natalicio o natividad del Señor***.

Debido a las revelaciones que el Señor le mostró y que él no dudó en publicar, Wycliffe fue perseguido, excomulgado y condenado a la hoguera, pero algunos nobles ingleses lo protegieron y el papa nunca pudo disponer de él para asesinarlo.

Finalmente este santo murió en 1384, pero fue tanto el odio de la organización católica, que en mayo de 1415, el Concilio de Constanza condenó las "*herejías*" de *Wycliffe* y ordenó que su cuerpo fuera exhumado y quemado; sus cenizas fueron arrojadas en el río Swift. Este decreto se llevó a cabo en 1428, cuarenta y cuatro años después de su muerte.

Con *Wycliffe* nació un pequeño rayo de luz procedente del cielo para comenzar a vencer las tinieblas que envolvían a la humanidad y éste no dejó de propagarse; fue así como *Juan Hus* y *Jerónimo de Praga*, ambos nacidos en la región de Bohemia, igualmente sacerdotes católicos, tomaron los escritos de *Wycliffe*, los divulgaron y predicaron conforme a esas enseñanzas. A principios del siglo XV, los dos fueron condenados a la hoguera, donde murieron. La condena fue impuesta por el concilio de Constanza, convocado por la iglesia católica.

Tal vez el medio más tenebroso que inventó el catolicismo para condenar personas, después de encarcelarlas en mazmorras indescriptibles, de torturarlos de la manera más infame y cruel que un ser humano pueda imaginar y concebir y luego matarlas, bien en la hoguera, en la horca o mediante decapitación, fue **la inquisición**.

Todo aquello que el papa determinara y dijera era dogma de fe, siempre en contradicción con la Biblia, la palabra de Dios, y todo aquello que cualquier persona dijera distinto a lo proclamado por la iglesia católica como doctrina, era herejía y la inquisición se estableció para combatir los herejes, todos aquellos que no aceptaran la totalidad de las doctrinas heréticas del catolicismo.

La inquisición fue establecida en varias instituciones en distintos países y es bien conocida la inquisición francesa, la inquisición española que abarcó también América, la inquisición portuguesa, la inquisición del calvinismo y otras denominaciones protestantes y la inquisición romana. Las cinco abarcaron un total de 781 años, pues la francesa comenzó en 1184 y la romana terminó en 1965 cuando el papa Paulo VI cambió el nombre de santo oficio (así se llamó la inquisición pontificia) por el de congregación para la doctrina de la fe. De esta congregación fue jefe en los últimos años el papa que abdicó en 2013, el alemán Joseph Ratzinger.

La cuestión es que bajo la inquisición murieron centenas de miles de personas que no aceptaban la fe católica o la fe protestante en el caso de la inquisición calvinista, pues esas personas eran llamadas herejes y condenadas por tribunales que el papa nombraba y respaldaba.

Las condenas consistían en encarcelamiento en prisiones oscuras y húmedas, en torturas de horror no imaginables, tales como el torno, donde las personas eran amarradas de las cuatro extremidades y sometidas a tensión, hasta que los tendones y los huesos se descoyuntaban. Aun así, no morían, sino que las dejaban padecer días, semanas, meses y años.

Igualmente eran torturadas con objetos que tenían como objetivo causar un gran dolor, y en su mayoría provocaban una muerte agonizante.

Hay dos instrumentos llamativos: *La dama de hierro*, que consistía en un gran sarcófago con forma de muñeca en cuyo interior, repleto de púas, se situaba a la víctima y se cerraba, quedando todas las púas clavadas en su cuerpo.

El otro instrumento para destacar es la *cuna de Judas*, una pirámide de madera o hierro, sobre la cual se alzaba a la víctima, y una vez arriba, se la dejaba caer sobre ella, desgarrando el ano o la vagina.

Los inquisidores, especialistas consumados en hacer sufrir a sus víctimas, tenían aparatos ex-

clusivos para torturar a las mujeres, entre los que se destacaba la *pera oral, rectal o vaginal*, que era un instrumento con forma de "*pera al revés*", hecho de hierro, que terminaba con una llave de bronce y un gran tornillo. Fue creado para torturar a las mujeres, pero más adelante se descubrió que también era muy eficaz para los hombres. Se embutían en la boca, recto o vagina de la víctima, y allí se desplegaban por medio del tornillo hasta su máxima apertura. El interior de la cavidad quedaba dañado irremediablemente. Las puntas que sobresalían del extremo de cada segmento servían para desgarrar mejor el fondo de la garganta, del recto o de la cerviz del útero. La pera oral normalmente se aplicaba a los "*predicadores heréticos*".

También tenían instrumentos que causaban la muerte de los condenados, y entre ellos se destacan dos: El *aplasta cabezas*, un instrumento que primero rompía la mandíbula de la víctima, después se hacían brechas en el cráneo y, por último, el cerebro se "*escurría*" por la cavidad de los ojos y entre los fragmentos del cráneo.

También está la *sierra*, más que un instrumento es una forma de tortura y ejecución. Es muy sencilla, pero a la vez muy eficaz, consistía simplemente en colgar a la víctima "*boca abajo*" y cortarla por la mitad partiendo de la ingle, con una sierra muy afilada. El reo siente todo el proceso hasta que la sierra avanza un poco más del ombligo, en ese momento la víctima muere.

Algunos historiadores afirman de consenso que en Europa hubo unos 110.000 casos de inquisición y esos casos produjeron alrededor de 60.000 condenados y ejecutados, y entre ellos algunas mujeres acusadas de brujería, pero la mayoría de los asesinatos recayeron sobre creyentes que tenían una visión cierta de la Biblia y lógicamente discrepaban de las enseñanzas erróneas del catolicismo.

Como España fue el conquistador de América, también el tribunal de la inquisición fue establecido en tres ciudades del continente: México, Cartagena y Lima. En estas tres ciudades fueron ejecutadas alrededor de

2.000 personas, la mayoría de ellas por profesar alguna de las confesiones del protestantismo.

De entre los muchos hechos que muestran a la gran ramera ebria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús, es necesario destacar la conocida noche de San Bartolomé, acaecida en la noche del 23 al 24 de agosto de 1572 en París y luego extendida por toda Francia, hechos en los que fueron asesinados entre 10.000 y 12.000 hugonotes de doctrina calvinista a manos de nobles, burgueses y pobladores católicos.

Esta es la gran ramera que en Apocalipsis 17.5 está ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús.

Agradecemos al Señor porque nos ha permitido hacer una descripción más o menos detallada de quién es Jezabel, la gran ramera, y anhelamos que los hijos genuinos de Dios, los creyentes verdaderos puedan escapar de su engaño e ir al Señor, para que Él les revele Su persona, Su deseo y Su voluntad, y puedan agradarlo y crecer en Él y vencer toda la mentira que satanás ha traído al mundo y que sin duda ha afectado también a los hijos de Dios.

El Señor continúa hablando al ángel de la iglesia en Tiatira y le dice acerca de Jezabel: "*Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación*" (Apocalipsis 2.21).

El Señor es misericordioso y en su misericordia ha deseado que Jezabel se arrepienta, que cambie su conducta, que se vuelva al Dios vivo, pero ella no ha querido.

En la descripción que hicimos de la matanza de los santos y de los mártires de Jesús, vimos cómo del mismo seno del catolicismo se levantaron hombres que vieron la ignominia en que se encontraba esa iglesia y quisieron reformarla, cambiar sus mentiras, llevarla a que se ajustara a la Biblia, la palabra de Dios, pero no fue posible. La misma iglesia católica los declaró herejes, los metió en prisión, los torturó, los vejó, los degradó como seres humanos y los asesinó.

El último de estos casos se dio en la segunda mitad del siglo

XX, cuando al finalizar la década de los 70, fue elevado al solio de los papas un cardenal italiano de nombre *Albino Luciani*, que al ser entronizado como el mayor jerarca del catolicismo tomó el nombre de Juan Pablo I.

Este hombre era un profundo conocedor de la terrible corrupción del clero católico y de la mafia económico-financiera que manejaba la economía de esa iglesia en todo el mundo; conocía igualmente las mentiras teológicas del catolicismo y quiso producir una profunda reforma en su interior.

Treinta y tres días después de su elección, cuando había decidido sacar de la cúpula católica a los cardenales más corruptos y romper los nexos con la mafia italiana que manejaba el Banco Ambrosiano y el Banco Vaticano, apareció muerto en su aposento, muy probablemente envenenado.

Tal vez esta fue la última oportunidad de arrepentimiento que el Señor le dio a Jezabel, pero ella no quiso arrepentirse de su fornicación.

Aun hoy dentro del seno de los curas católicos, en sus distintas jerarquías, hay hombres con una conciencia recta, que quisieran disipar las nubes oscuras de esa organización y encontramos algunos escritos que son maravillosos, donde hablan y claman contra la degradación y la corruptela de esa organización carcomida en sus entrañas.

Pero sus clamores no son más que ladridos de perro a la luna. Quienes tienen la capacidad de decidir no escuchan, no ven, no saben y su envilecimiento avanza a pasos que nadie puede detener. Además, no debemos olvidar que detrás de todo eso está satanás y él no va a cejar en su empeño de estorbar el plan de Dios y de tratar de apoderarse de la tierra y del hombre.

La iglesia católica está corrompida hasta los tuétanos; ella es todo un cáncer, una gangrena que corroe y contamina y ya no hay remedio para esa enfermedad. Dentro de pocos años vendrá la Gran Tribulación, con ella el anticristo—la bestia escarlata llena de nombres de blasfemia y que tiene siete cabe-

zas y diez cuernos— y destruirá a Jezabel, la gran ramera.

Por esa razón el Señor le dice más al ángel de Tiatira: "*Por eso la voy a postrar en un lecho de dolor, y a los que cometen adulterio con ella los haré sufrir terriblemente, a menos que se arrepientan de lo que aprendieron de ella*" (Apocalipsis 2.22—Biblia al Día).

La Gran Tribulación tendrá un periodo de tres años y medio en el que la tierra será un lugar totalmente inadecuado para vivir. Nadie puede imaginar lo terrible que será ese tiempo para los moradores de la tierra. Será tan difícil la vida en este planeta, que el Señor advierte lo siguiente: "*En aquellos días la gente buscará la muerte, pero no la encontrará; desearán morir, pero la muerte huirá de ellos*" (Apocalipsis 9.6).

De este juicio profundo sobre la tierra y sus moradores no escapará ningún ser humano que esté viviendo sobre ella: ni católicos, ni protestantes, ni ortodoxos, ni musulmanes, ni budistas, ni siquiera los judíos, ni ninguna religión y Jezabel estará postrada en cama pasando por muchos sufrimientos.

Una cama es un mueble usado normalmente para dormir y descansar y anormalmente para pasar por los sufrimientos de una enfermedad y morir.

Este es el caso de Jezabel. El Señor le insistió que se arrepintiera y le dio tiempo para que lo hiciera, pero ella no quiso arrepentirse de su fornicación. Por ese motivo solo le queda una sentencia: "*Así, a ella la arrojaré en el lecho del dolor...Y los diez cuernos que viste en la bestia, aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; devorarán su carne y la quemarán a fuego. "Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que él quiso, es a saber, ponerse de acuerdo y dar a la bestia el poder de reinar, hasta que se cumplan las Palabras de Dios*" (Apocalipsis 2.22; 17.16-17).

El catolicismo como organización mundana y diabólica, llena del poder de este mundo no tiene ningún remedio, pero aun el Señor da una luz de esperanza a quienes están en su seno: "*Y a los que adulteran con ella, los arrojaré en gran tribulación, si no se arrepienten de sus obras*" (Apocalipsis 2.22).

Una cosa es la organización católica y otra cosa es aquellos que adulteran—fornican— con

ella. A éstos, el Señor los llama para que se arrepientan; aún es tiempo de parar el adulterio y la fornicación y volverse al Señor con corazón sencillo de arrepentimiento.

Sabemos que entre los sacerdotes católicos hay algunos que tienen un corazón sincero, y esperamos que a sus manos pueda llegar este libro y que puedan arrepentirse, volverse al Señor, limpiar sus pecados y escapar del juicio que ha de venir en poco tiempo sobre la gran ramera.

No buscamos cambiar ninguna religión: ni el catolicismo, ni el protestantismo, ni la iglesia ortodoxa, sino llegar a las personas que tienen un corazón sincero, pero que han sido engañadas por satanás usando esas religiones. A ustedes, con humildad les repetimos las palabras que el Señor ha consignado en la Biblia: "*¡Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, y no recibáis de sus plagas! Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se acordó de sus maldades*" (Apocalipsis 18.4-5).

El Señor no habla solamente de Jezabel, que es la gran ramera, la poderosa organización religiosa que domina la tierra habitada, sino que habla también de sus hijos: "*Y mataré a sus hijos de peste; y conocerán todas las iglesias que yo soy Aquel que escudriña los íntimos pensamientos y los corazones; y daré a cada uno de vosotros conforme a vuestras obras*" *(Apocalipsis 2.23).*

Todo aquello y todos aquellos que son productos de Jezabel serán muertos de peste. La Gran Tribulación será como una gran peste que, con fenómenos naturales y sobre naturales, cubrirá la faz de la tierra y pocos serán los que podrán escapar de ella.

A pesar de todo, el Señor no es injusto, ni obrará con injusticia, sino que su castigo será conforme a las obras malvadas de los hombres. Por eso declara que él es Aquel que escudriña los íntimos pensamientos y los corazones, para dar a cada uno conforme a sus obras.

Esas obras no tienen nada que ver con la bondad o la maldad, si son buenas o malas, sino si las obras fueron hechas en Él o fuera de Él: *"Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas*

en Dios...Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Juan 3.21; Efesios 2.10).

Si nuestras obras han sido hechas en Dios, es decir, han sido hechas por Él, no tendremos que pasar por ningún juicio, sino que seremos arrebatados antes de la Gran Tribulación como el Hijo Varón o como las Primicias; pero si nuestras obras, aun siendo buenas, no han sido hechas por Él, tendremos que pasar por la Gran Tribulación o por el milenio, para ser limpiados, transformados y conformados al Señor Jesús[1].

El Señor continúa con el tema de Tiatira y afirma: "*Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a todo el que no tiene esa doctrina, y no ha conocido lo que ellos llaman los profundos secretos de Satanás, os digo: No os impondré otra carga*" (Apocalipsis 2.24).

El catolicismo está lleno de misterios que el Señor llama los profundos secretos de satanás.

No debemos olvidar que es el rey del reino de las tinieblas y todo lo que hace lo hace en secreto, procura que nadie conozca la verdad, sino que el pueblo permanezca en la ignorancia, que no pueda ver lo que hay detrás de los velos, y sus máximos jerarcas son conocedores de esos secretos profundos.

Sin embargo, hay muchos que hemos escapado del engaño y no hemos conocido los profundos secretos de satanás, sino que el Señor en Su misericordia, nos ha dado luz y revelación y no hemos conocido la ignominia. A ellos el Señor les habla para decirles que no les impondrá más cargas.

No obstante, les pone una condición: "*Pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga*" (Apocalipsis 2.25).

No hace falta pertenecer a una u otra organización religiosa para obtener revelación del Señor. Lo necesario es volvernos a nuestro espíritu humano donde Dios nos ha dado la gracia de morar como el Espíritu.

Cuando entramos en ese aposento mutuo, el Señor se revela

1. Obtén más revelación sobre el tema mediante la lectura del libro ***Los Vencedores: Las Primicias, el Hijo Varón y los Vencedores de la Gran Tribulación***, del mismo editor.

a nosotros, nos muestra Su persona y Su plan; nos da a conocer Su voluntad y Sus deseos; nos alumbra con respecto al camino que Él ha trazado para que andemos.

Todo esto debemos atesorarlo en nuestro corazón y vivirlo en nuestro día a día y en eso consiste retener la carga del Señor hasta que Él venga.

En esta situación de la Iglesia, el Señor habla de Su venida; eso quiere decir que Jezabel, con toda su fornicación y adulterio permanecerá hasta la venida del Señor.

Como hijos de Dios, debemos aprender a rechazar a Jezabel y a mirar por nosotros mismos. No podemos seguir su ejemplo, ni sus pisadas, ni sus ritos, ni sus costumbres, sino que por el contrario debemos mirar "*con cuidado cómo andáis, no como necios, sino como sabios. Aprovechad bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad del Señor*" (Efesios 5.15-17).

Los vencedores en Tiatira

Los siguientes tres versículos hablan de los vencedores en la situación de Tiatira: "*Al que venza y guarde Mis obras hasta el fin, Yo le daré autoridad sobre las naciones, y las pastoreará con vara de hierro, y serán quebradas como vasijas de barro; como Yo también la he recibido de Mi Padre; y le daré la estrella de la mañana*" (Apocalipsis 2.26-28).

Qué es vencer en Tiatira

Hemos visto que cada una de las situaciones de degradación de la iglesia afecta a todos los santos. En Tiatira como en las demás situaciones existe el ángel, que son los hermanos que en la época en que vivieron han sido fieles al Señor sin importar la situación de la mayoría del cristianismo.

En esta época en que vivimos las seis situaciones de degradación de la iglesia son patentes y se manifiestan en toda la iglesia y cada situación debemos vencerla.

En el caso de Tiatira, nuestra lucha es contra Jezabel, la gran ramera. Debemos tener presente lo que dice el Señor con respecto a ella.

Recordemos que ***en primer***

lugar ella se dice profetiza y no lo es. Esa es una clara prueba de que todo lo que dice tiene apariencia de ser la palabra de Dios, pero no es más que una falsa profecía. Debemos rechazar sus enseñanzas, no debemos aceptar nada de lo que ella dice y enseña, porque todo es mentira, son enseñanzas de demonios, son cosas que enseña satanás.

Igualmente, la gran ramera tiene la capacidad de seducir y enseñar a los hijos de Dios a cometer fornicación. Jezabel está llena de dioses, de santos y de vírgenes; ella vive en concubinato con muchos ídolos, pero no está comprometida con el Dios único, vivo y verdadero; ella es una adúltera y una fornicaria; no debemos aceptar nada de su fornicación ni su adulterio.

La malvada mujer seduce a los siervos de Dios a comer cosas sacrificadas a los ídolos. **Las misas y los ritos del catolicismo son todas una soterrada adoración a satanás, a los ángeles caídos y a los demonios, que están ocultos detrás de la multitud de ídolos que veneran y adoran**. Lo mismo ocurre con la llamada iglesia ortodoxa del oriente.

Igual ocurre con algunos grupos llamados cristianos; tienen una cantidad de ídolos que adoran y les dan otra apariencia. Hay grupos que engañan a las gentes diciéndoles que tienen la cruz del Gólgota, el agua del río Jordán y con todos esos fetiches ofrecen sanidades, milagros y un poco de cosas que engañan a las almas incautas. Hay un nombrado "*ministro*" que se hace llamar "*Jesucristo hombre*". Todo esto son las cosas sacrificadas a los ídolos.

Recordemos que hay un único lugar para adorar a Dios, que es nuestro espíritu humano: "*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*" (Juan 4.24). A Dios no se adora en un lugar físico, a Él se le adora en nuestro espíritu humano: "*si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano*" (Hechos 7.48).

Cuando adoramos genuinamente en el espíritu humano, no hay lugar para ningún intermediario entre Él y nosotros y de esa manera evitamos la idola-

tría.

Igualmente debemos vencer todo el engaño de Jezabel que tiene que ver con sus vestidos, que tiene apariencia de realeza y de autoridad, pero es solo apariencia. Debemos vencer sus adornos de oro, perlas y piedras preciosas, que no son más que apariencia y no constitución.

Ella fornica con los reyes de la tierra, se mezcla con los gobernantes del mundo y masacra al pueblo de Dios y oprime a la población en general.

No debemos participar de ninguna de sus obras perversas.

Nunca debemos olvidar que aun el Señor la ha marcado en la frente con un nombre horrible: ***MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA***.

Entre más distancia guardemos con la gran ramera mucho mejor. No participemos de sus pecados, de sus hechicerías, de su fornicación ni de sus abominaciones.

Igualmente, el Señor le pide al ángel de la iglesia en Tiatira que guarde las obras de Él hasta el fin. No sabemos cuánto tiempo demore el Señor en venir; creemos sinceramente que no ha de pasar de dos décadas, y Él nos pide que conozcamos Sus obras, que busquemos revelación de ellas y las guardemos hasta que Él venga.

Cada día que vivimos en esta tierra es una oportunidad que Él nos da para que conozcamos Sus obras y las guardemos; de esa manera seremos vencedores y ganaremos las dos cosas que nos promete: "*yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana*" (Apocalipsis 2.27-28)

1. Gobierno sobre las naciones

Vencer la situación degradada de Tiatira nos garantiza que entraremos en la manifestación del reino de los cielos y reinaremos con el Señor sobre las naciones, en un gobierno de justicia y paz, pero un gobierno igualmente estricto.

Durante el reino milenario

satanás será encadenado y echado al abismo y no habrá pecado en la tierra, es decir, el diablo no podrá activar su naturaleza maligna en los habitantes de la tierra, y los vencedores reinaremos y gobernaremos las naciones de acuerdo con la voluntad de Dios.

Ya no habrá quién se interponga, quien engañe a los hombres y nosotros como co-reyes con el Señor, quebraremos esas naciones como vaso de alfarero, lo que quiere decir que las moldearemos según la voluntad de Dios.

Los vencedores en el reino milenario seremos totalmente uno con el Señor y Su autoridad será expresada por medio de nosotros y solamente se hará Su deseo y nadie podrá interferirlo.

Esa autoridad es la misma autoridad del Padre, porque el Padre y el Hijo son uno, y nosotros seremos uno con Él. En otras palabras, la coinherencia que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hará extensiva a los vencedores, lo cual quiere decir que nosotros seremos uno con el Dios Tres-Uno y el Dios Tres-Uno será uno con nosotros; nosotros estaremos dentro de Él y Él estará dentro de nosotros.

2. La estrella de la mañana

La estrella de la mañana tiene varias connotaciones. **En primer lugar**, estamos viviendo en la noche oscura; estamos pasando la era de las tinieblas, estamos atravesando un desierto, pero nosotros somos como luminares en medio de esa noche oscura, en medio de una generación maligna y perversa: "*para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo*" (Filipenses 2.15).

En segundo lugar, en medio de la desolación y las tinieblas que hay en este mundo perverso, estamos atentos a la palabra del Señor, buscamos revelación y visión de ella y procuramos tener un vivir práctico de la palabra en nuestro día a día. De esa manera, el Señor va creciendo en nosotros hasta que Él, como estrella de la mañana salga en nuestros corazones.

La estrella de la mañana se ve cuando el alba está cer-

ca de despuntar, cuando las tinieblas están llegando a su fin y aparece la luz del día.

La venida del Señor es esa luz del día y Él está naciendo en nuestros corazones. Esa estrella de la mañana ya se puede ver en algunos hijos de Dios, lo que nos indica que Su venida está muy cerca: "*Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones*" (2 Pedro 2.19).

¡Merece la pena vencer a Jezabel y guardar las obras del Señor hasta el fin! ¡La estrella de la mañana ya está saliendo en nuestros corazones! ¡El día ya está esclareciendo! ¡Aleluya!

Capítulo 30
La Degradación en Sardis (1)

Gracias al Señor seguimos avanzando y recibiendo más revelación acerca de la condición degradada de la iglesia.

Deseamos enfatizar que no es nuestra intención atacar a nadie, ni a hermanos, ni a organizaciones, ni a ministerios, sino simplemente hacer conocer a los santos, al pueblo de Dios, la revelación de Su palabra, para que los hijos de Dios puedan ver un poco de lo que satanás ha hecho en medio del pueblo de Dios y salgan del engaño del enemigo y se vuelvan de todo corazón al Señor y Él los sane.

Tampoco pretendemos hacernos conocidos y famosos o fungir de salvadores o mesías y mucho menos formar "*una iglesia*", porque hemos afirmado una y otra vez que la iglesia es una y única y que quien la ha establecido y la está edificando es el Señor y nadie puede presumir de ser llamado por el Señor para edificar lo que Él se ha reservado en su sola potestad. Él es el edificador de Su cuerpo y nadie más: "***y sobre esta roca edificaré mi iglesia***" (Mateo 16.18).

Procuramos con este libro y con otros que manifiestan la carga que el Señor nos ha dado, hacer que la luz sea puesta en lo más alto para que alumbre a todos los que están en casa: "***Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa***" (Mateo 5.15).

Estamos convencidos de que,

en este tiempo, que con seguridad corresponde a la hora undécima, es decir, a la antesala inmediata de la venida de nuestro Señor Jesús, Él está buscando constituir las Primicias y cuando haya conformado esos ciento cuarenta y cuatro mil de que habla Apocalipsis 14.1-5, los transfigurará y los llevará vivos a Su trono. Desde ese momento en la tierra se producirá la Gran Tribulación, y al final de ella el Señor vendrá con nosotros para tomar posesión de los reinos y establecer el reino de los cielos, que es el reino milenario o las Bodas del Cordero.

Es por eso por lo que el Señor desea, mediante este libro, llamar la atención del lector, para que nos volvamos de todo corazón a Él y permitamos que nos muestre Sus obras y nosotros las hagamos y las guardemos hasta el fin. De esa manera seremos vencedores y tendremos entrada amplia y franca en el reino de Cristo.

Llegamos así a la quinta situación de degradación de la iglesia, que está contenida en la carta que el Señor le escribió al ángel de la iglesia en Sardis. Leamos su contenido: "*Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.1-6).

Primero debemos ver que Sardis es una ciudad que durante muchos años fue la capital del reino de Lidia (distinta de Libia contemporánea), que sus ruinas hoy están en Turquía y que fue destruida en 1402.

Se afirma históricamente que en Sardis se inventaron las monedas acuñadas que tanto in-

fluyen en la economía mundial. En el tiempo en que fue escrita la carta a la iglesia en Sardis, la ciudad correspondía al ámbito geográfico de Asia Menor. Hoy la ciudad está completamente en ruinas y las excavaciones realizadas por arqueólogos norteamericanos, a comienzos del siglo pasado, han permitido encontrar ruinas de un templo de la diosa Diana, restos de sinagogas judías y de templos cristianos, demostrando con estos últimos la degradación en que se encontraba la iglesia en esa ciudad cuando existió y la falta de visión que desde esa época tenían los hermanos.

Consideramos necesario recordar que de las siete cartas que el Señor les escribió a siete iglesias en siete ciudades en Apocalipsis 2 y 3, se muestran seis etapas de degradación de la iglesia, que abarca desde el primer siglo de la era cristiana hasta los tiempos que vivimos en la primera mitad del siglo XXI.

Sardis es una palabra griega que quiere decir el *remanente*, *lo restante o la restauración* y podemos decir que en el mensaje que el Señor quiere dar a la iglesia, corresponde a la reforma protestante que se inició desde el siglo XIV con creyentes como John Wycliffe, Jerónimo de Praga y Juan Hus y que continuó con Martín Lutero y John Calvino, quienes pueden ser considerados los grandes reformadores de la iglesia, especialmente en el siglo XVI de la era cristiana.

En cada una de las cartas, el Señor muestra algunas facetas de Su persona y de Su manera de actuar, de acuerdo con la necesidad particular en cada situación de degradación de la iglesia.

Al ángel de la iglesia en Sardis el Señor se muestra como *el que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas*. ¿A qué se refiere cada una de estas dos afirmaciones?

Si miramos Apocalipsis 4, podemos ser ayudados por el Espíritu para entender a qué se refieren los siete Espíritus. Juan, estando en la isla de Patmos ***a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús*** Apocalipsis 1.9, cuando llega al capítulo 4 de ese libro afirma: "***Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube***

acá, y Yo te mostraré las cosas que han de suceder después de éstas. Y al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado... y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios" (Apocalipsis 4.1-2, 5).

Después de pasar por muchos sufrimientos y tribulaciones, Juan es tomado por Dios para revelarle misterios muy profundos que quedaron consignados en la Biblia, misterios de los que hoy necesitamos revelación. Para lograrla, debemos seguir los pasos que siguió nuestro hermano. Estando en comunión con el Señor miró y vio el cielo abierto, y la voz que le venía hablando lo invitó a subir para mostrarle las cosas que sucederían después de haberle mostrado acerca de la degradación de la iglesia.

La posibilidad de que el cielo se abriera y que viera las cosas profundas de Dios, no es solamente para Juan, sino que debe ser nuestra realidad hoy: "*mas hablamos la sabiduría de Dios en misterio; es decir, sabiduría que ha estado encubierta, la cual predestinó Dios, antes de los siglos, para gloria nuestra; la cual no ha conocido ninguno de los jefes de este siglo; porque si la hubiesen conocido, no hubieran crucificado al Señor de la gloria: mas, según está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, y que jamás entraron en pensamiento humano —las cosas grandes que ha preparado Dios para los que le aman. Pero a nosotros nos las ha revelado Dios por medio de su Espíritu; porque el Espíritu escudriña todas las cosas, y aun las cosas profundas de Dios*" (1 Corintios 2.7-10—Versión Moderna).

Cuando uno ve la frase *sube acá*, inmediatamente piensa que ese subir es hacia arriba, porque pensamos en nuestra mente que el cielo está arriba. Pero debemos tener en cuenta que aquello que para ti es arriba, para tu antípoda—la persona que está en el otro lado de la tierra, en un punto diametralmente opuesto a donde tú estás— sería abajo. Entonces *sube acá*, no se trata de ir hacia arriba espacialmente, sino de entrar en la esfera del espíritu. Cuando entramos en esa esfera podemos ver los misterios de Dios.

Por eso Juan declara: "*Y al instante yo estaba en el espíritu*". Para poder tener revelación y ver

las cosas santas, necesitamos usar nuestro espíritu humano. A Dios, Su persona, Sus misterios y Su voluntad se pueden conocer solamente mediante nuestro espíritu humano.

Cuando Juan tuvo la visión de Apocalipsis 4 y 5, Él estaba físicamente en la isla de Patmos, no se movió de ahí, pero él era un hermano que sabía entrar, vivir y andar en el espíritu. Por eso su declaración estupenda: *Y al instante yo estaba en el espíritu*. Cuando entramos en el espíritu tenemos revelación y tras la revelación viene la visión. Observe lo que Juan declara inmediatamente: "*Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado*" (Apocalipsis 4.2).

Esta es una visión genuina que viene del Espíritu en nuestro espíritu. Una vez que Juan estuvo en el espíritu, inmediatamente vio el trono de Dios y a Él sentado en Su trono. En el cristianismo hay tantas visiones que no pasan de ser imaginaciones de los "*videntes*" y se dicen tantas cosas que no pasan de ser tonterías de la carne de quienes confiesan verlas.

Juan entonces vio el cielo abierto, oyó la voz que lo invitó a subir, entró en su espíritu y vio el trono de Dios y al Señor sentado en él con Su apariencia esplendorosa, la que describe recurriendo a un lenguaje muy elevado y a la vez simbólico.

Como queremos llegar al punto de lo que hemos iniciado, que es la declaración que el Señor le hace al ángel de la iglesia en Sardis, cuando afirma que Él *tiene los siete espíritus de Dios, encontramos que entre las cosas que Juan ve delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios* Apocalipsis 4.5.

Describir las cosas divinas con lenguaje humano es bien difícil y necesitamos una gran dosis de misericordia del Señor, para que sea Él quien nos revele estas palabras que son por demás elevadas, y no sea el enemigo, ni nuestra carne, quienes participan en la interpretación de las cosas santas.

En el Antiguo Testamento Dios tenía solamente naturaleza divina pero no estaba mezclado con la naturaleza humana; sin embargo, en el Nuevo Testamento, cuando Jesús fue concebido en el vientre de María,

ahora las dos naturalezas, la humana y la divina se mezclaron, y esa mezcla es perpetua, es decir ya nunca más puede deshacerse, va hasta la eternidad.

Al estar unidas las dos naturalezas, Dios lleva adelante Su plan eterno de mezclarse totalmente con el hombre, de unir Su naturaleza divina con la naturaleza humana, y si miramos la simbología de los números sabemos que tres se refiere a Dios Tres-Uno y cuatro hace referencia a la creación, cuya criatura más prominente es el hombre; entonces podemos concluir que los siete Espíritus, de los que se habla exclusivamente en Apocalipsis y en Zacarías, es Dios Tres-Uno como el Espíritu Santo septuplicado, mezclado con el hombre, para consumar Su obra eterna, pues en Apocalipsis se describe la consumación de la obra de Dios.

Como complemento, leamos Apocalipsis 1.4, 5: "*Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra*". Aquí la presentación del Dios Tres-Uno difiere de la forma como es presentado en otras partes de la Biblia, donde tiene el orden de Padre, Hijo y Espíritu; pero aquí se presenta como el Padre—el que es, el que era y el que ha de venir—, después el Espíritu—y de los siete espíritus que están delante de su trono—, y finalmente el Hijo—y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra.

El Espíritu no es presentado en este pasaje como el Espíritu de Jehová, ni como el Espíritu Santo, ni como el Espíritu de Jesús, ni como el Espíritu de Cristo, ni como el Espíritu de Jesucristo, ni como el Espíritu, sino como los siete Espíritus que están delante de Su trono, lo que indica que, en la consumación de la obra del Señor, Él se ha intensificado siete veces.

El número siete, insistimos una vez más, se conforma por la suma de tres y cuatro, que representa a Dios y al hombre respectivamente, fundidos en uno para llevar adelante la consumación del plan de Dios. Si quieres, también puedes formar siete de

uno más seis. Uno se refiere a Dios único y seis es el hombre, porque fue creado en el sexto día. El énfasis que deseamos hacer en esta palabra se refiere a que los siete espíritus de Dios es Dios mezclado, amalgamado con el hombre llevando a cabo la consumación de Su obra de redención.

Por eso, en la visión que Juan tuvo en Apocalipsis 4.5 dice que *delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios*. No dice que ardían siete lámparas o que las lámparas tenían fuego, sino que son siete lámparas de fuego.

Podemos atribuir dos funciones al fuego: La primera, el fuego produce luz y alumbra para disipar las tinieblas, lo que indica que para llegar al trono de Dios, debemos pasar por la luz, que es Él mismo (las lámparas son los siete Espíritus de Dios), y ser expuestos por Su luz. Si en nosotros hay manchas y arrugas o cosas semejantes, no podremos llegar al trono. Pero si aún esa es nuestra condición, el Señor provee una solución, porque la segunda característica del fuego es la de quemar todas las impurezas y purificarnos.

Siempre que estamos en el espíritu, como estuvo Juan después de que oyó la voz que lo invitaba a subir, el Espíritu nos alumbra y expone nuestra condición, y si nos mantenemos en el espíritu, los siete Espíritus de Dios nos impelen a arrepentirnos a confesar nuestras faltas y somos limpios con la sangre del Señor Jesús y limpios de toda maldad. De esa manera tenemos el camino expedito para estar con Dios en Su trono: *"Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" 1 Juan 1.5-7.

El capítulo 5 de Apocalipsis, que es continuación del capítulo 4, nos muestra más de los siete Espíritus de Dios en el versículo 6: "*Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales*

son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra."

Aquí el Cordero—el Hijo—es presentado por Juan como el que tiene siete cuernos y siete ojos que son los siete Espíritus de Dios, pero ahora son enviados por toda la tierra. Cuando el Señor Jesús ascendió y se sentó en el trono de la majestad en las alturas, Él no se sentó para descansar, sino que desde Su trono está completando Su obra en la tierra, por eso dice que los siete cuernos y los siete ojos son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra.

Los cuernos son símbolo de fuerza y poder para la lucha. Hoy el Espíritu de Dios está septuplicado en intensidad para luchar y derrotar a satanás y sus ángeles caídos y sus demonios. A lo largo de los siglos satanás se ha apoderado del mundo y de las personas y ha hecho una obra de degradación y destrucción que requiere mucho poder para derrotarla. El Señor ha intensificado Su poder siete veces y en nosotros Sus hijos, está derrotando el poder y las fuerzas del maligno, y un día vendrá con nosotros para tomar posesión de los reinos del mundo y reinar sobre la tierra: "*El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*" (Apocalipsis 11.15). De esta manera será completamente destruido satanás y su reino.

Igualmente, Juan vio al Cordero inmolado que tenía siete ojos, a los que se refiere también que son los siete Espíritus de Dios, y que son enviados por toda la tierra. La mezcla total y absoluta de la naturaleza de Dios con la naturaleza humana, potenció en el Señor la visión para escudriñarlo todo, para que nada quede oculto en Su presencia; aun nuestros pensamientos son conocidos por Él. De esta manera se presenta al ángel de la iglesia en Sardis: ***El que tiene los siete espíritus de Dios***.

En Resumen, debido a que el Señor es los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra, las siete lámparas que están delante del trono, los siete cuernos y los siete ojos, nos está indicando que Él es todo suficiente para

llevar a cabo Su obra de derrotar completamente al enemigo, de purificarnos de nuestras conductas inapropiadas, y de hacer de nosotros hijos que tengan Su estatura, que sean el hombre de plena madurez que le dan frutos para Su disfrute, que llegan a la unidad de la fe y que lo conocen plenamente.

Además, se presenta el Señor al ángel de la iglesia en Sardis como el que ***tiene las siete estrellas***, mientras que al ángel de la iglesia en Éfeso le dice que Él ***tiene las siete estrellas en su diestra***. Aquellos hijos de Dios que en medio de la degradación de la iglesia nos mantenemos fieles y firmes al Señor, que no miramos las circunstancias, ni escuchamos a satanás y su engaño, el Señor nos mantiene en Su diestra y la diestra es señal de poder. Igualmente, somos los que brillamos como luminares en medio de este mundo que es perverso y malo.

El Señor nos está diciendo que no temamos la oposición, la calumnia, el desprecio, el hecho de que seamos una manada pequeña; igualmente nos alienta a que nos mantengamos firmes ante el oprobio, ante el rechazo y la incomprensión de los mismos hermanos, porque Él nos tiene en Su diestra, nos está sosteniendo con Su poder. Él está en Su trono, por encima de reyes, de gobiernos, de príncipes, de ejércitos y de todos aquellos que tienen poder, y nada puede sacarnos de su protección y nada puede ocurrirnos distinto a Su deseo.

Confiemos plenamente en Él y sigamos adelante siendo uno con Él en Su obra de encontrar y formar las primicias para venir a la tierra y tomar plena posesión de ella: "*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre*" (Juan 10.27-29).

Seamos Sus ovejas que oyen Su voz porque lo conocemos, que lo siguen por donde quiera que va; y tengamos la seguridad de que no pereceremos jamás; disfrutemos hoy la vida eterna que Él nos suministra y tengamos la certeza de que nunca seremos quitados de Su mano.

Una vez que el Señor se ha

presentado al ángel de la iglesia en Sardis, comienza a mostrarle los distintos puntos en que la iglesia se ha degradado en esa etapa: "*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*" (Apocalipsis 3.1).

La degradación en Sardis no es menos profunda que en Tiatira y aquí hay un problema muy grave y serio: **la muerte**.

Dios no tiene ni puede tener en su esencia nada de muerte, porque Él es vida, Él es la vida eterna, y la iglesia en Sardis está llena de muerte. Tiene nombres de vida, apariencia de vida, pero su contenido es muerte. La muerte es lo más inmundo que hay en el universo.

En el Antiguo Testamento, ni el pueblo de Dios ni quienes servían a Dios debían tener contacto con la muerte y cuando se contaminaban con algún cadáver, bien fuera animal o humano, existía un estricto rito de purificación.

Veamos. "*El que tocare cadáver de cualquier persona será inmundo siete días. Al tercer día se purificará con aquella agua, y al séptimo día será limpio; y si al tercer día no se purificare, no será limpio al séptimo día. Todo aquel que tocare cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel; por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él*" (Números 19.11-13).

Cuando una persona pecaba, era inmunda hasta la tarde y era limpia mediante el rito correspondiente, pero una persona que tocara un cadáver era inmunda durante siete días. Esto quiere decir que para el Señor el pecado es inmundo y reprochable, pero la muerte es mucho más inmunda y reprochable.

La iglesia en Sardis a los ojos del Señor está llena de muerte. Eso dice la Biblia.

El israelita que se había contaminado con la muerte debía purificarse al tercer día y a pesar de purificarse, seguía siendo inmundo durante cuatro días más y era limpio solamente después de séptimo día. Si la persona no se purificaba al tercer día, perdía la oportunidad y debía ser cortada definitivamente del pueblo de Israel.

Dios no puede tolerar ni un "*miligramo*" de muerte. Su naturaleza es vida y santidad y la muerte es inmunda. Aunque Él se sometió en Su Hijo a sufrir la muerte y a pasar por ella para derrotarla, hoy está en resurrección, en ascensión y en gloria y no tiene ni tolera nada que tenga que ver con la muerte. Él la derrotó para siempre con Su resurrección y ya no tiene ni tendrá ninguna relación con la muerte.

El tercer día es un tipo de la resurrección del Señor, pues ese fue el día en que Él culminó Su obra de derrotar la muerte. Esa obra de resurrección hoy está en los siete Espíritus—el Espíritu—que mora en nuestro espíritu humano, y en la medida que lo disfrutamos, derrotamos la muerte

Lamentablemente, a pesar de que el Señor derrotó la muerte en Su resurrección, satanás logró introducirla en la iglesia en la etapa de Sardis, debido a la falta de vigilancia de los hermanos y del ángel de esa iglesia.

La iglesia evangélica contemporánea alrededor del mundo está dividida en miles de facciones y eso en sí es una manifestación de muerte. Es como un cuerpo que tiene divididos su miembros: un brazo en un lado, el tronco en otro, el corazón allá, la cabeza aquí, las piernas más allá y todos los miembros esparcidos por distintos lugares; ya no se puede hablar de un cuerpo, sino de un cadáver. Esa es la iglesia evangélica contemporánea.

Para añadir más abominación, satanás se ha jugado un as, haciendo que los hermanos le pongan distintos nombres a cada una de las "*iglesias*" y esos nombres aparentan ser nombres de vida.

No queremos mencionar ninguno para no ofender a los hijos de Dios y para no constituir este libro en un ataque contra nadie; el lector puede mirar en su entorno y ver los distintos nombres con los que se denominan las iglesias evangélicas y los grupos libres. Por favor, entendamos que todos ellos son expresiones de muerte.

No hay en la Biblia, la palabra de Dios, un solo nombre para la iglesia. Ponerle nombre a la iglesia es llenarla de muerte, es dividirla y distinguirla de "*otras iglesias*", es considerarse

peculiar y distinto de los demás santos y es una forma de fornicación y adulterio espirituales, heredados de Jezabel en el catolicismo romano.

No importa cuántos argumentos tengas para denominar "***las iglesias***" con nombres particulares, ellos son una demostración y manifestación de que la muerte invadió sus predios. **Sardis tiene nombre de que vive, pero lamentablemente está muerta**.

Cuando Martín Lutero clavó en las puertas del palacio de Wittenberg sus 95 tesis en contra de las mentiras del papa y la iglesia católica romana y los posteriores aportes de distintos reformadores tales como Juan Calvino, Ulrico Zwinglio, Martín Brucer, Guillermo Farel, Teodor de Beza, Juan Knox, Katerina Von Bora y Guillermo Thendale, entre otros, se dio algo de restauración de la iglesia, pero muy pronto se llenó de muerte, y hoy está saturada de muerte.

Eso es lo que el Señor le dice al ángel de la iglesia en Sardis cuando afirma: "*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*" (Apocalipsis 3.1). Apreciado lector, abre bien los ojos y pon atención a lo que dice el Señor, no lo dice el autor de este libro, sino el Señor. Él dice que todas las obras de Sardis son obras de muerte, que a pesar de tener nombres de vida su contenido es muerte.

¿Cuál fue la razón para que satanás llenara de muerte a la iglesia en la etapa de Sardis? La falta de vigilancia de los santos: "*Sé vigilante*" (Apocalipsis 3.2). Al igual que ocurrió en Éfeso a la iglesia llegaron falsos apóstoles, falsos profetas y falsos maestros. La diferencia es que en Éfeso los hermanos los descubrieron y los hallaron mentirosos y los echaron de su medio, pero ***en Sardis no hubo quien vigilara y la iglesia se llenó de estos falsos apóstoles, falsos profetas, falsos maestros y falsos pastores, introductores de muerte***.

Todos ellos son ministros de satanás vestidos como ángel de luz: "*Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se transfiguran para hacerse pasar por apóstoles de Cristo. Y no es de maravillarse, porque el mismo Satanás se*

transfigura en ángel de luz. Así que, no es gran cosa si también sus ministros se transfiguran para hacerse pasar por ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras" (2 Corintios 11.13-15)

Después del siglo XVI en la iglesia protestante se levantaron pastores, líderes, reverendos, apóstoles, profetas, maestros, entre otros títulos, y se auto proclamaron como tales y lo único que hicieron fue llenar la iglesia de muerte. Todas las obras que el Señor conoce en Sardis están llenas de muerte: *tienes nombre de que vives, y estás muerto*.

Aunque después del siglo XVI el evangelio se ha expandido en buena parte de la tierra, tenemos el temor de que ese evangelio no es genuino, no es el evangelio que el Espíritu una vez anunció por medio de Pablo, Pedro, Juan y otros hermanos, y del que Pablo mismo dijo que ni un ángel del cielo, ni siquiera él mismo podía cambiarlo: "*Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema. Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo*" (Gálatas 1.6-10).

Lo que les ocurrió a los gálatas le ocurre a la iglesia contemporánea. Cada división, cada denominación y cada grupo libre sigue un evangelio diferente, un evangelio acomodado a los intereses de cada líder, un evangelio que no es el Señor mismo, que no es el evangelio que una vez, sólo una vez, el Espíritu nos entregó.

Como declara la palabra no hay otro evangelio, porque el evangelio es uno, pero sí hay numerosos líderes que perturban a los hijos de Dios pervirtiendo el evangelio de Cristo.

El mismo Espíritu selló el único evangelio cuando declaró: "*si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis*

recibido, sea anatema".

¿Por qué hay evangelios distintos del único y genuino evangelio que es la persona misma del Señor Jesucristo? Por dos razones fundamentales: **la primera**, porque los predicadores de esos evangelios quieren agradar a los hombres antes que al Señor, desean el favor de los hombres antes que el favor de Dios.

La segunda razón es porque ***entre los líderes predicadores no hay revelación***. El Espíritu dice a través de Pablo: "*Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo*" (Gálatas 1.11-12). Es muy difícil, casi imposible encontrar en los predicadores modernos aunque sea un poco de revelación; la mayoría de ellos hablan sus palabras, aparentemente basadas en la Biblia, pero ninguno de ellos habla la palabra de Dios, porque no tienen revelación, y no tienen revelación porque no la buscan, no les interesa buscar la voluntad del Señor, sino que buscan palabras que calienten la emoción de quienes los oyen para manipularlos, para buscar su favor, para ganar fama y riquezas materiales, pero no para agradar al Señor. El afán de los predicadores contemporáneos está en convencer a un poco de incautos para que los sigan a ellos.

Razón tiene el Espíritu Santo cuando dice a través de Pablo*: "Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis"* (2 Corintios 11.2-4).

Desde el tiempo en que Pablo vivía ya había este problema. Por eso él declara que tiene celos de Dios hacia los hermanos de Corinto, porque los había desposado con un único esposo: Cristo, y este desposorio tenía un fin: casarlos con el Señor, pero para ese casamiento los hermanos deben mantenerse como una virgen pura para Él.

Es necesario aclarar el sentido de dos palabras en este pasaje. La primera es *desposar*. Esta palabra *no significa matrimonio sino compromiso*. Cuando una pareja se desposa, aun no se ha casado, sino se ha comprometido para casarse más adelante. Pablo nos comprometió con Cristo para que nos casemos en las Bodas del Cordero, que será el reino milenario, que es la manifestación plena del reino de los cielos.

Pero para poder casarnos con el Señor es necesario conservarnos como vírgenes puras, y pureza es la segunda palabra. *Ser puros no es solamente ser limpios, vivir una vida santa, sino que la pureza tiene que ver con no mezclarse con nada distinto a la persona y la obra del Señor*.

Efesios 5.25-27 dice que "*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*". Tener una mancha es tener una cosa extraña en el interior que no pertenece a la naturaleza de quien la tiene. Por ejemplo, una esmeralda pura tiene un color verde intenso y es transparente. Si la esmeralda tiene en su interior, aunque sea un pequeño punto blanquecino, pierde su pureza y su valor se reduce.

Para que un creyente sea puro, sin mancha, no debe tener nada distinto a Cristo en su constitución.

Somos puros cuando en nuestro interior se ha constituido solamente Cristo y nadie más que Él y ***si Cristo está constituido plenamente en nuestro interior, solamente Él se manifestará en nuestro vivir***.

Después de que Pablo nos comprometió con Cristo, su aspiración fue la de presentarnos *como una virgen pura a Cristo*, con el fin de casarnos con Él. Pero en Pablo había un temor: "*Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros pensamientos, apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo*" (2 Corintios 11.3).

Mientras vivamos en este tabernáculo siempre seremos atacados por satanás, y el pun-

to donde nos ataca es en nuestra mente con el fin de apartar nuestros pensamientos de la sencillez y de la pureza que hay en Cristo.

El campo de batalla de todo creyente es la mente. El Señor como el Espíritu que mora en nuestro espíritu humano, desea tomar nuestra mente y llenarla de los pensamientos sencillos y puros de Cristo. La naturaleza diabólica que está en la carne lucha por penetrar nuestra alma y llenarla de pensamientos buenos y corruptos e inmundos, que nos apartan del Señor. Esa lucha se da cada instante de nuestra vida y depende del ejercicio de nuestra voluntad, dónde vamos a poner nuestra mente, si en el espíritu o en la carne: "*Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz... Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis*" (Romanos 8.5-6; Gálatas 5.17).

El versículo de Gálatas 5.17, tomado de la versión la Biblia de las Américas es muy esclarecedor. La carne y el Espíritu están en una lucha permanente, de tal manera que, como creyentes, no podemos hacer lo que queremos; o estamos en el espíritu y nuestro vivir está lleno de vida o pensamos en las cosas de la carne y estamos llenos de muerte.

Pablo nos recuerda que satanás es muy astuto y que con su astucia engañó a Eva en el Huerto de Edén y logró apartarla, junto con Adán, de la fidelidad para con Dios y él teme que a nosotros nos ocurra lo mismo.

¿Y cómo nos aparta satanás de la sencillez y fidelidad para con Cristo? "*Porque si alguien viene y predica a otro Jesús, a quien no hemos predicado, o recibís un espíritu diferente, que no habéis recibido, o aceptáis un evangelio distinto, que no habéis aceptado, bien lo toleráis*" (2 Corintios 11.4). Esa es la respuesta sencilla del Espíritu.

Lamentablemente los predicadores contemporáneos presentan a un Jesús que el Espíritu no presentó originalmente; igualmente dan a otros un espí-

ritu diferente al que dio inicialmente el Señor; de la misma manera el evangelio predicado por ellos es distinto al que el Espíritu predicó a través de Pablo y de los demás hermanos que completaron la Biblia. Este es el gran engaño de satanás en la iglesia contemporánea.

Líderes del cristianismo, hablamos para ustedes, y lo hacemos con el amor del Señor y con todo el respeto que ustedes nos merecen, sabiendo que entre ustedes hay algunos genuinos hijos de Dios, como también hay muchos falsos maestros y a unos y otros amonestamos: ***el evangelio que ustedes predican, el espíritu que ustedes suplen y el Jesús que ustedes presentan está muy distante del Jesús, el espíritu y el evangelio que una vez fue dado por el Espíritu Santo a través de Pablo y los otros apóstoles que fueron usados por el Señor para completar la Biblia. Ustedes están engañados por satanás y así mismo están engañando a sus seguidores. Ustedes son opositores al desarrollo del plan de Dios. ¡No lo estorben más!***

¿Cuál es la razón de esta situación? Que ustedes han sido guiados por su mente carnal, no sometida al espíritu. Ustedes no buscan revelación, ustedes anuncian un evangelio recibido de hombres en institutos bíblicos y en seminarios, lo mismo que en su imaginación, pero no tienen el evangelio según Jesucristo que se da por revelación en el espíritu humano: "*Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo*" (Gálatas 1.11-12).

Por favor no echen estas palabras en saco roto, no las echen a sus espaldas. Es posible que ustedes no estén de acuerdo con ellas; sin embargo, les rogamos que las consideren delante del Señor y Él los orientará en todo.

En resumen, el Señor llama nuestra atención para que miremos en nuestro espíritu si el evangelio que predicamos y se nos predica es genuino, si el Jesús que se nos presenta es el auténtico Jesús que es Dios mismo o es uno diferente y si se nos da el espíritu que el Señor quiere que recibamos o se nos está inoculando un espíritu diferente al original de las Escrituras. Cada

uno de nosotros debemos aspirar a que el evangelio que anunciamos nos sea revelado por Jesucristo y no sea un evangelio de hombres ni por hombres.

Tener un evangelio de hombres y por hombres hace que estemos llenos de muerte y esto es lo que el Señor le reprocha al ángel de la iglesia en Sardis.

Capítulo 31
La Degradación en Sardis (2)

No todo está perdido en Sardis

Sin embargo, no todo lo que hay en Sardis está irremediablemente perdido. El Señor le dice más al ángel de esa iglesia: "*Sé vigilante, y afirma las cosas que quedan, las que están a punto de morir; porque no he hallado que tus obras hayan sido acabadas delante de Mi Dios*" (Apocalipsis 3.2).

A pesar de todo, en Sardis aún hay cosas que tienen algo de vida, pero hay un inminente peligro, están a punto de morir. Las cosas que tienen vida, que proceden de la vida eterna, es necesario afirmarlas, aferrarse a esa vida. ***Afirmar las cosas es volverse al espíritu y tener comunión con el Señor que está ahí como el Espíritu. Volvernos al Espíritu nos llena de vida, la vida eterna***.

Afirmar las cosas que están a punto de morir consiste sencillamente en poner la mente en el espíritu, en pensar en las cosas del espíritu. Un creyente es espiritual si piensa en las cosas del Espíritu, si pone su mente en el espíritu o el creyente es carnal si piensa en las cosas de la carne, si pone la mente en la carne; en el último caso su vivir está lleno de muerte.

Es necesario recordar aquí que la carne no se refiere solamente a cosas malas a cosas pecaminosas, sino que la carne tiene cosas buenas, muy buenas y excelentes. Recordemos que la carne se formó cuando el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal y nótese que en ese árbol hay las dos cosas: bien y mal, y el resultado de ambas es la muerte: "*mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás;*

porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2.17).

El mundo religioso busca diferenciar lo que es bueno de lo que es malo y no se da cuenta que el origen del bien y del mal es el mismo y que su resultado es único: ***la muerte***.

Todo aquello que no tiene su origen en el Señor, sea bueno o sea malo, procede de satanás y tiene como resultado la muerte. Nuestras obras nuestras palabras y nuestros pensamientos necesitan originarse en el Señor, proceder de Él. Siendo así nuestro vivir será de vida eterna y habremos vencido a la muerte.

El Señor le dice al ángel de la iglesia en Sardis que afirme las cosas que están para morir y que no ha hallado sus obras acabadas—completas— delante de Dios.

Las congregaciones cristianas evangélicas tienen miles de obras a lo largo y ancho del mundo, donde tienen asiento, pero ninguna de ellas es conforme a la voluntad del Señor, no son completas en Él, porque el Padre no ha sido el origen de esas obras.

En todas esas obras tiene aplicación lo dicho por el Señor en Mateo 7.21-23: "*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad*".

El día del Tribunal de Cristo que es *aquel día* del pasaje, en el que todos los creyentes serán juzgados por el Señor para saber si cumplen los requisitos que les permita entrar en el reino de los cielos, muchos se presentarán delante del Señor con un gran número de obras que hicieron mientras estuvieron en la tierra: profecías acerca de eventos futuros, expulsión de demonios en el nombre del Señor y obras muy poderosas. Ellos creen que por estar precedidos de esas obras de profecía, de expulsión de demonios y de milagros, tienen abiertas las puertas del reino de los cielos. Pero oigan la respuesta del Señor: ***Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad–maldad—***.

¿Por qué el Señor reprochará las obras de esos creyentes?

Porque esas obras no fueron hechas según la voluntad del Padre. En otras palabras, no fue el Padre quien hizo las obras, sino que fueron obras de iniciativa de ellos. Todo lo que no se origina en el Padre, que está en Su trono en el cielo y a la vez en el espíritu de cada creyente, son obras incompletas, llenas de muerte. Esta es la condición de la iglesia en Sardis.

Si tú apreciado lector quieres hacer obras que te franqueen la entrada al reino delos cielos, quisiéramos recomendarte las descritas por Pedro en su segunda carta: "*Ya que Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el pleno conocimiento de Aquel que nos llamó por Su propia gloria y virtud, por medio de las cuales Él nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; y por esto mismo, poniendo toda diligencia, desarrollad abundantemente en vuestra fe excelencia; en la excelencia, conocimiento en el conocimiento, dominio propio; en el dominio propio, perseverancia; en la perseverancia, piedad; en la piedad, afecto fraternal; en el afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán ociosos ni sin fruto para el pleno conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas es ciego y tiene la vista muy corta; habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, sed aún más diligentes en hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no tropezaréis jamás. Porque de esta manera os será suministrada rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*" (2 Pedro 1.3-11).

El Señor por Su poder divino nos ha entregado todas las cosas que hacen parte de la vida eterna y de la piedad, que no es nada diferente a que Dios sea expresado en nuestro diario vivir; y ese divino poder y las cosas de la vida y de la piedad han hecho que escapemos del mundo corrupto, corrupción que se manifiesta mediante la concupiscencia que satanás inoculó en los seres humanos.

El Señor nos dio todo esto en el momento en que por fe lo recibimos en nuestro espíritu: escapamos de la corrupción que hay en el mundo y recibimos la vida y la piedad y llegamos a ser participantes de la naturaleza

divina de Dios. Esta es la fe.

Debemos tener claridad de que nuestra vida de creyentes es una vida dinámica, que no se estanca, que no se detiene, sino que normalmente debe crecer cada día, así como crece un niño después de que ha nacido.

Es por eso que el Espíritu usa una frase bien sencilla: ***por esto mismo, poniendo toda diligencia***. Por fe nosotros recibimos todo lo que Dios es, todo lo que Él tiene y todo lo que Él ha hecho en el proceso de redención, pero ahora debemos ser diligentes y además de ser diligentes, debemos poner toda diligencia, para que a nuestra fe sean añadidas siete virtudes, que nos llevarán a la plena madurez y a tener una amplia entrada en el reino de los cielos, que es el reino de nuestro Señor Jesucristo.

Consideremos brevemente estas virtudes:

Excelencia.

Fe es creer y creer es recibir. Por fe recibimos todo lo que Dios es, tiene y ha logrado, y lo hacemos nuestro disfrute diario. Cada día ponemos toda diligencia, para que todas esas riquezas que hemos recibido y están en nuestro espíritu lleguen a nuestra alma y manifiesten a nuestro Señor en nuestros pensamientos, palabras y hechos.

En la medida que somos diligentes en entrar en nuestro espíritu humano, donde está el trono de la gracia, a nuestra fe le es añadido un vivir de excelencia, un vivir que agrada al Señor en todo, un vivir que le da frutos para Su satisfacción y deleite: "*para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios*" (Colosenses 1.10).

Nuestro andar debe ser un andar digno de los hijos de Dios. Nosotros no pertenecemos a una familia común, sino que hacemos parte de la familia más elevada que hay en el universo: la familia de Dios. Por eso, en toda nuestra manera de vivir, debemos tener un testimonio que agrade al Señor. Nuestras palabras, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras obras deben ser de Su completo agrado y deleite. De esa manera andaremos como es digno del Señor.

Nuestras obras deben ser frutos agradables y deleitosos para el Señor y en cada situación de

nuestro vivir debemos conocer al Señor en nuestro espíritu y crecer en Él. El Espíritu nos anima aún más a que miremos *atentamente cómo andéis, no como necios sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor.* (Efesios 5.15-17).

Conocimiento.

Junto con un vivir excelente, debemos añadir a nuestra fe conocimiento. ¿Conocimiento de qué o de quién? Naturalmente del Señor Jesús. Pero ese conocimiento no es un conocimiento mental que se da en nuestra alma, sino un conocimiento espiritual que se da en nuestro espíritu humano, mediante revelación: "*Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual... para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él* " Colosenses 1.9; Efesios 1.17. El pleno conocimiento de Dios se da en el espíritu humano y mediante revelación: *"y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*" (Mateo 11.27). La palabra es contundente: ***podemos conocer al Padre y al Hijo solamente mediante revelación que nos da el Espíritu en nuestro espíritu***. Debemos ser diligentes en añadir a nuestra alma cada día más conocimiento espiritual de Dios, desde nuestro espíritu humano, y en la medida que ese conocimiento es real en nosotros, vamos creciendo en el Señor.

La salvación completa se da cuando nuestra alma, que tiene mente, voluntad y emoción, esté completamente saturada de todas las riquezas de Dios, que están en nuestro espíritu; están ahí desde el momento en que recibimos al Señor creyendo en Su nombre.

Para saturar nuestra alma debemos poner toda diligencia y debemos añadirle el conocimiento que se da mediante revelación en el espíritu humano.

Dominio propio.

El dominio propio es sinónimo de templanza. Uno de los mayores problemas y dificultades que tiene el Señor para transformarnos y conformarnos es nuestro carácter. Nuestro carácter viejo y natural es bien complicado; nuestro corazón no

transformado es complejo y muy problemático, pero en la medida que disfrutamos al Señor, nuestro corazón se va volviendo más sencillo y simple, nuestro carácter más apacible.

Nuestro carácter debe ser transformado hasta que llegue a ser el mismo carácter del Señor Jesús. Tener dominio propio quiere decir que cada vez que pensamos, decimos o decidimos algo, primero lo consultamos con el Señor para conocer su aprobación o desaprobación y no nos dejamos dominar por los impulsos naturales de nuestra alma caída.

Tal vez este sea el talón de aquiles de la mayoría de los creyentes. Cuánto nos falta reposar en el Señor en todas las áreas de nuestra vida. Diariamente vivimos angustiados, afanados y acelerados, tratando de resolver las dificultades que se nos presentan, pero no hemos aprendido a esperar pacientemente en el Señor, creyendo que a quienes le amamos, todas las cosas nos ayudan a nuestro crecimiento, creyendo que Él tiene cuidado de nosotros y que nada de lo que nos ocurra está fuera de Su alcance y de Su soberanía.

Hay unos versículos en los Salmos que es bueno considerar aquí: *"Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová. Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza, y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira... Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará"* (Salmos 40.1-4; 37.4-5).

¡Cuánto necesitamos que estas palabras además de estar escritas en la Biblia, sean realidad en nuestro diario vivir!

Perseverancia.

También debemos añadir a nuestra fe perseverancia. Esta palabra puede considerarse también como constancia, longanimidad y paciencia.

El Señor nos ha llamado para que seamos salvos de la corrupción que hay en el mundo, y luego nos ha hecho un segundo llamado para que seamos parte de las Primicias. Sin embargo, muchas veces dudamos, perdemos

la esperanza, nos angustiamos y hasta pensamos en desistir de seguir al Señor, pero nos volvemos al espíritu, tenemos comunión con el Señor y nuestra perseverancia es avivada.

Al mirar el estado de caos que hay en el mundo y la degradación de la iglesia, quisiéramos que el Señor cumpliese Su promesa y viniese ya, pero tocamos Su palabra en el espíritu y Él nos dice: "*El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*" (2 Pedro 3.9).

¿Por qué el Señor no ha venido aún? La respuesta divina es muy diciente: porque es paciente para con nosotros. Esa paciencia no es para con los incrédulos, sino para con los creyentes—nosotros—, pues el Señor quiere que ninguno de nosotros perezca. Perecer aquí no quiere decir perderse eternamente yendo al lago de fuego, sino perder el reino de los cielos.

El Señor quisiera que todos los hijos de Dios fuésemos vencedores, que participásemos del reino de los cielos, pero para ello se requiere que todos se arrepientan. ¿Arrepentirse de qué? De no vivir al Señor cada día de nuestra vida; de haber caído del primer amor, de no tenerlo a Él como el centro de nuestro vivir, de no poner toda diligencia para añadir las virtudes de que habla el pasaje que estamos considerando. Los hijos de Dios necesitamos arrepentirnos de muchas cosas que el Señor nos revela cuando entramos en comunión con Él.

El Señor vendrá a tomar posesión de los reinos de la tierra cuando tenga las Primicias de las que habla en Apocalipsis 14.1-5 y ese grupo de vencedores aún no está completo; creemos que el Señor nos ha llamado y te está llamando a ti querido lector, para que nos entreguemos diariamente a Él y le permitamos hacer Su obra de transformación en nosotros. Solamente cuando el Señor haya conformado ese grupo de santos entonces vendrá a la tierra. Deseamos que mediante la lectura de este libro, los santos puedan ver y volverse al Señor de todo corazón y Él pueda completar en nosotros Su obra de redención.

Si el Señor viniese en este momento, ¿hallaría alguien en la tierra que lo esperase? Pen-

samos que hallaría a muy pocos. Los santos que están en los grupos cristianos están ocupados en las obras de sus líderes y la mayoría ni siquiera saben que el Señor vendrá a la tierra, porque no se dan enseñanzas al respecto. Todos están ocupados en diversas actividades y ninguno está preocupado por el Señor y Su obra, como se relata en la parábola de las bodas: "*Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir*" (Lucas 14.16-20).

La cena que el Señor ha preparado son las Bodas del Cordero de mil años, pero los invitados, que son todos los creyentes, están ocupados haciendo sus obras, las de ellos, no las del Señor y perderán la cena maravillosa. Las obras que los hermanos hacen para el Señor son las haciendas que han comprado, las yuntas de bueyes adquiridas para ejecutar su arduo trabajo y el matrimonio que busca su deleite personal y no el del Señor. Estas son las mismas obras que se hacen en Éfeso y los hace perder el primer amor.

El Señor, hablando de la necesidad de tener comunión permanentemente con Él, nos hace una pregunta que transcribimos a continuación: "*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*" (Lucas 18.8). Esta pregunta debe encontrar respuesta en cada creyente. ***Ve al Señor y habla con Él al respecto***.

Volviendo al tema de la perseverancia, necesitamos comprender que la vida cristiana se basa en tres pilares fundamentales: **fe, amor y esperanza.** La fe tiene que ver con creer en hechos que ya son realidad, que se dieron en el pasado. El amor, es la naturaleza de Dios, Su vida expresada en nosotros diariamente. La esperanza en la venida de nuestro Señor Jesucristo: "*acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de vuestra obra de fe, de vuestro trabajo de amor y de vuestra perseverancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*" (1 Tesalonicenses 1.3).

Cada día de nuestra vida necesitamos añadir a nuestra vida perseverancia, constancia

en creer y esperar la venida de nuestro Señor, para que entremos en la plenitud de Su gozo.

Piedad.

Para entender un poco el significado de esta palabra, debemos remitirnos a lo que dice el Espíritu en 1 Timoteo 3.16: "*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Él fue manifestado en la carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado entre las naciones, Creído en el mundo, Llevado arriba en gloria*".

En primer lugar, l**a piedad es un misterio** y los misterios necesitan ser revelados y la revelación se da solamente en el espíritu humano y para alcanzarla necesitamos tener comunión íntima con el Señor. En este versículo se nos dice que el misterio de la piedad tiene seis aspectos o pasos: **El primero**, que ***Dios fue manifestado en carne***, en otras palabras, "*Y el verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros (y contemplamos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad*" (Juan 1.14); **el segundo**, que como hombre, Jesús fue ***Justificado en el Espíritu***, es decir, mediante Su obra redentora, el hombre fue justificado delante de Dios por Su Espíritu; **el tercero**, que ***esta obra no fue realizada para ni por los ángeles***, pero ellos sí fueron testigos del desarrollo de la piedad; **el cuarto**, que ***el Señor como Dios, como hombre y como redentor fue y está siendo predicado entre las naciones***; ***el quinto, que aquellos que fueron escogidos para vida eterna, hemos creído en el Señor*** y, **el sexto**, que ***una vez que el Señor cumplió la obra que se había propuesto entró en Su gloria, y desde ella está trabajando en nosotros, para que entremos en Su plenitud.***

¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros hoy? Una de las palabras que se traduce en la Biblia como piedad es la palabra griega *eusebeia* y no tiene en español una palabra adecuada que dé el sentido completo de la palabra griega. Algunos maestros de la Biblia han dicho que esa palabra significa ser parecido con Dios; en la medida que crecemos nos vamos pareciendo más al Señor Jesús, hasta que alcanzamos Su estatura y llegamos a ser iguales a Él en vida y naturaleza.

Añadir a nuestra fe piedad quiere decir que cada día disfrutamos de todas las riquezas

del Señor, hasta que llega el momento en que Él satura totalmente nuestro ser y en nuestro vivir no hay una pizca de expresión del ser humano caído y mucho menos de satanás, sino que en todo expresamos a nuestro Señor. Este es un misterio estupendo que, por la misericordia del Señor, nosotros lo estamos haciendo realidad en este tiempo.

Afecto fraternal

La palabra griega traducida como afecto fraternal es *filadelfia*, que está compuesta de dos vocablos: *filéo* que quiere decir *afecto por* y *adelfós* que significa *hermanos*. En la medida que disfrutamos las riquezas del Señor, que vivimos en comunión con Él en nuestro espíritu, nuestra fe va siendo añadida con excelencia, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad, todo lo cual desemboca en amor por los hermanos.

El amor, el afecto por los hermanos, no puede ser un amor natural que sale solamente de nosotros, sino que es la manifestación de la vida de Dios que está en nosotros en gran abundancia.

En la medida que disfrutamos todo lo que el Señor es, Él se manifiesta como afecto, amor por los santos, los hijos de Dios: "*Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor*" (1 Juan 4.7-8).

El amor por los hermanos fluye espontáneamente en la medida en que disfrutamos al Señor y todas las riquezas que Él nos ha dado como herencia: "*todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él*" (1 Juan 5.1).

Amor.

La séptima virtud que debemos añadir a nuestra fe es el amor y ese amor es traducido de la palabra griega *agape* y *agapao*, que hace referencia a la naturaleza de Dios: Dios es amor "*Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él*" (1 Juan 4.16).

Todos los creyentes debemos llegar a la meta que el Señor nos ha puesto, y que consiste en que expresemos el amor de Dios a través de nosotros. Ser vencedores, reinar con el Señor y entrar en la Nueva Jerusalén consiste en estar saturados de la persona y las riquezas de Dios hasta el punto de que en nuestro vivir no

hay ninguna expresión distinta al Señor. Todo lo que hacemos, todo lo que hablamos y todo lo que pensamos tiene que llegar a ser el Señor mismo.

Si hemos de ser vencedores, si hemos de reinar con el Señor en el reino de los cielos que es el reino de mil años, debemos poner toda diligencia para añadir a nuestra fe las siete virtudes de las que habla el Espíritu a través de Pedro, hasta que lleguemos a la última, el amor (*ágape*) que consiste en que Dios ha saturado totalmente todo nuestro ser, es decir, nuestro corazón está totalmente lleno del Señor y en él no hay ni siquiera una pequeña grieta por donde se pueda manifestar el hombre viejo ni el hombre natural, que es la naturaleza satánica expresada por el hombre, ***sino que todo nuestro vivir es el nuevo hombre, que es la persona del Señor Jesucristo mezclada con la naturaleza humana regenerada***.

Si ponemos toda diligencia para que paulatinamente se vayan agregando estas virtudes a nuestra fe, para que ellas se expresen en nuestro diario vivir, lo que dicen los versículos subsiguientes de este pasaje, serán realidad en nuestra vida: "*Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo…Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*" (2 Pedro 2.8, 11).

Estas siete virtudes deben estar en nosotros, y además de estar en nosotros, deben abundar; pero para que esto sea realidad debemos poner de nuestra parte toda diligencia para que esas virtudes abunden en nosotros, y si son abundantes, tendremos tres cosas maravillosas a nuestro favor:

> No nos dejarán estar ociosos en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Lamentablemente, las múltiples actividades del cristianismo contemporáneo son fuentes de ocio, porque a pesar de los muchos sermones, de las muchas reuniones y de las múltiples actividades, los hermanos no crecen en el conocimiento del Señor Jesucristo; su vivir es una vida de ocio, donde no se redime bien el tiempo. Cada día que pasa es un día oscuro, de tinieblas, en cuanto a conocer al Señor, y en lugar de progresar

más bien hay un retroceso que en nada contribuye a la edificación de los santos: "*y creciendo por el pleno conocimiento de Dios*" (Colosenses 1.10).

Si no hay pleno conocimiento del Señor, no hay crecimiento y no crecer es como pasar una vida de ocio, sin hacer nada productivo, nada que ayude a que el plan y el deseo de Dios se cumpla por medio de nosotros.

Recalcamos que el conocimiento no consiste en repetir como grabadoras unos versículos de la Biblia, sino de ***cuánta revelación de la palabra hay en nuestro espíritu y de cuánta luz de esa revelación hay en nuestro entendimiento***; cuando a estos dos aspectos se añade un vivir práctico, estamos creciendo por medio del pleno conocimiento de nuestro Señor y nuestra vida de creyentes no será una vida de ocio en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Tendremos una vida llena de frutos.

Lo que el Señor más anhela de nosotros Sus hijos, quienes hemos sido regenerados y nacidos de nuevo es encontrar en nosotros cada día qué disfrutar.

Infortunadamente el cristianismo contemporáneo es como una higuera llena de hojas, de apariencia, y cuando el Señor viene a ella no encuentra nada que satisfaga Sus necesidades: "*Por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante se secó la higuera*" (Mateo 21.18-19).

Los cristianos de hoy piensan que darle frutos al Señor es hacer obras de su propia iniciativa y traerlas delante de Él. No, el Señor no desea que hagamos nuestras obras, sino que desea ser Él quien hace Sus obras en y por medio de nosotros. Sólo esto lo satisface. Cuando nos disponemos para que trabaje en nosotros, el resultado de Su trabajo son frutos que lo satisfacen.

No tener en nuestro vivir frutos adecuados para el Señor, acarrea en nosotros Su maldición; pero podemos lograr frutos, poniendo toda diligencia para añadir a nuestra fe un vivir de excelencia, el pleno conocimiento del Señor, dominio propio, perseverancia, piedad, afecto fraternal y amor. Haciendo así

abundarán los frutos para que el Señor y nosotros vivamos una vida de mutua complacencia.

Tendremos amplia y generosa entrada en el reino de los cielos.

El reino de nuestro Señor Jesucristo es equivalente al reino de los cielos, al cual podremos entrar cuando el Señor venga. Si alcanzamos ese galardón reinaremos con Él durante mil años disfrutando de todas Sus riquezas y viviendo con Él una vida de gozo indescriptible.

Es bien notorio el contraste entre las obras que algunos hijos de Dios le presentarán en aquel día, es decir, el día del tribunal de Cristo: profecías, expulsión de demonios y obras de gran envergadura. También es muy significativa la respuesta del Señor: *Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad* Mateo 7.23. Comparado con las obras que Él hace en nosotros en la medida que se lo permitimos: fe, excelencia, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad, amor a los hermanos y la expresión de Él en amor.

Las obras que hacen los hijos de Dios de su propia iniciativa harán que el reino de los cielos sea cerrado para aquellos que las presentan delante del Señor, mientras que las obras que hace el Señor en los creyentes, otorgarán amplia y generosa entrada en ese reino.

¡Tú, apreciado lector tienes la palabra y eres tú quien decides cuál de esos dos caminos has de tomar!

Aunque la situación de Sardis es una condición de muerte, donde casi todas las cosas que hay en ella están saturadas de muerte, el Señor aun encuentra algunas que, a pesar de que no han muerto, están a punto de morir; por esa razón reconviene al ángel pidiéndole que afirme esas cosas, porque Él no ha hallado Sus obras completas delante de Dios: "*Sé vigilante, y afirma las cosas que quedan, las que están a punto de morir; porque no he hallado que tus obras hayan sido acabadas delante de Mi Dios*" (Apocalipsis 3.2).

Las miles de facciones de los grupos protestantes están siempre iniciando obras que nunca llegan a ser completas, porque son obras que no son iniciadas ni ejecutadas por el Espíritu Santo. Los líderes llevan a sus seguidores a emprender decenas de obras para predicar el

evangelio, para atraer más seguidores a sus movimientos, para conquistar los gobiernos de los países, entre otras; pero son empresas que nunca llegan a buen puerto, que nunca cumplen los objetivos de llevar las personas a creer en el Señor Jesús, a honrarlo, a agradarlo y siempre están en peligro de caer en un estado de postración y de muerte.

Si bien es cierto que los adeptos a los grupos protestantes han crecido notoriamente en el último siglo, es igualmente cierto que cada vez se alejan más de predicar y vivir ***el verdadero evangelio que es la persona del Señor Jesús***.

La inmensa mayoría de los grupos protestantes no viven la realidad de la vida divina. Simplemente se reúnen de manera religiosa y tienen actividades religiosas que en nada agradan al Señor y al no agradarlo, se van llenando cada vez más de muerte.

No obstante, el Señor usa Su misericordia con el ángel y le dice: "*Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete*" Apocalipsis 3.3.

No hay ninguna disculpa para ningún creyente, porque el Señor ha hecho todo lo necesario para que nosotros lo oigamos y recibamos lo que Él ha querido darnos; una cosa distinta es que, por causa de la falta de arrepentimiento, por la costumbre de escuchar a hombres y no al Señor, el vivir de los santos se ha llenado de muerte.

El Señor le pide entonces a los santos que en medio de la degradación de muerte de Sardis recuerden lo que el Señor les ha dado, lo que ellos han oído del Señor y se vuelvan a Él en arrepentimiento y decidan seguirlo solamente a Él, dejando los ministerios, las doctrinas y los liderazgos humanos, ***permitiéndole que Él sea el único pastor de la iglesia y siguiéndolo solamente a Él como el único digno de ser oído y de ser escuchado***.

El arrepentimiento aquí consiste en aprovechar la resurrección del Señor para vencer la condición de muerte que se ha apropiado de ellos. ***Entiendan lectores que las prácticas, las enseñanzas y los ministerios del protestantismo están todos saturados de muerte***.

Es tiempo de escapar de la muerte y vivir la vida de resurrección que el Señor Jesús ha depositado en nuestro espíritu.

El asunto se logra velando y velar no se refiere a las actividades que tienen muchas denominaciones de pasar una o más noches sin dormir, reuniéndose en algún lugar para orar, pero no se dan cuenta que esas oraciones no son del Espíritu, sino que *son oraciones carnales que salen de la mente de los asistentes a las reuniones*.

Velar no tiene nada que ver con trasnochar para orar, sino que velar es permanecer en el espíritu teniendo comunión con el Señor, oyendo Su palabra, recibiendo Sus cargas, orando conforme a lo que Él ora en y por medio de nosotros. Lógicamente eso puede hacerse en todo tiempo, bien sea de día o bien sea de noche, pero lo importante es que si se hace en grupo o individuamente, se tenga una vida de oración en el espíritu y de comunión e intimidad con el Señor, esperando que sea Él quien nos oriente y nos guíe a hacer lo que le agrada[1].

Si no hay un cambio en la actitud, es decir, si no hay arrepentimiento, el Señor le advierte al ángel de la iglesia en Sardis: "*Pues si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti*" (Apocalipsis 3.3).

Quienes han sido víctimas de un asalto en su casa mientras duermen pueden entender lo desoladora que es esa experiencia. El ladrón no anuncia cuando va a venir. Cuando la víctima se da cuenta ya ha pasado todo, sus pertenencias de valor se han ido y solo queda *un panorama indescriptible de miedo y desolación*.

Para quienes son creyentes y viven una vida de denominación, el Señor les está advirtiendo que, a menos que se arrepientan, Su venida será desoladora; no sabrán en qué momento el Señor habrá de venir y se habrá robado los tesoros de la casa.

Así como un ladrón no roba cosas sin valor, cuando el Señor venga raptará, "*robará*" los tesoros que encuentre en Su casa, es decir, ***aquellos hermanos que mediante Su vivir en el Señor se han convertido en oro, piedras preciosas y perlas***.

Esta no es precisamente la condición de Sardis donde hay ausencia de vida y a cambio de ella los hermanos están llenos

1 El lector puede ganar mayor revelación leyendo el libro ***La Oración en el Espíritu***, del mismo editor

de muerte. Solamente la vida divina, la vida de resurrección tiene la capacidad de transformar a los hijos de Dios de vasijas de barro en piedras preciosas, oro y perlas que son los materiales de la edificación de Dios.

Amado hermano y lector, esperamos sinceramente que la venida del Señor para ti no sea como la venida de un ladrón, sino que te arrepientas de esa condición de muerte en la que has vivido la mayor parte de tu vida cristiana y te acerques al Señor para que Él pueda revelarte el estilo de vida que desea que vivas y así seas transformado en el tesoro que Él raptará: "*Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes*" (Mateo 24.43-51).

Todos los hijos de Dios somos Sus siervos que Él ha puesto sobre Su casa para que nos alimentemos mutua y oportunamente, pero corremos el riesgo de ignorar la proximidad de la venida del Señor, viviendo ebrios de la religión y de las costumbres de la religión. Si no hay arrepentimiento de esa condición, la venida del Señor será una sorpresa y esos siervos tendrán que pasar mil años en las tinieblas exteriores. Si somos siervos fieles y prudentes, el Señor nos pondrá sobre todos Sus bienes para disfrutarlos y administrarlos.

¡La decisión es tuya!

Capítulo 32
La Degradación en Sardis (3)

No todo está perdido en Sardis (Continuación)

No todo en Sardis es digno de reprensión por parte del Señor y por eso Él afirma: "***Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han contaminado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas***" (Apocalipsis 3.4). Sin embargo se requiere poner atención a la frase *unas pocas personas en Sardis*. ***Son pocas, no son muchas***; a pesar de todo, en Sardis hay algunos hermanos que son rescatables.

Y ¿cuál es la característica de ellos? ***que no han contaminado sus vestiduras***. Estas personas han mantenido sus vestiduras sin contaminación. ¿A qué hace referencia la contaminación? ***A la muerte***, porque esa es la característica de Sardis: la muerte.

Las vestiduras hacen referencia a la conducta, a la expresión de las personas, a la revelación de lo que hay en su interior. Como creyentes, tenemos una gran necesidad de vestirnos de Cristo para que delante de Él seamos hallados vestidos y no desnudos.

Las pocas personas de Sardis que no han contaminado sus vestiduras son los hermanos que vencen diariamente la condición muerta de esa etapa de la iglesia y viven la vida de resurrección del Señor Jesús y disfrutan de todas Sus riquezas. Son hermanos que no participan de organizaciones muertas, de doctrinas muertas y de liderazgos y ministerios de muerte.

Los hermanos que se conser-

ven así, alejados de toda organización muerta, de las doctrinas de muerte que hay en ellas y de los liderazgos de muerte que regentan el protestantismo ***y a cambio siguen al Cordero por donde quiera que Él va***, que viven mediante la vida de resurrección que el Señor ha puesto en su espíritu, son aquellas que *andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas*.

Cuando el Señor venga, quienes anden con Él deben tener vestiduras blancas, que indica, por un lado, que no hay en esas vestiduras ninguna contaminación con la muerte que vive Sardis, que han sido vencedores sobre la muerte viviendo la vida de resurrección del Señor.

En segundo lugar, ***esas personas son dignas y esa dignidad la han ganado mediante su vivir que es agradable al Señor.*** La dignidad no se obtiene por derecho propio ni por herencia, sino que se gana en la medida en que tenemos un vivir digno del Señor: "*para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios*" (Colosenses 1.10).

La dignidad para andar con el Señor en vestiduras blancas es el resultado del diario vivir de esos creyentes que andarán con Él. Esto quiere decir que ***cada día debo ser diligente en mirar cómo ando, si mi andar es agradable al Señor, si en él hay frutos que deleiten al Señor, si a cada paso voy conociendo al Señor y creciendo en Él***. Haciendo así alcanzaré la dignidad de andar con el Señor en vestiduras blancas.

Apocalipsis 19.7-9: "*Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, resplandeciente y limpio; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero*".

Los creyentes que vencen la condición de muerte de Sardis serán vestidos con traje de boda que es de lino blanco y fino, resplandeciente y limpio y serán invitados a la cena de las Bodas del Cordero, que será el equivalente a reinar con el Señor en el reino milenario que es la manifestación plena de reino de los

cielos, que a la vez es el reino de Cristo.

La esposa aquí hace referencia a los vencedores y ellos son los santos que se han preparado; no han esperado a que otro los prepare, sino que han sometido su voluntad a la voluntad del Señor y cada día han permitido que el Señor vaya bordando su vestido de bodas para entrar en la Cena de las Bodas del Cordero para andar con Él en vestiduras blancas.

A esos hermanos que conformarán la esposa—la novia—que se casará con el Señor en el comienzo del milenio, se le concede vestirse con un vestido especial de lino fino resplandeciente y limpio que refleja las acciones justas que esos santos tuvieron mientras vivieron en la tierra. Ellos han andado no en sus propias obras, sino en las que el Señor les preparó de antemano para andar en ellas: "*Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" (Efesios 2.10).

Vencer la muerte que reina en Sardis es sencillo; consiste en disfrutar permanentemente de las riquezas que el Señor resucitado y ascendido ha puesto en nuestro espíritu; es seguir al Señor por donde quiera que va como el único Pastor y Líder de la iglesia; es olvidarse de todas las doctrinas y enseñanzas que no sean reveladas por el Espíritu Santo y es no seguir a hombres que se auto proclaman como siervos y enviados de Dios, sino que siembran muerte en los demás. De esa manera seremos dignos de andar con el Señor en vestiduras blancas.

Las promesas al vencedor en Sardis

A quienes venzan la condición funesta de Sardis, el Señor les hace tres promesas, dignas de considerarse detenidamente: "*El que venza será vestido de vestiduras blancas; y nunca borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de Mi Padre, y delante de Sus ángeles*"

Será vestido de vestiduras blancas.

El color blanco es señal de victoria sobre todas las cosas que satanás ha introducido en la iglesia para degradarla y las vestiduras hacen referencia a la

conducta y al vivir de los hijos de Dios.

Infortunadamente el cristianismo no pone atención a este tema, porque está ocupado en sus muchas obras de milagros, de sanidades físicas y de acrecentamiento del número de adeptos, pero no se han dedicado a preparar el vestido de bodas y cuando llegue el momento de éstas, estarán desnudos, es deir, sus vestidos estarán incompletos y no podrán entrar en las Bodas del Cordero que es el reino de los cielos durante mil años.

En este punto es bueno considerar la parábola de las Bodas que el Señor, refiriéndose al reino de los cielos, nos relata en Mateo 22.2-13: "*El reino de los cielos ha venido a ser semejante a un rey que hizo fiesta de bodas para su hijo; y envió a sus esclavos a llamar a los invitados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros esclavos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí, he preparado mi banquete; mis novillos y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su propio campo y otro a sus negocios; y los demás, echando mano a los esclavos, los afrentaron y los mataron. El rey, entonces, se enojó; y enviando sus tropas, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Luego dijo a sus esclavos: Las bodas están preparadas; mas los que fueron invitados no eran dignos. Id, pues, a las encrucijadas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo aquellos esclavos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, tanto malos como buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin tener traje de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los servidores: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes*".

La parábola nos muestra que las Bodas del Cordero son un hecho inminente, que no hay ninguna razón para que no se realice; el Señor las ha preparado—las bodas—, porque ese es Su deseo eterno y ellas se realizarán por encima de toda circunstancia. El Señor ha hecho todos los preparativos, ha preparado Su banquete, Sus animales y novillos engordados han sido muertos y todo está dispuesto; solamente

faltan los invitados.

Inicialmente esos invitados son el pueblo de Israel, pero ellos se dedicaron a sus negocios, a cuidar de sus bienes y afrentaron y mataron a los siervos con quienes el Señor les envió la invitación; inclusive le dieron muerte al Hijo del Rey, el Señor Jesús. ¿Por qué tomaron esa actitud? Porque no eran dignos de entrar a una fiesta tan sublime y elevada, como es la fiesta de las Bodas del Cordero.

Debido a la actitud de rechazo del pueblo de Israel, frente a la invitación generosa y honrosa que le hizo, el Señor no tuvo alternativa distinta a la de enviar Sus ejércitos y destruir a ese pueblo y quemar su ciudad, como es bien conocido en la historia de Israel.

No obstante, el Señor no preparó en vano Su fiesta de bodas; ya que los invitados inicialmente no alcanzaron la dignidad necesaria para entrar en ella, el Señor mandó llamar a otros invitados, que hace referencia a parte del pueblo gentil, es decir, los santos del Nuevo Testamento, que están conformados casi en su totalidad por personas no judías y que conformamos la iglesia, sin importar nuestra calidad de buenos o malos.

Nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento fuimos hallados en las encrucijadas del camino, y con nosotros las bodas serán llenas de invitados. ***¡Qué misericordioso es el Señor, por tenernos en cuenta para estar en las Bodas de Su Hijo, a nosotros que hacíamos parte de un pueblo maldito!***

El Señor está lleno de felicidad porque esa fiesta que había preparado desde la eternidad, finalmente se realizará, y cuando Él entró para ver a cada uno de los invitados, ¡oh sorpresa!

Definitivamente para poder disfrutar de las Bodas del Cordero, de la cena de las bodas, que tendrá una duración de mil años, es necesario tener un vestido especial, un vestido único y apropiado para la ocasión. Recabamos el hecho de que el vestido hace referencia a nuestro diario vivir, con lo que se corrobora que ***el traje de bodas se prepara viviendo diariamente en el espíritu, agradando al Señor, disfrutando Sus riquezas***.

Si miramos detenidamente el pasaje de Salmos 45.13-14, podremos tener claridad sobre el asunto del vestido de bodas: "*Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido. Con vestidos bordados será llevada al rey*".

En este pasaje, la palabra de Dios habla de dos vestidos: uno brocado y otro bordado; los dos son de oro; el oro tiene que ver con la naturaleza divina de Dios. El vestido brocado—tejido— es necesario para estar en la casa—el palacio del rey—, y ese vestido nos fue dado cuando creímos en el Señor Jesús: "*porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos*" (Gálatas 3.27). Ese vestido ya lo tenemos y nadie puede quitárnoslo. Con ese vestido podemos estar en el palacio, la casa de Dios, que es la iglesia. ***El Señor nos vistió con Su naturaleza divina y nos introdujo en la iglesia, Su cuerpo***.

Pero una cosa es estar en el palacio del Rey y otra cosa es estar en Su presencia. **Para ir a la presencia del rey, la hija debe tener un segundo vestido que ya no es tejido sino bordado,** y obtenerlo es nuestra responsabilidad. En la medida que nos sometemos al Señor, que andamos en el espíritu, que vivimos en comunión con Él, que oímos Su palabra y la obedecemos, iremos bordando el vestido para poder estar en Su presencia y no tener que huir de Él llenos de vergüenza: "*Y ahora, hijitos, permaneced en El, para que cuando El se manifieste, tengamos confianza, y en Su venida no nos alejemos de El avergonzados*" (1 Juan 2.28).

En las cinco características que el Señor halla en la iglesia en Laodicea, que es la última etapa de la degradación y que trataremos en los capítulos siguientes el Señor le dice al ángel que está desnudo: "*y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*" (Apocalipsis 3.17).

Para cambiar esa situación le da un consejo: "*yo te aconsejo que de mí compres... vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez*" (Apocalipsis 3.18).

Obsérvese cuidadosamente que esas vestiduras, que son el vestido para las Bodas del Cordero, debe ser comprado; no se

obtiene gratuitamente como el primer vestido, tejido, con que el Señor nos vistió en el momento en que lo recibimos y nos introdujo en Su casa. Este segundo vestido tiene un precio que diariamente debemos pagar mediante la gracia que el Señor nos da. En otras palabras, en la medida que disfrutamos la gracia, que es todas las riquezas del Señor, lo que Él es, lo que tiene y lo que ha logrado mediante el proceso de redención, en la medida que disfrutamos todas esas cosas preciosas, vamos bordando nuestro vestido y podremos entrar en las Bodas el Cordero y no ser echados de allí.

¡Cuán precioso es el Señor: nos exige que tengamos un vestido especial para Sus bodas, nos pide que lo compremos, pero Él mismo nos suministra lo necesario para adquirirlo: el disfrute de Él, el disfrute de Su gracia!

Volvamos entonces a las bodas. Estábamos viendo que el Señor, lleno de regocijo entró para ver la fiesta de bodas que le preparó a Su Hijo; pero estando allí vio *a un hombre que no estaba vestido con traje de boda*. El Señor es muy detallista y no se le pasa una sola particularidad que no observe cuidadosamente.

Ante la presencia de ese hombre vestido inadecuadamente para las Bodas de Su Hijo, el Señor no puede ser indiferente; por eso inmediatamente le dice: "*Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin tener traje de boda?*".

Nota que el Señor no lo trata de maldito, ni de malo, ni de negligente, sino que le da un trato muy especial: ***amigo.*** Esto demuestra que aquel hombre no es un incrédulo, sino un creyente, un hijo de Dios, que efectivamente había sido invitado a la boda. Podemos demostrar la veracidad de esta afirmación leyendo lo que el Señor les dice a los discípulos en Juan 15.15: "*Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer*". Esto demuestra que el hombre vestido inapropiadamente es un discípulo del Señor, un hijo de Dios.

El Señor entonces le pregunta cómo se había atrevido a en-

trar sin tener el vestido apropiado. Cotejando con lo que hemos visto en Sardis, este hijo de Dios no alcanzó la dignidad para andar con el Señor en vestiduras blancas.

Lo que sigue narrando el pasaje es bien desolador: ***Mas él enmudeció***. No hubo disculpas, no hubo argumentos, no hubo culpas a otros, solamente una mudez muy elocuente.

Amado lector: esta no es una fábula ni una simple historia, es un testimonio de lo que ocurrirá con todos nosotros los hijos de Dios. Todos hemos sido invitados a las Bodas del Cordero y a todos se nos ha dado el tiempo y los medios suficientes para preparar nuestro vestido de bodas, pero muchos serán expulsados de allí, porque no aprovecharon el tiempo para bordar su vestido de bodas.

Es por esto que el Señor nos advierte: "*Despierta, tú que duermes, levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Entonces mirad con cuidado cómo andáis, no como necios, sino como sabios. Aprovechad bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad del Señor*".

Ante el silencio del hermano, el Señor no tuvo más remedio que sentenciarlo: "*Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes*". El Señor ordena a quienes le sirven que tomen a ese hombre vestido inapropiadamente, que le aten los pies y las manos y lo lancen a las tinieblas de afuera donde hay lloro y crujir de dientes.

Las tinieblas son un ámbito donde no está la presencia del Señor, porque Él es luz y donde está Él las tinieblas no prevalecen. ***Debido a la negligencia de los hijos de Dios, a su actitud de no velar, muchos no podrán estar en las Bodas el Cordero, porque mientras vivieron en esta tierra anduvieron como necios, no aprovecharon el tiempo para andar con el Señor, para caminar en Él, para llenarse de Sus riquezas y no bordaron el vestido que les permitía permanecer en el disfrute de la cena de las bodas.***

En ese ámbito de tinieblas serán echados, atados de pies y manos, todos aquellos hijos de

Dios que no velaron durante su estancia en la tierra, que no se prepararon para alcanzar la dignidad de participar en el reino de los cielos, y allí vivirán una vida de mucho desconsuelo, de angustia, porque tendrán que vivir una vida de lloro y de crujir de dientes, de lamentación, por no haber redimido bien el tiempo en los días que el Señor les permitió vivir en la tierra: "*Mirad, pues, atentamente cómo andéis, no como necios sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor*" (Efesios 5.15-17).

Al comparar el contenido de la Parábola de las Bodas con los vencedores de Sardis, que son las pocas personas que en la condición de esa iglesia son dignas de andar con el Señor en vestiduras blancas, encontramos que la inmensa mayoría de los creyentes contemporáneos están en peligro de perder las Bodas del Cordero, corren el riesgo de no poder estar en la cena de Bodas, que es la manifestación más alta y definitiva del reino de los cielos y que tiene una duración de mil años.

Para vencer, para ser vestido con vestiduras blancas, es necesario dejar la condición mortal, la situación de muerte en que se ha sumido Sardis, que es la condición del cristianismo actual. El Señor le advierte al ángel que si no vela vendrá sobre él como ladrón en la noche, sin que se dé cuenta del día ni la hora. Para la iglesia en Sardis, y aun para el ángel, la venida del Señor será una sorpresa, encontrará a los santos sin preparación y sin disposición para entrar en la fiesta de bodas, debido a que los santos en esa condición degradada no están velando.

Este es un fuerte llamado para ti querido lector; entiende que este libro no es una novela, sino que manifiesta parte de la revelación del Señor acerca de la condición deplorable en que se encuentra el cristianismo —en el que tú militas hoy— y a la vez habla de la misericordia del Señor para todos aquellos que logren ver qué es lo que el Señor está buscando en este tiempo de tinieblas, para que Sus hijos tengan un camino de arrepentimiento y puedan bordar sus vestiduras blancas para entrar en

las Bodas del Cordero y disfrutar en plenitud la manifestación del reino milenario: "*El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; pero es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento*" (2 Pedro 3.9).

No borrará su nombre del libro de la vida.

Es la segunda promesa que el Señor hace a aquellos de Sus hijos que venzan la condición degradada y mortal de Sardis.

Según nos enseña la Biblia, nuestros nombres fueron inscritos en el libro de la vida: "*Y la adorarán todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo*" (Apocalipsis 13.8).

Cuando se levante el anticristo y asuma el gobierno de la tierra durante la Gran Tribulación, será adorado por todos los moradores de la tierra, a excepción de aquellos que tienen sus nombres inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Para tener un poco más de comprensión sobre el particular, es necesario revisar en el espíritu el pasaje registrado en Romanos 8.28-30: "*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*".

Aquí se nos muestra con mucha claridad cómo es el proceso de nuestra salvación. En primer lugar, encontramos que el Señor, en la eternidad antes del tiempo, pensó en nosotros y nos escogió: "*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en El antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de El en amor*" (Efesios 1.3-4). **En primer lugar** en esa eternidad nuestros nombres fueron inscritos en el libro de la vida del Cordero.

En segundo lugar, aun en la eternidad el Señor nos predestinó, es decir, nos dio un destino anticipado y ese destino es nada

menos que lleguemos a ser ***hechos conformes a la imagen de Su Hijo***. En otras palabras, nuestro destino es llegar a ser iguales al Hijo, en naturaleza y en vida divina, pero no en la deidad, pues ésta es la facultad que hace a Dios adorable, y el Hijo es Dios y Dios es el único digno de ser adorado en todo el universo.

Ser hechos conformes es llegar a tener la misma forma, y esa forma es la llenura interior de la esencia, de las riquezas y de los logros del Hijo, para que siendo llenados interiormente podamos manifestarlos en toda nuestra manera de vivir. ¡Qué maravillosa predestinación!

La tercera etapa de nuestra salvación es el llamamiento. El señor nos escogió y nos predestinó en la eternidad antes del tiempo y cuando hubo tiempo, Él nos llamó. Aun antes de que nosotros oyésemos Su llamado y lo aceptásemos, Él como el Espíritu trabajó en nosotros hasta que nos hizo oír Su voz, aceptamos Su llamado, lo recibimos en nuestro espíritu y nos salvó por la eternidad.

Nuestra salvación no depende de nuestras buenas obras ni de nuestros méritos, sino que ella es consecuencia de la misericordia del Señor al escogernos, predestinarnos y llamarnos, y ayudarnos a oír y aceptar Su llamamiento: "*En otro tiempo vosotros estabais muertos en vuestras transgresiones y pecados, en los cuales andabais conforme a los poderes de este mundo. Os conducíais según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia habéis sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; esto no procede de vosotros, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte*" Efesios 2.1-9—Biblia al Día.

El cuarto punto de nuestra salvación hace referencia a que el Señor una vez nos llamó, nos justificó, es decir nos hizo justos, a pesar de ser injustos como fuimos: "*Así está escrito: No hay un solo justo, ni siquiera uno*" Romanos 3.10. No obstante que esto es cierto, de que no hay ni siquiera un justo en la tierra, porque el Señor es el único justo, Él nos justificó, declaró acerca de nosotros que somos justos, por la obra de justicia que hizo en el Señor Jesús a favor nuestro: "*Pues a aquel que no conoció pecado, le hizo pecado, a causa de nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*" 2 Corintios 5.21.

El quinto punto de la salvación es la glorificación que no es nada diferente a expresar plenamente al Señor: su esencia y naturaleza, Sus virtudes, Sus logros en el proceso de la redención, y éstas juntas son todas Sus riquezas.

Ser glorificados no es gritar gloria a Dios reiteradamente como hacen muchos grupos cristianos o repetir la frase manida que usan algunos connotados líderes del cristianismo cuando dicen repetidamente: "***a su nombre…***" y la congregación responde: "***gloria***". Esas son frases repetidas llenas de muerte, parecidas a los rezos del catolicismo. Dios cierra Sus ojos y Sus oídos frente a prácticas tan absurdas.

Glorificar a Dios es expresarlo en nuestra vida, en todos los hechos de ella, en lo que hablamos y en lo que pensamos, y para ello no hay un camino diferente a estar saturados de Sus riquezas, saturación que logramos diariamente viviendo en comunión con Él, gozando de todas Sus riquezas, yendo al trono de la gracia para ganar gracia y misericordia, y llenándonos de Él hasta tener toda Su plenitud.

La glorificación es un proceso gradual que se va dando en la medida que le permitimos al Señor trabajar en nosotros para que paulatinamente vaya llenando nuestra alma, nuestro corazón, de Su naturaleza y Sus riquezas hasta el punto que ya no cabe más Dios en nosotros. En ese momento habrá una mezcla total, completa y absoluta del Señor con nosotros y ya no habrá ninguna separación entre los dos y donde quiera que estemos expresaremos Su plenitud; Él se expresará a través nuestro.

Como fuimos escogidos, predestinados, llamados, justificados y glorificados, nuestro nombre fue escrito en el libro de la vida del Cordero y hasta ahora está ahí, pero cuando el Señor regrese, reunirá a todos Sus escogidos para juzgarlos conforme a sus obras, conforme al vestido que portan en ese momento. Si no alcanzaron la estatura de la plenitud de Cristo, si no fueron saturados en su alma de la naturaleza y las riquezas del Señor, si no bordaron completamente su vestido de bodas, si no alcanzaron la dignidad de andar con el Señor en vestiduras blancas, serán echados en las tinieblas de afuera, para alcanzar los requisitos que el Señor exige para estar en Su presencia y en ese momento su nombre será borrado del libro de la vida el Cordero.

No obstante, el borrado del nombre no será por la eternidad, sino que en el milenio esos santos serán transformados, para que al final de ese periodo hayan alcanzado la transformación necesaria y puedan entrar en la plenitud del gozo y del disfrute del Señor en la Nueva Jerusalén.

Esta es la razón por la cual el Señor le promete al vencedor de la situación degradada de Sardis: ***y nunca borraré su nombre del libro de la vida***.

Confesará su nombre delante del Padre y de los ángeles.

La tercera promesa que el Señor le hace al ángel de la iglesia en Sardis dice así: ***y confesaré su nombre delante de Mi Padre, y delante de Sus ángeles***. (Apocalipsis 3.5).

Cuando el Señor venga de manera visible, muy cerca del final del periodo de tres años y medio de la Gran Tribulación, establecerá en el aire aquello que en la Biblia se llama el Tribunal de Cristo, donde serán juzgados todos los creyentes, los hijos de Dios de todas las eras: ***"Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo***" (2 Corintios 5.10).

Ese juicio no se hará conforme a si las personas a juzgar fueron salvas o no, porque todos los que estarán allí han sido salvos. Tampoco será por la cantidad de pecados que hayan cometido,

ni por las cosas buenas o malas que hayan hecho o dejado de hacer. ***El juicio se hará exclusivamente con base en las obras que permitieron que el Señor hiciese en y por medio de ellos.***

Si un hermano está totalmente lleno del Señor, si su alma está rebosando de la vida y la naturaleza del Espíritu, ese creyente no tendrá ningún problema, pero si no ha llegado a la estatura de la plenitud de Cristo, será echado fuera, a las tinieblas exteriores, hasta que, durante mil años, alcance la plena transformación: "*He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra*" Apocalipsis 22.12.

Para entender en qué consiste la promesa del Señor al vencedor de Sardis, consistente en que confesará su nombre delante de Su Padre y de los santos ángeles, imaginemos por fe la escena que habrá en el juicio del tribunal de Cristo.

Allí estaremos todos los hijos de Dios de todos los tiempos, sin faltar uno solo de ellos. Habrá mucha expectativa de los humanos que estemos allí, de los cuatro seres vivientes, de los veinticuatro ancianos y de los millones de ángeles que serán testigos de ese hecho maravilloso.

Tal vez uno o unos ángeles o quizá sean los hermanos que alcanzaron el galardón de ser las Primicias, llamará uno a uno los nombres de cada uno de los santos. Cuando sea llamado un hermano determinado, que venció la situación de muerte de Sardis, el Señor Jesús pronunciará unas palabras más o menos parecidas a estas: "*Padre, este hijo Tuyo es conocido por Mí; mientras anduvo en la tierra caminó en estrecha comunión conmigo, me siguió por donde yo anduve, abrió Su corazón para oírme y entenderme, escuchó siempre Mi palabra, me sirvió en todos los campos de su vida en la tierra, todos los días de Su vida tuvo comunión contigo, nunca me negó ni se avergonzó de mi nombre; aunque fue perseguido por la gente mundana, por los falsos creyentes y aun por sus hermanos, se mantuvo fiel... Padre y ángeles queridos, este hombre es conocido mío, anduvimos siempre juntos y Él es digno de andar conmigo en vestiduras blancas...*".

Bueno, sabrán perdonarnos lo pobre de la descripción, pues no tenemos las palabras apropiadas para relatar esa maravillosa escena, pero solo queremos hacer una pregunta adicional: ¿Se imaginan el regocijo de los presentes en ese tribunal, al encontrar una obra tan elevada y santa en una persona del género humano? Ahí sí que hacen falta palabras para narrarlo.

Sin embargo, cuando sean llamados otros nombres, el Señor tendrá que decir más o menos así: "*Este hombre fue un siervo malo y negligente, vivió su vida ebrio de movimientos, misiones, ministerios particulares y liderazgos que nunca fueron de mi voluntad. A esta persona nunca la conocí porque nunca estuvo en su espíritu, nunca lo vi por el trono de la gracia buscando gracia y misericordia para ser socorrido en la oportunidad debida; siempre anduvo conforme a sus propósitos, deseos y opiniones; hizo muchas obras, pero nunca me consultó si eran de mi agrado; cuando me acerqué a él para buscar algún fruto que saciara mi necesidad, siempre encontré solo hojas, apariencia, pero ningún fruto deleitoso. Durante su vida se dedicó a seguir a hombres, muchos de ellos falsos profetas que se opusieron a Mi obra. Aunque muchas veces toqué a su puerta y aunque muchas veces oyó mi voz, nunca quiso abrirme y nunca me permitió entrar para estar los dos en comunión. Padre y ángeles santos, a este, aunque es mi hijo, nunca lo conocí y por eso, delante de vosotros tengo que decirle esta sentencia: 'Nunca os conocí; apártate de mí, hacedor de maldad'*".

Querido lector: estas no son imaginaciones novelescas, sino un pequeño anticipo de lo que ha de ocurrir en el Tribunal de Cristo. Así lo vemos mediante la fe. ***Esperamos que tú alcances la dignidad para andar con el Señor en vestiduras bancas y que tu nombre no sea borrado del libro de la vida***.

Finalmente, el Señor concluye la carta amonestando a todos los creyentes para que oigan lo que el Espíritu Santo está hablando a las iglesias: "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.6).

Si eres un hijo de Dios, si has sido regenerado, si has creído en el Señor Jesús, eres parte de la iglesia, el cuerpo de Cristo y no puedes disculparte argumentando que nunca tuviste la opor-

tunidad de conocer estas cosas, porque el Espíritu está hablando a las iglesias. Tal vez puedas afirmar que nunca te hablaron de esto, pero no puedes negar que el Señor como el Espíritu mora en tu espíritu humano y que te está hablando continuamente. El problema es que has decidido ser sordo y no has querido oírlo; Él llama continuamente, pero tú no quieres abrirle la puerta para que entre. De otro lado tienes la Biblia y la lees muy poco, y si la lees te da pereza buscar revelación, porque te han engañado enseñándote que no eres un siervo del Señor, sino que el siervo es el líder de la congregación y la revelación solo se le da a él (esto es nicolaísmo).

Si has tenido la fortuna de que este libro haya llegado a tus manos, te recuerdo dos versículos más, para que te vuelvas al Señor y puedas ser un vencedor de la condición degradada de Sardis: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados" (1 Juan 2.27-28).*

Es tiempo de volvernos al Señor, es tiempo de seguir al Cordero por donde quiera que Él va, es tiempo de salir de los organizaciones humanas y seguir al Señor quien es el Único Pastor y es quien va delante de las ovejas; es Él quien convoca a Sus ovejas; es Él quien las llama por nombre; es Él quien va delante de ellas; es Él el dueño del único rebaño; es Él el dador de la vida eterna que vence la condición de muerte de Sardis. ¡Sigámosle!

Capítulo 33
La Degradación en Laodicea (1)

El Señor en Su misericordia nos ha traído hasta aquí y nos ha mostrado un panorama muy claro de la situación de la iglesia y cómo ella se ha degradado a través de los siglos, debido a la intromisión del malvado enemigo, el diablo.

Llegamos así a la última etapa de la degradación de la iglesia que es Laodicea y que corresponde a los tiempos inmediatamente anteriores a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, tiempos de los que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que estamos viviendo; en otras palabras, estamos en la ante sala de la venida de nuestro Señor Jesucristo y la iglesia está viviendo también los tiempos descritos en Apocalipsis, como Laodicea.

Esto no quiere decir que las anteriores etapas de degradación no tengan nada que ver con quienes vivimos ahora, porque la degradación ha sido un proceso acumulativo, y cada situación de degradación tenemos que vencerla.

¡El Señor viene pronto, más pronto de lo que los cristianos creen!

El lector se preguntará cuál es la razón para que no hablásemos de Filadelfia antes de abordar la condición de Laodicea, puesto que la carta que el Señor escribió al ángel de esa iglesia está ubicada inmediatamente antes.

La razón es muy sencilla. En Filadelfia no hay degradación, el Señor no le reprocha nada al ángel de la iglesia en Filadelfia,

porque en esta carta se describe el vivir normal de los santos que no han permitido que satanás los permee y que si han vivido en una cualquiera de las seis situaciones de degradación descritas en las seis cartas restantes, o en todas, por la misericordia del Señor han tenido visión y han escapado de la situación y están viviendo una vida que agrada completamente al Señor, pues Filadelfia más que ser un grupo determinado de hermanos, está conformada por todos aquellos hijos de Dios que en cualquier lugar de la tierra y en cualquier tiempo viven la realidad descrita en la carta a Filadelfia.

De ella hablaremos ampliamente en los últimos capítulos, y así cerraremos con gozo, alegría y gloria, la magnífica revelación que el Señor nos está concediendo en este tiempo.

Por ahora nos dedicaremos a mostrarles a los lectores lo que el Señor nos ha revelado acerca de la iglesia en Laodicea, insistiendo que esta no es la última revelación, sino que el lector debe buscar más y más en su espíritu, porque el Señor tiene mucho más para darnos. Su revelación es insondable, no tiene límites.

Leamos lo que le dice el Señor al ángel de esa iglesia: "*Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.14-22).

Como bien sabemos *Laodicea* era una ciudad que en los tiempos en que fue escrito el Apocalipsis se encontraba en Asia, ubicada actualmente en Tur-

quía, 6 km al norte de la ciudad moderna de *Denizli*.

La palabra griega traducida como *Laodicea* está compuesta por dos vocablos: ***Laos***, que quiere decir ***pueblo o laicado*** y ***dikeia*** que se traduce como ***opinión o juicio***. Entonces ***Laodicea*** (*Laodikeia*) quiere decir ***opinión o juicio del pueblo o del laicado.*** Si lo asimilamos al lenguaje moderno es algo así como *democracia*.

Esta es la última de las iglesias consideradas por el Señor en las cartas a las siete iglesias de Apocalipsis y tiene un contenido espiritual muy profundo, que con la ayuda del Señor nos dedicaremos a revelar y a dilucidar.

Por el significado del nombre podemos ver que en la iglesia degradada de los últimos tiempos está muy acentuado el *nicolaísmo*, que como vimos en la degradación en Pérgamo es la jerarquización del pueblo de Dios, donde unos se toman atribuciones de siervos, ungidos y enviados, que Dios no les ha dado, usurpan las funciones de los miembros del cuerpo, les impiden funcionar y el grueso de los hermanos son el pueblo o el laicado.

En primer lugar, el Señor se presenta al ángel de la iglesia en Laodicea, bajo tres características que son muy interesantes. Veamos:

1. El Amén

La palabra se deriva de un vocablo hebreo que generalmente se le da el sentido de *así sea* y es usado para dar conclusión a las oraciones y a las ceremonias litúrgicas.

Sin embargo, al presentarse el Señor como el Amén, quiere decir que Él es firme, estable y confiable, es decir que en Él no hay mudanza ni variación, y que siempre es el mismo en cuanto a lo que es y a lo que determina.

El Señor es inamovible, totalmente confiable. Su palabra y Sus hechos son verdad y son firmes. Las palabras que salen de Su boca se cumplen por encima de todo y de todos, y no hay ninguna posibilidad de que cambie en algo lo que ha determinado.

Al identificarse como el Amén, le está diciendo al ángel de la iglesia en Laodicea que Él es totalmente confiable, que no

debe haber ninguna duda ni incertidumbre respecto a lo que Él habla y determina y que la confianza del ángel en Él debe ser total, sin ninguna clase de restricción, temor o duda.

Él es nuestra seguridad y en Él podemos confiar todo el tiempo de nuestro peregrinar en la tierra, porque Él y solo Él es capaz de sustentarnos y de guiarnos hasta la meta que nos ha propuesto.

2. El Testigo Fiel y Verdadero

Un testigo es una persona que ha visto unos hechos o cosas y da testimonio de ellas ante otras personas. El Señor es el único testigo fiel y verdadero de todas las cosas divinas, tales como la naturaleza de Dios, Su plan de redención, la ejecución de la obra de redención y las cosas que ocurrirán en el futuro mediato e inmediato y es el único que puede testificar con fidelidad sobre el particular.

Igualmente, el Señor es verdadero porque Él es la verdad misma. Enfatizamos el hecho que **la verdad no es un concepto filosófico que tiene que ver con el bien y el mal ni con lo bondadoso u oprobioso, sino que la verdad es una persona, es Dios mismo, manifestado en el Señor Jesucristo por medio del Espíritu:** "*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida… Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz*" (Juan 14.6; 18.37).

Todas las cosas que pertenecen a Dios y que tienen relación con el hombre con respecto a la verdad, son testificadas de manera genuina por el Señor Jesús, porque Él es el testigo fiel y verdadero, y esta es otra de las características con las que se presenta al ángel de la iglesia en Laodicea.

3. El principio de la creación de Dios

Principio aquí quiere decir origen, causa, la ley bajo la cual se mueven todas las cosas. Todo lo que existe fue creado en Cristo, por Cristo y para Cristo: "*Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho… Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y*

todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preminencia" (Juan 1.3; Colosenses 1.16-18).

El Señor Jesús como Dios es la fuente, el origen de todas las cosas creadas. Nada de lo que ha llegado a la existencia es antes que Él, ni está fuera de Él.

Él es quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder: "*quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*" (Hebreos 1.3).

Nada de lo que hay en el vasto universo escapa de Su conocimiento y nada de lo que nos ocurre a los hijos de Dios escapa de Su voluntad. Él es suficientemente confiable para nosotros como el Amén, como el Testigo fiel y verdadero y como el Principio de la creación de Dios. ***En él podemos depositar toda nuestra confianza y en Él podemos descansar.***

Una vez el Señor se ha presentado ante el ángel de la iglesia en Laodicea y le ha hablado de tres de las características propias de Su naturaleza, pasa a describir la situación de la iglesia en esa etapa, que como hemos afirmado corresponde a la época inmediatamente anterior a la venida del Señor. Quiere decir esto que, quienes vivimos en la tercera década del siglo XXI, estamos más próximos a la venida del Señor Jesús, de lo que la mayoría de los creyentes suponen.

La tibieza

La primera situación que el Señor le muestra al ángel de la iglesia en Laodicea es su situación de tibieza: "*Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca*" (Apocalipsis 3.15-16).

El Señor desea que como hijos Suyos nos demos de todo corazón y le entreguemos todo nuestro vivir a Su servicio, para agradarlo y para satisfacerlo y a eso se refiere cuando habla de ser caliente. Pero si Sus hijos no desean servirle con todo su corazón, si no desean vivirlo como el primer amor, aun el Señor prefiere que los creyentes sean fríos, en otras palabras, que con sinceridad le digan al Señor que no desean nada de Él, que prefieren amar al mundo, que no desean que Él los guíe, caso en el

cual son fríos, hecho que ofende menos al Señor que la tibieza.

La tibieza, aunque la definiremos espiritualmente más adelante, es un estado de mediocridad muy propio de los creyentes indiferentes que, siendo hijos de Dios, ni lo siguen ni lo dejan, sino que viven en un estado de intemperancia y de vaivén, pues a veces desean consagrarse al Señor, le hacen mil promesas de servirlo y seguirlo, pero cuando tienen una pequeña oportunidad de seguir al mundo y de amar las cosas del mundo, cambian al Señor por cualquier bagatela, por cualquier sentimiento y por cualquier obra.

Esto produce en el Señor náuseas y un estado en el que el Señor muy pronto vomitará a esa clase de creyentes. Un buen vomitivo para los humanos es el agua tibia y la tibieza de los creyentes produce ese malestar en el Señor.

Hay alimentos que una vez los hemos ingerido nos hacen vomitar, porque debido a alguna sustancia que contienen, producen rechazo en nuestro estómago, y la única manera de tener una vida normal es expeliendo esas sustancias.

Los cristianos que no aman al Señor y no lo honran como el primero en su vivir, le producen al Señor la misma sensación: Él no puede soportarlos y no tiene alternativa diferente a vomitarlos de Su boca.

Veamos entonces en qué consiste la tibieza desde el punto de vista espiritual.

No es fácil encontrar entre los escritos de creyentes acerca de Apocalipsis, libros que contengan revelación profunda acerca de las siete iglesias de Apocalipsis y prácticamente ninguno que tenga el enfoque que el Señor nos está mostrando en este libro.

Tal vez, hasta donde llega nuestro conocimiento, quienes han escrito sobre este tema han sido ***Watchman Nee*** y ***Witness Lee,*** dos hermanos de origen chino que vivieron en buena parte del siglo XX[1].

Estos hermanos, en su estudio de las siete cartas de Apocalipsis subdividen las siete iglesias en dos grupos: el primero conformado por las tres primeras, Éfeso, Esmirna y Pérgamo, de las que dicen que fueron con-

1. Véanse los libros ***La Ortodoxia de la Iglesia*** y ***Estudio-Vida de Apocalipsi***s de Watchman Nee y Witness Lee, respectivamente.

secutivas y exckuyentes, y que hoy no existen.

El segundo grupo lo conformaron con Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea y afirman que la existencia de estas iglesias es simultánea y que cada una corresponde a un grupo específico de organizaciones cristianas.

Para ellos, Tiatira corresponde al catolicismo, Sardis corresponde al protestantismo y sus miles de denominaciones bien divididas unas con respecto a otras.

De Filadelfia afirman que fue en el siglo XVIII y XIX la manifestación de los hermanos Unidos de Inglaterra y también conocidos como Hermanos Libres. Afirman que cuando murieron los pioneros de los hermanos Libres, sus congregaciones se llenaron de conocimiento muerto, perdieron el Espíritu y pasaron a ser Laodicea y que son en la actualidad.

Ante esta situación, afirman los hermanos de la referencia, que el Señor reaccionó y levantó a comienzos del siglo XX a *Watchman Nee*, quien consideró que la iglesia es local, que puede haber solo una iglesia en una ciudad, combatió firmemente a las denominaciones y una vez que él fue apresado por el régimen comunista de Mao Tsé Tung, *Witness Lee* continuó su labor, acentuó la iglesia local y lamentablemente la convirtió en una denominación más de las muchas que hay en el cristianismo contemporáneo.

Witness Lee murió en 1997 y después de su muerte, sus grupos conocidos como la iglesia local, se han subdividido en muchos grupos, en los cuales se satanizan mutuamente, afirmando que quienes no están en el único ministerio que el Señor reconoce en esta tierra, que es el ministerio de *Watchman Nee* y *Witness Lee*, están haciendo una obra diabólica. Lo mismo afirman quienes estuvieron con él en vida, pero que ahora consideran que su ministerio es el único válido delante del Señor.

Queremos recordar que ***en la Biblia no existe el ministerio particular de un hermano, sino que el único ministerio del Señor es el del Espíritu Santo y que en Él están todos los santos***, los hijos de Dios; y, que tampoco existe la comunión del hermano "*zutano*" ni la del

hermano "*perencejo*", sino que el Señor nos ha llamado a la única comunión del Hijo Jesucristo nuestro Señor: "*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor*" (1 Corintios 1.9).

No es nuestro propósito entrar a debatir personas ni puntos de vista de los hermanos que nos han antecedido en el paso por esta tierra, sino con sencillez de corazón y con la humildad del Señor, presentar a los lectores la revelación que el Señor nos ha mostrado, para que ellos, haciendo uso de la unción que está en su espíritu, puedan discernir si, lo que está consignado en las páginas de este libro y de los otros que conforman un todo, viene del Señor o son simples imaginaciones de sus escritores.

Reconocemos sí que en los hermanos Nee y Lee, el Señor descargó mucha revelación de Su palabra y si es del agrado del lector pueden buscar algunos de sus muchos libros y leerlos, buscando siempre discernir en su espíritu aquello que pueda ayudarlos a tener un vivir agradable al Señor.

Así las cosas, queremos mostrar la revelación acerca de la condición de la iglesia en la etapa de Laodicea que es ***la tibieza***.

No podemos afirmar con certeza que las condiciones de las tres primeras iglesias, Éfeso, Esmirna y Pérgamo hayan desaparecido, sino que por el contrario son situaciones que, lamentablemente, han invadido a los hijos de Dios de este tiempo presente.

Es insensato negar el hecho de que los cristianos contemporáneos han perdido el primer amor, es decir, han dejado al Señor como centro y se han dedicado a hacer obras de su propia iniciativa, para tratar de agradarlo.

Como consecuencia, han perdido el candelero, están viviendo sin luz y sin revelación, y en su corazón sincero están tratando de seguir al Señor en medio de la oscuridad, sin tener claridad en el camino que Él ha trazado, el cual es Él mismo.

Igualmente, ***los cristianos contemporáneos son raquíticos espiritualmente, porque no se alimentan de Cristo, que en Éfeso está representado por el árbol de la vida***.

Consecuentemente, la iglesia después de Éfeso se llenó de pobreza, aun teniendo todas las riquezas del Señor, y fue blanco del enemigo, quien persigue a los santos y los encarcela, blasfema de ellos y los hostiga de diversas formas. Esta es la manifestación actual de la situación de Esmirna.

Con la persecución de satanás, los hermanos aún se debilitaron más y permitieron que satanás se entronizara y estableciera su morada en medio de ellos, y con mucha sutileza introdujo dos doctrinas con las que ha causado un profundo daño a la iglesia, como son la doctrina de Balaam y la doctrina del nicolaísmo.

No hay ninguna expresión del cristianismo donde estas dos doctrinas no estén fuertemente arraigadas y su práctica no sea el pan diario de quienes están entre ellos.

No podemos entonces afirmar que las características de estas tres iglesias desaparecieron, sino por el contrario, la situación de degradación en cada una de ellas es hoy patente en medio de la iglesia, y debemos luchar contra esa degradación, para que en cada caso particular seamos vencedores y podamos entrar en el reino de los cielos, para reinar con el Señor por mil años.

Tampoco podemos afirmar que la condición de Tiatira corresponda exclusivamente al catolicismo romano y al catolicismo ortodoxo oriental, así su expresión se ajuste en su totalidad a la condición que describe la Biblia para esa iglesia.

La situación de degradación en *Tiatira*, afecta a la totalidad del cristianismo contemporáneo, pues la inmensa mayoría de los santos han aprendido de Jezabel a cometer fornicación y a comer cosas sacrificadas a los ídolos, y esto no es exclusivo de los católicos, sino que también, aunque en menor medida, ha afectado al protestantismo y a la llamada iglesia ortodoxa.

Igualmente, no podemos afirmar que la condición de muerte que azota a *Sardis* sea exclusivamente de los grupos protestantes, porque esa es una condición de todos los creyentes que siguen a líderes, a organizaciones, a ministerios y a comuniones particulares, entre los cuales también están los pocos hijos de

Dios genuinos, que están en medio del catolicismo y de la iglesia católica ortodoxa de oriente.

De la misma manera es inaceptable afirmar que *Laodicea* sean solamente los hermanos Unidos, que ellos han perdido el Espíritu, que son tibios porque se llenaron de conocimiento doctrinal y están muertos, porque la tibieza afecta a todos los cristianos contemporáneos.

Mucho menos podemos afirmar que Filadelfia sea un movimiento o grupo auto denominado la iglesia local, ni que es la única que el Señor acepta, porque eso sería tener la posibilidad de excluir a algunos santos de la iglesia, cuando el Señor nos ha incluido a todos.

Una cosa bien diferente es que, aunque estemos en la iglesia, el cuerpo de Cristo, no tengamos un vivir que agrade al Señor, que es en verdad la realidad de Filadelfia y que veremos en los últimos capítulo de este libro.

Volviendo al tema que nos ocupa de la tibieza de los hijos de Dios, necesitamos, con humildad ir al Señor para que Él tenga la bondad de revelarnos lo que quiere decir en cada una de las palabras que salen de Su boca.

Si el lector es cuidadoso notará que en los versículos 15 y 16 de Apocalipsis 3, después de que el Señor habla de la tibieza de los santos, el versículo 17 comienza con una palabra bien sencilla: ***porque***.

Esa pequeña palabrita ***porque***, es *una conjunción causal*, que nos indica que lo que precede es consecuencia de lo que antecede. En otras palabras, la condición de la iglesia en Laodicea es tibia por lo que dice el versículo 15.

Para entenderlo mejor, podemos formularnos esta pregunta: ¿Por qué los santos en Laodicea cayeron en estado de tibieza? "***Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad***" (Apocalipsis 3.17). Esta es la repuesta del Señor.

Recordemos que el significado de *Laodicea* es la *opinión o el juicio del laicado, del pueblo*, y en esta condición de la iglesia el pueblo dice: "***Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad***".

Esta condición es similar a la de Éfeso, cuando los hermanos dejaron al Señor como el primer amor, como el centro de su vida.

Aquí cada quien se considera rico, considera que se ha enriquecido y que no tiene ninguna necesidad del Señor.

¿No es esa la condición del cristianismo hoy? Cada quien está en su grupo, siguiendo a su líder, teniendo multitud de actividades, aprendiendo más y más doctrinas, viendo cómo el grupo en el que está matriculado crece por decenas, centenas y miles de seguidores. Cada uno está satisfecho de pertenecer a cierta organización, considera que más allá de lo poco que le es suministrado en ella, no necesita nada.

Los hijos de Dios, inmersos en las distintas organizaciones el cristianismo contemporáneo, consideran que más allá de lo que enseñan y lo que hacen en su grupo no hay nada mejor, que eso es lo último. Algunos inclusive hablan de la cumbre de la revelación de determinado tema, indicando con eso que más allá de esa "*revelación*" ya no habrá otra que la supere.

Los integrantes de cada grupo satanizan a los demás grupos y consideran que lo que ellos hacen es del Señor, pero que lo que hacen otros es del diablo. Cada grupo considera que su doctrina es "*sana*" y que las doctrinas de otros grupos son insanas y diabólicas.

Si el Señor usa a algún hermano para mostrarles algo de la verdad, inmediatamente es satanizado, estigmatizado y acusado de rebeldía y de otros pecados. **Cada quien, en su redil, en su corral, considera que es rico, que se ha enriquecido y que no tiene ninguna necesidad y todos están convencidos de esa mentira absurda.**

Cada evangélico está profundamente satisfecho con su líder, con su organización, con las doctrinas que le enseñan, con las actividades que ejecutan y con las prácticas que tienen; pero ninguno tiene ni siquiera un poquito de revelación, no conocen al Señor, no lo disfrutan, no crecen, no tienen oportunidad de madurar y su vivir no es en el espíritu sino en el alma.

¿Cuál es la respuesta del Señor a la actitud de *Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa*

tengo necesidad? Léela y medítala: "*y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*".

La pequeña frase ***no sabes***, es muy significativa. Los santos de la iglesia contemporánea se consideran ricos, ¡enriquecidos, y confiesan no tener ninguna necesidad!, pero el Señor les replica: ¡*y no sabes*!

Atiende bien, amado lector, a estas palabras que no son invención de este libro, sino que están en la Biblia: y ***no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo***.

Cinco características de Laodicea

Estas son las cinco características de todos los santos del cristianismo actual, la iglesia de hoy, y vamos a considerarlas una a una, con la profundidad que el Señor nos revele:

1. Desventurado

La primera característica que el Señor le muestra al ángel de la iglesia en Laodicea, que repetimos, corresponde a la característica más notoria de la iglesia de este tiempo, la tercera década del siglo XXI, es *un desventurado*.

No se encuentra en el Diccionario de la Real Academia Española una definición apropiada de la palabra *desventura* que nos pueda ayudar con alguna luz sobre el tema que estamos tratando de dilucidar, pero si nos atenemos a la Biblia, la palabra de Dios, podemos obtener mucha riqueza, revelación y visión acerca de lo que el Señor quiere mostrarnos.

El diccionario del Señor es suficientemente rico para mostrarnos la realidad de cada palabra.

Cuando el Señor quiso hablar a los discípulos acerca de lo que debe ser en su esencia cada uno de los ciudadanos del reino de los cielos, cuenta la Biblia que: "*Viendo las multitudes, subió al monte; y cuando se hubo sentado, se le acercaron Sus discípulos. Y abriendo Su boca les enseñaba*" (Mateo 5.1-2).

Los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo contienen las enseñanzas de Jesús acerca de la constitución del reino de los cielos, y es bien notoria la forma como comienza ésta.

El Espíritu nos relata que cuando Jesús vio la multitud subió al monte y se sentó. ¿Por qué

cuando vio la multitud no comenzó a enseñar, sino que subió al monte y se sentó? La respuesta es obvia: ***porque no deseaba enseñarle a la multitud***.

El Señor Jesús, en contraste con los líderes contemporáneos del cristianismo, no tiene mucho interés en enseñarle a las multitudes, sino que busca a algunos que sean íntimos con Él, que quieran oírlo, obedecerlo y seguirlo.

Si hubiese querido enseñar a las multitudes no hubiera subido al monte, pues estando allí impedía que la multitud subiese con Él, porque la multitud no cabía en el monte. Aún más, cuando subió al monte se sentó, esperó que se acercaran Sus discípulos, y fue a ellos a quienes les enseñó.

Una prueba de esto la tenemos en Mateo 13, cuando el Señor habló a las multitudes, lo hizo en parábolas, pero a los discípulos les habló en un lenguaje comprensible.

Por este hecho los discípulos le reclamaron: "*Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; Y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, Y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron*" (vs. 10-17).

Los genuinos discípulos del Señor no están interesados en ganar multitudes de miles, sino en estar sentados con el Señor oyendo Su palabra, recibiendo revelación, teniendo visión y practicando Sus enseñanzas.

Una vez que el Señor se hubo sentado, lo cual indica que no hay afán, ni angustia en Él, sino un reposo y disfrute absolutos, y esta actitud debe caracterizar a los hijos de Dios: siempre des-

cansamos en Él. Entonces, una vez se hubo sentado, los discípulos se le acercaron y Él abrió Su boca para enseñarles.

¿Qué fue lo primero que les impartió? "*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*" (Mateo 5.3). Si hiciésemos una paráfrasis de este versículo, nos daría una mejor comprensión del tema que estamos tratando; podríamos parafrasearlo así: "*Bienaventurados los que reconocen su necesidad espiritual, porque de ellos es el reino de los cielos*".

Ser pobre en espíritu no es ser amilanado, mediocre, tonto o no poseer riquezas materiales; nada tiene que ver con eso.

Ser pobres en espíritu es reconocer a cada momento la inmensa necesidad que tenemos del Señor, de Su gracia, de Sus riquezas, de Su presencia y de Su guía. Ser pobres en espíritu es reconocer que separados de Él nada podemos hacer, nada podemos obtener y no podemos vivir nuestra vida espiritual. Si esa es nuestra actitud permanente, tenemos garantizado el reino de los cielos.

Observa que esta es una actitud totalmente opuesta a la actitud de tibieza de Laodicea.

Los hijos de Dios en esa situación degradada de la iglesia afirman que son ricos, que se han enriquecido y que no tienen necesidad de nada; por eso son desventurados. **En contraste con esa actitud, el Señor afirma que los que reconocen su necesidad espiritual son bienaventurados.**

Esperamos que se entienda con claridad qué quiere decir el Señor cuando afirma que la iglesia en Laodicea, que corresponde a la situación degradada de la iglesia en este tiempo que antecede a la venida del Señor, es desventurada, y que al comprenderlo, cada hermano decida salir de esa situación de desventura.

Capítulo 34
La Degradación en Laodicea (2)

Cinco características de Laodicea (Continuación)

2. Miserable

Es la segunda característica que el Señor encuentra en la etapa de degradación de la iglesia correspondiente a Laodicea.

Los hijos de Dios de los tiempos que anteceden a la segunda venida del Señor, han caído en estado de tibieza porque consideran que son ricos, que se han enriquecido con sus labores y actividades, con sus doctrinas, sus organizaciones y sus líderes, y que no tienen necesidad del Señor, es decir, ellos no reconocen la necesidad que todos los hijos de Dios tenemos diariamente de Él.

Debido a esa condición de los santos, el Señor les advierte que ***ellos no saben que son miserables***. ¿Qué significado tiene esa palabra?

Miserable tiene que ver con miseria. La miseria es más profunda y denigrante que la pobreza. Estar en la miseria es no tener absolutamente nada con qué proveer las necesidades personales, y mucho menos las de la familia.

La miseria espiritual se da en aquellos creyentes que no tienen nada del Señor constituido en su depósito y en consecuencia, no tienen cómo suplir sus necesidades espirituales, ni pueden ayudar a otros a disfrutar al Señor.

En el Antiguo Testamento, cuando el Señor introdujo al pueblo de Israel en la tierra prometida, a cada tribu, a cada

familia y a cada israelita le dio una porción de tierra de la que trabajándola, podían obtener su sustento. Algunos israelitas perezosos no trabajaban la tierra y no tenían para sustentarse, y en consecuencia, tenían que vender su heredad y se quedaban en la miseria.

Espiritualmente hablando, los pocos hijos de Dios que están inmersos en el cristianismo no saben cómo disfrutar las riquezas que el Señor ha puesto en el espíritu de ellos, y su vida es miserable.

No disfrutan al Señor, no tienen nada de Él para compartir con otros y su vida cristiana es vacía y sin sentido. Lo único que logran es calentar su emoción cuando van a los cultos, donde el líder, que es especialista en usar el alma, pero no el espíritu, les da un poco de aliento, que se desvanece más rápido que el hielo en el fuego.

Una situación donde se puede ver la miseria espiritual de los cristianos es en su vivir diario, en su hogar, en su trabajo, con su cónyuge y con sus hijos, con sus vecinos y en general con las personas con quienes interactúa. No hay un disfrute del Señor, no tienen cómo sostener una charla de peso acerca del Señor Jesús, Su persona y Su obra, sino que sus conversaciones se limitan a temas mundanos.

Los creyentes que se consideran ricos, que se han enriquecido y que no tienen necesidad de nada, en realidad están en una situación de miseria espiritual y esta es la triste situación del cristianismo contemporáneo.

3. Pobre

La tercera condición que el Señor ve en la iglesia contemporánea, manifestada a través del ángel de la iglesia en Laodicea es la pobreza. La pobreza, aunque no es tan crítica como la miseria, es una situación espiritual lamentable en la que viven los creyentes de este tiempo.

Mientras que una persona que está en la miseria no tiene nada para suplir sus necesidades, una persona pobre, tal vez logra suplirse un poco a sí misma, pero no tiene nada para compartir con otros.

Un creyente normal debe re-

bosar de las riquezas de Cristo, debe tener abundancia para suplir sus propias necesidades y para compartir con otros.

Pero los cristianos contemporáneos son muy perezosos para buscar al Señor, para buscar revelación y para buscar visión del Señor, Su Persona, Su palabra y Su plan.

Prefieren que su líder les entregue todo masticado y éste solo tiene una comida sin nutrientes espirituales, trasnochada, llena de muerte, como ocurre en Sardis.

Hermanos que no buscan comunión e intimidad con el Señor, que no aprenden a tener una vida de dependencia del Señor, que no disfrutan las riquezas de Cristo y que buscan depender de otros cristianos, caen rápidamente en miseria y en pobreza espiritual, y lo peor de todo es que se consideran ricos, enriquecidos y que no necesitan nada del Señor. Esta es otra de las situaciones de degradación que debemos vencer en este tiempo.

4. Ciego

La ceguera es la cuarta característica que el Señor encuentra en la iglesia contemporánea.

Es bien difícil encontrar en el cristianismo, hermanos que tengan una visión clara acerca de lo que el Señor está haciendo, de lo que hará y de lo que le agrada.

Hemos visto que una visión que procede del Espíritu Santo debe tener como origen la revelación que el Señor da en el espíritu de los creyentes. En Efesios 1.17-18, Pablo, hablando por el Espíritu Santo, menciona estas dos necesidades cruciales de todo creyente en el Señor Jesús: "*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; siendo iluminados los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza de vuestra vocación, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos*".

No hay posibilidad de conocer a Dios fuera del espíritu humano y mediante la revelación que Dios nos concede; pero si la revelación que se da en el espíritu no es complementada con una visión en el alma [*siendo iluminados los ojos de vuestro entendimiento*], la revelación se vuelve ineficaz y no tiene nin-

guna utilidad en el creyente.

Igualmente, si la visión que se da en el alma—los ojos del entendimiento— no procede de la revelación del espíritu, es una visión mentirosa que procede del maligno. ***De esta clase de visiones está lleno el cristianismo***.

Los líderes cristianos cegados por su ambición de fama, de gloria y de poder, no tienen ninguna revelación del Señor, porque Él no la da a los ambiciosos, y además los feligreses de las congregaciones son muy perezosos para vivir en comunión con el Señor, pues prefieren que les den todo masticado y son tan ciegos como sus líderes.

Observa apreciado lector que estas son palabras dichas por el Señor y no por un hombre: ***y no sabes que tú eres un… ciego***. El Señor te está diciendo que eres un ciego, pero que si te vuelves a Él en tu espíritu, podrás ver.

Él quiere quitar la venda de tus ojos para que veas. De tu decisión depende que el Señor pueda quitar todo velo y puedas obtener revelación y visión de lo que Él desea y le agrada.

5. Desnudo

Es el quinto defecto que el Señor encuentra en la iglesia en Laodicea, es decir, en la iglesia degradada de este tiempo: *la desnudez*. En el capítulo anterior tratamos de manera rápida acerca de la Parábola de las Bodas de Mateo 22, en la que se narra acerca de un hermano que quiso estar en las Bodas del Cordero, pero vestido inapropiadamente.

La desnudez es la falta de vestido o el porte de un vestido inadecuado, y los creyentes, para no estar desnudos, ***debemos vestirnos totalmente de Cristo, permitir cada día que, junto con nosotros, Él borde nuestro vestido de bodas y estando adecuadamente vestidos podamos participar de las Bodas del Cordero***.

El vestido expresa en el exterior de las personas lo que hay en el interior de ellas y muchas veces, aun los genuinos creyentes, no expresan al Señor porque dentro de ellos hay poco crecimiento de la vida divina, porque ellos no son personas habituadas a disfrutar las riquezas de Cristo, que han

sido puestas en su espíritu.

Para conocer la realidad de esta situación, es conveniente observar el vivir de los creyentes en su día a día, con su cónyuge, con sus hijos, en la escuela, en su vida laboral y se verá que hay mucha expresión del diablo y casi nada de la expresión del Señor.

Cuando el Señor creó al hombre—varón y hembra— lo puso frente al árbol de la vida—que es Dios— para que el hombre comiera a Dios, se llenara de Él y lo expresara.

Lamentablemente, el hombre a cambio del árbol de la vida prefirió comer del árbol de la ciencia del bien y del mal—la naturaleza satánica— e inmediatamente después se vio desnudo.

Así, cuando el Señor vino a buscarlo y le preguntó dónde estaba, el hombre respondió: "*Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí*" (Génesis 3.10).

Esconderse es la actitud de un creyente que no está habituado a vestirse de Cristo; se esconde cuando es requerido por el Señor, y si tú no buscas que el Señor borde tu vestido de bodas, cuando el Señor venga, tendrás que huir avergonzado de Su presencia.

El Señor en Su gran misericordia está llamando la atención de todos Sus hijos, para que, mientras sea tiempo, se arrepientan y busquen ser vestidos de Él y no tengan que huir avergonzados: "*Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre... Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*" (Lucas 21.36; 1 Juan 2.28).

Como hijos de Dios debemos esforzarnos en la gracia para disfrutar de Sus inmensurables riquezas que Él ha depositado en nuestro espíritu. De esa manera seremos vestidos de Él, lo cual se traduce en que lo expresamos en toda nuestra manera de vida; en Su venida, con plena confianza, podremos estar en Su presencia.

Muchos cristianos, día a día, desean que el Señor no venga todavía porque ellos no se consideran preparados para recibirlo,

y pasan uno, dos y diez años, y su actitud no cambia, porque continúan su vida sin prepararse para recibirlo; siguen en su situación de desnudez. Deseamos que esta no sea la situación de los lectores de este libro, sino que puedan tener arrepentimiento y bordar su vestido de bodas.

El Señor provee soluciones

El Señor no se queda en el punto de mostrarle a la iglesia los defectos que ella tiene y que constituyen para ella un estado de tibieza, sino que inmediatamente procede a suministrarle los remedios apropiados para salir de esa situación denigrante, que en nada lo complace ni lo agrada.

En el versículo 18 el Señor dice: "*Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas*".

La alocución adverbial, *por tanto*, está diciendo que debido a la situación degradada de la iglesia manifestada en las cinco características que hemos descrito, el Señor les da un consejo a los santos.

Debemos entender que un consejo puede tomarse y seguirse, o así mismo puede rechazarse; depende de la voluntad de quien lo recibe. Un consejo no es de obligatoria aceptación y bien puede ser rechazado.

En otras palabras, el Señor hoy te está dando un consejo y tú puedes aceptarlo y seguirlo, o rechazarlo e ignorarlo. Depende de tu voluntad.

El consejo del Señor tiene tres elementos que consideraremos, por la misericordia del Señor, con alguna profundidad.

Debemos tener en cuenta que los tres elementos que el Señor suministra para vencer la condición de degradación en Laodicea, deben ser comprados. Por eso dice: *yo te aconsejo que de mí compres*.

No es gratuito, es comprado. Comprar implica que hay que pagar un precio, pero ese precio no está representado por esfuerzos, obras y actividades de quien compra, sino que el Señor mismo suministra los medios para comprarlo: ***la gracia.***

Igualmente, el Señor nos

dice que es de Él de quien debemos comprar, no de un líder o de determinada organización o de cierta doctrina o de un ministerio particular, sino que debemos ir a Él para comprar.

En otras palabras, nadie distinto al Señor Jesús puede suministrarnos la gracia para salir de la triste condición degradada en que se encuentra la iglesia hoy.

¡Qué precioso es el Señor, cuán grande es Su misericordia! Él nos exige algunas cosas, pero Sus exigencia no son gravosas, sino que Él mismo nos suple Sus riquezas para que nosotros podamos comprar.

Al leer esta palabra, viene a nuestro corazón otra de las parábolas que hablan del reino de los cielos, la Parábola de los Talentos registrada en Mateo 25.14-30: "*Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo, el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*".

Como puede verse, la parábola se refiere al reino de los cielos, y para entrar en él, el Señor ha dado talentos a cada uno de Sus hijos, conforme a la capacidad de ellos: "*Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo*" (Efesios 4.7).

Él ha dejado esos talentos con el único objetivo de que cada uno los trabaje y los reproduzca, para que cuando el Señor regrese, éstos se hayan multiplicado.

En otras palabras, el Señor dejó todas Sus riquezas en nuestro espíritu, pero pueden quedarse ahí inermes, sin ninguna actividad.

En la medida que un creyente pone su alma en el espíritu, los dones—talentos— que el Señor le dio, van llenando el alma y en la medida que el alma se llena, los talentos se van multiplicando; de esa forma, el creyente se va enriqueciendo con las riquezas de Cristo, va derrotando la miseria y la pobreza y tiene suficiente para él, para los suyos y para compartir con otros hermanos.

Eso es exactamente lo que ocurre con los siervos que recibieron cinco y dos talentos. Ellos, durante su vida en la tierra, buscaron comunión con el Señor, aprendieron a vivir en el espíritu, frecuentaron el trono de la gracia donde recibieron gracia y misericordia del Señor, y espontáneamente, el número de sus talentos se multiplicó, se duplicó.

Cuando el Señor regrese, esa clase de hermanos serán alabados por Él, porque Su obra en ellos no fue vana y produjo muchos frutos. Estos hermanos no tendrán vergüenza ni temor para presentarse delante del Señor; ellos no se alejarán avergonzados en la venida del Señor.

Hermanos así serán alabados por el Señor, porque aun cuando Él considera que los ha puesto sobre poco y en ese poco han sido fieles, el Señor los pondrá sobre mucho, es decir, los pondrá a gobernar junto con Él sobre la tierra y tal vez sobre el universo. Además, disfrutarán del gozo del Señor por la eternidad. Por eso el Señor les dirá: *Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*.

Al decir el Señor que han sido fieles en lo poco, quiere decir que a pesar de haber re-

cibido cinco o dos talento del Señor, Él no exige mayor cosa.

En realidad, lo único necesario en nuestro vivir de creyentes en la tierra es tener un disfrute permanente de la persona y las riquezas del Señor. Disfrutar no requiere ningún esfuerzo, no hace falta hacer ingentes esfuerzos para cumplir una lista interminable de requisitos, sino que todo se convierte en un genuino deleite que vivimos diariamente con el Señor. Como recompensa, el Señor nos pondrá sobre mucho y viviremos un gozo permanente en Él.

No ocurre lo mismo con el hijo de Dios que ha recibido un solo talento. El Señor no le dio más, porque no tenía más capacidad, pero él, debido a su infidelidad, se llenó de miedo y enterró el talento.

Tenemos que registrar con profunda tristeza que este hecho es de común ocurrencia en las distintas congregaciones del cristianismo. Todos los hermanos allí tienen enterrado su talento. Ellos dependen de un líder que cree que ejercita sus talentos, lo que tampoco es verdad.

A los hermanos en las congregaciones se les enseña a seguir ciegamente a su pastor; en las reuniones es él quien habla, es él quien desarrolla todas las actividades y lo cientos y miles de feligreses lo único que hacen es decir amén, cuando se les pide que lo hagan o repetir ciertas frases manidas que les incitan a repetir, pero ni el líder ni sus correligionarios saben liberar su espíritu.

Los cristianos contemporáneos no tienen idea de cómo ejercitar su espíritu y son miembros del cuerpo que están paralizados en grado extremo. Ellos viven llenos de temor, porque si tienen alguna actitud inconveniente, el pastor puede molestarse y "*exhortarlos*", es decir, regañarlos, predicar contra ellos, lanzarles indirectas, satanizarlos y "*arrojarlos al infierno*".

De esa manera, los hijos genuinos de Dios que hay en las congregaciones—que son una pequeña minoría— viven llenos de temor y entierran su talento.

Los líderes enseñan al cristianismo a vivir en el "*temor del Señor*", pero ese temor predicado por ellos no es un temor del espíritu, sino un miedo por el pastor y por quienes los dirigen.

Las reuniones de los grupos cristianos evangélicos y las misas del catolicismo romano y las del catolicismo ortodoxo oriental, están encaminadas a hacer que los pocos hijos de Dios entierren su talento y no lo multipliquen.

Si las reuniones de los cristianos fueran conformes a la Biblia no se limitarían a que un predicador ubicado en lo más alto del lugar y en un púlpito de su uso exclusivo, lanzara un poco de palabras sin sabor espiritual y llenas de muerte, sino que seguiría los lineamientos que, para la reunión, el Espíritu ha trazado en 1 Corintios 14: "*¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene enseñanza, tiene revelación, tiene lengua, tiene interpretación. Hágase todo para edificación*" (v. 26).

Es bueno mirar detenidamente y en el espíritu, este versículo. Cuando la iglesia se reúne es necesario que cada uno de los reunidos tenga una o varias de las cosas allí mencionadas: salmo, enseñanza, revelación, lengua e interpretación, y el desarrollo de cada una de las actividades debe tener un único propósito: edificar a los santos.

Obsérvese que no dice la Biblia que es un solo hermano el que debe tener estas cosas, sino cada uno, es decir, todos. Tal vez un hermano tiene un salmo, que es una composición poética generalmente compuesta para cantarse, que revela los profundos misterios de Dios, de Su persona, Su obra y Su plan.

Hay algunos himnarios que tienen himnos maravillosos que cumplen estos requisitos, pero también hay algunos himnos que no tienen nada de vida divina y algunos están plagados de herejías. Cada uno debe aprender a discernirlos por el espíritu.

Tal vez uno o varios hermanos tienen una enseñanza que el Señor les inspira en el momento de la reunión, acerca de un tema específico. Esos son maestros y profetas que ejercen su don para edificar a otros hermanos y edificarse ellos mismos.

Esa enseñanza no debe tener como origen un mero conocimiento intelectual, sino que debe darse a partir de la revelación de la palabra que el Señor suministra por medio del espíritu a cada creyente.

En otras palabras, debe ser el Señor mismo quien enseña, usando a uno o más hermanos. Por eso dice Hebreos 8.11 y Juan 6.45: "*y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos... Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí*".

Una reunión de creyentes genuina, es decir, la verdadera reunión de la iglesia, debe tener revelación. **La revelación viene del Espíritu Santo y se da en el espíritu del creyente**. Todos los hijos de Dios, absolutamente todos, debemos aspirar a ser revelados por Dios y tenemos que serlo.

Hermano y lector, tal vez tu vida cristiana ha transcurrido en una y otra denominación del cristianismo y allí te han enseñado a vivir lleno de temor, a enterrar tu talento y a considerarte un pobre miserable que no puedes tener ninguna revelación.

Esa es una gran mentira que satanás ha sembrado en tu corazón, pero llegó la hora de salir de ese engaño y venir al Señor en tu espíritu, para que Él se revele plenamente a ti.

¡Hazlo con plena certidumbre de fe y con total confianza! El Señor te dará revelación para que tú, aunque seas un hermano de un talento, puedas llevarlo a la reunión para compartirlo y edificar a otros. ***No entierres tu talento.***

Finalmente, en una reunión genuina de creyentes puede haber dos elementos más: lenguas e interpretación. La interpretación es condición indispensable para que haya hablar en lenguas: "*Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios*" (1 Corintios 14.27-28).

El hablar en lenguas cuando la iglesia está reunida, tiene dos limitaciones: que no sean más de tres hermanos los que hablen y que haya intérprete. Si no hay quien interprete, los que tienen lenguas deben callar y hablar para ellos y para el Señor.

No obstante, es necesario recalcar lo que dice el versículo

22 del capítulo 14: "*Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos; pero la profecía, no a los incrédulos, sino a los creyentes*". Si en una reunión de creyentes, se requiere de lenguas desconocidas, es dudoso que los reunidos sean creyentes.

Además de esos cinco elementos que debe haber en cada reunión de creyentes genuinos, hay otro que es de vital importancia: la profecía. "*Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados*"

Todos los santos deben profetizar en cada una de las reuniones de la iglesia, pero es necesario tener claro que profetizar no tiene nada que ver con anunciar eventos futuros, porque esa es una actividad de adivinación, muy desagradable al Señor.

Los eventos futuros están en la Biblia y se necesita revelación del Espíritu acerca de ellos. Todo el plan del Señor, por lo menos hasta el comienzo de la eternidad en la Nueva Jerusalén, están profetizados en la Biblia y en la medida que el Señor lo desee los revela a Sus hijos que buscan revelación.

Profetizar es el fluir de Dios desde el espíritu de los creyentes y su finalidad es edificar, exhortar y consolar a los santos: "*Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, aliento y consolación*" (1 Corintios 14.2). Profetizar consiste sencillamente en exteriorizar al Señor y Sus riquezas, que disfrutamos diariamente.

Cuando nos reunimos cualquier día, llevamos muchas riquezas de Cristo que hemos disfrutado diariamente, y cada uno de los participantes de la reunión manifiesta aquello que ha ganado del Señor.

Una reunión así es un verdadero ágape, en el que todos somos alimentados con la porción que cada santo lleva y así todos los santos son edificados, son alentados—exhortados— y reciben consolación.

Aunque todos podemos y debemos profetizar, hay en la iglesia hermanos que han cultivado más ese don, que no lo han enterrado y funcionan como profetas.

Un profeta es un santo que, por

el continuo ejercicio del espíritu, por el continuo disfrute de la palabra, por el continuo rumiar de las riquezas del Señor, conoce los misterios profundos de la persona de Dios, de Su plan, de Su voluntad, de Sus intenciones, de Sus gustos y de todo aquello que lo agrada, y de una manera ordenada, guiado por el Espíritu, libera una palabra que trae revelación y luz a los presentes.

De ellos dice el Señor que deben profetizar dos o a lo más tres, y que sea en orden. En otras palabras, el Espíritu Santo, toma a quien quiere en la reunión para enseñar la palabra a los santos, y esa palabra los edifica, los alienta y los consuela. En determinado momento el Espíritu desea usar a otro profeta y entonces el primero debe callar y permitir que el otro profeta, a quien el Espíritu quiere usar, libere su carga, y así sucesivamente; pero el Señor no desea que sean más de tres.

Téngase en cuenta que el ingrediente básico y fundamental que el Espíritu determina aquí es la revelación.

Un profeta que ha sido constituido por el Señor como tal, no debe hablar nada que no se origine en la revelación que el Señor le da en Su espíritu: "*Pero si algo le es revelado a otro que está sentado, calle el primero*" (1 Corintios 14.30), es decir, una profecía no se compone de vana palabrería ni de la imaginación del profeta, sino que debe ser el hablar instantáneo del Señor, que se da por el Espíritu en el espíritu del creyente: "*Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*" (1 Corintios 14.32).

Ahora bien, los demás santos no deben asumir una actitud pasiva de simples escuchas, sino que deben juzgar la profecía traída por los dos o tres profetas, pero ese juicio también debe hacerse en el espíritu, dependiendo de la unción que mora en cada uno de los santos: "*Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen*" (1 Corintios 14.29).

¿Qué tal una reunión de este estilo? Maravillosa, ¿verdad? ¿En la congregación donde te reúnes, las reuniones son así? ¿Verdad que no?

Allí hay un pastor que es el centro de la reunión y no el Señor como debiera ser, y él habla

una, dos y hasta tres horas; los demás oyen y de vez en cuando dicen amén, repiten alguna frase que les ordenan repetir y al final o a veces en el intermedio aplauden. ¿A quién aplauden? Aparentemente al Señor, pero no es así. ***Entiende hermano que el Señor no es un actor de teatro, ni un cantante famoso, ni un ventrílocuo, ni un bufón***.

El Señor no está buscando aplausos de Sus hijos, sino que busca que Su voluntad sea hecha en la tierra así como se hace en el cielo. Ese aplauso en verdad es para el pastor, que busca ansiosamente la fama, la vanagloria y el reconocimiento de los hombres. Y bien se lo merece, porque tiene una habilidad enorme para montar una farsa en torno a lo que él considera que son las cosas del Señor.

Una reunión y una práctica así, es la más propicia para enterrar el don que el Señor les dio a los hermanos de un talento y a satanás le encanta ese tipo de reuniones, porque de esa manera logra que los creyentes fracasen en agradar al Señor.

Si buscas al Señor de todo corazón, Él te guiará a hacer reuniones de ese tipo, primero con tu familia y luego Él irá agregando más santos que lo buscan con corazón puro.

Recordemos que una reunión espiritual es el encuentro del Espíritu del Señor con el espíritu de cada uno de los creyentes. Recordemos que el Señor es la Cabeza del cuerpo y que nosotros somos miembros de ese cuerpo; que Él es el Señor, quien gobierna a la iglesia y que ningún hermano debe tomar señorío sobre los santos para controlarlos y para someterlos.

Permite que el Espíritu en Su sabiduría sea quien dirige el cuerpo.

Capítulo 35
La Degradación en Laodicea (3)

El Señor provee soluciones (continuación)

Volvamos a la parábola que veníamos considerando. Cuando el Señor le pida cuentas a sus siervos acerca de los dones que Él les entregó para que los multiplicasen, el que recibió cinco le reportó cinco más y el que recibió dos le entregó dos más, y el Señor alabó a estos santos; pero el que recibió uno le dijo: "*Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste*" (Mateo 25.24).

Esta es la actitud de los perezosos espirituales; consideran que ellos son incapaces de agradar al Señor y prefieren evitar cualquier contacto con Él.

Siempre tienen disculpas para buscar al Señor y siempre le echan la culpa a los demás de sus errores y fracasos; no les gusta presentarse delante del Señor para que los ilumine, les muestre su condición y puedan tener una actitud de arrepentimiento.

Cuando estén frente al Señor, como ya no tienen a quien echarle la culpa, lo recriminarán por su fracaso: "*Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo*" (Mateo 25.24-25).

Escucha las respuesta del Señor a los siervos de un talento: "*Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío*

con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mateo 25.26-30).

Si ellos hubiesen tenido un poco de deseo de buscar al Señor, sin duda el talento se habría duplicado y llegarían a ser los siervos de dos talentos y fácilmente los hubieran multiplicado hasta tener cuatro y así hubieran podido entrar en el gozo del Señor, pero como enterraron el talento, su destino es ser echados en las tinieblas de afuera a llorar y a crujir los dientes.

Creemos que el Señor nos ha hablado con mucha claridad y ya no tenemos disculpas para enterrar nuestro talento. De tu decisión depende. Anhelamos que seas un siervo del Señor que multiplicas tus talentos, para que seas alabado por Él y puedas entrar en Su gozo.

Cada oportunidad que tenemos en una reunión, en nuestras reuniones familiares con el cónyuge, con los hijos, en las visitas a los hermanos en sus casas, debemos aprovecharlas para ejercitar nuestro talento.

Haciendo así, los talentos se multiplicarán de manera espontánea y tendremos la seguridad de que en la venida del Señor no seremos reprochados por Él como siervos malos y negligentes.

Volviendo al consejo que el Señor le da al ángel de la iglesia en Laodicea, hemos afirmado que los tres elementos que los creyentes debemos adquirir no se nos dan gratuitamente, sino que es necesario comprarlos, y hasta aquí el Señor nos ha mostrado la manera más sencilla de adquirirlos: ***desenterrando nuestros talentos, por medio de disfrutar las riquezas del Señor, para que éstos se multipliquen***.

Para vencer la situación degradada de Laodicea, la iglesia de estos tiempos que anteceden a la venida del Señor es necesario comprar del Señor tres elementos:

Oro refinado en fuego

Sabemos que el oro es un

metal único en la tierra, por sus características particulares. En primer término, es un metal que no se corrompe con ninguna sustancia; el oro no es afectado por el potente ácido sulfúrico, ni por el ácido nítrico, ni siquiera por el agua regia que es una mezcla de los dos ácidos anteriores. El oro no se oxida, no se envejece, no se reduce en cantidad y cuando es sometido al fuego, se funde y expele de su interior la escoria que pueda haber en él.

Por esta razón, el oro en la Biblia tipifica la naturaleza divina de Dios, que es santa, justa, llena de vida—Dios es vida—, llena de luz—Dios es luz—, llena de amor—Dios es amor— y llena de jsuticia—Dios es justo—. El propósito del Señor es llenarnos de Su naturaleza, hasta que nosotros lleguemos a ser iguales a Él en vida y naturaleza. Para lograrlo es necesario que compremos oro, pero oro que ha sido purificado por el fuego.

Por esta razón el Espíritu nos anuncia a través de nuestro hermano Pedro: "*para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*" (1 Pedro 1.7).

En la medida que disfrutamos al Señor, que nos acercamos al trono de Su gracia, las siete lámparas de fuego que arden allí van quemando nuestras impurezas, hasta que la naturaleza humana caída por la acción del pecado va desapareciendo y solo queda la naturaleza divina mezclada con nuestra naturaleza humana totalmente purificada. Este último es el hombre nuevo.

Igualmente, Efesios 5.26-27 dice que el Señor fluye desde nuestro espíritu como una potente corriente de agua viva que saca de nosotros toda mancha y toda arruga, hasta que seamos una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga y el Señor pueda presentarnos delante de Él totalmente purificados: "*para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*".

Para lograr el oro purificado

por fuego, tenemos que pasar por diversas pruebas, las que nos ayudan a vivir en el espíritu y a agradar al Señor. En cada prueba, si aprendemos a tocar el Espíritu, a agradecer al Señor, la naturaleza divina se va agregando a nosotros, el Dios Tres–Uno va llenando nuestra alma y somos enriquecidos con las riquezas de Dios.

Es por eso que el Señor nos aconseja que compremos de Él oro refinado en fuego para que seamos ricos: "*Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico*" (Apocalipsis 3.18). Ser rico es tener suficiente para nuestro suplir, para suplir a nuestra familia y para compartir con otros.

Un hermano que es rico en el Señor tiene suficiente para su suplir espiritual, tiene un excedente para suplir espiritualmente a su familia y aún queda mucho fruto para suplir a otros hermanos.

Un hermano así tiene la bendición que Jacob le dio a Su hijo José: "*Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro*" (Génesis 49.22).

Cuando compramos del Señor oro refinado en fuego, vencemos las tres primeras condiciones de degradación de la iglesia en Laodicea: ***Desventura, miserableza y pobreza***.

¡Cuán sencillo es el Señor en el trato con Sus hijos! ¡Aprovechemos Su bondad y Su misericordia!

Vestiduras blancas

Otro de los problemas de los hermanos que viven en el tiempo de Laodicea, que antecede a la venida del Señor, es la desnudez.

El Señor aconseja a estos santos que compren de Él vestiduras blancas para que se vistan y no sea descubierta su desnudez que es vergonzosa.

Como vimos antes, cuando Adán comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, introdujo en su humanidad la naturaleza satánica que es el pecado, e inmediatamente vio que estaba desnudo.

La desnudez tiene que ver con la naturaleza caída; siempre que un creyente expresa a satanás en su vivir, lo que es muy común, está mostrando su desnudez.

Cuando el Señor vino a morar en nosotros inmediatamente nos vistió de Él mismo "*porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos*" (Gálatas 3.27) y ese vestido nos garantiza la permanencia en la iglesia, que es la casa de Dios, el palacio del Rey descrito en Salmos 45.13.

Pero ese vestido no es apropiado para entrar en las Bodas del Cordero, que es el reino de los cielos de mil años, equivalente a estar en la presencia del Rey. Para poder estar en Su presencia necesitamos bordar un segundo vestido y a ese vestido se refiere el Señor cuando le aconseja al ángel de la iglesia en Laodicea que compre de Él un vestido blanco y evite que se descubra la vergüenza de su desnudez.

Ese vestido hay que comprarlo, no se obtiene de manera gratuita, pero no se puede comprar con nuestros esfuerzos, ni con nuestras muchas obras, sino con la gracia que nos es suministrada por el Señor mismo.

Si como creyentes nos dedicamos diariamente a disfrutar al Señor, Su persona y Sus riquezas, el vestido será completamente bordado y en Su venida estaremos completamente vestidos, tendremos confianza y no huiremos de Él avergonzados: "*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*" (1 Juan 2.28)

Hemos afirmado que el vestido es la expresión de nuestra conducta, de nuestros actos: "*Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, resplandeciente y limpio; porque el lino fino es las acciones justas de los santos*" Apocalipsis 19.7-8. Aquí podemos ver que el vestido de lino fino y resplandeciente tiene que ver con las acciones, los actos de los santos y si esos actos son justos, es decir si es el Señor quien los produce en el creyente, porque solamen-

te lo que se origina en Él es justo; lo que tiene origen en nosotros es totalmente injusto.

Debemos recordar que uno de los atributos de Dios es la justicia y en todo el universo, Él es el único justo. Los seres humanos somos todos injustos "*Según está escrito: No hay justo, ni aun uno*" (Romanos 3.10). Sin embargo el Señor en Su misericordia, vino a morar en el espíritu de Sus hijos, los creyentes y por ese hecho somos justificados, constituidos justos, y en la medida que disfrutamos al Señor como la justicia, nuestros actos se van convirtiendo en actos justos y andamos en las obras que Él ha preparado de antemano para que caminemos en ellas: "*Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2.10)* y caminar en esas obras nos hace estar vestidos de Cristo y expresarlo en nuestra vida: *"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en Él"* 2 Corintios 5.21.

Una de las situaciones de la condición degradada de la iglesia en Laodicea es la desnudez, desnudez que se manifiesta en que siempre nos estamos expresando a nosotros mismos, nuestro viejo hombre caído, que es la expresión de satanás, y no expresamos al Señor, como debería ser el vivir normal de los creyentes.

El Señor nos presenta una solución a este grave problema y nos aconseja que compremos de Él vestiduras blancas para que estemos vestidos de Cristo y no se descubra nuestra desnudez que es vergonzosa. En este apartado, el Señor nos ha mostrado un camino para vestirnos de Él. Ahora nos corresponde practicarlo.

Colirio para ungir los ojos.

La mayor carencia del cristianismo contemporáneo es la falta de visión de los hermanos.

Es raro encontrar un hermano que vea claramente, que conozca al Señor en su espíritu humano, que sepa definir el plan de Dios y que viva de manera agradable al Señor.

Los hermanos creen que el Señor simplemente nos ha sal-

vado y que cuando mueran irán al cielo y eso es suficiente para ellos. Están convencidos de que glorificarlo es gritar gloria a Dios, que alabarlo es cantar himnos con ritmo vigoroso, brincar, gritar, llorar y confesar pecados. Los santos contemporáneos están convencidos de que la iglesia será raptada en su totalidad antes de la Gran Tribulación, o a la mitad de la tribulación o al final de esta, según las distintas opiniones teológicas.

Los hermanos carecen de visión acerca del plan de Dios y de su desarrollo. No saben que el Señor nos creó con espíritu, alma y cuerpo, que el espíritu humano se refiere a la imagen de Dios, porque ese espíritu es como un vaso que nos sirve para recibir y contener a Dios.

Los santos contemporáneos no saben que el alma tiene que ver con la semejanza de Dios, porque es con ella que podemos expresarlo y es como un vaso que requiere ser transformado por medio de ser lleno de la vida y la naturaleza de Dios. Cuando el alma del creyente es llena con todas las riquezas del Señor, Dios es expresado por medio de él.

Los hermanos no tienen ni la más mínima idea de que la salvación tiene tres etapas y que la primera de ellas se da en nuestro espíritu, cuando recibimos al Señor; el espíritu humano es regenerado, es decir, es nacido de nuevo, porque Dios viene a morar en él y se queda a perpetuidad, que esa salvación es eterna y que nunca se pierde como equivocadamente afirman algunos teólogos.

Los hermanos de la iglesia contemporánea no pueden ver que la salvación del alma dura toda la vida que vivamos en la tierra, si nos disponemos para que el Señor nos transforme y nos conforme, y si no nos disponemos, el Señor utilizará la Gran Tribulación para tratar nuestra alma, si el creyente está vivo en el tiempo que dure esa prueba, y si no, usará mil años, del reino milenario. En esa dispensación los creyentes que no han sido transformados lo harán "*atados de pies y manos*", llorando y crujiendo los dientes, y finalmente entrarán en la Nueva Jerusalén.

Poco han visto los creyentes que la última parte de nuestro ser que será salva es el cuerpo, el cual será transfigurado—cambiado— en un cuerpo glorioso y espiritual cuando el Señor venga.

Por falta de ese conocimiento hacen de la muerte de los creyentes toda una tragedia, y si se trata del catolicismo tienen una cantidad de ritos mortuorios, que no son nada distinto a la adoración a satanás; disponen las tumbas de los muertos para que los "dolientes" puedan "visitarlos" periódicamente, llevarles flores y hacerles rezos. Los sacerdotes católicos incitan a los familiares de los muertos para que periódicamente les paguen misas, dizque para que puedan salir del infierno o del purgatorio, ignorando que si una persona murió sin haber recibido al Señor, su espíritu y su alma van al Hades y de allí no pueden salir ni con misas, ni con dinero, ni con rezos. Véalo en la Parábola del Rico y Lázaro en Lucas 16.

Cuando Jesús venga, el cuerpo de los creyentes será resucitado—si hemos muerto— como un cuerpo glorioso y espiritual, sin relación con el pecado, y a quienes estemos vivos se nos dará un nuevo cuerpo igualmente glorioso y espiritual, que tampoco tiene ninguna relación con el cuerpo pecaminoso que ahora tenemos: "*el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*" (Filipenses 3.21).

Los cristianos contemporáneos ignoran que el Señor no quiere que hagamos ninguna obra para Él y que toda obra que se origine en nosotros le es abominable, y que es Él quien quiere hacer Sus obras en nosotros, porque todas sus obras para Sus hijos han sido preparadas de antemano: "*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*" Efesios 2.10.

En fin, es tanta la ceguera de los cristianos de esta era, ***porque son perezosos para buscar revelación y visión en el Espíritu del Señor y se conforman con que su pastor les dé un poco de conocimiento distor-***

sionado, originado en el alma, que en nada los edifica.

Por eso el Señor le dice al ángel de la iglesia en Laodicea que Él le aconseja que unja sus *"ojos con colirio, para que vea".*

Cuando el Señor le dice al ángel que unja sus ojos para que pueda ver, indudablemente se está refiriendo a la unción que Él puso en el espíritu de cada creyente y, usando esa unción, no sea engañado por nadie: *"Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él"* 1 Juan 2.20, 26-27.

Se debe tener claridad en cuanto a que la unción no es un aceite que ciertos falsos maestros preparan para ungir a determinadas personas, ni tampoco tiene que ver con unos líderes autodenominados siervos de Dios, que se auto proclaman como los ungidos de Dios.

El aceite de la unción que Dios le ordenó preparar a Moisés para consagrar los utensilios del culto a Dios y a los sacerdotes es un tipo de la unción que hoy, todos los creyentes neotestamentarios disfrutamos en nuestro espíritu, porque el Señor la ha puesto en Su cuerpo y todos los hijos de Dios hacemos parte de ese cuerpo.

Veamos el tipo del Antiguo Testamento: *"Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción; superior ungüento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con él ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la san-*

ta unción por vuestras generaciones. Sobre carne de hombre no será derramado, ni haréis otro semejante, conforme a su composición; santo es, y por santo lo tendréis vosotros. Cualquiera que compusiere ungüento semejante, y que pusiere de él sobre extraño, será cortado de entre su pueblo" Éxodo 30.23-33.

El aceite de la unción del Antiguo Testamento tenía cuatro especias + aceite de olivas. El último representa al Espíritu Santo y las especias representan el proceso de redención que el Señor realizó y cada uno fue agregado al Espíritu, hasta obtener la unción que hoy tenemos todos los hijos de Dios y con la que somos ungidos.

La mirra es una especia que se utilizaba para embalsamar muertos, con el fin de conservar los cadáveres algún tiempo sin descomponerse. En el aceite de la unción se representa la muerte eficaz del Señor con la cual eliminó todas las cosas que no son Dios mismo.

La canela aromática hace referencia a la resurrección del Señor, cuyo grato olor hoy nos empapa y transferimos a quienes nos rodean.

El cálamo es un junco que crece en los lodazales e indica que el Señor en Su resurrección superó la inmundicia de la muerte y del mundo y está por encima de toda las cosas negativas.

La casia es una especia que sirve para repeler insectos; el Señor murió, resucitó, ascendió y hoy está entronizado en el trono de Dios y vive en la gloria de Dios y en nuestro espíritu como la unción y con esa unción repelemos a satanás, los demonios y los ángeles caídos y el mundo. Nada puede separarnos de la comunión con Él.

Esta es la unción que hoy tenemos en nosotros y que nos enseña y nos guía en todas las cosas que agradan al Señor.

En el Nuevo Testamento no hay uno o unos pocos hermanos que tienen la unción y otros que no la tienen. Esta es una gran mentira de la religión. Debemos tener claridad acerca de que, en el Antiguo Testamento, los sacerdotes ungidos, no eran la voluntad original de Dios.

Expliquémoslo. Cuando el Se-

ñor sacó al pueblo de Israel de Egipto deseaba que todos fueran reyes y sacerdotes, de acuerdo con lo descrito en Éxodo 19.6: "*Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa*". Es claro que el Señor en Su deseo original no quería tener una clase sacerdotal mediadora, sino que todo el pueblo fuese un reino de sacerdotes, y todos tuviesen comunión con Él. En otras palabras, Dios no deseaba tener una clase mediadora entre Él y el pueblo, sino que todos Sus hijos tuviesen acceso a Él como sacerdotes y como reyes.

Pero cuando Moisés subió al monte Sinaí durante cuarenta días, con el fin de recibir las tablas de la ley, debido a la tardanza de él, el pueblo pidió a Aarón que les hiciera un becerro de oro, al que adoraron y del que dijeron: "*Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto*" (Éxodo 32.4).

Esta actitud de idolatría fue detestable para el Señor, quien le dijo a Moisés: "*Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto*" (Éxodo 32.7-8).

Moisés entonces bajó del monte, "*Y tomó el becerro que habían hecho, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y lo dio a beber a los hijos de Israel*" (Éxodo 32.20) y luego le dijo al pueblo: "*Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres*" (Éxodo 32.27-28).

Desde ese momento la tribu de Leví se convirtió en la clase mediadora entre Dios y el pueblo, porque era la única tribu que tenía acceso al servicio del Señor; más tarde, de esa tribu Aarón fue proclamado como sumo sacerdote y sus hijos fueron ungidos sacerdotes, y por el resto del Antiguo Testamento solamente los descendientes de Aarón podían ser sumos sacerdotes y sacerdotes; y los levitas, los servían en el tabernáculo.

Ninguna otra tribu de Israel podía tomarse ese privilegio. Insistimos en que esta no era la voluntad original de Dios.

¿Qué ocurre en el Nuevo Testamento? Cuando llegó el tiempo determinado por Dios, Él vino en el Hijo, vivió como hombre, siendo Dios, por un poco más de tres décadas y luego fue a la cruz y murió y al tercer día resucitó. La noche de la resurrección se sopló para dentro del espíritu de los discípulos; cuarenta días después ascendió al cielo se sentó en el trono del Padre, diez días más tarde descendió como el Espíritu investidor el día de Pentecostés y hoy mora como la unción en el espíritu de cada uno de Sus hijos, los creyentes: "*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*" (1 Juan 2.27).

La voluntad de Dios es que en el Nuevo Testamento no haya una clase mediadora entre Dios y los hombres, sino el único mediador es el Señor Jesús: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*" (1 Timoteo 2.5). Él desea que todos seamos reyes y sacerdotes y que todos, sin excepción lo sirvamos: "*vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo... Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable... y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre*" (1 Pedro 2.5, 9; Apocalipsis 1.6).

En el Nuevo Testamento Dios recuperó Su voluntad original, que se perdió con el pueblo de Israel por causa de la idolatría.

Todos los hijos de Dios del Nuevo Testamento tenemos la unción en nuestro espíritu y no necesitamos ninguna clase mediadora, sino que todos podemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia para tener comunión con el Señor y hacer realidad el hecho de que él es nuestra cabeza:

"*Lleguémonos pues confiadamen-*

te al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para ayudarnos en tiempo oportuno" (Hebreos 4.16—Versión Moderna).

Lamentablemente en el cristianismo los líderes se erigen como cabezas y reemplazan en esa función al Señor Jesús y por eso los hermanos de este tiempo no tienen visión. De ahí viene la recomendación que el Señor le hace al ángel de la iglesia en Laodicea: "*unge tus ojos con colirio, para que veas*" (Apocalipsis 3.18).

Cuando vivimos por la unción que está en nosotros, somos enseñados, guiados y dirigidos por el Señor y no necesitamos ser enseñados por nadie distinto a Dios mismo. No quiere decir esto que el Señor no use a los hermanos para enseñarse mutuamente, pero cada santo tiene la capacidad de discernir si una palabra viene del Señor o simplemente de la imaginación del hermano o lo que es más triste, si la palabra hablada proviene del engaño de satanás. ***Ese discernimiento se da por la unción que mora dentro de cada santo.***

Esta unción que el Señor ha puesto en el espíritu de cada creyente es la que recupera la visión que falta a la inmensa mayoría de los hijos de Dios que viven en este tiempo, donde la iglesia está degradada al nivel descrito por la Biblia en Laodicea.

Continuamos considerando la degradación de la iglesia en Laodicea y llegamos así al versículo 19 de Apocalipsis 3: "*Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete*".

Para solucionar el problema de Laodicea se requiere que los santos que vivimos en este tiempo nos arrepintamos de las cosas descritas por el Señor en el mensaje enviado al ángel de la iglesia en Laodicea.

Arrepentirnos es, en primer lugar, reconocer nuestra condición de tibieza al afirmar que estamos llenos de riquezas y que no necesitamos nada del Señor, cuando en realidad ***lo necesitamos a cada instante de nuestra vida.*** No hay un momento en nuestro vivir en que el Señor no quiera gobernarnos, no desee tener comunión con nosotros y

anhele caminar en nosotros, en una relación cordial, de respeto y de amor.

Arrepentirnos, en segundo lugar, quiere decir reconocer que hemos caído en las cinco condiciones en que cayeron los santos en Laodicea: *desventura, miserableza, pobreza, ceguera y desnudez;* una vez que reconocemos esa situación que es real en todos los cristianos contemporáneos, podemos ir a Su trono de gracia y rogarle que nos venda oro refinado en fuego para que seamos ricos, y así podamos salir de la miseria y la pobreza.

Igualmente podemos comprar de Él vestiduras blancas, apropiadas para entrar y permanecer en las Bodas del Cordero y para no huir avergonzados en Su venida; el vestido bordado nos permite ganar el reino de los cielos.

Arrepentirnos implica que no dependemos de personas, sino que aprendemos a usar y a vivir por la unción que mora en nuestro espíritu y que nos enseña todas las cosas. Eso nos llevará a juzgar desde el espíritu y desde el punto de vista del Señor toda enseñanza que nos es suministrada, porque en las enseñanzas del cristianismo contemporáneo hay muchas mentiras que no nos edifican, que no nos ayudan a crecer y que no nos alientan ni nos consuelan.

De todas maneras, de acuerdo con Apocalipsis 3.20, a quien se arrepienta de la triste y degradada situación de Laodicea, habrá reprensión y castigo de parte del Señor, castigo y reprensión que son una demostración de Su amor por nosotros: "***Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete***".

Los cristianos religiosos y especialmente aquellos que predican la herejía llamada "*evangelio de la prosperidad*" afirman que el sufrimiento, el castigo y la reprensión se dan en el creyente porque está lleno de pecado. ¡Qué falacia más irreverente!

Ignoran la palabra que dice que el Señor reprende y castiga a los que ama. Los sufrimientos que traen la disciplina, el castigo y la reprensión del Señor, no son producto del pecado, sino que es necesario que seamos castigados para que crezcamos en Él.

Veamos lo que al respecto dice el Espíritu por medio de nuestro hermano Pedro: "*En el cual vosotros exultáis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y colmado de gloria; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas*" (1 Pedro 1.6-9).

El Señor nos anuncia que es necesario que por un poco de tiempo seamos afligidos en diversas pruebas, las cuales son como el fuego que funde el oro para hacer que broten a la superficie todas las impurezas, y puedan ser retiradas por el orfebre y finalmente el oro que queda sea puro.

El deseo de Dios es mezclar Su naturaleza divina con nuestra naturaleza humana, pero debido al pecado que satanás introdujo en el hombre, la humanidad del hombre se ha venido corrompiendo y cada día es más corrupta. Cuando, por la misericordia del Señor un día lo recibimos en nuestro espíritu, nuestra naturaleza humana estaba totalmente corrupta en nuestra alma; en la medida que el Señor encuentra disposición en nosotros, va eliminando de nuestro ser todas las cosas impuras e inmundas y eso lo hace a través de las pruebas que se constituyen en la disciplina, la reprensión y el castigo que el Señor nos inflige.

Esas pruebas son como el fuego que va quemando en nuestro ser todo aquello que no puede mezclarse con Dios debido a su naturaleza inmunda, dado que Dios es santo y en Él no hay nada común ni inmundo.

Cuando Dios creó al hombre lo hizo un vaso puro, sin ninguna mezcla y ese vaso era apto para recibir al Señor sin ninguna condición distinta a que el hombre ejerciera su voluntad y decidiera comer del árbol de la vida, que es la naturaleza de Dios.

Lamentablemente el hombre introdujo dentro de sí la naturaleza satánica y el hombre se volvió viejo, pecador, natural, aní-

mico y egoísta, y Dios no puede mezclar Su naturaleza santa, amorosa, llena de vida, justa y de luz, con un hombre que está lleno de pecado, que no puede amar, que anda en tinieblas, que es injusto y que está lleno de muerte.

No obstante, Dios ha amado tanto al hombre que toma por lo menos una de sus tres partes—el espíritu— y mora en ella y desde ahí empieza a producir la transformación y la conformación del alma, hasta que el hombre alcance la estatura de Cristo y llegue a ser igual a Dios en vida y en naturaleza.

La transformación y la conformación del alma se produce por medio de pruebas que producen reprensión, disciplina y castigo, y respecto de las cuales el Espíritu afirma: "*el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo hijo que recibe*" (Hebreos 12.6). Si hemos sido recibidos por el Señor como Sus hijos, no hay posibilidad de escapar de Su disciplina y Sus azotes, pero todos ellos son manifestación del amor del Señor por nosotros.

Capítulo 36
La Degradación en Laodicea (4)

El Señor provee soluciones (continuación)

La disciplina del Señor

Si no somos azotados y disciplinados no seríamos hijos sino bastardos y esos no tienen ninguna oportunidad de heredar nada, mientras que nosotros, los hijos, somos Sus herederos: "*Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos*" (Hebreos 12.8).

Este versículo afirma que todos los hijos de Dios han sido participantes de la disciplina del Señor. Esa afirmación nos lleva a colegir un principio que es necesario conocer y vivir: ningún hijo de Dios puede escapar de la disciplina, todos necesitamos participar de ella.

El Señor ha dispuesto tres épocas para disciplinar a todos y cada uno de Sus hijos: una época es **el tiempo actual**, para quienes tenemos la misericordia de estar vivos y andar con el Señor; esta es la era que conocemos como la era de la iglesia o la era de la gracia.

El otro tiempo que el Señor puede disponer para disciplinar, reprender y castigar a Sus hijos, será **la época de tres años y medio que la Biblia identifica como la Gran Tribulación**. Pero la disciplina de esa época se dará solamente a los hijos de Dios que estén vivos, porque si han muerto sin aceptar la disciplina, tendrán que someterse a ser disciplinados en el milenio.

La tercera época que el Señor utilizará para reprender, castigar y disciplinar a muchos de Sus hijos será **el reino milenario**, que vendrá después de la Gran Tribulación.

La época en que seas disciplinado depende de tu decisión. Si le dices al Señor que deseas ser disciplinado, reprendido y castigado en esta época que estamos viviendo, el Señor lo hará de aquí hasta Su venida; para entonces habrás crecido y madurado y serás apto para entrar en el reino de los cielos de mil años.

Pero si no aceptas el tratamiento del Señor en este tiempo, Él no te va a obligar; esperará a que llegue la Gran Tribulación y allí no tendrás más remedio que someterte a la voluntad del Señor y a Su trato fuerte, quiéralo o no.

En esa época será usado el anticristo para perseguirte, para acosarte, para hacerte aguantar hambre y desnudez, echarte en la cárcel y para toda clase de vejámenes que la Biblia advierte les ocurrirán a quienes vivan en la tierra en esa época. Aun allí podrás ser un vencedor contra la marca, la imagen, el nombre y el número de la bestia "*Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios*" Apocalipsis 15.2. Estos vencedores podrán reinar con el Señor durante mil años, aunque habrán perdido un disfrute muy elevado que sí alcanzarán los que fueron disciplinados antes de la venida del Señor y quienes serán las Primicias.

Para quienes no fueron disciplinados, castigados y reprendidos en uno de los dos periodos anteriores, el Señor usará mil años para someterlos a Su reprensión y para transformarlos y conformarlos a Su imagen, con el fin de que ellos puedan también disfrutar todo el gozo del Señor por la eternidad en la Nueva Jerusalén.

En Resumen, Dios ha dispuesto tres eras para disciplinar a Sus hijos y de esa disciplina ningún creyente podrá escapar. Querido lector, tú puedes escoger en qué época deseas ser disciplinado, y el Señor respetará tu decisión.

¿Quieres ser disciplinado y corregido en esta era de la gracia? Si así lo decides dile al Señor que te discipline y te transforme y Él lo hará.

En ese caso tendrás la garantía de ser parte de las Primicias y habrás alcanzado el premio más grande que el Señor dará a algunos de Sus hijos.

Por otro lado, la disciplina que el Señor dispensa a Sus hijos en el momento en que es producida, no provoca gozo sino tristeza, pero tiene un fin muy noble: ***hacernos partícipes de Su santidad***. En la medida que participamos y aceptamos la disciplina del Señor, nuestra alma va siendo saturada con Su naturaleza santa, que no es nada diferente a ser llenos en nuestra alma de la persona y las riquezas del Señor hasta que alcancemos la plenitud: "*Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados*" (Hebreos 12.11).

La disciplina es dolorosa y parece que no podemos soportarla, pero el Señor mismo nos muestra un camino apropiado para que logremos sobreponernos: "*despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar*" (Hebreos 12.1-3).

No hay manera de escapar de la disciplina del Señor, porque tenemos la condición y la realidad de ser Sus hijos y Él azota y disciplina a todos Sus hijos sin excepción: "*Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis olvidado por completo la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por El; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo hijo que recibe*" (Hebreos 12.4-6).

Si nos sometemos a la disciplina y a la reprensión del Señor, nuestro crecimiento en vida se manifestará y seremos vencedores, aptos para reinar con el Señor.

Los versículos 20 y 21 de Apocalipsis 3 son la cumbre del deseo del Señor frente a la degradación de la iglesia.

El versículo 20 dice: "*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*". Cuando alguien está a la puerta de un aposento está fuera de él. El Señor dice claramente en este versículo que está a la puerta. ¿De qué? Naturalmente está a

la puerta de la iglesia, porque la carta fue remitida al ángel de la iglesia en Laodicea, luego, lo que el Señor afirma es que está fuera de la iglesia.

¿Por qué está fuera? Vemos a lo largo de la Biblia que el Señor es santo y no puede relacionarse con nada pecaminoso; igualmente el Señor es luz y no puede habitar ni tener comunión con las tinieblas; Dios es vida y en Él no puede haber nada de muerte; Dios es justo y en Él no hay nada incorrecto ni torcido y no puede tener relación con nada que sea así; Dios es amor y Su expresión no puede ser nada distinto al amor. Pero la iglesia, como podemos verlo en el curso del Nuevo Testamento ha sido inoculada por satanás con todas las cosas malignas que hay en él: odio, tinieblas, injusticia, competencia, ambiciones, pecados, y todo aquello que el enemigo ha introducido en ella a lo largo de los siglos. El Señor no puede estar en una situación tan degradada ni compartir un ambiente tan malsano; por eso afirma que está fuera, que está a la puerta.

Sin embargo, ***el Señor es persistente, amoroso y paciente***, y aunque Él está fuera, no se ha ido, sino que está llamando. Aunque nosotros somos salvos porque el Señor nos ha llamado, el llamamiento aquí no se refiere a los incrédulos, sino que está llamando a Sus hijos, a nosotros.

El Señor no llama a gritos, ni empuja para derribar la puerta, sino que llama a cada uno, en su espíritu y en su corazón. Dios sigue usando mucha cortesía, Él no atropella a nadie, sino que desea convencernos en lo más íntimo: "*No contenderá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles Su voz*" (Mateo 12.19).

Por eso la frase siguiente dice: *si alguno oye mi voz.* El Señor no espera que las multitudes oigan su voz, porque en medio de ellas hay mucho ruido que impide oír la susurrante voz del Señor. Él espera que alguno oiga Su voz y ese alguno **eres tú** apreciado lector: el Señor está tocando a la puerta de tu ser, que es tu corazón y espera que lo oigas.

En el Antiguo Testamento, cuando fueron ungidos como sacerdotes Aarón y sus hijos, para servir en el tabernáculo, Moisés tomó la sangre del carnero de las consagraciones y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha, sobre el pulgar de la mano derecha y sobre el pulgar

del pie derecho de cada uno de los consagrados. Como sabemos, la sangre de Jesús nos limpia de nuestros pecados, de las conductas pecaminosas que tenemos y la sangre de ese carnero es un tipo de la sangre que el Señor derramo en la cruz y que es eternamente eficaz: "*pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1.7).

Esto quiere decir que necesitamos rogarle al Señor que nos dé un oído apropiado para oír Su voz. El Señor no grita, no "*patea*" la puerta para abrirla, simplemente llama y lo hace quedamente; por eso debemos tener un oído afinado para oír Su voz.

Tengamos presente que en las grandes congregaciones del cristianismo no es posible oír la voz del Señor porque en ellas se oye la voz del líder; la voz de los líderes es potente y poderosa y no permite oír la voz del Señor que es suave y susurrante. Los líderes no saben oír la voz del Señor y lógicamente no saben enseñar a otros a oírla.

Si somos bienaventurados y oímos Su dulce voz, después de oírla se requiere una segunda acción: abrir la puerta: ***si alguno oye mi voz y abre la puerta***.

Puede ocurrir que algún creyente oiga la voz del Señor pero no quiera abrir la puerta. No la abre porque está ocupado en las muchas actividades de su congregación, su alma está saturada de doctrinas y su corazón está cerrado a la novedosa palabra del Señor o es un creyente negligente que no tiene el hábito de ejercitar sus talentos y nunca abre la puerta al Señor, cuando Él llama.

Si tenemos la bienaventuranza de oír Su voz y abrir la puerta, hemos logrado un hecho maravilloso, porque inmediatamente después de que lo invitamos, el Señor entra a nosotros: ***si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él.*** Obsérvese atentamente que Él no entra a una congregación, a un edificio ni a una organización, sino a la persona que lo ha oído y le ha abierto la puerta.

No espere que el Señor entre a las grandes congregaciones, porque allí no se ama ni se aprecia al Señor. En ellas importa ganar multitudes, diezmar y ofrendar ingentes cantidades de dinero y riquezas en especie, engrandecer y llenar de fama al

pastor o al líder, pero no agradar al Señor. Él no tiene nada que hacer allí y por eso no entra, se queda a la puerta.

El Señor entra donde se hace Su voluntad, donde se le escucha atentamente, donde se le aprecia, se le ama y se le respeta. En las congregaciones, los feligreses hacen la voluntad del pastor, escuchan la voz del pastor, respetan y aman al pastor y el Señor no entra allí. No tiene nada qué hacer.

Una vez que oímos la voz del Señor, que abrimos la puerta y que ha entrado, Él no se queda inerme, sino que realiza algo muy hermoso: ***cenaré con él.*** El Señor está buscando en cada uno de Sus hijos que oigan Su voz y abran la puerta para cenar, frutos para disfrutar y resultados de Su obra en cada uno de nosotros que lo deleiten y lo satisfagan.

El Señor "***tiene hambre***" y está buscando entre Sus hijos quiénes le den de comer, quienes sacien Su hambre, pero con seguridad, en la inmensa mayoría de los creyentes no encuentra ningún fruto, solamente apariencia.

Esto nos lleva a considerar el pasaje de Mateo 21.18-19 cuando el Señor salió bien de mañana de la casa de Lázaro, Marta y María y fue a Jerusalén. Al parecer, las hermanas de Lázaro se descuidaron y no le dieron desayuno y cuando iba en el camino sintió hambre. Vio cerca del camino una higuera y fue a ella con el fin de tomar uno de sus frutos y saciar Su necesidad; pero ¡oh sorpresa! No encontró ni siquiera un higo; la higuera solo tenía hojas; nada que pudiese satisfacer las necesidades del Señor: "*Por la mañana, cuando volvía a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante se secó la higuera*".

El cristianismo contemporáneo, que corresponde a la iglesia en Laodicea está en la misma condición. Cada una de las organizaciones cristianas, muchas de ellas con millares de seguidores, no tienen ni siquiera el más pequeño fruto que sacie las necesidades del Señor. Ellas están preocupadas por el aumento del número de feligreses, por sostener los programas de televisión y de radio, por comprar estaciones de comunicaciones, por tener grandes edificaciones, por

ganar mucho dinero, por hacer milagros, por reverenciar a los líderes, pero no permiten que el Señor labore en ellos para que pueda cosechar algún fruto para satisfacerse.

Estas organizaciones son malditas por el Señor; Él ha emitido contra ellas una palabra muy negativa: ***Nunca jamás nazca de ti fruto***. Apreciado lector, no esperes que las congregaciones del protestantismo, ni la iglesia católica romana ni la iglesia católica ortodoxa de oriente tengan un giro de arrepentimiento para permitir que el Señor viva en ellas. Él salió de esa Gran Babilonia que se ha hecho habitación de demonios, guarida de todo espíritu inmundo y albergue de toda ave inmunda y aborrecible, y nunca más entrará en ellas. Solamente que el Señor te está dando una oportunidad para que oigas Su voz y le abras la puerta y puedas salir de esos rediles y seguir al Pastor y cuidador de nuestras almas y disfrutar de todas Sus riquezas.

Cuando el Señor entra en un creyente que ha oído Su voz y que ha abierto la puerta, Él desea cenar con Él, con los frutos del trabajo que ha realizado en el creyente.

El pasaje relatado tiene mucho que ver con Juan 15.1-8 dice: "*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos*".

En este pasaje el Señor nos dice que el Padre es el labrador, el que labora en nosotros, y nosotros estamos unidos orgánicamente a la vid que es el Señor Jesús. Gracias a esa unión orgánica, todos los nutrientes de las riquezas de Dios llegan a nosotros y nos nutren, nos fortalecen y nos vigorizan, con un propósito: que llevemos frutos.

¿Para qué trabaja un agricultor? Ante esta pregunta todos respondemos que para lograr una cosecha y esa respuesta es correcta, aunque incompleta. Si observamos detenidamente, encontraremos que el agricultor en verdad trabaja para comer: "*El labrador que trabaja debe ser el primero en recibir su parte de los frutos*" (2 Timoteo 2.16).

Cualquiera que sea el tamaño de la cosecha, el labrador trabaja para comer, bien sea que venda parte de la cosecha y el producto de lo vendido sea para complementar sus necesidades o bien sea que consuma toda la cosecha.

De la misma manera el Dios Padre, Hijo y Espíritu trabaja en nosotros con el fin de tener qué comer, qué disfrutar, qué cenar. Con ese propósito nos unió a la vid verdadera—el Señor Jesús— y con ese fin nos suministra todas Sus riquezas, así como la tierra suministra la savia a las plantas, savia que contiene todas las riquezas de la tierra, que alimentan y nutren a la planta y la hacen producir fruto.

Sin embargo, hay pámpanos, que a pesar de estar unidos a la vid, no pueden llevar fruto. ¿Por qué? Porque no hay disposición ni búsqueda del Señor. Producir fruto requiere una labor cuidadosa y diaria de parte de Dios y de cada creyente. Si un creyente no se preocupa por disfrutar las riquezas de Dios en cada momento de su vida, no llevará fruto y en ese caso es cortado de la vid, se seca y es echado en el fuego y arde.

Pero si por el contrario, somos hijos de Dios que estamos buscando comunión permanentemente con el Señor, todas Sus riquezas van llenando nuestra alma, y así seremos creyentes abigarrados, en los que permanentemente Dios encuentra qué disfrutar y se goza de Su trabajo. En este caso el Señor nos limpia, nos poda, Su palabra fluye desde nuestro espíritu hacia nuestra alma y nos limpia de toda impureza, de toda cosa extraña, de todo aquello que no pertenece al Señor, de todo aquello que impide que seamos nutridos con Sus riquezas y así, siempre estaremos produciendo fruto, y siempre el Señor se agradará de nosotros y nos gozaremos en Él.

¿Cuál es la mejor manera de limpiarnos? El versículo 3 dice que es por la palabra que Él nos habla. Debemos ser claros en el sentido de que la palabra de Dios no es una repetición mental de

algunos versículos de la Biblia, sino que cuando tomamos la Biblia para leerla, para meditarla y para disfrutarla, debemos hacerlo usando nuestro espíritu humano, permitiendo que desde él fluya el Señor como la palabra, que fluyan Sus riquezas insondables. La mejor manera consiste en orar la palabra, tomar la Biblia en oración y permitir que por medio de ella el Señor nos hable. Cuando leemos y oramos versículos de la Biblia, debemos extraer de ella al Cristo viviente para nuestro disfrute.

En la medida que esa palabra que Él nos habla fluye hacia nuestra alma, vamos siendo limpios de todas las cosas extrañas al Señor y la naturaleza de Dios se va agregando a nuestro ser: "*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*" (Efesios 5.25-27).

El secreto para dar fruto abundante es permanecer en el Señor. Si nuestra mente siempre está puesta en Él, si pensamos siempre en el Señor, si lo recordamos a cada instante, si lo confesamos y lo vivimos como nuestro Señor, Él permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él. *"Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer*" (Juan 15.4-5). ¿Resultado? Tendremos mucho fruto para el disfrute del Señor, para que Él entre y cene con nosotros.

No podemos olvidar esta sencilla frase: ***porque separados de mí nada podéis hacer***. Recuérdese que ese es el gran problema de Laodicea; ***los santos en esa expresión de la iglesia se volvieron tibios, porque consideran que pueden hacer todas las cosas sin el Señor, separados de Él, porque creen que se han enriquecido y que no tienen necesidad de Él***; pero si por el contrario, somos personas que en todo dependemos del Señor para pensar, para hablar y para actuar, estamos venciendo la situación degradada de Laodicea, estamos comprando oro refinado en fuego para ser ricos, vestiduras blancas para vestirnos y no ser avergonzados por causa

de nuestra desnudez y estamos ungiendo nuestros ojos con colirio y viendo lo que el Señor está haciendo y lo que desea. De esta manera habrá fruto abundante para Su cena.

Si por el contrario no permanecemos en el Señor, seremos quitados como pámpanos de la vid, nuestra vida será una vida seca, apagada, amargada y triste, y seremos recogidos para ser echados en el fuego y arder: "***Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos la gracia, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con piedad y temor; porque nuestro Dios es fuego consumidor***" (Hebreos 12.8-9).

Tristemente esta es la situación del cristianismo contemporáneo. En los grupos grandes y pequeños hay mucha apariencia—hojas— pero no hay ningún fruto para que el Señor pueda cenar.

El Señor nos eligió a nosotros, no nosotros a Él, para que llevemos mucho fruto y con el fruto que producimos, Él se deleite. Si somos hijos de Dios que abundamos en fruto, el Padre es glorificado, es decir, Su gloria es manifestada en la tierra.

Llevar fruto no consiste en hacer grandes esfuerzos para hacer obras para Él, sino permitir que Él viva en nosotros, teniendo permanente comunión con Él y **cuando hay esa comunión Él hará por medio nuestro Sus obras**: predicación del evangelio a incrédulos y a creyentes, edificación, aliento y consolación mutua con los hermanos, disfrute individual y colectivo de Sus riquezas y todo aquello que el Señor desee hacer. Así el Señor podrá cenar con nosotros una vez que hemos oído Su voz y abierto la puerta.

Pero en esa comunión íntima con el Señor no solo hay disfrute para Él, sino también para nosotros: ***entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo***.

Una vez que el Señor ha cenado, se ha saciado con el producto de Su trabajo en nosotros, podemos también cenar con Él, es decir que Él se presenta como los ricos ingredientes para nuestra cena. Sus riquezas son inagotables y **esa cena no tiene fin, porque permanentemente estamos disfrutando de las riquezas de Cristo y Sus riquezas nunca se agotan**.

Vamos a considerar algunos

aspectos de la cena, que creemos serán de mucha utilidad.

En primer lugar, una cena es un evento de disfrute, de gozo y de satisfacción. Nadie se sienta a la mesa para comer con su familia lleno de disgusto y de enojo, sino que la comida es una ocasión para compartir, para disfrutar, para distensionarse y para compartir en amor y con alegría; inclusive, una cena es una ocasión para reconciliarse. Cuando oímos Su voz y le abrimos la puerta, el Señor entra a cenar con nosotros, para que tengamos un disfrute y una satisfacción mutuos.

En segundo lugar, una cena es una actividad de intimidad. Nadie se sienta a la mesa de su casa a cenar con extraños, sino que lo hace con aquellas personas que ama y con las que tiene confianza. En este tiempo de tanta degradación de la iglesia, en el que satanás ha introducido en ella un sin número de cosas pecaminosas y extrañas al Señor, está buscando algunos de Sus hijos que quieran andar en intimidad con Él.

La intimidad de dos o más personas indica que ellas se conocen mutuamente que saben sus secretos, que no tienen nada que ocultarse. Hoy el Señor busca con quienes intimar, desea encontrar quienes se dispongan para que Él les revele Sus secretos y quieran conocerlo profundamente.

Igualmente, ser íntimos significa que vamos al Señor tal como somos, sin hipocresía, sin tratar de aparentar lo que no somos, sin tratar de dar al Señor lo que no tenemos, permitiéndole que Él escudriñe lo más profundo de nuestro ser, conozca todos nuestros secretos y pueda hacer en nosotros toda Su labor de limpieza y perfeccionamiento.

Este es el significado del hecho maravilloso que el Señor está tocando a nuestra puerta con el deseo de entrar y cenar con nosotros y que nosotros igualmente cenemos con Él.

Esperamos amado lector que esta cena sea una realidad permanente en tu vida de creyente.

El versículo 21, que junto con el 20 constituyen el mensaje más crucial, elevado y maravilloso y la promesa más hermosa que el Señor hace a Sus hijos dice: "*Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono*"

Vencer en Laodicea consiste, además de vencer el estado de tibieza en que ha caído la iglesia, y que hemos descrito ampliamente en este capítulo y en el anterior, sino que se requiere vencer la condición de degradación en cada una de las otras cinco situaciones anteriores a Laodicea.

En otras palabras, es necesario vencer la situación de la caída del primer amor que es la condición de Éfeso y por esa razón los hijos de Dios se llenaron de tinieblas, porque el Señor quitó el candelero; y se desnutrieron espiritualmente porque perdieron el acceso al árbol de la vida para alimentarse del Señor y ser nutridos con Sus insondables riquezas.

De la misma manera, los creyentes que vivimos en la tercera década del siglo XXI, debemos vencer la situación de pobreza de Esmirna. Debido a la debilidad espiritual en que cayeron en Éfeso, satanás tuvo una puerta franca para atacar a los hermanos, para meterlos en la cárcel y esclavizarlos, para calumniarlos y para hacerlos vivir una vida de pobreza espiritual. Si nos volvemos al primer amor que se perdió en Éfeso nos es restaurada la luz del candelero, volvemos a tener revelación y visión del plan de Dios, de Su persona y de Sus deseos; igualmente el Señor nos abre el camino al árbol de la vida, donde podemos disfrutar de todas Sus riquezas y satanás no puede atacarnos, porque el disfrute del Señor nos blinda contra sus asechanzas.

Si deseamos ser vencedores debemos rechazar y atacar el trono y la morada que satanás introdujo en Pérgamo y las dos doctrinas más dañinas que trajo en medio de los creyentes: la doctrina de Balaam y la doctrina de los nicolaítas.

La iglesia contemporánea conformada por los hijos de Dios que viven en el catolicismo, en la iglesia ortodoxa y en los millones de congregaciones del protestantismo, están subyugados a satanás, viven la doctrina de Balaam, cometiendo fornicación espiritual y comiendo sacrificios idolátricos, que debemos rechazar y no tener ni un miligramo de esos desafueros espirituales; igualmente están subyugados a líderes que promocionan el nicolaísmo, actitud que es odiosa delante del Señor. En la medida que tenemos comunión con el Padre, que disfrutamos de Sus riquezas y que llenamos nuestra alma de Él, vamos atacando

y desestabilizando el trono de satanás, vamos eliminando de nuestra vida la idolatría y la fornicación espiritual y derribamos la jerarquización de la iglesia, la que el Señor aborrece. Los creyentes que vivimos en este tiempo estamos siendo llamados por el Señor para vencer la degradación que hay en Pérgamo.

En Tiatira se ha entronizado Jezabel, que es una falsa profetiza y a cambio de enseñar a los hijos de Dios a seguirlo a Él, los enseña a cometer fornicación, a sacrificar a los ídolos y a comer de esa comida venenosa. No esperemos que el catolicismo se arrepienta porque el Señor declara que le ha dado tiempo para el arrepentimiento, pero ella no ha querido; lo que debemos es salir de ella y no tener nada que ver con una "*iglesia*" llena de idolatría, de fornicación y de misterios diabólicos. Si en verdad amamos al Señor, no debemos participar de ninguno de sus ritos, porque todos son sacrificios de adoración ofrecidos a satanás: "*Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo Mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis sus plagas; porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus injusticias. Pagadle a ella como ella os ha pagado, y dobladle al doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en lujos, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y jamás veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre; y será quemada con fuego, porque fuerte es el Señor Dios, que la juzga*" (Apocalipsis 18.4-8).

La condición de muerte de Sardis es otro de los ingredientes que ha invadido a la iglesia en este tiempo y para evitar caer en su degradación, es necesario que disfrutemos abundantemente al Señor como la vida eterna; de esa manera seremos dignos de bordar, junto con el Señor, nuestro vestido de bodas, de lino fino, limpio y resplandeciente, para participar de las Bodas del Cordero que durarán mil años y para andar con el Señor en vestiduras blancas.

La última condición a vencer, para quienes vivimos en los tiempos que anteceden a la venida del Señor, es la tibieza de Laodicea, que hemos explicado ampliamente en las páginas precedentes. Podemos vencer la tibieza comprando del Señor oro

refinado en fuego para ser ricos, vestiduras blancas para que no seamos avergonzados por nuestra desnudez y colirio para ungir nuestros ojos y tener visión de lo que el Señor está haciendo y de lo que le agrada.

A quienes venzan estas condiciones, el Señor les dará un premio especial y único: *Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono*.

Creemos que no hay privilegio más elevado que el hecho de ser invitados por el Señor a sentarnos en Su trono

El trono del Señor es el más elevado que existe en el universo, no hay nada que esté por encima de ese trono y nosotros tenemos la oportunidad de sentarnos en Él, si vencemos las condiciones de degradación que el Señor nos ha permitido describir en este libro.

Imagina por un momento la escena en que el Señor te llama por tu nombre y te dice: "***Hijo y hermano: tú fuiste uno conmigo mientras viviste en la tierra, me seguiste por donde quiera que caminé, procuraste siempre estar en tu espíritu y tener comunión conmigo y con mi Padre por el Espíritu, procuraste oír mi voz y obedecerla, cuando quise entrar y cenar contigo siempre me abriste la puerta, venciste todas las condiciones de degradación de la iglesia de todos los tiempos; en todo pusiste tu confianza en mí; aprendiste a consultarme en todas tus cosas; me permitiste llenar tu corazón hasta saturarlo; hoy eres totalmente uno conmigo y yo soy uno contigo. Como esa es tu condición, tú eres un vencedor y desde la eternidad he preparado una invitación que hoy puedo realizar: ven siéntate conmigo en mi trono, de la misma manera que yo vencí y me senté con mi Padre en Su trono***".

¿Habrá mayor privilegio, un galardón más rico y deseable, que sentarnos en el trono de Dios? La respuesta obviamente es no. Es lo más elevado que el Señor ha reservado para quienes lo amamos. Su trono no es un trono terrenal y corrupto de un rey humano, ni el gobierno degradado de un presidente o de un primer ministro; es el trono de Dios en el que tú y yo, amable lector, tenemos la posibilidad de sentarnos un día, para disfrutar plenamente al Señor y ejercer Su autoridad junto con Él en el

universo. Sólo necesitamos vencer la degradación de la iglesia, de la que nos hemos ocupado en este libro.

Cuando vemos esta maravillosa promesa imaginamos que Dios necesita muchos tronos para poner en cada uno de ellos a cada vencedor, pero nótese que el Señor habla de un solo trono: Mi trono; no una multitud de tronos. ¿Cómo cabrá tanta gente en un solo trono? Aunque somos cientos de miles, en verdad somos uno solo, porque ese es el cuerpo de Cristo. Cristo hoy es un cuerpo que tiene muchos miembros, pero es un único cuerpo; el Señor es la cabeza del cuerpo y nosotros somos miembros Suyos y él con nosotros y nosotros con Él somos solamente uno: "*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo siendo muchos, son un solo cuerpo, así también el Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*" (1 Corintios 12.12-13).

El Señor trabaja en nuestro interior para llevarnos a ser uno con Él. Para entrar en el reino de los cielos y/o en la Nueva Jerusalén debemos llegar a ser uno con el Señor a tal grado que no haya ningún punto de división ni de separación. Nuestra naturaleza humana será totalmente mezclada con la vida y la naturaleza de Dios, de tal manera que nada ni nadie pueda separarnos de nuestro precioso Señor.

Hoy el Señor nos llama para que aprovechemos el tiempo que nos queda sobre la tierra y crezcamos en Él hasta que alcancemos Su estatura y cuando estemos en Su presencia pueda decirnos: Tú has vencido cono Yo vencí; ven a sentarte en Mi trono, así como yo me he sentado en el trono de Mi Padre.

El solo imaginar ese momento nos transporta en el espíritu al cielo, al trono de Dios para disfrutar ese momento sublime, así como Juan entró en su espíritu y estuvo delante del trono de Dios en Apocalipsis 4. No desaprovechemos esta magnífica oportunidad.

Para concluir Su carta al ángel de la iglesia en Laodicea el Señor dice: "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.22). Donde quiera que haya un creyente en la faz de la tierra el Espíritu Santo está hablándole, porque Él vive en el espíritu de cada uno de los hijos de Dios; así que no hay dis-

culpas; la dificultad está en si tenemos un oído ungido para oír la voz del Señor o si vivimos en medio de mucho "*ruido*", el ruido que se produce en las denominaciones y en el catolicismo, y hemos perdido la capacidad de oír la susurrante voz del Señor, o si estamos ocupados en nuestros negocios y no tenemos la intención de ocuparnos de los negocios del Padre.

El Señor desea que todos nosotros procedamos al arrepentimiento y no quiere que ninguno perezca; ahora el "*ping pong*" esta de nuestro lado para que tomemos la decisión de cómo vamos a "*jugarlo*": "***El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento***" (2 Pedro 3.9).

Ningún creyente podrá disculparse delante del Señor argumentando que no conocía Su palabra, porque todos tenemos el Espíritu que quiere hablarnos todo el tiempo, pero la mayoría no quiere oírlo, porque les gusta oír más bien al pastor o al apóstol o al sacerdote o al papa o al patriarca. El Espíritu Santo está dentro de nosotros como la unción para enseñarnos todas las cosas y para hacer que permanezcamos en Él: "***Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él***" (1 Juan 2.27).

Clamamos al Señor por misericordia por todos los santos, hijos de Dios, nuestros hermanos, para que desde ya procedan al arrepentimiento y alcancen el galardón. Amén.

Capítulo 37
El Ejemplo de Filadelfia (1)

En los capítulos precedentes de este libro, el Señor nos ha abierto Su palabra de una manera muy elevada y profunda, tal que leyendo esta revelación ya no tenemos excusa para no ser vencedores, para no tener frutos que darle al Señor, para no andar diariamente en comunión con Él y para no agradarlo.

El Señor ha tenido mucha misericordia de los creyentes que tenemos la dicha de vivir en este tiempo, porque como Él mismo dice, muchos justos, profetas y reyes desearon ver lo que vemos y no lo vieron y oír lo que oímos y no lo oyeron: "*Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado... Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron*" (Mateo 13.11-12, 16-17).

Somos bienaventurados y llenos de la misericordia del Señor al poder tener contacto con estas palabras que han salido del Espíritu Santo y de la Biblia, para que quienes tengan la oportunidad de leerlas, tengan igualmente la oportunidad de hacerlas realidad en Su vida. Estamos en la antesala de la venida del señor y tenemos la más grande oportunidad de ser vencedores y ganar el mayor galardón que el Señor dará a algunos de Sus hijos.

Somos los invitados a traba-

jar en la viña del Señor en la hora undécima y seremos premiados con el máximo galardón, si nos tomamos en serio la palabra y la obra del Señor y nos abrimos a Él para que haga Su obra de transformación y conformación en nuestra alma, para que en Su venida nos halle totalmente vestidos de Él y seamos dignos de andar con Él en vestiduras blancas y de participar de las Bodas del Cordero, que durarán mil años.

En las siete cartas que el Señor escribió al ángel de cada una de las iglesias mencionadas en Apocalipsis 2 y 3, hay seis cartas que contienen reproches y desnudan la degradación de que ha sido víctima la iglesia a lo largo de los siglos, pero hay una carta donde no hay ningún reproche ni hay muestras de degradación, sino que es el modelo que el Señor desea encontrar en Sus hijos, en aquellos que lo aman, que guardan Sus mandamientos y que son uno con Él. Es la carta que el Señor le escribió al ángel de la iglesia en Filadelfia, y de ella nos ocuparemos en estos últimos capítulos.

A lo largo de este libro, hemos mostrado cada una de las etapas de la degradación de la iglesia y el Señor nos ha dado las herramientas necesarias para vencer en cada caso.

No podríamos finalizar este libro de una manera diferente a como concluyen todas las obras del Señor: **con gloria.**

En Filadelfia no hay reproches del Señor, no hay señales de degradación, sino que es el modelo que debemos vivir quienes anhelamos agradarlo.

No obstante, satanás ha intentado empañar la realidad que debemos vivir en la iglesia, impulsando a algunos líderes de congregaciones a tomar el nombre de Filadelfia.

Es necesario tener claridad en el sentido de que la iglesia no tiene un nombre en la Biblia, porque en el momento que la iglesia es denominada con cualquier nombre, se convierte automáticamente en una división del cuerpo de Cristo, se vuelve excluyente y le abre la puerta al diablo para que él la gobierne y la haga suya y se convierta en un baluarte de oposición al Señor.

Filadelfia es la genuina y gloriosa expresión de Cristo en la tierra, por medio de los hijos de Dios que se esfuerzan en la gracia por agradarlo, por hacer Su voluntad, por vivir en el espíritu, por ser uno con Él y por llevar adelante lo que Él se ha propuesto desde la eternidad: "*Tú, pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús*" (2 Timoteo 2.1).

Veamos, en primer lugar, los términos de esa carta: "*Y escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: "El Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre, dice esto 'Yo conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque tienes un poco de poder, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre. 'He aquí, yo entregaré a aquellos de la sinagoga de Satanás que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y sepan que yo te he amado 'Porque has guardado la palabra de mi perseverancia, yo también te guardaré de la hora de la prueba, esa hora que está por venir sobre todo el mundo para poner a prueba a los que habitan sobre la tierra. 'Vengo pronto; retén firmemente lo que tienes, para que nadie tome tu corona. 'Al vencedor le haré una columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; escribiré sobre él, el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo 'El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.7-13).

El nombre Filadelfia es bien significativo, porque está compuesto de dos vocablos: *filéo* que quiere decir *afecto, amor* y por *adelfós* que significa *hermanos*. El primer elemento que deben vivir quienes viven la realidad de la iglesia es el amor unos por otros.

El amor no es nada diferente a la naturaleza de Dios, porque el que no ama no conoce a Dios, porque ***Dios es amor*** (1 Juan 4.8). Luego amar a los hermanos no es nada distinto a expresar la naturaleza de Dios por medio de nuestro vivir y para expresar esa naturaleza necesitamos llenarnos diariamente de Él, viviendo en comunión en nuestro espíritu y disfrutando permanentemente de Sus inmensurables riquezas.

No debemos confundir el amor con un sentimiento que

brota de nuestro interior y que nos hace sentirnos bien emocionalmente, sino que debemos cultivar el hábito de llenarnos del Señor, de permitir que Él sature cada una de las partes de nuestra alma y así el amor brotará espontáneamente de nuestro ser y llenará a los hermanos. De esta manera daremos el primer paso para vivir la realidad de Filadelfia.

1 Tesalonicenses 1.3 dice que el amor es una labor, un trabajo: "*teniendo presente sin cesar delante de nuestro Dios y Padre vuestra obra de fe, vuestro trabajo de amor y la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo*"; esto nos hace inferir que para amarnos unos a otros debemos laborar diariamente, permitiendo que el Señor nos inunde con Su vida en nuestro interior y desde allí pueda borbotar, de tal manera que nuestro vivir en la iglesia sea la plena manifestación de la naturaleza amorosa de nuestro Señor.

Bueno es recordar la manifestación del amor descrita por el Espíritu Santo en 1 Corintios 13: "*El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo. El amor nunca pasará*" (1 Corintios 13.4-8—Biblia Latinoamericana).

Quienes toman esta palabra en la letra, en su alma, para repetirla como grabadoras, realizan grandes esfuerzos para cumplir todos los requisitos del amor expuestos en ella, y al final terminan en un rotundo fracaso.

No se trata de que tú, querido lector, te esfuerces cada día por ser paciente y comprensivo con los demás, por dominar los celos y por dejar de aparentar lo que no eres y dejar de mostrarte orgulloso, diciendo tener lo que no posees y aparentando ser lo que no eres.

No sirve de nada esforzase por actuar con decoro, sin dar lugar a las pasiones subterráneas, ni por dejar de buscar sus propios intereses. Igualmente es inútil tu propio esfuerzo por evitar la ira y por no recordar el mal que otros te hacen. En verdad, el esfuerzo propio por ganar estas cosas ayuda a acrecen-

tarlas.

Entre mayor sea tu esfuerzo por comprender y padecer con otros, por dominar los celos y vencer el orgullo y la soberbia, por ser decoroso y vencer las bajas pasiones, por preocuparte por los intereses de los demás, por no airarte y por olvidar el mal recibido, más te irás sumergiendo en esas pasiones propias del hombre viejo, del hombre natural caído que satanás te inoculó desde tu concepción y más lejos estarás de agradar al Señor, porque nada de lo que nosotros hagamos para Él, lo agrada ni lo complace.

Lo que debemos hacer es entrar diariamente en nuestro aposento, en nuestro espíritu humano, donde está el trono de la gracia, en el que podemos hallar gracia y alcanzar misericordia para el oportuno socorro, y estando en la luz, ser iluminados en cuanto a esas cosas detestables que aún hay en el alma.

Una vez que somos iluminados acerca de la soberbia y el orgullo que hay en nosotros, de nuestra falta de paciencia y comprensión para nuestros hermanos, de los celos que nos queman y nos arrebatan, del egoísmo que nos empuja a buscar nuestros propios intereses, de lo rápidos que somos para airarnos y de cómo recordamos y nos enfurecemos contra quien nos ha hecho algún pequeño mal, cuando el Señor que es luz nos ilumina sobre todas estas faltas, no argumentamos frente a Él, sino que reconocemos que eso somos en nuestro hombre viejo, natural y caído, que necesitamos Su perdón, que necesitamos ser limpios por medio de Su sangre y que nos disponemos para que Él haga Su obra de transformación en nuestra alma.

En esto consiste acercarnos confiadamente al trono de la gracia para hallar gracia y alcanzar misericordia para ser socorridos en el momento oportuno.

Un corazón así nunca es rechazado por el Señor. A Él le agrada que lleguemos a Su presencia tal como somos, sin aparentar lo que no somos, sino estar en Su presencia tal como somos, desnudos, para que Él nos vista de gala, con Cristo el Señor.

Practicando así diariamente,

poco a poco el Señor va creciendo en nosotros, va saturando nuestra mente, nuestra voluntad y nuestra emoción y en nuestra expresión, en nuestro diario vivir solamente se manifestará Él.

Poco a poco, sin sentirlo, de manera inconsciente, a cambio de soberbia y altivez, seremos pacientes y compasivos con nuestros hermanos, se acabarán los celos, dejaremos las falsas apariencias que están saturadas de orgullo.

Viviendo en comunión con nuestro Señor, no seremos esclavos de la ira, sino que seremos tardos para ella, y podremos perdonar a quienes nos han hecho daño y olvidar sus actos contra nosotros.

Un creyente que busca ser lleno de la naturaleza amorosa del Señor, nunca se alegrará de los actos injustos de otros, sino que siempre se alegrará de los procederes justos, así sean dolorosos.

Su gozo se manifestará con la verdad, que es la persona del Señor mismo. Un hijo de Dios que lo busca en Su trono de gracia persevera por encima de todas las circunstancias favorables o adversas, le cree todo al Señor, lo espera todo de Él y anclado en Él soporta cualquier situación que ocurra en Su vida.

Un creyente de estas características está listo para pasar la eternidad en la presencia, en el gozo y en el disfrute del Señor.

Enfatizamos el hecho de que amar no es una labor aislada del creyente, sino el trabajo que le permite al Señor hacer diariamente en su vida. Haciendo así, estamos viviendo la realidad de Filadelfia, el amor entre los hermanos, no viviendo en una "*iglesia*" que se llama Filadelfia, sino viviendo a diario al Señor como el amor que nos une con los santos, los hijos de Dios: "*Y el que nos adhiere firmemente con vosotros a Cristo, y el que nos ungió, es Dios*" (2 Corintios 1.21). Todo esto es parte del significado de Filadelfia.

Una vez hemos visto en profundidad el significado de esa sencilla palabra, consideraremos las características con las que el Señor se identifica ante el ángel de la iglesia en Filadelfia:

"*Así habla el Santo, el Verdadero, el que guarda la llave de David: si él abre, nadie puede cerrar, y si cierra, nadie puede abrir*" (Apocalipsis 3.7—Biblia Latinoamericana).

1. Santo

En primer lugar, el Señor se presenta como el santo. La santidad es uno de los atributos de Dios y quiere decir que Él no es común, que es separado de todo lo común, que en Él no hay nada inmundo ni pecaminoso y que Él es el único santo en todo el universo.

No hay ningún ser distinto a Dios que sea santo.

Dios es santo y se presenta al ángel de la iglesia en Filadelfia como el santo, no para ser único, para sobresalir frente a la creación, sino que en Su propósito eterno, en su inconmensurable amor por el hombre nos ha hecho partícipes de Su santidad: "*pero El para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad... Si es santo el que los llamó, también ustedes han de ser santos en toda su conducta*" Hebreos 12.10; 1 Pedro 1.15—Biblia Latinoamericana).

En otras palabras, el Señor se presenta al ángel de la iglesia en Filadelfia como el santo, no para presumir que es santo, sino para decirnos que, de ese atributo maravilloso todos Sus hijos podemos participar y tenemos que llegar a ser santos como Él es santo.

Qué herejía más absurda y temeraria cuando las personas saludan al papa y lo tratan de "*su santidad*" o "*santidad*". La actitud de ese perverso personaje es igual a la de satanás queriendo hacerse igual a Dios: "*Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo*" (Isaías 14.13-15), y la misma actitud que tendrá el anticristo cuando sea levantado en la época de la Gran Tribulación: "*el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios, proclamándose Dios*" (2 Tesalonicenses 2.4). El papa católico es un claro prototipo del anticristo.

El Señor es el único santo y el único digno de recibir el título de Santidad o Su Santidad. El papa no es más que un engendro diabólico y quienes lo llaman así rinden culto de adoración a satanás.

Recordemos lo que le ocurrió a Pedro cuando fue a predicar al Señor Jesucristo entre los gentiles, en la casa de Cornelio: "*Cuando Pedro iba a entrar, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró. Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre*" (Hechos 10.25-26).

Algo bien distinto es que Dios en Su inmenso amor y misericordia, nos haya hecho a los creyentes, partícipes de Su santidad y seamos santos, pero no para tener un título con el cual los demás nos reverencien, sino para que tengamos una realidad en nuestro diario vivir.

En el momento en que recibimos al Señor, Él entró en nosotros y santificó nuestro espíritu, nos hizo santos. Por eso el saludo del Espíritu a la iglesia en Corinto, por medio de Pablo: "*a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, los santos llamados, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro*" (1 Corintios 1.2).

Igualmente es insultante la actitud de la religión católica al tomar un poco de personas y cananizarlas como santos para rendirles adoración. La mayoría de esos santos fueron hombres incrédulos y corruptos, y a excepción de los apóstoles ninguno fue regenerado, nacido de nuevo ni hijo de Dios. Es una burla a la santidad de Dios y al verdadero significado que le da el Señor a uno de Sus atributos.

2. Verdadero

La segunda característica que le muestra el Señor al ángel de la iglesia en Filadelfia es la verdad; Él es el verdadero.

A lo largo de este libro hemos afirmado muchas veces que la verdad no es un concepto filosófico, como la define la ciencia y como lo define el mundo, concepto que tiene que ver con lo bondadoso, lo generoso, lo estético, lo honesto, lo sincero, lo ético y lo que inspire confianza

de una cosa o un hecho. Se discute si la verdad es subjetiva u objetiva y si es absoluta o relativa. Finalmente, la verdad, para la filosofía, como todas las cosas tratadas por ella, es un término que no llega a una definición concreta.

Desde el punto de vista de Dios, que está expresado en la Biblia, la verdad no es un concepto, ni tiene que ver nada con lo bueno o con lo malo, con lo ético, lo estético o lo honesto, sino que la verdad es una persona, el Señor Jesucristo.

Él mismo es quien hace la afirmación: "*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*" (Juan 14.6).

Jesús nada tiene que ver con el bien ni con el mal, porque esos conceptos pertenecen al árbol que representa la naturaleza satánica que Adán recibió en el Huerto de Edén. Jesús, como Dios y como hombre es la verdad y esa verdad es absoluta, no admite discusión, no admite interpretación distinta a lo que Él es en sí mismo, y la realidad de Cristo se obtiene mediante revelación.

Cuando Jesús, antes de Su crucifixión, fue llevado ante Poncio Pilato, en el poco diálogo que hubo entre Él y su juez, dijo: "*Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye Mi voz*" (Juan 18.37). Sus palabras son profundas y concluyentes.

Uno de los propósitos que tiene Jesús al venir en carne al mundo, es el de dar testimonio a la verdad, es decir, de manifestar la verdad, porque Él es la verdad. En otras palabras, Él vino al mundo para dar testimonio de la única verdad que hay en el universo, que es Dios, Dios expresado en Jesucristo.

Todo lo que no sea Dios mismo no es verdad: "*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*" (Juan 17.3), todo lo que esté separado de Dios es de satanás y es mentira: "*el diablo... ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira*" (Juan 8.44).

Una de las características de las Primicias, que son los cre-

yentes vivos que serán transfigurados y raptados antes de la Gran Tribulación, es que en su boca no se halla mentira, porque son sin mancha: "***y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha***" Apocalipsis 14.5.

Esto quiere decir que los santos que son las Primicias no tienen en ellos nada del diablo, nada que no sea Cristo; en sus bocas solo hay la palabra de Dios que es Cristo, solamente el Espíritu Santo fluye en su hablar y en su vivir.

Por eso el Señor Jesús le dice a Pilato: Todo aquel que es de la verdad, oye Mi voz. Los hijos de Dios somos de la verdad, pertenecemos a Cristo, hacemos parte de la familia de Dios, porque fuimos escogidos por Él antes de la fundación del mundo, y como somos de Él oímos Su voz.

Inmediatamente Pilato le hace "*la pregunta del millón*": "***¿Qué es la verdad?***" (Juan 18.38). Seguramente Pilato esperaba que Jesús le diera una larga disertación de la verdad, que estuviese de acuerdo con la filosofía romana y que satisficiera el morbo del gobernador, pero no hubo respuesta del Señor.

Mientras que en Juan 14.6 les dijo a los discípulos que Él es la verdad, cuando el gobernante gentil le preguntó qué es la verdad, el Señor no respondió. ¿Por qué? Porque Poncio Pilato no era de la verdad y nunca escucharía al Señor, porque ***solamente aquellos que somos de la verdad oímos Su voz***.

Para qué responderle a una persona que nunca entendería que estaba frente a la verdad, que el Señor Jesús a quien estaba juzgando es la verdad. A poncio Pilato, nunca le sería dado a conocer un misterio tan sublime.

El cristianismo contemporáneo hace grandes esfuerzos por predicar el evangelio y por "*convertir*" muchas almas al Señor, pero no con el propósito de agradar al Señor, sino de agradar al líder y de acrecentar su grupo y no se dan cuenta que "***Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere***" Juan 6.44.

La predicación del evangelio no puede limitarse a hablar un poco de palabras, casi siempre

sin sentido, que tocan el alma de las personas y las convence de la necesidad que tienen de "*convertirse a Dios*" para no ir al infierno. Los hijos de Dios necesitamos ver que el evangelio es una persona, el Señor Jesucristo: "*el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo*" Romanos 1.1, 3 y predicarlo a Él consiste en inocularlo en el espíritu de las personas, para que sean regeneradas, es decir, para que nazcan de nuevo en su espíritu, y desde allí, paso a paso, saturar sus almas, hasta que sean llenos de toda la plenitud de Dios.

Para eso, quien predica debe usar su espíritu y desde él debe tocar el espíritu de otros. Hay que tener en cuenta dos aspectos muy importantes en la predicación del evangelio: el primero, que la predicación del evangelio tiene como meta llevar a las personas al Señor Jesús, no a un grupo cristiano; y, segundo, que cuando predicamos el evangelio, que es la persona misma del Señor, solamente lo oirán aquellos que son de la verdad y que son traídos por el Padre a Cristo.

En el ámbito evangélico están convencidos de que la predicación del evangelio debe hacerse solamente entre los incrédulos y no se dan cuenta que los más necesitados de la predicación del evangelio son los mismos creyentes, porque todos los hijos de Dios necesitamos crecer hasta llegar a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Señor Jesucristo, a ser un hombre corporativo totalmente maduro, que dé frutos permanentemente para el deleite de Dios; y a alcanzar la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; en otras palabras, hasta ser exactamente iguales a Él en vida y en naturaleza.

Un genuino predicador del evangelio tiene la carga que tuvo Pablo: "*A él anunciamos, amonestando y enseñando a todos, en toda sabiduría, para presentar a todo hombre perfecto en Cristo. Por eso me afano, luchando con la fuerza de Cristo que actúa poderosamente en mí*" Colosenses 1.28-29.

El medio para la predicación de Cristo es anunciar, amonestar y enseñar a los hijos de Dios, con toda sabiduría; y la meta es presentarlos perfectos en Cristo.

Ese debe ser el afán y la lucha de todo creyente genuino, pero su afán y su lucha no debe tener como origen su fuerza natural, sino que debe luchar con el poder de Cristo que actúa poderosamente en cada uno de Sus hijos que sean uno con Él y le permitan trabajar.

Recordemos nuevamente que toda obra que proviene del esfuerzo natural del hombre es abominable para el Señor. Es Él quien quiere hacer Sus obras en y por medio de nosotros y no necesita nada nuestro. En otras palabras, todo aquello que hacemos que no se origina en el Señor, no es de la verdad, no es verdadero y es mentira, y a eso se refiere el Señor cuando se presenta al ángel de la iglesia en Filadelfia como el verdadero.

3. Tiene la llave de David

Finalmente, el Señor Jesús se presenta al ángel de la iglesia como aquel que tiene la llave de David, para abrir y para cerrar: "*el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*" Apocalipsis 3.7.

Una llave, como es lógico, es útil para abrir una puerta y entrar en un aposento y quien abre permite la entrada a quien quiere y cierra para impedir la entrada a quien no quiera que entre.

Por un lado, esta palabra es el cumplimiento de lo profetizado por Isaías acerca del Señor Jesús, que Él sería el portador de la llave de David, porque David en verdad es un tipo de Cristo, tipo que tiene pleno cumplimiento en el Señor Jesús: "*Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá*" Isaías 22.22.

Al mencionar a David, el Señor se está refiriendo al reino de Dios. El deseo del Señor ha sido siempre el de gobernar sobre Su pueblo. Desde Adán Él deseaba gobernar en el hombre, pero éste comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, que es la naturaleza satánica y desechó a Dios para que no gobernara sobre Él.

Caín quiso agradar a Dios en su hombre natural caído, que es el hombre viejo, y Dios lo rechazó y lo echó de Su presencia. Los hombres en la época de Nimrod se llenaron de idolatría y se de-

dicaron a servir a dioses falsos y rechazaron el gobierno del Señor.

Él entonces llamó a Abraham, quien obedeció a Dios en todo lo que le pidió y llegó a ser amigo de Dios. Con él, Isaac y Jacob fueron obedientes al Señor y permitieron que reinara en sus vidas.

De Jacob surgió el pueblo de Israel, pueblo del que el Señor deseó que fueran un reino de sacerdotes y de gente santa, pero debido a la dureza de su corazón levantaron un becerro de oro, lo adoraron y rechazaron el gobierno de Dios. Por su rebeldía el Señor mató toda esa generación en el desierto, donde los hizo vagar durante cuarenta años.

Cuando finalmente los introdujo en la tierra que les había prometido a los padres, Dios tuvo la esperanza de que ellos se volvieran al Señor y le permitieran que Él los gobernase, pero el pueblo se llenó de ídolos, adoró los dioses falsos de las naciones que vivieron en Canaán antes de ellos y rechazaron ser gobernados por el Señor.

En el tiempo en que el profeta Samuel era juez de Israel, el pueblo le pidió que les estableciera un rey como tenían las demás naciones, y aunque no era la voluntad de Dios, Él tuvo que aceptar la rebeldía del pueblo y le ordenó a Samuel que les estableciera un rey. Entonces Saúl fue ungido como rey de Israel.

Saúl no fue fiel al Señor y Él lo desechó; en su lugar fue ungido David, de quien Dios declaró que era un hombre conforme a Su corazón y que haría lo que Él le dijera. A pesar de los muchos errores y pecados que cometió David, se arrepintió, fue fiel al Señor y estableció con él un pacto perpetuo, a tal punto que siempre que hubo un rey sobre la casa de Judá, o un gobernante, perteneció a la casa de David, hasta que vino Cristo, quien también era de la descendencia de David: "*Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham…acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne*" Mateo 1.1; Romanos 1.3.

Debido a la fidelidad de David y a que el Señor declaró de él que era un hombre conforme a

Su corazón, podemos decir que en tipo, sombra y figura, con David existe el verdadero reino de Dios, porque es Dios quien gobernó a Su pueblo por medio de David.

Pero la realidad de ese reinado se da en Jesús, quien es el verdadero rey del reino de Dios y Él es quien tiene la llave de ese reino para abrir y permitir la entrada de quien quiere, y cerrar e impedir la entrada de quien no quiere.

Los hijos de Dios del Nuevo Testamento somos bienaventurados, y lo son los del Antiguo Testamento, porque el Señor ha usado la llave para abrirnos la puerta de entrada al reino y nadie puede cerrarla, pero es necesario tener claridad que es Dios quien llama a quien quiere y no nosotros quienes llamamos o incluimos a otros en el reino de Dios: "*Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*" Romanos 9.16.

A esto se refiere el Señor cuando se presenta al ángel de la iglesia en Filadelfia como el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre, indicando que en Su soberanía Él decide a quién le abre la puerta para entrar en el reino de Dios y a quién le niega la entrada a ese reino.

Por eso ***no hagas esfuerzos por introducir a quien el Señor no ha elegido ni ha llamado, porque son vanos esfuerzos de tu carne***. Ve al Señor y suplícale que te presente los elegidos de Él, cuando te los presente, predícales al Señor Jesús como el evangelio, ayúdalos a entrar en el reino de Dios y dedícate a trabajar con la fuerza que el Señor te provee a fin de presentarlos perfectos en Cristo Jesús.

Capítulo 38
El Ejemplo de Filadelfia (2)

Una vez que el Señor ha hecho Su presentación frente al ángel de la iglesia en Filadelfia, comienza a mostrarle las virtudes que hay en el vivir de los hermanos.

Lo primero que dice el Señor es que "*Yo conozco tus obras*" (Apocalipsis 3.8).

Como puede verse a lo largo de toda la carta, no hay un solo reproche ni un pedido de arrepentimiento para los santos que viven la realidad de Filadelfia, lo cual nos lleva a colegir que cuando el Señor dice que conoce las obras del ángel de la iglesia en Filadelfia, está también reconociendo que esas obras son hechas en Él.

El Señor, inmediatamente después del reconocimiento de las obras de Filadelfia, hace una afirmación que debemos escudriñar con alguna profundidad: "*he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar*" (Apocalipsis 3.8).

¿Qué puerta será la que el Señor ha abierto delante del ángel de Filadelfia, y que nadie puede cerrar? Indudablemente es la puerta del reino de los cielos. Hay una gran diferencia entre el reino de Dios y el reino de los cielos.

Todos los hijos de Dios están en el reino de Dios, pero no todos los hijos de Dios entrarán y participarán del reino de los cielos.

Para entrar en el reino de Dios, necesitamos entrar por la puerta que el Señor abre con la llave de David y se logra naciendo de nuevo, naciendo de agua y del Espíritu, en otras palabras, siendo regenerados: "*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de*

Dios... De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3.3, 5).

Todo aquel que recibe al Señor, creyendo en Su nombre, nace de nuevo y entra en el reino de Dios: "*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de Voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*" (Juan 1.12-13).

Pero algo bien distinto es entrar en el reino de los cielos, para lo que es indispensable hacer la voluntad del Padre: "*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*" (Mateo 7.21) y **esa es la característica de los santos que viven la realidad de Filadelfia: hacen la voluntad del Padre.**

Estar en el reino de Dios no garantiza a ningún creyente la entrada al reino de los cielos, porque si no hace la voluntad del Padre que está en los cielos, no tendrá la puerta franca para esa entrada. El único pasaporte que nos da entrada al reino de los cielos es la voluntad del Padre.

En otras palabras, aunque los hijos de Dios hoy estamos y pertenecemos al reino de Dios, debemos trabajar junto con el Señor para ser perfeccionados y entrar en el reino de los cielos.

Mateo 7.21 nos dice que **no es suficiente decir Señor Señor**, lo cual nos confirma que el Señor en ese pasaje les está hablando a creyentes, no a incrédulos. Y es lógico, porque si muchos de los hijos de Dios quedarán fuera del reino de los cielos, los incrédulos no tienen ninguna oportunidad de acceder a Él.

Los creyentes que no hagan la voluntad del Padre, les será cerrada la puerta del reino de los cielos, que es el reino de Cristo y para ellos no está abierta la puerta que el Señor ha abierto al ángel de la iglesia en Filadelfia, lo cual quiere decir que esos santos no viven la realidad de Filadelfia.

¿Cómo hacer la voluntad del Padre? Para lograrlo se requieren por lo menos tres cosas: **Primero conocerla**. Nadie puede guardar la voluntad del Padre si primero

no la conoce. Por más esfuerzos que hagamos para hacer alguna cosa, nunca lo lograremos si no conocemos sus pormenores. Si los creyentes no conocen los detalles de la voluntad del Padre, nunca podrán hacer esa voluntad.

El segundo elemento que se necesita para hacer la voluntad del Padre es vivir en comunión, en intimidad con Él, para que nos revele Su voluntad. Un creyente que nunca se acerca al trono de la gracia, que no acostumbra a entrar en su espíritu humano a tener comunión con Él, no puede conocer la voluntad del Señor, y si no la conoce, no puede hacerla.

Se debe tener claridad en el sentido de que la voluntad de Dios se puede conocer solamente mediante revelación y la revelación se da en el espíritu humano de aquellos que buscan al Señor en comunión.

El tercer aspecto a tener en cuenta para hacer la voluntad de Dios es no intentar hacerla en nuestras fuerzas. Una vez que nos hemos acercado a Él en nuestro espíritu humano y que nos es revelada Su voluntad, debemos mantenernos en Él y permitirle que sea Él quien haga Su voluntad en nosotros, porque cualquier cosa que hagamos con nuestro esfuerzo natural, se convierte en enemistad para con Él, porque todo lo que es hecho según nuestro concepto es carnal y Dios no acepta nada que se origine en nuestra carne.

A todo esto, se refiere el Señor cuando le dice al ángel de la iglesia en Filadelfia: "*he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar*" (Apocalipsis 3.8).

Para los hijos de Dios que viven con la carga en su corazón de hacer la voluntad del Padre, el Señor pone delante de él la puerta abierta para que ese creyente entre en el reino de los cielos y participe de su disfrute durante mil años.[1]

Esa puerta fue abierta por el Señor y nadie puede cerrarla, es decir, ***nadie puede impedir la***

1. Amplia revelación sobre el tema puedes encontrarla en el libro ***El Reino de Dios y el Reino de los Cielos*** del mismo editor y publicado en esta página: www.las-primicias.com

entrada al reino de los cielos de los hijos de Dios, que viven en esta tierra solo para agradarlo.

Cuando leemos la frase una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar, inmediatamente vienen a nuestro espíritu y a nuestra mente las palabras habladas por el Espíritu en 2 Pedro 1.11: "*Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*".

Para obtener esa amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, hace falta añadir a nuestra fe las siete virtudes descritas en los versículos 5-7 del mismo capítulo: ***excelencia—virtud—, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor***, de las que hablamos en un capítulo anterior de este libro. Solamente debemos enfatizar que para añadir estas virtudes a nuestra fe, es necesario que de nuestra parte pongamos toda diligencia y al añadir las virtudes no podremos estar ociosos y sin fruto en cuanto al conocimiento del Hijo de Dios: "*Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo*" (2 Pedro 1.8). Finalmente tendremos entrada franca al reino de los cielos.

El Señor continúa hablando al ángel de la iglesia en Filadelfia: "*porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre*" (Apocalipsis 3.8).

Los hermanos que viven la realidad de Filadelfia no tienen mucha fuerza en ellos mismos, porque nunca hacen nada por su cuenta, no tienen grandes obras a nivel local, regional, nacional o internacional, no tienen cadenas de radio y de televisión, no engañan a los hermanos para esquilmarlos económicamente, no tienen reuniones donde pregonan grandes milagros de sanidades, de soplar y tumbar a las personas, de echar fuera espíritus inmundos. En cambio, tienen dos cosas que al Señor le agradan sobremanera:

1. Guardan la palabra del Señor

Para guardar la palabra del Señor es necesario oír Su pala-

bra y la palabra se oye cuando el creyente tiene comunión íntima en su espíritu con el Señor.

En el cristianismo contemporáneo se cree que guardar la palabra del Señor consiste en repetir, como si fuera una grabadora, algunos versículos de la Biblia, pero no entienden que repetir versículos de la Biblia usando solo la mente, sin entrar en el espíritu, la Biblia se convierte en letra muerta y como es lógico, no produce vida, sino muerte: "*el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica*" (2 Corintios 3.6).

Para guardar la palabra del Señor se requiere que primero nos sea revelada, y esa revelación se obtiene entrando en el aposento—espíritu humano—, cerrando la puerta para que nadie pueda interferirnos, y teniendo comunión con el Señor.

Esto es equivalente a acercarnos confiadamente al trono de la gracia para recibir del Señor gracia y misericordia.

Solamente un creyente que tiene el hábito de entrar en su espíritu, de acercarse al trono de la gracia, de tener comunión con el Señor para oírlo, puede recibir revelación de la palabra de Dios y guardarla. Esta es la práctica de los que viven la realidad de Filadelfia.

Insistimos que una persona que sabe en su mente muchos versículos de la Biblia y los repite, no guarda la palabra del Señor, porque en él no hay revelación. Cuando la palabra es revelada en el espíritu, ésta penetra al alma y se hace realidad en el vivir de la persona.

En pocas palabras, cuando el Señor me revela Su palabra en mi espíritu por medio del Espíritu, y esa palabra revelada penetra en mi alma y me da visión de las cosas del Señor y pongo en práctica esa palabra, es decir, la hago realidad en mi vivir, estoy guardando la palabra del Señor.

Para guardar la palabra del Señor no hace falta hacer alarde de la fuerza natural, del poder del hombre viejo, de las "*hazañas*" que un hermano es capaz de hacer, sino que se necesita una dependencia total y absolu-

ta del Señor: "*porque separados de mí nada podéis hacer*" (Juan 15.6).

2. No niegan el nombre del Señor

Otra de las características que el Señor alaba del ángel de la iglesia en Filadelfia es que los hermanos que viven la realidad de esta situación de la iglesia no niegan el nombre del Señor.

El nombre del Señor hace referencia a la persona del Señor; y no negarlo, en primer término, es tenerlo a Él como el primero en el día a día, es decir, que cada pensamiento, cada palabra y cada acto de un hijo de Dios que no niega el nombre del Señor debe originarse en Él, no en el alma de la persona.

Es bueno recordar aquí que el comienzo de la degradación de la iglesia se dio en Éfeso y allí los hermanos dejaron al Señor como el primer amor. Arrepentirnos diariamente de no vivir al Señor y volvernos a Él en nuestro espíritu, es no negar el nombre del Señor.

El Señor Jesús nos enseñó a pedir al Padre en el nombre de Jesús y el cristianismo toma esta palabra literalmente y vuelven la petición un rezo, similar a los rezos del catolicismo. Ellos convierten la petición en una fórmula invariable: "*Padre, en el nombre de Jesús... esto, lo otro, aquello*" y no entienden que una oración así está llena de frases manoseadas, repetitivas, sin espíritu, sin vida, que nunca serán oídas por el Padre.

Orar en el nombre de Jesús no es ni puede convertirse en una fórmula repetitiva e invariable, porque ni siquiera el Señor Jesús, cuando nos enseñó a orar usó vanas repeticiones, sino que, por el contrario, Él corrigió ese desvío de los religiosos judíos: "*Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos*" (Mateo 6.7). Cuando tocó el tema de la oración, enseñó así: "*Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*" (Mateo 6.9).

Si se observa cuidadosamente la palabra, aquí Jesús no enseñó a orar al Padre en el nombre de Jesús, no dijo: "*vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro, en el nombre de Jesús...*", sino que nos enseñó a dirigir las oracio-

nes al Padre. Tampoco enseñó que se debe orar como hacen algunos hermanos: "*Oh Señor Jesús, Oh Señor Jesús, oh Señor Jesús...*".

Entonces ¿por qué razón el Señor Jesús dice: "*Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo, Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré... De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido*" (Juan 14.13-14; 16.23-24).

El cristianismo ha tomado esta palabra del Señor en la letra y la ha convertido en una fórmula repetitiva para sus oraciones, y hacen de ellas largos pliegos de peticiones de cosas, especialmente materiales, e insisten para que el Señor se las dé, pero una oración de ese tipo nunca llegará a los oídos del Señor. Frente a esa clase de repeticiones, el Señor es completamente sordo.

Para poder entender la revelación que el Señor quiso darnos cuando nos enseñó que pidiésemos al Padre en Su nombre, hay tres versículos de la Biblia que serán una magnífica ayuda: "*Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho... Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos*" (Juan 14.26, Romanos 8.26-27).

El versículo de Juan 14.26 afirma con mucha claridad que el Consolador, el Espíritu Santo sería enviado a los discípulos, por el Padre, en el nombre de Jesús, para recordarnos Su palabra.

No puede entenderse que el Espíritu Santo está separado de Dios o que es una parte de Dios, no. El Espíritu Santo es Dios mismo, es el Padre y es el Hijo y en Él está el Padre y el Hijo y los tres moran en nuestro espíritu.

Entre los tres hay distinción, pero no puede haber separación, porque los tres son tres, y a la vez son uno. ¿Usted no lo entiende? Yo tampoco, pero disfruto el hecho de que nuestro maravilloso Dios es uno y sola-

mente uno, pero a la vez es tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tampoco el Espíritu Santo es el reemplazo del Padre y del Hijo, sino que el Dios Tres-Uno, después de la muerte y resurrección del Señor Jesús, viene a los creyentes como el Espíritu, de acuerdo con la referencia que hace el Señor en Juan 7.37-39: "*Y en el último día, el gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie, y clamó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de adentro de él fluirán ríos de agua viva. Esto empero lo dijo respecto del Espíritu, que los que creían en él habían de recibir; pues el Espíritu Santo no había sido dado todavía, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado*" (Versión Moderna).

Antes de que Jesús viniese a la tierra, muriese, resucitase y fuese glorificado, Dios no moraba en ninguna persona como hoy mora en los creyentes y ese morar es en la forma del Espíritu Santo. A eso se refiere el Señor cuando afirma que el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre.

Teniendo claros estos versículos ahora sí podemos tener visión de qué es pedir al Padre en el nombre de Jesús. Sencillamente es ser remplazados por el Señor Jesús—el Espíritu Santo, en nuestras peticiones; en otras palabras es permitir que sea Él quien pide en nuestro lugar: "*pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*" Romanos 8.26.

En verdad nosotros no podemos presentarnos delante del Padre por nosotros mismos, sino que lo hacemos en el Señor Jesús. No podemos hacerlo porque "*nosotros todos somos como cosa inmunda; y como trapos asquerosos son todas nuestras justicias; y todos nosotros nos marchitamos como una hoja, y nuestras iniquidades, como el viento, nos han arrebatado*" Isaías 64.6—Versión Moderna.

Para estar en la presencia del Padre, debemos estar en Jesús, en el Espíritu Santo: "*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*" (Colosenses 3.3). Este es el verdadero significado de pedir al Padre en el nombre de Jesús[2].

2. Puedes encontrar más luz sobre el tema en el libro ***La Oración en el Espíritu*** del mismo editor y publicado en la página:www.las-primicias.com

Cuando el Señor se agrada de los hermanos que lo agradan, que son el ángel de la iglesia en Filadelfia, ordena que aquellos hijos de Dios que se dicen ser judíos y no son, vengan y se postren ante los que sí lo agradan, a reconocer que el amor de Dios está con ellos: "*He aquí, voy a hacer que los de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten... he aquí, voy a hacer que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que Yo te he amado****" (Apocalipsis 3.9)***

Esta es una promesa para los hijos de Dios que en este tiempo, el que antecede a la venida del Señor Jesús, viven la realidad de Filadelfia, guardando la palabra y no negando el nombre del Señor.

Los demás hijos de Dios están sumergidos en las otras seis manifestaciones degradadas de la iglesia, a tal punto que se han convertido en la sinagoga de satanás.

Lamentablemente, y lo afirmamos con mucho temor en el Señor y con todo respeto por nuestros amados hermanos, el cristianismo, conformado por el catolicismo romano, la iglesia ortodoxa de oriente y el protestantismo con sus millones de grupos denominados y libres, se han convertido en sinagoga de satanás.

Sus prácticas, su vivir, sus doctrinas, su sumisión a líderes y no al Señor, su seguimiento de ministerios particulares distintos al ministerio del Espíritu, sus comuniones particulares distintas a la única comunión que es la de Jesucristo nuestro Señor, convirtió a estas organizaciones y a sus miembros en una fuente de oposición al Señor y en un seguimiento ciego del enemigo de Dios, el diablo.

Por eso, como vimos en los capítulos correspondientes a la Degradación en Laodicea, el Señor se ha puesto a la puerta de la iglesia y está llamando a algunos que quieran oírlo, abrir la puerta y dejarlo entrar, para tener un disfrute mutuo y convertirse en aquellos hermanos que viven la realidad de Filadelfia.

A ellos, Él les da la promesa de que hará que vengan y se postren delante de ellos, aquellos hermanos que se dicen ser

la iglesia—judíos— y no lo son, sino que por el contrario se han convertido en sinagoga de satanás. Dice el Señor que hará que vengan a postrarse y a reconocer que el Señor ha mantenido Su amor en los santos que le han sido fieles.

Esta decisión del Señor no es motivo de orgullo para quienes viven la realidad de Filadelfia, sino que es una muestra de amor y misericordia del Señor para los santos que no han guardado fidelidad al Señor.

Los santos que están viviendo Filadelfia, serán un ejemplo digno de imitar por parte de los demás hermanos. Esos hermanos han guardado el testimonio del Señor Jesús y para quienes vengan a ellos no les será difícil encontrar el camino y seguirlo, para ser vencedores.

Hoy, querido lector, el Señor está llamando a la puerta de tu corazón, para que le abras y seas uno con los santos que guardan la palabra y no niegan el nombre del Señor. Póstrate delante de Él, entrégale todo tu ser y suplícale que te permita vivir esta deliciosa y alta realidad de Su palabra y Su nombre.

Debido a que los hermanos que viven la situación de Filadelfia, guardando la palabra del Señor y no negando Su nombre, lo agradan completamente, el regocijo del Señor lo lleva a dar una promesa maravillosa: "*Por cuanto has guardado la palabra de Mi perseverancia, Yo también te aguardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre toda la tierra habitada, para probar a los que moran sobre la tierra*" (Apocalipsis 3.10)

En primer lugar, el Señor dice que para guardar Su palabra se necesita paciencia, perseverancia y esa virtud caracteriza a los santos que han salido de la situación degradada de las otras seis manifestaciones de la iglesia descritas en Apocalipsis 2 y 3, y una vez que exalta el hecho de guardar Su palabra, relata Su promesa: "*te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre toda la tierra habitada*".

¿Cuál será esa hora de prueba? Dice que mediante ella se probará a todos los moradores de la tierra.

No cabe duda que esa hora es el periodo de la Gran Tribu-

lación, que tiene una duración de tres años y medio, periodo en el que serán probadas todas las personas que moran en este planeta, creyentes que estén vivos para esa época y que no fueron arrebatados como las Primicias; también los incrédulos serán quienes pasan por la hora de prueba.

La mayoría de los maestros del cristianismo contemporáneo enseñan que la iglesia será arrebatada antes de la tribulación, lo que no es cierto. Antes de la Gran Tribulación serán arrebatados solamente las Primicias, que son los hermanos que viven la realidad de Filadelfia de guardar Su palabra y no negar Su nombre.

Igualmente serán arrebatados los hermanos que hacen parte del Hijo Varón, que son aquellos santos que para ese momento ya han muerto, pero que vivieron su vida en la tierra en la realidad de Filadelfia, vivieron como primicias; ellos serán resucitados y serán arrebatados al cielo, al igual que las Primicias.

Los demás creyentes quedarán en la tierra y tendrán que pasar la mayor parte de la Gran Tribulación siendo juzgados y disciplinados por el Señor.

Aunque es un tiempo de trato extremadamente duro y difícil, aun en él se puede ver la misericordia del Señor para con Sus hijos, porque esta será una oportunidad para que maduren y muchos de ellos, si no todos, puedan constituirse como vencedores, entrar en el reino de los cielos y reinar con el Señor junto con las Primicias y el Hijo Varón, en el reino milenario.

Antes de que estas cosas sucedan, el Señor nos está advirtiendo para que aprovechemos la oportunidad, "***la ganga***" que nos ofrece, y no perdamos más tiempo siguiendo a hombres, a organizaciones, a doctrinas y ministerios particulares, sino que con decisión nos volvamos al Señor y tomemos la decisión de seguirlo a Él y solamente a Él.

Únicamente así podremos vivir la realidad de Filadelfia, y si estamos vivos para cuando

comience la Gran Tribulación, el Señor nos transformará y nos arrebatará, nos llevará a Su trono, donde cantaremos un cántico nuevo que solamente nosotros podremos aprender, y escaparemos así de ese tiempo tan difícil por el que tendrán que pasar los incrédulos y los creyentes que para entonces estén vivos.

Por eso te instamos a que desde ya te vuelvas al Señor, lo sigas a Él, sigas la unción que está en tu espíritu humano y te enseña todas las cosas y seas arrebatado por el Señor antes de la hora de prueba que Él enviará para probar a todos los moradores de la tierra.

¡Abre tu ser al Señor y escapa de ese tiempo nefando!

Capítulo 39
El Ejemplo de Filadelfia (3)

La venida del Señor está muy cerca

Después el Señor le dice al ángel de Filadelfia, una palabra que es muy alentadora: "*He aquí, yo vengo pronto*" (Apocalipsis 3.11). Imagina un familiar a quien amas mucho y que vive lejos de donde tú vives. Un día te escribe una carta y te anuncia que está preparando viaje para venir a ti dentro de un mes. ¿Cuál es tu actitud? Inmediatamente comienzas a preparar tu casa para que todo esté dispuesto para ese amado familiar. La casa bien limpia, las paredes bien pintadas, los muebles bien organizados, un dormitorio confortable, una comida apropiada, lugares a visitar, jornadas de diversión apropiadas y todas las cosas necesarias para que su visita tenga una estadía a todo confort.

Ahora imagina que el Señor te está escribiendo un WhatSapp en el que te dice: *yo vengo pronto*. ¿Cuál será tu actitud? ¿Prepararás tu casa, tu ser, para recibir a ese familiar tan querido, tan digno de ser amado y adorado? O tomarás la actitud del siervo malo y negligente: "*¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes*" (Mateo 24.46-51).

Estoy seguro de que tú serás de los que te preparas para la venida del Señor y cuando Él

venga te hallará siendo todo un siervo fiel y prudente, alimentándote mutuamente de Él, con los demás consiervos.

Un contraste bien definido con lo que el Señor le dice al ángel de la iglesia en Sardis: "*arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti*" (Apocalipsis 3.3).

Mientras que al ángel de la iglesia en Filadelfia le anuncia Su próximo regreso, a Sardis le dice que vendrá como ladrón en la noche y de ninguna manera sabrá a qué hora habrá de venir, a menos que tome la decisión de arrepentirse, y el arrepentimiento en este caso consiste en salir de la condición de muerte que ha penetrado en el cristianismo, vivir la situación de Filadelfia y vivir la realidad de guardar la palabra y no negar el nombre del Señor.

Cuando pasamos por Sardis y vimos la condición de degradación en esa etapa de la iglesia, evaluamos lo desolador que es ser asaltado por los ladrones en la noche y ser despojado de las pertenencias.

Si los hijos de Dios no se arrepienten de las seis situaciones de degradación que hay en la iglesia contemporánea, la venida del Señor para ellos, en lugar de ser un momento de máximo gozo y disfrute, se convertirá en una horrible pesadilla que los llevará a la desesperación, al llanto, al desconsuelo y al desasosiego.

Es por eso que el Señor en Su misericordia viene a advertirnos y a instarnos a que nos arrepintamos y tomemos en serio Su palabra y Su nombre y vivamos la realidad que lo agrada a Él, y a nosotros nos garantiza ser vencedores para entrar en el reino de los cielos, el reino milenario, donde reinaremos con el Señor.

Una vez que el Señor nos advierte que viene pronto, nos habla de lo que debemos hacer para aguardar Su venida: "*Vengo pronto. Aférrate a lo que tienes, para que nadie te quite la corona*" (Apocalipsis 3.11).

Si estamos en la situación de Filadelfia es porque el Señor ha hecho por lo menos tres cosas bien importantes en nuestra vida de creyentes: **la primera**, nos ha abierto Su palabra y nos

la ha revelado; en consecuencia, conocemos suficiente sobre la persona y el plan del Señor. **En segundo** lugar, nos ha dado una clara visión sobre la palabra que nos ha revelado, ha quitado los velos de nuestro corazón y nos ha permitido ver con claridad quién es Él, lo que Él está haciendo, y el camino por donde debemos andar. **En tercer lugar,** nos está dando Su misericordia y Su gracia para que podamos vivir y hacer realidad la revelación y la visión que nos ha dado; en otras palabras, no somos oidores olvidadizos sino hacedores de la palabra.

Y de todo lo que nos ha dado, el Señor nos advierte que debemos retenerlo y retenerlo con firmeza, aferrarnos a lo que nos ha dado. Debemos tener en cuenta que el Señor es insondable, es decir, Él no tiene límites, y así mismo la revelación acerca de Su persona nunca llegará a un final donde podamos decir que tenemos toda la revelación de los misterios y de la persona de Dios, porque entre más profundizamos en Él, más tenemos por descubrir.

No obstante, ***aquello que el Señor nos revela y sobre lo que nos da visión, debemos mantenerlo***. Por ejemplo, Él nos ha revelado en este tiempo que no puede trabajar con la totalidad de la iglesia porque ésta se degradó y lo dejó fuera de ella, pero que Él se mantiene a la puerta llamando a quienes quieran oír Su voz y abrirle la puerta para entrar y tener una dulce comunión con ellos, y levantar de ellos las Primicias que arrebatará antes de la Gran Tribulación.

Igualmente nos ha revelado cuáles son los requisitos que debemos alcanzar para ser esas primicias, de acuerdo con lo manifestado en Apocalipsis 14.1-5.

Debido a que Él nos ha llamado y está trabajando en nosotros para hacernos las Primicias, debemos mantener firme la porción que Él nos ha dado. No debemos movernos de ese trabajo que el Señor está haciendo, por más difíciles que sean las circunstancias por las que tengamos que pasar; por crueles que sean los ataques de satanás, del mundo, de los ángeles caídos, de los demonios y de los mismos hermanos.

Sabemos en quién hemos creído y cómo está llevando adelante Su obra de edificarnos como las primicias.

Si somos aquellos que vivimos la realidad de Filadelfia, guardando la palabra y confesando el nombre del Señor, sin duda seremos las primicias y tendremos asegurada la corona; sin embargo el Señor nos advierte que en caso de que no guardemos lo que nos ha dado, otro puede tomar nuestra corona.

Antes de advertirnos acerca de la posibilidad de perder nuestra corona, nos dice que Él viene pronto, que Su venida no se demora, que la espera no es demasiado larga, que resistamos en Él luchando contra todas las asechanzas del enemigo y finalmente la corona será nuestra por la eternidad: "*No desechéis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la perseverancia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. "Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas Mi justo vivirá por fe; y si retrocede, Mi alma no se complacerá en El". Pero nosotros no somos de los que retroceden para ruina, sino de los que tienen fe para ganar el alma*" (Hebreos 10.35-39).

Finalmente el Señor en esta carta le habla a los vencedores en Filadelfia, que se supone es la totalidad de los hermanos que conforman el ángel de esa iglesia, aquellos que viven la realidad de guardar Su palabra y de no negar Su nombre: "*Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo*" (Apocalipsis 3.12).

Aquí vencer no quiere decir arrepentirse de algo o dejar de vivir de las maneras en que viven los creyentes de las otras seis manifestaciones de la iglesia, sino mantenerse firme guardando la palabra del Señor y confesando Su nombre.

En Esmirna aparentemente no hay ningún rechazo para el ángel de esa iglesia, pero si se mira detenidamente la situación en ella, puede verse que la pobreza espiritual en que cayeron los hermanos que heredaron la caída del primer amor de Éfeso, dio lugar a la persecución de satanás, a la blasfemia de los que se apodan de judíos y al encar-

celamiento de los hermanos en las redes de satanás.

Donde verdaderamente no hay ningún reproche es en Filadelfia, pero aun allí hay el peligro de no ser vencedores, es decir, después de haber tenido revelación y visión de la palabra del Señor, se puede volver atrás y dejar de andar en comunión con Él.

Si nos mantenemos firmes en el Señor, seremos los vencedores, que equivale a ser las Primicias de Apocalipsis 14.1-5, como lo demostraremos más adelante.

Veamos un aspecto que es bien interesante: nosotros estamos en los últimos tiempos de la iglesia en esta era, es decir, estamos en la época de Laodicea; pero estando en ella, el Señor ha tocado a nuestra puerta, nosotros hemos oído Su voz, le hemos abierto la puerta, Él ha entrado y permanentemente tenemos una cena, una comunión íntima de mutuo disfrute y gozo, y como tal, estamos viviendo la realidad de Filadelfia, porque guardamos Su palabra y confiamos solamente en Él, lo tenemos como nuestro primer amor.

Si nos mantenemos firmes en ese vivir, y guardamos hasta el fin lo que nos ha dado, seremos las Primicias. Como tales, seremos transformados y arrebatados vivos a Su trono antes de la Gran Tribulación.

Durante ese periodo de tres años y medio disfrutaremos mutuamente como la primera parte de Su cosecha y luego vendremos para el juicio de los demás santos y para juzgar a las naciones y luego entrar en la plenitud del reino de los cielos, junto con el Hijo Varón y los vencedores de la Gran Tribulación y reinar con Él durante el milenio.

Ser vencedores en Laodicea requiere que salgamos de la condición de tibieza en que se encuentran los cristianos contemporáneos y que vivamos la realidad de Filadelfia, guardando la palabra y confesando el nombre del Señor, seremos vencedores de la última etapa de la iglesia, y como tales seremos invitados por el Señor a sentarnos en Su trono.

Por eso el Señor a los vencedores de Filadelfia les promete cuatro cosas que son muy importantes para incentivarnos a guardar firmemente lo que tenemos:

1. Nos hará columnas en el templo de Su Dios

Alguno puede pensar:

—Bueno, si voy a ser columna en el templo de Dios, quiere decir que voy a tener que llevar una responsabilidad y una carga muy pesada por la eternidad, y no quisiera sufrir más ni llevar cargas tan pesadas como las que me ha tocado llevar durante mi vida en la tierra.

No es así. Si seguimos al Señor mientras vivimos en la tierra, Su carga es ligera, no hay ninguna pesadez en ella: "*porque Mi yugo esfácil, y ligera Mi carga*" (Mateo 11.29). En la eternidad nuestra carga seguirá siendo ligera y seremos totalmente uno con Él y todo lo haremos mancomunadamente: Él en nosotros y nosotros en Él.

La columna aquí no hace referencia a ser parte de la estructura de un edificio que soporta una carga enorme. Si miramos detenidamente la construcción del templo que hiciera el rey Salomón en el Antiguo Testamento, notaremos que en su estructura no tenía columnas, sino que la edificación estaba tan bien diseñada que su estructura no requirió columnas.

Más bien el rey edificó dos grandes columnas a la entrada del templo, y éstas no sostenían ninguna estructura.

Esas columnas recibieron los nombres de *Jaquín* y *Boaz*, nombres que significan *Dios establecerá* y *Dios fortalecerá*, respectivamente. Cada columna tenía una altura cercana a los 15 metros, eran de bronce fundido.

El metal bronce significa en la Biblia juicio, y el juicio representa la cruz en que el Señor fue juzgado por Dios para que nosotros fuésemos justificados en Él.

Cada vez que un israelita entraba en el templo para adorar y para ofrecer sacrificios a Dios, debía pasar por en medio de las dos columnas, lo cual significa que Él estaba disfrutando del sacrificio de Cristo a su favor y que podía llegar a la presencia de Dios justificado y limpio de todo pecado, gracias a la sangre que Él derramó por nosotros.

Es por eso que Hebreos 10.19-25 afirma: "*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el*

Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca".

Hoy podemos llegar al trono de Dios con plena confianza, sabiendo que en Cristo ya hemos sido justificados.

Otra función que tenían las columnas en el templo en Jerusalén era de testimonio. Cuando un israelita subía a Jerusalén, desde muy lejos podía ver las columnas que reflejaban la luz del sol y sabía que ese era el lugar donde podía encontrarse con su Dios, donde podía adorarlo, servirlo y tener comunión con Él. Era inmenso el anhelo que tenían los israelitas en el Antiguo Testamento de presentarse en el templo para adorar a Dios.

Cuando el Señor afirma que a quien venza en Filadelfia lo haré columna en el templo de Mi Dios, y nunca más saldrá de allí, está queriendo decir que los santos que salgan vencedores en esta situación serán un testimonio viviente del Señor para satanás, los ángeles caídos, los demonios, las personas del mundo y los demás creyentes.

Por esta razón Efesios 2.5-7 afirma: "*aun estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*".

Aun hoy, viviendo en esta tierra la realidad de Filadelfia somos testimonio y ejemplo digno de imitar por otros creyentes. Por eso el Señor le promete al ángel de Filadelfia que, *voy a hacer que los de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten... he aquí, voy a hacer que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que Yo te he amado*.

Todo esto está relacionado con ser hecho columna en el templo de Dios y nunca más salir de allí.

Si alcanzamos la dicha de ser vencedores viviendo la realidad de Filadelfia en este tiempo, volviendo a tener al Señor como el primer amor que se perdió en Éfeso; disfrutando de todas Sus riquezas para vencer la condición de pobreza de Esmirna; venciendo el trono y la morada de satanás y la doctrina de Balaam y la doctrina del nicolaísmo de Pérgamo; derrotando a la mujer Jezabel y su enseñanza corrupta de seducir a cometer fornicación y a comer cosas sacrificadas a los ídolos; si nos apartamos de la condición de muerte en que viven casi todos los creyentes en Sardis; y si salimos de la condición de tibieza de Laodicea, seremos un testimonio de Dios por toda la eternidad: "*para mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*" (Efesios 2.7).

¡Qué tal, querido lector un galardón de ese tamaño! Merece la pena darnos al Señor.

2. Escribirá en ellos el nombre de Dios

Un nombre indica dos cosas bien importantes: ***propiedad y realidad***. Que el nombre de Dios sea escrito en nosotros indica en primer término que somos propiedad de Él, quiere decir que Él nos compró dando Su vida a nuestro favor y que ahora le pertenecemos totalmente.

Cuando vivíamos en el mundo le pertenecíamos a satanás y hacíamos su voluntad: "*Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*" (Efesios 2.1-3); pero ahora hemos sido rescatados del mundo y trasladados al reino del Hijo de Su amor y le pertenecemos totalmente al Señor: "*el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su*

amor" (Colosenses 1.3).

Aunque hoy pertenecemos al Señor, muchas veces, en muchos momentos de nuestra vida en que no estamos en el espíritu y dejamos nuestra comunión con el Señor, satanás puede actuar en nosotros y hacernos daño; pero cuando venga el Señor y nos declare como vencedores, seremos sellados para siempre con el nombre de Dios y nunca más satanás podrá tocarnos ni molestarnos.

3. Escribirá en ellos el nombre de la Nueva Jerusalén

La Nueva Jerusalén es la consumación eterna del plan de redención de Dios para el hombre, y ella no será una ciudad física como muchos maestros de la Biblia afirman.

Sería muy aburrido pasar la eternidad en una ciudad que tiene solo una calle, con un río que va por medio de la calle y un árbol que crece a lado y lado del río.

La calle, el río y el árbol de los que habla el Espíritu en Apocalipsis 21 y 22, hacen parte de un lenguaje tipológico para mostrarnos otro misterio de Dios muy profundo, para el cual necesitamos revelación de parte del Señor.

No se trata de un ambiente físico, como tampoco lo es el Huerto de Edén de Génesis 2, sino que es un ambiente espiritual donde todas las cosas viejas han pasado y ahora son hechas nuevas.

La raza humana caída habrá dejado de ser, y los escogidos desde antes de la fundación del mundo, junto con el Señor Jesús, seremos el Nuevo Hombre, nuevo hombre que vivirá en una única entidad por toda la eternidad.

Si bien es cierto que la Nueva Jerusalén será el centro de las naciones de la tierra y que esas naciones estarán conformadas por hombres, no sabemos exactamente la condición de esos hombres, pero cuando estemos disfrutando de ella, habremos sido completamente redimidos de la caída que el diablo produjo en el hombre y conoceremos todos los misterios que hoy nos son ocultos.

La Nueva Jerusalén es la mez-

cla total y absoluta de la naturaleza divina de Dios con la naturaleza humana transformada del hombre, situación en la que viviremos eternamente y de la que no hay palabras en el lenguaje humano para describirlo y mucho menos capacidad en la mente para entenderlo, debido a que el alma humana está caída desde el Huerto de Edén.

Solamente cuando alcancemos la transformación y la conformación total en nuestra alma, conforme a la imagen del Hijo Primogénito, podremos comprender qué es en realidad la Nueva Jerusalén: "*Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré plenamente como fui conocido*" (1 Corintios 13.12).

Lo que sí podemos entender y ver hoy con claridad es que, si nos mantenemos fieles en la situación de Filadelfia, guardando la palabra y no negando el nombre del Señor, seremos vencedores y el Señor escribirá sobre nosotros el nombre de la ciudad de nuestro Dios, la Nueva Jerusalén y tener un nombre escrito, manifiesta una realidad palpable y que no se puede negar.

Si la Nueva Jerusalén es la mezcla total de Dios con el hombre, tener el nombre de esa ciudad escrito en cada uno de los vencedores, indica que esos creyentes fueron, por un lado, totalmente transformados en su naturaleza humana y purificados de todos los elementos extraños que satanás introdujo en ellos por medio del pecado, la naturaleza diabólica; y por otro que fueron totalmente saturados en su ser—espíritu, alma y cuerpo— de la naturaleza divina de Dios.

En otras palabras, esos hijos de Dios que son vencedores, mientras vivieron en esta tierra, fueron saturados con los atributos de Dios: fueron llenos de Su justicia, Su santidad, Su vida, Su luz, Su amor entre otros; igualmente fueron llenos de Sus múltiples virtudes como bondad, paciencia, benignidad, fe, mansedumbre, templanza, dominio propio, humildad, gozo, longanimidad, entre muchas otras; y se saturaron de la obra redentora realizada por el Señor Jesús a nuestro favor, como la encarnación, el vivir humano, la muerte,

la resurrección, la ascensión, la entronización y la glorificación del Señor; y fueron llenos a tal grado que ya no cabe más Dios en ellos.

Aunque todos los hijos de Dios debemos llegar a ese estado maravilloso, los vencedores lo logran primero que la mayoría de los creyentes y por eso se les llama vencedores.

4. Escribirá en los vencedores Su nombre nuevo

Es la cuarta promesa que el Señor les da a los santos que en este tiempo viven la realidad de Filadelfia guardando la palabra del Señor y no negando Su nombre.

Cuando el Señor Jesús fue levantado en la cruz para morir en carne, llevó en Él, entre muchas cosas, el viejo hombre, con el fin de destruirlo por medio de la muerte.

La muerte tiene un poder tan destructivo, que lo que mata nunca más puede volver a ser, no puede volver a existir; el viejo hombre fue destruido mediante la muerte del Señor Jesús en la cruz: "*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*" (Romanos 6.6).

Recordemos que el viejo hombre es el resultado de la mezcla de la naturaleza humana con la naturaleza pecaminosa de satanás, que es el pecado.

Esa mezcla se dio en el Huerto de Edén, cuando Adán y Eva comieron del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, introduciendo en ellos el pecado y como consecuencia de éste, la muerte. Esa naturaleza vieja nos fue transmitida a todos los seres humanos, que nacimos con posterioridad a Adán.

Como consecuencia, ese viejo hombre no podía tener un destino distinto a la muerte, y por esa razón Dios tuvo que hacerse carne, para morir en ella y dar fin al viejo hombre, que no puede tener ninguna relación con Dios.

Pero el Señor Jesús no solo murió, sino que tres días después resucitó, y al resucitar ya no tenía ninguna relación con el pecado, ni con satanás, ni con el viejo hombre, sino que en resurrección es el nuevo hombre: "*y os vistáis del nuevo hombre, creado*

según Dios en la justicia y santidad de la realidad" (Efesios 4.24).

El nuevo hombre es irreconciliable con el viejo hombre y podemos ver esto en varios episodios que narra la Biblia después de la resurrección del Señor.

El primero lo encontramos en Juan 20, cuando María Magdalena encontró al Señor resucitado. Ella estaba muy compungida porque pensaba que alguien había robado el cuerpo del Señor.

El viejo hombre religioso tiene una profunda devoción idolátrica por los cadáveres de los seres queridos. Y este es un sentimiento que vive aún muy dentro de los genuinos hijos de Dios, que le dan demasiada importancia al cuerpo de los muertos y esa es una forma de idolatría.

María Magdalena estaba hablando con el Señor resucitado y no lo reconoció a pesar de que había conocido muy de cerca al Señor mientras Él estuvo en carne. Como no lo reconocía, pensaba que estaba hablando con la persona que cuidaba el huerto y como ella tenía una fijación por el cuerpo muerto de Jesús, le dijo: "*Señor, si Tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré*" (Juan 20.15).

Solamente cuando el Señor pronuncia su nombre, el de María, ella lo reconoce, quiere abrazarlo, pero Él no le permite tocarlo, porque ese nuevo hombre tenía que ser disfrutado como primicias por el Padre y luego sí por los discípulos.

Por eso el Señor le dijo: "*No me toques, porque aún no he subido a Mi Padre; mas ve a Mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios*" (Juan 20.17).

Otro episodio donde el nuevo hombre de Jesús no es reconocido por el viejo hombre de Sus discípulos, lo encontramos en el relato que hace Lucas de los dos discípulos que iban camino de la aldea llamada Emaús y encontraron al Señor resucitado y aunque hablaron un buen tiempo con Él por el camino, no lo reconocieron, sino hasta cuando Él entró al lugar a donde iban y se sentó a cenar con ellos.

Un tercer episodio de este desconocimiento lo encontramos en la narración que el Espíritu hace del hecho en que Pedro

y otros seis discípulos estaban pescando de noche, en el mar de Tiberias.

En el relato de Juan 21 dice que cuando llegó el amanecer ellos no habían pescado nada y que Jesús les apareció en la playa y les dijo primero que si tenían algo de comer y luego que echaran la red a la derecha de la barca. Cayeron tal cantidad de peces que no era posible sacar la red del agua. Hubo entre estos siete un discípulo que reconoció al Señor: Juan. Él les dijo a sus compañeros: "*¡Es el Señor!*". Una vez que fue reconocido por ellos, vinieron a la playa a disfrutar de ese nuevo hombre magnífico.

El Señor les promete a los vencedores de Filadelfia que escribirá sobre ellos Su nuevo nombre.

Como hemos visto en uno y otro apartado de este libro, tener un nombre significa tener la realidad de hechos y acciones que han ocurrido.

Si el Señor escribe Su nombre nuevo en quienes sean los vencedores en Filadelfia, quiere decir que ellos, durante su permanencia en la tierra, aunque estaban en la carne aprendieron a no militar en la carne sino a vivir en el nuevo hombre, que es igual a vivir en el espíritu en continua y permanente comunión con el Señor: "*Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne*" (2 Corintios 10.3).

Nosotros, quienes vivimos en la tierra, aún tenemos carne y muchas veces andamos en ella; no obstante, el Espíritu nos convence y fácilmente nos volvemos al espíritu y disfrutamos el nuevo hombre.

Este es un hábito que cada vez va tomando más fuerza en nuestro vivir, hasta que llegará el momento que aprendemos a vivir todo el tiempo en el espíritu, todo el tiempo en comunión con nuestro Señor, todo el tiempo en Su presencia, todo el tiempo agradándolo, todo el tiempo oyéndolo y todo el tiempo siguiéndolo por donde Él va.

Esto nos hará vencedores y ganaremos el derecho de que el Señor escriba sobre nosotros Su nombre nuevo.

Si comparamos las promesas que el Señor les hace a los vencedores de la iglesia en Filadelfia con la realidad que hay en las pri-

micias, encontraremos que aquéllos vencedores son las Primicias

Veamos en primer lugar las promesas: "*Al que venza, Yo lo haré columna en el templo de Mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de Mi Dios, y el nombre de la ciudad de Mi Dios, la Nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de Mi Dios, y Mi nombre nuevo*" (Apocalipsis 3.12).

Ahora leamos la realidad de las Primicias: "*Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con El ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de Él y el de Su Padre escrito en la frente*" (Apocalipsis 14.1).

Los ciento cuarenta y cuatro mil que están de pie con el Cordero sobre el monte de Sion tienen el nombre del Padre y del Cordero escrito en la frente, lo que indica la realidad que hay en esos hijos de Dios: ***Están saturados de la persona del Padre y del Cordero.***

A los vencedores de Filadelfia se les promete que el nombre de Dios, de la Nueva Jerusalén y del Cordero será escrito sobre ellos. En las Primicias, esos nombres ya están escritos sobre sus frentes, lo que indica que ellos son los vencedores de Filadelfia y que la promesa del Señor ya se les cumplió.

Sobre el nombre de la Nueva Jerusalén que se les prometió a los vencedores de Filadelfia no se dice nada en las primicias, porque el resultado de tener el nombre del Padre y del Cordero escrito en sus frentes, es vivir la plenitud de la Nueva Jerusalén. En otras palabras, las Primicias son la realidad anticipada de la Nueva Jerusalén, aunque no la plenitud, porque falta que la gran mayoría de los hijos de Dios logren llegar a esa meta. Algunos la alcanzarán durante la Gran Tribulación y muchos más durante el reino milenario, del que no podrán participar.

Para concluir Su carta al ángel de la iglesia en Filadelfia, El Señor toca una vez más en el espíritu y la atención de quienes leen y quieren oír Su voz. Él dice: "*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*" (Apocalipsis 3.13).

Para oír debemos pedirle al Señor que nos dé un oído apropiado, que nos ayude a sintonizar su dulce y apacible voz, por-

que en verdad no es fácil oír la susurrante voz del Señor en medio del ruido religioso del cristianismo contemporáneo.

No obstante, nadie podrá disculparse delante del Señor diciendo que no oyó, que no tuvo una oportunidad, porque el Señor dice que está hablando a las iglesias, es decir, a todos Sus hijos, Él les habla en su espíritu. No hay un rincón de la tierra donde los hijos de Dios estén impedidos de oír Su voz.

Él ha puesto en cada creyente la unción, que es Él mismo como el Espíritu, y esa unción habla y enseña todas las cosas concernientes a Dios. De otra parte, no hay un solo creyente que no tenga una Biblia, que no pueda leerla y que no pueda en su espíritu, recibir revelación de las palabras de Dios consignadas en ella.

Gracias a la fidelidad de muchos hermanos con el Señor, hoy tenemos centenares de versiones de la Biblia, traducidas a cientos de idiomas y dialectos que hay sobre la tierra y por más bajo perfil intelectual que tenga un creyente no tiene ninguna disculpa para no oír la voz del Señor.

El verdadero problema está en la actitud que tenemos frente a Su hablar.

Todos podemos tener revelación y visión y todos podemos vivir Su palabra para agradarlo, para seguirlo por donde quiera que va, para vivir en permanente comunión con Él y para que en Su venida, seamos proclamados como aquellos que hemos vencido todas las situaciones degradadas de la iglesia en los dos mil años de su existencia. ¡Amén!